



LAS HISTORIAS QUE NOS UNEN

21 RELATOS PARA LA INTEGRACIÓN
ENTRE PERÚ Y CHILE

DANIEL PARODI REVOREDO
SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA
(COMPILADORES)

LAS HISTORIAS QUE NOS UNEN
21 RELATOS PARA LA INTEGRACIÓN ENTRE PERÚ Y CHILE

Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda
(compiladores)

LAS HISTORIAS QUE NOS UNEN
21 RELATOS PARA LA INTEGRACIÓN
ENTRE PERÚ Y CHILE



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Las historias que nos unen
21 relatos para la integración entre Perú y Chile
Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda (compiladores)

© Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: marzo de 2014
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-04554
ISBN: 978-612-4146-69-5
Registro del Proyecto Editorial: 31501361400262

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ÍNDICE

Introducción <i>Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda</i>	9
PRIMERA PARTE: PERÚ Y CHILE: ONCE HISTORIAS EN COMÚN	
1. Aspectos políticos	21
El chileno-irlandés Bernardo O'Higgins y la independencia del Perú <i>Scarlett O'Phelan Godoy</i>	23
La amistad germinal: la participación chilena en la independencia del Perú <i>Juan Luis Orrego Penagos</i>	43
Una convivencia reanudada: exilios e intercambios culturales y políticos entre Chile y Perú (1920-1940) <i>Fabio Moraga Valle</i>	53
En la rebeldía hermanos: confluencias peruano-chilenas en las luchas sociopolíticas latinoamericanas (siglos XIX y XX) <i>Hugo Vallenas</i>	79
2. Aspectos sociales	105
Devociones compartidas. El culto a Santa Rosa y al Señor de los Milagros en Lima y Santiago de Chile (siglos XIX y XX) <i>Claudia Rosas Lauro y Milton Godoy Orellana</i>	107
El movimiento de confraternidad obrera peruano-chilena y el final del gobierno de Guillermo Billinghurst <i>Miguel Rodríguez Hernández</i>	133
Isidoro Gamarra Ramírez: un tarapaqueño sindicalista en Lima <i>Rosa Troncoso de la Fuente y Sergio González Miranda</i>	163
3. La vida cotidiana	177
Selección de la amistad: el combinado de fútbol peruano-chileno de gira por Europa (1933-1934) <i>Daniel Parodi Revoredo</i>	179
El Combinado del Pacífico, una propuesta pedagógica para la integración <i>Patricio Rivera Olguín</i>	201

Un solo corazón. La tragedia de Alianza Lima y la solidaridad del Colo Colo <i>Aldo Panfichi</i>	209
Alex Rely: el boxeador de dos banderas <i>Bernardo Guerrero Jiménez</i>	219
El vals criollo del Pacífico. Apuntes para el estudio de la integración musical entre el Perú y Chile <i>Eligio Ronceros Espinoza</i>	231
La sociedad en la mesa: aspectos comunes en el desarrollo de la culinaria de Chile y el Perú <i>Víctor Torres Laca</i>	241
SEGUNDA PARTE: HISTORIAS DE TARAPACÁ Y DE LA FRONTERA	
Guillermo Billinghurst en Tarapacá: la primavera de un intelectual, el otoño de un presidente <i>Sergio González Miranda y Osmar Gonzales Alvarado</i>	267
Hermanos en el trabajo: el internacionalismo del movimiento social tarapaqueño en la huelga y masacre obrera de 1907 <i>Pablo Artaza Barrios y Eduardo Godoy Sepúlveda</i>	293
¡Contemplad vuestra obra! Voces de la masacre de Santa María de Iquique en la prensa anarquista peruana <i>Juan José Rodríguez Díaz</i>	319
Fiestas religiosas e identidades nacionales: la peruanidad ritualizada en el desierto chileno (siglo XX) <i>Alberto Díaz Araya y Alejandro Málaga Núñez</i>	341
Conflictos entre el cetro y la espada: las misiones protestantes en las regiones de frontera entre Perú y Chile (1868-1929) <i>Miguel Ángel Mansilla y Juan Fonseca</i>	355
Gildemeister y compañía: una empresa de origen alemán en Tarapacá (1854-1940) <i>Marcos Agustín Calle Recabarren</i>	371
Gusto y convivencia comensal en la sociedad salitrera (1880-1910) <i>Rigoberto Sánchez Fuentes</i>	395
Notas de una familia transfronteriza <i>Juan Arturo Podestá Arzubíaga y Juan José Podestá Barnao</i>	433
Sobre los autores	445

INTRODUCCIÓN

Daniel Parodi Revoredo
Sergio González Miranda

El presente libro no fue el resultado de una reunión de voluntades peruanas y chilenas para llamar la atención de las autoridades y juristas que litigaron en la Corte Internacional de La Haya sobre el límite marítimo entre Perú y Chile, es decir, no es un «téngase presente», porque cada uno de los autores desea que su país logre sus objetivos y, en definitiva, su posición sea acogida por los jueces. Sin embargo, podemos afirmar que quienes participan en este libro están lejos de tener posiciones maniqueas que ven en su país todo lo bueno y en el país vecino todo lo malo. Es más, los temas que aborda cada uno no han sido seleccionados con propósitos exclusivamente estéticos o científicos sino también éticos y con espíritu crítico.

Esta obra no tiene una pretensión diplomática sino paradiplomática. Nuestro objetivo está en la sociedad civil, especialmente en las regiones fronterizas, y en los actores subnacionales. Han sido objeto de nuestro interés las expresiones populares que refieren a Perú y a Chile, aquellas que alejadas de toda política pública han ocupado las calles con los colores patrios de ambas naciones, como las expresiones de fe en Santa Rosa de Lima o el Señor de los Milagros, la virgen del Carmen o la virgen del Rosario. También las expresiones deportivas, como la tragedia del Alianza Lima, donde la solidaridad y el sacrificio no pueden entenderse solamente dentro del marco deportivo; o las expresiones de arte, como el teatro y la música, que fluyen con naturalidad y sin fronteras.

Entre las expresiones de arte también se ubica la gastronomía: en Santiago de Chile en estos años se ha descubierto el gusto por la comida peruana. Un viajero francés, André Bellessort, al llegar al puerto de Iquique en 1895 escribió: «Chile abastece con platos fuertes, el Perú aporta las golosinas del desierto. Sobre la mesa de un iquiqueño, la pierna de cordero representa a los chilenos, pueblo sólido y práctico, y la nata batida de la chirimoya simboliza la fineza peruana» (Bellessort, 1899, p. 28).

En la frontera todas las expresiones de la vida confunden nacionalidades, ellas son esenciales para entender la vida humana.

Fernández Labastida muy bien afirma que el destacado filósofo e historiador Wilhelm Dilthey se interesa sobre todo por los hechos que ritman la vida humana: los acontecimientos históricos, las costumbres y leyes de los pueblos, las obras de arte, las religiones, etcétera. Estos hechos son las huellas de la actividad libre y creadora que el hombre deja en el mundo. Utilizando el conocido término hegeliano, Dilthey los llama objetivaciones del espíritu humano, es decir, imágenes de lo que el hombre es. En el conjunto de estas pequeñas y grandes realidades que constituyen el mundo histórico se revela la entera naturaleza del hombre: un ser que no solo piensa, sino que también siente y ama» (Fernández Labastida, 2004, p. 871).

Esta cita interpreta en gran medida la tarea emprendida en la compilación de este libro, donde se trató de registrar huellas o imágenes de pequeñas y grandes realidades que han vivido los pueblos del Perú y de Chile desde que se transformaron en repúblicas, como pueblos hermanos que piensan, sienten y aman.

La referencia a las imágenes nos permite explicar el propósito de este libro desde otro ángulo, aquel de la idea borgiana de los espejos velados en *El Hacedor*, porque la gran mayoría de las imágenes que la historia bilateral ha recogido no son de pueblos hermanos que piensan, sienten y aman; al contrario, suelen predominar las querellas y los litigios. Las historias nacionales, por su parte, se centran en grandes acontecimientos, pro-hombres, fechas relevantes, lugares de culto patriótico, etcétera. Sin desconocer la importancia que tienen, a veces esas historias son transformadas en espectros por el deseo natural de ensalzar la épica o la lírica. Borges nos dice que conoció «el horror de una duplicación o multiplicación espectral de la realidad, pero ante los grandes espejos» (Borges, 1974, p. 786), no así ante los pequeños espejos. Las grandes historias reflejan la realidad de modo similar a los grandes espejos. Siguiendo a Borges, el temor es, por una parte, ver una duplicación o multiplicación espectral de la realidad y, por otra, que esas imágenes puedan ocupar todo el espacio de la realidad.

La historia bilateral de Perú y Chile se ha encargado de duplicar y multiplicar imágenes espectrales de la realidad, donde chilenos y peruanos son reflejados a veces como bárbaros o civilizadores, salvajes o aristocráticos, indiada o imperio, cholos o rotos, pobres diablos o pobres dignos, virreyes o ingleses americanos, integrados o apocalípticos, modernos o subdesarrollados, siúuticos o cursis, etcétera; imágenes que se han venido repitiendo desde hace 133 años, desde que se inició el conflicto del Pacífico o Guerra del Salitre. Como diría Borges, son imágenes con rasgos verdaderos o apócrifos de un pasado pueril o glorioso, pero que han podido llevarnos a una locura a escala de toda la sociedad. Entonces, siguiendo a este autor, se hace

necesario velar los espejos para que no sigan reflejando esas imágenes espectrales que se duplican o multiplican distorsionando y que se confunden con la realidad que se construye día a día, cotidianamente, por los habitantes anónimos de ambos pueblos, donde se vea al otro —sea chileno o peruano— tal como es, sin el odioso destino de las facciones distorsionadas en los grandes espejos.

Son muchos los espejos que acosan a peruanos y chilenos desde la más tierna infancia, desde que encienden la radio o la televisión, al abrir el texto escolar o el periódico, al escuchar a sus líderes o a sus vecinos, pero sobre todo cuando revisan las páginas escritas de la Historia con mayúscula, la que ofrece la realidad en grandes espejos. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer el significativo aporte de las historias nacionales y de brillantes historiadores, como Diego Barros Arana o Jorge Basadre Grohmann. Ellos nos dejan imágenes como las entiende Derrida (1998), en el sentido de que asedian el presente pero de un modo diferente a los espectros de Borges, pues lo hacen ofreciendo un espacio a la crítica. Ellos, y otros más, son precursores y debemos rendirles homenaje como tarea de la herencia, «tal herencia se nos da como tradición o como institución» (Cassigoli, 1995, p. 34).

No obstante, «el puente entre tradición e institución es la trama que tejen los fantasmas para demostrar la imposibilidad del lenguaje de dar cuenta de su propia praxis, para mostrar que una reunificación del idioma de lo social requiere del retorno de cierta dialéctica que le devuelva al discurso su capacidad de crítica interna» (Cassigoli, 1995, p. 35).

En líneas generales, las historiografías nacionales de Perú y Chile han construido discursos sin capacidad de crítica interna, especialmente en aquellos fragmentos que nos separan. Si, a lo Derrida, los fantasmas del pasado nos ven por el ojo de la cerradura y nos compilen al distanciamiento, es el momento de que veamos a través de ella las imágenes de la integración peruano-chilena, como O'Higgins o Billinghamurst, entre otros, quienes han tendido puentes simbólicos que nos unen.

Las respectivas élites, que hasta el amanecer del siglo XX fueron sinónimo de oligarquías (además tienen innegables lazos de parentesco), construyeron los grandes espejos borgianos que reflejaron las imágenes espectrales de unos y otros, con la finalidad de construir identidades nacionales por oposición. Los espectros que han emergido de las páginas de las historias oficiales de Perú y Chile han obnubilado las imágenes positivas que unen a ambas sociedades. Se han escapado de los espectros, por ejemplo —sin sentido crítico—, la figura de O'Higgins o la guerra contra España. Por espacios intersticiales se han recuperado gestos positivos, como la carta del almirante Grau a la viuda del capitán Prat, el asilo chileno a los exiliados del APRA, la lucha mancomunada de ambos países por las doscientas millas marítimas, la solidaridad frente a los desastres naturales. Han sido excepciones.

Evitar a los espectros no significa negar los episodios dolorosos que tiene la historia bilateral, como la Guerra del Pacífico, sino solamente comprender que ellos no pueden ocupar todo el horizonte de posibilidades que le ofrece el pasado a las generaciones futuras. Sabemos que el pasado lo podemos ver e investigar, pero lo hemos hecho rescatando los episodios que nos separan; en este libro, en cambio, se rescatan episodios favorables en las relaciones entre Perú y Chile que, en su conjunto, vienen a constituir una historia alternativa de unidad. El futuro no lo podemos ver, solo prospectar, pero ofrece la opción de construirlo, es decir, dependerá de nosotros, peruanos y chilenos, si queremos que siga estando marcado por las querellas y los litigios o que sea cooperativo, complementario, dentro de un escenario de desarrollo con proyección latinoamericana y mundial, ¡en pleno siglo XXI!

Sin pretender hacer una demostración de erudición sobre la historia bilateral, esperamos entregar una mirada de imágenes entre Perú y Chile, donde nos reconozcamos como pueblos que tienen una cultura, una lengua, pero sobre todo, historias privadas y colectivas compartidas. Las élites económicas, políticas e intelectuales de los dos países, incluyendo a la diplomacia, han ido cambiando en el transcurso del siglo XX y continúan haciéndolo en el siglo actual. Es posible observar ese cambio en los contenidos de las relaciones bilaterales, que notoriamente han dejado atrás lentamente los prejuicios y los chauvinismos. Ha sido este espíritu el que hemos presenciado en los alegatos de La Haya, donde, sin dejar de presentar con fuerza y convicción las respectivas posiciones, entre los litigantes prevaleció el respeto y la amistad cívica, quedando excluidas las manidas referencias a historias que nos separan.

Nuestro propósito no ha sido ubicarnos con este libro en el centro de los estudios internacionales, pero sí en sus márgenes, en aquel campo que Panayotis Soldatos (1990) e Ivo Duchacek (1987) definieron como «paradiplomacia». En América Latina suele identificarse este concepto con los aportes teóricos de Aldecoa y Keating (2000). La paradiplomacia, cuya influencia en el escenario latinoamericano se ha podido observar en las últimas décadas en varias latitudes del continente —especialmente en el campo de las relaciones económicas y en las relaciones transfronterizas de regiones contiguas— reclama también un lugar en las relaciones bilaterales entre Perú y Chile.

Lo tradicional en la diplomacia decimonónica fueron las hipótesis de conflicto y de equilibrio de poder entre las naciones latinoamericanas. Marcello Carmagnani (2004) afirma que «los países latinoamericanos, aun formando parte de un sistema mundial, otorgan prioridad a las relaciones con los países vecinos con el fin de neutralizarlos a nivel internacional» y añade que Argentina, para neutralizar a Brasil y Chile, «mantiene relaciones amistosas con Bolivia y Perú, busca la neutralidad de Uruguay y la no hostilidad de Paraguay. Por su parte, Chile necesita el apoyo

de Brasil y Ecuador, la neutralidad de Colombia y la no intervención de Argentina, país con el que tiene conflictos fronterizos» y así sucesivamente (Carmagnani, 2004, p. 203). Esto ha cambiado, y quedó de manifiesto en la Corte Internacional de La Haya que esos viejos preceptos geopolíticos han dado paso al derecho internacional en toda su extensión.

Jorge Luis Borges le teme a los grandes espejos porque ellos generan espectros; en cambio, las pequeñas historias como los espejos de bolsillo son las más íntimas y reflejan los detalles. En Chile se cree que el bolerista Lucho Barrios es porteño, porque su voz inmortalizó a la «joya del Pacífico», pero era chalaco, nació en el mismo puerto que durante el siglo XIX fue el rival comercial de Valparaíso, el Callao. Lo importante es que dio alegrías e hizo correr más de una lágrima en ambos lados de la frontera, y se le recuerda con cariño. Quizás sea el mismo destino de un prometedor boxeador llamado «Pacman» Huamán, que representa a Chile pero es peruano y en sus pantaloncillos luce ambas banderas. ¿Pequeñas historias que no merecen estar entre aquellas con mayúscula? ¿Cuántas pequeñas historias que nos unen desconocemos?¹

Uno de esos derroteros es el aporte teórico de Bob Jessop (2004), quien reflexiona sobre las nuevas realidades bajo la globalización, a saber:

encontramos que nuevos lugares están emergiendo, nuevos espacios están siendo creados, nuevas escalas de organización están siendo desarrolladas y nuevos horizontes de acción están siendo imaginados». Como respuesta a este desafío plantea que «muchas estrategias [...] están siendo desarrolladas para vincular estas y otras escalas a lo global —incluyendo la internacionalización, triadización, formación de bloques regionales, construcción de redes de ciudades globales, formación de regiones transfronterizas, localización internacional, glocalización, glurbanización y transnacionalización (Jessop, 2004, p. 90).

¹ La historiografía también ha venido reconociendo otros lugares desde donde escribir el acontecer de las sociedades, «las expresiones de vida» a que se refiere Dilthey. Desde mediados del siglo pasado se habla de historia de las mentalidades (Aries, 1975; Duby, 1961; Vovelle, 1983), historia de la vida privada (Certeau, 1996; 2006), microhistoria (González, 1972; Levi, 1999; Ginzburg, 1981; 1994; 2010) historia regional (Braudel, 1953), historia cultural (Chartier, 1996; Hobsbawm, 1997; Hunt, 1986; Burke, 2000; 2004; Sewell, 1999; Thompson, 1995), postmodernismo (Iggers, 1997; Lash, 1995; Powell, 2002; Jenkins, 2006), historia social (Casanova, 2002; Hobsbawm, 1968; Kocka, 1992; Kocka & Chuliá, 2002), postcolonialismo o descolonialismo (Robotham, 1997; Mellino, 2008; Mezzadra, 2008; Mignolo, 2003), interculturalidad (Walsh, Schiwiy & Castro-Gómez, 2002; Zizek, 1998), estudios de género (Lamas, 1996; Sassen, 2003) y subalternos (Guha & Spivak, 1988; Guha, 2002; Rodríguez, 2001), trabajo interdisciplinario (Cardoso & Malerba, 2000), historia del tiempo presente (Franco & Levin, 2007; Hartog, 2007), teoría de las fronteras (Barraza, 2004; Grimson, 2005; Michaelsen & Johnson, 2003), donde la influencia de otras disciplinas como la antropología, la sociología, la geografía cultural, la economía, la psicología social, entre otras, resulta evidente, permitiendo perforar a la historiografía tradicional, abriendo derroteros para una nueva navegación en la historia.

En las fronteras de países como Perú y Chile, que tienen pretensiones de desarrollo y globalización, emergen actores subnacionales que hasta hace algunas décadas no estaban en las agendas diplomáticas. Ellos comienzan a tener una importancia trascendental y, por lo mismo, exigen que se incluya la escala transfronteriza, donde fenómenos como la migración, tan importante en las relaciones entre Perú y Chile, comienzan a ser analizados a través de otros modelos interpretativos, alejados del nacionalismo metodológico (Llopis, 2007), como también se comienza a reinterpretar el concepto de frontera. Grimson aconseja realizar, en los estudios de zonas fronterizas, «historia territorial, relacional, sociocultural, de espacios fronterizos específicos. En lugar de apelar a la historia de las ideas, apelamos a la etnografía» (Grimson, 2005, p. 127). En otras palabras, se refiere a la historia local y cultural, a espejos pequeños para reflejar la realidad. Consideramos entonces que ya es el momento de otras miradas y a escalas diferentes: local, regional, transfronteriza, etcétera, para rescatar también a otros actores subnacionales o transnacionales de Chile y Perú. ¿Cómo entender las relaciones entre Arica y Tacna?, ¿sus lazos familiares, sus tradiciones compartidas y los millones de pasajeros que circulan cada año entre una y otra ciudad?

Las historias o fragmentos historiográficos que se ofrecen en este libro se reflejan en pequeños espejos, y los fantasmas que son aludidos tienen miradas de integración: desde la fragancia de la comida peruana en tierras chilenas hasta la gesta heroica frente a España, que unió a peruanos y chilenos; desde la hermandad en el deporte, donde la tragedia transformó todo en un solo corazón, hasta las dulces melodías del vals y de la cueca; desde las misiones religiosas pentecostales hasta las manifestaciones marianas católicas, donde el pueblo toma las calles para llevar en andas su fe; desde la solidaridad política en el asilo contra la opresión hasta el corazón sin fronteras, donde las familias transfronterizas siguen caminando en senderos que todavía, en pleno siglo XXI, se bifurcan; y, por qué no decirlo, universidades como las que patrocinan este libro, que cumplen su papel universal e integrador.

Agrademos a los colegas y amigos que aceptaron este desafío de escribir sobre las historias que nos unen en un momento crucial de las relaciones bilaterales peruano-chilenas, con la esperanza de hacer un aporte a un escenario futuro de mayor cooperación, complementación y entendimiento entre las autoridades de ambos países; ya que ambas sociedades, en la medida en que se conozcan más gracias a las migraciones, el turismo, el comercio, la educación, los medios de comunicación, el arte, el deporte, la cultura, etcétera, se integrarán sabiamente porque precisamente tenemos *historias que nos unen...*

BIBLIOGRAFÍA

- Ariés, Phillipe (1975). *Essais sur l'histoire de la mort en Occident*. París.
- Ariés, Phillipe & Georges Duby (2005). *Historia de la vida privada*. 5 vols. Madrid: Taurus.
- Aldecoa, Francisco & Michael Keating (eds.) (2000). *Paradiplomacia: las relaciones internacionales de las regiones*. Madrid: Marcial Pons.
- Barraza, Martha (2004). El estado de los estudios de la frontera: zonas fronterizas y otras geografías. *Araucaria*, 6(11).
- Bellessort, André (1899). *La jeune Amérique. Chili et Bolivie*. Tercera edición. París: Perrin et Cie.
- Borges, Jorge Luis (1974). El Hacedor. En *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Braudel, Fernand (1953). *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Burke, Peter (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza.
- Burke, Peter (2004). *What is Cultural History?* Malden: Polity Press.
- Cardoso, Ciro & Jurandir Malerba (2000). *Representações: contribuições a um debate transdisciplinar*. Campinas: Papirus.
- Carmagnani, Marcello (2004). *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Casanova, Julián (2002). *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Crítica.
- Cassigoli, Isabel (1995). Dialéctica de los espectros. En *La invención y la herencia. Cuadernos Arcis Lom 2*. Santiago: Universidad de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS).
- Certeau, Michel de (1996). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México, DF: Universidad Iberoamericana.
- Certeau, Michel de (2006). *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México, DF: Universidad Iberoamericana.
- Chartier, Roger (1996). *El mundo como representación. Historia cultural: entre prácticas y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Derrida, Jacques (1998). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta.
- Duby, Georges (1961). L'histoire des mentalités. En *L'histoire et ses méthodes* (pp. 937-966). París: Encyclopediè de la Plèiade.
- Duchacek, Ivo D. (1984). The International Dimension of Subnational Self-Government. *The Journal of Federalism*, 14, 5-31.

- Fernández Labastida, Francisco (2004). Wilhelm Dilthey y las categorías de la vida: la metamorfosis historicista del apriorismo kantiano. *Anuario Filosófico*, XXXVII(3), 869-883.
- Franco, Marina & Florencia Levin (eds.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Ginzburg, Carlo (1981). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Madrid: Muchnick.
- Ginzburg, Carlo (1994). *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- González y González, Luis (1972). *Pueblo en vilo*. México DF: El Colegio de México.
- Grimson, Alejandro (2005). Fronteras, estados e identificaciones en el Cono Sur. En Daniel Mato (ed.), *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 127-142). Buenos Aires: CLACSO.
- Guha, Ranahit (2002). *Las voces de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Guha, Ranajit & G. Spivak (eds.) (1988). *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press.
- Hartog, Francois (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México DF: Universidad Iberoamericana.
- Hobsbawm, Eric J. (1968). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel.
- Hobsbawm, Eric (1997). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hunt, Lynn (ed.) (1989). *The New Cultural History*. Berkeley: University of California Press.
- Iggers, Georg G. (1997). *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Middletown, CT: Wesleyan University Press.
- Jenkins, Keith (2006). *¿Por qué la historia? Ética y posmodernidad*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Jessop, Bob (2004). La economía política de la escala y la construcción de las regiones transfronterizas. *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, XXX(89), 25-41.
- Kocka, Jurgen (1992). *Historia social: concepto, desarrollo, problemas*. Barcelona: Alfa.
- Kocka, Jurgen & Elisa Chuliá (2002). *Historia social y conciencia histórica*. Madrid: Marcial Pons.
- Lamas, Marta (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México DF: Porrúa.

- Lash, Scott (1995). Posmodernidad y deseo (sobre Foucault, Lyotard, Deleuze, Habermas). En Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad/posmodernidad*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Levi, Giovanni (1999). Sobre microhistoria. En Peter Burke, *Formas de hacer historia* (pp. 119-143). Madrid: Alianza Universidad.
- Llopis, Ramón (2007). El nacionalismo metodológico como obstáculo en la investigación sociológica sobre migraciones internacionales. *Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 13, 101-117.
- Mellino, Miguel (2008). *La crítica poscolonial. Descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*. Buenos Aires: Paidós.
- Mezzadra, Sandro (ed.) (2008). *Estudios poscoloniales. Ensayos fundamentales*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Michaelsen, Scott & David Johnson (2003). *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Michelmann, Hans J. & Panayotis Soldatos (eds.) (1990). *Federalism and International Relations. The Role of Subnational Units*. Oxford: Clarendon.
- Mignolo, Walter (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- Powell, Jason L. (2002). Understanding Habermas: Modern Solutions, Postmodern problems. *Sincronía*, 2002(2), 1-9.
- Robotham, Don (1997). El poscolonialismo: el desafío de las nuevas modernidades. *Revista Internacional de Ciencias* 49 (UNESCO), 357-371.
- Rodríguez, Ileana (ed.) (2001). *Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad*. Ámsterdam: Radopi.
- Rodríguez, Ileana & Josebe Martínez (eds.) (2008). *Postcolonialidades históricas (invisibilidades hispanoamericanas/colonialismos ibéricos)*. Barcelona: Anthropos.
- Sassen, Saskia (2003). *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sewell H., William (1999). The Concept(s) of Culture. En Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural History*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Soldatos, Panayotis (1990). No explanatory framework for the study of federated states as foreign-policy actors. En H. J. Michelmann & P. Soldatos, *Federalism and international relations: the role of subnational units*. Nueva York: Oxford University Press.
- Suny, Ronald Grigor & otros (2002). Review essays: What's beyond the cultural turn? *The American Historical Review*, 107(5), 1475-1520.

INTRODUCCIÓN

- Thompson, E. P. (1995). *Customs in common: studies in traditional culture*. Nueva York: New York Press.
- Vovelle, Michel (1983). *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*. Paris: Gallimard.
- Walsh, C, F. Schiwy & S. Castro-Gómez (eds.) (2002). *Indisciplinar las ciencias sociales: geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Quito: Abya Yala/Universidad Andina Simón Bolívar.
- Zizek, Slavoj (1998). Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional. En F. Jameson y S. Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Barcelona: Paidós.

PRIMERA PARTE
PERÚ Y CHILE: ONCE HISTORIAS EN COMÚN

1. ASPECTOS POLÍTICOS

EL CHILENO-IRLANDÉS BERNARDO O'HIGGINS Y LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ*

Scarlett O'Phelan Godoy

...ya que la Patria no necesita hoy de mis débiles fuerzas... y ya que separado del difícil y espinoso cargo de Director Supremo puedo dedicarme a mis actividades privadas, espero que el gobierno se dignará permitirme que pase a Irlanda por algún tiempo, a residir en el seno de mi familia paterna.

Bernardo O'Higgins, 12 de febrero de 1823

Bernardo O'Higgins Riquelme nació en 1778 en Chillán, Chile, y participó activamente en la temprana guerra de independencia de su país hasta que ocurrió el desastre de Rancagua, en 1814, que cerró el período que se conoce como la Patria Vieja (Villalobos, 1977, p. 377). Luego de este suceso, O'Higgins —al igual que otros miembros de familias patriotas— debió refugiarse en la Argentina, donde forjó una sólida amistad con don José de San Martín, a quien había conocido con antelación en España (Mehegan, 1913, pp. 35, 84)¹ y a quien animó a cruzar la cordillera, decisión que luego se vio coronada el 18 de febrero de 1817 con la victoria de Chacabuco, preámbulo de la entrada a Santiago. Es en estas circunstancias en que se instaura la Patria Nueva y el Cabildo Abierto y proclama como Director Supremo de Chile a San Martín, quien renuncia al cargo de inmediato a favor de su amigo y compañero de armas Bernardo O'Higgins (Villalobos, 1977, pp. 393-394; Jocelyn-Holt Letelier, 1999, p. 251). La independencia de Chile se selló posteriormente con la batalla de Maipú, liderada el 5 de abril de 1818 por San Martín, cuando O'Higgins se encontraba fuera de la capital (Villalobos, 1977, p. 298).

* Esta investigación fue auspiciada por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation de Nueva York. El presente ensayo se redactó durante la estadía de la autora como Simon Bolivar Professor (2008-2009), en el Centre of Latin American Studies de la Universidad de Cambridge, Gran Bretaña. Una versión resumida se ha publicado en inglés en Brown y Paquette (2013, pp. 160-178).

¹ Mehegan señala que O'Higgins conoció a San Martín en Cádiz, quien a la sazón era teniente del ejército español en el regimiento de Murcia; ambos habían nacido el mismo año, en 1778, y ambos jugarían posteriormente un rol relevante en la guerra de independencia.

Entre 1818 y 1821, durante los primeros años del gobierno de O'Higgins como Director Supremo de Chile², se perpetraron una serie de crímenes de Estado que removieron de la arena política a caudillos rivales y potenciales conspiradores, como los hermanos Carrera (Juan José, Luis y José Miguel) y Manuel Rodríguez, cuyo asesinato fue ordenado por el tucumano Bernardo Monteagudo, brazo derecho de San Martín, aunque también existe la versión que afirma que detrás de estos asesinatos políticos estuvo la mano implacable de la logia masónica Lautaro (Vicuña Mackenna, 1976, p. 292)³. Quizás esto explique de alguna manera por qué Chile no atravesó, como la mayoría de los países emancipados, por la era de los caudillos ya que, como se puede comprobar, estos fueron sistemáticamente eliminados en los albores de la república chilena. En todo caso, para evitar una inminente guerra civil, resultado de los ánimos caldeados de los correligionarios de los líderes desaparecidos, O'Higgins presentó su renuncia el 28 de enero de 1823 y se embarcó para el Perú, país que conocía, donde había estudiado, forjado amistades y que, además, estaba en deuda con él por su gestión en el desembarco en territorio peruano del ejército libertador, compuesto por argentinos y chilenos al mando del general San Martín.

1. LOS IRLANDESES EN EL VIRREINATO DEL PERÚ

Si queremos poner en su debido contexto familiar a don Bernardo O'Higgins Riquelme, tenemos que señalar que fue el hijo ilegítimo del irlandés don Ambrosio O'Higgins y O'Higgins (Ambrose Bernard O'Higgins, 1720-1801)⁴, quien habiéndose educado y trabajado en Cádiz, España⁵, pasó en 1764 a Chile como asistente del también irlandés John Garland, que a la sazón ejercía el cargo de gobernador militar de Valdivia. A lo largo de su exitosa carrera administrativa, don Ambrosio se desempeñó como gobernador-intendente de Concepción, Chile (1786-1788), gobernador

² El gobierno de Bernardo O'Higgins como Director Supremo de Chile tuvo una duración de seis años. Se inició en febrero de 1817 y concluyó en enero de 1823, cuando fue depuesto por un golpe militar de carácter conservador.

³ Quien afirmó haber recibido esta confesión de labios de uno de los cómplices fue nada menos que el general inglés Guillermo Miller, aunque se cuidó muy bien de no revelar el nombre de su informante.

⁴ En el expediente que se le abrió cuando solicitó un título de Castilla, se señala que don Ambrosio O'Higgins era hijo de Charles O'Higgins, *squire* de Ballenary, y de Margarita O'Higgins; nieto por línea paterna de Roger O'Higgins, *squire* de Ballenary y de Margarita de Breham; y por línea materna de William O'Higgins, *squire* de Longarough y de Winifrida O'Fallon (Campos Harriet, 1947, p. 9).

⁵ Don Ambrosio O'Higgins residió en Cádiz entre 1751 y 1756. En 1761 España le concedió la naturalización, como se la otorgó a varios otros irlandeses, para que pudiera residir y comerciar en los territorios de la Península y América española (Orrego Vicuña, 1946, p. 30).

de Chile (1788-1796) y finalmente virrey del Perú (1796-1801). En 1795 se le reconocería el título de barón de Ballenary, del que habían gozado sus antepasados en Irlanda⁶, y al año siguiente se crearía para él el título de marqués de Osorno (Arias de Saaverda Alías, 2000, p. 50). En la medida en que su padre era irlandés y su madre —Isabel Riquelme y Meza— americana, Bernardo O'Higgins puede ser descrito como un «chileno-irlandés». Además, el peso que iba a recibir de la vertiente irlandesa en su formación sería notable.

Lo particular en este caso es que un irlandés nacido Sligo y criado en Meath, como don Ambrosio, llegara a asumir el cargo de virrey del Perú. Un caso similar —aunque no idéntico— pudo ser el del último virrey de México, don Juan O'Donoju O'Rian (O'Donahue O'Ryan), que si bien era descendiente por ambos lados de irlandeses, había nacido en Sevilla (Arias de Saavedra Alías, 2000, p. 51). La presencia de irlandeses y descendientes de irlandeses en cargos de alto nivel se puede explicar por la apertura que demostró tener la casa de Borbón, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII, frente a la presencia de nativos de Irlanda y sus descendientes en puestos administrativos y militares de importancia. Los irlandeses no solo eran consabidos católicos, sino que también eran reputados como experimentados comerciantes y, sobre todo, apreciados por su pericia y prestigio militar. Por ejemplo, Fernando VI y Carlos III incluyeron a irlandeses entre sus consejeros militares. Así, el irlandés Ricardo Wall, natural de Limerick, llegó a alcanzar el codiciado puesto de ministro de Estado y Guerra de España (1754-1763), siendo conocido como «el hombre poderoso de la monarquía» (Sarrailh, 2005, pp. 323-325). Al ver con escepticismo su ansiado retorno a Irlanda, los irlandeses adoptaron a España como su segunda patria y le prestaron servicios incondicionados. De allí que Wall declarara, en 1758, «Yo no tengo más patria que esta (España) y no obstante más de cuarenta años de servicios, no acaba la gente de persuadirse de que yo la amo tanto como los nativos» (López-Guadalupe, 2000, p. 173). Sin embargo, durante su gestión como ministro, Wall —sin olvidar sus orígenes— se rodeó de varios irlandeses a los cuales favoreció desde su cargo, entre ellos se encontraban Alejandro O'Reilly, Guillermo Bowles, Bernardine Ward y nada menos que Ambrosio O'Higgins (Boylan, 1988, p. 297)⁷.

⁶ Fue su sobrino, Demetrio O'Higgins, quien se encargó de llevar adelante el expediente de acreditación del título de barón de Ballenary, argumentándose la legítima descendencia de don Ambrosio, por línea recta, de Juan Duff O'Higgins, quien fuera barón de Ballenary en el condado de Sligo, Reino de Irlanda. Para mayores detalles consúltese Donoso, 1941, pp. 278-279.

⁷ Hubo otros irlandeses que destacaron en la administración española en el siglo XVIII, como Guillermo Lacy, nacido en el condado de Limerick, quien en 1750 fue nombrado consejero del Consejo de Guerra; su hijo, Francisco, sería nombrado ministro plenipotenciario para Rusia, en 1772, entrando al Consejo de Guerra en 1780 (Arias de Saavedra, 2000, p. 57).

Siguiendo esta tendencia de dones y favores, no debe sorprender que don Ambrosio aprovechara de su puesto como virrey del Perú para conseguir, en 1799, que a su sobrino, el también irlandés Demetrio O'Higgins, fuera nombrado intendente de Huamanga, cargo que comenzó a ejercer a partir de 1802 (Fisher, 1970, p. 246). Igualmente, en 1795 don Ambrosio gestionó para otro de sus sobrinos, don Tomás O'Higgins, el nombramiento de capitán del regimiento de Dragones de Chile, siendo este posteriormente designado, en 1797, como gobernador de Huarochirí (Donoso, 1941, p. 416). Pero este tipo de concesiones no se dieron exclusivamente dentro del ámbito familiar. El virrey O'Higgins también colocaría a sus compatriotas en puestos de la alta administración, como ocurrió en el caso del irlandés Juan Mackenna O'Reilly, a quien nombró Superintendente de Osorno el 11 de agosto de 1797 (p. 366). Es más, luego de que Mackenna asumiera el cargo, le fueron remitidos varios artesanos irlandeses e ingleses con la expectativa de que estos, con la introducción de pequeñas industrias y oficios mecánicos, contribuyeran al desarrollo de la población (p. 369)⁸.

Estos lazos de apoyo mutuo que se tejieron entre irlandeses radicados en España, sobre todo en el puerto de Cádiz (Fernández Pérez, 2000, p. 134; 1997), también estarán presentes en la América española. Así, cuando tanto don Ambrosio como don Bernardo busquen personas de confianza que se hagan cargo del cuidado e instrucción del hijo, en el caso del primero, y en calidad de asesores o encargados del manejo de sus propiedades, en el caso del segundo, lo harán dentro del círculo de sus paisanos irlandeses. De esta manera, don Ambrosio escogió a su amigo íntimo, el irlandés Tomás Dolphin, para que se encargara de recoger a Bernardo de la casa materna y lo enviara a Lima a cursar estudios en el prestigioso Convictorio de San Carlos (Donoso, 1941, p. 388). Ya en Lima, don Ambrosio eligió como apoderado de su hijo a otro compatriota, el comerciante irlandés don Juan Ignacio Blake, a quien Jaime Eyzaguirre, en su libro *O'Higgins* (1972) describe como «un hombre acaudalado» (Eyzaguirre, 1972, I, p. 24). No obstante, de acuerdo al Tribunal del Consulado de Lima, se trataba de «un irlandés soltero que tiene tienda pública de mercancías en las covachuelas de la catedral»⁹. Es decir, Blake era un pequeño comerciante al menudeo o, en otras palabras, un «cajonero», que era como se les denominaba en esa época a los tenderos. Aunque hay que reconocer que la acotación citada corresponde a 1775 y es probable que Blake incrementara su fortuna en los años posteriores, ya que don Bernardo llegaría a estudiar a Lima recién en 1790 (Campos Harriet, 1947, p. 18).

⁸ Muchos de estos individuos habían sido hechos prisioneros en los barcos capturados en las últimas guerras de la península.

⁹ Archivo General de la Nación, Lima (AGN), Tribunal del Consulado. Leg. 127. Doc. 734. Año 1775.

Por otro lado, en 1811, en plena guerra de independencia, cuando don Bernardo requirió de asesoramiento y consejo pensó en recurrir a dos de sus allegados más próximos, ambos irlandeses: su primo Tomás O'Higgins y don Juan Mackenna, quien fuera colocado como gobernador de Osorno por su padre, en 1797. Finalmente se decidió por este último pues, a su entender, su primo Tomás estaba demasiado comprometido con la corona española (Clissold, 1968, p. 88)¹⁰. Más adelante, al retirarse en 1823 don Bernardo O'Higgins al Perú, le acompañó Mr. John Thomas Nowland, natural de Irlanda, que se convertiría en su más cercano confidente y con quien había entablado una estrecha amistad poco antes de abandonar Chile. Thomas fue el encargado de reorganizar las maltratadas haciendas Montalván y Cuiba, ubicadas ambas en el valle de Cañete, las que habían sido adjudicadas a don Bernardo por San Martín, en reconocimiento por su compromiso con la independencia peruana. Estas propiedades, que habían pertenecido al oficial español don Manuel Arredondo y Pelegrés, marqués de San Juan Nepomuceno (Rosas Siles, 1995, p. 221)¹¹, se confiscaron a su dueño durante la álgida campaña antipeninsular desatada en Lima por Bernardo Monteagudo¹². Se estimaba que solo la hacienda Montalván estaba valorada, antes de la expropiación, en alrededor de 600 000 pesos, con sus edificaciones, aperos, tierras y esclavos (Pruvonen, 1858, I, p. 58)¹³. Al haber sido estas haciendas ocupadas prolongadamente por el ejército realista, se encontraban —luego de la guerra de independencia— en un lamentable estado de deterioro y, bajo la vigilancia de Thomas, hubo que reparar las acequias, recoger el ganado disperso y replantar los viñedos y plantaciones de azúcar, que habían sido el eje económico de su producción (Eyzaguirre, 1972, pp. 444-445)¹⁴. Thomas fue también el encargado de hacer un recuento de las actividades de don Bernardo y de llevar su diario de campaña, por eso hay quienes se refieren a él como «su fiel cronista» (Orrego Vicuña, 1946, p. 338).

¹⁰ Así lo expresó en la carta que remitió al coronel Juan Mackenna, el 5 de enero de 1811: «Mi primera idea fue dirigirme a mi primo don Tomás O'Higgins, para obtener sus instrucciones y consejos, pues me han informado que es un buen soldado y un táctico distinguido [...] pero tengo razones para suponer de que en su opinión no he sido muy prudente al comprometerme en la revolución...». Para mayor información consúltese Vicuña Mackenna, 1976, p. 116.

¹¹ El título le fue concedido en 1808 por el rey Carlos IV.

¹² Monteagudo era descrito como «enemigo acérrimo de toda la raza española», de acuerdo al viajero Basil Hall (1971). Según Stephen Clissold (1968, p. 168), Monteagudo era «an Argentine born mulatto, who combined in his person the destructive instincts of the terrorist with utter ruthlessness in the pursuit of power and the indulgence of his own passions, was the *evil genius of the Revolution*».

¹³ Esta propiedad se la «regaló» San Martín a O'Higgins, quitándosela a sus legítimos herederos.

¹⁴ De acuerdo a Eugenio Orrego Vicuña (1946, p. 366), el cultivo de la caña de azúcar era la industria principal de la hacienda, aunque también se cultivaba panllevar y vid, con mano de obra compuesta por sesenta negros esclavos.

Los O'Higgins, en su calidad de irlandés en el caso de don Ambrosio y de vástago de irlandés en el de don Bernardo, demostraron ser propensos a establecer relaciones endogámicas o de paisanaje, que trascendiendo el ámbito del parentesco, entraban también en la esfera profesional. Es decir, no era en absoluto extraño que los irlandeses formaran juntos empresas, se apoyaran en los negocios, en la carrera burocrática y militar, y se designaran, unos a otros, tutores, albaceas y testafierros (O'Phelan Godoy, 2005, p. 439). El hecho de desposarse o mantener relaciones sentimentales con mujeres locales, por otro lado, revela que numerosos irlandeses comprendieron que emparejándose con mujeres americanas se les facilitaba la posibilidad de insertarse convenientemente en la sociedad colonial y que sus hijos pudieran establecerse en forma más permanente y ventajosa en la América española.

2. EL CONVICTORIO DE SAN CARLOS

Si bien en Santiago de Chile funcionaba el Colegio Carolino, que había reemplazado al antiguo Convictorio de San Francisco Javier, regentado por los jesuitas; se decidió que don Bernardo O'Higgins (Bernardo Riquelme en ese entonces) se trasladara a Lima a los doce años para cursar estudios en el renombrado Convictorio de San Carlos, siguiendo de esta manera una tradición arraigada en la élite chilena (Campos Harriet, 1947, p. 18)¹⁵. Este emblemático centro de estudios había sido fundado el 7 de julio de 1770 durante el gobierno del virrey Amat y Juniet, y reemplazó, luego de la expulsión, a los colegios jesuitas de San Felipe y San Martín (Espinoza Ruiz, 1999, p. 221). El control del gobierno virreinal sobre el convictorio fue, desde un inicio, muy estrecho y permanente.

Cuando O'Higgins estudió en San Carlos, ejercía como rector don Toribio Rodríguez de Mendoza (1785-1817). En los treinta años que duró su gestión, el mencionado rector se propuso convertir el convictorio en el principal centro de estudios del virreinato peruano. Se considera a Rodríguez de Mendoza como uno de los exponentes más brillantes del clero ilustrado de fines del siglo XVIII, «fue un decidido defensor del regalismo borbónico y tuvo ciertas características comunes con los jansenistas como su anti-jesuitismo, su rechazo a la religiosidad popular barroca y a la escolástica» (Cubas, 2001, p. 301). Rodríguez de Mendoza logró contar en su plantel con profesores de alto nivel académico, como José Baquijano y Carrillo (autor del polémico *Elogio a Jáuregui*)¹⁶, y de una indiscutible capacidad intelectual,

¹⁵ Era costumbre, por esa época, que la aristocracia chilena enviara a sus hijos a estudiar a Lima.

¹⁶ El *Elogio* fue pronunciado en la Universidad de San Marcos en agosto de 1781, en el acto de bienvenida al virrey Jáuregui, y fue censurado por el visitador José Antonio de Areche, quien ordenó confiscar todos los ejemplares por tratarse de una lectura «perniciosa y subversiva». En abril de 1784 se recogieron y remitieron a España un total de 312 copias (Peralta Ruiz, 2002, p. 33).

como José Faustino Sánchez Carrión, quien influenció notablemente a los alumnos con sus ideas reformistas. Si bien Rodríguez de Mendoza dejó el cargo en 1817, las nuevas ideas que se transmitieron a los alumnos carolinos llevaron a que muchos de ellos tomaran posiciones aún más radicales que las de sus propios maestros y llegaran a participar en forma activa en el proceso de independencia.

Así, prominentes miembros de la *Sociedad de Amantes del País* y activos colaboradores del *Mercurio Peruano* fueron influyentes educadores del convictorio carolino, como el ya mencionado José Baquijano y Carrillo, Vicente Morales Duárez, Diego Cisneros, Manuel Lorenzo Vidaurre, entre otros. Por lo tanto, no es casual que hubiera diputados carolinos representando al Perú en las Cortes de Cádiz, como Vicente Morales Duárez, Joaquín de Olmedo, Ramón Olaguer Feliú, Blas de Ostolaza, Mariano de Rivero y José Antonio Navarrete. Precisamente uno de ellos, Morales Duárez, sería elegido presidente de las Cortes de Cádiz el 26 de mayo de 1812, luego de jurada la constitución liberal (Cubas, 2001, pp. 303, 311). De acuerdo a Felipe Barreda y Laos, Morales Duárez «se distinguió por sus doctrinas bien avanzadas, sus tendencias liberales y por la vigorosa defensa que hizo de los derechos de América» (p. 311).

En este ambiente reformado y en esta atmósfera de cambio se educaría Bernardo O'Higgins, quien además tendría como compañero de aula al aristócrata limeño Bernardo de Torre Tagle. La amistad que en ese entonces surgió entre ellos se mantendría activa y tendría proyecciones inesperadas, ya que durante la coyuntura de la independencia volverían a reactivarse los vínculos que se habían forjado en el convictorio, pero sin que los ideales políticos de estos dos carolinos —uno peruano y el otro chileno— fueran necesariamente los mismos, o puestos de manifiesto con la misma claridad e intensidad.

Quizás dos diferencias fundamentales que marcaron la trayectoria política disímil de O'Higgins y Torre Tagle estarían dadas por el hecho de que el primero fue enviado, en 1794, luego de su estadía de cuatro años en el Convictorio de San Carlos, a continuar sus estudios en Richmond, Inglaterra¹⁷, donde además entró en contacto con el activista venezolano Francisco de Miranda y Rodríguez, su mentor político¹⁸, involucrándose en la conformación de la logia masónica Lautaro en Londres, con la finalidad de luchar por la independencia de la América española siguiendo el modelo norteamericano.

¹⁷ La formación que allí se le impartió, de acuerdo a una carta remitida por Bernardo en 1799 a su padre, don Ambrosio, incluía cursos de inglés, francés, historia antigua y moderna, geografía, música, dibujo y el manejo de armas, «the exercise of arms» (Clissold, 1968, p. 57).

¹⁸ En sus frecuentes viajes de Richmond a Londres, Bernardo O'Higgins tuvo la oportunidad de conocer y trabar amistad, en 1798, con Francisco de Miranda (Díaz, 1946, p. 13). Posteriormente, O'Higgins declararía en una carta dirigida al almirante Hardy y fechada en su hacienda Montalván el 1 de setiembre de 1828: «A Miranda debí la primera inspiración que me lanzó en la carrera de la revolución para salvar a mi patria...» (Vicuña Mackenna, 1976, p. 121).

Es más, para Miranda el único chileno que había logrado conocer era Bernardo O'Higgins, como se encargó de precisar en su correspondencia (Clissold, 1968, p. 59)¹⁹. Sin embargo, una denuncia de que Bernardo formaba parte del círculo conspirativo de Miranda llevaría a que don Ambrosio fuera depuesto el 19 de junio de 1800 de su cargo de virrey del Perú y subsecuentemente cortara toda ayuda económica a su hijo (Orrego Vicuña, 1946, p. 49)²⁰. En 1802, tras la muerte de su padre, O'Higgins —luego de permanecer algunos años en España— retornará a Chile, donde se incorporó primero al consejo provincial de Chillán para luego avocarse a la política insurgente. Torre Tagle, en contraste, no cursó estudios en Inglaterra, tampoco contó con un interlocutor de la talla de Miranda, ni participó de las logias europeas de carácter político. Su entrenamiento fue, por lo tanto, mucho más discreto y mantuvo más bien una postura cercana a la Península. Inclusive llegó tarde a Cádiz como diputado electo recién en 1813, para permanecer en España tres largos años después de la reinstauración de la monarquía absolutista de Fernando VII, en 1814.

Lo que sí es cierto es que la llegada de San Martín al Perú motivó la adhesión explícita de un significativo número de carolinos a la causa independentista. La formación liberal que les habían impartido en las aulas del convictorio estaba dando sus frutos. Como reconoció la *Gaceta de Lima* en 1822, la obra progresista de Rodríguez de Mendoza «plantó semillas en medio de los peligros y a pesar de los esfuerzos del despotismo» (Valencia Avaria, 1980, p. 23). Se entiende entonces que varios de sus pupilos fueran los primeros en firmar y jurar el acta de la independencia, por propia iniciativa y no forzados por las circunstancias (Timothy, 1979; 1975, pp. 221, 223), y otros tantos cumplirían un rol activo en el Protectorado. Uno de ellos sería, sin duda, el marqués de Torre Tagle.

3. O'HIGGINS, SAN MARTÍN Y EL IV MARQUÉS DE TORRE TAGLE

Cuando el 20 de agosto de 1820 O'Higgins despedía a la escuadra libertadora que se embarcaba desde Valparaíso rumbo al Perú, San Martín ya llevaba el encargo de contactar en Lima a quien, para don Bernardo, era un cercano hombre de confianza: su condiscípulo, tocayo y amigo, Bernardo de Torre Tagle. Precisamente, en opinión del futuro Protector del Perú, Torre Tagle era la persona adecuada con quien establecer una alianza, en la medida en que «su nombre e influencia añadían cierto prestigio a la causa de libertad que surgía» (Proctor, 1971, p. 250).

¹⁹ Miranda le escribía a O'Higgins, «In my long connection with South America, you are the only Chilean whom I have met...».

²⁰ Luego de su destitución, don Ambrosio sería reemplazado por uno de sus más acérrimos enemigos, el marqués de Avilés, pero O'Higgins moriría el 18 de marzo de 1801, antes del arribo de su sustituto (Galván Moreno, 1942, pp. 6-7).

Pero, ¿quién era José Bernardo Tagle y Portocarrero? Nacido en Lima, en 1779, era descendiente de montañeses y ostentaba el título nobiliario de IV Marqués de Torre Tagle (Atienza, 1954, p. 200)²¹. El virrey Abascal lo había nombrado, en 1811, sargento mayor del regimiento de la Concordia, aunque ello no significa necesariamente que hubiera recibido un entrenamiento militar riguroso. Nominado como diputado a las Cortes de Cádiz, llegó a tierras gaditanas en 1813 y permaneció en España hasta 1817. Regresó al Perú con el nombramiento de intendente de La Paz, pero el virrey Pezuela lo envió a servir la intendencia de Trujillo, de la que se hizo cargo en 1819 (Vivero, 1909, p. 5). Era, por lo tanto, un funcionario real. Cuando San Martín arribó a las costas peruanas se puso al habla con Torre Tagle, quien en un gesto de patriotismo declaró la independencia desde Trujillo el 29 de diciembre de 1820.

No obstante, en el caso de Torre Tagle, y en un intento de comprender por qué se convirtió en un aliado natural del Protector del Perú, no deben desestimarse los lazos de parentesco tanto consanguíneos como espirituales que mantenía con los O'Higgins, por un lado, y con San Martín, por otro. Su cercanía con don Bernardo, si bien se remontaba a las aulas carolinas, había sido reforzada recientemente por vínculos de parentesco, ya que el IV Marqués de Torre Tagle, quien era viudo, se había casado en segundas nupcias con la criolla doña Mariana de Echevarría y Ulloa, quien era nada menos que la viuda de don Demetrio O'Higgins, sobrino de don Ambrosio y tío de don Bernardo, quien a la sazón ejercía como Director Supremo de Chile. Por otro lado, cabe precisar que la madre de doña Mariana, doña Ana María Santiago de Ulloa, era natural de Valparaíso, es decir, era chilena²². El enlace matrimonial se había llevado a cabo en la parroquia de El Sagrario de Lima, el 20 de julio de 1819²³. Adicionalmente, Torre Tagle trató de mantener viva su correspondencia con O'Higgins, a quien le remitió, en 1821, el árbol genealógico de don Ambrosio O'Higgins que conservaba su ahora esposa, doña Mariana (O'Phelan Godoy, 2001, pp. 398-399). Era, sin duda, una manera de poner en relevancia los lazos de parentesco que los unían.

Por otro lado, es interesante constatar que cuando el 26 de marzo de 1822 los marqueses de Torre Tagle bautizaron a su hija, Josefá Manuela, en la capilla del Supremo Gobierno, firmó como padrino de la niña el Protector don José de San Martín,

²¹ El título había sido creado en 1730, en la persona de don José de Tagle y Bracho, quien era originario de Ruiloba, en Burgos, Obispado de Santander.

²² AGN. Protocolos Notariales. Escribano José María La Rosa. Prot. 629. Año 1813. Doña Mariana era hija de don Juan de Echevarría, quien se había desempeñado como Director del Tribunal de Minería, y de doña Ana María Santiago de Ulloa, nativa de Valparaíso, en el reino de Chile.

²³ Archivo de la Parroquia de El Sagrario, Lima. Libro de Matrimonio, No.11 f299. Se registra el 20 de julio de 1819 el matrimonio de don Bernardo de Tagle y Portocarrero, caballero de la orden de Santiago, Marqués de Torre Tagle, viudo de doña Juana Rosa García de la Planta; con doña María de Echevarría y Ulloa, viuda del finado don Demetrio O'Higgins.

en persona (Ortiz de Zevallos, 1989, p. 102). Nótese que los marqueses eligieron para su hija el nombre de Josefa, femenino de José, que era el nombre del padrino de la niña y ahora compadre de Torre Tagle. De allí el flujo de familiaridad que se entabló entre ambos hombres, ya que al mes siguiente en una carta remitida por el Protector al marqués, San Martín le solicitaba, «*mi compadre*, si está el inventario de la hacienda de O'Higgins, mándemelo» (Ortiz de Zevallos, 1989, p. 100). Indudablemente para San Martín el marqués era su hombre de confianza; no en vano lo promovió primero a marqués de Trujillo y luego a presidente del Perú, además de favorecerlo con la recientemente instaurada Orden del Sol. Aunque, a pesar de ello, en los comunicados oficiales Tagle y Portocarrero siguió firmando consistentemente como Marqués de Torre Tagle (Vicuña Mackenna, 1976, p. 329)²⁴.

Pero ¿era Torre Tagle la persona idónea para liderar el proceso de independencia en el Perú? Si bien San Martín no llegó a desilusionarse plenamente de la actuación política de su compadre, la llegada de Sucre y Bolívar al Perú pondrían en evidencia las marchas y contramarchas del marqués de Trujillo y de su ambigüedad, indefiniciones y dubitaciones frente al rumbo que debía tomar el Perú independiente. No sin razón el viajero inglés Robert Proctor, testigo presencial de los sucesos de 1823 y 1824, opinó en su *Relación* que Torre Tagle «probablemente nunca hubiera existido como político, a no ser (por) su fácil condescendencia, que lo hacía apto para instrumento manejado por manos extrañas; solamente por esta razón lo ocuparon San Martín, el Congreso y Bolívar» (Proctor, 1971, p. 250). Un comentario bastante lapidario, aunque no necesariamente compartido en su intencionalidad por el compañero de aula del marqués, don Bernardo O'Higgins.

4. O'HIGGINS Y EL PERÚ BAJO BOLÍVAR

Cuando O'Higgins desembarcó en el Callao el 28 de julio de 1823, hacía poco más de una semana que su buen amigo Bernardo de Torre Tagle ejercía la presidencia del Perú. De allí que el general chileno fuera recibido con toda calidez a su llegada a tierras peruanas, aunque ello no evitó que observara con agudeza la situación caótica por la que atravesaba el país. Don Bernardo había pensado dirigirse a Irlanda (Orrego Vicuña, 1946, p. 331)²⁵, la tierra de sus ancestros que tanto anhelaba conocer, pero luego de llegar a Lima desestimó esta opción pensando quizás que era prioritario concluir con la empresa que en 1821 había iniciado el ejército patriota.

²⁴ De igual manera firmaban el conde de la Vega del Ren, el conde del Valle de Oselle y el conde de Torre Velarde, en un documento oficial del 24 de diciembre de 1821.

²⁵ O'Higgins llegó a solicitar un pasaporte para poder visitar Irlanda, el cual le fue otorgado por dos años.

Se entiende entonces que le escribiera de inmediato a San Martín comentándole: «Este país sufre todos los males consiguientes a los desórdenes pasados, en que lo envolvieron la ignorancia y la ambición *sin cabeza ni dirección*» (Eyzaguirre, 1972, II, pp. 435-436). No haría sino instalarse en Lima para recibir la noticia de la llegada de Simón Bolívar al Callao, el primero de setiembre, con el propósito de tomar la dirección de la guerra y completarla, tal como se lo había solicitado el Congreso del Perú.

Dos temas inquietaron a O'Higgins luego de tomar contacto con Bolívar. El primero era ver la posibilidad de trasladar desde Valparaíso un contingente de 2500 soldados para reforzar al ejército grancolombiano. Inclusive el Libertador llegó a pedirle explícitamente que viera de regresar a Chile para solicitar «todos los auxilios que solo V.md. lograría por la influencia poderosa de los amigos de Vmd. y de su propio carácter» (Eyzaguirre, 1972, p. 438). Pero ni don Bernardo viajaría a Chile ni las tropas solicitadas serían enviadas al Perú. Es probable que O'Higgins considerara que no era el momento más propicio para retornar a su patria, la que no hacía mucho había abandonado, mientras que para Bolívar, a pesar de su trato cortés, la presencia de don Bernardo lo conectaba con su rival San Martín y con el presidente Torre Tagle, de quien, a diferencia de O'Higgins, tenía la más pobre de las opiniones. Así, al solicitarle Bolívar a O'Higgins que se trasladara a Chile, de alguna manera lo quitaba de en medio para poder consolidar la independencia del Perú al alimón con Sucre y el ejército gran-colombiano.

Pero, si bien el tema de contar con tropas chilenas no llegó a cristalizar, el segundo tópico que preocupaba a don Bernardo era estar distante del Libertador y su campaña militar. De allí que ofreció a Bolívar trasladarse a Huanchaco, puerto de Trujillo, sobre todo teniendo en cuenta que el presidente Riva Agüero ya había desalojado esta ciudad. Al constatar que el Libertador no contestaba a sus requerimientos, O'Higgins acudió una vez más a su amigo, el presidente Torre Tagle, quien seguía en Lima al frente del gobierno. Este debió aceptar su propuesta, pues a finales de 1823 don Bernardo se trasladaba a Trujillo, aún convaleciente de malaria, junto a su familia²⁶, por su afán (y probablemente también el de Torre Tagle) de estar cerca al Libertador. Estando instalado en Trujillo, don Bernardo se enteraría, no sin desazón, que su condiscípulo y ahora pariente político Torre Tagle había sido visto en conversaciones y negociaciones con los realistas. Lo cual indicaba que la intuición de Bolívar sobre la ambigua postura política del marqués no estaba del todo errada.

²⁶ O'Higgins viajó acompañado por su madre, Isabel Riquelme; su media hermana, Rosa Rodríguez Riquelme; su hijo ilegítimo, Pedro Demetrio; y dos sirvientes domésticos. También lo acompañaron a bordo de la fragata Fly el gobernador Zenteno, don Felipe Santiago del Solar, el coronel don Pedro Ramón Arriagada, el teniente coronel Martínez y el capitán don Tomás Sutcliffe, oficial inglés al servicio de Chile (Díaz, 1946, p. 197).

Así, en la correspondencia que, en 1824, Bolívar intercambiaba regularmente con Sucre, este último no escatimaba en referirse a «la perversidad de Torre Tagle», aconsejando incluso «que desprecien los pérfidos consejos de Tagle y otros malvados americanos que han vendido vilmente los intereses de la patria y la confianza que el Perú depositó en ellos: que sigan trabajando harto y constantemente contra los españoles» (Sucre, 1995, p. 162). Asimismo, en marzo del mismo año, Bolívar no tenía reparos en comunicarle a Santander: «aseguro a Ud. que estamos en el Perú poco menos que en los infiernos».

De acuerdo al viajero inglés Proctor, la situación se hizo insostenible cuando Torre Tagle se dejó ver en público en compañía de los jefes militares realistas y emitió una proclama contra Bolívar, «llamándole invasor y destructor del país y elogiando a los españoles, únicos dueños legítimos del Perú» (Proctor, 1971, pp. 329-330). En este contexto la cercanía entre O'Higgins y Torre Tagle debió levantar serias suspicacias en el Libertador. Adicionalmente, Proctor también destacó que debido al flujo de amistad entre Torre Tagle y los patriotas chilenos —léase O'Higgins— el marqués había manifestado su intención de retirarse a Chile, sacrificando sus ambiciones personales por el bien del país (p. 282), probablemente empujado por su voceada incapacidad para manejar en forma efectiva la política peruana.

Y, en este sentido, hay que destacar el hecho de que el marqués de Torre Tagle tenía familia en Chile y esta no se reducía a la parentela de su esposa por línea materna. En Santiago estaba establecida y afianzada una rama de los Tagle, los Ruiz Tagle, que al igual que él descendían de don José de Tagle y Bracho, primer marqués de Torre Tagle. Así, don Bernardo y don Francisco Ruiz Tagle eran dos exitosos comerciantes montañeses que cubrían la ruta entre Chile y el Perú. Además, el primero de ellos se había casado en Lima con doña María Josefa Ortiz de Torquemada, y sus tres hijos varones se habían educado en colegios limeños. Precisamente uno de los nietos de don Bernardo, Francisco Ruiz Tagle, mantendría durante el proceso de independencia una clara cercanía con San Martín y O'Higgins, y fue nombrado por el Director Supremo de Chile, en 1822, director de la policía urbana de Santiago y miembro de la Junta de Salubridad (Amunátegui Solar, 1903, pp. 270-293)²⁷. Es decir, para el IV Marqués de Torre Tagle, buscar refugio en Chile no estaba en absoluto fuera de contexto. Las conexiones de los Tagle con O'Higgins eran fuertes tanto en Chile como en el Perú.

Se entiende entonces que Bolívar se escabullera, una vez más, de contar con la presencia de O'Higgins, cuando este último le manifestó su vivo interés por enrolarse

²⁷ Francisco Ruiz Tagle mantuvo una buena relación con O'Higgins y San Martín. A este último lo alojó en 1817 en su hacienda La Calera, para que el general se repusiera de una grave enfermedad. Consúltese sobre estas redes familiares el artículo de Susy Sánchez (2000).

en el ejército del Libertador. Si bien la propuesta de don Bernardo fue inicialmente aceptada y Bolívar le escribió desde Huaraz, «por mi parte le ofrezco a Ud. un mando en él (ejército)... porque un cuerpo de Colombia a las órdenes de Ud. debe contar con la victoria» (Eyzaguirre, 1972, p. 440), el Libertador recibiría a O'Higgins recién en agosto, luego de consumado el triunfo de Junín, tratándolo con afabilidad pero sin confiarle ningún puesto de responsabilidad en su ejército, que era lo que le había prometido incluso por escrito. Posteriormente O'Higgins se enteraría en Lima, el 18 de diciembre, de la noticia sobre la victoria de Ayacucho que selló la independencia peruana. No en vano poco antes le había expresado sus quejas al general inglés Guillermo Miller²⁸ —quien había llegado con el ejército de San Martín y ahora combatía al lado de Bolívar— confiándole en una carta, «¿Es posible que Chile, que incitó la empresa de libertar al Perú, creando de la nada una escuadra poderosa y enviando un excelente ejército, no se encuentre representado por una división o siquiera por un batallón, en el ejército que va a consumir esa obra?» Intuía, por lo tanto, que el Libertador no lo convocaría para la batalla final.

Es obvio que para Bolívar don Bernardo era claramente un hombre de San Martín, y su ponderada amistad con Torre Tagle no lo ayudaba en absoluto. No hay que olvidar que cuando San Martín retornó en 1822 a Chile, luego de los reveses de su campaña en el Perú, se alojó en casa de O'Higgins y lo persuadió, sin duda, de que debía ir al Perú y consolidar la independencia (Clissold, 1968, p. 201). Más adelante, ya establecido en Lima, O'Higgins se convertiría en el apoderado de San Martín para efecto del cobro de los sueldos pendientes del ex Protector del Perú (Díaz, 1946, p. 199). Estos antecedentes debieron influir, obviamente, en que Bolívar marcara una sutil pero firme distancia con quien fuera el Director Supremo de Chile.

Si bien don Bernardo O'Higgins de Ballenary y Riquelme —que es como se autodenomina en su testamento—²⁹ no volvió a Chile en 1823 con el fin de reclutar tropas para apoyar a Bolívar, en realidad no retornaría jamás a su patria. El presidente Bulnes, su contrincante electoral, le dio facilidades para su regreso a Chile, y el 6 de octubre de 1842 el Congreso Nacional de Chile le reconoció el derecho a gozar de una pensión vitalicia si retornaba al país. O'Higgins no pudo materializar este anhelo, ya que el 24 de octubre de 1842, a la edad de 64 años, falleció en Lima,

²⁸ De acuerdo a Proctor (1971, p. 215), Guillermo Miller era un general inglés, nacido en Kent, que había prestado servicios en la guerra de la península y que se unió al ejército patriota en Chile, convirtiéndose en uno de los hombres de confianza de San Martín, habiendo combatido en la batalla de Maipú, que sellaría la independencia chilena. Miller sería condecorado a los 24 años con la Orden del Sol en reconocimiento a los méritos y servicios prestados a favor de la independencia.

²⁹ AGN. Sección Notarial/Testamentos. Escribano Gerónimo de Villafuerte. Protocolo 1025, folio 136. Año 1842. Al incluir en su nombre la palabra Ballenary, don Bernardo estaba adoptando, de alguna manera, el título nobiliario otorgado en 1795 a su padre, don Ambrosio O'Higgins, barón de Ballenary.

ciudad que escogió para su destierro voluntario y donde vivió sus últimos veinte años entre los avatares de la independencia y más adelante, de la Confederación Perú-boliviana (1836-1839), durante la cual el general paceño Andrés de Santa Cruz solicitó sus favores como mediador (Parkerson, 1984)³⁰. Sus exequias se celebraron con toda pompa en la iglesia de La Merced el 26 de octubre, y fueron oficiadas por don Santiago O'Phelan, obispo de Ayacucho (Valencia Avaria, 1980, p. 478), hijo del irlandés originario de Waterford afincado en Arequipa, capitán don Raymundo O'Phelan³¹. Hasta para celebrar la misa de cuerpo presente don Bernardo escogió a un clérigo hijo de irlandés, así como a lo largo de su vida y en diferentes etapas de la misma había buscado en primera instancia el apoyo de los paisanos de su padre. Si bien nació en Chile, Bernardo O'Higgins da la impresión de haber llevado clavada en el corazón a esa Irlanda lejana que nunca llegó a conocer.

5. DE HIJO NATURAL A PADRE DE LA PATRIA

Hay que admitir que no era un estigma ser hijo natural en la colonia. Los hijos ilegítimos abundaban y se podían encontrar dentro de todas las clases sociales (Mannarelli, 1993, p. 167). Es más, hubo familias que desarrollaron un patrón de conducta en torno a la ilegitimidad (O'Phelan Godoy, 1998, pp. 215-240). Por ejemplo, no es casual que don Ambrosio O'Higgins tuviera un hijo natural, Bernardo, y que a su vez don Bernardo O'Higgins también procreara un hijo ilegítimo, Pedro Demetrio. Claro que es importante señalar que no se trata de una ilegitimidad idéntica. En el caso de Bernardo, era un hijo natural de padres solteros, ya que don Ambrosio e Isabel Riquelme eran libres al momento de engendrar al niño, aunque cautelosamente el nombre de la madre no se menciona en la partida de bautizo³²; mientras que en el caso de Pedro Demetrio se trataba de un hijo espurio o adulterino (Murriel, 1974, p. 20), ya que había sido concebido por su madre, María del Rosario Puga y Vidaurre, cuando esta todavía se encontraba casada con don José María Soto Aguilar

³⁰ O'Higgins abogaba por una suspensión de la guerra entre Chile y la Confederación en aras a la amistad que debía existir entre ambos países. Santa Cruz respaldó esta postura conciliadora, pues es probable que no estuviera seguro de que el éxito acompañaría a la Confederación y de que, en todo caso, fuera el momento oportuno para enfrentamientos bélicos, cuando el estado confederado aún no se hallaba soliviantado.

³¹ Archivo Departamental de Arequipa. Testamentos. Escribano Francisco Xavier de Linares. Protocolo 376. Año 1797, folios 282-286. Don Raymundo O'Phelan era capitán del ejército y coronel graduado; estaba casado con doña Bernardina Recavarren.

³² La partida de bautizo indica que «... en el Obispado de la Concepción, el día veinte del mes de agosto de mil setesientos setenta y ocho años, nació el *hijo natural* del Maestre de Campo General de este Reino de Chile y Coronel de los Reales Ejércitos de S.M. don Ambrosio Higinz, soltero, y de la señora principal de aquel Obispado, también soltera, *que por su crédito no ha expresado su nombre*». Para mayor información ver Ibáñez Vergara, 2001, p. 15.

(Balbontín Moreno & Opazo Maturana, 1974, pp. 120-121), del cual vivía separada, manteniendo relaciones ilícitas con don Bernardo (Clissold, 1968, p. 154)³³. Quizás por esta razón en el Libro de Bautizos el niño aparece registrado escuetamente como «Pedro, hijo de padres desconocidos» (Balbontín Moreno & Opazo Maturana, 1974, p. 129).

Si bien se ha argumentado que don Ambrosio O'Higgins no llegó a casarse con la dama chilena Isabel Riquelme, por evitar contravenir los dictámenes que señalaban que un funcionario al servicio de la Corona española estaba prohibido de contraer enlace con mujeres americanas, cabe recordar que existían las dispensas matrimoniales y que estas se otorgaron en diversas oportunidades. Un caso ilustrativo es el del oidor catalán de la Audiencia de Chile, don Ambrosio Cerdán y Pontero, nombrado fiscal del crimen en 1777, a quien se le concedió licencia para desposar a Josefa Calvo de Encalada, natural de Santiago e hija del marqués de Villapalma. El marqués casaría a su otra hija, María Teresa, con el vizcaíno José Lucas Gorbea y Badillo, también oidor de la Audiencia de Chile, a quien se le otorgó, en 1782, la requerida dispensa matrimonial (Burkholder, 1986, pp. 28, 51). Esto demuestra que para don Ambrosio fue una opción personal no desposar a la madre de Bernardo, ya que, sin ir más lejos, su sobrino Demetrio O'Higgins no tuvo reparos en casarse con la criolla Mariana Echevarría y Ulloa, a pesar de su cargo como Intendente de Huamanga. De igual manera, su otro sobrino, Tomás O'Higgins, también consiguió la necesaria licencia para poder contraer matrimonio con la aristócrata chilena doña Josefa Aldunate y Larraín (Donoso, 1941, p. 416)³⁴. No obstante, ni don Demetrio ni don Tomás tuvieron descendencia fruto de sus matrimonios.

Además, hay que precisar que durante su relación con Isabel, don Ambrosio era solo un oficial del ejército real y no ejercía un puesto de alta autoridad, por lo cual un matrimonio con criolla no habría puesto en riesgo su carrera. Quizás las dubitaciones de don Ambrosio estuvieron generadas por el temor de hacer un matrimonio desigual³⁵, ya que Isabel Riquelme parece haber pertenecido a una acomodada familia de Chillán pero sin llegar a formar parte de la exclusiva aristocracia provincial y mucho menos de la nobleza titulada³⁶. Doña Isabel contraería más adelante nupcias con don Félix Rodríguez y Rojas, un viudo ya mayor, con quien tuvo una hija, Rosa.

³³ Sobre el tema de las relaciones ilícitas, ver Pinar, 1999.

³⁴ La licencia fue concedida el 20 de marzo de 1807.

³⁵ Sobre los matrimonios desiguales se puede consultar Socolow, 1991.

³⁶ Por ejemplo, don Melchor Jacot Ortiz Rojano Ruiz de la Escalera, fue nombrado en 1776 primer regente de la Audiencia de Lima. Viudo, en 1788 Jacot solicitó una licencia para poder casarse en segundas nupcias con María Luisa López de Maturana, nativa de Huaura, Perú, la cual le fue concedida. Con este enlace Jacot emparentó con «las familias nobles más importantes de Lima». Es decir, cuando el matrimonio era con una mujer de clase alta y de alcurnia, era considerado ventajoso y las restricciones se hacían menos exigentes. Consúltese al respecto Burkholder, 1986, p. 64.

Su esposo fallecería en 1782 y doña Isabel, ya viuda, tendría más adelante otra hija, Nieves, con un vecino de Palpal, don Manuel Puga y Figueroa, quien nunca hizo efectiva su palabra de matrimonio (Balbontín Moreno & Opazo Maturana, 1974, p. 87). En 1808 su hija Nieves tomaría por esposo al irlandés Juan Agustín Borne y Anderson, quien era originario de Dublín y se desempeñaba como mesonero (Valencia Avaria, 1980, p. 15)³⁷. Un nuevo compatriota entraba de esta manera al restringido núcleo familiar de los O'Higgins.

Lo cierto es que las posibilidades que tenía un hijo natural de salir adelante dependían, en primer lugar, del nivel social del padre. Es decir, que se tratara de una persona prominente o, en todo caso, que estuviera bien establecida y bien relacionada. En segundo lugar, era indispensable que aunque el padre no reconociera legalmente al hijo ilegítimo, se preocupara en forma permanente de que este tuviera una vida holgada y una buena educación (O'Phelan Godoy, 2006)³⁸. Se consideraba que los expendios que se hacían en el rubro de la educación eran un adelanto de la herencia transferida del padre al hijo (Twinam, 1991, p. 219). Ambas premisas se cumplieron en el caso de Bernardo O'Higgins. De allí se entiende que en las cartas que este enviaba a su progenitor le diera el trato de «padre y protector» y firmara como «su agradecido hijo» (Donoso, 1941, pp. 398-399). Adicionalmente, un mecanismo de reconocimiento de los hijos naturales que se empleó en la colonia fue el nombrarlos explícitamente en el testamento y otorgarles alguna propiedad o suma de dinero. Don Ambrosio incluyó en su testamento a Bernardo y le dejó la hacienda Las Canteras, ubicada en el pueblo sureño de La Laja, a las afueras de la ciudad de Los Ángeles, con 3000 cabezas de ganado vacuno³⁹, la que había adquirido en Chile durante su gestión como gobernador. Pero no solo don Bernardo sería beneficiado en el testamento. Tomás O'Higgins, sobrino del virrey irlandés, quien era cinco años mayor que su primo Bernardo y considerado como un hijo adoptivo por don Ambrosio, también sería ampliamente favorecido con una serie de propiedades (Clissold, 1968, p. 79). Probablemente emulando el gesto de su padre, don Bernardo si bien no incluyó en su testamento a su hijo ilegítimo, Pedro Demetrio, quien por

³⁷ Para mayores detalles consúltese Balbontín Moreno & Opazo Maturana, 1974, pp. 88, 90, 93. Juan Agustín Borne y Anderson declararía en Concepción, en 1815, «jamás me he mezclado en esta revolución, ni he hecho armas contra el Rey, ni he obtenido empleo alguno en el ejército insurgente. Ni jamás he usado escarapela tricolor», expresando así su neutralidad frente a la Patria Vieja. En 1819 Borne era capitán de la fragata «Dolores», anclada en el puerto de Talcahuano, Concepción, donde vendía tabaco, vino y aguardiente y sería asesinado en un asalto al buque el 23 de abril de 1819. Nieves, ya viuda, tendría más adelante una hija natural, Manuela Borne y Puga, con don Juan Crisóstomo Larraín y Aguirre, tal como su madre la había engendrado a ella, fruto de una relación ilícita.

³⁸ Sobre todo revisar el punto 2 relativo a los signos externos de una paternidad responsable.

³⁹ Las Canteras era una hacienda fértil con tres mil cabezas de ganado. Bernardo decidió convertirla en un viñedo y en dos años sembró alrededor de 100 000 plantas de vid. Incluso dentro de sus planes estuvo el reclutar operarios irlandeses para trabajar en su hacienda. Consúltese al respecto Clissold, 1968, pp. 82, 237.

ser adulterino no podía convertirse en su heredero (Balbontín Moreno & Opazo Maturana, 1974, p. 78), arregló para que la hacienda Montalván le fuera transferida a la muerte de su media hermana, Rosa Rodríguez Riquelme, acaecida en 1850 en Lima (Clissold, 1968, p. 238, n. 2).

El haberse sentido postergado por su padre —a quien nunca conoció aunque sí le remitió correspondencia que jamás fue contestada— y el haber experimentado un trato discriminatorio en su calidad de hijo natural —como el no haber podido ingresar al ejército peninsular por su condición de ilegítimo— (Donoso, 1941, p. 393) debió influenciar en que don Bernardo O'Higgins desarrollara una aversión hacia la aristocracia y la nobleza, aunque en su momento no dudara en añadir a su nombre el título de Ballenarý. Así, se le atribuye haber declarado, en más de una ocasión, que «por naturaleza él aborrecía a la aristocracia» (Ladd, 1976, p. 155). Sin embargo, esta posición puede haber sido expresión del resentimiento que guardaba hacia los sectores más privilegiados, aunque su antagonismo no parece haber sido extremo, ya que, como ha quedado demostrado, mantuvo una amistad cercana y de larga duración con el IV Marqués de Torre Tagle. En lo que sí permaneció consistente fue en su posición anti-monárquica, como expresó: «...si los creadores de la revolución se propusieron hacer libre y feliz a su suelo, esto *solo se logra bajo un gobierno republicano* y no por la variación de dinastías distintas, preciso es que huyamos de aquellos fríos calculadores que apetece el monarquismo» (Orrego Vicuña, 1946, p. 228). Comparativamente, Bolívar, si bien también apostó por la república, mantuvo una postura más radical y menos tolerante frente a la nobleza, ya que simbólicamente la decapitó al mandar ejecutar, el 15 de abril de 1826, en la plaza mayor de Lima, al vizconde de San Donás, don Juan de Berindoaga, íntimo amigo y colaborador de Torre Tagle (Vivero, 1909, p. 8). Era una manera de hacer público el fin de una era y el inicio de otra.

Es posible observar que la guerra de independencia ofreció la posibilidad de que los sectores sociales que durante la colonia habían sido sistemáticamente ignorados o relegados ganaran protagonismo. Y, en este sentido, otorgar la ciudadanía y un estatus de igualdad a criollos y mestizos y promulgar una cláusula de excepción para las castas de color libres que prestaran servicios a la patria, les dio la opción a todos estos grupos de alcanzar un ascenso social dentro de una armazón legal que ahora los favorecía. Militares, clérigos y abogados criollos serían puntos de apoyo de la formación de los nuevos estados. Mestizos enrolados en el ejército patriota alcanzarían una notoriedad impensable en el período virreinal. Artistas y médicos mulatos destacarían nítidamente en sus profesiones. Dentro de este proceso de ascenso social de los sectores desplazados en la colonia, se puede ubicar el hecho de que un hijo natural como Bernardo O'Higgins Riquelme se convirtiera en el Director Supremo de Chile, superando de esta manera su origen ilegítimo con la legitimación que le otorgaba el haber descollado en la guerra de independencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui Solar, Domingo (1903). *Mayorazgos y títulos de Castilla*. 3 vols. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.
- Arias de Saavedra Alías, Inmaculada (2000). Irlandeses en la Alta Administración española del siglo XVIII (pp. 41-61). En María Begoña Villar García (coord.), *La emigración irlandesa en el siglo XVIII*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Atienza, Julio de (1954). *Nobiliario español. Diccionario heráldico de apellidos españoles y de títulos nobiliarios*. Madrid: Aguilar.
- Balbontín Moreno, Manuel G. & Gustavo Opazo Maturana (1974). *Cinco mujeres en la vida de O'Higgins*. Santiago de Chile: Arancibia Hnos.
- Boylan, Henry (1988). *A Dictionary of Irish Biography*. Dublín: Gill & Macmillan.
- Brown, Matthew & Gabriel Paquette (eds.) (2013). *Connections after Colonialism. Europe and Latin America in the 1820s*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Burkholder, Mark A. (1986). *Biographical Dictionary of Councillors of the Indies, 1717-1808*. Nueva York y Londres: Greenwood.
- Campos Harriet, Fernando (1947). *La vida heroica de O'Higgins*. Santiago de Chile: La Gracitudo Nacional.
- Clissold, Stephen (1968). *Bernardo O'Higgins and the Independence of Chile*. Londres: Rupert Hart-Davis.
- Cubas, Ricardo (2001). Educación, élites e independencia: el papel del convictorio de San Carlos en la Emancipación peruana. En Scarlett O'Phelan Godoy (ed.), *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Instituto Riva Agüero.
- Díaz, Francisco Javier (1946). *O'Higgins*. Buenos Aires: Círculo Militar-Biblioteca del Oficial.
- Donoso, Ricardo (1941). *El marqués de Osorno Don Ambrosio O'Higgins, 1720-1801*. Santiago: Publicaciones de la Universidad de Chile.
- Espinoza Ruiz, Grover Antonio (1999). La reforma de la educación superior en Lima: el caso del Real Convictorio de San Carlos. En Scarlett O'Phelan Godoy (ed.), *El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica*. Lima: Instituto Riva Agüero.
- Eyzaguirre, Jaime (1972). *O'Higgins*. Octava edición. Santiago: Zig Zag.
- Fernández Pérez, Paloma (2000). Comercio y familia en la España pre-industrial. Redes y estrategias de inmigrantes irlandeses en el Cádiz del siglo XVIII. En María Begoña Villar García (coord.), *La inmigración irlandesa en el siglo XVIII*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Fernández Pérez, Paloma (1997). *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*. Madrid: Siglo XXI.
- Fisher, John (1970). *Government and Society in Colonial Peru. The Intendant System, 1784-1814*. Londres: The Athlone Press.

- Galván Moreno, C. (1942). *Don Ambrosio O'Higgins. Padre del Capitán General Don Bernardo O'Higgins*. Buenos Aires: Claridad.
- Hall, Basil (1971). Lima independiente. En *Relaciones de Viajeros*. Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XXVII, vol. 1. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Ibáñez Vergara, Jorge (2001). *O'Higgins, El Libertador*. Santiago: Instituto O'Higiniano de Chile.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo (1999). *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*. Santiago: Planeta-Ariel.
- Ladd, Doris (1976). *The Mexican Nobility at Independence, 1780-1826*. Austin: University of Texas Press.
- Luis López-Guadalupe, Miguel (2000). Irlandeses al servicio del Rey de España en el siglo XVIII. Caballeros de Hábito. En María Begoña Villar García (coord.), *La emigración irlandesa en el siglo XVIII*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Mannarelli, María Emma (1993). *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII*. Lima: Flora Tristán.
- Mehegan, John J. (1913). *O'Higgins of Chile*. Londres: J&J. Bennett, The Century Press.
- Muriel, Josefina (1974). *Los recogimientos de mujeres*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas.
- O'Phelan Godoy, Scarlett (1998). Hijos naturales sin impedimento alguno. La ilegitimidad en el mineral de Hualgayoc, Cajamarca (1780-1845) (pp. 215-240). En Scarlett O'Phelan Godoy e Yves Saint-Geours (eds.), *El norte en la historia regional*. Lima: IFEA/CIPCA.
- O'Phelan Godoy, Scarlett (2001). Sucre en el Perú: entre Riva Agüero y Torre Tagle. En Scarlett O'Phelan Godoy (ed.), *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar* (pp. 379-406). Lima: Instituto Riva Agüero (PUCP).
- O'Phelan Godoy, Scarlett (2005). Una doble inserción. Los irlandeses bajo los Borbones: del puerto de Cádiz al Perú (pp. 411-439). En Scarlett O'Phelan Godoy y Carmen Salazar-Soler (eds.), *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el Mundo Ibérico, siglos XVI-XIX*. Lima: IFEA/IRA.
- O'Phelan Godoy, Scarlett (2006). Entre el afecto y la mala conciencia: la paternidad responsable en el Perú borbónico (pp. 37-56). En Scarlett O'Phelan Godoy y Margarita Zegarra Flórez (eds.), *Mujeres, familia y sociedad en la historia de América Latina*. Lima: IFEA/IRA/CENDOC.
- Orrego Vicuña, Eugenio (1946). *O'Higgins. Vida y tiempo*. Buenos Aires: Losada.
- Ortiz de Zevallos, Javier (1989). *El norte del Perú en la Independencia*. 3ra edición. Lima.
- Parkerson, Philip Taylor (1984). *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-boliviana, 1835-1839*. La Paz: Juventud.

- Peralta Ruiz, Víctor (2002). *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del Virrey Abascal. Perú 1806-1816*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Pinar, Francisco Lorenzo (1999). *Amores inciertos, amores frustrados. Conflictividad y transgresiones matrimoniales en Zamora en el siglo XVII*. Zamora: Semuret.
- Proctor, Robert (1971). El Perú entre 1823 y 1824. *Relaciones de Viajeros*. En *Relaciones de Viajeros*. Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XXVIII. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Pruvonen (seudónimo de José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete) (1858). *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido esta*. París: Lib. de Garnier Hnos.
- Rosas Siles, Alberto (1995). La nobleza titulada en el virreinato del Perú. *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, 21, 27-539.
- Sánchez, Susy (2000). Familia, comercio y poder. Los Tagle y su vinculación con los Torres Velarde (1730-1825) (pp. 29-63). En Cristina Mazzeo (comp.), *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII: capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sarrailh, Jean (1985). *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid y México: Fondo de Cultura Económica.
- Socolow, Susan (1991). Cónyuges aceptables. La elección de consorte en la Argentina colonial, 1778-1810. En Asunción Lavrín (coord.), *Sexualidad y matrimonio en América Hispánica, siglos XVI-XVIII* (pp. 229-270). México: Grijalbo.
- Sucre, Antonio José de (1995). *De mi propia mano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Timothy, Anna (1975). The Peruvian Declaration of Independence: Freedom by Coercion. *Journal of Latin American Studies*, 7, 221-248.
- Timothy, Anna (1979). *The Fall of the Royal Government in Peru*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Twinam, Ann (1991). *Public Lives, Private Secrets. Gender, Honor, Sexuality and Illegitimacy in Colonial Spanish America*. Stanford: Stanford University Press.
- Valencia Avaria, Luis (1980). *Bernardo O'Higgins. El «Buen Genio» de América*. Santiago: Universitaria.
- Vicuña Mackenna, Benjamín (1976). *Vida del Capitán General Don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Villalobos, Sergio (1977). El proceso de la Emancipación. En *Historia de Chile*. Santiago: Universitaria.
- Vivero, Domingo de (ed.) (1909). *Galerías de retratos de los gobernantes del Perú independiente (1821-1870)*. Lima: Maucci.

LA AMISTAD GERMINAL: LA PARTICIPACIÓN CHILENA EN LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

Juan Luis Orrego Penagos

Como sabemos, a lo largo del siglo XIX las relaciones entre Chile y Perú pasaron por varios momentos de alta tensión, así como unos cuantos de convergencia —que algunos pueden llamar de «amistad»— que en las relaciones internacionales suelen producirse cuando hay comunidad de intereses. En la larga coyuntura de la Independencia (1810-1825) hubo momentos de desencuentro, como cuando las tropas enviadas por el virrey del Perú pusieron punto final a la *Patria Vieja* en la ciudad de Rancagua; así como de cooperación, como cuando el gobierno de Bernardo O'Higgins decidió apoyar la Expedición Libertadora de San Martín. Si el prócer argentino desembarcó en Paracas, ingresó a Lima y proclamó la Independencia en la Plaza de Armas de la antigua capital del virreinato, se debió en gran parte al apoyo del gobierno de Chile, afirmación que quizá no guste mucho a los postulados de la historiografía nacionalista.

En el presente trabajo revisaremos en qué momento Chile se involucró en los planes de San Martín respecto a la liberación del Perú. Para ello veremos los antecedentes, es decir las dificultades del gobierno de Buenos Aires de atacar al Perú por la actual Bolivia, y la creación del Ejército de los Andes en Mendoza. Pasaremos por la Independencia de Chile y nos centraremos en los esfuerzos del gobierno de O'Higgins por financiar la guerra patriota en el Perú.

1. EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

La llegada de las tropas del general José de San Martín al Perú se debió, principalmente, a que las independencias del Río de la Plata y de Chile no estaban garantizadas sin la liberación del virreinato peruano, bastión del poder realista en América del Sur.

En un primer momento, los rioplatenses —tras proclamar su independencia en 1810— decidieron atacar por el Alto Perú, hoy Bolivia: los generales argentinos Juan José Castelli y Manuel Belgrano fracasaron rotundamente al encontrarse con las tropas realistas enviadas por el entonces virrey del Perú, Fernando de Abascal¹.

¿Cuándo empieza la relación de San Martín con el Perú? En 1814, cuando es jefe del ejército argentino del Alto Perú, el futuro Libertador asume una postura frente a nuestro virreinato: se opone a continuar la guerra por el camino de la actual Bolivia, porque entiende que para soldados de tierras medias o bajas es muy difícil el combate en la sierra o en la puna. De esta manera, propone preparar un sólido ejército que derrote a los realistas en Chile y llegar al Perú por el camino del mar. Aquí podemos reconocer uno de los mayores aciertos de San Martín: el carácter estrictamente profesional de sus decisiones militares. Pero hasta este momento, el plan de conquistar el Perú por el Pacífico, previo paso por Chile, era «reservado», solo compartido por unos cuantos compañeros de la Logia Lautaro.

No todo sería tan fácil como parece. En abril de 1814, una enfermedad obliga a San Martín a pedir licencia, por lo que pasó a restablecerse a una estancia cerca de Córdoba, mientras dejaba al general Cruz al mando de las tropas del Ejército del Norte. En agosto es nombrado Gobernador Intendente de Cuyo, pese a su delicado estado de salud. A pesar de estos inconvenientes de tipo personal, militarmente

¹ La campaña en el Alto Perú fue muy dura. La Audiencia de Charcas formaba parte del Virreinato de Buenos Aires desde 1776. A los sucesos de insubordinación de Chuquisaca, en mayo de 1810, siguió la organización de la junta defensora de los derechos de Fernando VII en La Paz, en julio de ese mismo año. Las nuevas autoridades, lideradas por el mestizo Pedro Domingo Murillo, decidieron suprimir las alcabalas. Ante esta circunstancia, Abascal decidió asumir la defensa del «Alto Perú» contra los «defensores» del monarca español. Un grueso ejército (compuesto por criollos y curacas con sus respectivos indios, liderados por el intendente de Huarochirí, coronel Juan Ramírez, y por José Manuel de Goyeneche, presidente interino de la Audiencia del Cusco), con el apoyo económico de los criollos arequipeños, emprendió la campaña contra la junta paceña. El 25 de octubre de 1809 vencieron a los insurgentes y 86 de ellos fueron ejecutados. Por su parte, Mateo Pumacahua, curaca de Chinchero (Cusco), al mando de 3000 hombres, aplastó la rebelión del curaca Manuel Cáceres, en La Paz. A partir de 1810 se sucedieron los intentos independentistas en el Río de la Plata; por ello, para evitar futuras insurrecciones en la Audiencia de Charcas, Abascal la volvió a incorporar al territorio del Virreinato del Perú por decreto del 13 de julio de 1810. En este contexto, tropas enviadas por los insurgentes de Buenos Aires vencieron a las fuerzas realistas en el Alto Perú hacia noviembre de 1810 y llegaron hasta la altura del Desaguadero en el Collao. El 20 de junio de 1811 fueron derrotadas por Goyeneche en la batalla de Huaqui; el general criollo Pío Tristán, natural de Arequipa, persiguió a los insurgentes en la zona del Plata. Al final, los insurgentes perdieron el control del altiplano pero triunfaron en Montevideo y en el oriente de Charcas. El gobierno de Buenos Aires pasó a organizar una nueva expedición sobre el Alto Perú. Nadie imaginó en ese momento que el general José de San Martín realizaría su campaña por el Pacífico, con lo cual tuvo el factor sorpresa a su favor (Orrego Penagos, 2009, pp. 93-112).

San Martín se situaba en una posición muy conveniente para iniciar los planes que luego liberarían medio continente: tardaría siete años para entrar en Lima.

Mientras tanto, al otro lado de la Cordillera de los Andes, la revolución del «Reino de Chile» estaba en peligro. Las tropas realistas del virreinato del Perú habían derrotado a los patriotas chilenos, al mando de Bernardo O'Higgins, en la batalla de Rancagua, el primero de octubre de 1814². Los ejércitos chilenos, aniquilados, cruzaron la cordillera y se refugiaron en el territorio de Cuyo, que gobernaba San Martín, quien inicia su sólida amistad con O'Higgins. Otras malas noticias también llegaban: Napoleón había sido vencido en Europa y el rey Fernando VII había entrado en Madrid luego de seis años de cautiverio. El primer acto de gobierno fue abolir la constitución de Cádiz y restablecer el absolutismo. Era un momento crítico, pues la Revolución de la Independencia parecía derrotada en todos sus frentes. Solo en el Río de la Plata era formalmente independiente.

San Martín también estaba en oposición con el gobierno de Buenos Aires por sus cambios de mando. Para evitar su destitución solicitó su reemplazo, con lo cual la ciudad de Mendoza entró en conmoción. Un cabildo abierto, el 16 de febrero de 1815, solicitó a Buenos Aires que conservase en el gobierno a San Martín, alegando la inminencia de una invasión realista a través de la cordillera. San Martín fue confirmado en el cargo por voluntad popular; los cabildos de San Juan y San Luis confirmaron estas declaraciones.

Así, con el apoyo de todo el departamento de Cuyo, San Martín emprende la creación del Ejército de los Andes. Se establecieron nuevos impuestos, se rematan las tierras públicas, se crea una contribución extraordinaria de guerra, se recibieron donaciones en joyas y en dinero, se gravó con un peso cada barril de vino. Además se usaban los transportes de carretas en forma gratuita para los materiales que necesitaban el ejército y a las personas, sin retribución para trabajos públicos; los artesanos servían en los talleres militares sin sueldo, y las mujeres contribuían con sus labores cosiendo gratuitamente los uniformes de los soldados. Las damas de Mendoza, encabezadas por María de los Remedios de Escalada de San Martín, esposa del Libertador, fueron recibidas por el Cabildo en audiencia, y en presencia del pueblo se despojaron de sus alhajas y donaron sus joyas a la patria.

² Para la campaña de Chile, el virrey Fernando de Abascal organizó tres expediciones punitivas. La primera, al mando del brigadier Antonio Pareja, tuvo escaso éxito. En una segunda expedición, de 280 hombres, al mando de Gavino Espinoza, pudo mantener viva la operación militar, pero luego fue forzado a firmar el Tratado de Lircay con la intervención de la marina inglesa. Después un breve lapso, Abascal desconoció este convenio y envió un ejército de 600 hombres que alcanzó la victoria de Rancagua, derrotando así a la llamada *Patria Vieja* chilena.

A finales de 1815, San Martín reúne a sus oficiales y expone su plan del paso de los Andes y la reconquista de Chile. En 1816 insistía ante el gobierno de Buenos Aires sobre la conveniencia de iniciar la empresa del paso de los Andes. Ya había comenzado con sus actividades de espionaje y tenía confidentes en Santiago. Luego de muchas negociaciones, logra que el gobierno de Buenos Aires le dé la luz verde para cruzar la cordillera y lo nombran general en jefe del Ejército de los Andes.

En setiembre lleva su ejército, de 4000 hombres, al campamento de «El Plumerillo», al norte de Mendoza, donde los soldados y los jefes se entrenaban para la batalla; allí completaron los últimos pertrechos necesarios. Luego, en enero de 1817, el ejército se dirige en desfile hasta Mendoza, donde en presencia de las autoridades y del pueblo jura ante la bandera celeste y blanca del Ejército y, como patrona, ante la Virgen del Carmen.

Todo estaba listo para cruzar los Andes, con caballos, cañones, municiones y víveres para un mes. Dos divisiones, al mando de los generales Miguel Estanislao Soler y Bernardo O'Higgins, cruzarían por el Paso de los Patos; otra, al mando de Juan Gregorio de Las Heras, debía marchar por el camino de Uspallata con la artillería; una división ligera, al mando de Juan Manuel Cabot, cruzaría desde San Juan por el Portezuelo de la Ramada para apoderarse de Coquimbo; otro destacamento ligero debía cruzar desde La Rioja y ocupar Copiapó, cruzando la cordillera por el paso de Vinchina; finalmente, por el sur, el capitán Ramón Freyre penetraría por el Planchón para apoyar a las guerrillas chilenas. Durante la segunda quincena de enero partieron todas las divisiones con instrucciones secretas. La consigna era que todos aparecieran simultáneamente sobre el territorio chileno entre el 6 y el 8 de febrero.

2. LA INDEPENDENCIA DE CHILE

Mientras preparaba sus milicias, San Martín envió a Chile numerosos emisarios, espías y agentes encargados de esparcir rumores que fuesen minando la moral de los realistas. Luego, dividido en seis columnas, el Ejército Libertador cruzó la Cordillera de los Andes por diferentes pasos y logró copar, simultáneamente, las ciudades más importantes de Chile. El grueso del Ejército cruzó por Valle Hermoso y el Bermejo para reunirse en Curimón, al norte de Santiago, y avanzar hacia la capital. Los realistas, comandados por el brigadier Rafael Maroto, disponían de poco más de la mitad de sus efectivos. Se estacionaron en Chacabuco, donde al amanecer del 12 de febrero fueron atacados por una división al mando de Bernardo O'Higgins. Al mediodía se unió la división de Soler. A las dos de la tarde se consumó la victoria patriota.

Marcó del Pont, gobernador de Chile, en compañía de la guarnición de Santiago, se dirigió a Valparaíso para embarcarse rumbo al sur, pero fue capturado antes de llegar a su destino. El 14 de febrero, el ejército victorioso hizo su ingreso a la capital. Un cabildo abierto ofreció el cargo de Director Supremo a San Martín, pero este lo rechazó diciendo que debía proseguir con su plan independentista. El día 16 el pueblo instaló en Palacio de Gobierno a Bernardo O'Higgins. Así se inauguraba, en Chile, la *Patria Nueva* (1817-1823).

Pero la victoria ante los realistas no estaba asegurada. Hubo una derrota patriota en Cancha Rayada (20 de marzo de 1818), al noroeste de Talca. San Martín tuvo que rehacer sus fuerzas y emprendió la marcha a Santiago junto a O'Higgins, lo que permitió a los capitalinos recuperar las esperanzas. La victoria final se llevó a cabo en Maipú, al sur de la capital³.

3. LOS APRESTOS EN VALPARAÍSO

Luego de Maipú, el gobierno de Chile, presidido por O'Higgins, comprendió que solo el dominio del mar le aseguraría su independencia, por lo que debía evitar cualquier envío de naves y tropas desde el realista Perú. En otras palabras: la independencia de Chile dependía de la liberación del Perú. Es en ese momento que confluyen los intereses de Chile y del general San Martín, cuyo plan (ahora virtualmente sin el apoyo de Buenos Aires) requería contar con una flota que condujese su ejército hacia Lima. El proyecto del Libertador argentino se convirtió casi en una empresa chilena.

Otro factor aumentaba la dependencia de San Martín respecto a Chile: el «histórico» Ejército de los Andes, formado en Mendoza y que lograría la Independencia de Chile, había sufrido importantes deserciones y ahora estaba constituido, en su mayor parte, por soldados chilenos. O'Higgins, por su lado, había formado el Ejército de Chile (cerca de 4800 hombres), que superaba en número a las tropas comandadas por San Martín. Ambas fuerzas debían asegurar la Independencia de la antigua Capitanía General.

Paralelamente, el estratégico interés de defender el litoral obligaba a formar una Escuadra Nacional. Esto requería un enorme desembolso —superior a las condiciones económicas del país—, además de contratar marinos extranjeros, en su mayoría británicos, para dirigir y organizar la nueva flota. Para ello, en junio de 1819 arribó a Valparaíso el nuevo jefe de la armada chilena, Lord Thomas Cochrane, famoso oficial

³ El análisis de los acontecimientos que hicieron posible la Independencia de Chile y la posterior preparación de la expedición al Perú los hemos tomado de Lynch, 1989 y Silva Galdames, 1995.

de la marina británica (separado de su Armada Real por un gobierno reaccionario), a quien, dada la escasa tradición naval del país, se le había contratado para organizar la escuadra chilena con una estructura similar a la marina inglesa⁴. Para financiar, en parte, la creación de una nueva escuadra, O'Higgins otorgó patente de corso a ciertos comerciantes y marinos, con el fin de que recorrieran las costas del Pacífico atacando navíos españoles. Así se consiguieron las primeras naves.

Para completar el plan de San Martín aún estaba por resolverse la independencia del Perú. Las dificultades económicas de Argentina y Chile habían demorado la expedición. Cuando los argentinos rechazaron contribuir al financiamiento de la empresa, O'Higgins decidió llevarla con recursos chilenos. Para ello, solicitó préstamos forzosos a los contribuyentes del país. Mientras se reunían los fondos necesarios y se terminaba de enrolar la tropa, Cochrane recibió de O'Higgins y San Martín la orden de hacer dos expediciones a las costas del Perú, ambas en 1819, para recoger información y tener contacto con los conspiradores patriotas. Este fue el primer esfuerzo de Chile, con la aprobación de San Martín, de ir minando el poder realista del Perú.

En enero partió la primera expedición. Cochrane combatió con los buques españoles del Callao los días 28 y 29, y recorrió el litoral hasta Paita. Aprovechó en hacer desembarcos en diversos lugares para recaudar fondos y esclavos negros de las haciendas azucareras⁵. La segunda expedición se realizó en setiembre. Cochrane no pudo atacar el Callao porque este se encontraba fuertemente artillado, pero siguió hasta Guayaquil, donde capturó un par de fragatas españolas.

Según algunos cálculos, la preparación de la expedición libertadora hacia el Perú tuvo un costo de 600 000 pesos, en años en que el presupuesto total de Chile ascendía a un millón y medio de pesos. El aumento de tributos, las contribuciones especiales, préstamos forzosos a personas acaudaladas, diversos donativos y un fuerte crédito de un millón de libras esterlinas levantado en Londres (cuya amortización semestral fue

⁴ Cochrane trabó una cordial amistad con O'Higgins y una antipatía, igualmente cordial, hacia San Martín. Para los preparativos de la Expedición ver Collier & Sater, 1999. Mucho se ha escrito sobre la colisión entre las personalidades de Lord Cochrane y San Martín. El fuerte carácter, el talento profesional y el prestigio de Cochrane lo convertían en un duro rival para San Martín, quien sentía alguna envidia por la fama de sus hazañas marítimas. Pero con el respaldo de O'Higgins, el Libertador se sentía seguro y con cartas fuertes bajo la manga. Así, trató de ablandar al Almirante y desechó sus objeciones sobre la insuficiencia de pipas para el agua potable, víveres o lanchas de desembarco. Cabe destacar, por último, que a San Martín le complacía el ambiente de Valparaíso. La bahía le recordaba los colores de Málaga (en España) y el movimiento portuario y comercial le agradaban sobremanera. Estaba impaciente por la próxima partida al Perú, esperada tanto tiempo. Ver García Hamilton, 2000.

⁵ El hecho más emblemático se produjo en Huarney, donde un muchacho pidió ser enrolado: era Francisco Vidal, considerado «el primer soldado de la Independencia».

imposible cumplir) habían cubierto la suma. El costo de la empresa libertadora había sido muy oneroso para la nueva república, lo que minó el gobierno de O'Higgins y determinó, en mucho, su posterior caída en 1823⁶.

4. PARTE LA ESCUADRA LIBERTADORA

Al amanecer del 19 de agosto, la artillería, los repuestos y los pocos caballos que se llevaban ya estaban embarcados en las naves apostadas en la bahía de Valparaíso. Con las primeras luces del día empezaron a llegar los batallones a la plaza del resguardo, desde donde cada compañía salía casi sin detenerse hasta una de las planchadas que las dirigía a la lancha correspondiente. Ubicados los soldados y oficiales, unos botes remolcaban las lanchas hasta los navíos respectivos, en medio de los gritos de despedida de los parientes y amigos que quedaban en tierra.

En la madrugada del día 20, luego de tomar su licor de láudano (un conocido analgésico de la época elaborado con opio), San Martín se dirigió hacia la bahía y se impresionó con la vista de la flota. El convoy había sido dividido en tres partes (vanguardia, centro y retaguardia) y los buques de la escuadra protegían a las fragatas y bergantines que rebosaban de tropas y armamentos.

El Libertador subió con sus oficiales de estado mayor a una falúa y recorrió la bahía saludando a los buques. Lord Cochrane, a bordo de la «O'Higgins», inició la marcha, mientras San Martín la cerraba con la nave capitana, la «San Martín», que seguía a las once cañoneras que formaban parte de la retaguardia.

Cuando los montes de secos espinillos que protegían Valparaíso casi no se veían ya desde cubierta, San Martín leyó un oficio que le había entregado O'Higgins, su amigo, quien precisamente ese día celebraba su cumpleaños. Con satisfacción, comprobó que le había expedido los despachos de Capitán General de los ejércitos de la República de Chile. Satisfecho, el flamante jefe máximo hizo agregar esta insignia a la que ya ondeaba en su carácter de General en Jefe de la Expedición al Perú, y se dirigió al comedor tomar su primer almuerzo a bordo. Pidió un vino de Burdeos y, levantando la copa, le dijo a sus oficiales de confianza: «Salud, señores, por el éxito de la expedición».

Cabe destacar que la llamada Expedición Libertadora del Perú zarpó bajo bandera chilena. Comandaba la escuadra el almirante Cochrane (al mando de la «O'Higgins») y el ejército del general San Martín (al mando del «San Martín»), quien, como veremos más adelante, pensaba ganar la independencia con la persuasión pero cuya actitud «paciente» chocó con la impetuosidad de Cochrane.

⁶ Ver los comentarios y los datos que expone en su polémico libro Villalobos, 2002, capítulo 2.

Las naves de guerra eran la «Peruana», «Santa Rosa», «Argentina», «Libertad», «Independencia», «Emprendedora», «Lautaro», «Moctezuma», «Araucano», «Galvaríño», «San Martín», «O'Higgins» y «Pueyrredón». Dieciocho transportes cargados de gente y provisiones seguían a los barcos de guerra y navegaban protegidos por estos. Los soldados del Ejército Libertador eran 4500 hombres, en su mayoría chilenos.

5. UNA AMISTAD GERMINAL

Si tuviéramos que hablar sobre una amistad germinal o embrionaria entre Perú y Chile en un tiempo tan complicado como el de la Independencia, caracterizado como el de una guerra civil que buscaba la separación de la monarquía hispana, en el que se jugaron diversos intereses geopolíticos entre los nuevos estados que surgieron en el Pacífico sur, destaca la presencia y actuación de Bernardo O'Higgins.

Por su trayectoria personal, O'Higgins simbolizó en esta etapa auroral el puente entre ambos países⁷. Si el Perú, según su historiografía, le debe San Martín el inicio de su lucha definitiva por su Emancipación —aunque no haya sido culminada por el Libertador argentino—, la incursión sanmartiniana, que se inició formalmente con el desembarco en Paracas, no hubiera sido posible sin los esfuerzos de O'Higgins por financiar la Expedición Libertadora y por su visión continental de la guerra. Descartado casi por completo el apoyo de Buenos Aires, los aprestos de San Martín por llegar a Lima dependieron casi exclusivamente de lo que pudiera conseguir el prócer chileno, quien, aparte de lo dicho más arriba, tuvo que enfrentarse al senado conservador, núcleo de los intereses de los terratenientes locales, para financiar la guerra contra los ejércitos del virrey del Perú. No podemos omitir, una vez más, que este colosal esfuerzo, para una economía aún primitiva como la chilena de entonces, fue uno de los factores determinantes de su posterior caída y de su largo autoexilio justamente en el Perú, el país donde gobernó su padre como virrey y en el que estudió y cultivó sólidas amistades⁸.

⁷ En este sentido quisiéramos recalcar los vínculos de O'Higgins con importantes familias de la aristocracia limeña que apoyaron la expedición sanmartiniana, incluso desde antes de que llegara al Perú, como los Riva-Agüero y los Torre Tagle, que merecen un estudio aparte.

⁸ Hay otros dos personajes interesantes, nacidos en el Perú, muy vinculados a esta etapa de la historia chilena. En primer lugar, quisiéramos mencionar al político, jurista y escritor Juan Egaña Risco, nacido en Lima en 1769 y graduado en cánones y leyes en la Universidad de San Marcos en 1791. Fue hombre providencial para Chile: integró la Junta de Gobierno en 1810; impulsó la creación del Instituto Nacional en 1813; escribió el primer ensayo de la Constitución Política chilena; e hizo varios programas sobre el fomento del comercio y la industria. En 1823 llegó a ser Presidente del Congreso. Murió en Santiago en 1836. Otro peruano, el pintor mulato José Gil de Castro, nacido en Lima en 1785, llegó a Santiago en 1808 y se convirtió en el retratista oficial de las personalidades de la primera generación

Por lo demás, la amistad «germinal» en estos tiempos fue muy complicada, teniendo en cuenta que justamente desde el Perú se enviaron tropas para liquidar la Patria Vieja. Soldados peruanos no solo triunfaron en Rancagua sino que también estuvieron enfrentándose a San Martín y O'Higgins en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú, como el joven soldado Ramón Castilla, influyente caudillo en la joven república peruana quien fue hecho prisionero luego de Chacabuco y conducido a Buenos Aires. Lo mismo ocurrió en la posterior guerra en el Perú, cuando cientos de soldados chilenos desembarcaron en Paracas y ocuparon Lima al mando de San Martín.

Si asumimos entonces que las guerras de Independencia empezaron alrededor de 1810 y culminaron en 1825 en ambos países, tenemos quince años en los que chilenos y peruanos estuvieron enfrentados o juntos en ambos bandos según las circunstancias de la contienda, hasta los tiempos de la invasión bolivariana al territorio del virreinato peruano, pues no fueron pocos los soldados chilenos que se quedaron en el Perú luego de que el libertador San Martín resignó al cargo de Protector. En suma, un nutrido grupo de militares, políticos e intelectuales de ambos países establecieron sólidas amistades o enconadas rivalidades durante este difícil periodo, un punto clave, además, para entender las relaciones entre Perú y Chile en los primeros años de la República, en los que algunos temas de fondo fueron las relaciones con Bolivia, el pleito por los aranceles del trigo y del azúcar, la competencia entre el Callao y Valparaíso por la hegemonía en el Pacífico sur y la deuda de la Independencia⁹. Recordemos, por último, que muchos de los que se enfrentaron o se apoyaron durante la guerra de la Confederación Peruano-boliviana (1836-1839) ya se conocían desde los tiempos de la Independencia.

de patricios criollos. También ejerció la crítica política a partir de la parodia pictórica. Digamos que por su otro oficio, el de cartógrafo, se encargó, a través de sus retratos, de hacer la «cartografía pictórica» de la naciente sociedad republicana chilena. Recibió la Orden al Mérito de Chile en 1817 y ocupó cargos importantes, como Segundo cosmógrafo y miembro de la mesa topográfica proto-artigrafista del director Supremo en 1820. Regresó al Perú en 1825.

⁹ Recordemos que si bien el Perú pudo consolidar su Independencia, se vio agobiado por fuertes deudas con algunos países que apoyaron la gesta libertadora. En el caso chileno, en virtud de un acuerdo del 26 de abril de 1823, el Perú reconoció como deuda suya el préstamo que había sido contratado por el comisionado de Chile, José de Irisarri, que ascendía a un millón y medio de pesos, pero que para la fecha a causa de los intereses llegaba a los tres millones de pesos. Esta deuda con el país del sur recién sería tratada nuevamente en 1848, por una convención del 12 de setiembre de ese año, en la que el Perú se comprometió en abonar cuatro millones de pesos.

BIBLIOGRAFÍA

- Collier, Simon & William F. Sater (1999). *Historia de Chile, 1808-1994*. Madrid: Cambridge University Press.
- García Hamilton, José Ignacio (2000). *Don José*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lynch, John (1989). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona: Ariel.
- Orrego Penagos, Juan Luis (2009). La contrarrevolución del virrey Abascal: Lima, 1806-1816. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, 29, 93-112.
- Silva Galdames, Osvaldo (1995). *Breve historia contemporánea de Chile*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villalobos, Sergio (2002). *Chile y Perú: la historia que nos une y nos separa, 1535-1883*. Santiago de Chile: Universitaria.

**UNA CONVIVENCIA REANUDADA:
EXILIOS E INTERCAMBIOS CULTURALES Y POLÍTICOS
ENTRE CHILE Y PERÚ (1920-1940)**

Fabio Moraga Valle

1. GUERRA Y CULTURA EN EL SUR DEL MUNDO

Chile peleó su última guerra internacional hace 120 años. Pese a ello, ha mantenido una fama de país «belicoso» hacia sus vecinos desde el mismo día en que se terminaron las acciones armadas, tanto en los territorios de Perú como de Bolivia. Desde esa lejana fecha del siglo XIX, Chile nunca más empuñó un arma contra países vecinos. La fama de «país guerrero» y «usurpador» se debe, más bien, a que el término formal de las hostilidades —en 1904, con Bolivia y en 1929, cuando se firmó el Tratado de Lima— tardó mucho tiempo en definir la frontera definitiva y durante 46 años mantuvo ocupado territorio peruano sin que se resolviera diplomáticamente los límites definitivos entre ambos países.

Desde el siglo XVIII y hasta 1879 las relaciones comerciales, políticas y culturales entre las sociedades de ambos países eran continuas y fluidas, tanto en intercambios comerciales como en los viajes y las comunicaciones que emprendieron políticos y ciudadanos comunes y corrientes. A lo largo del siglo XIX, periódicamente, las convulsiones internas de cada país expulsaban hacia el vecino a intelectuales y dirigentes políticos, quienes gozaban —durante un tiempo, que casi siempre fue breve— de la hospitalidad y apoyo de las redes políticas que se tendían a uno y otro lado. El chileno más famoso, que inauguró esta larga tradición de exilios, fue Bernardo O'Higgins, primer gobernador de Chile independiente, quien desde 1825 vivió en Perú y murió sin regresar a su patria¹. Entrado el siglo, en especial los liberales chilenos fueron

¹ Bernardo era hijo ilegítimo de Ambrosio O'Higgins, ciudadano irlandés al servicio de la corona española que hizo una exitosa carrera administrativa dentro del Estado borbónico, primero como intendente de Concepción —la frontera mapuche— (1786-1788), luego como gobernador de Chile (1788-1796)

acogidos por políticos de la misma tendencia en el Perú; de esta manera personajes como el historiador y militante liberal Benjamín Vicuña Mackenna o el literato y ensayista José Victorino Lastarria, pasaron algún tiempo en la capital peruana. Pocos años después, cuando esa tendencia conquistó el Estado, Lastarria volvió como diplomático a la ciudad del Rímac. La figura más romántica del liberalismo y el socialismo utópico chileno, el intelectual e ideólogo Francisco Bilbao, vivió dos exilios en el Perú. La segunda vez organizó en Lima la Sociedad Republicana, al parecer copia de la Sociedad de la Igualdad, que había reunido también a Lastarria y Vicuña Mackenna y que profesaba el socialismo utópico². Además escribió contra la esclavitud que aún existía en el país; luchó al lado de los liberales peruanos, los hermanos Gálvez, cuando el político Domingo Elías y el general Ramón Castilla se levantaron contra el gobierno del general José Rufino Echenique en 1853. En Lima «Bilbao lideró el levantamiento consiguiendo que las fuerzas echeniquistas depusieran toda resistencia» (Sobrevilla, 2004, pp. 3-4).

Por lo anterior, no fue extraño que una vez fijada la frontera en 1929 las relaciones se retomaran rápidamente no solo a nivel diplomático, sino también social y cultural. Sin embargo, este reencuentro no podría haber sido tan rápido si no fuera por la participación y la colaboración de uno de los sectores sociales más dinámicos de ambos países: los grupos de intelectuales que, desde antes, compartían lazos

y finalmente como virrey del Perú (1796-1801). Como tal, Ambrosio no se podía casar con criollas, por lo que no reconoció al niño que tuvo con Isabel Riquelme. Solo a la muerte de su padre el joven Bernardo comenzó a usar el apellido O'Higgins. Activo participante en las luchas independentistas de su país, fue primer gobernador de Chile independiente entre 1818 y 1823. Ese año abdicó al poder para que tanto los opositores a su gobierno como sus partidarios no se enfrascaran en una guerra civil y se marchó al exilio en Lima, donde el General San Martín, en pago por sus servicios prestados a la Independencia del Perú, le asignó las haciendas de Montalván y Cuiba, unos 150 kilómetros al sur de Lima. Murió en esa ciudad en 1842 sin poder regresar a su tierra natal (Eyzaguirre, 1965).

² Francisco Bilbao, líder e ideólogo de la Sociedad de la Igualdad, inspirado en el socialismo utópico de Lammenais y Quinet y en la revolución europea de 1848, encabezó el motín de 1851 contra la candidatura del conservador Manuel Montt; derrotado, estuvo exiliado en Lima entre 1851 y 1855; allí hizo propaganda contra el fin de la esclavitud y se unió a los líderes liberales los hermanos Gálvez en contra del presidente Echenique: «Bilbao lideró el levantamiento consiguiendo que las fuerzas echeniquistas depusieran toda resistencia» (Sobrevilla, 2004, pp. 3-4). Vicuña Mackenna, también «igualitario», estuvo un tiempo en Lima, de paso hacia su exilio en Europa, en dos momentos: 1852 y en 1856, en ambas ocasiones por su involucramiento en conspiraciones contra el gobierno conservador. Lastarria estuvo exiliado en Lima entre 1850 y 1851, cuando fue deportado por el gobierno conservador. Derrotada la revolución de 1851, volvió pocos meses después y permaneció hasta 1853. Posteriormente fue brevemente embajador de Chile en el Perú en 1862 durante el gobierno de José Joaquín Pérez; volvió y desde la Cámara de Diputados se opuso al reconocimiento del Imperio de Maximiliano en México; poco tiempo le tocó enfrentar como embajador en Argentina y Uruguay la guerra contra España y asistir en su lecho de muerte a su amigo y discípulo Francisco Bilbao (Délano, 1944, pp. XXIV-XXX).

de amistad e intercambiaban no solo lecturas y conocimientos sino también colaboración ideológica y hasta política.

Pese a toda esa tradición de comunicación en intercambio, desde que finalizó la Guerra del Pacífico el Estado oligárquico y un sector importante de la sociedad chilena construyeron una épica patrioter de país vencedor que insufló en la cultura durante casi cuatro décadas. Solo después de finalizada la Primera Guerra Mundial y de la articulación de un movimiento pacifista a nivel internacional, surgieron voces disidentes a ese discurso oficial que buscaron aminorar los efectos de la ocupación chilena de la zona que permanecía en litigio y que criticaron esa épica patrioter. Una de las avanzadas de este movimiento contra la cultura oficial fue la Federación de Estudiantes, que comandada por sectores cercanos al anarquismo, al radicalismo y al positivismo religioso, realizaron la crítica intelectual más contundente, aunque debieron soportar las consecuencias de esa disidencia: en 1920 los sectores conservadores y nacionalistas del Congreso Nacional movilizaron al ejército en la «Guerra de don Ladislao», un conflicto inventado por una posible amenaza en la frontera norte. Además, llevaron a cabo una *razzia* a través del «Proceso a los subversivos» y encarcelaron a 300 dirigentes obreros y estudiantiles. La campaña patrioter solo se detuvo con la muerte de un líder estudiantil, el joven poeta José Domingo Gómez Rojas, quien murió enloquecido y enfermo de meningitis en la Casa de Orates, luego de haber sido encarcelado por tres meses y sometido a torturas y vejaciones (Moraga Valle, 2013).

Uno de los medios más fuertes desde los cuales se articuló esa crítica pacifista y antioligárquica fue *Claridad*. Órgano oficial de la Federación, esta revista surgió como respuesta al llamado de los intelectuales franceses Anatole France y Henri Barbusse, quienes a través del manifiesto «El resplandor en el abismo: lo que quiere el Grupo Claridad», llamaron a construir una «internacional del pensamiento» que propagara la paz y el entendimiento entre las naciones. En sus páginas los estudiantes pacifistas chilenos levantaron la crítica más fuerte al sistema político oligárquico, las clases dominantes chilenas y a la épica guerrera que estos habían levantado como discurso cultural (Moraga Valle, 2007, pp. 294-295). Uno de los activistas más radicales fue el positivista Carlos Vicuña Fuentes, quien en 1921 publicó un folleto en el que instaba al gobierno chileno a devolver al Perú y a Bolivia los territorios ganados en la guerra. La polémica estalló y días después el autor especificó sus postulados:

El problema de Tacna y Arica no estriba ciertamente ni en que Chile se quede con esas provincias, ni tampoco en que las devuelva al Perú: plantear en el terreno meramente político esta cuestión carece de verdad, porque el problema es más alto y trascendental. Consiste él esencialmente en que cese el conflicto entre Chile y Perú, vuelva entre ambos la amistad, nacida de la paz moral y desaparezca

el síntoma perturbador de la armonía en nuestro continente... consecuencia de ello será el cambio de la política agresiva, la disminución de los armamentos, el desarrollo del comercio y la vuelta al predominio de los conceptos morales, hoy día abandonados por la necesidad de cohonestar nuestra política³.

Para el autor el resultado no fue tan trágico como el anterior, pero fue expulsado de su cargo de profesor en el Instituto Pedagógico y en el Instituto Nacional (Vicuña Fuentes, 1921; Moraga Valle, 2007, pp. 329-334).

Solo después de la firma del tratado de paz, el desprestigio de los militares, que se habían inmiscuido en la política y el gobierno desde 1924, se vio menoscabado y en definitiva selló hasta el presente los afanes de los sectores nacionalistas en mantener el «espíritu guerrero» de un país vencedor. Así la épica patrioter se refugió y reprodujo solo entre los militares y entre un grupo muy específico de historiadores conservadores y nacionalistas que se atrincheraron en las ideas y desde allí presentaron batalla.

2. LA AVANZADA DIPLOMÁTICA Y CULTURAL CHILENA EN TIERRAS LIMEÑAS

Durante la década de 1920 Chile y Perú tuvieron en común que, al menos durante un tiempo, estuvieron dominados por regímenes autoritarios de origen civil, pero apoyados por militares. En el Perú en 1919 ganó las elecciones Augusto B. Leguía, quien argumentó que no reconocerían su triunfo y dio un golpe de Estado apoyado por los militares. Se inició así un período conocido como el «oncenio» (1919-1930), en que Leguía asumió como presidente provisorio, disolvió el Congreso, convocó a una Asamblea Nacional y promulgó una nueva constitución: se hizo elegir para el período 1919-1924 y reelegir para el período 1924-1929 y 1929-1934, pero su último mandato fue interrumpido por el golpe del teniente coronel Luis Miguel Sánchez Cerro. En el mismo periodo Chile estuvo gobernado por cuatro presidentes: Juan Luis Sanfuentes 1915-1920, Arturo Alessandri Palma (1920-1925), Emiliano Figueroa Larraín (1925-1927) y Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). Desde fines del gobierno de Sanfuentes la crisis política estaba instalada en el régimen; Alessandri, pese a sus promesas, fue incapaz de enfrentar a la oligarquía y se dedicó a reprimir a estudiantes y obreros izquierdistas; por ello, en setiembre de 1924, un grupo de militares antioligárquicos, la mayoría provenientes de los mandos medios, se pronunció contra el Congreso y el presidente negoció un permiso para ausentarse del país, pero fue reemplazado por una Junta de Gobierno encabezada por el alto mando de las Fuerzas Armadas. En marzo de 1925 los uniformados antioligárquicos destituyeron

³ «El cartel de hoy». *Claridad* 33, Santiago, 10 de septiembre de 1921.

a la Junta y repusieron a Alessandri en la presidencia, con el compromiso de redactar una nueva constitución política. En todos estos movimientos la acción de Ibáñez, entonces un joven coronel del ejército, adquirió paulatinamente cada vez más protagonismo y ocupó ministerios claves en el gobierno de Figueroa, primero en Defensa y luego en Interior, a tal punto que lo obligó a renunciar y a convocar a elecciones donde el militar fue el candidato único. Se inauguró así la «dictadura de Ibáñez», un gobierno que modernizó el Estado y la policía e impuso las leyes de sindicalización, con lo que «domesticó» al movimiento obrero. Uno de los mayores logros de ambos presidentes —Leguía e Ibáñez—, fue la firma del Tratado de Lima, en 1929, que puso fin a casi medio siglo de indefiniciones en los límites de ambos países y restituyó las relaciones diplomáticas.

Desde un año antes de la firma se dejó caer una «avanzada chilena sobre tierras limeñas; este contingente inicial estuvo formado por empresarios, deportistas y periodistas. El primero en llegar fue Guillermo Córdor, gerente de la Compañía Sudamericana de Vapores. Lo siguió Rafael Maluenda, «el tuerto del diablo», corresponsal de *El Mercurio* de Santiago y Manuel Eduardo Hübner, del oficialista diario *La Nación*. Paralelamente, desde Lima se contrató a un club de fútbol, el Santiago Fútbol Club, que llegó acompañado por el diputado por Valparaíso Luis Valencia Courbis y un dirigente deportivo, Ernesto Goycolea, «esbelto y cortés deportista» que se había desempeñado por mucho tiempo como Oficial Mayor de la Cámara de Senadores de Chile. Maluenda, «culto e imaginativo», era uno de los mejores cuentistas chilenos, autor de «La Pachacha», «Los ciegos» y «La cantinera de las trenzas rubias», entre otros. Hübner era un escritor perteneciente al grupo de los «imaginistas» que editaban la revista *Letras*. Ambos trabaron profunda y duradera amistad con Luis Alberto Sánchez, subdirector de la Biblioteca Nacional del Perú (Sánchez, 1975, pp. 16-17).

A los periodistas y empresarios les secundaron diplomáticos y escritores al servicio del gobierno, encabezados nada menos que por el ex presidente Emiliano Figueroa Larraín, un conspicuo miembro de la oligarquía chilena, pero de gustos «campechanos» y de trato familiar. A este lo precedió el consejero Jorge Saavedra Agüero, casado con una trujillana, y sus escoltas Fernando Zañartu —«un donjuán diplomático, ágil, galante, astuto y un correcto consejero»— y Héctor Gallegos, quien también se uniría a una ciudadana peruana.

El embajador Figueroa pronto se acostumbró al ambiente limeño y a las recepciones en la embajada prefería los desayunos en el Can Can o el Mercado Central, el Club Nacional o el bar del Hotel Bolívar. También, ya de noche, iba a tomar pisco sour al Morris Bar, «la mejor cantina que jamás haya habido en Lima», ubicada en la calle de Boza, donde el «cojo» Morris creó la afamada bebida, o en el calle Tayacaja,

a casa de Juanito Huerta, un zambo que fue mánager del Club Alianza Lima durante su gira a Chile en 1935. Huerta era ocasionalmente «mozo de estoques» de algún torero famoso, pero sobre todo era revendedor de boletos de teatro y del Jockey Club, donde trabajada en forma permanente (Sánchez, 1975, pp. 17-18).

Pero la «dictadura» de Ibáñez, al igual que el gobierno de Leguía, entró en una profunda crisis política agravada por la debacle económica mundial que estalló en 1929. La represión a los opositores, el excesivo control del Estado y las vacilaciones políticas del gobierno hicieron crisis cuando una rebelión ciudadana organizada por profesionales y estudiantes que se tomaron las calles se unió a las ya constantes conspiraciones políticas y logró derrocar al militar que abandonó el país y se exilió en Mendoza en julio de 1931 (Moraga Valle, 2007, pp. 227-235).

La derrota de la dictadura, sin embargo, no trajo la tranquilidad social. A la extrema pauperización de las clases trabajadoras se unió la de amplios sectores de clase media. Paralelamente, el sistema político oligárquico, que se hallaba en crisis desde hacía una década, vio su fin —provocado por el autoritarismo— y surgió uno nuevo, basado en una división ideológica y de clases que se construyó acelerada y desordenadamente. Entre la renuncia de Ibáñez en julio de 1931 y las elecciones presidenciales de octubre de 1932, se produjo una serie de asonadas populares, conspiraciones políticas, rebeliones militares y golpes de Estado que, aunque en general no tuvieron altos grados de violencia, impidieron el normal desarrollo de la vida cívica y política y, con ello, la recuperación económica.

3. DESAFIANDO DICTADURAS: ESCRITORES Y CONSPIRADORES CRUZANDO FRONTERAS

Pese a la disputa limítrofe pendiente y al ambiente de revanchismo imperante en la década de 1920, se produjeron intercambios culturales y políticos antes de que se firmara el Tratado y se restablecieran las relaciones diplomáticas. Fue la acción de dos tipos de intelectuales que, ocupando la franquicia que les daba su figuración pública como escritores o artistas, sortearon los controles policíacos de las respectivas dictaduras y atravesaron la frontera en una u otra dirección. Adelantándose a los acercamientos oficiales, los grupos de intelectuales establecieron relaciones independientes de sus propios Estados o gobiernos.

Trabajos de algunos intelectuales interesados en promover el acercamiento entre ambos países fueron publicados en *Atenea* desde recién fundada la revista de la Universidad de Concepción, dirigida por el filósofo Enrique Molina. Uno de estos escritos es de Luis Alberto Sánchez, sobre la reciente reedición en la ciudad del Rímac de un libro de juventud de Vicuña Mackenna que había sido publicado en el Perú en 1860.

El texto de Sánchez era el prólogo al libro del historiador chileno *La revolución de independencia en el Perú* (Sánchez, 1925, pp. 56-58). En su artículo el intelectual peruano pone en contexto las historias cruzadas que escribieron historiadores chilenos y peruanos respecto de la Guerra del Pacífico y donde, a su juicio, los chilenos salen ganando en erudición y épica respecto de los peruanos. No ahorra elogios para Vicuña Mackenna en la reseña de su vida pública, en una carrera política que le significó destierros y persecuciones, pero también grandes logros, como el haberse dedicado a escribir la historia de ambos países. En la década siguiente, Sánchez se convertiría en un colaborador semi permanente de la revista con recensiones y artículos de diversa índole.

En el Perú el grupo más activo fue el liderado por el conocido intelectual y político José Carlos Mariátegui, director y fundador de *Amauta*, quien construyó una vasta red de colaboradores que publicitaron la revista a la vez que establecieron contactos e intercambios con intelectuales en varios países del continente. A la tertulia de *Amauta*, que se realizaba en la calle Washington, en las afueras del centro de Lima, acudió en alguna oportunidad Joaquín Edwards Bello, escritor chileno que profesaba un antiimperialismo pro hispanista. Ahí dio a conocer sus principales novelas y estableció una duradera amistad con Luis Alberto Sánchez. Mariátegui retribuyó, generosa pero críticamente, la visita de Edwards comentando sus libros *El roto* y *El chileno en Madrid*, expresión de que, según sus palabras, «con la novela entra la literatura en su edad madura» (Mariátegui, 1928, pp. 103-104).

Amauta fue caja de resonancia para un selecto grupo de escritores chilenos. Armando Donoso, uno de los más prominentes, de paso por Lima proveniente de un viaje a La Habana, fue entrevistado por «JDC». El chileno aprovechó la ocasión para hacer propaganda de la editorial Nascimento y del gobierno de Ibáñez y su reforma educacional, que impulsaba su corifeo el ministro de educación Eduardo Barrios. Además presentó a su compañera, la poetisa María Monvel (a quien el reportero puso al lado de Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y Juana de Ibarbouru); esta prometió colaborar en *Amauta* con algunos de sus poemas⁴.

Antes de embarcarse en su viaje de intercambio cultural en marzo de 1930, Sánchez recibió de Mariátegui un encargo personal ante su decisión de dejar el Perú. Las persecuciones políticas del gobierno de Leguía, las presiones de la Internacional Comunista y los problemas de salud habían hecho que el líder socialista fraguara el proyecto de exiliarse en Argentina; allí lo recibirían Samuel Glusberg (seudónimo de Enrique Espinoza) y Leopoldo Lugones. Mariátegui quería costear parte de su viaje dando conferencias en la Universidad de Chile; Sánchez hizo la gestión

⁴ JDC, *Interview* de «Libros y Revistas» con Armando Donoso. *Amauta* 12, 41-42.

y el mismo rector, Armando Quezada Acharán, le extendió una invitación oficial para que el intelectual peruano cumpliera su cometido. En la ocasión Magda Portal y Serafín del Mar, contertulios limeños y agentes de *Amauta*, se refugiaron en Chile antes de restablecerse las relaciones; ambos se acercaron al conferencista en Santiago, preocupados por la aguda crisis de salud del autor de *Siete ensayos*. La carta de invitación, en manos del mismo Sánchez, llegó a Lima un día después del fallecimiento de Mariátegui (Sánchez, 1975, pp. 26, 28).

Una de las propagandistas culturales del ideólogo peruano era Blanca del Prado, quien alrededor de 1929 era la agente de *Amauta* en Santiago; había sido comisionada por José Carlos Mariátegui para hacer contactos y establecer una agencia de la revista en Chile. La poetisa al poco tiempo entabló relaciones con los directores de las revistas *Atenea*, de la Universidad de Concepción, el filósofo Enrique Molina, y con *La Revista de Educación*; sin embargo, y pese a sus esfuerzos, no pudo consolidar la deseada agencia⁵. La situación política, de fuerte control policiaco hacia los opositores al régimen de Ibáñez, y en particular hacia los grupos de intelectuales activos, muy interesados en el derrocamiento del militar, debe haber sido su principal escollo. En este ambiente una mujer extranjera debe haber visto fuertemente impedida su libertad de movimiento.

De todos modos, y pese al exilio, el aporte cultural y la apertura de los intelectuales chilenos permitió a sus colegas peruanos ampliar sus horizontes y vincularse a otros grupos y movimientos culturales. Por ejemplo, artículos y colaboraciones de autores peruanos exiliados en Chile aparecieron en la revista *Letras*, «Mensuario de Arte y Literatura», que salió entre 1928 y 1930. Esta publicación era del grupo de escritores vanguardistas autodenominados «imaginistas», compuesto, entre otros, por Ángel Cruchaga, Salvador Reyes, Hernán del Solar, Luis Enrique Délano y nuestro conocido Manuel Eduardo Hübner. El número 18 de *Letras*, de marzo de 1930, incluyó «Cuento de niños pobres», de Serafín del Mar. En la misma entrega el escritor chileno Alberto Rojas Jiménez escribió un laudatorio comentario sobre Blanca del Prado como prólogo a cuatro de sus poemas (Mar, 1930, pp. 6-7; Rojas Giménez, 1930, p. 15).

Otro tipo de personajes que cruzaron la frontera en una u otra dirección eran agitadores o aspirantes a políticos. Es el caso de Marcos Chamudes Rietich, joven chileno descendiente de judíos, quien apareció en Lima en 1929. Había salido de Chile con un encargo comercial de la tienda de sus padres, quienes vendían pieles y disfraces para la fiesta de los estudiantes en un local del centro de Santiago.

⁵ Aunque Fernanda Beigel en ninguno de sus dos libros da mayores antecedentes de esta agente de *Amauta* en Chile (Beigel, 2006, p. 231).

Chamudes, sin ideas políticas pero con «un lastre de confusiones ideológicas», no sabía mucho del Perú; sin embargo, hasta sus oídos juveniles habían llegado los nombres de los líderes Mariátegui y Haya. Fue mucha su sorpresa cuando los encontró en partidos distintos, uno como jefe de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, y el otro sosteniendo, contra la presión de la Tercera Internacional para que se uniera a sus filas, al Partido Socialista del Perú, PSP (Chamudes, 1965, p. 39). Aunque Chamudes hizo amistad con personajes de ambos grupos, para ver cuál era el que le convencía más, optó por el comunismo. Mariátegui falleció en esos meses y su viuda, Ana Chiappe, no solo le abrió al joven chileno la biblioteca de su marido; también le hizo contactos con «Vanguardia», un grupo de estudiantes e intelectuales, formado principalmente por comunistas y al cual se podía entrar sin militar en el partido. Pese al carácter semi público, las condiciones en que el grupo se mantenía eran de cuidada clandestinidad; por ello, a la primera reunión que Chamudes asistió fue sorpresivo que llegara Eudocio Ravines, flamante secretario general del Partido Comunista del Perú, PCP, a quien se creía exiliado, pero que había regresado a Lima clandestinamente. Era un momento crucial para la organización: muerto Mariátegui, quien se había negado a cambiar el nombre al partido que fundara y que tanto le costara mantener, sus seguidores lo afiliaron a la Internacional Comunista y le cambiaron el nombre y la orientación ideológica.

Ravines había estado en Chile deportado por Leguía por ser un agitador estudiantil en las jornadas de mayo de 1923; había llegado al puerto de Valparaíso acompañado de Óscar Herrera Marquis, amigo de Haya de la Torre. Ambos eran profesores de las Universidades Populares González Prada, UPGP. Los líderes del anarquismo estudiantil, que entonces lideraban la Federación de Estudiantes chilena, Alfredo Demaría, Roberto Meza Fuentes, Eugenio González y Óscar Schnake, lo recibieron amistosamente y le dieron protección (Ravines, 1981, p. 93)⁶. Pero Ravines y sus compañeros llegaron en mal momento: la agitación política producto de la crisis del gobierno de Alessandri llevó a un golpe militar en setiembre de 1924 y los jóvenes peruanos fueron blanco del celo de Ventura Maturana, un astuto policía que se destacaría por su ferocidad anti izquierdista durante el gobierno de Ibáñez. Maturana lo expulsó nuevamente y fueron a dar a Buenos Aires, donde Ravines participó de las Ligas Antiimperialistas. En Santiago, el joven agitador peruano conoció fugazmente a Chamudes, por lo que esa noche en Lima, siete años después, lo reconoció de inmediato. Cuando finalizó la reunión clandestina

⁶ Los profesores de las UPGP deportados fueron: Haya de la Torre, Eudocio Ravines, Óscar Herrera, Luis F. Bustamante, Enrique Cornejo Köster, Luis Heysen, Nicolás Terreros, Esteban Pavletic, Jacobo Hurwitz, Julio Lecaros y Alberto Delgado (Mazo, 1968, p. 22).

de Vanguardia ambos tuvieron una larga entrevista que selló la entrada del joven al comunismo peruano⁷.

Pero la suerte de Chamudes en Lima duró poco. Una nueva dictadura, ahora militar, le siguió a la dictadura civil de Leguía; se desató una fuerte represión que no solo reprimió a los comunistas sino también a trabajadores comunes y corrientes que no tenían otro pecado que haber apoyado una huelga. En una de las tantas redadas el joven chileno cayó preso, y sin importar su condición de extranjero fue confinado a un islote prisión, frente al Callao. Allí, en la que jocosamente la prensa limeña llamaba la «universidad comunista de El Frontón», el chileno consolidó sus convicciones compartiendo con los militantes comunistas presos que lo adoctrinaron en cursos de ideología y política. De este modo, a los 23 años, se inició una segunda etapa de su vida que tendría para él insospechadas consecuencias (Chamudes, 1965, pp. 55-56).

Chamudes regresó a Chile alrededor de mayo de 1931, deportado por la policía de Leguía pero convertido en un comunista experimentado: había pasado por la militancia clandestina, la cárcel y el adoctrinamiento en la línea del «tercer período». El régimen de Ibáñez se debatía en medio de la crisis económica y las conspiraciones de políticos y militares que amenazaban con terminar con el régimen. El joven no tenía ningún contacto y los dirigentes comunistas, perseguidos y acorralados por la policía política ibañista desarrollaban muy pocas actividades y en la total clandestinidad⁸.

La constante represión del gobierno de Ibáñez hacia las conspiraciones civiles y militares expulsó a algunos líderes hacia el norte. Fue el caso de Óscar Schnake Vergara, estudiante de medicina que abandonó la carrera por la política; había sido fugazmente presidente de la Federación de Estudiantes en 1922, cuando militaba en el grupo universitario Lux, uno de los más altos exponentes del anarquismo intelectual de la década (Moraga Valle, 2007, pp. 346-354). En 1930 se involucró, junto a algunos civiles de inclinación socialista, en la conspiración conocida como del «avión rojo», comandada por el comodoro del aire Marmaduke Grove Vallejos y otros militares. Descubierta el complot por traiciones de última hora, los concertados recibieron diferentes penas; Grove fue desterrado a la Isla de Pascua y Schnake partió al Perú. En Lima el conspirador se alojó en una pensión en los altos del diario aprista *La Tribuna*, que dirigía Sánchez. Allí Schnake trabó amistad con Manuel

⁷ En sus memorias Ravines no recuerda este primer encuentro con Chamudes, que para el entonces joven chileno fue trascendental en su evolución política e ideológica (Ravines, 1981, pp. 93-94; cfr. Chamudes, 1965, p. 40).

⁸ Las extremas condiciones de aislamiento y de desorganización de los comunistas chilenos al final de la «dictadura» de Ibáñez en Varas, 1991, pp. 12-35.

«El Negro» Solano, reportero y redactor del periódico. Regresó a Chile probablemente a fines 1931 y se vinculó a la Acción Revolucionaria Socialista, ARS, una de las tantas vanguardias políticas surgidas entre julio y diciembre de 1931, que reunió a líderes obreros y estudiantiles que habían militado en las diversas organizaciones anarquistas de principios de la década anterior. A partir de los meses anteriores a junio de 1932 iniciaron un proceso conspirativo que los llevó a unirse a militares y ex ibañistas para juntos dar un golpe de Estado y declarar una efímera República Socialista que duró apenas doce días, pero en los cuales se ensayaron profundas transformaciones sociales y políticas de insospechadas proyecciones, y Schnake fue nombrado secretario general de la presidencia. Un «golpe dentro del golpe» protagonizado por militares e ibañistas sacó a los socialistas del poder y los encarceló o relegó a distintas zonas remotas del país (Sánchez, 1975, pp. 32-33; Charlín, 1972). Schnake logró eludir la acción represiva y desde la clandestinidad se dedicó a coordinar a los otros grupos vanguardistas de carácter socialista, los que, sin mucha unidad ideológica pero con un excesivo pragmatismo, se unieron en el Partido Socialista de Chile (PSCh) en abril de 1933, formando uno de los partidos de izquierda de más rápido crecimiento por su base social pluriclasista y la espectacularidad de ese gobierno efímero, que premió la trayectoria del conspirador cuando lo nombró primer secretario general del flamante partido. Esta sería la principal organización política que tendría muchos puntos de contacto y coincidencias ideológicas con el Partido Aprista del Perú, PAP, fundado en 1930 (Moraga Valle, 2009).

4. INTELLECTUALES HISPANOAMERICANISTAS AQUÍ Y ALLÁ: EL GRUPO ÍNDICE

Inmediatamente firmado el tratado de 1929, los gobiernos de Leguía e Ibáñez acordaron allanar las relaciones a través del intercambio de embajadas culturales. Por esta razón el subdirector de la Biblioteca Nacional del Perú llegó a Santiago invitado por la Universidad de Chile. Luis Alberto Sánchez dio tres conferencias sobre literatura peruana en el Salón de Honor de la casa de estudios y departió con periodistas y académicos cuya amistad había granjeado en Lima, entre las negociaciones que restablecerían las relaciones (Sánchez, 1975, pp. 18-29). Pocos años después volvería a Chile a vivir un prolongado exilio, ya no como un intelectual del régimen leguista, ni como amigo ni agente de Mariátegui, sino como militante aprista y como uno de los principales líderes del aprismo.

Uno de estos grupos que acogió en Chile a intelectuales peruanos fue el que publicaba la revista *Índice*, «Mensuario de cultura actual, información, crítica y bibliografía». El grupo Índice nació en 1930 por iniciativa de escritores y académicos que en las décadas siguientes jugarían papeles importantes en la cultura local.

Reunía a simpatizantes del socialismo que después tuvieron evoluciones políticas muy diversas, con otros que evolucionarían hacia el liberalismo o incluso el nazismo. La revista *Índice* tenía en su comité directivo al venezolano Mariano Picón Salas y los chilenos Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio González y José Manuel Sánchez. En la editorial de su primer número, firmada por Picón Salas declaraban:

Quienes lo redactamos hemos vivido algo; nos acercamos a los treinta años, época de reflexión y responsabilidad, y perdimos ya esa fiebre adolescente que se traducía en revistas. Ahora nuestras palabras son más escasas y más lentamente pensadas. Pero, por eso mismo, tenemos voluntad para encausar un deseo [...]. Servir al país en la única forma eficiente en que pueden servirlo los trabajadores intelectuales⁹.

Índice compartía ideológicamente la necesidad de unidad continental —aunque no se definía ni por el indoamericanismo aprista ni por las propuestas mariateguianas, más cercanas al internacionalismo proletario— pero se encontraba claramente distante del panamericanismo propuesto por Washington. El americanismo de *Índice* provenía de la fuerte influencia de la que aún gozaba el modernismo literario entre algunos intelectuales chilenos, pese a la fuerza de las vanguardias literarias, que tendieron a desplazar abruptamente las propuestas estéticas de Rubén Darío y sus compañeros de generación. Dan cuenta de ello un artículo biográfico sobre el centenario de Sucre y otro trabajo en el que Lorenzo Martes escribió sobre «La acción intelectual en Indo-América», en el que fundía las ideas evolucionistas del darwinismo con el indoamericanismo. Ejemplo del eclecticismo y de que no había una sola línea editorial es el trabajo del director del Museo de Bellas Artes, el pintor húngaro Pablo Vidor, quien escribió «Anotaciones sobre el ambiente artístico en Hispano-América». Otros trabajos destacables son un artículo del filósofo Bertrand Russell sobre la civilización occidental y uno sobre la «Reforma a la educación secundaria», de Héctor Gómez Matus.

El segundo número de *Índice* fue dedicado a conmemorar la vida de Mariátegui, debido a su reciente fallecimiento. En la ocasión colaboraron Raúl Silva Castro y Magda Portal. El artículo de esta última suscitó una fuerte polémica entre la poetisa peruana y Marcos Chamudes, quien en ese momento aún militaba en el Partido Comunista del Perú. En sucesivas cartas, publicadas en los números 5 y 9 de la revista, ambos discutieron en torno al legado del recientemente desaparecido fundador del Partido Socialista del Perú. Chamudes, ahora un dogmático comunista

⁹ *Índice* 1, abril de 1930, p. 1. Entre los «accionistas» del grupo, que colaboraban pero no necesariamente participaron directamente de él, había figuras como los escritores y literatos Domingo Melfi, Juanario Espinoza, Mariano Latorre, Benjamín Subercaseaux y futuros historiadores como Francisco Frías Valenzuela, Juan Gómez Millas, Julio Heisse González, Eugenio Pereira Salas, entre otros.

del «tercer periodo», disminuyó la importancia del papel de Mariátegui en las luchas políticas en el Perú y lo acusó de ser un vacilante.

La revista *Índice* y el grupo homónimo son ejemplo de una vanguardia política e intelectual, es decir, un grupo a medio camino entre las vanguardias artísticas que pulularon en el movimiento estudiantil entre 1918 y 1932 y los círculos literarios e intelectuales. Pero no eran partidos políticos formales, compartían ideas estéticas y políticas como el antioligarquismo, la simpatía por la Revolución Rusa y la recepción de los movimientos de vanguardia artística europeos y latinoamericanos. El grupo sobrevivió hasta 1933, año en que desapareció la revista. Algunos de sus miembros se integraron al Partido Socialista; otros, especialmente los historiadores, evolucionaron al fascismo local o la extrema derecha.

5. VANGUARDISMO Y APRISMO EN SANTIAGO Y LIMA

Si la década de 1920 había sido relativamente similar en lo que respecta a los dos gobiernos bajo los cuales se firmó el tratado de 1929, en la década de 1930 ambas naciones se alejaron en sus procesos históricos. Mientras el Perú fue gobernado por dos dictadores militares, Luis Miguel Sánchez Cerro (1930-1933) y Óscar Benavides (1933-1939), Chile, luego de un breve período de inestabilidad —entre julio de 1931 y octubre de 1932— logró normalizar su sistema político e inició un periodo de cuatro décadas de gobiernos democráticos. En octubre de ese año, luego de un año y medio de inestabilidad, ganó la elección presidencial Arturo Alessandri Palma, quien inició su segundo gobierno. Si en 1920 había ganado como representante de las clases medias y su campaña había tenido un fuerte discurso antioligárquico, ahora se apoyó en la oligarquía para gobernar.

Chamudes volvió a Chile a principios de 1931, en los meses en que la agitación contra Ibáñez crecía, y por medio de contactos familiares se relacionó con otro muchacho de origen sefardita que estudiaba derecho en la Universidad de Chile: Óscar Waiss Band. Ni Chamudes ni Waiss eran militantes del Partido Comunista Chileno, que en esos momentos empezaba a salir tímidamente de la clandestinidad impuesta por la dictadura, pero Waiss logró introducir a Chamudes a Socorro Rojo a través de Robinson Saavedra Gómez (Waiss Band, 1986, pp. 57-67).

Entre su relación con Ravines y los meses de cárcel en El Frontón, Chamudes había aceptado las directrices de la Tercera Internacional, o Comintern, y de su estrategia llamada del «tercer período», adoptadas en el VI Congreso. Estas planteaban la táctica de «clase contra clase», es decir, no formaba alianzas con partidos burgueses ni socialdemócratas, aunque fueran democráticos, ya que eran «socialfascistas»¹⁰.

¹⁰ Un análisis histórico de los resultados de la política del «Tercer período» en América Latina durante los años 1928 a 1935 en Tarcus, 2001, pp. 64-74.

Chamudes y Waiss convocaron a estudiantes de izquierda y fundaron el grupo universitario Avance, según el modelo que Chamudes copió de Vanguardia, la expresión de los comunistas en el movimiento estudiantil peruano. En Avance, que tuvo un papel protagónico en el derrocamiento de Ibáñez, se reprodujeron tres tendencias ideológicas de la izquierda: estalinismo, trotskismo y socialismo, comandadas por Chamudes, Waiss y Salvador Allende respectivamente. Pero Allende se retiró al poco tiempo junto con los otros estudiantes socialistas y se unieron a la fundación del PS. Chamudes se integró a la dirección del PC chileno y Waiss a la dirección del trotskismo local. Pese a las disputas políticas e ideológicas, Avance fue la vanguardia política más importante hasta que se reconstituyó el sistema político, a partir de octubre de 1932.

En el plano general, la renovación de las relaciones renovó también la centenaria tradición del exilio. Esta vez la dirección fue de norte a sur y varios cientos de ciudadanos peruanos llegaron a Chile expulsados por los continuos gobiernos dictatoriales peruanos. En el país del sur no solo se refugiaron; muchos pudieron estudiar y desarrollar carreras profesionales; algunos se unieron a ciudadanos chilenos y formaron familias binacionales; otros, esperando el anhelado regreso, organizaron conspiraciones políticas.

Las fuentes entregan cifras de entre 300 y 400 exiliados peruanos que llegaron a Santiago, Valparaíso y Concepción. Muchos de ellos eran militantes del Partido Aprista Peruano, PAP; otros eran activistas estudiantiles o simplemente ciudadanos que huían de las continuas crisis políticas y la represión de los gobiernos primero de Leguía y luego de Sánchez Cerro. De hecho y por razones de cercanía geográfica, Chile fue el país que recibió más exiliados apristas en la década de 1930¹¹. La cifra fue creciendo conforme el sistema político se estabilizó y el gobierno de Alessandri —quien se había exiliado en Italia al final de su primer mandato y en París durante la mayor parte del mandato de Ibáñez— aplicó una política extraoficial de admisión hacia los exiliados que fue más allá de las inclinaciones políticas del presidente, quien habría dicho: «Yo sé que a los exiliados los friegan mucho los embajadores, esas gatas saloneras de librea galoneada... yo comprendo lo que ustedes sienten; pero aquí en Chile no admitimos ensañamiento contra los proscritos» (Sánchez, 1975, p. 87)¹².

¹¹ Aunque carecemos de cifras oficiales, el testimonio de Armando Villanueva no deja de ser el más autorizado (Villanueva & Thorndike, 2004).

¹² Chile oficialmente había avanzado en el tema cuando firmó, durante la VII Conferencia Panamericana de La Habana en 1928, un tratado para «respetar y hacer efectivo el territorio de las embajadas», lo que era una innovación en el derecho internacional (Lemur López, 2007).

La aquiescencia de Alessandri le otorgó amplios grados de libertad a los apristas, quienes pudieron funcionar públicamente, tener locales, organizar manifestaciones, gozar de prestigio político y social e incluso conspirar, aun siendo refugiados. Uno de los organismos apristas más activo fue la Federación Aprista Juvenil, FAJ, que en Santiago posibilitó que planificaran acciones contra su gobierno a vista y paciencia de las autoridades chilenas. Uno de los casos más patentes fue la «hovación» del Mapocho, en que los «fajistas» atacaron a la delegación peruana a la Conferencia Panamericana de Paz que se celebraría en Buenos Aires. Tres fueron los personeros víctimas del ataque: el canciller Carlos Concha, el consultor jurídico de la Cancillería Alberto Ulloa Sotomayor y el profesor de derecho de San Marcos, Diómedes Arias Schreiber. Aunque no todos eran enemigos declarados del APRA, los impulsivos jóvenes Luis Felipe de las Casas, Manuel «Mañé» Checa Solari, Humberto Liendo, los mellizos Alberto y Ricardo Grieve, Luis Salcedo, J. Rojas Hidalgo, Alejandro Tabini y el colombiano Alfonso López Michelsen, idearon una recepción hostil a la delegación y durante semanas recolectaron huevos en una residencial en que varios vivían hasta que se pudrieron¹³. Cuando la delegación llegó a la estación Mapocho, y pese a la cuidadosa vigilancia de carabineros, una lluvia de huevos podridos cayó sobre la delegación oficial peruana, que iba acompañada por Darío Ovalle Castillo, jefe de protocolo del gobierno. Peor fue el castigo del partido peruano sobre los revoltosos que el propinado por el gobierno chileno. Alessandri, a quien no le agradaba su propio jefe de protocolo, ideó una fórmula para que los jóvenes pudieran librar la cárcel (Sánchez, 1975, pp. 89-92).

A partir de 1934 el mismo Sánchez y su círculo más cercano comenzaron a colaborar en *Ercilla*, la editorial que presidía Ismael Edwards Matte (aristócrata de amplios contactos familiares y empresariales) e integraban Laureano Rodrigo (argentino, casado con peruana), Hans Schwalm y Luis Figueroa. Sánchez entró a trabajar allí el segundo día de su destierro, fue el primer exiliado en integrarse; le siguieron Américo Pérez Treviño, ex diputado por Trujillo; Luis López Aliaga, líder obrero; Alfredo Baluarte, empresario de cines; Medardo Revilla, ex decano del Colegio de Abogados de La Libertad; los hermanos Solís; el «chico» Heredia y el arquitecto Rivera. Cuando en noviembre de 1937 la actividad de la editorial se extendió a las revistas, entraron Manuel Seoane («Alberto Alzamora»), quien fungió como director del semanario *Ercilla*; Manuel «el negro» Solano, que fue jefe de redacción; Bernardo García Oquendo, ex capitán del Ejército Republicano en la Guerra Civil Española;

¹³ Aunque López Michelsen no era exiliado, era hijo del presidente en ejercicio de Colombia, Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y de María Michelsen. El joven se encontraba en el país haciendo estudios de posgrado en derecho en la Universidad de Chile.

Hugo Otero; y el poeta Juan José Lora. Además, colaboraron como traductores Ciro Alegría, quien llegó enfermo de tuberculosis; Ernesto Lizárraga Fischer; el profesor Antero Peralta; el economista Carlos Manuel Cox y el poeta Alberto Hidalgo¹⁴.

Más allá de que la relación de los peruanos con Ercilla fuera de sobrevivencia, con lo que significaba para un grupo de refugiados políticos el llegar a otro país y tener un trabajo digno, a muchos les permitió incluso desarrollar sus carreras intelectuales o profesionales y no solo soñar con el retorno. Si bien Ercilla no era una editorial «aprista» ni «peruana», bajo su sello se publicaron los textos ideológicos de Haya de la Torre como las dos masivas ediciones de *El Antimperialismo y el APRA* y una de 10 000 ejemplares de *Ex combatientes y desocupados*, que aparecieron ese mismo año de 1936 en Chile y la segunda edición de *¿A dónde va Indoamérica?*; *Rumbo argentino y Nuestra América y la guerra*, de Seoane; *Pueblo y continente*, de Antenor Orrego; *Hombres y rejas*, de Juan Seoane; *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría —que completó siete ediciones—; *Duque*, de José Diez Canseco; *Penetración imperialista*, de Pedro Muñoz y Carlos Manuel Cox; *Teoría para la mitad de la vida*, de César Miró y alrededor de diez obras de Luis Alberto Sánchez (Sánchez, 1975, pp. 42-43).

6. EL INDOAMERICANISMO EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Una de las instituciones que albergaron más estudiantes latinoamericanos, y en particular peruanos, fue la Universidad de Concepción. Allí los jóvenes militantes de la FAJ fueron recibidos por sus homólogos de la Federación Juvenil Socialista, FJS y se transformaron en sus aliados «naturales». Esta presencia se tradujo al poco tiempo en un cambio en las fuerzas políticas existentes al interior del movimiento estudiantil regional: el indoamericanismo se transformó en una convocatoria política que pronto ganó presencia en la Federación de Estudiantes de Concepción, FEC. Ejemplo de ello es la formación del Centro de Estudiantes Latinoamericanos, que se organizó en 1936 y cuya primera reunión fue en los salones del diario *El Sur*, donde se discutieron los estatutos y «otros detalles para la mejor vida de este centro»¹⁵.

¹⁴ El poeta Alberto Hidalgo en 1918 había cultivado amistad epistolar, desde Arequipa, con otro escritor chileno: José Domingo Gómez Rojas. La razón para comunicarse fue que ambos estaban en una búsqueda que les permitiera transitar del modernismo al vanguardismo literario. Hidalgo Participó en 1916 en la revista *Colónida*, dirigida por Abraham Valdelomar, y publicó sus primeros poemarios *Panoplia lírica* (1917), *Las voces de colores* (1918) y *Joyería* (1919), en el que denotaba su carácter innovador e inconformista ante los cánones de su época. Gómez Rojas, quien además era dirigente estudiantil y militante del anarquismo intelectual, había publicado *Rebeldías líricas* en 1913 y algunos de sus poemas aparecieron en las míticas revistas *Los diez* y *Selva lírica*, en los que, pese al carácter modernista de ambas, denotaba un nuevo estilo de escritura y el cultivo de temas distintos a los cánones de la época. Fabio Moraga (Moraga Valle, 2013).

¹⁵ «El Centro de Estudiantes Latinoamericanos se reunió ayer». *El Sur*, 3 de mayo de 1936, p. 14.

Coincidentemente, o prueba de la enorme influencia latinoamericanista y de la voluntad del rector Enrique Molina, Luis Alberto Sánchez y Eugenio Orrego Vicuña llegaron a la ciudad invitados por el departamento de extensión de la Universidad. La primera conferencia del intelectual peruano se tituló «¿Fue el modernismo un fenómeno exclusivamente cultural y se debió solo a causas intelectuales?»; la segunda, «Ariel lección equívoca»; y la tercera «Un idealismo sin ideales». En la segunda intervención Sánchez criticó la concepción de Rodó sobre la juventud y su papel en América, que vivía la «idolatría del viejo y el odio al joven»; los apristas criticaron al arielismo para superar sus marcos e instalar el indoamericanismo y el antiimperialismo, sus dos aportes ideológicos más contundentes¹⁶.

Uno de los medios por los cuales se propagó el indoamericanismo fue la revista del Centro de Estudiantes de Medicina, *Universitarios del Sur*, dirigida por militantes de la Federación Juvenil Socialista, FJS y en la que los jóvenes apristas encontraron un espacio. Junto con el arielismo los jóvenes peruanos y chilenos criticaron su producto histórico: el significado y los alcances de la reforma universitaria como movimiento de cambios en la estructura del poder universitario. Aunque esta crítica ya la habían hecho durante el lustro anterior los jóvenes comunistas en la Universidad de Chile, *Universitarios del Sur* recogió esas posiciones revisionistas (Moraga Valle, 2007, pp. 581-588). Por ejemplo, «Más allá de la reforma universitaria» es un artículo escrito por un estudiante de leyes, el aprista peruano Humberto Liendo R., que discutía la vigencia de ese programa a nivel latinoamericano:

El problema de la reforma universitaria que ocupara la atención del continente hasta hace poco, ahora parece que hiciera crisis en la preocupación de los espíritus libres de América. Esto es lógico: la urgencia de nuevos problemas ha desplazado la importancia del movimiento estudiantil, que ya no asume una categoría histórica de primera magnitud. La lucha antiimperialista, la insurgencia de las masas explotadas, la guerra, la cesantía, el hambre, son las interrogantes angustiosas que monopolizan el interés del momento (Liendo, 1936).

El articulista hacía una lectura de la reforma coincidente con la política del «tercer período» de la Comintern, además de utilizar conceptos propios del léxico marxista, como tratar su programa de «demoliberal», o caracterizar la autonomía universitaria como apta para ser utilizada por la «reacción», después de un cambio histórico «dialéctico» protagonizado hábilmente por los sectores conservadores de la comunidad universitaria.

¹⁶ «Mañana hablará en la Universidad Luis Alberto Sánchez». *El Sur*, 6 de mayo de 1936, p. 6. «Ariel, lección equívoca fue el tema versado en la conferencia del intelectual peruano Luis A. Sánchez». *El Sur*, 9 de mayo de 1936, p. 6.

Una de las preocupaciones fundamentales del indoamericanismo giró en torno a los conflictos de los «países hermanos»; al respecto el conflicto del Chaco fue el que acaparó más interés. A mediados de junio de 1935 una delegación de diplomáticos chilenos y argentinos logró que las partes en conflicto firmaran la paz. Ante la noticia, una reunión de la directiva de la Federación no logró acuerdos en torno a la organización, pero emitió un voto de felicitaciones por el éxito en el fin de las hostilidades. Ante esto, el estudiante boliviano, en representación de los compatriotas que estudiaban en la universidad, agradeció el gesto de la FEC y la labor emprendida por el presidente de la República, Arturo Alessandri, y el ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Cruchaga Tocornal, así:

Nosotros, bolivianos estudiantes de esta universidad de Concepción, honra y gloria de la patria, conmovidos profundamente por esta noble acción, brindamos en compañía de nuestros distinguidos compañeros universitarios paraguayos y de Uds., un saludo de gratitud inmensa, en señal de acción de gracias, y repetimos con toda la emoción de que somos capaces, ¡VIVA CHILE!¹⁷

En las páginas de *Universitarios del Sur* las propuestas del aprismo ocuparon una parte de los debates y preocupaciones estudiantiles. Una de las iniciativas, celebrada por los redactores de la revista, fue la celebración del «Día indoamericano», iniciativa de un grupo de estudiantes peruanos, bolivianos y colombianos:

Es por demás sabido que la fraternidad Indoamericana tiene su explicación, hoy más que nunca, en las necesidades económicamente federativas de nuestros pueblos, frente al enorme desborde del capital extranjero, que hacen de nuestras fuerzas activas, un elemento pasivo al servicio de sus grandes intereses. Pero lo que nos interesa en el Momento (sic) es el proceso histórico de la emancipación de nuestros pueblos, en lo que de episódico tuvo el proceso en sí, con sus importantes conclusiones¹⁸.

Así, la emancipación continental había sido un proceso de confluencia de distintas fuerzas latinoamericanas desde el norte y desde el sur en el Perú, comandados por Bolívar y San Martín respectivamente, hasta lograr la expulsión de los españoles y la «Independencia definitiva de Indoamérica». Aunque nuestro autor obvió los conflictos entre los líderes continentales, rescató la emancipación como un proceso regional que era imposible analizar individualmente. La experiencia se había repetido en 1864 cuando España había vuelto por sus fueros a tratar de imponer su dominio

¹⁷ « Interesante reunión celebró ayer en el local de la FEC», *Universitarios del Sur* 6, p. 11.

¹⁸ «El día indoamericano». *Universitarios del Sur* 6, p. 10.

imperial en las costas del Perú y Chile, que se habrían defendido unidos de la agresión. La «intimidación» de este proceso histórico era lo que los jóvenes debían entender que residía en no hacer distinciones entre países del centro o del sur de América sino en reaccionar juntos ante la presencia del peligro común que constituía el imperialismo, es decir, defender juntos la nueva emancipación¹⁹.

La reflexión y el debate indoamericanista no se quedaron allí. Las preocupaciones sobre los temas internacionales (la «revolución española», al nazismo alemán, el fascismo italiano y la constitución rusa) fueron motivos de artículos y comentarios. En particular les preocupó la contradicción entre, por una parte, los liderazgos autoritarios y sus diversas manifestaciones —franquismo, fascismo y nazismo— y, por la otra, la democracia que propugnaban los frentes populares y las garantías constitucionales que reconocía la Carta Fundamental rusa: «Aquellos están por los caudillos, por una élite del Estado; los otros por un gobierno democrático, basado en las clases trabajadoras, es decir, en “el que trabaja debe tener participación en el gobierno”»²⁰. El autor del artículo enfrentaba el debate desde el marxismo y desde el pensamiento de Haya (cuyas reflexiones aún no se diferenciaban tajantemente de la teoría que animaba al movimiento comunista internacional) para hacer una reflexión sobre el Estado, el que si no representaba los intereses de la comunidad, en palabras del fundador del APRA «deviene yugo y no fuerza liberatriz y de resguardo». Lo que hacía atractivo el discurso de Haya para *Universitarios del Sur* era que les permitía interpretar a realidad continental sin seguir los moldes europeos:

[...] mientras que en Europa se han sucedido las diferentes etapas económicas, en nuestros países hay una deformación en nuestra economía, debido a la invasión española y al capitalismo extranjero. Imperialismo; en una palabra existe la superposición de etapas económicas. Así, mientras en Europa el Imperialismo es la última etapa del capitalismo, en Indoamérica es la primera²¹.

De esta manera las doctrinas europeas no calzaban perfectamente con la realidad continental; ello había pasado con la historia de la «Independencia política de Indoamérica». Esta había sido auspiciada por las élites locales que impulsaron la «democracia del liberalismo burgués» basada en ideas abstractas —como libertad, igualdad y fraternidad— que impusieron a la masa indígena y la mesocracia.

¹⁹ «El día indoamericano». *Universitarios del Sur* 6, p. 10.

²⁰ «Contenido social de los movimientos indoamericanos». *Universitarios del Sur* 7, p. 10. Octubre de 1936.

²¹ «Contenido social de los movimientos indoamericanos». *Universitarios del Sur* 7, p. 11. Octubre de 1936.

El proceso revolucionario francés había alimentado las mentes de algunos de los libertadores, por ello es que habían plasmado la «Declaración de los derechos del hombre» en las primeras cartas fundamentales. Sin embargo este principio fue olvidado cuando la oligarquía sucesora del poder lo aplica a la realidad social americana. Citaban al intelectual aprista peruano Alcides Spelucín, quien sostenía que la élite latinoamericana llevaba en su interior la incapacidad de realizar una revolución liberal porque era imposible que hiciera una revolución antifeudal contra sí misma. Esto se demostraba en su incapacidad de formar una burguesía propiamente tal a finales del siglo XIX, por lo que mal podría haberlo hecho al comienzo. De esta manera la asunción de una bandera liberal y democrática por la «clase feudal-criolla» había sido solo una estrategia para independizarse de la monarquía y ahora la élite hacía una alianza con el imperialismo para mantenerse en el poder.

Una nueva «trilogía abstracta», formada esta vez por «patria, raza y religión», impulsada por el fascismo entre el proletariado y la clase media europea, contaba con simpatizantes en el continente americano. Para nuestros comentaristas, el fascismo y el nazismo provenían de la pauperización que el maquinismo y la revolución industrial habían impuesto a las masas proletarias europeas; ello habría derivado en el refugio de los obreros en los sindicatos. La competencia económica e industrial entre los países europeos hacía que estos se refugiaran en el nacionalismo con tal de proteger sus mercados e industria, lo que habría culminado con la Gran Guerra de 1914. La originalmente burguesa doctrina liberal (sufragio universal, libertad de reunión, opinión y asociación) había devenido arma del proletariado. Ante la decadencia del capitalismo surgió algo que la teoría no esperaba: el ascenso de la clase media, que es llamada por el capitalismo a una alianza de carácter nacional y antidemocrático que toma como fundamento raza y religión y le denomina fascismo: el «último recurso de salvación» de la burguesía.

Al llegar el fascismo a Indoamérica se mezclaría con la realidad, en la cual el capital no era nacional sino imperialista. Cualquier intento de independencia económica sería ahogado en sangre, por lo que el intento de formar una élite estatal negaría a los trabajadores una posible intervención en él y sería un eficiente auxilio para el imperialismo²².

²² «Contenido social de los movimientos indoamericanos». *Universitarios del Sur* 7, p. 12. Octubre de 1936.

7. EL INDOAMERICANISMO EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL CHILENO

Pero si la posible influencia ideológica de las propuestas apristas no encontró espacio en el sistema político, sí lo hicieron en el movimiento estudiantil. Hacia la segunda mitad de la década, el indoamericanismo penetró en algunos sectores del movimiento estudiantil más politizado. Una comunicación de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECH, encendió la alarma ante el creciente número de estudiantes latinoamericanos llegados al país que no tenían las condiciones mínimas de subsistencia y buscó generar una política de recepción: «que, a la vez de protegerles de las gentes inescrupulosas, les facilite un ambiente social que les favorezca la libre manifestación de su personalidad mediante charlas o conferencias, veladas». Además, tenía el objeto de crear «el espíritu de camaradería, de confraternidad» entre el estudiantado latinoamericano y chileno²³.

Uno de los espacios donde los jóvenes peruanos encontraron eco en sus inquietudes políticas e ideológicas fue la revista *Universitarios del Sur*, definida como «una revista netamente universitaria... un órgano que dé a conocer nuestras actividades, nuestros problemas». Ateniéndose a los últimos vaivenes de la organización estudiantil, trataba de proyectar un afán independiente, pluralista y abierto a las reacciones de sus posibles lectores: «Y sobre todo reflejaremos en cada número los múltiples problemas que a diario se presentan a la muchachada universitaria. Trataremos de ser el portavoz de sus aspiraciones y de sus luchas, sin abanderizarnos con grupos determinados [...] en cada número próximo iremos mejorando nuestro material de lectura a gusto de nuestros lectores. Agradeceremos cualquier insinuación que tienda a mejorar nuestra revista»²⁴.

Desde el comienzo estos estudiantes de medicina demostraron sólidos lazos con las autoridades universitarias: en el avisaje, que financiaba los costos de la publicación, aparecía la revista *Atenea* como uno de sus auspiciadores importantes, junto a una serie de prestigiosas tiendas de confección, modestas farmacias, sencillas zapaterías, librerías, laboratorios dentales y cafés de la ciudad. Desconocemos el tiraje de los ocho números que se publicaron entre abril de 1935 y junio de 1937, que completaron alrededor de 240 páginas de editoriales, artículos, comentarios, crónicas, poemas y avisos, impresos en los Talleres Gráficos Salesianos. Las secciones de la revista daban cuenta de la diversidad de intereses del movimiento estudiantil. Las primeras páginas eran ocupadas por la editorial, que en el primer número incluyó un notable artículo en el que se hacía un análisis de la historia de la Escuela de Medicina²⁵.

²³ «Hogar para los universitarios extranjeros en Santiago». *La Opinión*, 7 de abril de 1936, p. 7.

²⁴ «Once años. Toque de llamada». *Universitarios del Sur* 1, 26 de abril de 1935, p. 3.

²⁵ A. Santa Cruz, «Hace 16 años». *Universitarios del Sur* 1, 26 de abril de 1935, p. 4.

Otro artículo, de carácter reivindicativo, cerraba la sección editorial: denunciaba el exorbitante precio de los libros de estudio, elevado por la devaluación del peso chileno. La sección literaria incluía artículos sobre algún escritor famoso. En el primer número publicaron uno sobre Gustavo Adolfo Bécquer, al que destacaron como figura romántica; además, aceptaba colaboraciones de poetas ocasionales que se cultivaban a granel entre el estudiantado. La sección científica contenía artículos sobre temas varios e innovaciones del avance del conocimiento aplicadas a la medicina; la sección musical estaba destinada tanto a promover el cultivo de la música como a la formación de un conservatorio en la universidad. Otra de las secciones permanentes era «Ajedrez universitario», que continuó más allá de la existencia de la revista que cerró sus prensas en junio de 1937²⁶. «Crónica universitaria», una sección obligada en toda revista estudiantil de la época, informaba sobre las actividades de los centros estudiantiles.

Por un extracto de «Crónica universitaria», sabemos que en 1935, después de las elecciones de ese año, el directorio del Centro de Estudiantes de Medicina estaba constituido por Luis E. Bravo P. como presidente, vicepresidente fue Hipólito Vergara, secretario Amador Awapara, y tesorero Raúl Zapata: la estructura de la organización se completaba con los estudiantes Rioja, Echañiz, Simpfendörfer y Lombardi. La composición del directorio es una muestra del carácter de la carrera y de la universidad y su composición social; en él destacan los apellidos de extranjeros como al alemán Simpfendörfer y el italiano Lombardi, al lado de otros de origen vasco como Echañiz, castellanos como Rioja y un peruano de origen palestino, Awapara. A través de esta lista aleatoria podemos ver la constitución social de la clase media penquista: familias de origen castellano y vasco (la antigua composición de la élite chilena) junto con apellidos de inmigrantes recientes: alemanes e italianos y de exiliados o jóvenes que llegaron producto del cierre de la Universidad de San Marcos, decretada por la dictadura de Sánchez Cerro²⁷.

El número de estudiantes extranjeros en la Universidad de Concepción llegó a ser importante, aunque no hemos podido determinarlo. A los estudiantes peruanos, probablemente la mayoría, se unieron bolivianos, ecuatorianos y otros. Tanta fue su influencia, que un grupo promovió la celebración del «día indoamericano». La fecha elegida fue el 1 de agosto, cercana a las fiestas patrias de varios países del continente, entre ellos Colombia, Perú y Bolivia²⁸. Asimismo, el debate ideológico

²⁶ «Sección ajedrez». *Universitarios del Sur* 8, p. 49. Junio de 1937.

²⁷ «Crónica Universitaria». *Universitarios del Sur* 1, pp. 21-24. 26 de abril de 1935. Cfr. «Sobresalientes relieves alcanzó ayer el acto académico en la Escuela de Ciencia Jurídicas y Sociales». *El Sur*, 2 de abril de 1935, p. 6.

²⁸ «El día indoamericano». *Universitarios del Sur* 6. Agosto de 1936.

puso en el centro de la discusión los postulados apristas y el antiimperialismo, debate que también fue iluminado por la contribución intelectual de Luis Alberto Sánchez.

Pero el evento más importante que nos permite ver tanto la propagación del indoamericanismo como la fuerza que logró el aprismo en el movimiento estudiantil chileno, fue el Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Santiago, celebrado entre fines de setiembre y principios de octubre de 1937 (Moraga Valle, 2012). Convocado «no solo con el objeto de estrechar vínculos de toda índole, sino también para definir la posición del estudiantado ante los actuales problemas sociales, políticos y económicos que vive Indoamérica». Asistieron delegaciones de Argentina, Bolivia, Perú, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Ecuador, Puerto Rico y Venezuela. Paralelamente, entre las juventudes políticas chilenas fue el momento de fuertes tensiones entre las juventudes del Frente Popular, FJS y FJC.

Era, pese a lo anterior, un ambiente propicio para el ideario indoamericano: en la inauguración un mensaje de Haya de la Torre fue ovacionado por los asistentes. La misiva aconsejaba a los jóvenes persistir en la lucha antiimperialista y en sus reivindicaciones gremiales. El líder peruano, el aprista costarricense Joaquín García Monje, el comunista brasileño Luis Carlos Prestes y el puertorriqueño Pedro Albizú Campos fueron propuestos para la presidencia de honor del evento. Luis Alberto Sánchez intervino con estas palabras: «...que de este primer Congreso Latinoamericano habrá de salir el verdadero postulado que servirá de cartabón a los estudiantes indoamericanos para lograr junto con el pueblo el afianzamiento de las libertades democráticas y la cultura». El joven Walter Blanco, presidente de la delegación chilena y jefe de la Brigada Socialista Universitaria, manifestó:

Nuestra América, foco interminable de tiranías, de dictadores que son simples marionetas de los imperialismos y fascismos, se debate también en un caos de reacción y barbarie. El destino histórico del continente está decidiéndose. Esta decisión necesita nuestra acción y es por esto que yo, en este instante solemne, determinante en el futuro de Indoamérica, invoco a ustedes hermanos de pueblo, la sinceridad, la esperanza, la fe en el mañana. Nosotros tenemos, en fin, la responsabilidad histórica de nuestro continente... Solo las juventudes populares unificadas en un enorme frente americano podrán detener la guerra fratricida (Blanco, 1937).

Como ningún otro, el evento estudiantil de Santiago fue la máxima expresión de la unidad continental entre el movimiento estudiantil. También fue el de máximo acercamiento entre los jóvenes exiliados peruanos y chilenos y, por extensión, entre las sociedades de ambos países.

8. CONCLUSIONES Y UN COLOFÓN

La etapa que hemos analizado probablemente sea única en la historia de ambos países en cuanto a cercanía no de sus gobiernos, sino de sectores de la sociedad que, contra el clima que había imperado producto de la guerra y los conflictos limítrofes, buscaron estrechar lazos de amistad y colaboración política y cultural. En nuestro análisis privilegiamos las acciones que emprendieron políticos e intelectuales de ambos países, mayoritariamente de izquierda, que desarrollaron una fuerte lucha para sacar a la oligarquía del poder y democratizar sus respectivas sociedades.

Pese al carácter introductorio de este estudio, a través de estas líneas pudimos ver que, contra lo que se podría pensar, las relaciones entre ambos países fueron mucho más fluidas y estrechas de lo que sospecha. Muchas veces el contacto, las comunicaciones y la colaboración entre personajes o entre organizaciones políticas e intelectuales de ambas sociedades, logró imponerse a las dictaduras de la época, pasar controles policiales y saltar prejuicios políticos e históricos para tejer confraternidades, camaraderías y complicidades que forjaron profundas amistades que se impusieron, incluso, a los giros políticos de los personajes que estudiamos. ¿Cómo inició todo este proceso?

Una conversación entre la poetisa Gabriela Mistral y el joven Haya de la Torre en 1922, durante la visita de éste a Chile —oportunidad en la que labraron una amistad de muchos años—, fue reproducida por Luis Alberto Sánchez con estas palabras:

...a pesar de la demagogia antiperuana. La mocedad prorrumpió, un día, en el grito de «¡Viva el Perú!» Gabriela Mistral, emocionada por todo aquello, comentó con Víctor Raúl:

Temo mucho que usted, como otros peruanos, no conserve ni refleje el recuerdo fiel de su permanencia en Chile...

Haya se quedó pensativo y luego respondió:

Comprendo su duda, Gabriela, pero es que «los otros», a quienes usted se refiere, no conocieron, sin duda, al Chile nuevo, ni los sacrificios cruentos de su estudiantado, ni los holocaustos de su obrerismo, ni a los hombres que como Santiago Labarca, Vicuña Fuentes, Paulino Alfonso, Carlos Lagarrigue, José Novoa Orellana y usted, Gabriela, trabajan por renovar el pesado ambiente de rencores y odios suicidas (Sánchez, 1979, p. 78).

BIBLIOGRAFÍA

- Beigel, Fernanda (2003). *El itinerario y la brújula*. Buenos Aires: Biblos.
- Beigel, Fernanda (2006). *La epopeya de una generación y una revista: las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- Blanco, Walter (1937). Las tareas de la juventud revolucionaria. *Barricada*, primera quincena de octubre, 2.
- Chamudes, Marcos (1965). *Chile. Una advertencia americana*. Santiago: PEC.
- Charlín, Carlos (1972). *Del avión rojo a la república socialista*. Santiago: Quimantú.
- Déllano, Luis Enrique (1944). *Latarria*. México, DF: Secretaría de Educación Pública.
- Eyzaguirre, Jaime (1965). *O'Higgins*. Santiago: Zig-Zag.
- Flores Galindo, Alberto (1980). *La agonía de Mariátegui: la polémica con la Komintern*. Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Lemur López, Encarnación (2007). El exilio republicano español en Chile. En Dolores Pla Brugat (ed.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*. México: INM.
- Liendo, Humberto (1936). Más allá de la reforma universitaria. *Universitarios del Sur*, 7.
- Mar, Serafín del (1930). Cuento de niños pobres. *Letras*, 18.
- Mariátegui, José Carlos (1928). Joaquín Eduards Bello. *Amauta*, 19.
- Mazo, Gabriel del (1968). *La reforma universitaria*. Lima: UNMSM.
- Moraga Valle, Fabio (2007). «Muchachos casi silvestres». *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago: Universidad de Chile.
- Moraga Valle, Fabio (2009). ¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933). *Histórica XXXIII*(2), 109-156.
- Moraga Valle, Fabio (2012). El Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Santiago. Anti-imperialismo e indomericanismo en el movimiento estudiantil chileno, 1935-1940. *Historia Crítica*, 46, 187-213.
- Moraga Valle, Fabio (2013). *Simultáneo y unimúltiple. Una biografía intelectual de José Domingo Gómez Rojas*. Santiago: Ariadna.
- Ravines, Eudocio (1981). *La gran estafa. La penetración del Kremlin en Iberoamérica*. México: Diana.
- Rebeco, Juan M. (2006). Influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile. En *Vida y obra. Víctor Raúl Haya de la Torre. II Concurso Latinoamericano de Ensayo* (pp. 62-65). Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.

- Rojas Giménez, Alberto (1930). Nombre de una escritora. *Letras*, 18.
- Sánchez, Luis Alberto (1925). Vicuña Mackenna juzgado en el Perú. *Atenea*, 9, 56-58.
- Sánchez, Luis Alberto (1975). *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena, 1930-1970*. Lima: Editoriales Unidas.
- Sánchez, Luis Alberto (1979). *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*. Lima: Enrique Delgado Valenzuela.
- Sobrevilla, David (comp.) (2004). *Escritos peruanos por Francisco Bilbao*. Lima: Universitaria.
- Tarcus, Horacio (2001). *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El Cielo Por Asalto.
- Varas, José Miguel (1991). *Chacón*. Santiago: LOM.
- Vicuña Fuentes, Carlos (1921). *La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica*. Santiago: Selecta.
- Villanueva, Armando & Guillermo Thorndike (2004). *La gran persecución, 1932-1956*. Lima: Epena.
- Waiss Band, Óscar (1986). *Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970*. Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende.

**EN LA REBELDÍA HERMANOS: CONFLUENCIAS PERUANO-CHILENAS
EN LAS LUCHAS SOCIOPOLÍTICAS LATINOAMERICANAS
(SIGLOS XIX Y XX)**

Hugo Vallenias

*Cuándo será ese cuándo, señor fiscal,
Que la América sea solo un pilar,
Cuándo será ese cuándo, señor fiscal.
Solo un pilar, ¡ay, sí! y una bandera,
Que terminen los líos en las fronteras.
Por un puñado de tierra, no quiero guerras.*

Violeta Parra, «Los pueblos americanos», en *La carpa de la reina*, 1966.

PREÁMBULO: DOS SIGLOS (Y ALGO MÁS) DE ENCUENTROS DE REBELDÍA

Los mejores momentos de amistad y colaboración entre peruanos y chilenos han tenido como protagonistas a las juventudes rebeldes de ambos países, y ocurrieron cuando la libertad estuvo restringida o amenazada en alguna de las dos naciones. «Tumba serás de los libres o el asilo contra la opresión», dice el himno nacional chileno. Esta función la cumplió tanto Chile como el Perú, según la situación política, para varias generaciones de inconformes y conspiradores que se dieron la mano desde uno y otro lado de la frontera peruano-chilena, por lo menos desde fines del siglo XVIII.

La lista de encuentros ha sido tan larga como fructífera, aunque falta todavía una investigación histórica que haga la justicia debida a los esfuerzos más notables. Los datos están registrados en las formas más variadas. En capítulos especiales de los tratados de historia cercanos al recuerdo de los hechos; en libros de memorias de quienes vivieron esos encuentros; en breves notas de pie de página en las compilaciones de cartas y documentos oficiales de los personajes notables; y finalmente —en forma deformada o entre líneas— en los textos de los detractores de tales expresiones de rebeldía.

Desde fines del siglo VIII se dieron la mano —y en algunos casos cruzaron la frontera juntos— jóvenes librepensadores anticlericales, republicanos defensores de la supremacía del poder legislativo sobre el poder ejecutivo, constitucionalistas opuestos al militarismo, arielistas paladines de la educación pública gratuita y laica, reformistas universitarios promotores de las universidades populares, ácratas mutualistas y ácratas sindicalistas, populistas y socialistas indoamericanistas, comunistas ortodoxos y disidentes, existencialistas, neomarxistas y hasta nihilistas postmodernos descontentos con la globalización. Y la lista seguirá incrementándose. De todos ellos han quedado, quedan y quedarán testimonios, obra intelectual e interesantes ejemplos de vida.

Este azar político de rebeldía tuvo y tiene muchos puntos de contacto con las peripecias de narradores y poetas. Cada generación de jóvenes radicales tuvo sus aedos y sus trovadores. Peruanos y chilenos románticos, modernistas, surrealistas, indigenistas, minimalistas, cómplices del *boom* literario latinoamericano, neofolclóricos e iconoclastas postmodernos también se dieron la mano siguiendo sus propias reglas, la principal de ellas la solidaridad frente a la incompreensión o la ingratitud. Destacan en esta relación de camaradería literaria, entre muchos nombres ilustres, José Santos Chocano y Fernando Santiván, Ciro Alegría y Gabriela Mistral, Luis Alberto Sánchez y Pablo Neruda, Francisco Bendezú y Juvencio Valle, Juan Cristóbal y Jorge Teillier.

¿Hubo algún pensamiento o sentimiento común en todos estos encuentros? Si se mira hacia el pasado es imposible, para peruanos y chilenos, no verse como parte de un mismo tronco familiar y si se trata de otear el futuro es imposible no sentirse parte de un destino común, aunque en algunos casos sea a regañadientes. Ambos países se emanciparon del poder colonial español y nacieron como repúblicas bajo un mismo ideario y al amparo de los mismos caudillos. Sin duda ese nexo familiar ofrece la base para que puedan darse momentos de especial colaboración entre unos y otros. Sin embargo, ¿por qué no ocurre lo mismo entre los políticos e intelectuales moderados o conservadores peruanos y chilenos?

¿Por qué en 1920, contra la «guerra de don Ladislao» (ficticia alarma de guerra contra Perú y Bolivia del ministro Ladislao Errázuriz, que sirvió de pretexto para imponer el estado de sitio en Chile), no ofrecieron el pecho los políticos bien establecidos sino los obreros y los estudiantes revolucionarios? Entre estos últimos estuvo un joven poeta anarquista santiaguino, José Domingo Gómez Rojas (1896-1920), autor de *Rebeldías líricas* (1913), quien murió en un hospital tras sufrir hambre y abusos. Este joven poeta escribió durante su agónica detención su recordado poema «Protestas de piedad», donde podemos leer:

*En esta Cárcel donde los hombres me trajeron,
en donde la injusticia de una ley nos encierra:
he pensado en tumbas en donde se pudrieron
magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra
[...]*

*Quisieron sobre el polvo que pisaron, villanos,
ayudar al Demonio que sanciona a los muertos
por mandato divino y en vez de ser humanos
enredaron la urdimbre de todos los entuertos.
[...]*

*Y pienso que algún día sobre la faz del mundo
una justicia nueva romperá viejas normas
y un futuro inefable, justiciero y profundo
imprimirá a la vida nuevas rutas y formas.
[...]*

*Todo es nostalgia, Madre, y en esta Cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa y sueña, y canta por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande (Moraga Valle, 2007)¹.*

¿Por qué no fue un diplomático, un ministro o un militar de alta graduación sino un joven universitario, presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, el trujillano Víctor Raúl Haya de la Torre, el que en 1922 visitó Chile proponiendo la fraternidad y la paz, protestó en 1923 en defensa de la libertad de cultos y fue acusado de ser «agente chileno» y por tanto «enemigo de la patria», perseguido durante meses y finalmente detenido sin proceso y desterrado? Durante la severa clandestinidad que vivió entre mayo y octubre de 1923, Haya de la Torre publicó un folleto titulado «Dos cartas de Haya de la Torre», donde podemos leer:

Sobre los estudiantes y obreros que hemos sabido enfrentarnos sin temores a la torva reacción político-clerical [...] se ha desencadenado la misma campaña difamadora de todas las épocas. [...] Contra mí la labor ha sido y es empeñosa. Se trata de demostrar que yo he pedido auxilio a Chile contra el Perú o cosa parecida. Se quiere decir que estoy en inconfesables relaciones con los 'eternos enemigos de la patria'. [...] Pero esta vez, el pueblo y la opinión serena rechazan ya la torpe añagaza. [...] Los estudiantes y los obreros organizados constituyen falanges generosas en lucha abierta contra todo su elemento nacional viejo, burgués y encanallado

¹ Ver también: <http://marioartigas.blogspot.com/2010/10/jose-domingo-gomez-rojas-homenaje.html>

que representan los políticos, el clero, la prensa grande y el ejército, sombrío con-tubernio de la clase opresora. La nueva generación chilena, rebelde, también ha sido allá acusada muchas veces en otros tiempos por el gobierno y la prensa conservadora de vendida el 'oro peruano' y en la defensa de sus ideales revolucionarios ha soportado heroica la persecución y la muerte. Ante el problema internacional con el Perú no ha ocultado tampoco sus votos justicieros. Carlos Vicuña Fuentes es un ejemplo vivo y fuerte. Tal juventud no es pues indigna de la nueva América (Haya de la Torre, 1923, pp. 7-8).

La alusión a Carlos Vicuña Fuentes (1886-1977), entonces joven líder del Partido Radical y profesor de liceo en Santiago, vale la pena detallarla. Sufrió prisión y destierro luego de participar en las protestas contra la «guerra de don Ladislao» y publicar un testimonio desafiante, *La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica* (1921). En el folleto *Dos cartas de Haya de la Torre* (1923), el autor apunta en la contratapa: «En Chile, a Carlos Vicuña Fuentes, por sostener la libertad de opinar, se le acusó también de vendido a los peruanos y el gobierno de Sanfuentes le persiguió y le ultrajó» (Haya de la Torre, 1923, p. 28).

Vistos estos breves ejemplos vale la pena preguntarse: ¿por qué esa fraternidad especial peruano-chilena es un privilegio de radicales y rebeldes, incluso de héroes y mártires? ¿Será quizás que el nacimiento de ambos países y la idea de la complementariedad binacional y la integración continental tuvieron también de cara a la historia un sentido revolucionario? ¿Quizás el viejo ideal de la gran patria continental del siglo XIX de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Francisco de Miranda, Andrés Bello y Simón Bolívar sigue siendo un tema no apto para conservadores?

Adelantando una respuesta, debemos señalar que es un hecho cierto y confirmado a lo largo de algo más de dos siglos que la proximidad y complicidad entre las juventudes de Perú y Chile se tradujo en una intensa actividad política cuando los rebeldes de uno y otro lado de la frontera se sintieron involucrados en una tarea común o una estrategia política coincidente, que hacía superfluas las fronteras. Cumpliendo esa tarea común siempre estuvo presente la idea de la unión americana fundida con los anhelos de la justicia social.

1. JUAN EGAÑA Y LOS REBELDES REPUBLICANOS DEL *MERCURIO PERUANO*

Quizás debemos los primeros contactos entre jóvenes rebeldes peruanos y chilenos a la antigua Sociedad Académica de Amantes del País, con sede en Lima, fundada por el ariqueño Hipólito Unanue y Pavón (1755-1833), cuya revista *Mercurio Peruano* (1791-1794) sorteó la censura mediante calculadas lisonjas al poder virreinal con el

fin de cumplir su verdadero propósito: difundir eruditas disertaciones librepensadoras y científicas entre los universitarios de toda América Hispánica. R. J. Shafer (1958) ha estudiado el ahínco puesto por los *Amantes* para la toma de contacto con gente estudiosa, sobre todo joven, de diversos países y cita un comentario elocuente de Unanue: «En solo un año hemos visto confirmados nuestros desvelos [...] Santa Fe, La Habana, Quito, progresivamente han adoptado nuestro pensamiento. [...] Ojalá la benéfica influencia de la literatura que se ha comenzado a experimentar, extienda sus progresos por todas las demás ciudades cultas del continente» (Shafer, 1958, p. 167), refiriéndose a Santiago, La Paz y Buenos Aires.

Los Amantes del País desarrollaron una red de correspondencias en toda Hispanoamérica, por una parte para ampliar la cobertura y la procedencia de las colaboraciones de la revista *Mercurio Peruano* y por otra para poder difundir literatura prohibida por los virreyes. En 1785 el virrey Teodoro de Croix había impuesto la censura previa de la Santa Inquisición a la producción intelectual académica y la prohibición del ingreso y difusión de libros y periódicos extranjeros, sobre todo franceses, ingleses y de los Estados Unidos de Norte América. En 1796 el virrey Ambrosio O'Higgins añadió a esta prohibición que los infractores serían tratados como perturbadores públicos.

Según Felipe Barreda Laos (1937), «A despecho de las persecuciones implacables y de las persecuciones crueles, los libros prohibidos penetraron en la Colonia» (p. 315). Y señala como uno de los más audaces difusores de Rousseau, Voltaire, Montesquieu y Thomas Payne a otro fundador de Sociedad Académica de Amantes del País, el ilustradísimo limeño José Baquijano y Carrillo (1751-1817), quien trajo de contrabando una nutrida biblioteca de libros prohibidos y difundía transcripciones y traducciones entre sus alumnos de la Universidad de San Marcos y del Convictorio de San Carlos. Uno de los libros difundidos por Baquijano y Carrillo fue la obra del escocés William Robertson (1721-1793) *Historia de la América* (1777), prohibida severamente en tiempos del virrey Guirior «por real orden del 23 diciembre de 1778 dirigida a todas las autoridades de América» (p. 314). El motivo de medida tan drástica eran los comentarios anticlericales de Robertson, por ejemplo: «El tribunal de la Inquisición [...] en todas partes en donde está establecido retarda necesariamente el espíritu de investigación y el progreso de las ciencias» (Robertson, 1840, I, p. 267). Organizar en forma clandestina la traducción, transcripción y difusión por entregas de esta voluminosa obra fue sin duda una tarea titánica.

Moderación cortesana en la forma y severidad republicana en las redes privadas. Tal era el *modus operandi* de los editores del *Mercurio Peruano*. Su actividad produjo en todo el territorio dominado por España una importante corriente juvenil

de pensamiento que tuvo un palpitar común en favor de la emancipación y la unidad continental.

Uno de estos jóvenes, un esmerado discípulo de Baquíjano, el limeño Juan Egaña Risco (1769-1836) se trasladó a Chile en 1789, apenas concluyó sus estudios como bachiller de cánones y leyes en la Universidad de San Marcos. Allí fue un gran promotor de la red de corresponsales de la revista *Mercurio Peruano* y de los vínculos culturales y fraternos entre su *alma mater* y la universidad San Felipe de Santiago de Chile. Logró participar en las tertulias de la ilustrada esposa del gobernador español Luis Muñoz de Guzmán y se arriesgó a formar círculos de estudio y discusión de las nuevas ideas al estilo de la Sociedad de Amantes del País.

Enfrentando con valor reveses y arbitrariedades, Egaña escribió en esos días de juventud *Proporciones de Chile para el estudio de las ciencias* (1804), estudio interpretativo de la realidad cultural del país que seguía el modelo de análisis propuesto por el *Mercurio Peruano* en favor de una educación científica laica. Otro escrito notable de Egaña de esos días es *Sobre la decadencia de las ciencias, y en especial de la jurisprudencia* (1808), donde fustiga la falta de ética y civismo de la abogacía bajo el sistema colonial: «Hacemos servil y mercenaria la más libre y la más noble de las profesiones, y la ejecutamos no de un modo honrado y virtuoso sino que muchas veces adoptamos empresas que nos deshonoran, vendemos nuestra reputación y hacemos negocio de nuestra gloria» (Silva Castro, 1959, p. 23).

Juan Egaña (no debe ser confundido con José María de Egaña) formó parte de aquella juventud de gran entereza moral que lo arriesgó todo por la libertad de pensamiento y las ideas republicanas cuando el virreinato todavía ejercía una fuerte presión oscurantista con apoyo del tribunal de la Inquisición. Debemos a Egaña la primera iniciativa peruano-chilena de colaboración juvenil contra un enemigo superior, en este caso la intolerancia y el intento de prohibición de la libertad creativa y científica. Ni la prisión ni el destierro a zonas inhóspitas de Chile doblegaron a este apóstol de las virtudes ciudadanas. Pasadas dos décadas, el limeño Egaña llegó a ser uno de los redactores de la Constitución chilena de 1823. Ese año fue presidente del Congreso del país sureño y su hijo, otro prócer ilustre, Mariano Egaña (1793-1846), fue ministro de Relaciones Exteriores².

² Juan Egaña defendió las buenas relaciones bilaterales durante el difícil período de bicefalía peruana de 1823. Ver la carta de Luna Pizarro a Unanue del 10 de noviembre de 1823 en Tauro, 1973, p. 681.

2. FRAY CAMILO HENRÍQUEZ Y LA GRAN PATRIA AMERICANA

Coincidiendo con la aparición de la revista *Mercurio Peruano*, concluyó sus estudios eclesiásticos en Lima el joven escritor chileno José Camilo Henríquez González (1769-1825). Ingresó a la orden de Ministros de los Enfermos Agonizantes de San Camilo de Lelis, también conocida como «Orden de la Buena Muerte», y se vinculó, a través de José Cabero y Salazar (1777-1837), connotado discípulo de José Baquijano y Carrillo, con los círculos de librepensadores. Tuvo problemas con la Inquisición en 1809 por la difusión de libros prohibidos. Apenas recuperó su libertad se trasladó a Quito, donde prosiguió su rebeldía intelectual —sin abandonar los hábitos— y tomó interés por el ideal de la emancipación y la unidad de Hispanoamérica.

En setiembre de 1810, al constituirse la «Junta Conservadora de los derechos del rey de España», primer gobierno autónomo chileno, fray Camilo volvió a su país para unirse a los republicanos intransigentes. Fue autor de una célebre «Proclama de Quirino Lemáchez», del 6 de enero de 1811, donde expuso con valentía: «Único remedio seguro y eficaz, en esta grave situación, es la independencia completa de Chile, para ponerle fuera del alcance de gobiernos despóticos y arbitrarios, de ministerios venales y corrompidos y de leyes oscuras y dañosas, dictadas allende los mares sin conocimiento de las realidades del país» (Leguía y Martínez, 1972, I, p. 203).

El 1º de abril de 1811 fray Camilo estuvo presente en las acciones civiles contra el intento del oficial español Tomás de Figueroa de derrocar a la Junta. Luego fundó el primer periódico del país del sur, *Aurora de Chile*, cuyo primer número apareció el 13 de febrero de 1812, contando con el peruano Juan Egaña Risco entre sus colaboradores. El primer editorial de *Aurora de Chile*, «Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos», dio el sentido general a la publicación. Allí podemos leer: «Las partes integrantes de la nación, como gozan de unos mismos derechos, son iguales entre sí. Ninguna puede pretender superioridad sobre otra». Y añade: «No lo dudéis, la ignorancia de estos derechos conserva las cadenas de la servidumbre. Los países han gemido bajo el peso del despotismo, mientras han estado bajo el imperio de la ignorancia y la barbarie»³.

Los 58 números de *Aurora de Chile* publicados hasta abril de 1813 tuvieron ese propósito doctrinal, educativo y severamente republicano. Podían leerse con el mismo provecho en todas las naciones hermanas del continente. De hecho, *Aurora de Chile* tuvo muchos suscriptores en Lima, Quito, La Paz y Buenos Aires, donde fray Camilo había logrado cierta celebridad literaria desde sus años mozos. Una de sus obras de teatro, *La Camila ó La patriota de Sud-América*, escrita antes de su regreso a Chile (pero publicada en 1817), anticipó el concepto de la gran patria americana.

³ Ver facsímil: <http://www.auroradechile.cl/newtenberg/facsimil/1313/article-28876.html>

Merece un homenaje especial su célebre «Catecismo de los patriotas» de 1813. A simple vista podría parecer un texto férreamente relacionado con la política doméstica chilena. Pero no es así. Es un mensaje al continente entero, cuyo primer párrafo considera a Chile una familia «entre tantas» que integran la patria llamada América. Allí leemos:

¿Qué es un patriota? El amigo de la América y de la libertad. [...] Debemos amar a la Patria más que a nuestra familia, que es una entre tantas. El interés personal está unido al bien de la Patria, porque cada ciudadano participa de la felicidad y gloria de la Patria. [...] La libertad civil consiste en que la ley sea igual para todos, en que todos sean iguales delante de la ley, y solo sean superiores de los ciudadanos los que han sido elegidos para mandarlos por la elección libre de los mismos ciudadanos, o de sus representantes libremente nombrados por ellos. Donde hay libertad civil, todos están igualmente sujetos al Gobierno; y el Gobierno está sujeto a la ley. La libertad civil es la observancia de los derechos del ciudadano. La libertad nacional es la observancia de los derechos del hombre (Téllez Yáñez, 1945, pp. 84-85)⁴.

3. LOS HERMANOS BILBAO Y LA SOCIEDAD DE LA IGUALDAD

Otro caso importante de colaboración entre rebeldes de Perú y Chile es el de los hijos del político liberal chileno Rafael Bilbao Beyner, quien tuvo que dejar su país en 1829 tras el golpe de Estado del general José Joaquín Prieto. Bilbao Beyner estuvo exiliado en Lima hasta 1839 y sus hijos, Francisco Bilbao Barquín (1823-1865) y Manuel Bilbao Barquín (1827-1895), destinados a un lugar importante en la política y las letras de Chile, recibieron la educación básica en el Perú, en medio del ir y venir de los conspiradores amigos de su padre.

De regreso en Chile, Francisco de Bilbao pronto destacó como ideólogo y líder político. Promovió la revista anticlerical *El Crepúsculo* y publicó un libro con críticas acerbas a las costumbres y el modo de pensar de los poderosos de su país, *Sociabilidad chilena* (1844). Se vio obligado a emigrar y tuvo la oportunidad de viajar a Europa, donde tomó contacto con los revolucionarios franceses de 1848. Nuevamente en Chile, publicó el periódico *El Amigo del Pueblo* y fundó la Sociedad de la Igualdad, partido de rasgos jacobinos, junto con su hermano Manuel y con escritores rebeldes como José Victorino Lastarria (autor de *Don Guillermo*, la primera novela chilena) y Eusebio Lillo (autor de la letra actual de la canción nacional de Chile). Los igualitarios, bajo la dirección de Bilbao, empezaron a realizar manifestaciones contra el gobierno conservador del general Manuel Bulnes Prieto y su intento de imponer

⁴ Ver también: <http://patriaandina.blogspot.com/2013/01/catecismo-de-los-patriotas-la-patria-es.html>

como sucesor a su ministro Manuel Montt. «La Sociedad de la Igualdad se convirtió en el centro del movimiento contra el candidato del gobierno y su presión fue elevándose con temible violencia», reseña el historiador chileno Luis Galdames (1941, p. 287). Al final del año 1850 la Sociedad fue declarada disuelta por el gobierno y el 20 de abril de 1851 formó parte de una conspiración armada contra el gobierno.

A mediados de 1851 los hermanos Bilbao volvieron al Perú como refugiados políticos y residieron en Lima hasta 1855. Organizaron una red clandestina de comunicación con Chile (dirigida por José Victorino Lastarria) y se relacionaron con los jóvenes poetas e intelectuales románticos, como Manuel Nicolás Corpancho y José Arnaldo Márquez. La bohemia limeña les brindó cálida amistad. Francisco publicó en Lima *Santa Rosa de Lima* (1852), una visión crítica de la devoción religiosa de la santa; *La revolución en Chile y los mensajes del concripto* (1853), dando difusión continental a sus puntos de vista sobre política chilena y *El gobierno de la libertad* (1854), que resume sus principios republicanos radicales. Manuel Bilbao publicó *El inquisidor mayor, historia de unos amores* (1852), hurgando en pecadillos de frailes de la época colonial e *Historia del general Salaverry* (1853), semblanza de la vida temeraria del caudillo peruano fusilado en 1836 en Arequipa a los treinta años de edad.

También estudiaron a fondo la experiencia reciente de la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) y el voluminoso archivo del gobierno bolivariano (1824-1826). Esa investigación permitió a Francisco Bilbao ahondar su convicción unionista continental. Desterrados nuevamente de Perú a Ecuador, Francisco pudo viajar a Europa y puso en marcha el atrevido proyecto de convocar a un congreso de repúblicas que unificaría no solo a la antigua América Hispana sino a México, América Central, el Caribe y toda América del Sur bajo el concepto de *América Latina*.

Este texto, llamado «Iniciativa de la América, idea de un Congreso federal de las repúblicas americanas», firmado en París el 22 de junio de 1856, inauguró el concepto unionista más amplio y la denominación territorial que hoy todos compartimos: América Latina. En ese documento Francisco Bilbao dejó para la posteridad líneas admirables:

Uno es nuestro origen y vivimos separados. Uno mismo nuestro bello idioma y no nos hablamos. Tenemos un mismo principio y buscamos aislados el mismo fin. Sentimos el mismo mal y no unimos nuestras fuerzas para conjurarlo. Columbramos idéntica esperanza y nos volvemos las espaldas para alcanzarla, tenemos el mismo deber y no nos asociamos para cumplirlo. [...] ¿Qué queremos? Libertad y unión. Libertad sin unión es anarquía. Unión sin libertad es despotismo. La libertad y la unión será la Confederación de las Repúblicas (Bilbao, 1866, I, p. 298, 304).

Los hermanos Bilbao representaron una fuerte voz de rebeldía y hermandad entre los países andinos, donde siempre tuvieron adherentes y colaboradores. «El impacto de Bilbao fue decisivo en su país y aun en Perú y Argentina. Si no se le considera un escritor romántico, es sin duda un héroe romántico, deja una estela de tal», comenta Luis Alberto Sánchez (1973, II, p. 275).

4. LOS REFORMISTAS UNIVERSITARIOS DE LA DÉCADA DE 1920

Un esfuerzo especial de fraternidad continental ocurrió en las décadas de 1920 y 1930. Tuvo como protagonista a la generación reformista universitaria estimulada por el «grito de Córdoba» de junio de 1918. En julio de 1919 se inició el movimiento por la reforma universitaria en Perú, lográndose una nueva ley ese mismo año. En Chile en cambio, la lucha terminó en tragedia el 21 de julio de 1920, cuando el presidente Juan Luis Sanfuentes y su ministro Ladislao Errázuriz —como hemos referido al inicio de este ensayo— urdieron una presunta amenaza de guerra de Perú y Bolivia y acusaron a la federación universitaria de estar «vendida al oro peruano». Tropas y atacantes fanatizados causaron destrozos en la sede universitaria de la calle Ahumada 74 y muchos estudiantes fueron heridos, apresados y expulsados. Un buen número de ellos vino a proseguir sus estudios en Perú, mientras la federación recomponía sus fuerzas.

Las relaciones diplomáticas entre Perú y Chile tomaban un rumbo incierto por la reclamación de las provincias peruanas de Tacna y Arica retenidas por Chile al concluir la Guerra del Pacífico. En respuesta, en enero de 1921, los estudiantes organizados de Perú, Chile y Argentina decidieron dar un ejemplo de hermandad continental firmando un pacto de mutua colaboración y compromiso con los ideales sociales de la reforma universitaria. Lo suscribieron Víctor Raúl Haya de la Torre, presidente de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP), Gabriel del Mazo, presidente de la Federación Universitaria Argentina (FUA) y Alfredo de María, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) (Murillo, 1976, p. 39).

En julio de 1921, con motivo del centenario de la independencia del Perú, la FECH hizo llegar un mensaje de saludo especialmente fraterno:

Tenemos con el Perú una historia común, una historia de hermanos, en la que los actos y sentimientos de solidaridad son incontables y han sido decisivos y trascendentales. El ofuscamiento de una o dos generaciones no debe hacernos perseverar en un odio eterno y morbosos que nos está consumiendo el corazón (Mazo, 1968, II, pp. 76-77).

La FEP respondió con un homenaje a los estudiantes chilenos matriculados en Lima luego de los sucesos de julio de 1920. En el acto hicieron uso de la palabra Víctor Raúl Haya de la Torre y el estudiante chileno expulsado Enrique Matta Figueroa. Se rindió homenaje al joven poeta Domingo Gómez Rojas, mártir de la reforma universitaria chilena. Haya de la Torre destacó el sentido unionista del movimiento reformista chileno:

Lucha, como argentinos y uruguayos, como mexicanos y peruanos, porque de las universidades, que conforman principios y arquitecturan credos políticos, surjan nuevos postulados de vida colectiva y se afiancen credos de conformación social y —para la realidad de tan bella idealidad— caigan sistemas heredados y con ellos busquen su sepulcro viejas éticas circunscriptas.

Enrique Matta expresó:

Emprendamos esa lucha sosteniendo el ideal y la verdad contra la mentira y el egoísmo de los hombres que pretenden forjar nuestras individualidades en el odio, en ese odio que nada engendra, para así poder ver días más bellos, más nobles, en esa patria grande que se llama la América (Mazo, 1968, II, pp. 79-80).

Al año siguiente Haya de la Torre fortaleció este acuerdo realizando un extenso recorrido continental que incluyó visitar las universidades de Bolivia, Uruguay, Argentina y Chile. Llegó a Santiago el 22 de mayo de 1922 y permaneció dieciséis días en Chile, proponiendo la confraternidad peruano-chilena, la justicia social y el nacionalismo continental. El estudioso chileno Juan Manuel Reveco del Villar reseña que durante su visita Haya de la Torre estableció relaciones fraternas con Gabriela Mistral, Carlos Vicuña Fuentes, Juan Gandulfo, Alfredo de María, Daniel Schweitzer (presidente de la FECH 1921-1922) y Óscar Schnake (presidente de la FECH 1922-1923 y futuro fundador del Partido Socialista de Chile) (Reveco, 1992, p. 58).

5. HAYA DE LA TORRE Y LA ETAPA AURORAL DEL APRISMO (1924-1930)

Esta misma orientación fraterna hacia la juventud chilena la mantuvo Haya de la Torre al frente de las Universidades Populares González Prada (1921-1923) y al fundar su gran proyecto político continental, el APRA (Alianza Popular revolucionaria Americana), durante su exilio en México, el 7 de mayo de 1924. De esa fundación podemos recordar un enunciado muy significativo: «No solo queremos a nuestra América unida, sino también a nuestra América justa. Sabemos bien que nuestro destino

como raza y como grupo social no puede fraccionarse: formamos un gran pueblo, significamos un gran problema, constituimos una vasta esperanza»⁵.

Desde los inicios del aprismo, Víctor Raúl Haya de la Torre empleó buena parte de su esfuerzo intelectual en aproximar a los jóvenes peruanos y chilenos en torno a ideales revolucionarios en reemplazo del encono subsistente de la Guerra del Pacífico (1879-1883). Una página importante fue la «Carta al Soldado Chileno», escrita por Haya de la Torre en la etapa europea de su primer destierro y firmada «en el destierro, Londres, 1925».

El tenor de la carta es muy elocuente sobre el sentimiento que unía a los rebeldes peruanos y chilenos en las décadas de 1920 y 1930. Leamos: «¿Qué beneficio sacó el pueblo de Chile de la guerra del 79? El salitre pasó de las manos de los ricos peruanos a las manos de los ricos chilenos. Los pobres de Chile que lucharon, mataron y murieron en la guerra quedaron tan pobres como antes. Yo he visto en Santiago, en 1922, veinte mil obreros sin trabajo de las salitreras de Tarapacá, desfilando por las calles pidiendo pan. ¿Qué beneficio saca el pueblo, las clases pobres de Chile, con Tacna y Arica? Tacna y Arica solo interesa a los grandes propietarios de esas regiones, al gobierno, a los capitalistas. Ellos son los que empujan a los pueblos a luchar por Tacna y Arica». Como conclusión, Haya propone a los jóvenes soldados de los dos países:

Levanta tus armas contra la opresión y libra a tu pueblo de la tiranía. Únete a los obreros, únete a los que luchan por la justicia y por la libertad. El verdadero enemigo, tu verdadero enemigo, no es el pobre hijo del pueblo que está al otro lado de las fronteras de tu patria. El verdadero enemigo es el rico, el tirano, el explotador que oprime a tu hermano dentro de las fronteras de tu patria⁶.

Un mensaje firmado en la Universidad de Oxford el 8 de abril de 1927 define en forma sumamente elocuente la firmeza de su posición antibélica:

América Latina joven está despertando. [...] Creo además, refiriéndome a Chile, que este país tiene una de las más homogéneas, capaces y más preparadas clases trabajadoras, y que Chile proletario nos dará alguna vez una gran prueba de sus grandes virtudes. En toda América creo que los pueblos sabrán defender la causa de nuestros países, traicionada por las clases dominantes. [...] A mí me han

⁵ «Discurso de Haya de la Torre al hacer entrega a la Federación de Estudiantes de México de la bandera de la nueva generación hispano-americana el 7 de mayo de 1924» (Haya de la Torre, 1933, p. 5).

⁶ La «Carta al soldado chileno» fue escrita y publicada por Víctor Raúl Haya de la Torre en 1925, año en que el Estado peruano dio mayor énfasis al reclamo de la devolución de las provincias cautivas Tacna y Arica. La tensión creciente hacía presagiar una nueva Guerra del Pacífico. Se conserva un ejemplar impreso en los archivos del sindicalista aprista Arturo Sabroso Montoya pertenecientes a la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ver: <http://oizquierdo.blogspot.com/2012/08/carta-al-soldado-chileno-por-victor.html>

llamado eso mil veces. 'Vendido a Chile' [...] ¿Qué importa eso? En buena cuenta somos traidores al pasado, traidores a ellos, a los que oprimen y venden⁷.

¿Y según Haya de la Torre «nuestra América unida» qué debe hacer? La respuesta podemos encontrarla en una carta pública a M. F. Chavarría publicada en noviembre de 1926 en la legendaria revista costarricense *Repertorio Americano*, fundada por Joaquín García Monje. Es un comunicado con lemas y símbolos de «la APRA». Va precedido de dos emotivos llamados: «Tenemos un solo y gran enemigo formemos una sola y grande unión»; y «Trabajadores manuales e intelectuales de América: formad el frente único de la justicia». Sigue con un resumen de la primera versión que tuvo el «programa máximo continental» aprista:

Nuestros lemas: Acción conjunta de los pueblos de América: 1- Contra el imperialismo yanqui. 2- Por su unidad política. 3- Para la supresión de la explotación del hombre por el hombre, por la socialización de las industrias y el reparto de la tierra. 4- Por la internacionalización del Canal de Panamá. 5- A favor de todos los pueblos oprimidos del mundo⁸.

La hidalguía y el indudable valor de estos planteamientos rebeldes y juveniles de la etapa auroral del aprismo han sido reconocidos por los estudiosos más diversos, entre ellos por el argentino Juan Carlos Portantiero (1934-2007), quien refiere que fue gracias a esta orientación que el movimiento universitario reformista pudo dejar un legado político trascendente. Y añade:

El estudiantado que hizo la reforma construyó [...] el primer gran partido nacional-popular del continente, el APRA, y ello constituirá un hecho histórico de importancia innegable, cualquiera haya sido el desenlace posterior de Haya de la Torre y de su programa. [...] El APRA [es] el producto más legítimo de la reforma universitaria (Portantiero, 1978, p. 61, 63).

6. CHILENOS Y PERUANOS EN PERÚ Y CHILE (1934)

Un nuevo momento de fraternidad en la rebeldía ocurrió en 1934. El Partido Aprista Peruano, fundado en 1930, y el Partido Socialista chileno, fundado en 1933, compartían la misma estrategia básica de reformas sociales (retomando el ejemplo de la revolución mexicana) y el anhelo de unidad continental de cuño bolivariano. Como ya hemos visto, había vínculos de simpatía que se remontaban a la época de la reforma universitaria (1918-1923).

⁷ «Chile y Perú ante la nueva generación» (Haya de la Torre, 1977, II, p. 161).

⁸ Ver imagen respectiva: <http://oizquierdo.blogspot.com/2011/02/especial-de-la-fraternidad-algunas.html>

El Partido Aprista Peruano tuvo su prueba de fuego con la revolución de Trujillo de julio de 1932, cuyo desenlace incluyó fusilamientos de combatientes apristas y la posibilidad de la pena de muerte contra Haya de la Torre. El libro *Construyendo el aprismo* (1933), incluye un apéndice con las declaraciones y las notas de protesta en defensa de la vida del fundador del aprismo enviadas por personalidades de todo el mundo. Figura en forma destacada un mensaje de solidaridad de los intelectuales chilenos de fecha 23 de julio de 1932, firmado por Pablo Neruda, Rubén Azócar, Rafael Maluenda, Mariano Latorre, Armando Donoso, Ricardo A. Latcham y otros; un mensaje de la Agrupación Gremial de Empleados de Chile, otro de las «organizaciones manuales, intelectuales y similares de Arica» y un acuerdo de la Cámara de Diputados de Chile defendiendo la vida de Haya de la Torre del 6 de febrero de 1933 (Haya de la Torre, 1933, pp. 204 y ss).

La muerte del dictador peruano Sánchez Cerro en abril de 1933 trajo consigo un breve período de amnistía y distensión que concluyó en forma igualmente abrupta en noviembre de 1934. Mientras tanto, los socialistas chilenos, sin haber constituido su partido todavía —su primera Declaración de Principios fue del 19 de marzo de 1934— habían participado en la aventura revolucionaria del comodoro del aire Marmaduke Grove Vallejo, que solo duró diez días, en junio de 1932. El gobierno interino dispuso algunas detenciones en lugares apartados de Chile que al instalarse el nuevo gobierno en 1934 se trocaron en destierros, entre ellos el del líder socialista Óscar Schnake Vergara con destino a Lima. La presencia de Schnake motivó, como en la época de los hermanos Bilbao, que toda una red de militantes transite de un lado al otro de la frontera preparando el regreso de su líder a la jefatura partidaria. Luis Alberto Sánchez recuerda que Schnake «se alojó en una casa de pensión en la calle de Plumereros» (cuadra 3 del jirón Camaná) ubicada nada menos que «en los altos de las oficinas del diario aprista La Tribuna» (Sánchez, 1990, p. 39).

Hubo otros grupos de exiliados chilenos que, sin pertenecer a la organización socialista, también estaban implicados en las conspiraciones y poblaban los mentideros políticos de Lima. El aprismo daba la mano fraterna a todos ellos, desde el novelista y profesor Mariano Latorre con los redactores de la revista *Índice*, hasta el joven estudiante y presidente de la FECH, Leopoldo Haniez, junto con su directiva gremial. Cuando la situación política peruana cambió en forma brusca a fines de 1934, desterrados y anfitriones buscaron la forma de enfilarse hacia la frontera sur, donde el panorama empezaba a tornarse favorable a los socialistas.

Los apristas peruanos tuvieron que afrontar la «gran clandestinidad» unos y el «largo exilio» otros, entre los años 1934 y 1945. Manuel Seoane Corrales y Luis Alberto Sánchez, dos líderes prominentes del APRA exiliados en Chile, representaron un vínculo fundamental entre la intelectualidad, el periodismo y la vanguardia

cultural de los dos países. Estos lazos fraternos y de colaboración iban por todo lo alto. Incluyeron a líderes del Partido Radical como Pedro Aguirre Cerda (elegido presidente en 1938) y del Partido Socialista como Óscar Schnake y Salvador Allende (que fueron ministros de Aguirre Cerda). Seoane tuvo las puertas abiertas para cumplir una destacada labor como escritor y periodista desde la revista *Ercilla* y Luis Alberto Sánchez como catedrático en la Universidad de Chile y como editor y traductor desde Ediciones Ercilla. En torno a ellos, con apoyo de los socialistas chilenos, una activa organización de exiliadas y exiliados denunciaba a la dictadura peruana y facilitaba la entrada y salida clandestina de militantes apristas en la frontera. Fue gracias a la hospitalidad chilena y el apoyo entusiasta a los apristas que uno de estos exiliados, el escritor Ciro Alegría Bazán (1909-1967) —combatiente de la revolución de Trujillo— pudo curar su tuberculosis y publicar sus hoy laureadas novelas *Los perros hambrientos* (1935), *La serpiente de oro* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941).

En esos años el APRA fue la encarnación suprema de la rebeldía, y la juventud chilena colaboraba gustosa con su lucha antidictatorial. El aprismo llevaba sobre las sienes la aureola de heroísmo de la Revolución de Trujillo de 1932 y su jefe máximo esquivaba airoso la implacable persecución de la dictadura de Benavides desde su mítico refugio «Inkawasi» (la casa del Inca). La estela beligerante del partido del pueblo del Perú y su propuesta de unir esfuerzos para librar al continente de oligarcas y opresores convocaba juventudes y estimulaba sacrificios. Se leían con veneración libros de Haya de la Torre editados en Chile como *¿A dónde va Indoamérica?* (1935) y *El antiimperialismo y el Apra* (1936). En este último libro el fundador del aprismo formulaba para todos los países de América Latina un esquema revolucionario basado en la tesis del «Estado antiimperialista», expropiador de latifundios y empresas monopolistas extranjeras, «que realice la emancipación nacional contra el yugo imperialista y la unificación económica y política indoamericana; la revolución proletaria, socialista, vendrá después» (Haya de la Torre, 1936, p. 122).

7. MODERACIÓN DE LA REBELDÍA: EL APRISMO EN 1946

Seoane y Sánchez volvieron al Perú durante el breve interludio democrático de 1945-1948, hasta que un nuevo golpe de Estado y un nuevo período de represión contra el aprismo los hizo volver a Chile. Durante este segundo período, que concluyó en 1956, la situación de los exiliados peruanos no fue tan acogedora como la de 1934-1945. El antiguo ímpetu de rebeldía y de temperamento iconoclasta faltaba por ambos lados. Los tiempos y los protagonistas cambiaban. El APRA también cambiaba.

Durante el respiro democrático de 1945-1948, Haya de la Torre había visitado varios países de América Latina con un mensaje nuevo y ciertamente polémico. Mientras Rómulo Betancourt en Venezuela, Víctor Paz Estenssoro en Bolivia y Juan Domingo Perón en Argentina, defendían una estrategia de nacionalizaciones con sesgo autoritario y un fuerte enunciado antioligárquico y antiyanqui, Haya de la Torre proponía un entendimiento constructivo con los Estados Unidos —el «interamericanismo democrático sin imperio»— y una política de diálogo con los grupos de poder basada en el siguiente lema: «No se trata de quitar la riqueza al que la tiene sino de crear riqueza para el que no la tiene». Haya de la Torre añadía:

Nosotros no aceptamos la dictadura ni de izquierda ni de derecha, porque somos democráticos y creemos en la libertad. Que no nos digan ni nos hablen de dictaduras emancipadoras. [...] Para nosotros, la renovación social está en la entraña misma de la democracia (Haya de la Torre, 1977, V, pp. 346-347)⁹.

Haya de la Torre estuvo en Chile llevando este mensaje novedoso entre el 28 de abril y el 13 de mayo de 1946, con motivo de un Congreso Americano de Partidos Socialistas y Populares. Fue recibido con honores de Estado e invitado a dictar conferencias magistrales reuniendo en un mismo foro a los candidatos a la presidencia de Chile¹⁰. En una extensa conferencia de prensa ofrecida el día de su llegada a Santiago introdujo un concepto todavía más audaz:

El aprismo no comparte la idea romántica de la abolición del capitalismo. Hay que vivir de realidades y si el capitalismo no ha sido abolido en Europa, lo que hay que hacer es [...] adaptarlo a nuestras necesidades, evitar el abuso, hacerlo más útil a la colectividad. No creo en el imperialismo norteamericano. [...] Lo que hay o ha habido es un complejo de inferioridad de los países latinoamericanos frente a Estados Unidos (Alva Castro, 1990, p. 173).

La nueva estrategia aprista apuntaba a formar gobiernos democráticos de amplia unidad nacional (excluyendo a los partidos comunistas), con programas de acción moderados, mientras la tendencia imperante en socialistas, radicales y populistas era formar «frentes populares» o «frentes antiimperialistas» (siempre incluyendo a

⁹ «Discurso del reencuentro», 20 de mayo de 1945.

¹⁰ El fórum más importante no fue organizado por socialistas o radicales sino por la Juventud Social Católica de la Falange el 7 de mayo de 1946. Estuvieron presentes los candidatos Gabriel González Videla (Radical), Arturo Alessandri (Liberal), Eduardo Cruz Coke (Conservador), Bernardo Ibáñez Águila (Socialista) y Jaime Larraín (Agrario Laborista). Participaron líderes partidarios como Salvador Allende (Socialista), Roberto Wachholtz (Radical) y José Maza Fernández (Liberal). Ver Alva Castro, 1990, p. 41. Este libro ofrece amplia información facsimilar de la prensa de la época sobre el viaje de Haya de la Torre a Chile.

los partidos comunistas) con programas de acción más radicales. Esta última estrategia seguía la huella dejada por el Frente Popular chileno de 1937 y la Alianza Democrática chilena de 1941, en ambos casos formados por socialistas, radicales y comunistas. Bajo esta fórmula el Frente Popular chileno, reflejo del Frente Popular español, había llevado al gobierno a «Don Tinto» Pedro Aguirre Cerda entre 1938 y 1941, gran amigo de Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez. La nueva orientación del aprismo modificaba un paradigma que los partidos hermanos del APRA consideraban imposible de modificar.

Para el APRA lo fundamental era fortalecer la institucionalidad democrática, así implicara rezagar el programa de reformas. Para los socialistas chilenos lo principal era el programa de reformas, así este implicara poner en riesgo la frágil y sospechosa institucionalidad democrática. *El* mensaje prudente y constructivo del APRA ya no llamaba con vehemencia a la acción continental inmediata. Invitaba a coordinar soluciones creativas dentro de cada país y a promover la fraternidad entre democracias latinoamericanas, respetando distintos credos partidarios. La tajante consigna del pasado, «Solo el APRA salvará al Perú» era también suavizada. En el contexto chileno, el nuevo mensaje aprista lo aproximaba más a la Falange, a los conservadores y a los liberales, que a los socialistas.

La visita de Haya de la Torre convocó multitudes, pero los antiguos amigos del APRA dejaron de sentir afinidad y empatía. Esto lo vivieron Seoane y Sánchez desde el primer día de su segundo exilio chileno, en octubre de 1948. Sánchez relata que ambos habían recibido un cable del presidente González Videla en el que se mencionaba que el embajador en Lima, Francisco Urrejola, muy conocido por los apristas, tenía instrucciones de que «si Haya, Seoane o yo [LAS] solicitábamos asilo en su embajada, nos lo concediera sin titubear». Sin embargo, refiere Sánchez, «Urrejola [...] se marchó a Chosica, cortó comunicaciones con la embajada y no estuvo en casa para la coyuntura que su Presidente había previsto» (Sánchez, 1990, p. 184).

Sánchez se asiló en la embajada de Paraguay y desde allí viajó a Chile, donde vivían dos hijos suyos, ese mismo año. No tuvo facilidades para obtener trabajo permanente y tuvo que rotar dictando cursos universitarios entre México, Cuba y América Central. Seoane logró asilarse en la embajada de Brasil y desde ese país se trasladó a Chile, pero tuvo que turnar su residencia entre Chile, Argentina y Uruguay. Más adelante, restablecido el sistema constitucional en el Perú, Seoane volvió a Chile, esta vez como embajador de su país entre 1961 y 1962.

Cuando llegó el momento de volver al Perú en 1956, Manuel Seoane escribió una carta fraterna al periodista chileno Luis Hernández Parker con fecha 14 de agosto, reflexionando sobre el tiempo que estuvo en ese país. Una parte de la carta dice lo siguiente: «...Chile y Perú nacieron juntos a su emancipación, se asoman

hermanos al Pacífico, que es el mar del futuro, y tienen la misma edad en la esperanza. Nos llevamos la enseñanza de la convivencia chilena. [...] Nosotros los apristas no olvidaremos estos años, y lucharemos porque nuestros pueblos trabajen hermanados en la democracia, la paz y la justicia...». La carta fue entregada por la hija de este periodista al embajador peruano Hugo Otero en fecha reciente¹¹.

8. SEÑALES PREMONITORIAS: ALLENDE EN LIMA EN 1962 Y EL ADIÓS A MANUEL SEOANE EN 1963

La rebeldía fraterna peruano-chilena siguió modificando su identidad en la década de 1960. Un hecho simbólico fue la distancia cada vez mayor entre apristas y socialistas. Salvador Allende, varias veces ministro y candidato a presidente de su país, figura prominente del socialismo chileno a escala internacional, era un frecuente invitado de honor en los aniversarios importantes del aprismo. Pese a las diferencias crecientes, apristas y socialistas chilenos mantenían vínculos de solidaridad ante temas de interés común. Uno de estos temas era la revolución cubana.

Los apristas tenían un profundo vínculo sentimental con la gesta de Fidel Castro. Primero, por la vieja amistad con los líderes del Partido Revolucionario Cubano y el Partido del Pueblo Cubano como Eduardo Chibás, Carlos Prío Socarrás y Enrique de la Osa, de cuyas filas surgió el Movimiento 26 de Julio. Segundo, por el apoyo brindado por los apristas exiliados en México a los exiliados del M-26-7 (en ese contexto ocurre el matrimonio entre el «Che» Guevara y la dirigente aprista Hilda Gadea en 1955 en México). Tercero, por la afinidad ideológica que tuvo la revolución cubana con el aprismo antes del viraje prosoviético hecho oficial el 16 de abril de 1961 y antes de la famosa conferencia de Castro en la televisión cubana titulada «Creo absolutamente en el marxismo», del 2 de diciembre de 1961, donde proclama su militancia comunista (Castro, 1963)¹².

Durante los dos primeros años, la revolución cubana exhibió un ideario que se resumía en la búsqueda de la justicia social en democracia, en términos muy similares a los apristas. El 25 de abril de 1959, ante treinta mil personas, en su mayoría latinos, en el parque central de Nueva York, Fidel Castro expuso así la filosofía política de la revolución cubana: «Nuestra revolución practica el principio democrático, por una democracia humanista. [...] Humanismo significa justicia social con libertad y derechos humanos. [...] Gobierno del pueblo sin dictaduras y sin oligarquías; libertad con pan, sin terror; eso es humanismo» (Castro, 1959^a, pp. 24-25).

¹¹ La carta está ampliamente difundida en las redes virtuales por el estudioso Alan Salinas.

¹² Allí afirma: «Soy marxista-leninista y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida» (p. 37).

Y esto decía Fidel al pueblo cubano en mayo de 1959:

Nuestra revolución, debemos advertirlo bien claramente, no renunciará jamás a sus principios democráticos; [...] temor a dictaduras no, porque jamás implantaremos dictaduras en nuestra patria. [...] En el mundo se discuten dos concepciones: la concepción que ofrece a los pueblos democracia y los mata de hambre; y la concepción que ofrece a los pueblos pan y les suprime sus libertades; por tanto, las ideas y los fines de nuestra revolución son bien claros [...] nos hemos empeñado en establecer un régimen verdaderamente democrático y justo (Castro, 1959b).

En el viraje de la revolución cubana hacia el comunismo median otros factores, entre ellos los esfuerzos desestabilizadores de los EE UU. Y en el brusco rechazo del APRA a la revolución cubana después de 1961 median igualmente otros factores como el proceso violento en el que surgieron los grupos proguerrilleros llamados MIR o ELN de las filas del APRA, de Acción Democrática de Venezuela y del MNR boliviano¹³. Según Alberto Baeza Flores (1914-1988), escritor chileno de larga residencia en México, autor de *Haya de la Torre y la revolución constructiva de las Américas* (1962), un libro basado en entrevistas, el punto de ruptura entre aprismo y castrismo habría ocurrido el 1 de mayo de 1960, cuando en un extenso discurso, Fidel Castro se detuvo a preguntar a la multitud «Elecciones, ¿para qué?» y la gente le contestó en improvisado plebiscito: «Elecciones no. Ya votamos por Fidel».

Haya de la Torre refirió a Baeza:

Nada ha sido más infeliz para el régimen cubano de Castro que su alegación contra el sufragio. El lema de la revolución mexicana fue y es: «Sufragio efectivo, no reelección». Cuando Castro proclamó el lema de «No elecciones» o «Elecciones, ¿para qué?», se enfrentó con la tradición revolucionaria latinoamericana expresada en el lema de la revolución mexicana y con la ideología de todos los movimientos revolucionarios de Latinoamérica hechos en nombre de la libertad (Baeza Flores, 1962, p. 137).

En esa entrevista Haya de la Torre vaticinó el sometimiento de Castro al comunismo soviético y la pérdida de aceptación multitudinaria de su política interna y externa. Estuvo en lo cierto.

¹³ El MIR (Venezuela, Perú) y ELN (Colombia, Perú, Bolivia) fueron formados con logística cubana durante la segunda mitad de 1960, protagonizando fricciones y atentados contra sus partidos de origen. El MIR venezolano inició acciones terroristas en 1961. El jefe del grupo peruano, Luis de la Puente Uceda, tuvo un encuentro a tiros con sus ex compañeros en el que asesinó al militante aprista Luis Sarmiento Guiorzo el 11 de marzo de 1961. El MIR chileno surgió más tarde, de un grupo universitario expulsado del PS en enero de 1964, liderado por Miguel Enríquez.

Sin embargo, Salvador Allende y los socialistas chilenos, no obstante compartir algunas objeciones y discrepancias del aprismo con Fidel Castro, consideraban indispensable apoyarlo. Luis Alberto Sánchez recuerda a propósito un hecho que marca la ruptura entre el aprismo y Allende:

Su última presentación en el Partido Aprista fue una actuación durante la campaña electoral de 1962 que se realizó en la plaza de Chacra Ríos de Lima, con participación de Haya de la Torre. Allende, que entonces venía de Cuba, pronunció una arenga bastante demagógica y fidelcastrista; fue recibida fríamente por los asistentes. Él se dio cuenta y nos lo dijo. Por primera vez estuvo inoportuno, él que tenía la virtud de lo oportuno (Sánchez, 1990, p. 194).

Oficializado el alejamiento de Salvador Allende, ocurrió otro hecho de hondo significado simbólico. El largo período signado por el vínculo fraterno entre apristas y socialistas hermanados en la rebeldía concluyó con pesar y nostalgia, en setiembre de 1963, cuando falleció Manuel Seoane. En ese momento se desempeñaba en Washington, con rango de embajador, en un alto cargo de la Alianza para el Progreso del presidente John F. Kennedy.

El sepelio del queridísimo «Cachorro» Seoane fue uno de los más concurridos, tanto por multitudes populares como por delegaciones del exterior, sobre todo chilenas. «Ruego a Vuestra Excelencia aceptar mis sinceras condolencias y las del gobierno y pueblo de Chile por esta sensible pérdida para el Perú y los demás pueblos del Continente, a los que don Manuel prestó importantes servicios», expresó en forma oficial Jorge Alessandri, Presidente de Chile, al Presidente del Perú.

«Como político se destacó en el aspecto internacional con claros planteamientos sobre las reformas estructurales en lo económico y en lo social, que son hoy el pensamiento oficial de la OEA, CEPAL, FAO y, muy particularmente, los cimientos de la actual Alianza para el Progreso», comunicó Eduardo Frei Montalva, líder de la Democracia Cristiana de Chile. El periodista Edmundo Concha, prestigioso columnista del diario *Las Últimas Noticias*, escribió: «Cuesta creerlo. Hace tan pocos días estaba en plena actividad, dirigiendo en nuestro medio un foro sobre la Alianza para el Progreso. En esas reuniones, como en todas las que participó desde mozo, él que era un maestro para escuchar a los demás, aportaba sin reservas su cultura, su ponderación, su reconocida lucidez».

Luis Hernández Parker, conocido como Hachepé, periodista que en sus años estudiantiles fue dirigente de la Juventud Comunista y cercano amigo de Seoane, escribió en la revista *Ercilla*: «Manuel Seoane Corrales [...] no figura en el Diccionario Bibliográfico de Chile. Sin embargo, hay consenso en Santiago y en Lima de que fue el más chileno de los peruanos y el más peruano de los chilenos. Y en su carta

de condolencias el doctor Eugenio González Rojas, rector de la Universidad de Chile y militante del Partido Socialista, expresó: «Lo único bueno que tenían los golpes de fuerza en el Perú era que, periódicamente, nos enviaban a Chile a Manuel Seoane»¹⁴.

CONCLUSIÓN: LA REBELDÍA CAMBIA DE SIGNO. DE 1970 EN ADELANTE

Hemos visto que en el siglo XX este vínculo fraterno entre rebeldes peruanos y chilenos tuvo dos grandes hitos. El primero estuvo representado por la generación que hizo la reforma universitaria entre 1918 y 1923 y que al madurar dejó huella intelectual y política en la década de 1930; fue aquella que fundó, en Perú y Chile, respectivamente, el Partido Aprista y el Partido Socialista. El segundo hito, que no podemos analizar en este trabajo, lo representa la generación que se hizo madura en la década de 1970, buscando nuevos códigos revolucionarios después de la muerte del «Che» Guevara en 1967 y del efímero mayo francés de 1968. El nexo entre ambas generaciones fue Salvador Allende Gossens (1908-1973), el heroico presidente de Chile que entre 1970 y 1973 intentó una «vía pacífica» al socialismo que concluyó en tragedia. Más allá de nuestras afinidades o simpatías, es un hecho que los entretelones de esta larga amistad entre rebeldes muestra el afán de cambio que peruanos y chilenos suelen tener en común, más allá de guerras de rapiña y desacuerdos limítrofes que solo benefician a unos cuantos privilegiados.

Quizás nos urge retomar los vínculos de rebeldía allí donde se quedaron. Corresponderá a la nueva generación depurar y actualizar esos ideales en los cuales libertad, justicia social y unidad continental iban de la mano con la severa indignación y acción concreta contra toda injusticia.

¹⁴ Todas las citas pertenecen a la revista *Presente*, 94 (Lima, octubre de 1963), edición especial de homenaje a Manuel Seoane, fallecido el 10 de setiembre de ese año.

CLARIDAD

ORGANO DE LA JUVENTUD LIBRE DEL PERU

Año I.



Núm 1

Todos los espíritus libres del Perú son considerados miembros colaboradores de CLARIDAD.

DIRECTOR: V. R. HAYA DE LA TORRE

Precio: 25 cts.

Son redactores honorarios, encargados de secciones especiales:

<p>Argentina</p> <p>En Buenos Aires: Gabriel del Mazo Horacio H. Trejo Eduardo Araujo Julio H. Prebisch</p> <p>En Córdoba: Sebastián Soler Jorge Orgaz Guillermo Ahumada</p> <p>En Rosario: Gregorio Paz, Luis Di Filippo Antonio Benites</p> <p>En Tucumán: Marcelino Constenla</p> <p>En La Plata: Eduardo Lazcano</p> <p>En Santa Fe: Mauricio Boljover F. Belfer</p>	<p>Uruguay</p> <p>En Montevideo: Carlos Quijano Carlos Benvenuto Hector González Arriosa Julio Lorenzo y Leal</p> <p>México</p> <p>Carlos Pellicer Camara Cossio Villegas</p> <p>Chile</p> <p>En Santiago: Eugenio González Rojas Daniel Schweitzer Oscar Schnake Alfredo Demaría Santiago Ureta González Vera Juan Gandulfo</p> <p>Ecuador</p> <p>Pablo A. Vela</p>
---	--

Bajo los auspicios en América de:

José Ingenieros
Eugenio Debs
Jorge F. Nicolai
José de Vasconcelos
Alfonso Goldschmidt
Gregorio Berman
Carlos Vicuña Fuentes
Alberto Palcos
Ana Graves
Gabriela Mistral
Amanda Labarca
Alejandro Korn
Antonio Casso
Juan Enrique Lagarrigue

Mayo de 1923. Primer número de *Claridad*, órgano de los estudiantes reformistas y de las Universidades Populares González Prada del Perú. En el recuadro puede verse la lista de colaboradores chilenos, entre los cuales está Óscar Schnake (1899-1976) primer secretario general del Partido Socialista (1933-1939), quien estuvo exiliado en Lima en 1934 y fue huésped del APRA. Archivo de la Biblioteca Nacional del Perú.

Santiago, agosto 14 de 1956.

Querido Lucho Hernández Parker:

Gracias, Lucho, por las cordiales referencias de despedida al grupo de peruanos desterrados que hoy volvemos a la patria. Casi ocho años disfrutamos de este Chile inolvidable, asilo contra la opresión. Volvemos al Perú con nuestra fé invicta en las instituciones democráticas, seguros de que la acción de los civiles reforzará la fraternidad de nuestros pueblos, sin la sombra de rivalidades estériles. Chile y Perú nacieron juntos a su emancipación, se asoman hermanados al Pacífico, que es el mar del futuro, y tienen la misma edad en la esperanza. Nos llevamos la enseñanza de la convivencia chilena. Un observador superficial deduciría que este es el país de los descontentos. Pero la queja es el síntoma del ansia de perfección. Y como hay libertad para expresarla, en el diálogo de críticas, este pueblo encuentra esa línea central de sensatez que preserva sus instituciones y le hace progresar. Ustedes deben estar contentos de ser descontentos. Este es el fundamento psicológico de la democracia verídica que Bolívar profetizó para Chile.

Nos llevamos también la enseñanza de la hospitalidad. No solo es el paisaje de sus montañas vestidas de armiño. Ni el encanto silencioso de la noche chilena. Es la presencia del amigo chileno, generoso y cordial, que no usa candados ni en las puertas de su casa ni en las de su corazón. Nos llevamos a Chile en el alma. Ustedes ejercen un imperialismo sutil de simpatías ganadas en toda la América Morena. Miles de hombres libres, estudiantes y estudiosos, conocieron el amor de este país, de la comba azul de su cielo y de su estrella solitaria. No lo olvides Lucho tu que comentas cuanto pasa en el estrecho marco del mundo. Chile democrático es un ejemplo para América. Nosotros los apristas no olvidaremos estos años y lucharemos porque nuestros pueblos trabajen hermanados en la democracia, la paz y la justicia. Di adiós en nuestro nombre a todos los amigos y casi todos los adversarios, a la cruz del San Cristóbal y a las acacias del Parque Forestal, al rojo vino de los campos y a la dulce flor del copihue, a las puestas de sol en Concón y al pájaro que vuela tranquilo sabiendo que sus alas acarician un aire de imperecera libertad.

Manuel Seoane.

Manuel Seoane

14 de agosto de 1956. Carta de despedida de Manuel Seoane al concluir su segundo exilio en Chile. Está dirigida al periodista Luis Hernández Parker «Hachepé»: «Chile y Perú nacieron juntos a su emancipación, se asoman hermanos al Pacífico, que es el mar del futuro, y tienen la misma edad en la esperanza». Original conservado por Hugo Otero y difundido por Abel Salinas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alva Castro, Luis (1990). *Haya de la Torre peregrino de la fraternidad bolivariana*. Lima: Pachacútec.
- Aurora de Chile (1812). Primer número, jueves 13 de febrero. <http://www.auroradechile.cl/newtenberg/facsimil/1313/article-28876.html>
- Baeza Flores, Alberto (1962). *Haya de la Torre y la revolución constructiva de las Américas*. Buenos Aires: Claridad.
- Barreda Laos, Felipe (1937). *Vida intelectual del virreinato del Perú*. Buenos Aires: L. J. Rosso.
- Bilbao, Francisco (1856). *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso federal de las repúblicas*. En <http://patriaandina.blogspot.com/2013/01/iniciativa-de-la-america-idea-de-un.html>
- Bilbao, Francisco (1866). *Obras completas*. Buenos Aires: Manuel Bilbao.
- Castro, Fidel (1959^a). *Pan sin terror*. La Habana: Movimiento y Lex.
- Castro, Fidel (1959^b). *Nos hemos empeñado en establecer un régimen verdaderamente democrático y justo*. Discurso en la Plaza Cívica del 8 de mayo. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f080559e.html>
- Castro, Fidel (1963). *Creo absolutamente en el marxismo. Tres fragmentos de la comparecencia de Fidel Castro en el programa de TV «La Universidad Popular»*. Lima: Ediciones Previas.
- Galdames, Luis (1941). *A History of Chile* [título original: *Estudio de Historia de Chile*, 1938]. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Gómez Rojas, José Domingo (s/f). *Homenaje y poema «Protestas de piedad»*. <http://marioartigas.blogspot.com/2010/10/jose-domingo-gomez-rojas-homenaje.html>
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1923). *Dos cartas de Haya de la Torre*. Lima: El Inca.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1925). *Carta al soldado chileno*. <http://oizquierdo.blogspot.com/2012/08/carta-al-soldado-chileno-por-victor.html>
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1926). *Carta a M. F. Chavarría con la primera versión del Programa Máximo del APRA*. <http://oizquierdo.blogspot.com/2011/02/especial-de-la-fraternidad-alcunas.html>
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1933). *Construyendo el aprismo*. Buenos Aires: Claridad.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1935). *¿A dónde va Indoamérica?* Santiago de Chile: Ercilla.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1936). *El antiimperialismo y el APRA*. Segunda edición. Santiago de Chile: Ercilla.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1977). *Obras completas*. Lima: Mejía Baca.
- Henríquez, Camilo (1813). «*Catecismo de los patriotas*». *La patria es América*. <http://patriaandina.blogspot.com/2013/01/catecismo-de-los-patriotas-la-patria-es.html>

- Leguía y Martínez, Germán (1972[1922]). *Historia de la emancipación del Perú: el Protectorado*. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Mazo, Gabriel del (1968). *La reforma universitaria*. Lima: UNMSM.
- Moraga Valle, Fabio. 2007. Muchachos casi silvestres. En *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Murillo, Percy (1976). *Historia del APRA 1919-1975*. Lima: Enrique Delgado Valenzuela.
- Portantiero, Juan Carlos (1978). *Estudiantes y política en América Latina 1918-1938*. México: Siglo XXI.
- Reveco, Juan Manuel (1992). Influencia del Apra en el Partido Socialista de Chile. En J. Reveco, H. Vallenas, R. Pereda y R. Romero, *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*. Lima: Instituto Cambio y Desarrollo.
- Reveco, Juan Manuel (1994). Víctor Raúl Haya de la Torre en Chile. Notas históricas sobre el fundador del APRA. *Estudios sociales* 79(1).
- Robertson, William (1840[1777]). *Historia de la América*. Barcelona: Oliveres y Gavarro.
- Sánchez, Luis Alberto (1973). *Historia comparada de las literaturas americanas*. Buenos Aires: Losada.
- Sánchez, Luis Alberto (1990). *Visto y vivido en Chile*. Segunda edición. Lima: Desa.
- Sánchez, Luis Alberto & Hugo Vallenas Málaga (1994). *Sobre la herencia de Haya de la Torre*. Lima: Nova Print.
- Shafer, R. J. (1958). *The Economic Societies in the Spanish World*. Nueva York: Universidad de Syracuse.
- Seoane Corrales, Manuel (1926). *Con el ojo izquierdo, mirando a Bolivia*. Buenos Aires: Juan Perrotti.
- Seoane Corrales, Manuel (1940). *Nuestra América y la guerra*. Santiago de Chile: Ercilla.
- Seoane Corrales, Manuel (2003). *Páginas escogidas*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- Silva Castro, Raúl (1959). *Egaña en la Patria Vieja 1810-1814*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Tauro del Pino, Alberto (1973). *Perú: época republicana*. Lima: Peisa.
- Téllez Yáñez, Raúl (1945). *Fray Camilo Henríquez, el patriota*. Santiago de Chile: Stanley.
- Unanue, Hipólito (1974). *Los ideólogos. Hipólito Unanue*. Antología. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Vallenas Málaga, Hugo (1992). Haya de la Torre, político de realidades. En J. Reveco, H. Vallenas, R. Pereda y R. Romero, *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*. Lima: Instituto Cambio y Desarrollo.

- Vallenas Málaga, Hugo (2004). *Andrés Townsend. Libertad e integración en América Latina*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- Vallenas Málaga, Hugo (2011). *Pensadores de la república. Ideas y propuestas vigentes para el Perú del siglo XXI*. Lima: Ceplan.

2. ASPECTOS SOCIALES

**DEVOCIONES COMPARTIDAS. EL CULTO A SANTA ROSA
Y AL SEÑOR DE LOS MILAGROS EN LIMA Y SANTIAGO DE CHILE
(SIGLOS XIX Y XX)**

**Claudia Rosas Lauro
Milton Godoy Orellana**

INTRODUCCIÓN

La religiosidad y su expresión a través de devociones muy arraigadas a lo largo del tiempo, dan cuenta de los procesos económico-sociales, culturales y políticos de los pueblos; y se expanden junto con los hombres y mujeres que le dan vida en contextos diferentes. Las migraciones y su impacto en las sociedades receptoras ha sido un tema de trabajo en su más amplio ámbito, donde el estudio de los trasvasijos culturales que implica la religión no ha resultado escaso. Los ejemplos de devociones trasladadas por los inmigrantes encuentran parangón de manera particular en las sociedades latinoamericanas, que poseen una base cultural vernácula mixturada con elementos cristianos desde los periodos más tempranos de la conquista, donde los ejemplos se multiplican desde la irradiación continental y mundial de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac, los diferentes cultos de Centroamérica (Marroquín, 2007) o el intercambio suscitado en Sudamérica en el espacio limítrofe tripartito de Bolivia, Chile y Perú, un caso similar al que se genera en el espacio tripartito de Bolivia, Argentina y Chile, donde el paisaje cultural es compartido con migrantes que se mueven entre uno y otro país.

Más al sur, son destacables algunas festividades en la zona de Cuyo, en que la presencia del culto a la Virgen del Rosario se plasmó con la migración de trabajadores chilenos y argentinos que desde mediados del siglo XIX se desempeñaron en la minería cupro-argentífera de del Norte Chico chileno. Cuando los vaivenes económicos fueron adversos muchos argentinos retornaron a sus tierras, mientras que una gran cantidad de chilenos cruzaron allende los Andes en busca de mejores

condiciones de vida. Aquel viaje significó que con ellos marchara la devoción a la *Chinita*, la Virgen del Rosario de Andacollo Patrona de los trabajadores de la minería en esa región de Chile (Hevilla, 2001). Así, esta importante presencia de chilenos en Cuyo hacia el cambio de siglo decimonónico provocó la reproducción de patrones culturales y rituales similares a los de las tierras que abandonaban, naciendo chilécito, andacollito, las romerías a la Virgen del Rosario, los bailes chinos y otras devociones que unían a los habitantes de uno y otro lado de la cordillera.

Menos visibilidad ha tenido un proceso de larga duración, tal como la presencia del culto a Santa Rosa de Lima en Pelequén —pleno Valle Central chileno— u otro más reciente como la procesión del Señor de los Milagros en Santiago. En ambos casos, la religión y básicamente el culto han operado como elementos que acercan a peruanos y chilenos en estas devociones compartidas.

Aunque, acorde con lo planteado al inicio, pueda resultar de perogrullo afirmar que los hombres cuando se marchan lo hacen con sus dioses, esta sentencia es de amplia validez para el caso chileno-peruano mediante las fiestas de Santa Rosa y el Señor de los Milagros. En efecto, en dos momentos diferentes durante los siglos XIX y XX, ambos cultos característicos de la religiosidad popular peruana se asentaron en Chile, imbricándose con la religiosidad popular local. Por cierto, en esta presencia Santa Rosa lleva la palma, dada la antigüedad de la devoción que hacia ella se ha practicado en el centro sur chileno.

En el caso de Santa Rosa, intentaremos explicar las características de un fenómeno religioso de basamento popular que, con el paso del tiempo, tuvo aceptación y expansión societal más amplia, llegando a constituirse en una de las festividades de mayor importancia en el centro-sur de Chile, con componentes culturales muy diversos a los que iniciaron su fervor, en una suerte de chilenización de la santa limeña.

Para el caso del Señor de los Milagros, una festividad religiosa de reciente data en la sociedad chilena, nos remitiremos a intentar explicar su origen asociado a la inmigración peruana de las últimas décadas y la consecuente creación de la hermandad del Señor de Los Milagros en Chile. Como ha señalado Asunción Merino, la participación en las hermandades de este tipo tiene alta relevancia en la configuración de la sociabilidad del inmigrante peruano, en tanto actúa como «conexión simbólica con su lugar de origen, la dignificación de su especificidad cultural y la inclusión en una categoría universal de identidad como es la de ‘Católico’, que contrarresta su clasificación como inmigrante económico» (Merino, 2003, p. 739).

En el presente trabajo buscamos realizar un recorrido de estos dos cultos emblemáticos de Lima y el Perú. Ambos tienen una historia propia que se remonta a la época virreinal peruana y que forman parte de su identidad nacional, en este sentido analizaremos su origen, desarrollo histórico, recepción e importancia en ambos

países, desde una perspectiva de larga duración —tal como diría Fernand Braudel—, buscando establecer elementos que aporten a futuras lecturas de su aporte a la integración binacional¹.

1. LA DEVOCIÓN A SANTA ROSA DE LIMA

El origen del culto en el Perú

Isabel Flores de Oliva (1586-1617), conocida universalmente como Santa Rosa de Lima, es una de las figuras emblemáticas de la religiosidad popular en el Perú y América Latina². Beatificada en 1668, cincuenta años luego de su muerte, y canonizada tres años después, el 12 de abril de 1671, Rosa de Lima fue la única americana en haber sido reconocida como santa por la Iglesia Católica durante dos siglos (Morgan, 2002, p. 67). En ese sentido, fue designada Patrona de Lima y del Perú en 1669 y de todos los territorios de América, Filipinas y las Indias en 1670.

De acuerdo con Ramón Mujica, el entierro multitudinario de Rosa de Lima y el temprano culto a sus reliquias y retrato, venerados en la iglesia limeña de Santo Domingo tan solo dos años después de su muerte, dan inicio al culto a la primera santa americana (Mujica, 2001, p. 367). Dentro de una amplia tradición de devoción religiosa femenina en el Perú (Van Deusen, 2007), la virginidad, la austeridad, la devoción eucarística, la mortificación y el matrimonio místico con Cristo, características del régimen devocional de Santa Rosa de Lima, fueron signos valorados por la piedad religiosa de la época y, por tanto, signos que le atribuyeron santidad (Graziano, 2004)³.

La consolidación y difusión del culto en el periodo virreinal

Los principales estudios coinciden en que la canonización de Santa Rosa de Lima tuvo una motivación política, además de religiosa. La sociedad colonial marcada por la religión católica, requería de símbolos culturales y políticos tanto para fortalecer la cohesión en un escenario social jerarquizado⁴ como para reivindicar los intereses

¹ Agradecemos a Daniel Parodi y a Sergio González la invitación a participar de este interesante proyecto peruano-chileno que nos muestra las historias que nos unen, al historiador Juan Miguel Espinoza por su apoyo en la recopilación y sistematización del material para el caso peruano y al arquitecto Francesco Anichini, por su generosidad al brindarnos las fotos que ilustran la procesión del Señor de los Milagros en Lima.

² Para conocer el contexto histórico de Santa Rosa de Lima véase Glave, 1998.

³ No obstante, este sentido positivo, Graziano (2004) sostiene que la unión mística con Dios de Rosa de Lima era inherentemente subversiva a la burocracia eclesiástica. La canonización fue una manera de integrar la experiencia mística de Rosa al canon católico.

⁴ En ese sentido, del Busto afirma que la difusión del culto ha sido uno de los elementos que ha unificado al Perú: «la primera gran unidad que hemos tenido», en tanto resultó ser un orgullo tanto para criollos, mestizos, indios y negros (Busto Duthurburu, 2006, p. 15).

de los distintos actores coloniales. En esa línea, en una primera instancia, la Corona buscó la canonización para legitimar su proyecto político colonial al mostrar los frutos de la evangelización de América y, además, como un símbolo que estrechase la unidad del Imperio (Morgan, 2002, p. 68).

En el plano local, el proceso de canonización, así mismo, fue la expresión de una naciente identidad criolla unida a intereses políticos, una búsqueda de identidad de los criollos en medio de una sociedad que atravesaba un proceso de maduración y expansión (Hampe, 1998, p. 110). En ese sentido, los criollos peruanos propagaron el culto a la santa limeña como un mecanismo para fortalecer su identidad local y ganar prestigio a partir de la inserción de una de sus semejantes dentro del imaginario universal católico. Detrás de esto, entonces, estaba el interés de las nuevas élites criollas urbanas, deseosas de consolidar su posición mediante la elevación de una representante suya a los sitios de la Cristiandad. El sentido era contar con un objeto emblemático y de veneración que les permitiera tomar conciencia de una historia vivida en común: todos eran descendientes de los primeros colonizadores y estaban afincados en el Perú (Hampe, 1998, p. 115).

En la prensa del siglo XVIII es patente la imagen de Santa Rosa que se evidencia a través de noticias sobre su canonización, los milagros que realizó y las fiestas llevadas a cabo en su honor. Es así como el *Diario de Lima* expresaba que Santa Rosa era «una de las más prodigiosas mujeres que han visto los siglos pasados y verán acaso los venideros» (*Diario de Lima*, 12, 15 y 20 abril de 1791), elevándola al papel de modelo ejemplar de mujer. A fines del siglo XVIII, los criollos seguían encontrando en su imagen un elemento para la construcción de una identidad propia, lo cual se manifestaba en la propaganda periodística.

No obstante, no solamente los criollos peruanos usaron la imagen de Rosa como símbolo político. De la misma manera, los mestizos y los indios, ya fuere como grupo social o por medio de alianzas políticas, intentaron en algún momento de la historia apropiarse de la primera santa americana para consolidar su soberanía política (Mujica, 2001, p. 335). En otras palabras, una de las características más interesantes del culto a Santa Rosa de Lima es que permite a distintos actores sociales hacer uso del lenguaje místico dentro de la realidad andina, con el fin de traducir mensajes sociopolíticos en alegorías religiosas (Mujica, 2001, p. 366).

En la línea de lo dicho, en la época colonial, el culto a Santa Rosa de Lima estuvo ligado en las mentes de los distintos actores coloniales a sus luchas de poder (Morgan, 2002, p. 97). La santa criolla era resaltada como vocera de Dios y defensora de los intereses del grupo. Por ejemplo, el curaca Jerónimo Lorenzo Limaylla propuso al rey fundar la orden nobiliaria de caballería de Santa Rosa de Lima para los «descendientes de ingas y moctezumas» de Perú y México, siendo negado el pedido en 1671

(Busto Duthurburu, 2006, p. 357). En la época del terremoto de 1746, Santa Rosa ocupó un lugar importante en las premoniciones de las religiosas sobre la destrucción de Lima (Walker, 2012, pp. 43-78). Más adelante, durante el siglo XVIII, el culto a Rosa de Lima ayudó a articular lo que John Rowe describió como el «movimiento nacional inca». De acuerdo con este autor, la alianza criollo-indígena del siglo XVIII, debilitada tras la derrota de la rebelión de Túpac Amaru II en 1780, invocó profecías apócrifas de la santa, donde esta anunciaba la espera activa, armada y mesiánica de la llegada del inca redentor (Mujica, 2001, p. 344; Busto Duthurburu, 2006, p. 357).

Más allá de esta realidad política que promovió y dio sentido social al culto de Santa Rosa de Lima, hubo una dimensión religiosa que se expresó a través de manifestaciones de la piedad popular y del arte religioso. Por una parte, Nancy van Deusen (2007) ha investigado la amplia difusión del concepto de recogimiento espiritual y cómo fue asimilado en la identidad y las prácticas culturales de las mujeres del mundo colonial. En esta línea, Teodoro Hampe ha sostenido que Santa Rosa de Lima fue considerada como un modelo de emulación para las mujeres que a través de la religiosidad pretendían esquivar las rutinas domésticas o el autoritarismo conyugal (Hampe, 1998, p. 111). Por otra parte, Ramón Mujica (2001) ha dejado constancia de la popularidad del culto a Santa Rosa de Lima durante la época colonial que ha quedado plasmado en la iconografía religiosa de los siglos XVII y XVIII en incontables colecciones de América, Europa y Filipinas.

El culto a Santa Rosa de Lima en el Perú durante los siglos XIX y XX

El culto a Santa Rosa de Lima continuó durante y luego de la Independencia. Los sermones, ceremonias y celebraciones en su honor evidencian esta continuidad, como se han plasmado en escritos que aparecieron en el *Mercurio Peruano* a fines del siglo XVIII hasta en los textos o traducciones editados en la ciudad como el *Sermón panegírico que en honor y celebridad de la gloriosa virgen Santa Rosa de Santa María, patrona de la América Meridional* que se pronunció en la Catedral de Lima el día 30 de agosto de 1812 y fue publicado en la Imprenta de los Huérfanos por Bernardino Ruiz (Urrismendi, 1812), entre otros que aparecerán publicados o incluso reimpresos, en los años siguientes (Fernández de Córdova, 1818; Bermúdez, 1827).

La nueva República peruana reconoció y mantuvo el peso de la religión católica en la configuración del Estado independiente. En ese sentido, mantuvo a Rosa de Lima como un símbolo político y cultural, y reivindicó su figura como patrona del país. De la Independencia, floreció otro perfil político de la Rosa criolla: la santa patriota. Por ejemplo, en su camarote del Huáscar el almirante Miguel Grau tenía la imagen de Rosa, a quien le oraba. Así mismo, se asocia la presencia del almirante

francés Abel Bergasse du Petit Thouars en el puerto del Callao para evitar el saqueo de la Ciudad de los Reyes con una revelación de Santa Rosa de Lima (Mujica, 2001, p. 355).

Si bien a inicios del siglo XX el culto al Señor de los Milagros comienza a desplazar al de Santa Rosa, es cierto que la devoción ha subsistido y se mantiene arraigada en la sociedad peruana. Por ejemplo, Mujica ha dejado constancia de los festejos en Paucartambo y Quiquijana, en el departamento del Cusco, donde el culto a Rosa de Lima implica una dinámica cultural compleja y fascinantes. En Paucartambo, hasta 1960, la fiesta de la santa incluía procesiones, «misas de fiesta», corridas de toros y representaciones teatrales a la usanza virreinal. En Quiquijana, las mujeres de la comunidad conmemoran a Rosa haciendo ejercicios públicos de destreza y equilibrio con mástiles de madera de cinco metros de altura que manejan con los dedos (Mujica, 2001, p. 355).

En el plano oficial, el Estado peruano sigue reconociendo el día de la santa, el 30 de agosto, como feriado y es motivo de reconocimiento de las autoridades oficiales, así como una importante movilización popular a la Iglesia de Santa Rosa de Lima en la Av. Tacna y a Quives, en Canta. La santa, así mismo, es patrona de la Fuerza Policial, del cuerpo de enfermeras y de incontables instituciones nacionales, lo que manifiesta su arraigo en la vida pública del país.

La importancia del culto a Santa Rosa de Lima en la historia peruana radica en que se trata de una heroína local que, en distintos momentos, se constituyó en una metáfora social que consolidaría por igual los fines políticos de españoles, criollos, mestizos e indios (Mujica, 2001, p. 367). El emblema de la Rosa indiana sirvió simultáneamente para legitimar la misión apostólica del Real Patronato de Indias y para reinterpretar patrióticamente las armas de la Ciudad de Los Reyes. A partir de la apelación a un lenguaje religioso y místico, los distintos grupos de poder y los múltiples sectores de la sociedad peruana han encontrado en Santa Rosa de Lima un emblema al cual apelar para legitimar sus proyectos y agendas, así como dar sentido a sus experiencias históricas. Sin embargo, su imagen y devoción se difundieron más allá de la ciudad capital y el país, llegando a muchos espacios, tal es el caso de Chile.

Una imagen viajera: Santa Rosa, de Lima a Pelequén

Hacia la tercera década del siglo XIX el culto a Santa Rosa de Lima se asentó en Pelequén, un caserío ubicado al sur de Rancagua, en el Valle Central chileno, en una de las regiones del país con mayor identidad agrícola y campesina, que en el siglo XIX estaba caracterizada por relaciones de producción de carácter hacendal con claro predominio de sistemas premodernos de sujeción de mano de obra, donde se presentaba con fuerza el inquilinaje, una institución colonial con persistencia en el periodo

republicano característica del centro de Chile (Góngora, 1960, p. 14), definida por una relación laboral que adscribía al inquilino a la tierra y a obligaciones patronales y paternalistas que eran un símil del yanaconaje peruano, el concertaje ecuatoriano o el pejulajero boliviano (Contreras, 2001, III, p. 105).

En el lugar, hacia mediados de siglo, se desarrolló una población con un hábitat disperso que, según el censo de 1875, tenía un el 85% de la población del departamento de Caupolicán viviendo en el espacio rural, concentrándose solo 3.896 habitantes en su capital Rengo, 1108 en la Villa de Malloa y 178 en el «lugarajo» de Pelequén (Oficina Central de Estadísticas, 1876, p. 332), formado a lo largo de la línea del ferrocarril del sur de Chile que arribó en 1862, concentrándose en torno a la estación campesinos con baja educación y altos niveles de pobreza que estaban supeditados a un clero ligado a la élite social y económica de Chile.

Acorde con lo analizado cabe preguntarse ¿qué factores incidieron para que en este pequeño poblado se consolidara con tanta fuerza el culto a Santa Rosa de Lima? Según consigna la tradición popular, la adoración y seguimiento de la santa limeña se remonta hacia 1839, aunque en la tradición se instaló la confusión de que fue después de la Guerra del Pacífico. En las versiones más discutidas está presente un elemento «étnico» en tanto Santa Rosa es vista como «una morenita» que se hizo monja y comenzó a hacer milagros, cuya imagen llegó a Pelequén cuando retornaron a sus pagos los soldados chilenos participantes en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, entre los que venía un «cholo peruano» (Acuña, 1997, p. 9), también denominado «cholito» (Arancibia, 1980), portando a Santa Rosa de Lima, quien habiendo contraído la fiebre tifoidea permaneció una noche entera en estado de gravedad, situación de la cual se libró gracias a los rezos a Santa Rosa que hizo una mujer del lugar. En agradecimiento el negro le habría dejado la imagen a Rosa Teran, la mujer que en vigilia acompañó al enfermo. Esta mejoría del joven provocó el inicio del culto a Santa Rosa como mediadora en la salud de quienes le rendían culto.

Al analizar la documentación histórica referente del culto, es posible constatar que según afirmó en 1851 el cura Ramón Gajardo, este se había iniciado «desde más de catorce años»⁵, generándose un problema similar al de otras festividades populares en Chile, que manifestaron al margen del control y supervisión de la iglesia católica.

Las nietas de Rosa Terán afirmaron en una carta al cura local que su abuela «era dueña de una imagen de Santa Rosa de Lima que obtuvo por medio de una compra; y que en nuestra casa principió a tributársele culto particular»⁶, emergiendo en 1837

⁵ Malloa, 19 de agosto de 1851. AAS, legajo 125, N° 47, 7v.

⁶ Rosa Zúñiga y María Zúñiga «Solicitud a la junta de obras pías de Pelequén». AAS, legajo 125, N° 47, fs. 9.

como una práctica religiosa espontánea, que se acrecentó con el rumor y el voz a voz que expandía la condición de milagrosa de la imagen venerada por una familia de la localidad campesina. Rosa Teran, se benefició con la imagen al reunir «algunos pesos con las mandas y ofrendas que recibía por los milagros de su santita»⁷, siendo motivo suficiente para dar inicio a sus problemas con la jerarquía de la iglesia católica que actuó igual que en otras ocasiones, procediendo a ordenar se requisara la imagen de Santa Rosa y a establecer un juicio para obtener la exclusividad del control sobre la imagen y las limosnas que aportaba el culto popular⁸.

El argumento central esgrimido por la jerarquía de la iglesia católica se basó en cuestionar el abuso perjudicial de «la verdadera piedad», que se veía cuestionada al poseer imágenes y promover su culto solo con el fin de apropiarse del dinero de los fieles. Como estableció el arzobispo de Santiago, en mayo de 1851:

Las imágenes que, aun cuando sean en sí buenas se les atribuye algún efecto determinado que penda de la libre voluntad humana, están prohibidas por razón del uso supersticioso que se les da y del engaño que por ellas se hace a los fieles; deben también estarlo aquellas imágenes con cuya devoción se engaña a los fieles para defraudarles las limosnas haciéndoles creer que las contribuyen para honra de Dios y de los santos, cuando solo sirven para efectuar una viciosa y fraudulenta especulación⁹.

En este caso mediaron elementos de carácter ideológico, al erigirse la jerarquía como controladora de la fe, presentándose como la única entidad que podía detentar imágenes que se adoraran. En este mismo sentido resulta extraño el argüir que las imágenes estaban prohibidas, principalmente porque desde el siglo XVI la iglesia católica aceptaba el uso de pinturas y esculturas como elementos de veneración, porque se aceptaba el planteamiento de San Basilio Magno, quien sustentaba que «se les debe rendir honor y reverencia, no porque se crea que reside en ellos la divinidad y el poder [...] sino porque el honor que se les rinde se refiere al original que representan» (Brading, 2002, p. 556).

⁷ «Reminiscencias», *La comuna de Malloa*. Malloa, 1 de septiembre de 1894.

⁸ Un caso similar se suscitó cerca de esta fecha en la región del Norte Chico chileno, cuando la iglesia católica requiso la imagen del Niño Dios de Sotaquí, propiedad de una familia pobre. «las Naranjo», que administraba su culto (cf. Godoy Orellana, 2009).

⁹ Santa Rosa de Pelequén. Expediente seguido contra los que lucran con su imagen. Fondo Gobierno, 1850 a 1873. Legajo 40, expediente 10, fs. 5. Otra copia en Archivo Arzobispal de Santiago, «Santa Rosa de Lima. Su veneración en Pelequén sin autorización (Casa de doña María Terán). Se decreta sea requisada por el cura de Malloa. Santiago, 23 de mayo de 1851», legajo 125, N° 47, fs. 1.



Imagen de Santa Rosa que circulaba al inicio del siglo XX.

Entonces, cabe preguntarse ¿cuál era el móvil central en las demandas del cura del pueblo aledaño y de la jerarquía eclesiástica? La respuesta deviene a partir de los beneficios económicos provenientes de la creciente cantidad de limosnas que la milagrosa imagen generaba. Como se presentan los hechos, el tema central era que la iglesia buscaba la intervención en los beneficios que la fiesta y el culto a Santa Rosa redituaba. En efecto, considerada en primera instancia como un producto de la devoción popular que según afirmaban los representantes de la jerarquía católica «ha hecho notable el culto de Santa Rosa»¹⁰.

El tema monetario en el inicio del culto a Santa Rosa de Lima fue de gravitante importancia, debido a la cual la iglesia católica nombró en 1851 una comisión para que cuantificara los bienes muebles e inmuebles que Rosa Terán había adquirido con el beneficio de las limosnas, llegando a establecer que había comprado tierras en la zona, planteando como ejemplo que uno de aquellos predios le significó un monto de \$ 80, en circunstancias que solo la fiesta del 30 de agosto de 1850 le había remunerado \$ 238 y cuatro reales¹¹.

La primera disposición eclesiástica fue determinar el traslado de la imagen de Santa Rosa a la cercana localidad de Malloa, donde se realizó su fiesta cada 30 de agosto bajo la égida del cura local, quien obtuvo en setenta días en su nuevo centro de devoción \$34 y ½ real¹², recibiendo como promedio en cada fiesta más de \$6.000¹³. Rosa Terán interpuso solicitudes a la iglesia católica para que le devolvieran su imagen informándole definitivamente en 1859 que esta quedaría en poder del cura de Malloa¹⁴, pese a lo cual continuó insistiendo para su devolución.

En 1887, con ocasión de la visita de parroquias realizada en todo el país, el visitador constata que en Malloa el culto a Santa Rosa de Lima se había expandido de manera importante y afirmó que:

[...] la devoción popular ha hecho notable el culto de Santa Rosa. El origen de esto fue una pequeña y fea imagen de la santa que tenía una familia pobre de Pelequén. Corrió la fama entre las gentes que era milagrosa, y comenzaron a ofrecerle limosnas. Esto fue en aumento y aun que se le hacía fiesta a la Santa y se mantenía por la dicha familia un oratorio, la cosa vino a convertirse en una verdadera granjería. Por lo que se hizo necesario quitar la imagen a sus dueños y llevarla a la parroquia [Malloa] donde se le ha construido un buen altar¹⁵.

¹⁰ Archivo Arzobispal de Santiago, Visita de las Parroquias, legajo 90, N° 42, Parroquia de Malloa.

¹¹ Malloa, 19 de agosto de 1851. AAS, legajo 125, N° 47, fs. 7v.

¹² AAS, legajo 125, N° 47, fs. 7v

¹³ AAS, legajo 125, N° 47, fs. 9.

¹⁴ Santa Rosa de Pelequén. «Expediente seguido contra los que lucran con su imagen. Fondo Gobierno, 1850 a 1873». AAS, Legajo 40, expediente 10, fs. 5 Santiago, 28 de diciembre de 1859.

¹⁵ «Visita de las parroquias», Malloa, s/mes, 1887. AAS, Legajo 90 A n° 42, fs. 12v-13.

La autoridad eclesiástica consideraba que estas medidas habían provocado mayor orden en el poblado y las finanzas, reuniéndose dinero para financiar un templo para la santa. No obstante, se intentó hacer modificaciones más radicales que no surtieron el resultado esperado, puesto que en la localidad de Malloa se cambió la antigua imagen, considerada «pequeña y fea» y con un marcado fenotipo negroide, por una de mayor tamaño. Es interesante destacar que entre los sectores más cultos de esta sociedad regional operó un importante nivel de descalificación de la imagen de Santa Rosa y el fervor popular que esta despertaba, principalmente criticando la creencia en su capacidad de dar solución a todo tipo de problemas mediando una *manda*, que consistía en la petición y compromiso de imponerse un esfuerzo físico determinado, privarse de algún elemento, entregar un exvoto u obligarse a una limosna para la santa.

Entre los artículos de diarios locales, causa atención por su virulencia uno que destaca que la fiesta no estaba dedicada a «la santa del Rímac», ni a otro motivo cristiano, sino que los miles de personas que asistían a Pelequén cada 30 de agosto iban tras la antigua imagen, que despectivamente denominaba «el mono quiteño que permanece prisionero entre férreas rejas dentro de la iglesia»¹⁶, aludiendo a la capilla protegida por rejas de fierro que se le había construido¹⁷. Según un cronista de *El Colchagua*, a la imagen antigua —según la tradición popular proveniente del Perú— se le endilgaba una serie de «hazañas», en desmedro de la imagen que se había modelado en su reemplazo, con una «figura mucho más perfecta de una nueva Santa Rosa, pero no es a esa que se le rinde culto, sino al mono primitivo al rudimento imperfecto de aspecto humano», que era objeto de la fe popular. El citado cronista terminaba su texto señalando que «no sé qué admirar más: el hecho que una peruana sea Santa; o la injusticia de la justicia chilena en respetarle la milagrosa cosecha de dinero a esta Santa peruana»¹⁸.

Como corroboró años más tarde otro periódico local, el pueblo y los feligreses continuaron manifestando su molestia y descontento frente a la imposición de la nueva imagen, principalmente porque «el sentir de los devotos, era la chica, la imagen antigua, la milagrosa».

Debido a la presión de la comunidad de Pelequén, hacia 1896 Santa Rosa retornó a sus antiguo local de culto donde con recursos proporcionados por la festividad al «piadoso santuario» se pudo construir una iglesia «capaz de satisfacer una parroquia», razón por la cual se le concedió esta condición mediante un edicto de febrero de 1897, firmado por el Arzobispo Mariano Casanova y refrendado por el gobierno de Chile,

¹⁶ *El Colchagua*. Rengo, 31 de agosto de 1901.

¹⁷ *La Revista Católica*. Santiago, 1 de diciembre de 1901, p. 182.

¹⁸ *El Colchagua*. Rengo, 31 de agosto de 1901

autorizando la subdivisión de la antigua parroquia para erigir la nueva Parroquia de Santa Rosa de Lima en el Departamento de Caupolicán¹⁹.

Por esta época la festividad tenía un nivel de asistencia de importantes proporciones —de hecho hacia 1895 era considerada una de las fiestas religiosas más concurridas de la república²⁰— y el culto a Santa Rosa había calado profundo en la religiosidad popular, siendo tal la magnitud que su devoción se traslapó con invocaciones a la virgen (Salinas, 2005, p. 284), tendiendo a confundirse, no como una mediadora, sino como la virgen misma. Esta percepción que se suscitó en el mundo popular se manifiesta con claridad en los versos del poeta Daniel Meneses, pertenecientes a la llamada «literatura de cordel», de amplia difusión entre los sectores del pueblo hacia el periodo decimonónico finisecular. En estas hojas sueltas, mandadas a imprimir por sus mismos autores se cantaba a los más variados temas, dedicándose una de estas hojas a Santa Rosa por la importancia y favores que concedía:

*Rosa mística del cielo
 Empréstame la fragancia
 Junto con tu elegancia
 La paz, la dicha y consuelo
 Llena el más grato anhelo
 Sois la reina de las flores
 Para cantar tus loores
 No hallo voz en mi garganta;
 Y la proclamaron santa
 Los pontífices doctores.
 [...]
 Son tan grandes tus bondades
 Que no hay como comparar;
 Vienen a tu hermoso altar
 De las villas y ciudades
 I veneran tus deidades
 los pajarillos cantores.
 Y alumbra los albores
 Tú te luces como rica
 Porque has sido desde chica
 Amparo de pecadores.*

¹⁹ «Nueva parroquia, Santa Rosa de Lima, en el departamento de Caupolicán». Santiago, 25 de febrero de 1897, *Boletín de las Leyes y Decretos de Chile*, Imprenta Nacional, Santiago, T. I, 1898, p. 92.

²⁰ *El Malloino*. Malloa, 25 de agosto de 1895.

[...]
*Al fin, virgen soberana,
Yo te brindo estos cantares
Te suplico en esta plana
En esta vida mundana
De ti espero clemencia;
Con suma benevolencia
Tu caridad te hago ver
en milagros y en poder
no hay quien te haga competencia*²¹.

Como antes afirmamos, Santa Rosa de Lima se consolidó como una de las principales festividades religiosas del centro-sur de Chile, donde asistían peregrinos de todo el país y —según el periódico local—, en 1933 lo hacían de «algunos países vecinos»²².

En la festividad se repetían patrones conductuales y prácticas sociales características de las festividades populares decimonónicas que, acotadas y con importantes procesos de disciplinamiento se manifiestan hasta la actualidad. La fiesta se presentaba en dos actos que fijaban momentos diferentes: el uno marcado por los rezos, cánticos y procesiones piadosas; el otro, principalmente en la noche, por el desfreno popular en bailes y danzas profanas en fondas, chinganas y ramadas, donde la chicha y el vino se consumían a raudales.

El momento del recogimiento espiritual, en que se efectuaban loas y peticiones a Santa Rosa estaba marcado por la procesión que por las callejuelas del poblado de se dirigía desde la iglesia al cerro de La Gloria:

Escoltaba la procesión un inmenso gentío y formaban la retaguardia el cuerpo de los Negros con el toro a la cabeza. Se daba principio a la gran misa solemne, quedando los negros en la plazoleta de las palmas, donde se disparaban voladores y se ejecutaban descargas con escopetas. Los negros, que no eran sino vecinos de los alrededores, vestidos de cueros de oveja y teñidos de carbón el rostro ejecutaban danzas caprichosas, mientras que el Toro era el objeto de terror de los muchachos²³.

²¹ Daniel Meneses, «Versos a lo divino dedicados a Santa Rosa», agosto de 1896, Biblioteca Nacional de Chile, Colección Rodolfo Lenz, VII, 39, Microficha 44.

²² *La comuna*. Pelequén, 30 de agosto de 1933.

²³ «Reminiscencia», *La comuna de Malloa*. Malloa, 1 de septiembre de 1894.

¿Qué función cumplían los vecinos de la localidad caracterizados como negros? Probablemente, constituía parte del imaginario popular acerca del origen del culto a la imagen de Santa Rosa unida a la persona joven negro que llegaría en algún momento entre 1837 a 1838, a quien se le adjudicó el transporte y entrega de la imagen como agradecimientos por los cuidados de Rosa Terán.

Estos actos, alejados de la ortodoxia del ritual católico, se acompañaban con cánticos, misas y discursos que respondían a manifestaciones más conservadoras de la religiosidad.

En la fiesta de Santa Rosa se mezclaban las más amplias motivaciones y expresiones populares en un espacio de sociabilidad que permitía la comunicación e interrelación de personas que acudían desde el campo a este momento de encuentro, donde se destacaba la presencia de mujeres jóvenes que lucían sus vestidos y peinados para llamar la atención de «enamorados buscando la mayor afluencia de gente, para verse en la necesidad imprescindible de alejarse un tanto de las viejas i poder así darse algunos *toponcitos i apretones* i aprovechar la ocasión de cambiar unas cuantas *palabritas*»²⁴.

En la ocasión los sectores populares se regocijaban en una fiesta que duraba alrededor de una semana, incluyendo juegos de volantines, títeres y carreras de caballo, que se complementaban con otros placeres mundanos tales como la comida, el baile y los enamoramientos²⁵. Esta dimensión profana de la fiesta tenía por escenario chinganas y bodegones donde el alcohol funcionaba como duro estímulo para hacer acaloradas las discusiones y, casi siempre por las noches, hacía que entre sus efluvios aflorara la violencia de los parroquianos asistentes, dejando una estela de heridos y muertos que cada año era recurrente.

Al respecto, la prensa regional fue fecunda en rigurosas descripciones de pugilatos y muertes suscitadas al alero de una chingana o un bodegón, mediando el consumo de licor. En los periódicos se destacaban anualmente las peleas entre habitantes de pueblos vecinos, quienes al encontrarse se enfrentaban en duras contiendas que reportaban más de un muerto o herido²⁶. Según estas fuentes el desorden que provocaba tal aglomeración de gente, acababa solo cuando los afuerinos comenzaban a retornar a sus poblados y el lugar retornaba a su tranquila cotidianeidad.

²⁴ *El Malloino*. Rengo, 29 de agosto de 1895.

²⁵ «Reminiscencia», *La comuna de Malloa*. Malloa, 1 de septiembre de 1894.

²⁶ Para el efecto, las crónicas mantienen un similar tenor al texto siguiente «Varios individuos del lugar denominado Cuenca, famosos pendencieros; famosos, cuando andan en cuadrillas, para descargar el chicote sobre el espinazo de un pobre mortal que tenga la desgracia de encontrarse solo entre ellos; y famosos principalmente para *estirar cinco y sacar seis, siete, diez o lo que pueden*; varios, repito, se vinieron temprano de su lugar para remoler en los conchos de Santa Rosa» (*El Malloino*, Malloa, 12 de septiembre de 1896). Otros ejemplos en *El Caupolicán*. Rengo, 30 de agosto de 1885; *El Caupolicán*. Rengo, 27 de agosto de 1887; *El Colchagua*. Rengo, 1 de septiembre de 1897.

No obstante, el destacar algunos visos de violencia que eran característicos en el periodo para la mayoría de las celebraciones populares que implicaban aglomeración de personas, —ya fuesen religiosas, civiles o festividades patrias— fue el argumento predilecto de conservadores y liberales para descalificar la fiesta popular. También fue el argumento de los críticos del culto a los santos patronales y las creencias religiosas, quienes básicamente entendían el fervor por determinado santo o la virgen como parte de un pueblo manipulado y crédulo. Así lo deja de manifiesto un artículo del periódico *El Liberal Democrático* —órgano oficial del partido político homónimo— que destacaba que en la fiesta de Santa Rosa de Lima:

Desde las primeras horas de la mañana, veíamos numerosos grupos de gente de a pie, de a caballo, en carreta i en coche que se dirigían a Pelequén, con el objeto unos, de pagar mandas a la milagrosa Santa (como muchos angelitos la llaman) y otros, por trataciones, como se dice [...]

Daba pena ver a aquella pobre gente como entregaban sus dineros a unos cuantos ministros de Dios, los que a manos llenas y encorvados hacia adelante, los recibían, teniendo a derecha e izquierda, dos guapos mocetones con bala en boca! [...]²⁷.

Desde fines del siglo XIX se provocó un proceso de resignificación del culto, abandonando la relación con su origen. Como manifestó un articulista refiriéndose al tema «la Santa Rosa de la que vamos a hablar no es de la de Lima, sino de la de Pelequén; la misma que hace poco se decía que era de Malloa, y que francamente no hemos podido averiguar de dónde sea»²⁸. Este fue un proceso que tendió a profundizarse hacia mediados del siglo XX, cuando muchas de las prácticas anteriormente descritas habían caído en desuso, recalcando la festividad como un espacio de chilenidad importante, que se asemejaba bastante en su cariz pagano a las fiestas nacionales del 18 de setiembre. Un visitante de la época buscó graficar esta irrupción de identidad nacional en el contexto de la celebración de la santa limeña:

Son los huasos con sus típicos atavíos y arreos campesinos los que ponen una nota pintoresca en esta fiesta religiosa, que tiene también algo de pagano con sus fondas y ramadas bulliciosas, plagadas de colgajos multicolores, en los que la danza nacional hace estallar su alegría dieciochera al compás de acordeones y guitarras²⁹.

Probablemente, el proceso de cambio en la festividad de Santa Rosa de Lima se dio por lineamientos entregados desde las autoridades para exacerbar la presencia

²⁷ *El Liberal Democrático*. Rengo, 1 de septiembre de 1892.

²⁸ *El Caupolicán*. Rengo, 2 de septiembre de 1894.

²⁹ Revista *En Viaje*. Santiago, 1959.

de banderas y colores patrios, tanto en los participantes como en los adornos con que se engalanaba el poblado para esta ocasión. Pero, es destacable que también esta festividad experimentó transformaciones ligadas a la sociedad en que estaba inserta, empapándose con el paso del tiempo de la sociabilidad de sus devotos y cultores, más que a su pasado limeño o al recuerdo del joven negro que la trajo desde tierras peruanas.

Así y todo, Santa Rosa de Lima, devenida en pelequenina, resultó una apropiación cultural y religiosa que ha calado profundo en las creencias y religiosidad popular de la región y del país. La actualidad de su culto y el fervor contemporáneo que la festividad provoca, atrayendo a miles de fieles cada año, hacen de la fiesta de Santa Rosa el mejor ejemplo de larga duración de una devoción compartida.

2. LA DEVOCIÓN AL SEÑOR DE LOS MILAGROS

El origen del culto en el Perú

El culto al Señor de los Milagros, sumamente arraigado entre los diversos sectores de la sociedad peruana en la actualidad, tiene su origen en la época virreinal. En su versión tradicional, perennizada en el libro del padre Rubén Vargas Ugarte (1984), este culto surgió con la formación espontánea de una cofradía de negros del barrio de Pachacamilla, quienes se reunían en torno a la imagen de un Cristo moreno. El culto se extendió entre los habitantes de la Lima virreinal en la medida en que esta imagen fue asociada como protectora de la ciudad frente a los terremotos.

Sin pretender negar lo anterior, la historiadora María Rostworowski (1992) ha planteado la tesis de que el culto al Señor de los Milagros es, en realidad, un producto del contacto interétnico entre indios y negros. De acuerdo con esta autora, es la instalación de los naturales de Pachacamac en las huertas de Lima y su contacto con los esclavos negros ya establecidos en el nuevo barrio de Pachacamilla lo que permitió la transmisión de un mensaje oral con alto nivel de religiosidad, fe y esperanza entre estos dos grupos étnicos. En este sentido, Rostworowski sostiene que los nuevos indígenas de Pachacamilla pintaron la imagen de su huaca, el dios Pachacamac, en el siglo XVI al ser trasladados y enviados a Lima. Con el pasar de los años, el culto indígena perseveró y quedó asimilado en la tradición negra que por medio de un proceso de sincretismo religioso dio origen al culto al Señor de los Milagros de Pachacamilla. Ambas etnias unieron sus creencias a partir de la idea de protección ante los movimientos telúricos de ambas representaciones, pues en su origen la divinidad andina prehispánica estuvo asociada a los temblores y terremotos.

Desarrollo y extensión durante la época virreinal

La extensión del culto al Señor de los Milagros en el Virreinato del Perú se asocia a algunos hechos históricos que el padre Rubén Vargas Ugarte describe como los «primeros milagros», que suscitaron la percepción social de que se trataba de una imagen sagrada. En primer lugar, la conservación de la imagen a través del tiempo, después de tantas vicisitudes producto de los terremotos de 1655, 1687 y 1746. En segundo lugar, la imposibilidad de borrar la imagen frente a una orden del superior gobierno, hecho del que se derivó como consecuencia que el culto se estableciera definitivamente. En tercer lugar, la curación del primer mayordomo de su ermita, Andrés León, quien en agradecimiento se consagró al fomento del culto (Vargas Ugarte, 1984, p. 117).

Es innegable que el culto, asociado a la ermita y a la imagen del Señor de los Milagros originalmente desarrollado sobre todo por africanos y afroperuanos (Arrelucea, 2011), se transformó durante el transcurso de la época colonial, lo que permitió su difusión en otros estratos de la sociedad colonial. Rostworowski sostiene que, en este proceso, la devoción salió del núcleo original de los integrantes de la cofradía de Pachacamilla, y se extendió a algunos de los vecinos de la parroquia de San Sebastián. Asimismo, a través de todo el siglo XVIII, la ciudad de Lima reconoció al Señor de los Milagros como culto legítimo en la institución del monasterio de las Nazarenas que contaba con religiosas provenientes de importantes familias limeñas (Rostworowski, 1992).

Es importante señalar, siguiendo la propuesta de Susy Sánchez (2002), que la popularidad del Señor de los Milagros en la Lima colonial se construyó sobre la base de la participación de diversos actores sociales. En un principio, el culto fue marginal y visto con desdén por las autoridades coloniales como también por sectores sociales con poder. Sin embargo, posteriormente, la difusión del culto se vio acompañada de estrategias políticas y sociales que llevaron a cabo la Iglesia, el gobierno y la élite con el firme propósito de controlar a los actores sociales involucrados. Esta actitud fue clara en la coyuntura posterior al terremoto de 1746, marcada por olas de pánico y violencia en una ciudad destruida y convulsionada. La importancia que cobró el culto al Señor de los Milagros fue, desde entonces, además de religiosa, de reforzamiento del sistema preestablecido.

Por otro lado, Sánchez (2001) sostiene que este desastre natural es el hecho más importante en el proceso de consolidación y difusión del culto. Ante las oleadas de violencia que desató la población negra en una ciudad destruida y convulsionada, el Cristo de Pachacamilla pasó a formar parte del imaginario colectivo de los limeños, donde el temor generalizado a los temblores era un componente clave. El Señor de los Milagros se configuró, entonces, como el protector de la ciudad frente a los eventos telúricos.

El culto durante los siglos XIX y XX

No hay muchos estudios rigurosos acerca del culto al Señor de los Milagros durante los siglos XIX y XX. Lo que queda claro es que la devoción permanece y se expande. En ese sentido, el padre Vargas Ugarte registra el testimonio de devotos de las primeras décadas del siglo XX, quienes afirman haber sido beneficiarios de favores del Señor de los Milagros (Vargas Ugarte, 1984, pp. 118-125). En efecto, durante el siglo XX, el culto ha adquirido un carácter nacional e, incluso, ha desplazado a la principal devoción virreinal: Santa Rosa de Lima.

Aun cuando el culto proviene del siglo XVI, recién en la época republicana se logró formalizar de manera estable una asociación que fomentará el culto del Señor de los Milagros. Sobre el periodo colonial, el padre Vargas Ugarte sostiene que «hasta el año 1760, poco más o menos, la procesión la costeaba el Mayordomo de la Capilla del Santo Cristo» (1984, p. 126). Por este tiempo, comenzó a formarse una hermandad, sin otro objeto que el de acompañar a las andas por las calles y celebrar la fiesta que tenía lugar el 20 de octubre, pero aparentemente sin contar con constituciones ni aprobación de la autoridad eclesiástica.

La Hermandad de Cargadores y Zahumadores del Señor de los Milagros se constituyó el 2 de noviembre de 1878 a solicitud de Pedro P. Valderrama, y la integraban personas de ambos sexos que, además de acompañar al Señor en su recorrido anual, se obligaban a ayudarse mutuamente, contribuyendo con una cuota pecuniaria a fin de crear un fondo común. Más tarde, en noviembre de 1892, esta Hermandad fue reorganizada, gracias al influjo de Gaspar Leonarte y Guillermo D'Acosta, que fueron nombrados Presidentes vitalicios. A partir de 1911, su Reglamento fue aprobado por la autoridad eclesiástica y en el año 1920 fue reconocida la institución en forma oficial, adquiriendo personalidad jurídica (Vargas Ugarte, 1984, p. 127).

Pero si el centro de esta devoción está en Lima, ella ha irradiado a otros muchos lugares del Perú. De este modo, el culto se ha convertido de local en nacional y aparece vinculado no ya al nombre de Lima, donde nació, sino al Perú mismo. Esta expansión se ha verificado de manera natural y espontánea, pues no existe ninguna institución que esté dedicada formalmente a su fomento, fuera del monasterio de las Nazarenas en Lima (Vargas Ugarte, 1984, p. 133).

La importancia que ha adquirido el culto al Señor de los Milagros ha repercutido en su oficialización por parte del Estado, en un intento por legitimar el poder político. Llama la atención, en ese sentido, que la ciudad de Lima haya asumido al Cristo de Pachacamilla como patrono y que, en 1937, el alcalde Eduardo Dibós Dammert colocara el escudo de la ciudad en el anda (Vargas Ugarte, 1984, pp. 140-141). Asimismo, el recorrido de la procesión del Señor de los Milagros, realizada cada mes

de octubre, incluye el paso del anda frente a la Municipalidad de Lima y al Palacio Presidencial, y el saludo de las respectivas autoridades políticas.

El significado religioso del Señor de los Milagros ha ido transformándose en el tiempo. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se le atribuía el poder para aplacar las consecuencias de los temblores y terremotos, pero también la facultad de cumplir causas imposibles como la sanación de enfermedades y demás mercedes. Es este elemento el que tiene una gran importancia en la devoción de sus fieles y de la misma Iglesia Católica. Sin embargo, este factor es prioritario solo para quienes son creyentes. Para aquellos ajenos a esta devoción, la importancia radica en que constituye una manifestación cultural masiva y amplio arraigo en el pueblo peruano. Se trata, sin duda, de una práctica cultural que permite un análisis profundo de la sociedad peruana.

El culto al Señor de los Milagros implica una dinámica cultural intensa que incluye la misma organización de las salidas procesionales realizadas en el mes de octubre, la formación de cuadrillas de cargadores y sahumadoras, la creación de un mercado de diversos productos emblemáticos (como el turrón de doña Pepa), entre otras realidades que se ven plasmadas en los periódicos como *El Comercio* o *La República*. De esta manera, la procesión del Señor de los Milagros y la devoción que le manifiestan sus fieles durante todo el mes de octubre y el año entero representan un fenómeno cultural de gran complejidad y al mismo tiempo, el despliegue de una religiosidad tradicional muy arraigada en el imaginario de los peruanos.

Uno de los fenómenos más interesantes de las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI ha sido la internacionalización del culto. En ese sentido, Hiromi Terazawa (2009) ha investigado la procesión del Señor de los Milagros en el Japón que se realiza desde 1992. De acuerdo con este autor, los inmigrantes peruanos, como parte de su adaptación a un país con cultura completamente distinta, generan un apego a la Iglesia Católica, y junto con ello, a la manifestación de su devoción al Señor de los Milagros.

En este contexto, el culto se vincula con un fuerte sentido religioso y de pertenencia de los inmigrantes con su cultura originaria. De acuerdo con Terazawa (2009), otras motivaciones de los peruanos migrantes para asistir a las ceremonias y procesiones son la comunicación, la camaradería y la convivencia en un ambiente con el que se sienten netamente identificados. En estas ocasiones, la música, la comida y los amigos son razones importantes en la convocatoria. De hecho, solo el 35% de asistentes son fieles devotos, lo que revela que el culto al Señor de los Milagros es un espacio de encuentro y de reafirmación del sentimiento de pertenencia. Sin embargo, no es necesario ir tan lejos para encontrar esta histórica devoción peruana.

La procesión del Señor de los Milagros en Santiago de Chile

Más de 150 años después de la llegada de Santa Rosa de Lima a Pelequén, irrumpió en Santiago la imagen del Señor de los Milagros, invadiendo las calles con sonidos y colores foráneos, en que predominaba el morado intenso, el sahumado y los sones de los bronces, que se acrecentarían a la par del aumento de los inmigrantes peruanos desde la primera procesión en celebrada en octubre de 1993, cuando se trajo la primera imagen del Señor de los Milagros. Así, Santiago de Chile, al igual que otras capitales y ciudades del mundo, comenzaría a ser un escenario más de las procesiones realizadas como parte del culto al Señor de los Milagros, integrándose a la larga lista que incluye Nueva York, Chicago, Roma, Milán, Madrid, etc. En el Vaticano, la procesión se ha vuelto un evento oficial, se realiza todos los años, recibe el saludo del Papa y entra a San Pedro.

Hacia mediados de la década de los noventa Santiago fue el destino de un importante número de migrantes transfronterizos, donde predominaban los argentinos, pero que mostraría en los años posteriores un crecimiento exponencial de los peruanos que llegaban al país, representado en el aumento censal de 4308, en 1982 a 7649 en 1992, para alcanzar los 37 860 personas en el año 2002 (Hernández, 2011, p. 22). Este fenómeno, de constante aumento en la llegada de peruanos se estimaba el año 2009 en 130.859 personas, constituyendo el 37,9% de todos los inmigrantes del país (Ministerio del Interior de Chile, 2010, p. 12).

La celebración anual del Señor de los Milagros en Santiago ha sido directamente proporcional al crecimiento del número de peruanos en el país, aumentando cada año los participantes en una romería que tiene importantes ribetes identitarios y sirve de punto de encuentro anual en torno a la imagen del Señor de los Milagros y la feria gastronómica que se produce en el parque Bustamante, alrededor de la Iglesia Italiana de los Inmigrantes, donde se reúnen miles de peruanos avecindados en Santiago, quienes constituían el año 2006 el 80% del total de peruanos en el país (Arriaga & Tódaro, 2012, p. 59).

Como afirmábamos, la Hermandad del Señor de los Milagros se fundó en 1992, encargando un año después una imagen para ser venerada en la parroquia italiana e iniciar una procesión en un reducido espacio alrededor del parque Bustamante. En 1999, la hermandad obtuvo el reconocimiento y apoyo de la iglesia católica local, recibiendo al año siguiente la donación, por parte del Arzobispo de Santiago Francisco Javier Errázuriz, de una imagen de mayor tamaño. Otro hecho definitorio en la expansión de la procesión fue la intervención del Arzobispo Errázuriz y el Embajador del Perú en Chile para extender el recorrido desde la Catedral Metropolitana hasta la parroquia italiana del parque Bustamante, iniciándose desde el año 2004 una mayor

participación de chilenos en la procesión, ampliándose además la cobertura de prensa nacional (Maldonado, 2011, p. 22).

Así, la festividad del «Cristo morado» comenzó en un reducido espacio del parque Bustamante, haciendo noticia como una conmemoración tradicional peruana que según escribía *El Mercurio de Santiago*, en el año 2002 «pretende instaurarse en nuestro país»³⁰. Al año siguiente, este mismo periódico reconocería la amplia convocatoria, calculando la asistencia en más de dos mil personas, participaban en la procesión³¹.

Pero, el universo de participantes se ha ampliado en cada año de celebración, integrándose a la procesión y la cofradía, llegando a vestir el hábito característico del Señor de Los Milagros, contribuyendo a establecer cercanías entre peruanos y chilenos al compartir el culto, sumando además a muchos extranjeros avocados en Chile. De hecho, en un artículo publicado en *El Mercurio* con ocasión de la procesión del año 2008 se le denomina «la devoción que une los inmigrantes»³².

En términos de la morfología festiva, la procesión del Señor de Los Milagros realizada en Santiago de Chile no difiere en lo sustancial de lo que se realiza en Lima. Obviamente, existe una gran diferencia de proporciones e impacto en la vida cotidiana, pero en términos del culto y las prácticas durante la procesión esto no varía en la presencia de sahumadoras, cánticos religiosos y la irrupción del morado entre los presentes.

Como establece el testimonio de un entrevistado en *El Mercurio* la ampliación de la participación de chilenos a fines de la década pasada era importante, aunque se consideraba que «los chilenos tenemos otra idiosincrasia religiosa, pero he podido difundir mi devoción entre mis compañeros de trabajo y amigos»³³. De esta manera, la procesión aparece como un importante elemento de integración entre los peruanos, los inmigrantes en general y los chilenos que paulatinamente se integran al culto.

CONCLUSIÓN

Mediante el análisis comparativo de la presencia en Chile de dos cultos que —por antonomasia— representan la religiosidad popular peruana, es posible establecer como conclusiones parciales una serie de elementos que pueden contribuir a la comprensión del papel jugado por la religiosidad compartida como punto de acercamiento chileno-peruano.

³⁰ *El Mercurio de Santiago*. Santiago, 28 de octubre de 2002.

³¹ *El Mercurio de Santiago*. Santiago, 27 de octubre de 2003.

³² *El Mercurio de Santiago*. Santiago, 11 de octubre de 2008.

³³ *El Mercurio de Santiago*. Santiago, 11 de octubre de 2008

En el caso de Santa Rosa de Lima, es posible constatar como este culto de rai-gambre colonial en Lima logró asentarse en un pequeño poblado campesino del centro sur de Chile irradiando desde allí un importante compromiso de fe entre los sectores populares que hicieron suya esta santa identificada con el Perú. La aceptación devino en expansión y constante crecimiento de la importancia de esta festividad en la región, aun contando con la negativa de la jerarquía de la iglesia católica que intentó trasladar la celebración y controlar los que entendía como excesos con algunas dosis de paganismo.

Es interesante resaltar este punto debido a que en el caso del culto a Santa Rosa no hubo una amplia comunidad peruana de base que irrumpiera con su práctica en la sociedad regional del centro-sur de Chile, acá la tradición se basó e inició con el traslado de una imagen correspondiente al culto a Santa Rosa que, si bien en la época ya tenía una dimensión latinoamericana, su inserción en la sociedad regional analizada fue un fenómeno suscitado desde los sectores populares e implicó la aceptación de un culto foráneo que tuvo una rápida inserción en el mundo popular, construyéndose en la práctica, aun considerando cierta oposición tanto de la iglesia católica, como de sectores dirigentes liberales.

Diferente fue el caso reciente de la realización de la procesión del Señor de los Milagros en Santiago de Chile. Este culto se sustentó en una importante presencia de peruanos avecindada en el país, que tendió a crecer exponencialmente en las últimas dos décadas. Con ello se produjo un constante crecimiento de la procesión, la ampliación de su recorrido y la paulatina presencia de mayor número de chilenos, quienes asistían mayoritariamente a participar de todas las expresiones que la procesión contenía y le rodeaba, en que se incluía una verdadera feria gastronómica destinada a los promeseros y visitantes.

En este aspecto, podemos afirmar con Jesús García-Ruiz que lo religioso opera como un factor de «creación de sentido, de configuración de identidades y de prácticas que vehiculan cultura, sino también porque lo religioso es portador de instituciones y actores» (García-Ruiz, 2010).

En particular, la procesión del Señor de los Milagros permite que el migrante aumente su sentido de pertenencia a una colectividad que comparte unas tradiciones religiosas y cultura similar y —al igual que en otros ejemplos latinoamericanos— la persistencia de lo religioso como vínculo lo posibilita «la circulación de las experiencias rituales comunes, una ubicación espacial y temporal conocida y cierta articulación social con el nuevo territorio» (Demera, 2007, p. 315).

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, María (1997). Género e identidad: algunos elementos de discusión del culto a Santa Rosa de Lima en la zona de Pelequén. En *Actas del Segundo Congreso chileno de Antropología*. Santiago.
- Arancibia, Raymundo (1980). *Parroquias de la Arquidiócesis de Santiago, 1840-1925*. Santiago: Imp. San José.
- Arrelucea Barrantes, Maribel (2011). El Señor de los Milagros: religiosidad y cultura afroperuana, siglos XVI-XVII. *Tiempos: Revista de Historia y Cultura*, 6.
- Arriaga Irma & Rosalba Todaro (2012). *Cadenas globales de cuidados: el papel de los inmigrantes peruanos en la provisión de cuidados en Chile*. Santiago: ONU.
- Bermúdez, José Manuel (1827). *Vida de la gloriosa virgen dominicana Santa Rosa de Sta. María natural de Lima y patrona principal de las Américas*. Lima: Imprenta de los Huérfanos.
- Brading, David (2002). *La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*. México: Taurus.
- Busto Duthurburu, José Antonio del (2006). *Santa Rosa de Lima (Isabel Flores de Oliva)*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Contreras, Carlos (2001). Haciendas y comunidades indígenas en la región andina durante el siglo XVIII. En Margarita Garrido (ed.), *Historia de América Andina. El sistema colonial tardío* (pp. 87-115). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Demera, Juan (2007). Ciudad, migración y religión. Etnografía de los recursos identitarios y de la religiosidad de los desplazados en Altos de Cuzca. *Theologica Xaveriana*, 57(162), 303-320.
- Fernández de Córdova, Pedro Antonio (tr.) (1818). *Vida de la gloriosa Santa Rosa de Santa María: sacada en compendio, del proceso de su beatificación para distribuirse entre los Eminentísimos Cardenales el día de la solemne canonización, que lo fué el 12 de abril de 1671, por la Santidad del Señor Clemente X*. Lima: Imprenta Calle de Bravo.
- García-Ruiz, Jesús (2010). Cristianismo y migración: entre iglesias de trasplante y estrategias de acompañamiento. *Les Cahier Alhim. Amerique Latine Histoire & Mémoire*, 20.
- Godoy Orellana, Milton (2009). «Fiestas, carnaval y disciplinamiento cultural en el Norte Chico, 1840-1900». Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Chile.
- Góngora, Mario (1960). *El origen de los inquilinos de Chile Central*. Santiago: Universidad de Chile.
- Glave Testino, Luis Miguel (1998). *De Rosa y espinas: economía, sociedad y mentalidades andinas, siglo XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-BCRP.

- Graziano, Frank (2004). *Wounds of love: the mystical marriage of Saint Rose of Lima*. Oxford: Oxford University Press.
- Hampe Martínez, Teodoro (1998). *Santidad e identidad criolla: Estudio del proceso de canonización de Santa Rosa*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- Hernández, Moisés (2011). «La migración peruana en Chile y su influencia en la relación bilateral durante el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010)». Tesis para obtener el grado de Magíster en Estudios Internacionales. Santiago: Universidad de Chile.
- Hevilla, María Cristina (2001). Fiesta, migración y frontera. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 94 (106).
- Maldonado, Sebastián (2011). «La religiosidad en la migración peruana». Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Marroquín, Amparo (2007). *El Salvador del mundo*. Migración, cultura y fiestas patronales de los salvadoreños. *ECA, Estudios Centroamericanos*, 62(699-700), 41-62.
- Meneses, Daniel (1896). *Versos a lo divino dedicados a Santa Rosa*. Biblioteca Nacional de Chile, Colección Rodolfo Lenz, VII, 39, Microficha 44.
- Merino, Asunción (2003). Relaciones entre gente, cultura y lugar en el fenómeno migratorio contemporáneo: los peruanos en España. *Revista de Indias*, 63(229), 737-756.
- Millones, Luis (1993). *Una partecita del cielo: la vida de Santa Rosa de Lima narrada por Dn Gonzalo de la Maza a quien ella llamaba padre*. Lima: Horizonte.
- Ministerio del Interior de Chile (2010). *Informe anual. Departamento de extranjería y migración*. Santiago.
- Morgan, Ronald (2002). *Spanish American Saints and the rethoric of identity, 1600-1800*. Tucson: University of Arizona Press.
- Mujica Pinilla, Ramón (2001). *Rosa Limensis: Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos-Fondo de Cultura Económica-Banco Central de Reserva del Perú.
- Oficina Central de Estadísticas (1876). *Quinto censo general de la población de Chile en 1875*. Valparaíso: Imp. Valparaíso.
- Rostworowski de Diez Canseco, María (1992). *Pachacamac y el Señor de los Milagros: una trayectoria milenaria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salinas, Maximiliano (2005). *Canto a lo divino y religión popular en Chile hacia 1900*. Santiago: LOM.

- Sánchez Rodríguez, Susy Mariela (2002). Un Cristo moreno «conquista» Lima: los arquitectos de la fama pública del Señor de los Milagros (1651-1771). En Scarlett O'Phelan, comp., *Etnicidad y discriminación racial en la historia del Perú*, vol. 1 Lima: Instituto Riva-Agüero, Banco Mundial.
- Terazawa, Hiromi (2009). Procesión del Señor de los Milagros en Japón: desde el punto de vista de la transculturación. *Perspectivas Latinoamericanas*, 6.
- Urrismendi, Manuel Antonio de (1812). *Sermón panegírico que en honor y celebridad de la gloriosa virgen Santa Rosa de Santa María, patrona de la América Meridional, dixo en la Santa Iglesia Catedral de Lima el día 30 de agosto de 1812*. Lima: Imprenta de los Huérfanos.
- Van Deusen, Nancy (2007). *Entre lo sagrado y lo mundano. La práctica institucional y cultural del recogimiento en la Lima virreinal*. Lima: PUCP, IFEA.
- Vargas Ugarte, Rubén (1984). *Historia del Santo Cristo de los Milagros*. Lima: Centro de Proyección Cristiana.
- Walker, Charles (2012). *Colonialismo en ruinas. Lima frente al terremoto y tsunami de 1746*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto de Estudios Peruanos.

**EL MOVIMIENTO DE CONFRATERNIDAD OBRERA
PERUANO-CHILENA Y EL FINAL DEL GOBIERNO
DE GUILLERMO BILLINGHURST**

Miguel Rodríguez Hernández

La ruptura de relaciones diplomáticas entre Perú y Chile en 1910 provocó una nueva escalada en el conflicto fronterizo que mantenían ambos países por el destino de las provincias cautivas de Tacna y Arica. La elección presidencial de Billinghurst, dos años más tarde, abrió la posibilidad de negociar un entendimiento, pero los contactos que al más alto nivel se realizaron entre ambos gobiernos no lograron destrabar la situación. Surgió entonces, desde el Perú, la iniciativa de entablar un contacto amistoso entre las sociedades mutuales con la finalidad de crear un clima favorable en ambos países para avanzar en la solución del diferendo limítrofe. Las sociedades mutuales —que habían tenido un rol protagónico en la elección presidencial— actuaron en la ocasión como el brazo político del gobierno peruano y acordaron con sus pares chilenos el intercambio de delegaciones obreras que visitarían Lima y Santiago para celebrar las fiestas patrias en los respectivos países. A partir de este episodio poco conocido de nuestra historia queremos reflexionar sobre la participación política de las sociedades mutuales en el gobierno de Guillermo Billinghurst y sobre sus consecuencias.

La sociedad peruana de fines del XIX e inicios del XX experimenta cambios económicos y sociales que paulatinamente la transforman, dejando de ser una sociedad tradicional para convertirse en una sociedad de clases. En esta sociedad en transición va a emerger una incipiente clase obrera y sectores medios, y con ellos aparecerán nuevas formas organizativas y de acción política de los trabajadores. El mutualismo era por entonces el representante del mundo del trabajo ante los poderes públicos; cumplía un papel importante en la vida política del país articulando a las élites y las clases populares, un rol que va a ser cuestionado con la aparición de los grupos anarquistas.

Durante el gobierno de Billinghurst la lucha política que enfrentó a anarquistas y mutualistas se agudizó. En un clima de apertura a los sectores populares se fomentó la participación política del mutualismo, convertido en el aliado más importante del gobierno; y se toleró el avance del anarquismo, fortalecido por el incremento de la movilización popular y las expectativas que la asunción de Billinghurst generó. Los grupos anarquistas van a encontrar en el movimiento de confraternidad que impulsa el mutualismo una nueva oportunidad para confrontarlos. Contaron para ello con el apoyo de los ácratas del sur, con quienes boicotean las actividades de la delegación oficial en Chile.

Las acciones desarrolladas en el marco del movimiento de confraternidad obrera tuvieron amplia repercusión en la prensa de la época, difundiendo el americanismo y creando un clima de distensión en ambas sociedades. Si bien no tuvieron un impacto significativo en el problema de fondo —la solución del conflicto limítrofe—, sí tuvo importantes consecuencias en la política doméstica del Perú y en el movimiento obrero.

1. LOS ANTECEDENTES

En marzo de 1910 Perú y Chile habían roto relaciones diplomáticas. Desde entonces, la campaña de chilenización en las provincias del sur, que ya llevaba una década, se profundizó tornando más tensa la situación. En 1911 los ataques a los peruanos arreciaron. Ese año se formó en Iquique una Liga Patriótica chilena que atacó las propiedades de peruanos y promovió la expulsión de los obreros connacionales que trabajaban en las salitreras. El gobierno chileno hizo un llamado al servicio militar obligatorio, provocando que muchos jóvenes peruanos de Tarapacá, Tacna y Arica emigraran a Lima. En mayo una turba atacó y destruyó las imprentas de los diarios peruanos *La Voz del Sur* y *El Tacora*, e irrumpió en el Club de la Unión, destrozando el mobiliario y produciendo graves daños al local (Basadre, 2005, p. 40).

La ofensiva chilena ocurría en distintos frentes: por un lado el hostigamiento a la población peruana; por otro, la cancillería realizó contactos con países limítrofes para sumarlos a su causa, suministrando pertrechos bélicos a Colombia y Ecuador, mientras que en el terreno diplomático proponía condiciones desventajosas para la realización del plebiscito que de acuerdo al Tratado de Ancón decidiría la suerte de las provincias cautivas. La consecuencia de esta política inamistosa alimentó el rencor y el deseo de venganza latente en la sociedad peruana.

Durante el gobierno de Leguía (1908-1912) el Perú estuvo en conflicto casi simultáneamente con todos sus vecinos. La guerra se pudo evitar con Brasil y Bolivia, con quienes se celebraron nuevos tratados limítrofes. Con Ecuador y Colombia hubo enfrentamientos armados y aunque la situación se mantuvo sin cambios no produjo

daños al Perú. Sin embargo, el problema con Chile no solo permanecía sino que cobraba nuevo impulso hacia fines de 1911 e inicios de 1912, cuando comienzan a llegar a Lima los repatriados de Tarapacá, creando un problema social que el gobierno debió enfrentar procurándoles alojamiento y trabajo¹. La llegada masiva de repatriados hizo cotidiano un problema que ocurría en la lejana frontera sur y se convirtió en un problema político para las autoridades en vísperas del proceso electoral en el Perú. El conflicto con Chile no estaría ausente en la campaña electoral que se avecinaba y enfrentaría a dos candidatos —Guillermo Billinghurst, nacido en Arica y Ántero Aspíllaga, hijo de padre chileno— con vínculos en el país del sur, por lo que no faltaron las críticas cruzadas respecto a la utilización política del tema².

La ocurrencia de un nuevo conflicto armado no era vista como algo lejano. Por el contrario, no es exagerado afirmar que la sociedad peruana de entonces se preparaba para ese escenario. Varios hechos pueden dar crédito a esta afirmación. En 1912 se dio un incremento sustantivo del presupuesto militar³, al año siguiente la nueva Ley de Servicio Militar elevó a 382 000 peruanos el número de inscritos⁴ y el adiestramiento militar en los colegios se tornó en práctica habitual. Por otro lado, hay un hecho que nos parece sintomático del clima reinante, y tiene que ver con el inusitado incremento de los clubes de tiro durante el gobierno de Billinghurst. El general Enrique Valera, en memoria presentada al Congreso Extraordinario de 1913, señala que solo en ese año habían sido reconocidos ochenta nuevos clubes, lo cual elevaba el número total de 192 con más de 15 000 tiradores inscritos. A su vez, la amplia acogida que recibió la campaña de la Asociación Pro-Marina y el recibimiento de héroe que se le tributó en abril de 1912 al coronel Benavides, triunfador en Caquetá, da cuenta del ánimo de revancha que persistía en la sociedad peruana, que se preparaba ante la posibilidad de un conflicto.

¹ En solo un par de días llegaron durante el mes de enero al puerto del Callao 800 repatriados. *El Comercio*, 17 de enero de 1912.

² El 1º de enero de 1912 se realizó un mitin frente a Palacio de Gobierno encabezado por el diputado obrero Castañeda, dirigente de la Confederación de Artesanos. La utilización política de parte del ejecutivo fue criticada desde las páginas de *El Comercio*, que entonces estaba en línea con el opositor Partido Civil Independiente (*El Comercio*, 2 de enero de 1912). Los repatriados participarían en la campaña electoral apoyando mayoritariamente a Guillermo Billinghurst. Durante el gobierno de Billinghurst algunos de ellos se integraron al Comité de Salud Pública, organización gobiernista que hostigaba a los opositores al régimen. El grupo era liderado por Justo Casaretto, dirigente mutual muy cercano al presidente.

³ El gasto militar subió un 65% en 1912 respecto del año anterior, pasando de 523 968 Lp a 864 664. A pesar de los conflictos externos, el presupuesto militar venía reduciéndose desde 1909 (Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, Guillermo E. Billinghurst Angulo, al Congreso Nacional, 5 de setiembre de 1913).

⁴ Discurso del Presidente Billinghurst ante el Congreso, 28 de julio de 1913.

Una vez nombrado presidente de la república, Billinghurst no pudo ni quiso evadir el problema. En su discurso de asunción del mando ante el Congreso expresó la necesidad de que el Perú tuviera una política de paz exterior que asegurara su paz interna, la cual era entendida como condición necesaria para el desarrollo del país. Poner la casa en orden implicaba, entre otras cosas, solucionar los conflictos limítrofes. Nacido en Arica, la guerra lo convirtió en extranjero en la tierra que lo vio nacer. A lo largo de su extensa carrera, Iquique se convirtió en su refugio y el lugar donde se asentaba su fortuna personal vinculada a la explotación del salitre. En esta ciudad fue cónsul del Perú luego de la guerra, período en el cual elaboró buena parte de su obra intelectual, en la que muestra preocupación por el desarrollo regional y la suerte de sus compatriotas⁵.

2. EL ACUERDO HUNNEUS-VALERA

A poco de iniciar su gobierno, Billinghurst promovió, a través del canciller peruano Wenceslao Varela, un acercamiento. Para ello se apoyó en la vieja amistad que mantenía con el ministro chileno Valdés Cuevas, cuñado del entonces presidente Ramón Barros Luco. Por su intermedio hizo llegar al gobierno chileno una propuesta de solución al conflicto. Esta consistía en postergar el plebiscito —en el que votarían los residentes con cinco años de antigüedad en la zona— hasta 1931, el pago de Chile al Perú de 30 mil libras esterlinas por año hasta la realización del plebiscito y que quien resultara ganador del referéndum abonara una suma a determinarse. La propuesta era ventajosa para Chile, que tendría tiempo suficiente para asegurarse la victoria en el plebiscito. Aun así, el canciller chileno Antonio Hunneus contestó al ofrecimiento modificando dos aspectos de la propuesta original. Chile pedía que los habilitados para votar tuvieran al menos un año de residencia en la zona y que el pago al Perú fuera de 500 000 libras esterlinas, con la condición de que fueran devueltas en caso de que el triunfo en el plebiscito le correspondiera a Chile.

El acuerdo debía ser refrendado por las cámaras legislativas de los dos países. Para dar cumplimiento a esta exigencia Billinghurst se presentó al Congreso el 30 de noviembre de 1912, y expuso en mensaje secreto las razones para celebrarlo. En él mencionó los conflictos que se suscitaron con Ecuador, Bolivia y Colombia, y la inviabilidad de recurrir a la fuerza dada la superioridad militar chilena, por lo que en su opinión solo quedaba el camino de negociar, aunque fuera en condiciones desventajosas. Respecto a la postergación del plebiscito, argumentaba que se necesitaba

⁵ Sergio González Miranda ha escrito una completa biografía sobre Billinghurst, *Guillermo Billinghurst Angulo: una biografía regional* (2000), en la que aporta datos poco conocidos sobre su juventud y sus relaciones en la escena oficial chilena.

dejar transcurrir un tiempo para consolidar las instituciones nacionales, acrecentar la hacienda y levantar la moral como requisitos para disputar con dignidad y triunfar en el plebiscito (Basadre, 1983). Las autoridades chilenas conocieron con anterioridad el mensaje que Billinghamurst dio al Congreso, lo cual terminaría enredando el acuerdo. La propuesta fue rechazada por la oposición y le valdría la acusación de pro-chileno que le endilgarían sus enemigos políticos cuando busquen justificar el golpe de estado que lo desalojó del poder. Una de las cámaras del parlamento chileno aprobó el acuerdo, pero finalmente la otra nunca lo trató, por lo que las posibilidades de algún tipo de acuerdo naufragaron.

Pese al revés sufrido, Billinghamurst persistió. Según afirma Marín (1999, p. 25), en la correspondencia entre los hermanos Juan y Felipe Pardo este último afirma en carta fechada en abril de 1913 que el presidente le había ofrecido la legación en Santiago. Esto da a entender que Billinghamurst aún mantenía esperanzas, probablemente fundadas en la buena acogida que por entonces tenían en algunos sectores de la sociedad chilena las primeras acciones del movimiento de confraternidad, su carta final para alcanzar un acuerdo.

No está claro cuál fue el origen de la iniciativa, si fue un último intento de Billinghamurst, que confiaba en sus buenas relaciones con prominentes figuras del gobierno de Chile, o quizás una idea sugerida por el literato y político argentino Manuel Ugarte, que en los meses de febrero y marzo de 1913 estuvo en Lima como parte de la gira latinoamericana que realizaba con el objetivo de difundir el ideal americanista. Lo que parece menos probable es que la iniciativa haya surgido de las sociedades mutuales, las que en definitiva serían los protagonistas del movimiento de confraternidad.

3. MANUEL UGARTE EN LIMA Y LOS PRIMEROS CONTACTOS

Los primeros contactos para formalizar el movimiento de confraternidad obrera peruano-chileno entre las sociedades mutuales del Perú y Chile ocurrieron a pocos días del arribo de Manuel Ugarte a Lima en febrero de 1913. Años después, al narrar su impresión del país a su arribo escribió sobre el problema con Chile: «Lo primero que se percibe al llegar al Perú, es la obsesión de la revancha. La guerra del Pacífico, [...] ha dejado en esa República, particularmente predispuesta por su vibración fina y su cultura superior a las emociones extremas, un deseo perseverante y una voluntad ansiosa de recuperar los territorios perdidos y la situación anterior» (Ugarte, 1962, p. 114).

Ugarte, literato y político argentino nacido en el seno de una familia acomodada, partió a Europa en su juventud para completar su formación académica, como muchos intelectuales latinoamericanos de su tiempo. Su vocación política no tardó

en aparecer: luego de dos años en Europa viajó en 1900 a los Estados Unidos, y a partir de ese viaje el joven escritor utilizará la pluma con otros fines, interesándose por los temas sociales. A su regreso a la Argentina en 1903 se vinculó al Partido Socialista de Juan B. Justo y Alfredo Palacios. En 1911 publicó su libro *El porvenir de la América Española*. En él criticaba con dureza la injerencia norteamericana en Latinoamérica y a las oligarquías criollas asociadas al capitalismo extranjero, a quienes responsabilizaba por la desarticulación interna de nuestros países; e impulsaba la idea de una patria americana, construida a partir de nuestro origen, lengua y costumbres comunes. Luego de la publicación del libro Ugarte inició una extensa gira latinoamericana —que no estuvo exenta de problemas diplomáticos y controversia— para difundir el ideal americanista. Fue expulsado de algunos países y en otros no se le permitió el ingreso, por lo que su arribo a Lima venía precedido de una gran expectativa. En su periplo supo ganarse las simpatías de los intelectuales, estudiantes y las sociedades obreras que colmaron los auditorios en los que el conferencista se presentaba.

A poco de su arribo a Lima se entrevistó con Billinghamurst, de quien tuvo la mejor impresión: «Me sorprendió, sobre todo, cierta modalidad curiosa de su espíritu. En su conversación abundaban más las preguntas que las afirmaciones. Y esa inclinación era la más significativa de la personalidad y del momento. Aquel hombre no aspiraba mandar, sino a dirigir. Apreciable progreso en nuestra América, donde alrededor de casi todas las presidencias había un reflejo de dictadura» (Ugarte, 1962, p. 115).

En los primeros días de su estadía en Lima visitó también a González Prada en la Biblioteca Nacional, y luego hizo lo propio con Ricardo Palma, Alberto y Luis Ulloa, Abraham Valdelomar y Riva Agüero. Pero el día central de su visita fue el 3 de marzo, cuando dio una conferencia en el teatro Municipal. Su disertación se centró en las luchas por la independencia, haciendo hincapié en las diferencias entre las dos Américas, la anglosajona y la latina, sin rehuir a los temas de actualidad⁶ como tampoco el referirse a los problemas entre Perú y Chile. Al finalizar su disertación exhortó a solucionar dentro del derecho y el respeto mutuo los problemas limítrofes, expresando además que de un justo arreglo entre los dos países dependía acaso la salvación de América (Ugarte, 1910, p. 93). La conferencia fue un éxito y a su término el poeta José Gálvez pidió a los presentes acompañar al conferencista de regreso a su hotel. Fue un camino de triunfo en el que las manifestaciones de aprecio al visitante se multiplicaron.

Al culminar su estadía y pronto a continuar su gira con rumbo a Bolivia, se enteró de que sus dichos en Lima fueron tergiversados por la prensa chilena y ecuatoriana.

⁶ Criticó la pretensión norteamericana de comprar las islas Galápagos a Ecuador y se refirió a la cuestión del Putumayo que por entonces se ventilaba en Londres.

A pesar de que Ugarte había sido muy cauto, el diario *El Mercurio* de Santiago publicó un agresivo editorial titulado «Manuel Ugarte contra Chile». El diario chileno afirmaba que Ugarte había dicho en Lima que Chile «...tuvo la honra de inaugurar el régimen de la conquista en el Continente» (Ugarte, 1962, p. 117). El mismo editorial lo invitaba a renunciar a su viaje y personas cercanas en Santiago le aconsejaron en el mismo sentido. A pesar de ello, Ugarte no se amilanó y reafirmó su intención de continuar su gira como estaba programada; primero viajaría a Bolivia y de ahí partiría a Chile.

Para entonces ya se habían iniciado los contactos entre la Confederación de Artesanos Unión Universal (CAUU) y las sociedades obreras chilenas, promoviendo el encuentro de las sociedades obreras de ambos países y que dio nacimiento al movimiento de confraternidad. La iniciativa partió de la central mutualista peruana, que a fines de febrero entabla contacto con sus pares chilenos. *La Crónica* reprodujo la información publicada en *El Mercurio* de Valparaíso, en la que se informaba que la CAUU había enviado una nota a don Pedro Malbran, dirigente mutualista chileno, en la cual se comunica que viajarían a Chile unos obreros peruanos con el fin de «demostrar la alta estimación que el obrero de esa república guarda para el de Chile y al mismo tiempo a hacer presente que jamás serán partidarios de una guerra entre los dos países»⁷, anunciando también una reunión de las sociedades obreras chilenas para acordar el recibimiento de sus compañeros del Perú.

La defensa nacional y la exaltación de la patria fueron rasgos identitarios del artesano peruano organizado en las sociedades mutuales. Esto no era simple retórica; los artesanos reclamaban con orgullo su participación en la defensa de Lima durante la guerra del Pacífico. Fueron ellas las que iniciaron las tradicionales romerías patrióticas recordando algunas fechas claves de la guerra: la principal ocurría en el mes de enero en conmemoración de las batallas de San Juan y Miraflores. Las sociedades mutuales fueron las iniciadoras del ritual cívico y se encargaron de organizarlas entre 1909 y 1914, convirtiéndolas en las manifestaciones populares más grandes de la época. Cuando el Perú rompió relaciones diplomáticas con Chile, la Asamblea de Sociedades Unidas (ASU), la mayor central mutual de entonces y rival de la Confederación, hizo público un comunicado en el que decía; «La clase trabajadora se ofrece al gobierno de la nación de una manera abnegada e incondicional para defender con todo sacrificio —y en caso de verdadera necesidad— los altos intereses de la patria»⁸, al tiempo que reclamaba a los trabajadores estar alertas y tener confianza en las gestiones del gobierno.

⁷ *La Crónica*, 14 de marzo de 1913.

⁸ *El Comercio*, 13 de febrero de 1910.

Las sociedades mutuales tuvieron un papel clave en la elección de 1912 y el nombramiento de Billinghurst como Presidente de la República (González, 2005; Torrejón, 2010; Leceta Gálvez, 2005). Osmar González (2005) explica la elección de Billinghurst como el resultado de dos condiciones: por un lado, las grietas aparecidas en el sistema de dominación, que permiten la aparición del antecedente del populismo peruano y que se producen a raíz de la falta de consenso en el sistema político para elegir un sucesor al presidente Leguía; por otro, el proceso de organización y concientización política de los sectores populares urbanos inmersos en el denso tejido social, que se articulan a través de las sociedades mutuales. Billinghurst apoyó su candidatura presidencial en la movilización del mutualismo, con quienes había estrechado relaciones a partir de su pasaje por la alcaldía de Lima en 1909. Ya en la presidencia, algunos dirigentes del mutualismo —entre ellos dos de las figuras más destacadas del movimiento de confraternidad, Víctor Pujazón⁹ y Federico Ortiz Rodríguez¹⁰— organizan la base social de apoyo al gobierno y serán consejeros y personas de entera confianza de Billinghurst. Esto nos hace suponer que la iniciativa partió del gobierno peruano, ya que parece poco probable que los primeros contactos se hubieran efectuado sin el conocimiento de Billinghurst.

4. UGARTE Y PUJAZÓN EN CHILE

A mediados de abril viajó a la capital chilena Víctor Pujazón como delegado de la CAUU para reunirse con las sociedades mutuales chilenas. Su arribo se produjo casi en simultáneo con la llegada de Manuel Ugarte, procedente de La Paz. A diferencia de lo que había ocurrido en el Perú y en Bolivia, el presidente chileno Ramón Barros Luco no respondió al telegrama enviado por Ugarte en el que le solicitaba una entrevista. A pesar de ello y con el correr de los días, el conferencista se fue ganando la confianza del mutualismo chileno y diarios de Antofagasta y Valparaíso salieron en su defensa acusando de calumnia y mala fe los artículos publicados por *El Mercurio* referidos a sus dichos en Lima.

⁹ Cuando en marzo de 1910 Perú y Chile rompieron relaciones diplomáticas, Billinghurst se encontraba en Santiago por motivo de negocios acompañado por Pujazón, quien era obrero tipógrafo e integrante de la Confederación de Artesanos. En sus memorias, Luis E. Valcárcel señala que fue «uno de los cabecillas de la candidatura de Billinghurst, experto en movilizar a las masas partidarias y organizador de conferencias en diversos centros gremiales e institucionales. Era un hombre fuerte y paternalista. Fue quien nos llevó a Abel Angulo, Abraham Valdelomar y a mí a dar nuestras primeras conferencias ante público obrero» (Águila, 1997, p. 179).

¹⁰ Ortiz Rodríguez, de profesión agricultor, fue un destacado dirigente de la Asamblea de Sociedades Unidas en la huelga de Vitarte de 1911. Por entonces era el director del diario *La Acción Popular*, firme defensor del gobierno de Billinghurst y defensor de la idea de clausurar el Congreso en la hora última del régimen.

Ugarte y Pujazón compartieron varias actividades en Santiago, como el agasajo que brindó a los visitantes el directorio del Partido Demócrata, vinculado al mutualismo chileno. En el banquete los oradores abundaron en expresiones en favor de la confraternidad y la unión americana, así como en elogios a la tarea emprendida por Ugarte. Días más tarde, junto a otro argentino, Belisario Roldán, fueron recibidos nuevamente por los demócratas y la directiva del Partido Socialista. Según el periodista de *La Crónica* que acompañaba a Pujazón en Santiago, se brindó por el acercamiento de peruanos y chilenos dando vivas al Perú¹¹.

En estos encuentros de camaradería se fueron concretando los detalles de las acciones a desarrollar por las delegaciones, y el movimiento de confraternidad gana rápidamente la adhesión de las mutuales chilenas. En los primeros días de junio, sesenta presidentes de sociedades obreras, de socorros mutuos, de comerciantes y deportivas se reunieron en la Sociedad de Artesanos Unión para nombrar la comisión que visitaría Lima en fiestas patrias. La asamblea fue presidida por Nolasco Cárdenas, diputado obrero por Valdivia, Víctor Pujazón y los presidentes de las tres sociedades obreras más antiguas de Santiago. Además de esta reunión se realizaron en esos días otras en Talca, Rancagua y Valdivia con el fin de nombrar delegados.

Los tres diarios más importantes de Lima—*La Crónica*, *El Comercio* y *La Prensa*—acompañaron las actividades del emisario peruano y reportaron sobre el avance de sus gestiones, así como también de las resistencias de algunos sectores de la sociedad chilena. *La Crónica* reprodujo una nota aparecida en un diario de Valparaíso donde se afirma que el general Montes había declarado que Ugarte había venido a pedir a Chile la cesión de Arica a Bolivia. En la misma nota se afirma también que en Chile reina el pesimismo respecto a un acuerdo amistoso.

Finalmente el 16 de junio, 114 delegados en representación de 57 sociedades obreras de Santiago eligen el comité chileno del movimiento de confraternidad, que a la postre designaría a la delegación chilena y se encargará de preparar la recepción de los delegados peruanos que los visitarán en setiembre para las fiestas patrias de ese país.

Los contactos entre el mutualismo de ambos países y la creciente expectativa provocaron algunos recelos en la política doméstica chilena. El corresponsal de *La Crónica* en Santiago afirmó que era materia de comentarios en los círculos obreros de la capital chilena la actuación de Pedro Malbrán, presidente del Partido Nacional Progresista, quien según el periódico había realizado constantes y variadas insinuaciones a las sociedades obreras limeñas¹².

¹¹ *La Crónica*, 29 de mayo de 1913.

¹² *La Crónica*, 15 de junio de 1913.

Malbrán fue el dirigente con quien se entablaron las primeras comunicaciones desde la CAUU, pero ante la expectativa creciente que generaba el movimiento fue desplazado por el Partido Demócrata, que acapararía la representación chilena a través de sus vínculos con el mutualismo. Los demócratas chilenos eran entonces aliados del gobierno de Barros Luco, por lo que el movimiento de confraternidad iba tomando un carácter oficial en ambas países. Aun así, el centenar de sociedades reunidas en las numerosas asambleas organizadas por todo el país, así como el interés que el movimiento iba cobrando en la escena pública y las disputas por alcanzar un rol protagónico en el movimiento, dan cuenta del interés que la iniciativa había despertado.

5. «SI TANTA BELLEZA FUESE REALIDAD»

El éxito de la misión de Pujazón fue ampliamente difundido por la prensa de ambos países, lo cual motivó la reacción de los grupos anarquistas peruanos y chilenos, que también iniciaron contactos para desenmascarar lo que consideraban una farsa. A comienzos de 1913 se había creado la Federación Obrera Regional del Perú (FORP), y el 1º de mayo de ese año anunciaban sus fines a través del periódico *La Protesta*, así como su intención de confrontar a las instituciones representativas del mutualismo, la CAUU y la ASU¹³.

A partir de 1911 los anarquistas peruanos habían iniciado un proceso de reorganización: al nacimiento de la Unión Obrera Textil de Vitarte, el Comité de Propaganda Sindical y la organización del grupo «La Protesta», que daría vida al periódico del mismo nombre, se sumarían la aparición de nuevos grupos en el Callao y una mayor presencia en las sociedades obreras y la movilización política durante el período electoral. La creación de la FORP era un paso más en el camino ascendente de la influencia anarquista entre los trabajadores, con el aliciente de haber sido los abanderados, pocos meses antes, de la conquista de la jornada de ocho horas para los jornaleros del puerto del Callao. Se beneficiaban también del clima de apertura política y movilización que se vivía en los primeros meses del gobierno de Billinghurst.

¹³ «Aquellas dos instituciones, viejas carretelas que llevan sobre sí el enorme fardo de apetitos malsanos, de riñas personalistas y lacayescas componendas, cuyos conductores serviles a todos los bandos políticos, actualmente baten palmas al escándalo [...], representantes de cofradías que pregonan un mutualismo que no entienden y mucho menos practican y que ofrecen a sus asociados un ridículo socorro que muchas veces se niega o no llega a tiempo; aquellas dos instituciones que por sí y para sí se abrogan la representación obrera, tienen hoy a su frente un joven organismo netamente obrero, que viene a la vida con un vasto programa de educación social y societaria y un alto fin de dignificar el trabajo, procurando la emancipación del obrero por el esfuerzo y la acción sindical e idealista del obrero mismo» (*La Protesta*, 1º de mayo de 1913, p. 2).

La recién constituida FORP ve en el movimiento de confraternidad que impulsan las sociedades mutuales afines al gobierno una oportunidad para confrontarlas. Desde las páginas de *La Protesta* Manuel Caracciolo Lévano expresa la posición ácrata, afirmando no estar en contra de tender lazos de hermandad pero criticando al mutualismo por hablar de confraternidad cuando al mismo tiempo hacen culto de la patria. Por ello entienden que detrás de estas acciones no hay más que un acercamiento con fines políticos, cuyos alcances no llegan a precisar. Con desilusión observan que los obreros peruanos no han dado aún un paso de verdadero altruismo y confraternidad hacia sus hermanos chilenos, pues ninguna sociedad ha exteriorizado sentimientos en tal sentido.

Para los anarquistas el nombramiento de comisiones de visita era una farsa motivada por influencias palaciegas, y los delegados eran «personas serviles y capituleros de oficio» que no representan genuinamente a los obreros peruanos ni chilenos. La crítica anarquista se fundamenta en dos razones. Primero, en la contradicción entre el discurso mutualista y sus acciones cotidianas. Los anarquistas dicen que los mutualistas pregonan un amor que no es tal porque su patriotismo cesa del otro lado de un monte, de un río, de una raya sobre el papel. Un amor que se detiene en la frontera no es amor, sostienen. En segundo lugar, la línea divisoria que trazan los ácratas no es una frontera que separa países sino clases sociales, al trabajo del capital, a obreros de capitalistas; es por esta razón que cuestionan la integración de las comitivas.

Con estos argumentos los anarquistas van a interferir en las acciones iniciadas por el mutualismo, reivindicando para sí la auténtica representación de la clase obrera. Comentando el viaje del «semi burgués» Víctor Pujazón a Chile, dicen con sorna: «Si tanta belleza fuese realidad, en todo el calor de nuestro entusiasmo, ensalzaríamos tan magna obra; porque de la unión y armonía de ambos pueblos, [...] brotarían indudablemente la rebelión social de estas regiones»¹⁴.

Denuncian la contradicción mutualista, que así como hoy habla de confraternidad ayer recaudaba fondos para dotar de armas al ejército y la fundación Pro-Marina, y se preguntan qué ocurriría si fueran conducidos por la fuerza a los campos de batalla: «¿desertarían luego de las filas, o matarían primero a quienes los empujan a la guerra, antes de disparar las armas contra sus hermanos chilenos [...]?»¹⁵.

Días antes del arribo de la delegación chilena los anarquistas peruanos establecen contacto con los ácratas de Santiago. Con fecha 19 de julio de 1913 el periódico anarquista *La Batalla* de Chile publica una carta dirigida a «Los compañeros de Lima», donde ponen en su conocimiento que quienes organizan e integran el comité

¹⁴ *La Protesta*, 30 de junio de 1913.

¹⁵ *La Protesta*, 30 de junio de 1913.

de fraternidad son personalidades del mundo político. Anuncian también que harán lo posible para que viaje en la delegación chilena un representante de las organizaciones de resistencia o la prensa obrera, y piden a los ácratas peruanos el envío de información y trabajar juntos para «descubrir la ridícula trama burguesa»¹⁶.

6. LA DELEGACIÓN CHILENA EN LIMA

El itinerario de la delegación chilena se puede reconstruir a través de la amplia cobertura que hizo la prensa de su visita a Lima¹⁷, al igual que el periplo de las delegaciones peruanas en Chile. Días antes de su arribo se realizó una concurrecida asamblea presidida por Ortiz Rodríguez (ASU) en la sala de sesiones de la Municipalidad de Lima, a la que asistieron un centenar de representantes de los distintos gremios y sociedades obreras para organizar la recepción.

El 24 de junio de 1913 arribó al Callao la delegación chilena, compuesta por quince miembros y presidida por Lindorio Alarcón, diputado obrero por la provincia de Taltal. La elección de los integrantes de la delegación había sido el resultado de numerosas asambleas realizadas en Valdivia, Concepción, Chillán, Talca, Santiago, Quillota, Viña del Mar, Valparaíso y Arica, lo que da cuenta de la amplitud del movimiento. El comité de bienvenida, presidido por Ortiz Rodríguez, condujo a los delegados al teatro Mazzi caminando por las calles del Callao y acompañados por una multitud que daba vivas a los visitantes. Ya en el teatro, Carlos del Barzo, de la recientemente fundada Confederación General de Trabajadores (CGT)¹⁸, dio las palabras de bienvenida y Víctor Pujazón presentó uno por uno a los miembros de la delegación¹⁹. En el acto también se hizo presente un grupo de anarquistas para invitar a los chilenos al local de la Federación Marítima y Terrestre del Callao, encuentro que se produciría varios días después.

La mayoría de los delegados chilenos eran artesanos, varios de ellos miembros y altos dirigentes del Partido Demócrata de Chile. La nota distinta la pone José María Pizarro, zapatero de filiación anarquista, como probablemente también

¹⁶ *La Protesta*, agosto de 1913.

¹⁷ Para este trabajo hemos consultado los periódicos *La Crónica*, *La Unión*, *Revista Variedades* y el periódico *La Protesta*, que a su vez reproduce información publicada en *La Batalla*, periódico anarquista de Chile.

¹⁸ Esta institución agrupó a un conjunto de dirigentes y sociedades provenientes del anarquismo, como Carlos del Barzo y Fernando Vera y dirigentes mutualistas que apoyaban al gobierno. La nueva institución incorporaba parte de la tradición mutualista, reclamando medidas de protección a los trabajadores como la creación de bolsas de trabajo, cooperativas de consumo y liberación de aranceles a los productos alimenticios con el objetivo de aliviar la condición de la clase obrera. Orientaba a los trabajadores a la formación de organizaciones sindicales y creía en el antagonismo de clases.

¹⁹ *La Crónica*, 25 de julio, 7.

lo fuera Urbina, peluquero de profesión, ambos de Valparaíso. Su presencia hace suponer que los grupos ácratas de Valparaíso lograron el cometido que se habían propuesto infiltrando delegados en la comitiva oficial.

Luego de la recepción en el teatro Mazzi, la delegación partió rumbo a Lima para alojarse en los hoteles Francia e Inglaterra, y por la tarde asistieron a una función en el Circo Francés. El 27 de julio fueron recibidos por Billinghamurst y al día siguiente asistieron a las celebraciones por fiestas patrias. Los días se sucedían y con ellos los agasajos y reuniones. Asistieron a un banquete en el hotel Maury, a la fiesta con motivo de la renovación de autoridades de la CAUU, otro banquete en el balneario de Barranco organizado por la CGT, visitaron la fábrica de madera de Ciurlizza y Maurer, pasearon en carruajes por la Alameda de los Descalzos. La delegación también participó de una excursión a Río Blanco, en la sierra de Lima, para lo cual se dispuso de un convoy especial que partió de la estación de Desamparados, con paradas en Chosica y Matucana, donde se sirvió el almuerzo amenizado por una banda de música e intercambiando brindis y vivas a la confraternidad obrera y la paz americana. El domingo 3, el delegado Clodomiro Figueroa, aviador y representante de las sociedades obreras de Santiago, dio una exhibición de aerodelismo en el hipódromo de Santa Beatriz, a la cual asistió numeroso público y a la que fueron invitados alumnos de escuelas públicas de la capital.

En la noche del 3 de agosto se realizó la velada central en el teatro Mazzi, ocasión propicia para que la delegación chilena hiciera entrega a las instituciones de Lima y el Callao de los presentes enviados por las sociedades obreras chilenas, entre los que destacaba una alegoría de bronce enviada por el gremio de ferrocarrileros. El diputado chileno Lindolfo Alarcón, presidente de la delegación, hizo uso de la palabra para agradecer las atenciones recibidas durante la estadía y anunciar la celebración de un pacto de alianza y confraternidad entre las instituciones obreras de ambos países. Los puntos acordados fueron:

1. Comprometerse a trabajar en cada país hasta levantar un movimiento de opinión que pusiera fin a las cuestiones que tienen separados a ambos pueblos.
2. Provocar esos mismos pactos con las corporaciones sociales obreras de las demás naciones latinoamericanas.
3. Construir comités nacionales representativos de las corporaciones sociales obreras de Chile y el Perú y en las demás naciones latinoamericanas que se adhieran, con el número y facultades que las mismas instituciones les otorguen en un reglamento especial.

4. Los comités fundarán los órganos de publicidad necesarios para la propaganda de estos elevados ideales y,
5. Convocar un Congreso obrero que tendrá lugar en Santiago de Chile el 10 de setiembre de 1914 con la concurrencia de todas las naciones latinoamericanas, a las cuales invitará el comité peruano-chileno²⁰.

Según el cronista de *La Unión*, la animada reunión culminó pasada la una de la madrugada con la entonación de los himnos nacionales de ambas repúblicas, saludados con frenéticas ovaciones de los presentes. El acuerdo firmado era lo suficientemente amplio como para contar con el consentimiento de las organizaciones mutuales de ambos países sin involucrarlas en compromisos mayores que pudieran afectar las relaciones con sus respectivos gobiernos. Se inscribía dentro de los cauces ideológicos del americanismo propugnado por Manuel Ugarte y que tan buena acogida estaba teniendo en los sectores obreros y artesanos del continente; la realización de congresos obreros se promovía como una forma eficaz de crear lazos de amistad entre los pueblos.

La convocatoria a un congreso obrero continental, acordada en la declaración de Lima, despertó la reacción de los anarquistas, que criticaron la medida pues aún estaba pendiente de concretarse el llamado hecho por la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) en 1906. Por ello, la FORP solicita a los anarquistas argentinos de la FORA que se reanuden los trabajos para concretar el aludido congreso y discutir las aspiraciones de solidaridad y redención social²¹. La lucha entre anarquistas y mutualistas en el Perú tiene su correlato en los demás países de la región. Así ocurría también en Chile, donde las sociedades mutuales eran las representantes del mundo laboral ante los poderes públicos y donde la influencia del anarquismo era casi marginal.

El acto organizado por los grupos anarquistas peruanos y al que fue invitada la delegación chilena, se realizó el mismo día que el acto oficial organizado en el teatro Mazzi donde se firmó el acuerdo mencionado; a él asistió uno de los delegados chilenos, José María Pizarro²². La reunión, en la Federación Marítima y Terrestre del Callao, comenzó con las palabras de Eulogio Otazú, quién dio la bienvenida y habló sobre la recién creada FORP. También hicieron uso de la palabra Sánchez por los

²⁰ *La Unión*, 5 de agosto de 1913.

²¹ *La Protesta*, setiembre de 1913. Año 3, Nº 25.

²² Posiblemente Pizarro no fue el único anarquista en la delegación chilena ni el único que asistiera a esta reunión. Emeterio Urbina, también de Valparaíso, participó activamente en las actividades que desarrolló Otazú en Chile; sin embargo en la reunión en la Federación del Callao *La Protesta* solo menciona la presencia de Pizarro.

tejedores de Lima, Delfín Lévano por oficios varios, Pedro Cisneros por *La Protesta*, Robles por la Federación Marítima y Terrestre del Callao, Antuniano, del grupo «Luz y Amor del Callao», y Caracciolo Lévano por los galleteros y anexos.

La Protesta recogió las palabras de Antuniano y Delfín Lévano. El primero se refirió a la condición material de los obreros de Lima, cuestionando la representatividad de «los hombres que han aceptado cierta cantidad de dinero de las arcas fiscales para sufragar los actos», quienes «brindan con champaña por una confraternidad simulada y frente a un pueblo famélico y andrajoso»²³. A su turno, Delfín Lévano borró las diferencias nacionales para trazar la división que separa al obrero del burgués:

[...] compatriota, es el amo que roba toda nuestra producción y felicidad, arrojándonos un mezquino salario apenas para no morirnos cansados y extenuados de tanto trabajar, compatriota es el gobernante, el legislador que promulga leyes opresoras que tratan de contener nuestras aspiraciones a una mejor existencia; compatriota es el que ordena la matanza de huelguistas indefensos, y compatriota es el Iscariote que dispara sus fusiles contra padres y hermanos que luchan por las reivindicaciones sociales. De allí que nosotros gritemos; «el obrero no tiene patria». En uno u otro país es explotado por patronos nacionales o extranjeros²⁴.

Para los anarquistas la paz entre las naciones se funda en el antipatriotismo y el antimilitarismo, en el rechazo a la guerra que satisface las ambiciones burguesas. El invitado, José María Pizarro, compartió lo expresado por sus anfitriones y afirmó que por desconocer el ambiente no se había atrevido hasta el momento a manifestar sus ideales. Tiempo después, cuando Eulogio Otazú viaja a Chile como delegado de las sociedades de resistencia, Pizarro lo acompañará en su periplo por tierras chilenas.

La delegación chilena partió de Lima el 4 de agosto. La jornada comenzó con una visita a Palacio de Gobierno, donde concurrieron para despedirse del presidente Billinghurst, posteriormente hicieron lo propio con Nicanor Carmona, alcalde de Lima. Luego se dirigieron al restaurante del Parque Zoológico donde los visitantes ofrecieron a las sociedades mutuales de la capital un suntuoso almuerzo para doscientos invitados. En el agasajo se hicieron presentes el prefecto de Lima, Orestes Ferro, en representación del gobierno; los concejales obreros y el cónsul chileno, los representantes de la CAUU, ASU y CGT; y periodistas de *El Comercio*, *La Crónica*, *Varietades* y *La Acción Popular*, junto con los representantes de todas las instituciones obreras de Lima. Al finalizar se dirigieron, acompañados por una multitud, a la estación de Desamparados, para tomar el tren que los llevaría al Callao a embarcarse en el buque «Victoria» rumbo a Chile.

²³ *La Protesta*, agosto de 1913.

²⁴ *La Protesta*, agosto de 1913.

Si la intención era crear un clima favorable a un entendimiento entre ambos países para resolver pacíficamente el diferendo limítrofe, las acciones desarrolladas en Lima y el entusiasmo que despertaron los visitantes en la capital permitían abrigar esperanzas. Sin embargo, las señales provenientes de la escena oficial eran menos prometedoras y las cancillerías no avanzaban en el problema de fondo. En el discurso por fiestas patrias el presidente Billinghurst anunció al Congreso que las relaciones con Chile se encontraban, a pesar de la voluntad del gobierno peruano, en la misma situación que en noviembre último²⁵. En esos días *La Crónica* publicó información recogida por *El Mercurio* de Chile y *La Prensa* de Argentina, en que se anunciaba que las conversaciones oficiales se iniciarían recién en el mes de noviembre en Río de Janeiro. El gobierno chileno no tenía mayor interés en apurar las negociaciones y quería desligarlas en el tiempo de las acciones del movimiento de confraternidad.

7. DOS DELEGACIONES PERUANAS

A poco de partir la delegación chilena, las centrales mutuales comenzaron la discusión sobre la conformación de la delegación peruana, al tiempo que los anarquistas evaluaban sus siguientes pasos. A fines de agosto la FORP se reúne en asamblea con representantes de la Sociedad de Galleteros y Anexos, Unificación Proletaria Textil de Lima, Gremio Liberal de Empleados, Solidaria de Obreros del Callao, Oficios Varios, Braceros de la Estrella, Unificación Obrera Textil de Vitarte, y resuelven enviar a Eulogio Otazú como delegado de las sociedades de resistencia peruanas.

La salida de Otazú se hizo en silencio; la noticia se haría pública varios días después a través de un comunicado de la FORP. El delegado de las sociedades de resistencia llegó a Chile con diez días de antelación. Mientras, las centrales mutuales se enfrascaban en una virulenta disputa por la integración de la delegación oficial.

El comité creado para nombrar a los integrantes de la delegación no lograba ponerse de acuerdo. La CAUU entonces elaboró una lista con diez nombres para fuera el mismo Billinghurst quien escogiera. Esto provocó la reacción de un sector de los confederados, que al no sentirse representados exigieron que se convoque a una elección abierta para designar los integrantes de la comitiva. En la discusión también intervino la CGT, que igualmente envió al presidente una lista de posibles nombres para que Billinghurst escogiera.

Enterada de las disputas en el mutualismo, *La Crónica* habla de división en la clase obrera y acusa de ella al gobierno por entrometerse. El problema se prolongó varios días, reeditando las frecuentes discusiones en el mutualismo, muchas veces

²⁵ Discurso ante el Congreso de la República del presidente Guillermo E. Billinghurst. 28 de julio de 1913.

motivadas por los apetitos personales de sus dirigentes. En la oportunidad disputan un cupo en la delegación, como en otras ocasiones lo hicieron por un puesto en una lista congresal o a las concejalías que los partidos les ofrecían a las sociedades obreras. La apertura política que promovió el gobierno, antes que abroquelar al mutualismo, promovió sus disputas internas y división.

El periódico *La Crónica* publicó el intercambio de telegramas entre el secretario del comité, Juan Goachet, y la Sociedad Obrera Humanitaria de Chiclayo, que había elegido un delegado y esperaba instrucciones desde Lima. La respuesta de Goachet, probablemente harto de las disputas fue la siguiente: «Varsallo, presidente Sociedad Obreros Humanitaria, Chiclayo. – obreros Lima anarquizados – cesó funciones comité – pídalas a su Alcalde, éste a Prefecto – Goachet»²⁶.

Juan Goachet era un reconocido dirigente confederado, tipógrafo y ex diputado obrero²⁷. Su larga trayectoria en el mutualismo había sido recompensada con el honorífico cargo de presidente del comité que nombraría la delegación oficial, pero las disputas al interior de la CAUU y con las demás centrales mutuales lo sobrepasaron. Otro integrante de la Confederación, José Manuel Vinatea Reynoso, de profesión joyero y dirigente popular de la primera hora del billinghurstismo, descarga sus dardos contra la institución por la poca transparencia en la designación de los delegados. Vinatea envía una carta a *La Crónica* en la que señala que la ASU y la CGT han procedido con más delicadeza y reclama que se realice una gran asamblea, presidida por el alcalde de Lima, en la que debían participar también los representantes de las fábricas y centros de trabajo²⁸.

Sus reclamos no fueron oídos y Billinghurst, en decisión salomónica, nombró la delegación oficial peruana, que quedó integrada por Federico Ortiz Rodríguez como presidente, Carlos Lora y Quiñónes y Darío Chumpitaz por la ASU, Víctor Pujazón y Arturo Salazar por la CAUU, Luis Ríos Castell y Filiberto Noriega por la recién creada CGT, Alberto Montes y Enrique Choisnet, Víctor Guzmán del Cusco, Emilio Baldeón de Cerro de Pasco, Vicente Quina de Tacna, Eduardo Wadsworth de Arequipa y Julio Reyes, Fernando Vera y Alberto Zevallos por el Callao. Con la comitiva también viajaron dos periodistas, Carlos Iturrizaga de *La Prensa* y Luis Bravo de *La Acción Popular*.

²⁶ *La Crónica*, 19 de agosto de 1913.

²⁷ En 1903 integró junto con Ramón Espinoza y Joaquín Capelo la comisión parlamentaria que formuló el proyecto sobre de Ley de Accidentes de Trabajo.

²⁸ *La Crónica*, 21 de agosto de 1913, p. 14. Esta asamblea se realizó el 25 de agosto en la biblioteca «Ricardo Palma», y asistieron trabajadores, jefes y maestros de las fábricas Ciurlizza Maurer, Lima Lumber, Sanguinetti y Dasso, González y Cía., Malhere, El Progreso, El Inca, La Victoria, Alavena y Centenario y Labrousse. Resolvieron presentar un memorial al presidente de la República protestando por la actitud asumida por la CAUU y la ASU.

El día de la partida, la delegación concurrió a Palacio de Gobierno para saludar al presidente Billinghurst y luego se dirigió al local de la CAUU en la calle Tigre. Más tarde partió rumbo a la estación de Desamparados, acompañados por la banda del regimiento de infantería y un nutrido público. De allí partió el convoy con seis vagones de primera clase que los condujeron al puerto, donde otra multitud calculada en dos mil personas asistió a su despedida. Las autoridades habían dispuesto la paralización de actividades en el puerto a partir del mediodía para despedir a la delegación, medida a la que se sumaron la mayor parte de las fábricas del Callao²⁹.

8. OTAZÚ Y LA DELEGACIÓN OFICIAL EN CHILE

Días antes de que arribara el delegado anarquista Eulogio Otazú a Valparaíso, las sociedades obreras de la ciudad organizaron una velada en el teatro Apolo con el fin de recaudar fondos. A ella asistieron los delegados chilenos Pizarro y Urbina, así como autoridades de la ciudad y el cónsul peruano³⁰. La Liga de Sociedades Obrera nombró también el comité de recepción de la delegación peruana y eligió a Pizarro como su presidente.

Otazú desembarcó en Valparaíso el día 5 de setiembre. Antes de pisar tierra firme, el delegado chileno Adolfo Arancibia, presidente de la Unión de Estibadores y Gente del Mar, y representante de las mutuales de Valparaíso subió a saludarlo, probablemente para evitar encontrarse con el nutrido grupo de anarquistas que esperaba a Otazú en el muelle Prat para conducirlo al local de los panaderos. La misma noche de su arribo Pizarro y Urbina organizaron otra velada en el teatro Apolo, donde dieron cuenta del viaje a Lima e invitaron a Otazú a dirigirse a los asistentes.

En su estadía en Chile el delegado peruano estuvo acompañado por los anarquistas chilenos del periódico anarquista *La Batalla*, que a través de Juan Velilla, secretario del comité de las sociedades de resistencia de Valparaíso informaba a *La Protesta* de sus actividades. El 8 de setiembre los anarquistas organizaron una manifestación pública en la Plaza O'Higgins, donde Otazú pudo dirigirse a las cuatro mil personas allí reunidas. Luego marcharon por las calles céntricas del puerto enarbolando banderas rojas y entonando las estrofas de *La Internacional*. Por la noche hubo una nueva conferencia en el salón del personal de Tranvías Eléctricos.

²⁹ *La Crónica*, 10 de setiembre de 1913, p. 7, y *La Unión*, 10 de setiembre de 1913, p. 1. La paralización de actividades tuvo una consecuencia inesperada. Los propietarios de los establecimientos comerciales y fábricas del puerto descontaron a sus trabajadores el medio jornal, lo cual suscitó una huelga que se prolongó por tres días y culminó cuando el gobierno decidiera afrontar el pago con dinero de las arcas fiscales. *La Crónica* 13 de setiembre.

³⁰ *La Crónica*, 23 de setiembre de 1913, p. 6.

La presencia de Eulogio Otazú, quien ofreció conferencias sobre la organización obrera y más tarde —en octubre y noviembre— participó de una importante huelga portuaria, contribuyó a reactivar las células anarquistas de Valparaíso y Santiago. El periódico *La Batalla*, señalando el contraste que existe entre el ácrata que «viene pagando pasaje de tercera, malamente alimentado, a costa y riesgo de sus representados; y la otra [...] nombrada por el gobierno en pasaje de primera y a bordo de un Crucero de Guerra»³¹, explicaba que la misión de Otazú era desenmascarar a la delegación oficial.

La delegación oficial peruana llegó a Santiago el 17 de setiembre, luego de haber hecho escala en Antofagasta, Coquimbo y Valparaíso, lugares donde fueron agasajados por las organizaciones laborales, autoridades políticas y el cónsul peruano. Al día siguiente de su arribo se realizó la recepción oficial en el teatro Municipal de Santiago y un banquete para agasajarlos. Por la tarde visitaron al presidente Barros Luco y en la noche la Municipalidad los invitó a presenciar desde sus balcones el desfile obrero y la procesión de antorchas organizados en su homenaje. La nutrida agenda de actividades de la delegación oficial incluyó paseos organizados por la Municipalidad de Santiago, recepción en diversas sociedades obreras de la capital, visita a la Penitenciaría y al Palacio de Bellas Artes, una ceremonia de bendición de la Sociedad Filantrópica Peruana, visita al albergue de veteranos de guerra, una recepción en el Club Democracia, una sesión solemne en la Universidad de Chile y un paseo al sur³². Todas las actividades públicas se desarrollaron con una nutrida presencia de trabajadores chilenos que lanzaban vivas a la delegación peruana, al presidente Billinghurst y al Perú.

Mientras esto ocurría en Santiago, los obreros de Lima devolvían las atenciones de que era objeto la delegación oficial, acordando celebrar con distintas manifestaciones el día 18 el aniversario patrio de Chile. La noche previa se realizó en el local de la CAUU una velada literario-musical presidida por Ramón Espinoza (ASU), presidente del comité mixto, a la cual concurrieron todos los concejales obreros, jefes de fábrica y talleres, además de numeroso público. A la mañana siguiente se organizó un desfile obrero hasta el monumento al «Dos de mayo», donde se pronunciaron discursos al pie de la estatua que simboliza a la República de Chile³³.

Si bien la prensa destacaba el clima social favorable a un entendimiento pacífico entre ambos países, las dificultades para la delegación oficial peruana no demoraron en aparecer. El mismo día que llegaron a Santiago también lo hizo Otazú acompañado de un grupo de anarquistas chilenos dispuestos a boicotear las actividades oficiales.

³¹ *La Protesta*, setiembre de 1913.

³² *La Unión*, 22 de setiembre de 1913, p. 2.

³³ *Variedades*, 20 de setiembre de 1913.

La presencia de Otazú movilizó a los anarquistas de la capital, que realizaron un mitin y un desfile por la Alameda de las Delicias, rumbo al Cerro Santa Lucía, y por la noche, cuenta el redactor de *La Batalla*:

[...] fueron a buscar a los sinvergüenzas enviados del gobierno peruano. La gran mayoría de los que allí esperaban ostentaban insignias rojas. Al llegar dichos delegados se treparon a un tabladillo ad hoc, queriendo el panzudo Ortiz Rodríguez hablar; pero el pueblo que simpatizaba con nosotros, se lo impidió con una fuerte silbatina. En seguida, Bravo, el huero periodista de «La Acción Servil», quiso decir algo, pero fue ahogado con las voces del pueblo que pedía hablara el delegado Otazú. Entonces este compañero subió al estrado, y habló al pueblo que lo aclamaba y daba mueras a los farsantes, quienes tuvieron que huir³⁴.

Días más tarde en la Universidad de Chile se organizó otra velada para agasajar a la delegación peruana, pero el acto fue nuevamente interrumpido. En las galerías del local un grupo de anarquistas escuchaba atentamente hasta que, según el relato de Velilla, «en vista de las majaderías y las contradicciones de los oradores, tuvimos que interrumpirles»³⁵. Desde la galería del teatro reclamaban a voz en cuello que hablara Otazú, por lo que la policía intervino desalojándolos por la fuerza, extendiendo la trifulca a las calles y en medio del escándalo las autoridades debieron dar por terminado el acto.

Ya de regreso en Valparaíso, la comitiva asistió el 6 de octubre al teatro Variedades, donde los anarquistas también se hicieron presentes. La reunión comenzó con la entonación de los himnos patrios y las palabras de los delegados Zevallos, Castro y Vera. La oratoria fue nuevamente interrumpida. Según el relato de Velilla los anarquistas protestaron porque al hablarse de la confraternidad de dos pueblos estaban de más esos «trapos de colores», proponiendo que si debía tenerse un símbolo que represente los deseos de fraternidad «sea la bandera roja como señal de revancha justiciera»³⁶.

A pesar de estos inconvenientes —que dejaron huella entre la delegación oficial peruana y Otazú—, la mayoría de las actividades se realizaron en un ambiente de camaradería. Los representantes del mutualismo peruano y chileno renovaron el compromiso logrado en Lima y firmaron un nuevo documento haciendo un llamado a los gobiernos para poner pronto término a las cuestiones pendientes. Pedían limitar la militarización y que se busque «aún sin convicciones expresas, equilibrios discretos»³⁷.

³⁴ *La Protesta*, octubre de 1913.

³⁵ *La Protesta*, octubre de 1913.

³⁶ *La Protesta*, noviembre de 1913.

³⁷ *La Crónica*, 12 de octubre de 1913.

Sería muy útil, señala el acuerdo, que mediante una propaganda racional se levante el ánimo de los pueblos y se fomenten los vínculos económicos, entre ellos los que faciliten las comunicaciones y promueven los intercambios recíprocos. Para ello sugerían la mayor liberalidad posible en los regímenes aduaneros. Afirmaba también que «la acción de las clases dirigentes y gobiernos, ordenada a mejorar la condición material de las masas y a ilustrarlas y moralizarlas es un medio seguro de promover el bienestar interno de nuestros países y de consolidar y de hacer fecunda la paz entre los mismos»³⁸.

Finalmente, se comprometían a permanecer unidos y formar una directiva para institucionalizar y dar continuidad a estas acciones, y trabajar para procurar la paz y armonía entre los pueblos. Los acuerdos de Lima y Santiago reflejan el sentir del mutualismo así como del ala popular del sistema político en ambos países. Aun así, era poco lo que las delegaciones podían avanzar en el tema de fondo y la presencia de las autoridades oficiales en las actividades desarrolladas daba cuenta de lo inocuo de la declaración para ambos gobiernos. A las autoridades chilenas el movimiento de confraternidad les permitía mostrarse favorables al diálogo, pero manejaban los temas por cuerdas separadas. Las conversaciones en el terreno diplomático se iban a reanudar recién en noviembre, esperando que las expectativas que el movimiento de confraternidad había generado se fueran diluyendo.

Dos episodios dieron la pauta de que la posibilidad de un acuerdo de fondo era mera ilusión. A principios de octubre el estado mayor del ejército chileno organizó una conferencia del comandante Charpin sobre el problema de Tacna y Arica. En ella el militar chileno abogaba por retener las provincias cautivas en virtud de su importancia estratégica. Lo dicho por Charpin fue recogido por la prensa de ambos países y su conferencia fue reproducida en Lima por el periódico *La Crónica*³⁹.

Por otro lado, en uno de los tantos banquetes a los que asistió la delegación, Ortiz Rodríguez cometió un desliz que fue amplificado por el periódico chileno *El Mercurio*. Según el diario, el presidente de la delegación habría afirmado en uno de los agasajos que «los políticos ambiciosos habían hecho creer que había odio a Chile en el corazón de los obreros peruanos y odio al Perú en el alma de los obreros chilenos», y más adelante afirmó que los trabajadores del Perú, «no querían ni un pedazo más, ni un pedazo menos de tierra, y que ya no será esa su pretensión, deseaban solo, unirse para siempre, comercial y moralmente, a sus hermanos del sur»⁴⁰.

³⁸ *La Crónica*, 12 de octubre de 1913.

³⁹ *La Crónica*, 5 de noviembre de 1913.

⁴⁰ *La Unión*, 6 de octubre de 1913.

Las declaraciones de Ortiz Rodríguez, dirigente de la ASU, director de *La Acción Popular* y personaje muy cercano a Billinghurst, provocaron reacciones indignadas en el Perú. La CGT desautorizó las expresiones del presidente de la delegación «en cuanto ellas puedan encerrar una declaración de la clase obrera del Perú a la que no pertenece»⁴¹, indicando que su misión no tiene ni puede tener ningún carácter político internacional.

El entredicho continuó con nuevas declaraciones y acusaciones cruzadas entre la CGT y la ASU, revelando las divisiones entre las organizaciones y los dirigentes más afines al gobierno. Estas ocurrían en una escena política que se iba radicalizando. Para entonces, a un año de haber asumido el cargo, Billinghurst estaba enfrentado a los altos mandos militares por la reducción del presupuesto de la institución; con el Congreso por la reforma electoral y con la Iglesia Católica a raíz de una modificación constitucional que prohibía la práctica de cultos y creencias que no fueran los católicos. Los múltiples vínculos entre la Iglesia, el ejército y las familias oligárquicas terminaron de cerrar el círculo opositor, cuyo ariete fue el Congreso.

A Billinghurst se le ha criticado porque en momentos en que arreciaba la presión de los grupos oligárquicos contra su gobierno no fue capaz de organizar a sus bases de apoyo, y en lugar de optar por organizarlos políticamente auspició una organización violentista como el Comité de Salud Pública, que propició el ataque a dirigentes civilistas y diarios opositores. Él era un veterano político demócrata, largo tiempo compañero de ruta de Nicolás de Piérola. Si bien en algún momento rompió con el viejo líder, su actuación política siempre fue cobijada por el partido y ante la muerte de Piérola, a mediados de ese mismo año, era su sucesor natural. De hecho nunca manifestó intenciones de formar un nuevo partido⁴². En la coyuntura recurrió al viejo expediente del amedrentamiento a la oposición, viejo recurso de la política decimonónica en el Perú al que los gobernantes de la República Aristocrática también supieron echar mano. De acuerdo con Osmar Gonzales, cuando Billinghurst inició su gobierno lo hizo bajo un formato de política populista democrática, y cuando el mandato fue interrumpido en febrero de 1914 bosquejaba una de tipo fascista (González, 2005).

Al cerrarse el cerco sobre Billinghurst, las centrales mutuales, que estaban jugando un papel importante en la escena política, se encuentran enfrascadas en disputas internas y con el anarquismo que les impiden cumplir el rol articulador entre las demandas de las clases populares y los poderes públicos. Noviembre fue un mes

⁴¹ *La Unión*, 11 de octubre de 1913.

⁴² Como lo hicieron Mariano Ignacio Prado, Miguel Iglesias o Andrés Avelino Cáceres estando en la presidencia.

crucial para el futuro del gobierno. En momentos en que el presidente se encontraba políticamente aislado, estalla una nueva ola de huelgas en el Callao y con ella se produce un incremento de la violencia política que radicaliza las posturas de los actores.

9. EL REGRESO A LIMA

La delegación oficial llegó al Callao el 21 de octubre y fue recibida por un entusiasta grupo de trabajadores que llevó en hombros a los delegados por las calles del puerto con rumbo al teatro Municipal y luego al consulado chileno, para más tarde partir rumbo a Lima, donde fueron recibidos en la estación de Desamparados por otro contingente de artesanos, obreros y comisiones de diferentes sociedades, dando vivas al Perú, al gobierno y a los delegados. Luego de un recorrido triunfal alrededor de Palacio de Gobierno y de saludar a Billinghamurst, a quien entregaron una medalla de oro a nombre de los trabajadores chilenos, se dirigieron al teatro Mazzi, donde se les tributó la bienvenida oficial y pudieron dar cuenta de su viaje. Al igual que ocurría el día de su partida, la mayor parte de las fábricas de Lima y Callao paralizaron sus labores para recibir a la comitiva⁴³. Una semana más tarde se celebró un gran banquete para 500 invitados en el restaurant del zoológico, al que asistieron conocidos artesanos, jefes de taller y presidentes de sociedades obreras, oportunidad en que los delegados entregaron las medallas recibidas en Chile⁴⁴. En la organización de su recepción y posteriores actividades participaron la CAUU, ASU, CGT, jefes de taller y otras organizaciones laborales de Lima y el Callao.

Entre tanto, Eulogio Otazú seguía en Chile, donde intervino en una importante huelga portuaria en Valparaíso que se extendió entre los meses de octubre y noviembre. El anarquismo chileno estaba en pleno proceso de reorganización luego de la feroz represión que sobrevino a la huelga del salitre de 1907 en Iquique. Desde su llegada a Valparaíso, Otazú participó en las actividades de reorganización de las sociedades de resistencia, y su misión contribuyó a reactivar y fortalecer los lazos entre los ácratas del puerto y Santiago. Participó del nacimiento de la Federación Obrera Regional de Chile (FORCH) en octubre, que integraba a cinco gremios anarcosindicalistas y en cuyo concejo directivo provisorio estuvo Juan A. Velilla. Once días después del nacimiento de la FORCH se declaró la huelga general en el puerto de Valparaíso, que contó con el apoyo de las células anarquistas de Santiago en forma de mítines y huelgas solidarias.

⁴³ Ver *La Crónica*, 22 de octubre de 1913, p. 3 y *La Unión*, 21 de octubre de 1913.

⁴⁴ *La Unión*, 27 de octubre de 1913, p. 2.

Las autoridades chilenas acusaron a Otazú de intentar infiltrar a la marinería del acorazado O'Higgins. Por esta razón fue apresado y expulsado del país a inicios de noviembre⁴⁵. Enterados de la expulsión de su compañero, la FORP se reunió para organizar su recepción. En ella participaron los delegados de las sociedades de resistencia de Lima y Vitarte, a los que se sumaron delegados de nuevas instituciones que se incorporaban a la federación: Grupo Independiente de Electricistas, Centro Obrero Unión Tarma, Protectora de albañiles y Liga de Obreros y Artesanos (Trujillo). En la cita se leyó la correspondencia enviada desde Chile por las sociedades hermanas y se dio cuenta de las acciones del delegado peruano en la creación de la FORCH. El día 14 un grupo de obreros pertenecientes a las sociedades de resistencia se hicieron presentes en el muelle portando banderas rojas para recibir a Otazú.

Los enfrentamientos que el delegado anarquista había protagonizado con la delegación oficial peruana en Chile no fueron olvidados. Otazú viajó para decirles a los trabajadores chilenos que el movimiento de confraternidad era una maniobra del gobierno y que la comitiva oficial no representaba el verdadero sentir del proletariado peruano. Los delegados entendían que ello les había restado las adhesiones entre los obreros chilenos, por lo que alguien organizó una manifestación hostil al momento de su arribo al puerto.

Si bien no está claro cómo se sucedieron los acontecimientos, lo cierto es que poco antes de que Otazú llegara a puerto se desencadenó una trifulca de proporciones entre trabajadores portuarios y el grupo de anarquistas que fue a recibirlo. Según denunció *La Protesta*⁴⁶, agentes del gobierno pagaron a maleantes del Callao para atacarlos. Los periódicos *La Unión* y *La Crónica* en cambio, señalan que fueron los trabajadores del muelle y dársena quienes comenzaron la pelea contra el grupo de anarquistas. Mientras los obreros esperaban en el muelle a Otazú se le condujo a la dársena para evitar que fuera agredido, pero la violencia se trasladó al malecón Figueredo y prosiguió por las calles del puerto ante la ausencia de la policía. Un grupo se trasladó hasta el local de la Unión Obreros de la Aduana, de filiación anarquista, donde se iba a recibir al delegado, pero una turba entró violentamente al local y destruyó el mobiliario. En defensa propia, los ocupantes respondieron con armas de fuego e hirieron a un obrero. Quien efectuó los disparos, un obrero de nombre Carlos Rosales, se convirtió en el blanco de los ataques y fue conducido al pie del

⁴⁵ Pero no todo fue activismo en la agitada gira de Otazú por tierras chilenas. Estando en Santiago durante el mes de octubre, este «unióse libremente» con Emma Aranda, hija de un compañero chileno. En las páginas de *La Protesta* se felicita a ambos por haber roto el ritualismo religioso y se lamenta que el autoritarismo haya separado violentamente el hogar que habían formado. *La Protesta*, noviembre de 1913. Año 3, N° 27.

⁴⁶ *La Protesta*, noviembre de 1913. Año 3, N° 27.

monumento a Grau, donde la turba estuvo a punto de lincharlo de no ser por la intervención del Presbítero del Callao⁴⁷.

El retorno de Otazú se produjo en medio de una creciente agitación entre los trabajadores del puerto. Luego de un período de relativa calma, la prensa da cuenta a inicios de noviembre de nuevos reclamos del gremio de jornaleros, otro tanto ocurre en las Empresas Eléctricas Asociadas, la fábrica Guadalupe y otros centros laborales, incluida una programada huelga de inquilinos y nuevos enfrentamientos entre mutualistas y anarquistas. El inicio de la huelga en la fábrica de cerveza —un día antes de la llegada de Otazú—, será el detonante de una nueva ola huelguista y el crecimiento de la espiral de violencia que derivaría en la convocatoria a un nuevo paro general a fines de noviembre.

Esto hacía presagiar la reedición de lo ocurrido en enero de ese año, donde el estallido de una ola huelguística en el Callao había culminado con la conquista de las ocho horas para los trabajadores portuarios y la promulgación de la primera ley de huelgas en el Perú. Pero esta vez las cosas serían diferentes. La Cámara de Comercio del Callao presiona a las autoridades a tomar cartas en el asunto y apoya el *lock out* patronal de la fábrica de cervezas, que anuncia el cierre de la planta por seis meses.

Al tiempo que la violencia crece en las calles del puerto, también crece la sensación de que es necesario dar un giro brusco a los acontecimientos, que parecen conducir al descarrilamiento del gobierno. El Congreso demoraba la aprobación de las iniciativas reformistas del gobierno y bloquea la aprobación del presupuesto para el año 1914. Ante ello Billinghamurst reacciona cerrando anticipadamente las sesiones del legislativo. Ante el recrudecimiento del enfrentamiento entre ejecutivo y Congreso, se comienzan a barajar otras opciones para salir del empantanamiento. Comienzan entonces a circular los rumores de que Billinghamurst consideraba disolver el Congreso y llamar a elecciones. Al mismo tiempo se realizan las primeras reuniones conspirativas entre los civilistas encabezados por Rafael Grau, con los liberales de Augusto Durand y miembros del ejército.

El paro general en el puerto fracasó. La medida fue acatada solo por algunos gremios afiliados a la Federación Marítima y Terrestre y boicoteada por los mutualistas. El gobierno decretó la prohibición de reuniones de más de cinco personas en las calles del Callao, se clausuraron las instituciones obreras hasta nueva orden y se dispuso la protección de las instalaciones industriales.

A diferencia de la huelga de enero los trabajadores estaban divididos y la fuerza pública, que en aquella oportunidad mantuvo distancia intervino ahora con ferocidad para restablecer el orden. El gobierno tenía entonces demasiados frentes abiertos

⁴⁷ *La Crónica*, 15 de noviembre de 1913, pp. 2 y 3.

y reprimiría con dureza al movimiento obrero marcando un punto de inflexión en su política hacia las clases trabajadoras. Si en enero los empresarios y comerciantes del puerto fueron sorprendidos por la ola de huelgas, en noviembre no estaban dispuestos a ceder y contaron para ello con la complicidad del gobierno y el hastío que provocaba en la población las dos semanas de enfrentamientos callejeros y paralizaciones. De esta forma se ponía punto final a la huelga en el Callao y la calma volvió a reinar en el puerto.

La represión recayó sobre los grupos anarquistas. Otazú fue perseguido y debió pasar a la clandestinidad, mientras que los dirigentes de la Federación Marítima y Terrestre, Fernando Vera y José Robles, fueron sometidos a la justicia militar acusados de ataque a las fuerzas armadas. El reflujo de los grupos anarquistas también se sintió en Lima. La dirigencia mutualista de la Federación de Panaderos había dejado a la deriva el gremio, por lo que un grupo de afiliados decide en diciembre impulsar la elección de los Lévano a la directiva. Ellos rechazan el ofrecimiento y retoman las actividades sindicales luego del golpe de Estado. *La Protesta*, cuya publicación dependía en buena cuenta de los vaivenes de la vida sindical y política, dejó de publicarse por unos meses.

Entretanto, desde las páginas de *La Acción Popular*, dirigida por Ortiz Rodríguez, arreciaba la campaña contra el Congreso, defendiendo la opción plebiscitaria que manejaba el gobierno como salida a la crisis política. La virulencia de los ataques cruzados a través de la prensa y la organización de nuevas manifestaciones en defensa del gobierno aceleraron la crisis y la reacción oligárquica que el 4 de febrero desalojó a Billinghurst del poder.

10. LA CONTINUIDAD DEL MOVIMIENTO

Las actividades del movimiento de confraternidad que aquí hemos revisado se inscriben en los cauces ideológicos del americanismo en boga que en el centenario de las independencias latinoamericanas cobra nuevo impulso. Si en sus orígenes había sido una reacción contra la cultura europea dominante, es a inicios del siglo XX una respuesta al intervencionismo norteamericano en el continente, como lo atestiguan las obras de José Martí, José Enrique Rodó y Manuel Ugarte. El ideario americanista concitó un amplio apoyo entre intelectuales, estudiantes, organizaciones obreras y los partidos políticos progresistas, quienes abogaban por la integración latinoamericana y promovían el fortalecimiento de los vínculos entre nuestros países, ya sea a través de congresos, embajadas especiales, tratados de comercio, creación de tribunales de arbitraje y otras iniciativas análogas. Manuel Ugarte entendía que los vínculos así creados serían un primer escalón a partir del cual se podría subir a otro, en el que

fundaran diarios especiales y se multiplicaran las conferencias, creando comisiones de intercambio encargadas de estudiar aspectos puntuales de la administración de los Estados (Ugarte, 1910, p. 64).

El pensamiento de Ugarte está claramente reflejado en los acuerdos firmados y en ambos países existió desde el mutualismo un genuino interés por fomentar un clima de paz y entendimiento y llevar a cabo lo acordado. En efecto, en diciembre de 1913 se crea en el Perú el Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latino-Americano (CIOSLA), una organización que tendría su contraparte chilena con el mismo nombre, igual programa e ideal: la consolidación de la unión latinoamericana.

La filial peruana del CIOSLA estuvo integrada en sus inicios con representantes de la CAUU, ASU, CGT, sociedad de peluqueros, Unión de Obreros N° 1, Liga de Trabajadores de la Madera, Fraternal de San José, Zapateros Confederada, Mixta Confederada, Centro Recreativo, Plomeros y Gasfiteros, Molineros y Fidejeros, Centro Ilustrativo de Barranco, Comunidad de Surco, Unión Sinqueña, Peluqueros Confederada, Unión Peruana, Nuestro Amo de San Lázaro, Club Nacional Independiente, Nuestro Amo de San Marcelo, a la que pronto se integrarían otras sociedades⁴⁸. La novel institución tuvo una intensa actividad en el último mes del gobierno de Billinghurst, discutió y aprobó sus estatutos, comenzó los trabajos para acondicionar un local propio y nombró una comisión para discutir el programa de inauguración, envió una comisión para que representara al centro en la romería patriótica por el nuevo aniversario de las batallas de San Juan y Miraflores, libró varias comunicaciones a instituciones amigas en el país y fuera de él. Entre ellas destaca una carta dirigida a José Manuel Pando, militar y político liberal boliviano, donde dieron cuenta del nacimiento del centro y le solicitan que interponga sus oficios ante las instituciones de su país en pro de la fraternidad obrera latinoamericana⁴⁹.

Pero el entusiasmo inicial cedió ante los violentos cambios en la escena política en el Perú a raíz del golpe de Estado contra el presidente Billinghurst. La identificación del mutualismo con el mandatario depuesto lo convirtió en un peligro potencial para el nuevo gobierno y se ganaron la desconfianza de los grupos oligárquicos. Las sociedades mutuales perdieron las prerrogativas de las que habían gozado hasta entonces. Se iniciaba luego del golpe un período de reflujo del movimiento obrero y el mutualismo entraba en decadencia. Sus periódicos serían clausurados, la participación política de sus representantes se limitaría al ámbito municipal luego de ser vetada su participación en las candidaturas al Congreso en la Convención

⁴⁸ En el mes de enero de 1914 se integraron representantes del Gremio de Carniceros, la mutua de Industriales, Unión de Pescadores del Callao, Gremio de Fleteros del Callao, Comité Popular y Liga de Obreros de Pativilca (*La Acción Popular*, 16 de enero de 1914).

⁴⁹ *La Acción Popular*, 16 de enero de 1914.

de Partidos de 1915 y se les quita la responsabilidad de la organización de ciertas actividades cívicas. Esto limitó seriamente su capacidad de interlocución entre las clases trabajadoras y los poderes públicos. Por otro lado, su espíritu conciliador y sus restricciones para la actuación política los convertía en herramientas inoperantes a los ojos de los trabajadores.

No obstante, el CIOSLA mantuvo cierta actividad. En 1915, en ocasión de la fundación de la filial chilena, que tenía como propósito dar cumplimiento a los acuerdos celebrados entre las delegaciones obreras de Chile y Perú, viajó a la ciudad de Santiago el delegado Víctor Pujazón. En la capital chilena participó del acto de colocación de una placa de bronce obsequiada por las colectividades obreras del Perú a sus congéneres de Chile en 1913. Esa placa, fundida en la Escuela de Artes y Oficios de Lima, había sido entregada por la delegación peruana en reciprocidad a la obsequiada por los obreros de Chile en Lima, y fue colocada en el monumento al pie de la estatua al obrero chileno en la Plaza Yungay. Pujazón habló en el acto organizado por el CIOSLA chileno, el cual contó con la presencia del alcalde de la ciudad, diputados, representantes de sociedades obreras y un nutrido público. En su mensaje recordó los pactos obreros celebrados por el movimiento de confraternidad y la figura del ex presidente Guillermo Billinghurst, fallecido pocos meses antes. Ezequiel Jiménez, presidente del Centro, señaló que su organización era guiada por «sentimientos fraternales dentro del más puro americanismo, anhelosos de borrar para siempre las asperezas de una situación anómala, que vale más no recordar» (CIOSLA, 1928, p. 37).

Si bien no contamos con mayor información sobre la actividad de ambas instituciones, los contactos continuaron. A fines de 1918 una nueva comunicación del CIOSLA chileno, en respuesta a carta enviada desde Lima, da a entender que en Santiago se sigue trabajando en la realización del primer Congreso Obrero Latino-Americano, el cual «inauguraremos en fecha próxima [y] será la reivindicación de los trabajadores del nuevo mundo» (p. 37).

CONCLUSIÓN

Las sociedades mutuales tuvieron como objetivo principal darle peso político al artesanado y construyeron su legitimidad identificándose con una clase obrera más amplia. Participaron activamente en la política peruana durante la República Aristocrática y al momento en que se produce la crisis política por la sucesión presidencial en 1912, estaban en el apogeo de su influencia social y política, la que pusieron al servicio de la candidatura de Guillermo Billinghurst primero y de su gobierno después.

La apertura política que se vivió durante el gobierno de Billinghurst permitió el avance de los grupos anarquistas, la creación de nuevas organizaciones obreras como

la CGT y una mayor participación del mutualismo en la vida política del país, como lo demuestra el movimiento de confraternidad obrera peruano-chileno. Esta iniciativa fue el último intento del gobierno de Billinghurst por alcanzar un acuerdo que permitiera restablecer las relaciones diplomáticas. Pero el gobierno de Chile logró desvincular con éxito las negociaciones entre las cancillerías de las actividades del mutualismo, por lo que el clima favorable que se había creado en ambos países no tendría consecuencias a nivel diplomático, aunque sí en la política doméstica de ambos países y en la difusión del ideal americanista. En Chile la presencia de Otazú contribuyó a la reactivación de las células anarquistas y la activación del movimiento obrero con la huelga en el puerto de Valparaíso. Las consecuencias en el Perú serían más dramáticas.

A pesar del espacio político ganado y el nivel de articulación del mutualismo con el gobierno, este demuestra sus límites como actor político en un escenario de creciente polarización. El movimiento de confraternidad agudizó las contradicciones en el movimiento obrero, enfrascando a las centrales mutuales en disputas internas y con el anarquismo que terminan debilitando la base social del gobierno. Esto ocurre en momentos en que el gobierno se ve crecientemente cercado por la oposición, por lo que el movimiento obrero se veía inmerso en un cuadro de desorganización y violencia que se transmite a la sociedad, amedrentando a las clases propietarias y decidiendo la reacción oligárquica que el 4 de febrero de 1914 dirige un golpe de Estado y destituye a Billinghurst del poder.

Finalmente, la historiografía del movimiento obrero en el Perú se ha centrado en las luchas de la clase obrera contra el capital, haciendo un deslinde radical entre sus corrientes mutualista y anarquista. El estudio del movimiento de confraternidad nos permite observar los vínculos y la articulación del mutualismo con el poder político, así como la lucha política e ideológica que lo enfrentó al anarquismo. Un vistazo a la trayectoria política y gremial sinuosa de hombres como Carlos del Barzo y Fernando Vera dejan ver que no siempre existe una distinción nítida entre las diversas corrientes sino que más bien estas se caracterizan por cierta laxitud e indefinición ideológica, por lo que las organizaciones obreras no son espacios monolíticos sino permeables a los cambios de la coyuntura política. Es interesante observar que en Chile ocurre algo semejante, pues así como un día los delegados chilenos Pizarro y Urbina comparten un banquete con las sociedades mutuales de Valparaíso, al día siguiente los encontramos reunidos con las células anarquistas preparando una acción contra aquellas.

El movimiento obrero peruano, forjado en luchas y rupturas, tuvo en los episodios aquí descritos un aprendizaje que lo conducirían en los años venideros por caminos de mayor autonomía.

BIBLIOGRAFÍA

- Águila, Alicia del (1997). *Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Basadre, Jorge (1983). *Historia de la República*. Tomos VII y VIII. Lima: Universitaria.
- Basadre, Jorge (2005). *La vida y la historia. Antología*. Lima: El Comercio.
- Billinghurst Angulo, Guillermo (1913). *Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, Guillermo E. Billinghurst Angulo, al Congreso Nacional, el 5 de setiembre de 1913*. Lima
- CIOSLA-Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latino-Americana (1928). *Confraternidad obrera chileno-peruana. Una actuación histórica 1913-1917*. Lima. Imprenta Lux de E. L. Castro.
- González, Osmar (2005). *El gobierno de Guillermo E. Billinghurst. Los orígenes del populismo en el Perú 1912-1914*. Lima: Mundo Nuevo.
- González Miranda, Sergio (2000). Guillermo Billinghurst Angulo: una biografía regional. *Revista de Ciencias Sociales* 10, 4-22.
- Leceta Gálvez, Humberto (2002). Sucesión presidencial en 1912: la elección de Billinghurst por el Congreso. *Revista Histórica*, 41.
- Marín, José Carlos (1999). *Algo más sobre el presidente Billinghurst*. Lima: BNP.
- Torrejón, Luis (2010). *Rebeldes republicanos: la turba urbana de 1912*. Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Ugarte, Manuel (1962). *El destino de un continente*. Buenos Aires: Ediciones de la Patria Grande.
- Ugarte, Manuel (1910). *El porvenir de la América Latina*. http://www.elortiba.org/pdf/Ugarte,%20Manuel_El_porvenir.pdf
- Ugarte, Manuel (1922). *Mi campaña hispanoamericana*. Barcelona: Cervantes.

ISIDORO GAMARRA RAMÍREZ: UN TARAPAQUEÑO SINDICALISTA EN LIMA

**Rosa Troncoso de la Fuente
Sergio González Miranda**

INTRODUCCIÓN

La figura de Isidoro Gamarra Ramírez tenderá a agigantarse con el paso de los años. Por sus décadas como secretario general de Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), sus años en prisión durante el gobierno de Sánchez Cerro, su actividad sindical y política, pero sobre todo su carácter afable y determinado, la historia social peruana lo reivindicará y lo ubicará entre los grandes sindicalistas latinoamericanos del siglo XX. Su opción por la lucha social y política le negó una familia propia, aunque murió rodeado de los suyos en el Callao, en las proximidades de la urbanización Tarapacá.

Nadie que haya estudiado la historia social peruana del siglo XX podría desconocer el nombre de Isidoro Gamarra. Sin embargo, en Chile es un desconocido hasta para los especialistas, a pesar de que siempre Tarapacá ocupó un lugar en su memoria y en su corazón. Cuando lo entrevistamos poco antes de morir, recordaba el valle de Jaiña y las salitreras del Cantón de Negreiros. Quizás, desde una mirada chilena, Gamarra sería solo comparable a don Clotario Blest; por ello, en este escrito le llamaremos don Isidoro Gamarra.

ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS

Don Isidoro, nació en la oficina «Democracia», en el cantón de Negreiros el 2 de enero de 1907. Su padre fue Juan Gamarra Barreda y su madre Sofía Ramírez Arancivia, originarios del pueblo Jaiña al interior de la quebrada de Aroma. Su familia fue numerosa, tuvo once hermanos y una situación económica privilegiada al ser hijos de un empleado salitrero y propietario de tierras en Jaiña. Esta estabilidad empezó a ser alterada por las recurrentes crisis económicas del nitrato. Así la familia Gamarra se vio obligada a viajar primero a la sierra de Tarapacá, luego a Negreiros y a la Oficina Sacramento, para finalmente en febrero de 1919 repatriarse voluntariamente al Perú.

Isidoro, un niño de doce años, llegó expectante por conocer la capital pero pronto la desilusión lo embargó. Trajo consigo la inquietud del compromiso social aprendida en Tarapacá y reforzada en la intimidad familiar por su madre de tendencia socialista.

Como todos los tarapaqueños que llegaron, la familia Gamarra debió enfrentar condiciones de vida muy difíciles, desde el desempleo y los albergues provisorios hasta la discriminación y la desconfianza por tener acento chileno. Su aprendizaje escolar se complementó con su voluntaria asistencia a las Bibliotecas Populares y luego a las Universidades Populares González Prada. Sin embargo, las expectativas por seguir estudios superiores se frustraron al tener que trabajar como obrero de construcción para ayudar a su familia. A los 23 años ya era dirigente sindical, ingresó al Partido Comunista y fue elegido secretario de actas del Comité de Desocupados creado al término del gobierno de Leguía en el contexto de la depresión mundial de los años treinta. En 1932 fue por primera vez detenido y encarcelado dos años.

La crisis llevó al Perú a un período de recurrentes dictaduras militares que reprimieron duramente al movimiento obrero sindical. Terminada la segunda guerra mundial, la dictadura de Odría acabó con las libertades democráticas y encarceló a numerosos dirigentes sindicales. Don Isidoro estuvo en varias prisiones entre 1953 y 1956, situación que no varió mayormente en los gobiernos civiles de Prado y Belaunde, debido a su activa participación sindical en la Federación de Trabajadores en Construcción Civil.

El 14 de junio de 1968, bajo el gobierno del general Juan Velasco Alvarado, se reconstituyó la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) y don Isidoro Gamarra fue reconocido como su principal propulsor y nombrado su secretario general y al año siguiente, 1969, pasó a desempeñarse como su Presidente¹.

En 1979, el gobierno de Morales Bermúdez, que había derrocado al de Velasco Alvarado, llamó a elecciones para organizar una Asamblea Constituyente. Gamarra entonces fue propuesto como candidato en la lista electoral del Partido Comunista del Perú, fue elegido y desempeñó el cargo entre 1978 y 1979.

Fueron características propias de don Isidoro su espíritu democrático, tolerancia, disciplina y liderazgo. Era un hombre de baja estatura pero de un gran carácter, la suavidad de sus palabras no alcanzaban a esconder la fortaleza de sus convicciones. A pesar de haber realizado un trabajo incansable, nada material quedó en sus manos.

¹ La CGTP fue originalmente fundada por José Carlos Mariátegui en mayo de 1929, pero a fines de la década de los años treinta, producto de la persecución de las dictaduras militares, fue declarada ilegal. En 1943 se formó una nueva organización obrera, la Central de Trabajadores del Perú (CTP), pero con una hegemonía del APRA que don Isidoro Gamarra combatió abiertamente. Durante ese tiempo se mantuvo como dirigente de los trabajadores de la construcción.

No tuvo hijos, pues su compromiso político le impidió más de una vez casarse y construir una familia. Fue su costo personal a una opción ideológica que posiblemente tenga su simiente en la árida pampa salitrera que, entre 1907 y 1919, se distinguió por las luchas sociales y organización obrera.

Vivió humildemente con unos familiares en una urbanización del Callao, cercana a la urbanización Tarapacá. Esa austeridad nos indica claramente que perteneció a otro período político. En reconocimiento a su esforzado trabajo, en 1992 fue nombrado presidente emérito de la CGTP. Días antes de su fallecimiento, acaecido el 30 de marzo de 1999, don Isidoro, con sus 92 años a costas, seguía visitando casi a diario la sede de la central sindical en la plaza Dos de Mayo, en una metódica rutina de trabajo. Hasta hoy, cada 2 de enero, día de su natalicio, los trabajadores lo recuerdan en romerías organizadas desde su entrañable CGTP. Fue un hombre consecuente y responsable, de un compromiso social adquirido en su infancia en tierras tarapaqueñas.

Conocimos a don Isidoro en 1995; nos interesaba su testimonio por ser un tarapaqueño en Lima. Pero las entrevistas excedieron este tema. Fue inevitable conversar y grabar su historia de vida, ya que ella refleja los cambios ocurridos en el siglo XX. Además, hallamos en él a un orador innato, disciplinado en horarios y temas, siempre dispuesto a colaborar con su testimonio, excelente conversador y analista político. Fue un hombre admirable, consecuente con su tiempo y con su compromiso con la historia; fue, posiblemente, el último de los grandes líderes históricos del proletariado peruano.

LA HISTORIA DE DON ISIDORO NARRADA POR ÉL²

Los primeros años en las oficinas salitreras

Nací en la pampa, en una de esas oficinas salitreras llamada «Democracia», ubicada en el cantón de Negreiros, donde mi padre trabajó y posteriormente salió a otra oficina más al sur llamada Valparaíso.

A medida que iba creciendo, como todo menor de edad, me gustaba corretear por los cerros de mi tierra. Mi padre era jefe de máquina, por consiguiente vivíamos en departamentos aparte del campamento de trabajadores, pero a mí me gustaba juntarme con los muchachos de los obreros para jugar ya que los otros empleados tenían hijos, pero eran muy pretenciosos. En esta oficina estuvimos poco tiempo, pues a mi padre le salió otra propuesta de trabajo que económicamente era mejor; presentó su renuncia y nos trasladamos a otra oficina llamada «Tránsito». En este sector de Tarapacá había varias oficinas salitreras que rodeaban el pueblo de Negreiros.

² Entrevistas en audio y video editadas, realizadas independientemente por Sergio González en 1995 y por Rosa Troncoso el mismo año.

Yo iba creciendo; por consiguiente mi padre me matriculaba en la escuela de la oficina, yo aprovechaba salir de clases para juntarme con los demás niños, me iba al campamento con todos los alumnos hombres a corretear, tanto en el campamento como en los cerros; en esos lugares mirábamos las casuchas de los trabajadores, hechas para protegerse del calor, cuando preparaban los llamados «tiros grandes». Ahí casi siempre encontrábamos pólvora y guías, y con estos materiales a la salida del campamento nosotros también hacíamos unos hoyos llenándolos de pólvora y sus respectivas mechas y explotábamos imitando a los llamados «cachorros», o sea explosiones de poco poder que partían las rocas facilitando el trabajo «calichero».

En estos juegos olvidaba las horas y solo me daba cuenta cuando el sol estaba ocultándose en el horizonte; por el frío producido por la camanchaca corría a la casa y el recibimiento no era bueno, pues mi padre me castigaba severamente.

En esta oficina, «Tránsito», es cuando inicio mis mataperradas, que costaban caro por el castigo que recibía; sin embargo no escarmentaba y en cuanto oportunidad se presentaba corría al campamento en busca de nuevas aventuras.

En esta oficina no estuvimos mucho tiempo, pues estalló en Europa la primera guerra mundial; vino el proceso de crisis económica, vimos la paralización de las oficinas salitreras y en la oficina «Tránsito» se comenzó a paralizar su actividad, así como también otras que siguieron el mismo proceso.

Jaiña: el retorno a la casa de los abuelos

La guerra comenzaba en Europa y su repercusión golpeaba duramente la economía de Chile. Mi padre perdió su ocupación y no encontraba otra, resolviendo que la salida a esta dificultad era subir a vivir a la sierra de Tarapacá, a un pueblecito llamado Jaiña, donde mis abuelos tenían varias propiedades y en ese lugar vivir hasta cuando las cosas motivadas por esa guerra mejoraran.

[Antes] nos trasladamos al pueblo de Negreiros; ahí mis padres tenían propiedades, así como también mis abuelos. Toda la familia cambió de opinión y resolvió emprender viaje al interior. Comenzaron entonces los preparativos para llevar todo lo que se necesitaba para una estadía larga, pues no se sabía cuánto tiempo duraría la guerra. Una vez preparadas todas estas cosas y en un día determinado partimos. El viaje lo hicimos a lomo de bestia, atravesando todo el ancho de la pampa. Para mí era una cosa extraña ver la inmensidad de la pampa, el quemante sol y ver más cerca, al avanzar, la cordillera, hasta que por fin terminó la pampa y entramos a la quebrada por donde teníamos que seguir. Allí vi por primera vez lo que era un río. Me quedaba admirado viendo la vegetación y, por otra parte, sintiendo las picaduras de los mosquitos que nos obligaban a protegernos para evitarlos, ya que era peligroso sufrir picaduras por las enfermedades que producen.

Seguimos caminando y yo contemplando lo hermoso del paisaje, los árboles, las retamas, el río que corría a lo largo de la quebrada, los pájaros y otros pajarillos que no existían en la pampa, los abismos que estaban al filo del camino, que me daba un poco de miedo, por lo angosto, a riesgo de sufrir un percance. Todo el día se puede decir que empleamos para llegar a Jaiña, pues llegamos más o menos a las cinco de la tarde.

Al llegar fuimos recibidos por muchas personas y, entre ellos, las autoridades del pueblo. Una vez en tierra firme, al bajarme el arriero de la angarilla en que hice este viaje, estaba con piernas que no me obedecían por el maltrato de estar metido todo el trayecto en la angarilla.

Como mis abuelos tenían casas en este lugar, allí se descargaron todas las cosas que llevábamos. En este pueblo estuvimos dos años y medio; fueron años felices para mí, a pesar de que el primer año estuve un poco asustado porque en la época de lluvia esta es torrencial y dura tres meses. Estas lluvias son acompañadas de relámpagos y truenos que dan la impresión de que el cielo se viene abajo, y yo en la pampa no conocía lo que era lluvia, truenos, relámpagos y rayos peligrosos para la vida el hombre. [En Jaiña] sus habitantes eran muy sencillos y amables, y a mi padre le tenían mucho respeto. Los días transcurrían tranquilos y dedicados al cultivo de las chacras y a atender a unas cuantas cabezas de ganado vacuno de mis padres y abuelos. En cuanto a mí, lo único que hacía era ayudar un poco y la mayor parte del tiempo corretear, jugar con los muchachos y cuando mi padre incursionaba más arriba de la cordillera a cazar tigrillos u otros animales en la «puna»: lugar solitario, donde solo existen algunos animales de caza y una paja verde que los naturales de los pueblos se la llevan, la hacen secar y sirve para utilizarla para cubrir los techos de sus casas. En fin, había tanta vegetación con los árboles, tanto frutales como para combustible, así como los cultivos de pan llevar.

¿Cómo voy a olvidar estos lugares? ¿Cómo los voy a olvidar a pesar del tiempo transcurrido? Fueron años felices para mí porque allí conocí los ríos, la vegetación, los animales que en la pampa no se conocían y lo más llamativo e imponente, la cordillera.

Durante el tiempo que estuvimos en estos lugares, mi padre hacía viajes a la pampa con el fin de conocer y saber cómo estaba la situación y las posibilidades de encontrar ocupación. En uno de estos viajes llegó con una noticia importante. Estábamos en las postrimerías del año 1917, las perspectivas de ocupación eran buenas. Puesto de acuerdo con mi madre principiaron a ordenar todas las cosas —y en cuanto a las chacras, con el consentimiento de mis abuelos, quedaron arrendadas—, y un día determinado se emprendió el regreso nuevamente al pueblo de Negreiros.

Para mí recordar los años que viví en estos lugares es felicidad, no los olvidaré jamás porque ahí en la sierra vivía en completa libertad en contacto con la naturaleza, conociendo muchos lugares y sobre todo conociendo a las gentes, sus costumbres, sus fiestas, su sencillez y trato personal; no tenía ninguna dificultad para moverme en todo sentido, a mi gusto.

Negreiros y las ligas patrióticas

Una vez en casa, en Negreiros, mi padre comenzó a buscar trabajo haciendo viajes en tren tanto al norte como al sur y tuvo la suerte de encontrar trabajo en la zona norte, en el cantón Zapiga, en la oficina Sacramento. Nuevamente mi familia tuvo que trasladarse a ese lugar. En esta oficina ocupamos la casa de los empleados, distante a las de los trabajadores. Además las labores no hacía mucho que habían comenzado, porque la crisis económica todavía se dejaba sentir y yo escuchaba cuando mi padre conversaba sobre algunas dificultades que tenía para normalizar la producción. Pasaban los meses, vino el año nuevo y al poco tiempo surgieron los problemas políticos, se tuvo noticias y se comentaba que se iniciaba una campaña de hostigamiento contra los peruanos, que se organizaban las ligas patrióticas para expulsar a todos los peruanos que usurpaban los puestos de trabajo a los ciudadanos chilenos sin tener derecho a ello.

Esta campaña fue haciéndose más notoria y las ligas patrióticas surgían en los pueblos a lo largo de las estaciones del ferrocarril, más no en las oficinas donde los trabajadores chilenos como los trabajadores peruanos vivían ajenos a estos actos, que eran propiciados por personas que seguramente dependían del gobierno, pues en Iquique, donde estaba las autoridades gubernamentales, surgieron estas ligas contra los peruanos que residían en ese puerto³. Las autoridades no tomaban las medidas para impedir estas acciones, como era su deber, a sabiendas de que estas ligas actuaban en la noche generalmente. En cuanto a la situación que se vivía en las oficinas, no ocurrían estos hechos censurables y a pesar de ser un niño me daba cuenta de los peligros en que nos encontrábamos, no obstante que los trabajadores chilenos en muchos casos y sobre todo en esta oficina, Sacramento, nos pasaban la voz cuando tenían conocimiento que la liga iba a actuar, dando lugar a que los trabajadores peruanos estuvieran preparados para «recibirlos».

Una noche se supo que la Liga «visitaria» la oficina, dando lugar a prepararse para cualquier circunstancia. En casa se preparó todo lo conveniente y contamos con la ayuda de los empleados chilenos; todas las personas estaban inquietas y nerviosas sobre lo que podía suceder en esa situación. Pasaban las horas, todos los familiares estábamos despiertos y a eso de la medianoche escuchamos un griterío tremendo. Era la Liga. Los insultos y groserías en el silencio de la noche se escuchaban con toda claridad, pero este griterío e insultos duró muy poco. ¿A qué se debió esto?, fue al estallido de algunos petardos de dinamita hecho explotar por los trabajadores peruanos. Todo quedó en silencio, y al día siguiente los trabajadores y el resto de población comentaban lo sucedido. Desde ese día y los siguientes no se tuvo visitas de estas ligas, que después de esta acción, en las salitreras solo circulaban los volantes emitidos por estas ligas.

³ Las ligas patrióticas eran grupos espontáneos al margen de la ley, repudiados por el movimiento obrero chileno.

En cuanto a estudiar en la escuela de la «oficina», la dirigía y enseñaba una profesora, que, seguramente, se hacía eco de esta propaganda, nos hostilizaba a los alumnos que éramos de padres peruanos y bolivianos: por cualquier motivo recurría al castigo físico.

Vino el 18 de setiembre de 1918, la fiesta nacional (chilena), y principiaron los ensayos en el mes de agosto. Nosotros los chicos peruanos no cantábamos el himno nacional chileno. La profesora se paseaba por el medio de la fila, viendo quién cantaba y quién no, y cuando ya terminaban de cantar entrábamos a la clase y allí comenzaba a llamar a los alumnos. Entonces el castigo consistía en palmeta, palmetas grandes, anchas, más o menos de siete centímetros, y con eso le daban a los alumnos unos cuantos palmetazos en cada mano. Y a otros un latiguillo que lo remojaba ahí en el agua en su escritorio lo sacudía y enseguida principiaba a castigar. Terminaba el castigo, entonces inmediatamente yo me escapaba del colegio, me iba a la casa y le decía a mi madre: «Madre, me han castigado por no cantar el himno», y mi madre me veía las manos hinchadas. A eso de las tres de la tarde venía mi papá y mi padre inmediatamente se iba a la escuela y ahí le decía a la profesora «mi hijo es peruano, no puede cantar ese himno».

Las ligas patrióticas intensificaban su propaganda recurriendo al insulto y la ofensa, incitando al pueblo contra los peruanos, y en Iquique se asaltaba a las casas de peruanos. Esto lo sabía y me enteraba por las cartas enviadas por mis hermanos a mis padres. En el trabajo de la oficina a mi padre los trabajadores chilenos le respetaban y querían; cuando llegaba a casa se sentía muy mortificado y ofendido por el trato que se leía en los pasquines de estas ligas contra los peruanos.

Había que tomar una decisión, y esta la tomó mi padre. Se sentía orgulloso de ser peruano y decía «Qué gano que me respeten y estimen cuando a mis compatriotas los insultan y difaman y exigen que se vayan a su país», y poniéndose de acuerdo con mi madre determinaron viajar a su patria, el Perú. Nosotros sus hijos vimos que esta decisión nos daba la oportunidad de conocer la patria de la que siempre nos hablaban⁴.

Mi padre presentó entonces la renuncia a seguir trabajando, exponiendo a la gerencia los motivos que lo obligaban a renunciar. La gerencia encontró justificada su actitud y le dio todas las facilidades para llevar sus cosas a Iquique. Salimos de la oficina Sacramento, llegamos al puerto, ahí nos alojamos en casa de unos familiares unos días para arreglar la salida de mis hermanos de los colegios y sacar los pasajes para emprender este viaje a la patria, con mucho optimismo a pesar de que allí solamente teníamos una familia que conocíamos.

⁴ Muchas de las familias de partieron al Perú eran mixtas, padres peruanos y madres chilenas o viceversa, pero todos tenían acento chileno, lo que les significó una fuerte discriminación en Lima y Callao. Por ello se dice que fueron «peruanos en Tarapacá y chilenos en Lima».

La repatriación: Lima en 1919

Nos embarcamos en el vapor Perú y emprendimos viaje a nuestra patria. En el trayecto veíamos toda la cubierta llenecita de gente peruana, en gran mayoría tarapaqueños. En el Callao nos esperaban las autoridades del Perú, principiamos a embarcarnos en unas lanchas y nos desembarcaban en el muelle de guerra, llegamos a la Plaza Grau. Mi padre esperaba la llegada de un sobrino, estábamos sentados cuando vimos muchas cosas desagradables. Una plaza completamente sucia, la gente se orinaba en cualquier sitio y nada pasaba, y nosotros veíamos eso con escándalo porque allá en Iquique nunca se ha visto eso. Llegó el sobrino de mi padre, un primo mío, Juan Velásquez. Nos hizo tomar el tranvía, salimos del Callao y llegamos al último paradero ahí en La Colmena. Todos se bajaron, nosotros nos quedamos sentados ahí, cuando el motorista le dice a mi madre: «Señora ¿no se baja usted?, porque regresamos al Callao» y mi hermana mayor que era muy viva: «Si nosotros nos vamos a Lima, no nos vamos a bajar», entonces el conductor le dijo «Señorita ya estamos en Lima». «¿Esto es Lima?» ... Ya nos bajamos con algunas maletas pequeñas, empezamos a mirar y no creíamos que estábamos en Lima porque nos habían dicho que Lima era, pues, mejor que Santiago. Yo conocí Santiago cuando tenía 7, 8 años y nos sacaban a pasear y veíamos edificios altos y las calles limpiecitas. Y llegamos a Lima y por todo lado había basura y ahí donde está hoy el hotel Bolívar era un cerro de basura, ahí habían unos coches, no veíamos un automóvil, nada, unos coches viejos con unos caballos que se les podía contar las costillas.

Estuvimos viviendo un año en La Victoria y después ya mi padre se fue a vivir al Rímac, abajo del puente que le llamaban. Ahí hemos vivido muchos años, yo ahí he crecido. Así es que principiamos a sufrir porque ya después la casa mía era un hospital, ya no podíamos estar tranquilos, mi madre lloraba mucho porque ella nunca quiso venir, pero cedió por nosotros y mi madre murió muy joven aquí en Lima.

El escolar tarapaqueño

Había la preocupación, la cuestión de estudios, colegio; entonces mi padre comenzó a indagar conversando con tío Felipe y con otras personas más, como yo ya había terminado tercero de primaria, preguntando por colegios y le dijeron que había un buen colegio fiscal en Malambito. Entonces mi papá me matriculó ahí, tenía que venir desde La Victoria a ese colegio. Mi padre a mí me controlaba mucho porque me gustaba mucho la calle, allá en Chile nunca paraba en la casa y aquí principié a hacer lo mismo. Mi padre fue dos veces ahí al colegio a preguntar sobre mi conducta y la asistencia: en noventa días solamente tendría la mitad, y mi padre optó por otro medio, no de castigarme sino hablar con mi madre para internarme en un colegio. Estuve allí tres años, estudiando primaria y dos años más de secundaria. Ese colegio se llamaba Liceo Tacna. La parte negativa

de ese internado era que como no conocía a nadie cuando entré ahí me preguntaron los muchachos de donde era y yo les digo yo soy de Tarapacá y muchos muchachos no sabían dónde quedaba, entonces yo tenía que explicarles que Tarapacá es un territorio peruano. Entonces comenzaron ya los insultos «chileno desgraciado, sin patria» y a darme duro. Cinco, seis muchachos me agarraban, me tiraban unas tandas y yo no hacía nada para defenderme. Bueno, todos los días casi sufría esas agresiones, esos insultos. Pasó el tiempo y vino el fin de año. Le dije a mi padre «He salido bien y estoy pasando esto», le digo, «Usted sáqueme, pues». «No señor, tiene que estar ahí». Mi madre era más comprensiva, tenía más alcance, mi madre era socialista, iba a las conferencias que daban los líderes del Partido Socialista. Cuando le dije todo el mundo me pega, mi madre se ofendió, me sentó en una silla y me dijo: «De hoy en adelante cualquiera que lo friegue usted inmediatamente defiéndase, no se deje usted atropellar, usted es tarapaqueño». Total me fui al colegio, principiaron los mismos métodos de agresiones, de insultos, de ofensa, entonces yo, con el palo de escoba, los agarraba por la espalda y les tiraba una tanda bárbara. Por esas cosas que hacía tenía que arrodillarme en el aula todo el tiempo que duraban las clases, desde la una hasta las cinco de la tarde. Yo entre mí decía: «No importa que me castiguen».

Así ya también con el tiempo iban mermando sus insultos y terminé la primaria ahí. Vino la secundaria, y ya la situación era otra. Yo ya estaba más grande, cuando así me ofendían ahí mismo me iba a los golpes, no me dejaba estropear. He estudiado en ese Liceo toda la primaria muy bien hecha y dos años de secundaria, ya el colegio principió a declinar. «El colegio está mal, estoy estudiando mal, así que papá tantas veces le he dicho a mi madre que quiero ir al Guadalupe y usted no quiere, así que si usted no me pone en Guadalupe no le respondo por el año». Mi madre me defendió y ya mi padre tuvo que ceder. En Guadalupe comencé a estudiar, otro era el método de enseñanza ahí. Habíamos un grupo de muchachos guadalupanos que nos dio por conocer y saber la inquietud social. Entonces salíamos de las clases de colegio y nos íbamos a la Universidades Populares González Prada, ahí comprendía más, yo con mayor razón, puesto que mi madre siempre nos orientaba en el sentido del socialismo.

Estando en primaria también, un día domingo en vez de irme al cinema me fui a buscar la biblioteca [obrera]. En realidad, di con la biblioteca y ahí miré de la puerta nomás. Habían unos libros y periódicos y entonces uno de los trabajadores me dice: «Oye chico, pasa, aquí hay bastante que leer». Entonces, yo entré con algo de temor, así, yo no leí nada, sino miré nomás, «Voy a regresar», le dije. A la semana siguiente, en vez de irme al cinema me fui a la biblioteca y así seguí, iba al colegio, estaba en primaria y ahí, con mayor razón cuando estudiaba media. Principié a leer algunas novelas, algunos libros revolucionarios, todos eran anarquistas, periódicos: El Yunque, La Antorcha, Libertad, que eran periódicos de México, de Uruguay, de Chile, de Argentina.

Llegué a conocer a Mariátegui en la fiesta de la planta de Vitarte, una fiesta revolucionaria donde se inauguraban los actos cantando «La Internacional», el himno de los trabajadores. Ahí llegué a conocer a José Carlos Mariátegui, además de las charlas que daba en las Universidades Populares González Prada y de los periódicos que en esa época se publicaban: El Tiempo, la revista Mundial y otra revista, Variedades, donde él escribía dando sus orientaciones, su palabra respecto a la política que aquí en nuestro país se ventilaba. A pesar de ser un muchacho de quince años, veía en él a un hombre que mostraba una mirada sencilla, preocupada por los problemas del país. Su lenguaje era simple, al alcance del conocimiento que tenía el trabajador en esa época. Además, había esa corriente anarcosindicalista y por otro lado algunos grupos en los que primaba la corriente anarquista. Entonces tenía que emplear un lenguaje de esclarecimiento y de convencimiento, para que el trabajador saliese de ese terreno para enfilar por el otro camino justo que era lo que él ya principiaba a predicar, o sea el marxismo. Para mí, la figura de Mariátegui era como un imán por medio de sus escritos, por medio de su verbo, convencía. Yo no llegué a tener esa suerte de darle la mano, pero sí lo he visto de cerca, he escuchado su voz y eso para mí ha sido inolvidable y seguramente ayudó mucho a mi formación política.

En quinto año, en mi casa ya no me podían pagar el colegio, estábamos en una crisis tremenda, hasta cierto punto, hablándole claro, en la miseria. Mi madre por exceso de trabajo principió a enfermar, un desastre en la familia. Entonces tuve que matricularme de alumno libre, o sea que uno pagaba el derecho de matrícula y ya uno se preparaba por su cuenta y se presentaba a fin de año. Me presenté al examen y salí bien, con buenos calificaciones. Principié ya a prepararme para ingresar a un instituto superior, yo quería ser ingeniero de minas y mi madre seguía mal hasta que ya se empeoró, no había sinceramente con qué curarle, tuve que ir a trabajar y le dije a mi padre: «El año que viene estudio».

Crisis económica y desempleo. El compromiso político

En todo este periodo que acabo de relatar, la crisis económica no cesaba, seguía sintiéndose en todo el pueblo trabajador, y entonces Leguía apelaba a la represión y de ahí que había una tremenda agitación social. Esta crisis dio por resultado una tremenda desocupación. En esa época ya no estudiaba, había terminado secundaria, mi madre en el mejor momento la perdí el 28 de julio de 1927, mi padre estaba muy avanzado en edad. Yo me presenté a la Escuela de Ingenieros creyendo que al siguiente año, en 1928, en mejores condiciones iba a ir ahí, pero faltamente ya no pude estudiar porque mi padre se sentía afectado también por la muerte de mi madre, así que en buena cuenta tuve que afrontar la situación. Dejé de estudiar y es así como ya me ligué más al movimiento obrero.

Conseguí una ocupacioncita, en 1928 entré a trabajar en la compañía peruana de cementos Sol, pero no duré porque en el mes de julio de 1930 me despidieron. No podía encontrar trabajo y fui ahí donde se agrupaban los desocupados, escuchaba lo que hablaban los trabajadores, lo que decían un grupo de compañeros comunistas que hablaban de la necesidad de organizarse de una forma ya correcta y representativa. Entonces yo me iba y escuchaba, me gustaba escuchar, hasta que en una asamblea convocaron a una elección para nombrar un Comité de desocupados. Bueno, yo como siempre me ponía mi corbata y hacía un recorrido por las oficinas y no encontraba trabajo, me iba ahí y cuando comenzó la elección, todo fue correcto, secretario general, de organización, defensa, llegaron a la secretaría de actas y fue un problema. El que dirigía el debate en un momento señala y dice «Oye tú, tú que tienes corbata, ¿sabes leer?» Yo le digo «Sí». «¿Cómo te llamas?», y le di mi nombre y sin más trámite: «Miren aquí hay un compañero que sabe leer», todos levantaron la mano y yo me asusté pues, no, yo no sé nada de esto, yo vengo acá a ver si hay trabajo nada más, no puedo aceptar. Entonces los compañeros me dijeron tú sabes leer, tú puedes ayudar, cosa que llevas las actas, para llevar el orden, los acuerdos, en fin, nosotros te vamos a enseñar aquí. Y al final, ya, si ustedes me van a enseñar acepto, entonces me integré al comité.

Bueno, organizado el comité de desocupados, principié a hacer sus gestiones, pero también comenzábamos a ver la parte política del movimiento. Haya de la Torre había llegado aquí el 30. Abrió sus locales y había siempre una polémica entre dos corrientes, apristas y comunistas, que chocaban violentamente, y yo en el comité de desocupados, los compañeros me hablaron del partido, yo acepté. La crisis seguía su curso, cae Leguía y surge Sánchez Cerro y la represión fue más fuerte. Estando Sánchez Cerro en el poder en 1932, me tomaron preso en un mitin. Para esto ya había ingresado al Partido Comunista.

Como una anécdota le contaré que cuando tenía más o menos catorce años y salía de vacaciones del colegio, me iba a trabajar (porque la situación cada día empeoraba en el hogar) para poder salir adelante en el estudio. Fui a trabajar ahí, en el Sexto. Yo trabajaba ahí primero como peón, después como ayudante de mecánico hasta que se levantó el pabellón de tres pisos; eso ha sido más o menos en 1923 a 1924. Y en 1932 fui a ocupar una de esas celdas por dos años, una cosa rara, ¿no?

Ahí, debo hablar con entera franqueza, fui maltratado en tal forma que apenas caminaba y apenas movía los brazos, porque me tiraron una paliza bárbara. Bueno, tuve una prueba muy dura, me desanimé, me desmoralicé; sinceramente me entró terror al verme así en esa situación y opté por el mutismo, el aislamiento. Pero a través de todo me salió eso, la del hombre que debe ser firme, la del hombre y sobre todo del tarapaqueño que debe ser fiel a sus ideas, porque así somos nosotros.

Estuve dos años preso, como le digo, pero me rehice en el Sexto. Me di cuenta de que tenía que seguir adelante, que no podía echarme atrás porque de por medio también estaban mis aspiraciones para una vida más digna, más decente. En fin, salir de esa postración de pobreza, de hambre y miseria que en mi vida había conocido en mi tierra y que llevó a mi padre, a los 55 años, a ir por primera vez en su vida de barredor a una fábrica textil: la fábrica textil Victoria. Bueno, fue la primera vez que caí preso y fue una gran experiencia para mí y ahí ya en una forma definitiva terminaron en mi conciencia las vacilaciones. Desde ahí tomé ya con responsabilidad las ideas que profeso, las ideas socialistas, las ideas comunistas en las que creo haberme mantenido hasta el momento.

Yo he sido dirigente desde 1936, cuando se organizó el sindicato. He sido dirigente y sigo siendo dirigente de la Federación de Trabajadores de Construcción Civil. Pero en esa época solo teníamos el Sindicato de Trabajadores de Construcción civil de Lima y Balnearios, y ahí me he formado, ahí me he hecho dirigente sindical y ahí, en buena cuenta, he aprendido a ser hombre.

CONCLUSIONES

La biografía de don Isidoro Gamarra está estrechamente ligada a Tarapacá, a pesar de que la abandonó a los doce años de edad. La partida de don Isidoro y su familia hacia Lima en 1919 junto a cientos de otros peruanos refugiados desde el puerto de Iquique, definió —sin dudas— su vida posterior; pero no solo fue ese hecho específico. Con él iba hacia el Perú el germen de la ideología de los obreros del salitre que recibió a través de su madre. Por ello, siendo aún niño empezó a asistir a las Bibliotecas Obreras y a la Universidad Popular González Prada, interesándose y comprometiéndose en la problemática social.

Don Isidoro fue por un lado uno más de los tarapaqueños repatriados, pero, por otro fue diferente, al transformarse en uno de los más importantes dirigentes sindicales del siglo XX en el Perú.

Su internacionalismo le permitió no guardar rencor para sus hermanos de clase de Chile por la partida de su familia desde su tierra natal, Tarapacá, y, específicamente, de Jaiña, el pueblo de sus abuelos. Orientó su dolor hacia el gobierno chileno y el capitalismo internacional, el mismo rencor que tuvo hacia los diversos gobiernos peruanos y hacia el mismo capitalismo.

Sus recuerdos son amargos cuando habla de sus sucesivos encarcelamientos, pero son dulces cuando recuerda a Jaiña. A la inversa, sus recuerdos son positivamente apasionados cuando habla de Mariátegui y negativamente apasionados cuando lo hace de las ligas patrióticas. Al igual que Billinghamurst y tantos otros tarapaqueños peruanos, su alma está un tanto dividida por esta identidad regional.

La patria chica, como los repatriados le llaman a Tarapacá, siempre ha sido un referente importante de don Isidoro Gamarra, quien todavía piensa en recuperar sus tierras de Jaiña para dejarlas en herencia a sus sobrinos.

Tarapacá fue una región pluriétnica y plurinacional en su sociedad civil hasta el término del ciclo del salitre, que coincide con el tratado entre Chile y Perú sobre Arica y Tacna. Desde esa perspectiva debemos reconocer la existencia de tarapaqueños con diversas nacionalidades, especialmente peruana y boliviana, pero también inglesa, alemana, croata, española, china, etcétera. De tal modo, personajes notables emergidos de Tarapacá se han llevado a otros territorios la identidad tarapaqueña a cuestas. Este fue el caso de don Isidoro, quien nació en la oficina «Democracia» el año de la gran huelga salitrera, llegó a Lima a semanas del logro de las ocho horas de trabajo y murió con una identidad tarapaqueña y sindicalista incólume, con el reconocimiento a su largo período de liderazgo en el movimiento obrero peruano fundado por Mariátegui que aún se conserva con vida y de aquellos que en Chile ya no existen.

3. LA VIDA COTIDIANA

SELECCIÓN DE LA AMISTAD: EL COMBINADO DE FÚTBOL PERUANO-CHILENO DE GIRA POR EUROPA (1933-1934)

Daniel Parodi Revoredo

A principios de setiembre de 1933 se embarcó en el Callao con rumbo a Europa una delegación deportiva bastante particular. Se trataba de un combinado de fútbol peruano-chileno que partía hacia el viejo continente a jugar decenas de partidos contra poderosos rivales como el Celtic de Glasgow, el Barcelona FC y el Bayern de Múnich.

Contrariamente a lo que pudiese pensarse, la gira no fue el resultado de una iniciativa política binacional de acercamiento y amistad; más bien, se trató de una empresa privada. El jefe de la delegación y promotor de la empresa fue el peruano Jack Gubbins. Gubbins realizó gestiones ante las federaciones de fútbol de Perú y Chile para poder contar con el concurso de sus deportistas. El grueso de la delegación estuvo constituido por los futbolistas del club Universitario de Deportes —responsable deportivo del proyecto— reforzados por cuatro integrantes de Colo Colo de Chile, dos de Alianza Lima y dos de Atlético Chalaco.

A pesar de brotar de una iniciativa particular, la gira contó con todos los elementos de un gesto de reconciliación como los que se sistematizaron tras la Segunda Guerra Mundial y se han aplicado entre naciones y colectividades que experimentaron un pasado doloroso (Rosoux, 2008, pp. 7-11; Vaillant, 2002, pp. 23-30). La selección peruano-chilena lucía uniformes blancos y su insignia estaba compuesta por las banderas de cada país, una al lado de la otra. Notoriamente, la idea de la amistad binacional fue el atractivo principal de la empresa deportiva. En varias de sus presentaciones los jugadores lucieron alternando banderolas de sus países, las que ofrecían a sus rivales antes de iniciarse las acciones.

Es destacable cómo el fútbol, ya entonces constituido en un deporte de masas, se convirtió en el vehículo de un acercamiento simbólico entre el Perú y Chile. Esto nos conduce al debate respecto del rol social del *deporte rey* que se situaba por aquel entonces entre el cosmopolitismo y el nacionalismo.

Al respecto, Pierre Lanfranchi refiere que alrededor de 1900 era cotidiano que los clubes de fútbol europeos estuviesen conformados por jugadores de distintas nacionalidades, pues primaba un espíritu cosmopolita alrededor del cambio de siglo, como el que se expresó nítidamente en la afamada Exposición Universal de París. Señala que por esa misma razón en 1898 se fundó en Milán un afamado club de fútbol de nombre «Internacional». Sin embargo, observa el autor que «[...] al lado de esta tendencia internacionalista, el fútbol devino rápidamente, en numerosos países, en la expresión ideal de un sentimiento nacional» (Lanfranchi, 2002, p. 15).

Sobre el particular, es relevante destacar que la gira de la selección peruano-chilena se realizó apenas cuatro años después iniciarse la gran depresión mundial de 1929 y en tiempos en los que el nacionalismo comenzaba a dominar nuevamente la escena europea con la asunción de Adolfo Hitler al poder en enero de 1933. En ese entonces Europa experimentaba un encendido rebrote nacionalista impulsado por el fascismo, que paulatinamente contrarrestó el cosmopolitismo de principios de siglo y de los dorados años veinte.

A nivel local, un elemento que puede ayudarnos a explicar y contextualizar esta temprana experiencia reconciliadora es la firma, en 1929, del tratado de Paz y Amistad de Lima, en el que se resolvieron los asuntos pendientes del tratado de Ancón de 1883, con el que se le puso fin a la Guerra del Salitre (1879-1883). El Tratado de Lima sostiene en su preámbulo el deseo de Perú y Chile de asegurar su buena inteligencia e inclusive, en su artículo decimoprimer, resuelve erigir un monumento a la concordia en el Morro de Arica con la finalidad de constituir un sitio simbólico de la amistad.

El cierre de la frontera terrestre y los gestos amistosos promovidos en los contenidos del Tratado de Lima iniciaron una etapa de distensión que se extendió hasta la década de 1970. En esta etapa hubo acercamientos binacionales en diferentes esferas, como la firma de un tratado de libre comercio en 1934 y, posteriormente, la comunión de intereses para la suscripción, junto con Ecuador, de la Declaración de Santiago de 1952. Esta, más allá de sus posteriores interpretaciones, constituyó en su hora la puesta en práctica de una política común que acercó a ambos países (Zapata, 2011).

Un problema historiográfico que se desprende del tema que nos ocupa es la poca o ninguna atención que los especialistas le han dedicado. De hecho, las fuentes consultadas para la realización de este artículo son primarias o provienen de algunas publicaciones deportivas o crónicas periodísticas. Como en nuestra reciente publicación acerca de la guerra del Perú y Chile contra España (Parodi Revoredo, 2011), la instrumentalización de la historia ha promovido relatos de nacionalismo exterior (Todorov, 1991); es decir, que construyen la nacionalidad oponiendo la virtud propia al defecto ajeno. En esa línea de razonamiento la colaboración peruano-chilena

en la referida guerra ha merecido, en general, poca atención, y un gesto *sui generis* de reconciliación como el combinado peruano-chileno de 1933-1934, ninguna. Al contrario, la guerra del salitre (1879-1883) cuenta con gran difusión, como si se tratase del único acontecimiento relevante del pasado binacional.

La fuente primaria utilizada para la presente investigación han sido las ediciones del diario *El Comercio* de Lima, el cual cubrió la gira de principio a fin, brindó oportuna información y además anexó en sus reportajes algunos análisis de especialistas europeos así como los cablegramas de diferentes agencias internacionales como Associated Press (AP) y United Press (UP).

Aunque la investigación nos aproxima al conocimiento del impacto y trascendencia de esta gran aventura deportiva, nos queda claro que sus líneas apenas nos han alcanzado para introducir al «Combinado del Pacífico» en el mundo académico y para proponerlo al examen de los historiadores. Pero sirva este artículo para despertar el interés por un acontecimiento que aproxima al Perú y Chile en momentos en que ambos países lo ameritan.

DEL CALLAO AL REINO UNIDO

El 3 de setiembre de 1933 zarpó del puerto del Callao con rumbo a Liverpool la selección peruano-chilena de fútbol en gira de seis meses, para disputar 39 partidos contra diferentes equipos y seleccionados. Su nombre, Combinado del Pacífico, fue adoptado porque se pensó que refiriendo las costas del Pacífico sudamericano la delegación deportiva podría ser más fácilmente relacionada con la nacionalidad de los jugadores que la componían (Roel, 1994, p. 49). Sin embargo, esta inicial percepción resultó equivocada, pues los cables internacionales reproducidos por *El Comercio* nombraron al combinado como «*team* peruano-chileno» u otras designaciones análogas. Tal parece que la prensa internacional se interesó más por los países de origen de los atletas que por el nombre del mar que baña sus costas.

Universitario de Deportes de Perú fue el equipo base del combinado y aportó trece jugadores a la delegación. Del medio local se le sumaron dos jugadores del Alianza Lima y otros dos del Atlético Chalaco. La cooperación chilena vino del Colo Colo, popular escuadra por aquel entonces recién fundada, que se sumó con cuatro deportistas al tour que estaba próximo a iniciarse.

Entre los jugadores más destacados de Universitario de Deportes se encontraba Teodoro «Lolo» Fernández, su máximo referente histórico, también conocido como «el cañonero» por su potente *shot* y que al final de la gira se constituyó en su máximo goleador con 48 anotaciones. Por la U destacó también el delantero Pablo Pacheco, quien conformó una estupenda dupla con Fernández y sumó varias anotaciones.

Uno de los jugadores de Universitario que participó de la gira fue el polifacético portero Juan Criado, apreciable músico hasta hoy recordado por sus populares composiciones, como la polka «Angélica» y el festejo «Arroz con Concolón». Aumenta la peculiaridad de Juan Criado porque a pesar de formar parte de Universitario —club entonces asociado con la clase acomodada en el imaginario local— fue un gran difusor del folklore criollo y afroperuano, identificado con el club Alianza Lima.

Los refuerzos chilenos, que fueron cedidos luego de tramitarse la debida autorización ante la federación de su país, provinieron todos de las filas del Colocolo. Entre ellos destacó nítidamente Roberto Luco debido a su temperamento y habilidad goleadora. Al volver de la gira Luco fue contratado por Boca Juniors, equipo con el que obtuvo el título de campeón del fútbol argentino los años 1934 y 1935. El juego de Luco fue muy bien complementado por el de su compatriota Eduardo Schneberger, quien sobresalió por la potencia de su ataque. Algunas estadísticas chilenas incluyen a Schneberger en el equipo ideal de Colo Colo de todos los tiempos.

A la gira concurren también los jugadores más representativos del Alianza Lima: Alejandro Villanueva y Juan Valdivieso. Alejandro Villanueva, apodado «Manguera» por su apariencia larguirucha, tuvo algunas dificultades en adaptarse a la gira, por lo que no lució en los primeros partidos. Sin embargo, fue paulatinamente consolidando su actuación con goles y llegó a alcanzar comentarios muy favorables de la prensa local e internacional. Por su parte, el portero Juan Valdivieso realizó espectaculares atajadas y contuvo varios *penalties*, con lo que comenzó a forjar su bien labrada fama. No es casualidad que un año después, en gira precisamente por Chile, haya recibido el apelativo de «El Mago» por atajar cinco penales en un solo partido.

Tras su partida del Callao, el combinado peruano-chileno realizó dos exitosas presentaciones en Centroamérica. La primera en el puerto panameño de Colón y luego en Curazao, que entonces formaba parte de las Antillas holandesas. En ambos casos las victorias fueron contundentes: 4 a 2 y 7 a 0. Tras ello, los futbolistas atravesaron el Atlántico en viaje de 16 días desde Curazao hasta Dublín, trayecto en el cual encontraron su primera baja deportiva, pues Luis Emilio de Souza Ferreyra enfermó de apendicitis. Aparentemente el barco carecía de médico, por lo que la tragedia rondó a la delegación (Roel, 1994, p. 51).

En Dublín y Belfast, Irlanda

La llegada a Dublín, puerto y capital de Irlanda del Norte, se produjo el 27 de setiembre y de inmediato se trasladó a de Souza al hospital Walton. Un cable de la United Press del día siguiente dio cuenta de la favorable recuperación del joven deportista: «El futbolista peruano Souza pasó la noche confortablemente y mejoró,

creyéndose que no sea necesario practicarle operación del apéndice. Sin embargo, no puede acompañar al resto del equipo en el viaje a Irlanda»¹. Efectivamente, el jugador crema solo se reintegró a la gira en su fase final.

Sin duda alguna, Irlanda del Norte fue el país que mejor recibió a la selección peruano-chilena, a la que le dispensó el trato correspondiente a una delegación diplomática. Los deportistas fueron recibidos por Eamonn de Valera, jefe del gobierno del Estado Libre de Irlanda, en la sede gubernativa. El dicho acto, el presidente irlandés le dio la bienvenida a los futbolistas y declaró que «[...] esperaba que la visita indujera a estrechar más las relaciones entre ambos países»². Seguidamente, la delegación se dirigió al ayuntamiento de Dublín, donde fue agasajada por el alcalde de la ciudad.

En el plano deportivo, la dura exigencia física y técnica a la que serían sometidos los deportistas y su más que aceptable respuesta a dichos desafíos fueron características de la gira que se manifestaron desde su inicio y se mantuvieron hasta el final. Es así que las competiciones comenzaron nada menos que con la realización de dos partidos el mismo día y en localidades diferentes.

El primer match se realizó en Dublín y fue presenciado por una multitud de 35 000 personas. El oponente fue el local Bohemians de la primera división irlandesa, con el que se obtuvo un empate a un gol por bando. Para la selección binacional marcó el peruano Carlos Tovar a los 20' del primer tiempo, tras pase del chileno Luco. Los locales lograron la igualdad diez minutos después por obra de Gordon. *El Comercio* de Lima destacó la primera presentación del Combinado subrayando que se sobrepuso a algunas situaciones extradeportivas, como contar con solo dos días de aclimatación tras un largo viaje y la enfermedad de uno de sus miembros. Señaló «El Decano» que «[...] peruanos y chilenos han fusionado sus características de juego constituyendo una buena representación del fútbol sudamericano»³.

Las agencias de prensa extranjera también elogiaron la actuación del combinado. *United Press* señaló que «[...] el grupo peruano-chileno. [...] jugó un lucidísimo fútbol, con todas las reglas del arte, mereciendo grandes aplausos. Por su parte, la AP fue la primera en identificar algunas características del fútbol peruano, que hasta hoy conspiran con la obtención de mejores resultados: «En el primer tiempo, los sudamericanos demostraron rapidez y pericia en el juego, pero abusaron de los pases cortos [...]». A su turno, los refuerzos chilenos justificaron pronto su presencia en el equipo. En su primer cablegrama sobre la gira, la AP destacó que «Luco y Schneberner brillaron entre los forwards americanos [...]»⁴.

¹ *El Comercio*, 29 de setiembre de 1933.

² *El Comercio*, 29 de setiembre de 1933.

³ *El Comercio*, 2 de octubre de 1933.

⁴ *El Comercio*, 2 de octubre de 1933.

Horas más tarde, en Belfast, el combinado realizó su segunda presentación y obtuvo similar resultado. *El Comercio* de Lima destacó el profesionalismo del equipo sudamericano:

Si bien es cierto que no es en Irlanda donde están los más poderosos equipos del Reino Unido de la Gran Bretaña [...] por la forma como se ven obligados a actuar, sin tiempo suficiente para aclimatarse, realizando seguidos viajes para ir de un punto a otro y jugando como solo pocas horas de descanso [...] las performances alcanzadas por los referidos balompedistas son muy meritorias⁵.

Contra el Celtic de Glasgow, Escocia

En Glasgow, Escocia, la selección peruano-chilena mordió por primera vez el polvo de la derrota al caer vencida por dos goles a uno contra el Celtic, la escuadra más poderosa de la tierra de la gaita y el kilt. El carácter binacional de la delegación y sus gestos de amistad peruano-chilena llamaron poderosa y positivamente la actuación del público y prensa locales:

El público se mostró sumamente impresionado ante la inusitada escena que surgió cuando los peruanos y chilenos desfilaron por la cancha llevando cada uno una bandera de su país con la cual saludaron al público. Después obsequiaron las banderas a los jugadores del «Celtic». También había banderas en las cuatro esquinas del campo (United Press, exclusivo para *El Comercio*)⁶.

En el plano deportivo, la actuación del equipo fue positivamente valorada debido al atenuante de disputar tres encuentros en cuatro días. Associated Press volvió a cotejar la habilidad de los peruanos con la falta de potencia en sus remates al arco, los que según el reporte fueron detenidos con relativa facilidad, y menciona también su parcial recuperación en el segundo tiempo, en el que Lolo Fernández descontó para los visitantes.

En el match destacó Juan Valdivieso al atajar un *penalty* injustamente cobrado por el referee al iniciarse el segundo periodo. El equívoco arbitral fue protestado con pifias del público. Sin embargo, el remate de los doce pasos fue rechazado espectacularmente por Valdivieso. Morrison, el lanzador, cogió el rebote dado por el arquero y disparó de nuevo, pero otra vez Valdivieso rechazó con el puño, lo que mereció la larga ovación de la concurrencia⁷.

⁵ *El Comercio*, 3 de octubre de 1933.

⁶ *El Comercio*, 5 de octubre de 1933.

⁷ *El Comercio*, 5 de octubre de 1933.

En busca de una opinión autorizada a la vez que imparcial, *El Comercio* de Lima entrevistó al señor Edward Watson, «correcto y caballeroso deportista inglés», alto funcionario de la International Petroleum Company, en cuyas oficinas de Lima recibió a los reporteros. Watson elogió el juego sudamericano y su destacada actuación contra el Celtic, por tratarse —junto con el Rangers— del equipo más fuerte de Escocia, habitual ganador del título nacional.

Watson realizó una acertada comparación entre los estilos de juego sudamericano y británico, lo que lo llevó a exaltar aún más el desempeño binacional. Al respecto señaló que «se funda mi admiración y aplauso porque conozco la modalidad del juego suave, podría decir, de los sudamericanos y recuerdo vivamente la reciedumbre de las sesiones en el fútbol inglés, Irlanda o de Escocia»⁸.

Otro acertado comentario de Watson nos lleva a una inquietud que esperamos puedan responder futuras investigaciones: la razón por la cual la gira se llevó a cabo en invierno, a sabiendas de las duras condiciones climáticas europeas en esa estación del año. A ello debe añadirse que, a diferencia de la actualidad, en aquel entonces los futbolistas sudamericanos no emigraban al viejo continente con la frecuencia con que ahora lo hacen, ni, en general, se encontraba la práctica del deporte tan globalizada, por lo que las condiciones meteorológicas serían necesariamente un *handicap* deportivo para la delegación. «Hay que saberlo con oportunidad —dijo Watson—. La inclemencia de la estación que se avecina para Inglaterra, con su frío, lluvia y hielo harán defecionar bastante a estos deportistas no habituados a esas condiciones»⁹.

A Watson no le faltó razón. Días después, la delegación binacional cayó goleada 3 a 0 en Edimburgo ante el Heart Midletians, en medio de condiciones climáticas adversas que fueron subrayadas en un titular de *El Comercio*: «Con viento contrario y lluvia torrencial, los futbolistas del combinado peruano-chileno fueron batidos por tres goles». Incluso la agencia Associated Press resaltó la incidencia del tiempo en la derrota del equipo visitante y en la salud de sus integrantes:

Los sudamericanos tuvieron que jugar bajo una verdadera tempestad de lluvia y desgraciadamente se vieron obligados a actuar contra un fuerte viento contrario, durante todo el primer tiempo, en el cual los del Midletians hicieron dos goles. [...] En la portería de los sudamericanos Criado reemplazó a Valdivieso, quien se encuentra enfermo a causa de una fuerte gripe¹⁰.

⁸ *El Comercio*, 6 de octubre de 1933.

⁹ *El Comercio*, 6 de octubre de 1933.

¹⁰ *El Comercio*, 10 de octubre de 1933.

Una bella actuación de los peruanos, Londres

La actuación sudamericana en Inglaterra comenzó con uno de los peores partidos del equipo, que cayó batido sin atenuantes por el Newcastle por seis goles contra uno, el 10 de noviembre de 1933. Al respecto, *El Comercio* comentó que el equipo inglés figuraba sexto en la Premier League inglesa y que era previsible que el seleccionado binacional fuese encontrando rivales de mayor valía conforme se desarrollase la gira¹¹.

Sin embargo, el combinado se reivindicó días después con una estupenda actuación en Londres, ciudad en la que obtuvo un empate a dos goles con el West Ham de la segunda división inglesa y que actualmente forma parte de la Premier League. Associated Press destacó la performance del chileno Luco «[...] cuya inteligencia y velocidad hicieron las delicias del público». Lolo Fernández abrió el marcador a los cinco minutos de iniciado el encuentro. El equipo local igualó y volteó el marcador con dos tantos obtenidos casi consecutivamente, pero Roberto Luco emparejó las cosas justo antes de que el partido expirase. Tal fue el esfuerzo desplegado por el jugador de Colo Colo, que al escuchar el silbato final cayó desmayado. Por esa razón la prensa local lo apodó «El futbolista que juega hasta desmayarse».

A esta buena actuación del combinado peruano-chileno el *Daily Mirror* de Londres le dedicó una larga y delicada nota titulada «Una bella actuación de los peruanos», en la que elogió la actuación sudamericana. El matutino londinense describió de esta manera su estilo de juego: «Desde el punto de vista del arte, la velocidad y la malicia, los visitantes fueron fácilmente los dueños de la situación, y en la forma en que sorprendieron a sus rivales, menos científicos, frecuentemente hicieron que el público de ocho mil espectadores se desatara en carcajadas»¹².

El fútbol pícaro del combinado sorprendió a la escuadra inglesa y llenó las retinas del público londinense. Sin embargo, sus defectos fueron también advertidos por el comentarista Frank Carruthers, quien consideró una desgracia que tanta inteligencia y juego de pases cortos no obtuviese mejores resultados «[...] como consecuencia de que los jugadores cayeran en la tentación de tratar de batir no solamente a uno de sus enemigos sino a la mitad del equipo contrario»¹³.

Al igual que en las presentaciones anteriores, el combinado peruano-chileno salió al campo de juego con banderas de los dos países, las que flameó al saludar al público y luego obsequió a los jugadores rivales, gesto de reconciliación y amistad peruano-chileno que fue advertido y destacado nitidamente por el *Daily Mirror*:

¹¹ *El Comercio*, 12 de octubre de 1933.

¹² *El Comercio*, 5 de noviembre de 1933.

¹³ *El Comercio*, 5 de noviembre de 1933.

Hubo un incidente espectacular, poco antes de que se iniciara el match, cuando los jugadores peruano-chilenos se presentaron en el campo portando cada uno una bandera en su mano. Con las banderas en alto los componentes del equipo saludaron a las tribunas. Cuando el West Ham hizo su aparición en el campo, la banda tocó los himnos nacionales y después los visitantes obsequiaron las banderas a los componentes del equipo contrario¹⁴.



Caricatura de diario catalán anuncia arribo del combinado binacional en Barcelona.

¹⁴ *El Comercio*, 5 de noviembre de 1933.

ÉXITOS EN EL «VIEJO CONTINENTE»

Tras cumplir sus compromisos en el Reino Unido, dejando muy buena impresión, la selección de fútbol peruano-chilena se dirigió a la Europa continental, donde comenzó con buen pie su tour de presentaciones futbolísticas. Su primer partido lo jugó en Rotterdam, Holanda, donde derrotó por un categórico 3 a 0 al Sparta, equipo local que en años anteriores había resultado campeón de su país. *El Comercio* destacó la victoria del combinado ante un recio rival y recordó las dificultades que la selección de Uruguay tuvo para vencer a los neerlandeses en las olimpiadas de París de 1924¹⁵.

Además, el «decano» destacó el buen ensamblaje entre peruanos y chilenos, «[...] especialmente de su línea delantera que revela entendimiento, pues la acción conjunta de sus componentes se expresa en los goles señalados. Luco y Scheneeber con Fernández y Pacheco se entienden, no hay duda; de sus jugadas se derivan los goles, confirmando su acoplamiento»¹⁶.

Tres días después, el Combinado fue derrotado por el Athletic Club Sparta de Praga, ex campeón de Checoslovaquia, por dos tantos contra uno. La derrota se adjudicó a la brusquedad en el juego de los rivales y a la parcialidad del referee. En dicho partido Alejandro Villanueva logró finalmente anotar un gol, con lo que comenzó a ganar protagonismo en la delantera del equipo junto con Antonio Luco y «Lolo» Fernández¹⁷.

Al día siguiente, en la misma localidad, la selección peruano-chilena obtuvo un empate a dos goles con el Slavia. Ya para entonces resultaba claro que para *El Comercio* de Lima y las agencias cablegráficas internacionales el portero Juan Valdivieso era el jugador más sobresaliente del Combinado. En su análisis de la actuación sudamericana, el «decano» señaló que «[...] Valdivieso sigue siendo el jugador que más se destaca en el cuadro y, como es lógico suponer, sus actuaciones prestigian el fútbol peruano en el viejo continente». A su turno, la agencia Associated Press resaltó que el arquero de Alianza Lima «[...] otra vez encantó a los aficionados con su soberbio trabajo como guardameta»¹⁸.

En aquel partido Villanueva volvió a anotar, con lo que confirmó su recuperación. Su actuación y la del equipo cobran relevancia, pues los cables refieren que en Praga el campo se encontraba empantanado —debido a la torrencial lluvia que cayó horas antes—, lo que no impidió la buena actuación de peruanos y chilenos, que ya venían adaptándose al invierno europeo.

¹⁵ *El Comercio*, 26 de octubre de 1933.

¹⁶ *El Comercio*, 26 de octubre de 1933.

¹⁷ *El Comercio*, 29 de octubre de 1933.

¹⁸ *El Comercio*, 30 de octubre de 1933.

Múnich y París

El combinado peruano-chileno pasó su prueba de fuego en Alemania, el primero de noviembre de 1933, donde le tocó enfrentar nada menos que al Bayern de Múnich. En la importante ciudad alemana, la selección peruano-chilena jugó en condiciones totalmente desconocidas para sus deportistas, pues el césped estaba cubierto de nieve y hacía un intenso frío.

A pesar de que fue derrotada por dos goles contra uno, la actuación de la selección sudamericana fue realzada por las agencias internacionales. Nuevamente Valdivieso fue la figura del equipo, motivo por el cual Associated Press cablegrafió: «Los bávaros dieron un recio ataque al gol sudamericano defendido por Valdivieso, quien recibió durante todo el juego grandes manifestaciones aprobatorias de la concurrencia»¹⁹.

Días después de realizarse el match, *El Comercio* reprodujo una interesante crónica de la prensa alemana sobre el encuentro. En ella se señala que el Combinado del Pacífico fue el cuarto equipo sudamericano en presentarse en Múnich, después del Peñarol, Boca Juniors y Gimnasia y Esgrima de La Plata²⁰. La nota reconoce inclusive la superioridad técnica del equipo peruano-chileno y destaca que a su paso por Alemania validó la buena impresión dejada en Inglaterra:

Los comentarios sobre la actuación del equipo del Pacífico en Inglaterra, Holanda y Checoslovaquia y una mirada a los resultados allí conseguidos, demuestran inmediatamente la elevada clase del mencionado equipo, superioridad que también se manifestó en Múnich a pesar de su derrota por 2 a 1, aunque los visitantes se encontraron aquí con el terreno más desfavorable de toda su gira²¹.

La actuación del arquero Juan Valdivieso también dejó impresionados a los reporteros alemanes, quienes señalaron que el combinado tenía «[...] un jugador capital en su excelente guardameta Valdivieso, uno de los absolutamente mejores que se ha conocido en Múnich»²².

En Alemania, la selección peruano-chilena continuó con su labor proto diplomática al presentarse al estadio Múnich 1860 con banderas de ambos países, las que ofrecieron a los jugadores contrarios. Asimismo, los deportistas sudamericanos visitaron el monumento a los guerreros de 1870, dedicado a los combatientes de la guerra franco-prusiana que se iniciara ese año, al que ofrendaron un arreglo floral.

¹⁹ *El Comercio*, 2 de noviembre de 1933.

²⁰ *El Comercio*, 5 de noviembre de 1933.

²¹ *El Comercio*, 5 de noviembre de 1933.

²² *El Comercio*, 5 de noviembre de 1933.

Ya en París —donde disputaron un partido que concluyó igualado a un gol por bando— nuestra delegación realizó similar homenaje al Soldado Desconocido. Jack Gubbins, el empresario de la gira, fue el encargado de depositar la ofrenda a los pies del monumento. La agencia United Press cubrió la noticia de la siguiente manera: «El empresario de la jira de futbolistas peruanos y chilenos, acompañado de su hermano Reynaldo, depositó una corona de flores sobre la tumba del Soldado Desconocido. Esta tenía cintas con los colores peruanos y chilenos»²³.

DEPORTIVOS Y EXTRADEPORTIVOS: PROBLEMAS EN LA MADRE PATRIA

El seleccionado peruano-chileno comenzó su tour en España con un encuentro en Las Palmas, Islas Canarias, contra el Marino Fútbol Club. Como anticipando lo que vendría después, el equipo sudamericano cayó derrotado por dos goles contra uno, aunque señala un cable del corresponsal de la United Press que la escuadra sudamericana dejó excelente impresión por su rapidez en tiro y remate. La agencia internacional recogió además las declaraciones del capitán del Combinado, el jugador y fundador de Universitario de Deportes, Plácido Galindo, quien manifestó sentirse muy a gusto en Las Palmas y con el comportamiento del público canario durante el desarrollo del encuentro²⁴.

Derrotas frente al «Madrid» y el «Barza»

Los problemas comenzaron poco después, cuando Jack Gubbins, el empresario de la gira, aceptó jugar dos encuentros el mismo día y en dos ciudades distantes. La solución que encontró el aventurado hombre de negocios fue contratar tres jugadores franceses y uno austríaco para poder completar ajustadamente dos equipos, dividiendo temerariamente al Combinado (Roel, 1994, p. 54).

Se le suma a la equivocada decisión que ni las ciudades ni los equipos a los que había que enfrentar eran poca cosa, pues se trataba nada menos que del Real Madrid y el Barcelona FC, los que entonces —tanto como ahora— eran los principales equipos de España y de los mejores del mundo. Los resultados fueron proporcionales a la mala decisión adoptada: el equipo catalán goleó por 4 a 1 al Combinado, pero el «Madrid» fue aún más contundente y lo apabulló 10 a 1.

Esta última derrota repercutió negativamente en la imagen del equipo sudamericano, pues su presentación en la capital española había despertado gran expectativa debido a los éxitos y buenas actuaciones de los que venía precedido. Le añadió dramatismo a la cuestión el hecho de que en dicho partido se hubieran disputado

²³ *United Press*, 16 de noviembre de 1933.

²⁴ *United Press*, 6 de diciembre de 1933.

dos copas, una donada por el gobierno español y la otra por el cónsul del Perú en España, Ministro Juan de Osma, quien asistió a presenciar el encuentro²⁵.

Sobre el particular, el diario *El Comercio* no se guardó nada para criticar la mala decisión de Gubbins y los resultados obtenidos como consecuencia de ella. Al respecto, en su edición matutina del 9 de diciembre de 1933, el «decano» refirió así las malas actuaciones sudamericanas:

En España era difícil conseguir una victoria. Bien sabido es que el fútbol en esa república está en muy buen nivel y que las características del juego hispano son recias en todos sus aspectos. Es allá donde prevalece la llamada «furia española» y por consiguiente para la Selección del Pacífico» las probabilidades de triunfo eran muy remotas. Por eso fue que la concertación de dos partidos fraccionando el equipo peruano-chileno significaba una aventura comercial y nada más, ya que deportivamente hablando los resultados podían adelantarse. Al empresario de la gira ha tenido que interesarle más la parte económica que la deportiva y por eso ajustó los dos partidos, sin importarle seguramente sus consecuencias.

Una gira en crisis

Todo parece indicar que incluso el cálculo económico le falló a Jack Gubbins, pues tras aquellas derrotas no pudo concertar más presentaciones en la península. De hecho, después de sus presentaciones simultáneas en Madrid y Barcelona del 8 de diciembre, la selección peruano-chilena recién pudo presentarse el 17 en Saint Etienne, Francia, y el 26 en San Remo, Italia. En ambos encuentros logró empates (Roel, 1994, p. 54).

Las malas presentaciones en las dos principales ciudades españolas y las posteriores dificultades en la programación de encuentros generaron problemas financieros en la empresa deportiva, por lo que los jugadores comenzaron a manifestar su incomodidad. Inclusive, algunos de ellos habrían solicitado sus pasajes de retorno a América del Sur, los que estaban garantizados por sus contratos.

Los primeros en protestar fueron los jugadores chilenos de Colo Colo, quienes presuntamente cablegrafiaron a su país solicitando su repatriación y señalando que se encontraban abandonados en Barcelona y Tenerife. Según cable procedente de Santiago, el mismo presidente de Chile, Arturo Alessandri Palma, ordenó el regreso de sus futbolistas²⁶.

El tema se agravó luego con la mala impresión causada en los círculos deportivos chilenos por la noticia de la situación de sus jugadores en España. Inclusive se pronunció la Federación Chilena de Fútbol señalando que su homóloga peruana

²⁵ *El Comercio*, 9 de diciembre de 1933.

²⁶ *El Comercio*, 24 de diciembre de 1933.

«pidió a los jugadores chilenos que se unieran al equipo peruano, por lo que se dio el permiso cesando desde entonces la responsabilidad de la federación chilena»²⁷.

Sin embargo, las siguientes noticias respecto de estos incidentes muestran que no se trató de un tema de discriminación en contra de los deportistas chilenos, más sí de inconvenientes en la organización logística de la gira que también generaron controversias en el medio deportivo peruano. Debido a ello, la Federación Peruana de Fútbol y la Liga Provincial de Fútbol publicaron sendos pronunciamientos. Asimismo, los clubes Alianza Lima y Universitario de Deportes protagonizaron un áspero debate, por lo que llevaron más allá de los límites deportivos su tradicional rivalidad.

Al respecto, la Liga de Lima publicó una carta dirigida a la Federación en la que expresó que «en ningún momento se ha faltado a las disposiciones reglamentarias vigentes sobre giras al extranjero, pues existe la garantía de los pasajes de regreso hasta el Callao de todos los jugadores peruanos y chilenos que están en gira y que, en cuanto esos jugadores lo soliciten, sus pasajes les serán inmediatamente remitidos». En el mismo sentido se pronunció el equipo de la «U», pues señalaron que existía la mencionada garantía para todos los jugadores y que el 26 de enero acababan de recibir un cable del capitán, Plácido Galindo, en el cual señalaba que aún tenían partidos programados en Canarias y en el que nada se mencionaba sobre eventuales dificultades económicas de la delegación.

Unos días después fue la Federación Peruana de Fútbol la que publicó un boletín, en el que deslindaba su responsabilidad por los problemas por los que atravesaba la delegación peruano-chilena de gira por Europa y señalaba que otorgó los pases reglamentarios en cuanto la Liga de Lima le informó que se había cumplido con todos los requisitos, incluida la garantía de retorno. En otro orden de cosas, señaló también que en vista de los resultados obtenidos canceló el tour, pero que revirtió su decisión «[...] ante las reiteradas gestiones de la prensa local, del club Universitario de Deportes y del equipo en gira, que se sentía hondamente afectado en sus intereses alegando tener otros compromisos ya pactados [...]»²⁸. Respecto de la situación de los jugadores mapochinos, la Federación declaró: «Los jugadores chilenos de refuerzo pueden igualmente, en el momento que lo soliciten, obtener sus pasajes de regreso hasta el Callao, de conformidad con las disposiciones reglamentarias vigentes. La federación peruana informará de este hecho a su coafiliada la Federación de Fútbol de Chile»²⁹.

²⁷ *El Comercio*, 30 de diciembre de 1933.

²⁸ *El Comercio*, 29 de diciembre de 1933.

²⁹ *El Comercio*, 29 de diciembre de 1933.

Duelo de compadres

La controversia que derivó de la situación en la que se encontraban los futbolistas del Combinado cambió de dirección cuando intervino la directiva del club Alianza Lima, que sostuvo un duelo de pronunciamientos con su clásico rival Universitario de Deportes. En carta fechada 26 de enero de 1934, el club victoriano solicitó a la Federación Peruana de Fútbol le informe sobre la situación en la que se encontraban sus deportistas «[...] y si se ha exigido de acuerdo al art. 66 de la Reglamentación para la salida y actuación de equipos nacionales en el extranjero, inciso H, el depósito, únicamente en efectivo, del valor del pasaje de los jugadores desde el punto más lejano al que se proyecta extender la gira hasta el punto de partida»³⁰.

La cita anterior es interesante porque alrededor del referido artículo 66 se desarrolló la posterior discusión. Días después, el 30 de enero, una bastante más preocupada directiva aliancista solicitó formalmente a la FPF la emisión de los pasajes de retorno de sus deportistas Alejandro Villanueva y Juan Valdivieso. La razón fue el telegrama enviado por éste último desde Tenerife el 29 de enero y que decía lo siguiente: «Situación mala, sin pasajes». La solicitud aliancista adoptó la forma de un ultimátum, pues otorgó a la Federación un plazo de veinticuatro horas para responder, tras lo cual adoptaría las medidas necesarias a favor de sus futbolistas³¹.

Como era de esperar, la «U», club responsable de la gira, replicó al Alianza Lima señalando que los pasajes de retorno solo podían emitirse si eran solicitados por el capitán del equipo, Plácido Galindo, y que dicha restricción no se aplicaba solamente a los jugadores de Universitario sino a toda la delegación³². En enfática carta dirigida a Miguel Dasso, presidente de la FPF, los directivos «cremas» señalaron que:

[...] estos pasajes solo se girarán en el momento que sean solicitados por el capitán de nuestro cuadro, Plácido Galindo, y no para la totalidad de jugadores, sino para la totalidad de los integrantes de la Delegación. Y esta actitud es perfectamente natural, ya que no es posible que un cuadro que sale en gira al extranjero, pueda verse desintegrado en cualquier momento por satisfacer caprichos de jugadores que no aprecian lo que significa cumplir una responsabilidad. Así como los chilenos han solicitado su pasaje en Tenerife; Villanueva y Valdivieso los han podido pedir en Londres, Pacheco y Lolo Fernández de París, y Astengo y Arce de Barcelona, y el empresario se hubiera encontrado con q' (*sic*) en lugar de llevar un equipo de deportistas que iban a cumplir un contrato perfecto, se había embarcado una colección de jóvenes a quienes iba a pasear por toda Europa y a quienes debía

³⁰ *El Comercio*, 1º de febrero de 1934.

³¹ *El Comercio*, 1º de febrero de 1934.

³² *El Comercio*, 1º de febrero de 1934.

regresar a Lima tan luego se cansaran del paseo, dejándolo a él sin poder cumplir sus compromisos y sin poder defender sus intereses³³.

Debido a la aspereza de la réplica crema, la contrarréplica de Alianza Lima no se hizo esperar y al día siguiente elevó su reclamo a la máxima entidad del deporte a nivel nacional: El Comité Nacional del Deporte. A este le solicitó mediar sus buenos oficios en virtud de que las gestiones emprendidas ante la Liga Provincial de Fútbol y la Federación no habían sido atendidas. En la nota se solicitó la inmediata aplicación de la garantía del pasaje, conforme lo estipulaba el artículo 66 de la reglamentación de los viajes al exterior de las delegaciones deportivas.

Respondiéndole a la directiva universitaria, la carta de los aliancistas, firmada por el también jugador y dirigente Kochoy Sarmiento, señaló que su club consideraba «[...] que el tenor de la carta del club universitario de Deportes [...] revela que no existe tal garantía y que esa institución particularmente ha cuidado de exigir al empresario la garantía del caso para el regreso de sus jugadores, considerando en forma vaga al resto de los integrantes de dicho seleccionado»³⁴.

Un día después, una nueva carta de Sarmiento respondió directamente la de Alfredo Hohagen Diez-Canseco, vicepresidente de la «U», tanto como a su pretensión de supeditar la tramitación de los pasajes de retorno a la solicitud del capitán del equipo, Plácido Galindo:

[...] Mal puede llamarse capricho, ni mucho menos no saber aquilatar lo que significa cumplir una responsabilidad al hecho de que por hallarse en mala situación, soliciten que el Club gestione su inmediato regreso. La falta de cumplimiento de los compromisos que el empresario adquirió no obliga a nuestros jugadores a postergar indefinidamente una situación contraria a sus intereses.

No hay mal que dure cien años, reza el refrán, y las noticias de la solución de la crisis que atravesó la gira de la selección Peruano-Chilena por Europa llegaron precisamente del Viejo Continente. Ya un cable del 26 de enero de United Press anticipaba que los problemas estaban en vía de resolverse y detalló la realización de un match en Canarias entre el Combinado del Pacífico y el Salamanca en el que se obtuvo un empate a dos goles por bando. El cable aclaró que «todos los elementos del combinado están en Tenerife y no es cierto que se haya embarcado ninguno para Sur América. Desmíentese la falsa información sobre la fuga del empresario. También es falso que se haya pedido fondos para el regreso del combinado»³⁵.

³³ *El Comercio*, 1º de febrero de 1934.

³⁴ *El Comercio*, 1º de febrero de 1934.

³⁵ *United Press*, 27 de enero de 1934.

La noticia que acabó con esta controversia llegó del corresponsal de la agencia Febus de las Palmas, que anunció oficialmente la publicación de una nota de los jugadores del equipo sudamericano en la que desmentían la fuga de Jack Gubbins, así como la petición anticipada de los billetes de retorno, supuestamente realizada por algunos jugadores de la delegación.

Definitivamente en la gira del Combinado del Pacífico sí hubo problemas económicos y logísticos que incomodaron a varios de sus futbolistas, principalmente a los chilenos de Colo Colo y a los peruanos del Alianza Lima, por lo que esperamos que futuras investigaciones den más luces sobre estos incidentes. En todo caso, también nos queda claro que las dificultades se resolvieron, puesto que el Combinado pudo culminar exitosamente su larga gira por el Viejo Continente.

EL MEJOR FINAL

Aunque la incertidumbre en los jugadores del Combinado no cesó sino hasta finales de enero, la gira se reanudó en Islas Canarias el 6 de dicho mes. Fue nuevamente el Marino Fútbol Club la institución deportiva que le abrió las puertas de aquel bello paraje isleño a nuestros deportistas. En esa ocasión, el combinado triunfó por 2 goles contra 1. En Canarias, el equipo binacional disputó una seguidilla de encuentros hasta la misma víspera de su retorno a Sudamérica.

Casi un mes después, el 4 de febrero, el seleccionado peruano-chileno ingresaba a la fase final de su periplo europeo y lograba un empate a un gol por bando con el Aurora de Las Palmas, con el terreno de juego convertido una vez más en un lodazal debido a la persistente lluvia que había caído la noche anterior. El equipo sudamericano —como en casi todas sus presentaciones— «[...] causó impresión excelente, aplaudiéndolo el público. Todos los jugadores se distinguieron por su dominio completo en el primer tiempo, habiendo igualdad en el segundo»³⁶.

Unos días después, el 10 de enero, el combinado vencía por un gol a cero al Gran Canaria de Las Palmas con anotación de Lolo Fernández a los treinta minutos del primer tiempo. La agencia United Press señaló que tanto él como Juan Criado tuvieron una actuación formidable³⁷.

Ya a pocos días de embarcarse, el 13 de febrero, los futbolistas del Combinado empataron a un gol por bando contra el «Victoria» de Las Palmas; equipo al que enfrentaron en tres oportunidades y al que vencieron el 11 del mismo mes por 3 a 0 con goles de Alejandro Villanueva y Lolo Fernández. Tras el partido del día 13, el cable de United Press informó que ya habían sido girados los pasajes a Tenerife

³⁶ *El Comercio*, 5 de febrero de 1934.

³⁷ *El Comercio*, 11 de febrero de 1934.

para que los futbolistas de Perú y Chile embarcasen en el «Virgilio», legendario barco italiano que contaba con otra embarcación gemela llamada «Orazio». Ambas serían hundidas posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial.

El 17 de febrero de 1934, la selección peruano-chilena jugó su último partido en Las Palmas en contra del «Marino FBC», equipo al que venció holgadamente por 7 goles contra 1, con lo que concluyó su gira haciendo gala de su mejor fútbol. «Los goles de los sudamericanos fueron colocados así: Fernández, 3; Schneberger, 2; Villanueva, 1 y Pacheco 1». Sobre el match, *El Comercio* comentó lo siguiente en su edición del 18 de febrero: «Es encomiable el esfuerzo que deben haber rendido los futbolistas que integran esa delegación para salir airosos y con una victoria bien holgada. Se confirma, asimismo, que salieron rumbo a Tenerife para embarcarse en el vapor Virgilio, el cual viaja directamente al Callao, lo que hace probable su pronto reintegro a las actividades locales»³⁸.

Una soleada mañana, el miércoles 7 de marzo de 1934, se avistó en el Callao el humear de las chimeneas del Virgilio, que atracaba en el antiguo puerto peruano trayendo consigo a la delegación completa del Combinado del Pacífico. Sus jugadores habían disputado en total 39 partidos y de seguro extrañaban el hogar y a los seres queridos³⁹.

La historia hasta hoy no le ha dedicado la atención que merece a esta rara hazaña deportiva que trae consigo elementos paradiplomáticos tan pioneros como llamativos. Pero si con alguna certeza cuenta el acontecimiento histórico es con que en cualquier momento puede ser redescubierto por el tiempo presente.

CONSIDERACIONES FINALES

Una investigación mayor sobre el Combinado del Pacífico debe incluir la consulta de otros diarios limeños, además de *El Comercio*, como *La Crónica* y *La Prensa*, así como, más detalladamente, los boletines de la Federación Peruana de Fútbol. Idéntico trabajo debe realizarse en Chile. Es cierto que la gira surgió de la iniciativa de un empresario y un club privado peruanos —por lo que es probable que haya tenido mayor difusión en Perú—, pero ello no significa que no haya tenido cobertura en la prensa chilena, máxime cuando se presentaron los problemas de orden logístico que hemos visto. Asimismo, a la prensa del viejo continente le llamó la atención la presencia del combinado peruano-chileno, por lo que en las secciones deportivas deben existir notas y entrevistas a los jugadores que de ser consultadas enriquecerán muchísimo el estudio de la gira binacional. Por otro lado, no debe dejarse de lado

³⁸ *El Comercio*, 18 de febrero de 1934.

³⁹ *El Comercio*, 8 de marzo de 1934.

la información con la que puedan contar las familias de los miembros de la delegación, pues de seguro, dada la larga duración del *tour*, los jugadores les escribieron a sus familiares. A través de esos epistolarios podremos conocer detalles más íntimos y personales de esta intensa vivencia que se prolongó por espacio de seis meses.

Ya Un análisis de la gira debe contemplar sus aspectos deportivos y administrativos. En el plano deportivo puede considerarse que la gira fue un éxito. Salvo la derrota ante Newcastle por 6 goles contra 1, y las que sufrieron contra el Barza y el Madrid, las presentaciones del combinado fueron muy dignas, cuando no triunfales.

Debe resaltarse además que el Combinado enfrentó equipos de primer nivel en Irlanda, Escocia, Inglaterra, Holanda, Checoslovaquia, Alemania y Francia. En todos esos países dejó muy buena impresión y obtuvo victorias, empates o ajustadas derrotas. En esa línea, el estilo pícaro y de toque corto del fútbol peruano se vio potenciado por la fuerza y eficacia de su par chileno, características que ambas expresiones deportivas mantienen hasta hoy.

Es destacable también el esfuerzo y profesionalismo de los futbolistas. No conocemos de la realización de giras futbolísticas tan largas y programadas para desarrollarse durante la estación invernal. Es así que en su dilatado periplo, los jugadores del Combinado conocieron de lluvias torrenciales, nevadas, terrenos fangosos y fríos intensos a los que tuvieron que adaptarse sobre la marcha. Además, se programaron partidos con una frecuencia excesiva, tanto que en Irlanda debieron disputar dos encuentros el mismo día. Todo ello resalta la cabalística estadística que logró el equipo binacional: trece victorias, trece empates y trece derrotas.

Al contrario, la organización logística y administrativa de la gira deportiva dejó bastante que desear. Como hemos visto, el interés económico fue prioritario para el empresario Jack Gubbins, quien expuso a los deportistas al sobreesfuerzo de disputar encuentros uno tras otro. El mayor error de Gubbins fue aceptar enfrentar al Barcelona y al Real Madrid el mismo día, para lo cual tuvo que contratar jugadores locales y partir en dos al Combinado, con el resultado de dos contundentes derrotas. Dicho error marcó un punto de quiebre en la gira, tanto porque el prestigio del equipo se vio mellado y no pudo encontrar más rivales de nivel contra los que disputar encuentros, como porque debido a esa razón la economía de la empresa se vio afectada. Esta situación explica que entre el 8 de diciembre y el 6 de enero el seleccionado haya jugado apenas tres partidos, y que la seguidilla de doce partidos subsiguiente, entre el 6 de enero y el 17 de febrero, se haya disputado únicamente en Las Palmas de Canarias, muchas veces repitiendo los rivales.

Además, los problemas financieros por los que atravesó la delegación causaron estragos entre los jugadores, por lo que tanto los chilenos de Colo-Colo y los peruanos de Alianza Lima manifestaron su incomodidad a sus allegados en sus países de origen.

Esta situación generó dos importantes controversias: la primera porque se llegó a pensar que los jugadores chilenos habían sido abandonados en España y la segunda porque el reclamo que hiciera el portero de Alianza Lima, Juan Valdivieso, a través de un telegrama, motivó un encendido debate entre su club de origen y el Universitario de Deportes, que fue reproducido íntegramente por la prensa local.

Sin embargo, no podemos negar el emprendedurismo de Jack Gubbins al lanzarse a una empresa por definición difícil, y es cierto que las fuentes que hemos consultado no arrojan las luces necesarias para ser concluyentes. Pensamos, además, que tan mal no debieron estar las cosas, si finalmente las aguas pudieron recobrar su nivel y se pudo concluir la gira con éxito.

Un tercer tema intrínseco a esta aventura deportiva es su naturaleza binacional. Es cierto que en la intención del empresario Jack Gubbins debió pesar mucho más el *plus* comercial que le daba promover en Europa una gira con deportistas de dos países sudamericanos unidos en un solo equipo, que la intención de reconciliar dos naciones que arrastraban el lastre de una guerra fratricida.

Sin embargo, sí hubo un contexto que favoreció una gira que se inició precisamente cuando se conmemoraban los cincuenta años de la firma del tratado de Ancón de 1883, —que puso fin a la Guerra del Salitre— y cuando aún quedaban protagonistas y testigos vivos de dicho conflicto. Todo esto abona la idea de que la firma del Tratado de Lima de 1929 y el advenimiento del general Óscar Benavides al poder en el Perú en abril de 1933 —tras el asesinato del dictador Sánchez-Cerro— abrieron el camino para la inauguración de una etapa de distensión y acercamiento entre los dos países (Zapata, 2011). Sin un contexto favorable como el que se dio, difícilmente hubiese podido anidar la idea de una selección binacional que portase como escudo las banderas peruana y chilena, una al lado de la otra.

Otro elemento a considerar es el impacto que pudo generar el simbolismo binacional adoptado por el Combinado en las colectividades peruana y chilena. Para el caso peruano, que es el que hemos investigado en la primera parte de este estudio, parece claro que la prensa escrita realizó una amplia difusión del acontecimiento y que en dicha difusión, directa e indirectamente, se propagó un mensaje de unidad binacional.

En el nivel semántico, la sola aparición de los patronímicos de ambas naciones uno al lado del otro, y con frecuente reiteración, debió generar una cierta asociación de ideas y transmitir un mensaje unitario. De manera más explícita y simbólica, el escudo del equipo —que mostraba ambos emblemas uno al lado del otro—, la salida del combinado a los campos de juego portando banderines de ambos países, las fotografías que de él se difundieron y la cobertura de este hecho inusual por la prensa extranjera y binacional debieron proyectar una imagen de amistad más allá de lo que pensaron o presupuestaron Gubbins y el Club Universitario de Deportes.

Asimismo, la aparición de los nombres de los futbolistas más representativos de Alianza Lima, Universitario de Deportes y Atlético Chalaco, junto con los principales ases de Colo-Colo debió generar también una positiva impresión en los seguidores de dichas escuadras en Chile y Perú. Así, pues, es posible que el Combinado del Pacífico haya proyectado la imagen de una integración simbólica de las nacionalidades que lo conformaban (Carrión, 2006, p. 1).

Sin embargo, lejos estamos de plantear que la selección binacional haya sido relevante para un acercamiento peruano-chileno; en todo caso, su efecto nos parece bastante efímero y temporal. En ello influyeron dos factores: el primero es que si bien el gesto integracionista se produjo en un periodo de distensión, se trató de un hecho aislado que no fue producto de una iniciativa de reconciliación de los estados involucrados o de sectores de la sociedad civil. Una política de la amistad y acercamiento binacional debe abarcar un sinnúmero de iniciativas y mantenerse en el tiempo (Vaillant, 2002).

A pesar de lo dicho, el actual desarrollo de la disciplina histórica hacia una mirada más narrativa y multilateral nos permite volver al pasado con nuevas inquietudes, necesidades y miradas. Es por eso que la aventura del Combinado del Pacífico en Europa puede y debe resignificarse a la luz del presente. Si hasta mediados del siglo XX la impronta nacionalista nos llevó a escribir páginas históricas tendientes a alejar a las colectividades antes que a acercarlas, el siglo XXI nos coloca ineludiblemente ante la exigencia de tender puentes, en un complejo contexto de mundialización.

La historia siempre ha portado una razón instrumental en su naturaleza y no pretendemos creer que en los actuales tiempos se haya diluido dicha cualidad. Más bien, si aquella razón supuso hasta ayer construir la propia identidad nacional en oposición a las demás (Todorov, 1991), hoy puede suponer el bien para la sociedad a través de una mirada al pasado que seleccione y valore los acontecimientos de colaboración entre las naciones.

Estuvimos pensando en las visitas protocolares que realizó la delegación peruano-chilena en Europa: una fue al Monumento a los Guerreros de 1870 en Munich y la otra al del Soldado Desconocido en París. Es que para nuestras historias tradicionales solo podían ser héroes aquellos que valerosamente ofrendaron la vida en gestas militares. Sin descartar esta categoría romántica de héroe nacional, quizá haya llegado el momento de alternarla con otra clase de superhombre. Para ello, el Combinado del Pacífico nos otorga la oportunidad de contar con héroes binacionales como Juan Valdivieso, Roberto Luco, Lolo Fernández, Eduardo Schneberger y Alejandro Villanueva. Ya es hora de erigir lugares de la memoria distintos a los tradicionales, como el que ameritan los deportistas de Perú y Chile que compartieron el sueño de acercar a sus naciones a través del fútbol.

BIBLIOGRAFÍA

- Lanfranchi, Pierre (2002). Football, cosmopolitisme et nationalism. *Pouvoirs*, 101, 15-25.
- Parodi Revoredo, Daniel (2002). Entre la jarana y el fútbol: Felipe Pinglo y el Alianza Lima. En Luis Millones, Aldo Panfichi y otros, *En el corazón del pueblo: pasión y gloria de Alianza Lima 1901-2001*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Parodi Revoredo, Daniel (2009). Entre el «dolor de la amputación» y el «complejo de Adán»: imaginarios peruanos y chilenos de la Guerra del Pacífico. En Claudia Rosas Lauro, (ed.), *El odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI a XXI* (pp. 169-180). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Parodi Revoredo, Daniel (2011). La Guerra del Perú y Chile contra España: olvidos y recuerdos de una gesta común. En *Generación de diálogo Chile-Perú Perú-Chile*. Lima: Fundación Konrad Adenauer, IDEI-PUCP e IEI-UCH.
- Roel Miranda, Enrique (1994). ¡Y dale U! En *Enciclopedia del deporte peruano*, volumen 4. Lima: Brasa.
- Rosoux, Valérie (2002). Pièges et ressources de la mémoire dans les relations internationales. *Revue Internationale et Stratégique*, 46, 43-50.
- Rosoux, Valérie (2008). Introduction: Négociation et reconciliation. *Négociations*, 9, 7-11.
- Todorov, Tzvetan (1991). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- Vaillant, Jérôme (2002). La coopération Franco-Allemande à l'épreuve du Traité de L'Élysée. Retour sur quarante ans d'attentes, de déceptions et de succès. *Revue internationale et stratégique*, 4(48), 23-30.
- Zapata, Antonio (2011). De Ancón a La Haya. Relaciones diplomáticas entre Chile y el Perú. En *Generación de Diálogo Chile-Perú Perú-Chile*. Lima: Fundación Konrad Adenauer, IDEI-PUCP e IEI-UCH.

EL COMBINADO DEL PACÍFICO, UNA PROPUESTA PEDAGÓGICA PARA LA INTEGRACIÓN

Patricio Rivera Olguín

Para una enseñanza de la historia que desarrolle conceptos que puedan ser internalizados por los estudiantes y permita lograr una integración entre Chile y Perú, se hace imprescindible incorporar casos de la actualidad en la historia y las ciencias sociales que enseñen nuevas temáticas de la historia de ambos países desde una perspectiva crítica. Este es el caso del Combinado del Pacífico.

En este sentido, es posible convertir la experiencia histórica de integración deportiva en integración desde la paradiplomacia, es decir, a través de la gente común y la sociedad civil. Esta dinámica de acción es apropiada, dado que la historia sirve para relacionar el presente con el pasado y para formar una conciencia histórica que alcance a todas las esferas de la sociedad.

La historia, desde la erudición, ha constituido relatos históricos que separan más de lo que unen y ello se debe al papel central que ha ejercido el Estado en la escritura de la historia oficial. Así pues, en Chile y Perú existe un culto al Estado nacional basado en la conmemoración de las fechas trascendentes y de los aspectos políticos más relevantes. Sin embargo, estos ya no deberían enseñarse como datos en una batería de cifras recitadas por los estudiantes, sino como hechos que ayuden a la comprensión de los sucesos del siglo XX.

LA COMPRENSIÓN HISTÓRICA

La comprensión de la historia es mucho más un aprendizaje significativo (Ausubel, 1968, p. 72) que una repetición de datos y de fechas sin relación, donde no hay comprensión. La memorización de fechas es solo una foto, un momento, un dato inconexo que no permite relacionar el pasado, el presente y el futuro a través de la historia.

Al contrario, la historia debe ser narrada y pensada críticamente, es decir, reflexionada. El pensamiento crítico es el aporte de las escuelas de pensamiento más modernas de las ciencias sociales. Para alcanzarlo en la escuela, es necesario que la clase de historia que se aplica en los colegios sea gradual y lenta, sin apuros, dado que no todos aprenden igual y en estos tiempos de consultas y sobre todo de diálogos, el diálogo en sí mismo es un método de enseñanza (Burbules, 1993, p. 32).

A modo de ejemplo, en una clase cotidiana de la historia del Perú o de Chile sobre la Guerra del Pacífico ¿cuántas veces los estudiantes opinan o sencillamente hablan sobre el tema? ¿cuántas veces realmente preguntan sobre el conflicto?, ¿preguntarán sobre lo que separa a ambas naciones? Las preguntas llevan al pensamiento, a la investigación y a la ciencia. ¿Acaso no necesitamos más conocimiento intelectual en los estudiantes para que desarrollen la capacidad de crítica y de reflexión?

Sin embargo, este objetivo no podrá lograrse si en clase algunos profesores se molestan con las preguntas que formulan sus alumnos. No faltan inclusive ocasiones en las que los estudiantes se burlan del que hace preguntas y hasta lo presionan de modo que el profesor no desarrolle más contenidos durante la sesión. Esta conducta demuestra que existen elementos estructurales en las lecciones de historia que es urgente cambiar. Por tanto, cabe preguntarse si las historias comunes entre el Perú y Chile pueden constituir un camino para cambiar la enseñanza de la historia escolar y, al respecto, el Combinado del Pacífico nos refresca con una respuesta positiva.

EL COMBINADO DEL PACÍFICO: EJEMPLO DE INTEGRACIÓN

Existen varias escuelas de pedagogía de la historia, una de ellas es la Escuela Pedagógica Experimental (EPE), que señala que los ambientes educativos son «un espacio en donde se reconoce que son las interacciones múltiples las que conducen a la elaboración de sentidos, ideas, afectos, acciones y significados» (Segura, 1999, p. 33). De esta manera, constituye un importante desafío repensar los aprendizajes de los estudiantes escolares del Perú y Chile en base al objetivo de lograr la integración binacional recuperando a actores cotidianos de la sociedad civil, como son los futbolistas de Universitario, Alianza Lima y Colo-Colo que compitieron en la gira de 1933-1934.

Elaborar una propuesta de aprendizaje que privilegie las interacciones de los estudiantes, como ciudadanos peruanos y chilenos, a través del fútbol hoy podría parecer imposible debido al llamado «clásico del Pacífico» y las pasiones que se despiertan cuando los seleccionados de cada país se enfrentan en torneos sudamericanos o clasificatorios a la Copa del Mundo. Sin embargo, dicha integración sí fue posible a través del equipo del que formaron parte Teodoro «Lolo» Fernández, Alejandro Villanueva y Roberto Luco.

Por lo tanto, ¿qué ocurriría si los estudiantes de ambas naciones se enterasen de la gira del Combinado del Pacífico cuando hoy el fútbol más bien parece agudizar la rivalidad binacional?

La respuesta a nuestra pregunta es la propuesta de una actividad didáctica que conduzca a conocer la gira deportiva realizada por el equipo mancomunado de chilenos y peruanos, apuntando a la construcción de una clase de historia en la que no todo esté resuelto y que deje algo por solucionar. Entonces, una actividad didáctica sobre el Combinado del Pacífico nos servirá para demostrar que a través de la historia no hubo solamente conflicto sino también integración. De este modo, el estudiante comprenderá que tanto antes como después de 1879, hubo también distensión y fraternidad, como en el ejemplo deportivo que nos ocupa.

¿CÓMO HACER LA CLASE DE AULA DEL COMBINADO DEL PACÍFICO?

Las clases son acciones educativas destinadas a promover la participación y la autonomía de los estudiantes, como vías distintas a la obediencia de un programa de estudio. Para ello es necesario generar confianzas en el proyecto de integración a ejecutar, en el profesor y en el mismo estudiante.

Por ejemplo, si en la clase de historia los estudiantes mencionan el conflicto de 1879, este no debe ser evitado, ni se debe ignorar al estudiante que plantea la pregunta. Es más, son ellos quienes al preguntar favorecen la apertura de espacios de interacción que conducen al diálogo. En tal sentido, no todos los estudiantes compartirán la misma visión; al contrario, se plantearán múltiples enfoques sobre el acontecimiento y se manifestarán los conflictos aún latentes, las experiencias, los mitos y los estereotipos reflejados por la formación y deformación de la educación nacionalista.

De esta manera, los conflictos de intereses y la multiplicidad de percepciones de los estudiantes se constituirán en el inicio de un proceso constructivo y dinámico y propiciarán la generación de una atmósfera reflexiva. Es entonces cuando el estudiante puede asumir el conflicto que existe en su percepción sobre Chile o el Perú y, al ser consciente de la situación, se mostrará más dispuesto a conocer sus causas desde diversos ángulos de opinión.

En ese momento el estudiante se hace consciente de sus propias opiniones y las confronta con la realidad, lo que a su vez se enriquece con la mediación de otro u otros participantes (puede ser el profesor). Muchas veces aflorará el rechazo al país vecino de manera natural, pero ello se solucionará posicionando la racionalidad pedagógica por sobre la afectividad nacionalista, y si bien esta afectividad no desaparecerá por completo, si se logrará que el estudiante conozca otra postura, lo que representa un avance en el proceso reflexivo de la clase.

En la dinámica de la clase, los protagonistas de la historia no deben ser los soldados o civiles de Perú y Chile del siglo XIX, sino los mismos estudiantes y su comunidad, esta vez del siglo XXI, que conocen desde el presente la situación tensa entre Chile y Perú y que se enteran a través del profesor o profesora de lo que separa a ambos países. La comunidad debe ser incluida porque el estudiante conversa sobre esto con sus familiares y amigos, lo que representa ya un proceso de discusión que se antepone a la reproducción cotidiana de la adversión entre ambas naciones. Es entonces que el debate fomenta la aparición de otras posturas y relatos sobre la cuestión.

Paso seguido, se convoca al colectivo a conocer la existencia del hecho histórico, en primer lugar, y luego a sus protagonistas, que son un grupo de «héroes» diferente, pues se trata de los jugadores de un combinado de fútbol peruano-chileno que se fue a Europa y enfrentó nada menos que al Bayern de Múnich y al Barcelona de España, situación que confrontará una percepción generada en base a otros relatos, como el de la Guerra del Pacífico. Este ejercicio llevará a pensar que si un grupo de jugadores de Perú y Chile lograron constituirse en un solo equipo, es también posible asumir una historia común entre ambos pueblos y la integración entre ambos países.

Por tanto, la propuesta de integración del Perú y Chile a través del fútbol, que simboliza masas y unión, puede ser llevada a la realidad. El fútbol se juega en estrategia y con un equipo homogéneo. Este ejemplo llevará al estudiante a darse cuenta de que los jugadores del Combinado del Pacífico, con las heridas de la Guerra del Pacífico más cercanas en el tiempo (apenas cincuenta años después de la guerra), lograron integrarse. Por lo tanto, la clase podrá reflexionar sobre lo que lograron juntos aquellos futbolistas y plantearse la posibilidad de lograrlo ellos mismos en su experiencia cotidiana o sobre la base de procesos educativos graduales.

Para alcanzar el éxito en un proyecto así, el espacio pedagógico (Segura, 1999, p. 34) es fundamental y debe ser escogido en conjunto con los estudiantes. También se puede transformar el aula en un lugar cómodo que adopte las características de un espacio de encuentro social. Esta política de generar espacios como forma de apropiación de los estudiantes debe contar con la anuencia y complicidad de los encargados de la administración educativa. Por ello la insistencia en que la propuesta educativa que aquí se presenta es un desafío que requiere de la suma de muchas voluntades para llevarse a cabo.

Dentro de la escuela, los estudiantes frecuentan lugares diversos como pasillos, patios, ángulos de patios o paredes. Entonces convendrá observar y registrar esos lugares amables en la socialización de los estudiantes para diseñar las actividades didácticas relativas al Combinado del Pacífico. También la sala de clases puede ser asumida como lugar de encuentro educativo a través de una ambientación innovadora.

Por ejemplo, si es transformada con colores, diseños o mobiliario, puede ser apropiada por los estudiantes como un hito de significación tal y como se hace para las fiestas patrias del 18 de setiembre en Chile o el 28 de julio en Perú.

LA CONFIANZA ANTE LA DIVERSIDAD

La confianza es el eje de la convivencia entre los seres humanos y para lograrla es fundamental el rol tutelar de inicio que realiza el profesor. Sin embargo, la legitimidad se pierde si no hay compromiso de la unidad educativa y si no se realiza un ejercicio de tolerancia frente a los alumnos que pudiesen expresar posturas abiertamente contrarias a las oficiales o defendiendo en clase una opinión distinta a la que propone la historiografía tradicional. Según la EPE (Segura, 1999, p. 35), la autonomía se basa en reconocer la singularidad de los componentes de la clase, para lo cual debe considerarse que el grupo no es homogéneo. Es por ello que debe reconocerse la existencia y potencia de la heterogeneidad y asumirse nuevas opiniones que hagan posible una interacción que facilite integrar, desde dentro, al otro extranjero. Es decir, primero se integra el compañero de curso que piensa distinto y, con ese precedente, se hace lo propio con el boliviano, peruano o chileno entendido como otro distinto pero que se integra y se respeta en su singularidad, la que se reconoce y contextualiza. Así, debe quedar claro, como conclusión, que el contexto presente es distinto al de 1879 y también al de 1933-1934, cuando se desarrolló la gira del combinado del Pacífico.

La disposición al cambio es otro factor a considerar para que las acciones cotidianas que se desarrollan en la escuela resulten coherentes. Por ello, si la escuela aplica una didáctica para la integración binacional debe promover transformaciones desde su estructura administrativa para conseguir dichas metas. Por esta razón, en un principio se recomienda que esta iniciativa se experimente a través de un proyecto piloto o modelo de exploración.

Sin embargo, esta disposición no solo viene desde arriba, sino que se expresa desde dentro del sistema educativo en una constante reconfiguración de las prácticas pedagógicas que el docente desarrolla. Como tal, este debe ser flexible en su actitud y mostrarse abierto a la reflexión constante y al cambio. Para ello, el proceso no debe nunca aparecer acabado y debe resultar de la práctica cotidiana, antes que de disposiciones explícitas en algún reglamento.

La propuesta de integrar naciones desde lo cotidiano debe enfrentarse a la socialización de cada Estado, que no es neutra sino que responde a los intereses del estado nacional. La socialización como proceso individual se construye como la asimilación de valores de ciudadanía entregados por la sociedad de cada país, formando el concepto de construcción social de la realidad.

Los niños bolivianos, peruanos y chilenos descubrirán sus realidades sobre la base de su identidad, roles y cosmovisión. Según Peter Berger y Thomas Luckmann (1968), los presupuestos que cada sociedad engendra en sus discursos históricos se asimilan desde la infancia y a partir de aprendizajes lingüísticos. Sin embargo, como se ha visto, la educación con sus contenidos de valores y sus pautas sociales y culturales ha formado variadas maneras de ser en el continente latinoamericano.

La educación para la integración tampoco es neutra, obedece a un proyecto común del espacio regional latinoamericano. Según la investigación de Berger y Luckmann, el problema en el eje histórico de Chile, Perú y Bolivia está en su trauma simbólico: la guerra de 1879. Esta situación puede ser modificada a través de un proceso de acercamiento promovido desde la educación, y, a ese nivel, la gira del Combinado del Pacífico resulta una muy sugerente experiencia de integración binacional que resulta de una iniciativa que parte de las personas —sociedad civil— y no de los estados.

En resumidas cuentas, una propuesta de integración de Chile y Perú a través de una actividad didáctica sobre el Combinado del Pacífico puede organizarse sobre la base de:

- Asumir la integración como una opción de desarrollo para el continente y, en este caso, para la subregión andina.
- Crear un escenario en el que el alumno no es un mero receptor de datos (Freire, 1970), sino que participa de un proceso activo-creativo que es vivo y necesario para transformarse en sujeto de la integración.
- Encontrar una alternativa a la violencia simbólica del estado-nación y desarrollar una lógica de pensamiento sin fronteras, como en este caso el fútbol.
- Llegar a contenidos distintos a través de medios distintos, priorizando el diálogo sobre el conflicto.
- Combinar saberes para una nueva sensibilidad sobre las otredades que aparecen a partir de 1879, en base a una integración sustentada en sentimientos empáticos como el fútbol.
- Analizar la rivalidad entre nuestros países y comprender que esta proviene del siglo XIX, mientras que el presente y el futuro se están construyendo en el siglo XXI.
- Poner de relieve el sentimiento de americanismo que se expresa a través del fútbol, en que dos supuestos antagonistas históricos del siglo XIX se convierten en socios y colaboran entre sí en una empresa deportiva del siglo XX que se va de gira por Europa entre los años 1933 y 1934.

Los contenidos del Combinado del Pacífico pueden ser elaborados de manera teórica bajo la perspectiva de Johan Galtung (1985), quien plantea la unión entre la investigación, la acción pedagógica y la educación en los siguientes puntos:

- a) *Análisis* o fase de recopilación de datos;
- b) *Formulación de fines*, o la orientación de los objetivos hacia la integración de Chile, Perú y Bolivia;
- c) *Crítica*, que explicita el vínculo entre la enseñanza de lo que sabemos de Chile y Perú y lo que se quiere lograr;
- d) *Elaboración de propuestas*, que desarrollan los mecanismos preguntándose por qué, cuándo, dónde y cómo se pasa del mundo real al imaginario del objetivo, que es el evento del fútbol.
- e) *Acción* o creación de conflictos que sirvan para generar conciencias y capacidades de resolución, cómo el qué hacer con el Combinado del Pacífico.

Esta integración que se consigue mediante el trabajo en el aula sobre la gira del Combinado del Pacífico se propone el objetivo de desarrollar, en el largo plazo, una sensibilidad sobre la integración en torno al acontecimiento histórico. En tal sentido, la gira de los futbolistas de Perú y Chile puede otorgar a los estudiantes de ambos países una mirada distinta sobre el pasado binacional y constituirse en acicate para propiciar una actitud favorable a la integración.

BIBLIOGRAFÍA

- Ausubel, D. (1968). *Educational Psychology. A Cognitive View*. Toronto: Hill, Rinehart & Winston Inc.
- Berger, Peter & Thomas Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Burbules, Nicolás (1993). *El diálogo en la enseñanza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Carrión, Fernando (2006). El fútbol como práctica de identificación colectiva. En Fernando Carrión Mena, *Área de candela. Fútbol y literatura* (pp. 177-182). Quito: FLACSO.
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- Galtung, Johan (1985). *Sobre la paz*. Barcelona: Fontamara.
- Hobsbawm, Eric (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric & Terence Ranger (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Segura, Dino & otros (1999). *La construcción de la confianza. Una experiencia en proyectos de aula*. Bogotá: Escuela Pedagógica Experimental.

UN SOLO CORAZÓN. LA TRAGEDIA DE ALIANZA LIMA Y LA SOLIDARIDAD DEL COLO COLO*

Aldo Panfichi

El 8 de diciembre del 2012 se cumplieron 25 años de la mayor tragedia deportiva del Perú, cuando un avión con el equipo completo del club Alianza Lima cayó al mar de Ventanilla y perdieron la vida todos los pasajeros con excepción del piloto de la nave. Esta tragedia, de enorme repercusión en la sociedad peruana, ha sido estudiada por académicos y comunicadores.

Los académicos hemos estudiado cómo el impacto emocional de la tragedia de Alianza Lima, en el contexto político y social de fines de los años ochenta, dio lugar a la construcción de historias y fantasías populares que trataban de darle algún sentido a la absurda desaparición de un grupo de jugadores jóvenes talentosos y crecientemente idolatrados. La prensa por su lado ha publicado numerosas crónicas que revelan las deficiencias organizacionales del transporte aéreo y de los clubes como factores que confluyeron en el fatal desenlace. Incluso desde el teatro y la literatura se han intentado recreaciones que muestran los dramas personales y familiares presentes en la tragedia. La filmación de una película se anuncia con el mismo fin.

Existe sin embargo un lado de esta historia que no se ha sido recuperado lo suficiente pero que permitió que el club pudiera sobrevivir y continuar en competencia en el torneo local, la razón de ser todo club de fútbol profesional. Se trata de la ayuda desinteresada que ofreció el Colo Colo al Alianza Lima, y que crea una de las hermandades peruano-chileno más fuertes y significativas, ya que vincula a los dos clubes más queridos y populares de nuestros países. De esto se trata este capítulo, de una hermandad que trasciende los años y se proyecta con vigor hasta nuestros días.

* Escrito con la asistencia de Carlos Portugal Flores.

LA TRAGEDIA

El término tragedia en el mundo del fútbol se refiere por lo general a un incidente de gran infortunio con enormes consecuencias emocionales en la comunidad de hinchas y seguidores. Cuando la tragedia implica un accidente aéreo de un club popular con pérdida de vidas, el sentimiento de desolación es enorme y el duelo suele prolongarse para siempre con el recuerdo de los jugadores desaparecidos. Las circunstancias de la tragedia por lo general se fusionan con los elementos de identidad primigenios del club afectado, en este caso relativizando los clivajes de barrio popular, de clase trabajadora y de raza afroperuana del Alianza, para priorizar los vínculos emocionales de una comunidad que sobrevive y renace con nuevas generaciones de jugadores jóvenes provenientes de sus propias canteras. Los llamados «potrillos» del «Alianza Corazón» de nuestros días. La sobrevivencia inmediata después de la tragedia, sin embargo, solo es posible con la solidaridad desinteresada de otros actores, como los clubes hermanos.

Las tragedias aéreas que involucran equipos de fútbol lamentablemente no han sido escasas. Una de las primeras ocurrió el 4 de mayo de 1949, cuando la nave que traía de Lisboa al Torino de Italia —luego de jugar un compromiso de la Copa Europea—, se estrelló contra la Basílica de Turín y los treinta integrantes del plantel perdieron la vida. Nueve años más tarde, en 1958, en Múnich, se precipitó a tierra el avión que volaba desde Belgrado y se dirigía a Londres. En el aparato viajaban los jugadores del Manchester United y se salvaron algunos, entre ellos Bobby Charlton, quien ganó el Mundial de 1966 con Inglaterra. Bobby Charlton fue uno de los primeros que se solidarizó con la tragedia de Alianza Lima. En América del Sur también hemos vivido estas tragedias. El 3 de abril de 1961 el equipo chileno Green Cross iba desde Castro hacia Santiago, cuando los pilotos perdieron el control de la nave y perdieron la vida 24 personas. Una década más tarde, en 1971, el avión que transportaba el equipo boliviano The Strongest de Santa Cruz a la Paz se estrelló en medio de los Andes y todos perdieron la vida. Finalmente el 3 de diciembre de 1987 sucede la tragedia de Alianza Lima.

LOS HECHOS¹

El martes 8 de diciembre de 1987, Alianza Lima jugó contra el Deportivo Pucallpa en la ciudad amazónica de Pucallpa, donde ganó 1-0 con gol de Pacho Bustamante, en el minuto 33 del complemento. Faltando solo tres fechas para terminar el campeonato, todo parecía indicar que después de nueve años Alianza volvería ser campeón,

¹ Este acápite está basado en parte de un trabajo previo realizado en coautoría por Aldo Panfichi y Víctor Vich, «Fantasías políticas y sociales en el fútbol peruano: la tragedia del Alianza Lima en 1987» (Panfichi, 2008, pp. 217-230). También se ha utilizado la crónica de la tragedia publicada en el *Libro de Oro del Club Alianza Lima* (El Comercio, 2001).

esta vez con una generación de jóvenes conocidos popularmente como los «potrillos», que provenían de las canteras, como dicta la tradición blanquiazul.

Lo sucedido en el Estadio de Pucallpa fue para muchos inusual. El equipo jugó sin entusiasmo, quizás por el calor, que era agobiante —32 grados—. Víctor «Pitín» Zegarra, entrenador del Deportivo Pucallpa, contó que los jugadores estuvieron «raros», que ni siquiera celebraron el gol que los situó en el primer puesto de la tabla de posiciones. Los taxistas que los transportaban también declararon que los jugadores parecían apurados. Insistieron en regresar al hotel de inmediato, regañando a los hinchas que los acompañaron pues querían parar en el mercado local a comprar fruta para traer a Lima. Los jugadores se bañaron, recogieron sus pertenencias y raudos se dirigieron al aeropuerto, donde fueron despedidos con cánticos por un grupo de fanáticos locales. En efecto, el club había alquilado un avión charter de la Marina de Guerra del Perú, el Fokker F-27 (matrícula A-560) que se encargaría de regresarlos a la capital ese mismo día. Dicho avión salió de Pucallpa a las 6:30 de la tarde y tuvo su último contacto con la torre de control de Lima a las 8:05 de la noche. A las 8:15 pm la nave fue declarada en emergencia.

Un problema con el tablero de mando en la cabina del avión parece haber sido la causa primera del accidente. Ese día la neblina en Lima era intensa y el avión comenzó su descenso. Asustado al no constatar el funcionamiento del tren de aterrizaje, el piloto se comunicó con la torre de control del aeropuerto Jorge Chávez para pedir que verificaran visualmente lo sucedido. Los controladores de vuelo le pidieron al piloto que sobrevuele el aeropuerto, para luego informarle que no veían problema y que podía aterrizar normalmente. Se cree que el avión fue perdiendo altura y que, al intentar dar la vuelta para regresar al aeropuerto, el ala derecha chocó contra el mar. El impacto fue fatal. Solo al amanecer del día siguiente la Marina de Guerra publicó un comunicado donde informó que los restos del Fokker F-27 habían sido encontrados a seis millas al noreste del aeropuerto, tres millas mar adentro del balneario de Santa Rosa, y que se habían iniciado las labores de rescate. Horas después, a las nueve de la mañana, el entonces residente del club, don Agustín Merino, confirmaría que todos los jugadores, cuerpo técnico, árbitros e hinchas habían muerto. Solo se había salvado el piloto, teniente primero Edilberto Villar Medina.

Una sensación de desconcierto e indescriptible dolor envolvió al país entero. En forma espontánea, familiares, hinchas y amigos se dirigieron hacia las playas de Ventanilla o hacia las instalaciones del club para conseguir mayores noticias y participar conjuntamente del dolor. El estadio de Matute, otrora escenario de inolvidables tardes felices, abrió sus puertas e hinchas acongojados, entre ellos el autor de este escrito, ingresaron a las graderías a llorar o simplemente a mirar en silencio el campo de juego, donde pronto aparecieron ofrendas florales.

Todos los medios de comunicación mantuvieron en primera plana los pormenores de la tragedia y la búsqueda de los desaparecidos, lo que permitió que el sentimiento de pesar permaneciera vivo y renovado por varios días. Expresiones colectivas de sufrimiento se repitieron los días siguientes, conforme los cadáveres fueron apareciendo en el mar². Multitudes participaron de dramáticas misas, asistieron a fervorosos partidos de homenaje y despidieron a sus ídolos en dolidos peregrinajes desde los barrios de origen de los jugadores hasta el estadio de Matute, y desde allí, hasta el cementerio general. De más está decir que los fanáticos agotaron las ediciones especiales de la prensa, así como el conjunto de objetos de recuerdo que comenzaron a simbolizar a los muchachos caídos (fotos, camisetas, afiches, etcétera). Según el decir popular, ellos se fueron «de La Victoria a la gloria».

Las élites y las instituciones políticas se hicieron también presentes. El presidente de la República, Alan García, el cardenal Juan Landázuri Ricketts y varios ministros de Estado asistieron a las principales manifestaciones públicas de pesar, y la mayoría de ellos se declararon aliancistas desde niños. El Consejo Municipal de La Victoria declaró el abanderamiento general del distrito y tres días de duelo en honor a los muertos. Teófilo Cubillas, retirado del fútbol el año anterior, anunció que si Alianza lo necesitaba, volvería a vestirse de corto y, en efecto, lo hizo tres semanas después cuando el campeonato nacional fue reanudado. Desde Londres, Bobby Charlton hizo pública su tristeza ante la noticia de la tragedia aliancista, rememorando el accidente aéreo sufrido por el club Manchester United en 1958. Asimismo, el Peñarol de Montevideo salió a jugar la final de la Copa Intercontinental, en Tokio, con crespones negros en señal de solidaridad con su contraparte peruana.

Pero como escribió el periodista uruguayo Emilio Lafferranderie en su columna «Hasta las palabras lloran», Alianza debía levantarse, renacer y seguir adelante en el difícil juego de la vida³. Varios clubes se ofrecieron a jugar en forma gratuita partidos a beneficio de los deudos. A solo nueve días del accidente, el 17 de diciembre, se inició en el estadio de Matute un cuadrangular con dos partidos: Universitario de Deportes vs. Universidad Católica de Chile, y Alianza Lima vs. Independiente de Avellaneda. Los nombres de los desaparecidos fueron coreados por la multitud que llenó las graderías. Esa noche el espíritu íntimo reapareció en Matute. Jugaron por Alianza Lima Teófilo Cubillas, César Cueto, José Velásquez, Jaime Duarte, Roberto Rojas, Guillermo y Eugenio La Rosa, Franco Navarro, Jorge Olaechea, Maurinho Mendoza —hermano del fallecido arquero José Mendoza— y César Espino. Como se señala

² El mar no devolvió nunca los cadáveres de Luis Escobar, Francisco Bustamante, Alfredo Tomasini, Gino Peña y William León.

³ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1987.

en el *Libro de Oro del Club Alianza Lima*, aquella fue una noche de lágrimas pero también de renacimiento, sin importar que Alianza perdiera 2-1 ante Independiente y Universitario empatara con la Católica de Chile.

Sin embargo el campeonato debía reiniciarse luego de dos semanas de duelo decretadas por la Asociación Deportiva de Fútbol Profesional, y Alianza solo contaba con siete jugadores que no viajaron a Pucallpa por distintos motivos. Existía la posibilidad de retirarse de la competencia, pero el club no podía someterse al infortunio y en esas circunstancias se escribe una hermosa página de hermandad y solidaridad entre los dos clubes e hinchadas más grandes del Perú y Chile. En efecto, Colo Colo de Chile vino en auxilio de Alianza y le prestó sin costo a cuatro de sus futbolistas, uno en cada línea del campo: el arquero José Letelier, el defensa Parko Quiroz, el mediocampista Francisco Huertas y el delantero René Pinto. Con este invalorable aporte y el regreso de Teófilo Cubillas y de otros aliancistas como Roberto Rojas, Wilmer Valencia (procedente del fútbol centroamericano) y José Velásquez (procedente del Deportes Iquique), se pudo continuar en el torneo descentralizado. Este equipo jugaba representando en la cancha a sus compañeros desaparecidos.

LA HERMANDAD DEL FÚTBOL⁴

El club Colo Colo de Chile, por intermedio de su entonces presidente Peter Dagricevic, apenas enterado de la tragedia buscó ponerse en contacto telefónico con el presidente de Alianza Lima, Agustín Merino, para ofrecer alguna forma de colaboración. Por esos días los ofrecimientos eran múltiples, por lo que el señor Merino recibió con cierto escepticismo el ofrecimiento pensando que eran promesas que hacían en momentos de pesar pero que luego no se cumplirían. Sin embargo Peter Dagricevic insistió con una oferta concreta: prestar cuatro jugadores sin costo alguno para Alianza por un período de seis meses. El ex vicepresidente de Alianza, Carlos Franco, recuerda la anécdota de un personaje que dijo: «¿Chilenos? va a ser difícil que tengan aceptación». Sin embargo, Peter Dagricevic insistió en la veracidad del compromiso y al mismo tiempo, en Santiago, se reunió con el DT Arturo Salah y juntos hicieron un análisis de sus posibilidades e identificaron a quiénes podían ceder. Salah no estaba convencido de prestar a René Pinto y puso reparos iniciales de índole técnico-táctico, pero fue el propio jugador quien insistió en viajar a Lima⁵.

⁴ Esta sección recoge el testimonio del arquitecto Carlos Franco, socio y ex dirigente de Alianza Lima, recogido por Aldo Panfichi y Carlos Portugal el 1º de noviembre del 2012.

⁵ René Pinto, *La República*, 21 de enero de 1988.

De esta manera se concretó el arribo de José Letelier en el arco, Parko Quiroz como defensa central, Francisco Huerta en el medio campo y René Pinto en la delantera. Letelier y Quiroz tenían veintiún años, Huerta veinte y Pinto veintidós años. De ellos el único casado era Pinto y quien tenía más experiencia deportiva, pues había alternado en el primer equipo del Colo Colo. Franco recuerda que Peter Dagricevic los invitó a su casa y les explicó cuál era la misión para la que viajarían a Lima. Después de varias preguntas, los cuatro aceptaron el reto sin saber bien qué encontrarían en Lima. En una entrevista, Letelier recuerda esos momentos: «Yo era el tercer arquero y se dio la oportunidad y no lo pensé mucho [...]. A nosotros no nos llevaron porque nos habían visto jugar, sino porque nos necesitaban. Fue una colaboración que tenía un sentido y una implicancia deportiva y se juntaron las dos cosas y resultó bastante bien»⁶. La solidaridad del club chileno incluía solventar el costo de los pasajes aéreos y honorarios de los cuatro jugadores por un período inicial de seis meses.

El 3 de enero de 1988 el torneo descentralizado se reinicia y el renacido Alianza sale a la cancha del estadio de Matute a defender su posición de líder ante el Bolognesi de Tacna en medio de una ovación interminable. Este es el partido que ha quedado en la historia como aquel que sella en un campo de hermandad futbolística a dos países cercanos. Alianza venció 2-1, y desde el inicio jugaron Letelier, Quiroz, y Huerta, recibidos por los aficionados con cánticos de reconocimiento. Banderas peruanas y chilenas ondeaban en las graderías, sancionando la hermandad entre ambos clubes y pueblos. Para Raúl Ormeño, que acompañó a los jugadores chilenos, lo que observó ese día fue sobrecogedor: «Miles de hinchas y familiares acompañando un partido que no olvidaré [...]. Estuvimos en el cementerio visitando las víctimas. Fue impactante, emocionante, llegaron muchos hinchas con el corazón destrozado»⁷.

Después del partido, la prensa corrió detrás de los chilenos para recoger sus testimonios. Letelier, quien según la prensa había «milagrosamente» evitado un gol del equipo contrario dice: «Fue linda, espontánea, la reacción de la gente. Yo estaba alegre, lleno de felicidad, corría como un loco. Son momentos inolvidables, me siento feliz, me siento ganador. Había ayudado al triunfo del equipo. Ya somos Alianza, primo». Quiroz, corajudo defensa además señaló: «Me dolía un poco la pierna, me dieron duro, pero no podía dejar al equipo en momentos tan difíciles. Nunca pensé que iba a responder de esa manera el aficionado. Alianza tenía que volver. Estoy más que contento, me encanta que toda esta felicidad sea compartida por tanta gente». Huerta finalmente añadió: «El triunfo nos permite seguir trabajando con tranquilidad. El corazón se me quería salir. Era como ponerse a llorar. Pienso que nunca podré retribuir todo ese cariño que me han mostrado»⁸.

⁶ José Letelier, *La Hora*, 5 de mayo del 2010.

⁷ Blog *Colo Colo de Todos*, «La historia de la amistad entre Colo Colo y Alianza Lima», 17 de junio 2012.

⁸ Francisco Huerta, *La República*, 4 de enero de 1988.

Los triunfos ayudan sin duda y todos quieren ser parte de esa historia. El ambiente en el camarín no era bueno, era triste y apagado, pero con los partidos comenzó a cambiar, el grupo de jugadores chilenos se integró bien con los peruanos y la comunicación se hizo fluida. Sin embargo René Pinto, que no había jugado de titular en los primeros partidos, mostró públicamente su incomodidad y expresó sus deseos de jugar. El profesor «Cholo» Castillo, quien dejó su puesto en las divisiones menores para hacerse cargo del primer equipo, aceptó el pedido. Así, el 20 de enero Pinto tuvo su oportunidad y no la desaprovechó, pues anotó un gol de cabeza. Desde ese momento Pinto se convirtió en uno de los goleadores del equipo. Al culminar el torneo descentralizado, el renacido Alianza Lima quedó segundo en su grupo y clasificó para la liguilla final, todo un logro dadas las circunstancias.

Una vez vencido el préstamo de los jugadores chilenos, Alianza Lima, por intermedio de su presidente Agustín Merino, solicitó al presidente del Colo Colo, Peter Dagrisevic, la extensión del préstamo pero esta vez pagado por el club limeño. Se especulaba en la prensa incluso que Alianza había ofrecido 200 000 dólares por el préstamo. Preguntado por esto, el dirigente Dagrisevic dijo: «Colo Colo está dispuesto a negociar para que los cuatro jugadores se queden en Alianza Lima, lo importante de todo esto es que estamos ayudando a un equipo hermano y popular luego de una tragedia que enlutó al pueblo peruano. [...] en mi directiva existe la vocación de diálogo para conversar sobre la posible continuidad de los jugadores»⁹. Con tan buena disposición pronto se logró el acuerdo y los cuatro jugadores se quedaron en la primera renovación; luego René Pinto y Parko Quiroz volvieron a Chile, pero un año después volvieron. Los aficionados los habían hecho ya parte de la leyenda y ellos de una u otra manera ya habían hecho lazos profundos con el Perú.

Varios años después, ellos mismos lo reconocen con nostalgia: «A Alianza le debo todo lo que conseguí como futbolista. Imagina que fui a Lima por tres meses y me quedé casi 20 años», confesó Francisco Huerta, quien incluso se casó con una hija de un alto dirigente aliancista. Por su parte, René Pinto, emocionado, confesó: «Quizás nunca debí volver a Chile. Allá somos figuras y la gente nos respeta, en cambio acá soy un desconocido, y si bien tengo trabajo, las cosas cuestan un poco más». También José Letelier reconoce que en Lima vivió sus días más felices. «En el fútbol están los éxitos deportivos, pero lo que vivimos en Perú es impagable. En Alianza somos parte de una leyenda»¹⁰. Por su lado, Parko Quiroz, uno de los jugadores más queridos por su entrega en el campo, se quedó a vivir en el Perú como jugador y luego como entrenador de equipos de provincias hasta el año 2010, en que volvió a radicar en Chile.

⁹ Declaraciones de Peter Dagrisevic, *La República*, 3 de febrero de 1988.

¹⁰ Diario *La Cuarta*, 6 de mayo de 2010.

HERMANDAD

Con los años, la hermandad establecida en 1987 ha continuado con una serie de colaboraciones e intercambios interinstitucionales frecuentes pero también a nivel de hinchas y grupos de aficionados. La tradición se va así construyendo y mucha de esta información es oral y circula al interior de las familias tanto colocolinas como aliancistas. Mario Zamorano Pérez es un barrista de la Garra Blanca que estudia en Lima para chef y se ha involucrado en el Comando Sur, donde todos lo conocen como «el chileno». Mario recuerda que a los seis años su abuelo y su padre lo llevaron al estadio y le contaron que «En el año 87 hubo un accidente terrible en Perú, con un equipo del que ahora somos hermanos, Alianza Lima». Luego, con los años buscó informarse mejor y cuando siguiendo a su equipo llegaban a Lima, conocieron a sus pares aliancistas, que los reciben siempre con techo y comida. Luego, con el boom de la gastronomía peruana en Chile decidió escribir a sus nuevos amigos: «Gracias al Comando Sur pude llegar a Lima, me tomé un bus de tres días, llegué a la terminal y me fui a Matute. Allí me estaba esperando un hincha de «La 20». Él toca los bombos. No nos conocíamos, era solo un contacto en Facebook, pero me abrió la puerta de su casa, nos volvimos hermanos. Me dio una hospitalidad muy bonita. Yo viajaba siempre con una «tela» (banderola), de «Visio Blanco», que es mi barra, así que la saqué y la colgué, y el colgó la suya de «Los del Fierro». Su tela medía seis metros, la mía tres. Puedo enumerar un sinfín de aliancistas que me han dado la mano, me han llevado a comer caldo de gallina en La Parada, un cebichito en el terminal pesquero, hasta me traje a mi polola, Somos Hermanos»¹¹. Una historia similar es la de Luciano, un barrista del «Comando Sur» que actualmente participa de la «Garra Blanca» junto con la agrupación «Chile Grone».

La verdad es que muchas personas de ambos lados y de todos los niveles —dirigentes, socios, jugadores y barristas— han intervenido para que la hermandad se mantenga. Desde 1987 hacia adelante los partidos amistosos y de competencia han sido numerosos. Alianza, por ejemplo, participó de la inauguración del tablero electrónico del estadio Monumental en 1994, donde Waldir Sáenz hizo el primer gol registrado por el tablero. Otro partido importante fue el mismo día de la liberación de los rehenes de la embajada de Japón, el 22 de abril de 1997. Carlos Franco, de parte de Alianza, ha sido uno de los dirigentes de la época más activos, pues residió en Santiago entre 1989 y 1991. Durante estos años Franco fue invitado incluso a participar en calidad de invitado al directorio del club Colo Colo.

¹¹ Entrevista de Carlos Portugal a Mario Alexys Zamorano Peres.

Pocos años después, con motivo del centenario del club Alianza Lima el año 2001, Colo Colo fue invitado a jugar el partido celebratorio, donde además se le tributó un homenaje a Peter Dagrivic y a los cuatro jugadores que vinieron el 1987. Más allá del marcador —Alianza ganó 1-0— esa noche fue de agradecimiento y de incentivo a mantener los vínculos vivos. El gesto fue devuelto por Colo Colo con ocasión del terremoto que en 2008 azotó Pisco y el sur chico de Lima. Colo Colo organizó un partido de beneficio e invitó a Alianza a jugar en el Monumental. Toda la recaudación, más el resultado de una colecta, fue donado a los damnificados de Pisco. No está de más recordar que Pisco y Chincha son lugares de alta concentración de las familias afroperuanas, de donde han provenido y provienen jugadores de las canteras del club.

PALABRAS FINALES

Hace veinticinco años dos clubes populares de Perú y Chile fueron hermanados por una tragedia y actos desprendidos de solidaridad. Alianza Lima, fundado en 1901 por trabajadores negros y mestizos de los barrios populares del centro de Lima, y Colo Colo, fundado en 1925 por un maestro de educación primaria de escuelas públicas, son quienes han escrito esta bella página de hermandad e historia compartida. Es una historia con ribetes poco conocidos por el gran público, pero muy presente para quienes forman parte de estas comunidades futbolísticas. En momentos históricos en los que es necesario reafirmar nuestros lazos comunes para evitar que primen los antagonismos, la hermandad de Alianza y Colo Colo muestra lo mejor de nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- El Comercio (2001). *Libro de Oro del Club Alianza Lima*. Empresa Editora El Comercio.
- Gavin, Mellor (2004). The Flowers of Manchester: The Munich Disaster and the Discursive Creation of Manchester United Football Club. *Soccer and Society*, 5.
- Millones, Luis; Aldo Panfichi & Víctor Vich (2002). *En el corazón del pueblo. Pasión y gloria de Alianza Lima 1901-2001*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Panfichi, Aldo (ed.) (2008). *Ese gol existe. Una mirada al Perú a través del fútbol*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Panfichi, Aldo & Víctor Vich (2008). Fantasías políticas y sociales en el fútbol peruano: la tragedia del Alianza Lima en 1987. En Aldo Panfichi (ed.), *Ese gol existe. Una mirada al Perú a través del fútbol* (pp. 217-230). Lima: Fondo Editorial PUCP.

ALEX RELY: EL BOXEADOR DE DOS BANDERAS

Bernardo Guerrero Jiménez

*No necesitamos extendernos más acerca de la posible unión
—por medio del deporte— de chilenos y peruanos.*

Los Sport N° 244. 11 de noviembre de 1927, p. 11.

La figura de Alejandro Reyes Talledo, conocido en el mundo del boxeo como Alex Rely, resulta de interés, pues siendo peruano llegó a ser campeón de Chile —representando a Iquique en la categoría de los medios pesados—, aunque la prensa de Santiago lo definió como panameño. Fue el primer boxeador peruano que combatió en el Madison Square Garden, en Nueva York¹. Tenía una fuerte pegada con la derecha y ganó casi todos sus combates por la vía rápida. Se dice que era marinero.

Su larga y exitosa trayectoria a comienzos del siglo XX no ha sido, sin embargo, conocida por las nuevas generaciones. No obstante, su extensa carrera nacional e internacional brilla no solo por su calidad técnica y fortaleza física, sino por haber sido un deportista que en un gesto de hermandad, consciente o inconsciente, supo integrar a dos naciones que aún no habían resuelto el tema de la soberanía de Arica y Tacna, como consecuencia de la Guerra del Pacífico.

La masiva migración de chilenos y extranjeros a la región de Tarapacá —como consecuencia de la actividad salitrera— trajo consigo, entre otros tantos fenómenos, el auge de los deportes modernos. Al igual que en el caso del fútbol, la historia de este deporte en Iquique y en la pampa salitrera —dos caras de una misma moneda— aún no se escribe. Estas líneas pretenden avanzar en esa dirección para poder establecer las circunstancias que hicieron posible que boxeadores como Estanislao Loayza y Arturo Godoy, por solo nombrar a dos, tuvieran el protagonismo que lograron.

A la crónica deportiva, escrita por anónimos periodistas, le debemos algunos datos que nos permiten empezar a perfilar esta historia.

¹ La carrera de Rely en: http://boxrec.com/list_bouts.php?human_id=69041&cat=boxer

Gracias a la actividad del salitre Iquique se convirtió en un lugar atractivo para todos aquellos que vieron en esa zona el lugar para acumular riquezas. Aquí, a decir de Mario Bahamonde (1966, p. 11), llegó todo tipo de gente: aventureros, desterrados, perseguidos, buscadores de fortuna, etcétera. En este ambiente no es raro imaginar la diversidad de costumbres, lenguas, comidas y, por supuesto, formas de ocupar el tiempo libre. Este último aspecto ha sido poco desarrollado por la historiografía oficial, y le debemos a la literatura —cuentos y novelas— el haberlo abordado, así como al deporte (Guerrero, 2005).

La historia del box en Chile, al igual que la del teatro o la literatura, por solo citar dos casos, está centrada en Santiago y sus alrededores. El libro de Renato González (Mister Huifa), *El boxeo en Chile* (1973) ignora la importancia que este deporte tuvo en el norte grande y soslaya a personajes de primer nivel como los hermanos Juan y Santiago Mosca.

El periódico de la ciudad de Iquique, *El Tarapacá*, señala sin citar fuentes que en el año 1880 llegó a Iquique el primer boxeador. Las demostraciones de este púgil hallaron rápidamente una caja de resonancia en una zona donde la masculinidad tradicional encontró su máxima expresión, dadas las condiciones duras de trabajo y por ser una zona popular. La revista *Los Sports*, cuando refiere la vida de Quintín Romero, relata: «Netamente chileno y nacido en clase muy humilde, fue cargador de salitre en la rica región nortina. En aquel horno de sales y sol, campeón chileno vio pasar sus primeros años. Creció presenciando luchas titánicas del hombre contra la naturaleza, pródiga en obstáculos insalvables. Aquellas luchas templaron su espíritu y le hicieron fuerte [...]. Se sintió capaz de obtener triunfos, se entregó al box y dejó de derribar sacos de salitre para derribar hombres: «Dotado de una constancia poco común, se le ha visto perder dos veces seguidas con Alex Rely y derrotarle por knock-out a la tercera» (*Los Sports* 6, 20 de abril de 1923, p. 3).

Valores como el vigor, la fuerza física, la valentía y la hombría calzaron perfectamente con el box. El box se desarrolló en forma bastante primitiva y sin arreglo a normas. Los combates se efectuaban en forma clandestina, ya que las autoridades prohibían su práctica, y el box se reducía solo a pegar, sin ninguna técnica.

Otros valores, como Estanislao Loayza Aguilar, de extraordinario performance boxístico, no constituyen hechos aislados, pues desde fines de siglo XIX la actividad deportiva —sobre todo el fútbol y el box—, era ya frecuente. En este último deporte destaca entre otros Santiago Mosca, cuya trayectoria lo ubica como el primer gran boxeador iquiqueño.

La intensa actividad derivada de la industria salitrera convirtió a Iquique en un gran puerto de embarque. Las decenas de nacionalidades que arribaron a la ciudad

no solo trajeron en sus equipajes la ropa y sus fotos, sino también, como ya dijimos, nuevas formas de uso del tiempo libre, y el deporte era parte importante de ellas.

El deporte articuló buena parte de la socialización popular. Este halló en el barrio, y sobre todo en las instituciones deportivas, su mejor sustento. No era solamente la práctica realizada en forma espontánea sino que se acompañaba de un soporte institucional a través de clubes deportivos.

La ciudad de Iquique se estructuró en torno a barrios populares en cuya unidad territorial y simbólica se desplegó una fuerte acción popular y deportiva. Luego el club deportivo hizo el resto y se convirtió en aquella institucionalidad fuerte, maciza y creíble que ordenó y planificó la actividad. A su vez, le dio al deporte en Iquique el encanto que hoy parece no tener. Era el modo de expresar la identidad de cada cual, la manera de decir soy del Yungay o de Sportiva Italiana, del Unión Matadero, del Unión Morro o de Cavancha. Después venía la gran síntesis, la selección de Iquique, «la celeste», expresaba el sentimiento de identidad. Vestir ese emblema era el orgullo.

Hablamos de un Iquique relativamente integrado. Una ciudad multicultural en la que los migrantes supieron encontrar un lugar para expresar su solidaridad y sus agradecimientos. El momento en el que sin mediar lenguas extrañas o colores de piel diferentes, hombres y mujeres cerraron filas en torno a la caleta que caminaba a ser puerto. Lo anterior no quiere decir necesariamente que no había diferencias e injusticias sociales. Prueba de que las había son las grandes huelgas o el racismo contra los asiáticos y los aymaras y otra serie de problemas. En la práctica del deporte, sobre todo en el fútbol y en el box, esas diferencias parecían desaparecer.

En segundo lugar, hay que resaltar la existencia de una ética deportiva fundada en el amor a la camiseta. Es decir, una ética estructurada en torno al orgullo y a la identidad; el orgullo de vivir en una tierra que sustentó la economía nacional en la época del salitre. Una ética construida en el protagonismo que Iquique tuvo en la historia nacional. La historia, desde Arturo Prat hasta Arturo Godoy, pasando por el Tani, pugilista iquiteño, indica que en estas tierras y en estos mares las gestas no solo son militares y obreras, sino también deportivas.

En tercer lugar, hay un tema arraigado en el inconsciente colectivo iquiqueño; una vieja querrela que aún se representa en forma muy rica: la compleja relación con el centralismo santiaguino que también se expresa en el deporte. A los equipos de la capital hay que ganarles por K.O. o bien por goleada. El Tani mantuvo todas sus peleas en Iquique, y de aquí se fue a Estados Unidos. Hizo caso omiso de la capital. Fue, a su modo, el primer regionalista deportivo del país.

Dos irlandeses

Dos púgiles irlandeses provenientes de Valparaíso, Pat O'Keefe y Alejandro McDonald, introdujeron las primeras normas de lo que en ese tiempo era el box profesional, es decir, con ajuste a reducida reglamentación. Lo de estos hombres era, con esta actividad, lograr ciertos ingresos. McDonald instaló un pequeño gimnasio en el barrio El Colorado, el primero que hubo en el norte grande de Chile. En ese barrio popular, ubicado en el sector norte de la ciudad, estuvo la cuna del box en Iquique.

El Tarapacá cuenta que la primera pelea oficial que hubo en Iquique la sostuvo Alejandro McDonald con Ted Moran, un barrista del circo Quiroz. Este combate se efectuó en el teatro Variedades y la pelea empezó a la una de la madrugada. Se hizo a esa hora ya que estaba prohibida la práctica de este deporte. La norma era básica: el combate terminaba cuando uno de los púgiles no podía seguir peleando. Duró el match dieciocho rounds y ganó Ted Moran.

Los circos difundieron el box en esos años. Entre sus artistas hubo siempre quien realizara actividades boxísticas y era raro que uno de estos espectáculos no incluyera a alguien que se colocara los guantes. Hasta 1891, ellos hicieron su época. Sus púgiles se enfrentaban con rudos exponentes locales. En Iquique defendía la tierra Eduardo McDonald, hijo del precursor del boxeo iquiqueño, quien sostuvo en diferentes oportunidades varios combates en sitios que no eran sino corralones o patios baldíos. En cualquier lugar donde pudieran instalarse las cuerdas hubo dos hombres calzando los guantes.

El box era ya una realidad en Iquique. Empezó una agitada vida comercial en el puerto; la llegada de carguíos traía a muchos hombres que vieron en este deporte una forma de sobrevivir. Empezó entonces la llegada de numerosos púgiles a esta provincia, como Humberto Planet quien sostuvo varios combates «a la chilena», en un local ubicado donde estuvo la cancha —que ya no existe— del deportivo Cheng Hwa, en la calle Serrano entre Juan Martínez y Amunátegui, y que a la sazón estaba destinada a realizar corridas de toros, o Manuel Bastías, quien protagonizó en el escenario del teatro Nacional un emotivo encuentro frente al argentino Luis Salcedo, a quien venció por puntos después de tener a su rival continuamente en la lona.

Por aquellos años, no había todavía centros boxísticos que permitieran el incremento de aficionados, solo algunos gimnasios, con los implementos más elementales, permitían a los que llegaban y a algunos iquiqueños prepararse para presentarse en el ring.

En el año 1917 se funda el primer centro boxístico: El Tarapacá. De sus filas salió una figura prominente del boxeo iquiqueño: Santiago Mosca Vasallo (1898-1985), fundador de esa institución, quien se impuso sobre varios boxeadores extranjeros que llegaban a Iquique por aquellos días.

Desembarca un futuro boxeador: Alex Rely

El año 1918 llega a Iquique un negro fornido venido del Perú, Alejandro Reyes Talledo, quien ve en el boxeo una forma de ganar dinero y de integrarse. Fiel al espíritu de la época, se hace llamar Alex Rely. Santiago Mosca descubre sus cualidades y potencialidades y lo transforma de peleador callejero en boxeador científico. La revista *Zig Zag*, dice: «Alex Rely tiene 24 años y pesa 80 kilos. Nació en San Miguel, ciudad de Panamá, de padre americano» (29 de octubre de 1921). Y agrega: «Llegó a Iquique en un velero americano, en febrero del año 1918. Se puso entonces a las órdenes del peso liviano Santiago Mosca (chileno) quien lo dirigió en sus entrenamientos» (29 de octubre de 1921).

Pelea en el peso medio-pesado y la prensa santiaguina no tarda en ocuparse de él. Un misterio cubre sus orígenes. ¿Es peruano? ¿Es panameño? El mismo Rely se encarga de entregar información que más que aclarar, confunde. Dice: «Yo peruano, no, señor. Soy panameño o mejor dicho, colombiano, pues cuando nací Balboa pertenecía aún a esa nación. Allí tengo a mi padre y a dos hermanos mayores» (*Los Sports 10*, 18 de mayo de 1923, p. 7).

Rely no miente. Se protege de la fiebre anti-peruana que sacude a Chile, sobre todo en el Norte Grande, donde las Ligas Patrióticas trabajaban incansablemente para desterrar a los peruanos de Tarapacá. Esta crónica afirma:

Alejandro Rely, más conocido entre nosotros como Alex Rely, nos visitará nuevamente. Es otro de los boxeadores extranjeros que se han formado en los rings chilenos. Rely, con patente de panameño, actuó en el Norte y después pasó a Santiago. Aquí sabíamos que era peruano y nunca se le hostilizó. Muy lejos de esto, siempre encontró camino propicio para sus triunfos de boxeador y hasta se le dio, porque lo supo ganar, el título de campeón de Chile (*Los Sport 217*, 6 de mayo de 1927, p. 8).

Rely aclarará posteriormente:

Como aquí también se ha discutido mi nacionalidad, por aquellos que no me conocen, quiero declarar públicamente que SOY PERUANO, nacido en Pisco, y que hasta hoy viven mis padres en aquella población y hermanos y parientes en el Callao y Lima. Con lo anteriormente expuesto, creo que no habrá lugar a dudas en lo sucesivo, en lo que respecta a mi nacionalidad. Si en Chile pasé como ciudadano panameño, era debido a las hostilidades y vejámenes a que los peruanos cuando lo declaramos estamos sujetos, razones que nadie ignora en el país (*Los Sports 34*, 24 de noviembre de 1923, p. 10).

Y entrega más información:

Soy peruano. Nací en Pisco, el 18 de julio de 1898, apenas tengo 26 años, y soy peruano neto, porque mis antepasados también los fueron hasta tres generaciones que yo recuerde. Mis tatarabuelos fueron africanos. Llegaron al Callao con 70 u 80 familias en un barco de vela español llamado «El Argonauta» (*Los Sports 98*, 23 de enero de 1925, p. 22).

Sobre como lo recibió el público chileno dice:

Sería injusto que yo expresara que al saberse en Chile que yo era peruano me trataron mal. Muy al contrario, solo tengo palabras de grato recuerdo para aquel público deportivo que tan pródigo se mostró en el aplauso y tan generoso en las decisiones. Del Callao llegué a Valparaíso en el «Manuel Calvo» y durante mi permanencia de dos días en el hermoso balneario, solo pude aquilatar actitudes que obligan mi agradecimiento (*Los Sports 98*, 23 de enero de 1925, p. 22).

Las peleas de Rely

Alex Rely pelea en Iquique con Duque Rodríguez y vence por K.O. al segundo round. Deja de entrenar con Mosca, y se pone bajo el mando de Benito Miranda y Luis Fernández, todos a su vez dirigidos por Felipe Zúñiga (*Zig Zag*, 29 de octubre de 1921). Suponemos que está radicado en Santiago de Chile.

El retiro de Heriberto Rojas deja vacante el sillón de los pesos pesados. Alex Rely es un serio candidato para ocupar ese lugar y lo puede hacer ya que «en conformidad a los reglamentos tiene ocho años de residencia en Chile» (*Zig Zag*, 29 de agosto de 1922).

En el año 1923 Rely se consagra campeón chileno en la categoría de los medio pesado. Dos años después, el 19 de mayo de 1925, obtiene el campeonato sudamericano. Sobre ese combate, Martín Sosa Camerón narra la siguiente historia: «Mucho después, en julio de 1924, el también uruguayo Alejandro Trías desafía por el título a Rodríguez; como éste no responde inmediatamente, en febrero de 1925 la Confederación Sudamericana declara que reconocerá como retador oficial al vencedor de una pelea entre Alex Rely, peruano, y Trías».

En marzo de 1925, Rely le gana por K.O. a Trías en tres asaltos, y la Confederación emplaza a Rodríguez para que acepte el desafío antes del 17 de mayo. Dos días después de esta fecha, Alex Rely es proclamado campeón sudamericano (19 mayo 1925).

En enero de 1928 Rely, por el título, derrota a su compatriota Alberto Icochea, pero en abril de ese año, Rely pierde la vista en su pelea con Michelle Bonaglia y el título queda vacante. Esto no impide, pese a lo desconcertante que pueda parecer, que el 25 de diciembre de 1926 Alberto Icochea le arrebatara el título sudamericano a Rely, y que este, en lugar de defenderlo, lo recuperara en enero de 1928.

Las cuatro peleas con Quintín Romero Rojas son las más aplaudidas. Rely gana dos, empate una y pierde otra. Bien se saben los antecedentes de Romero: combatió en Europa y en los Estados Unidos y se perfilaba como futuro campeón del mundo.

Sin embargo, la pelea que siempre quiso tener, contra Luis Ángel Firpo, el argentino que enfrentó a Dempsy, nunca se efectuó. Esta es la versión de Rely cuando le preguntan si cree en Luis Ángel Firpo:

No —responde rotundamente—. Y tengo mis antecedentes. Roque Blaya, que me acompañó a mí en mi jira reciente, fue manager de Firpo durante tres años; pues bien, él me confirmó que todas las peleas del Campeón fueron combinadas. De otra manera resulta imposible llevarlo al ring. Como conocíamos Blaya y yo, la cacareada «competencia» de Firpo, lo desafiámos varias veces, por cierto que inútilmente. El hombre tenía ya arreglado su negocito con Tex Ricard, empresario que, haría pelear hasta don Angel Tagini, por el campeonato mundial (*Los Sports 10*, 18 de mayo de 1923, p. 7).

Tampoco pudo realizar el combate con el campeón sudamericano, el uruguayo Angel Rodríguez, el único que dejó fuera de combate a Firpo. Dice Rely cuando le preguntan cuál es su ambición de futuro: «Lograr el Campeonato Sudamericano, derrotando a Angel Rodríguez, a quien creo yo en decadencia y, por lo mismo sin méritos para ostentar el título que posee» (*Los Sports 10*, 18 de mayo de 1923, p. 7).

En Iquique y en Buenos Aires se enfrenta a Johnston González. Le gana Rely, pero lo llamativo es el juicio racista de su contendor: «Bah, todos los negros son “fuertes” y mis peleas con Rely y Trías, creo que las he perdido porque me pusieron K.O. con el olor» (*Los Sports 83*, 7 de noviembre de 1924, p. 87).

Ambos combates los gana el peruano. En la revista *Estadio* se recuerda esa pelea: «Tuvo Rely un rudo combate con Johnston, el año veintitrés, en Iquique. Pero el moreno valía mucho, boxeaba bien y pegaba. González resistió en pie siete rounds, y perdió por K.O. derrochando, eso sí, valentía y decisión» (*Estadio*, 21 de diciembre de 1946, p. 31).

Rely, el feo

Los Sports, la única revista de deportes de Chile en los años en que Rely construía su fama, tituló una entrevista al boxeador peruano con el siguiente nombre: «Alex Rely, la estatua de bronce». El que firma la nota lo hace con el nombre del Marqués de Queensberry. Y empieza de este modo:

«¡Mira que negro más feo!», fue la exclamación con que una preciosa muchacha saludó el paso de Alex Rely, nuestro acompañante de la otra mañana, por esa dichosa calle Huérfanos. El simpático boxeador lanzó una carcajada franca, sonora,

dejando ver dos hileras de dientes blanquísimos que iluminaron su boca enorme. Se ve que le causa alegría el efecto que produce su físico y, quizás, tenga a mucho orgullo contar con todos los requisitos para llevarse el título en un Campeonato de hombres feos.

La reacción del peruano no se deja sentir:

¡Qué mal me pagan! Si ellas supieran cómo he defendido en Buenos Aires la belleza de la mujer chilena [...]. Es cierto —agrega luego, resignado— que ellas y yo tenemos razón; yo soy bastante feo y ellas son extremadamente bonitas.

Agrega el cronista una observación sobre el centro de la ciudad de Santiago:

Contrastando con las unánimes exclamaciones femeninas, los «niños-bien» que se han apoderado de esa calle para rendir culto a la Vagancia, tienen para Alex las frases más alentadoras. «Ese es Alex Rely, el que descabezó a todos los boxeadores argentinos y uruguayos», dicen señalándolo con admiración (*Los Sports 10*, 18 de mayo de 1923, p. 7).

Rely en la historia del deporte chileno

Como suele ocurrir, la crónica deportiva, esta vez de la desaparecida revista *Estadio*, se apropia de la figura de este boxeador:

He aquí un campeón de Chile nacido y criado en el Perú: Alex Rely. Y, sin embargo, nadie podrá discutir que ese magnífico mediopesado de estampa estatuaría, de músculos fuertes y armoniosos, tenía todos los derechos a lucir con orgullo el cinturón tricolor de los campeones profesionales del box chileno de aquellos años lejanos. Porque había venido de una tierra hermana y porque naciendo en el extranjero, era un producto neto del boxeo chileno, de nuestros progresos pugilísticos de entonces, obra de un maestro chileno y con conocimientos aprendidos en nuestros rings. Porque cuando vino a Chile este peruano se llamaba Alejo Reyes y era marinero (*Estadio*, 29 de mayo de 1948, p. 31).

Nacido en el Perú, pero criado bajo los cánones del boxeo nortino, el cronista enfatiza la socialización deportiva de Rely. Y agrega:

Había nacido en Pisco y a los quince años había embarcado en el vapor «Iquitos», que hacía el viaje de Panamá a Valparaíso. Una vez, cuando este barco debía dirigirse a Europa, sufrió un contratiempo y se vio obligado a anclar en Iquique. Tenían un ring en el barco y el marinero Reyes había llamado la atención por la violencia de sus mamporros. De ahí que los hermanos Juan y Santiago Mosca, grandes entusiastas iquiqueños que promovían entonces combates entre profesionales, hayan subido al «Iquitos» a ofrecer a Reyes la posibilidad de una pelea

en Iquique. La cuestión sería para dentro de seis meses y el peruano, sacando sus cuentas, aceptó. Total, en seis meses podría aprender a boxear, ya que jamás había sostenido un combate en serio ni recibido una sola lección del difícil arte del Marqués de Queensberry (*Estadio*, 29 de mayo de 1948, p. 31).

La noción de patria deportiva que el cronista usa para describir a Iquique es llamativa, ya que integra al deporte como constructor también de la nación:

Iquique fue la patria deportiva de Alex Rely. Estuvo allí tres años peleando y allí aprendió todo lo que precisaba para triunfar después en los rings de Sudamérica. Venció a Duque Rodríguez, Manuel Bastías, Lazo, Gumboath Smith, etc. Y en 1921 fue a Valparaíso y se cotejó con el campeón chileno de todos los pesos. Quintín Romero, al que derrotó por puntos. En la revancha se falló en empate y más tarde, en Santiago, se efectuó una selección de pesos pesados en la que intervinieron, entre otros, Romero, Rely, Sepúlveda y Clemente Saavedra. Finalistas, Romero y Rely volvieron a empatar, esta vez en quince rounds. Se tomó entonces una muy justa decisión: Romero conservaba su título de campeón de todos los pesos y Alex Rely, que pesaba menos de 80 kilos se ganaba el cinturón de los medio-pesados. Ciertamente era que Rely no había nacido en Chile, que era peruano, pero el reglamento lo favorecía: un pugilista extranjero con más de tres años de residencia en el país, podía ser campeón de Chile (*Estadio*, 29 de mayo de 1948, p. 31).

Cinturón chileno en Lima

Otro de los temas de conflicto que tuvo Rely fue la suposición de que iba a entregar a un museo de Lima el cinturón chileno que lo acredita como campeón de Chile. En la carta ya citada, Rely escribe:

No concibo cómo cerebro humano puede imaginar que haya prometido presentarme con el cinturón chileno ante el público de mi patria. Si bien tengo ese cinturón de campeón chileno en mi peso, tan solo lo guardo como un trofeo en mi dura profesión de boxeador y una vez que arregle con la Confederación respecto a mi castigo, quiero obsequiarlo al Museo Nacional para que se guarde como recuerdo de la victoria de un peruano en Chile, victoria que es de mi patria, pues la recuerdo al luchar en el ring (*Los Sports* 34, 24 de noviembre de 1923, p. 10).

«Victoria de un peruano en Chile», el nacionalismo es evidente² y comprensible. Ojalá que ese cinturón exista aún.

² La revista deportiva en tono irónico comenta: «Hay un adagio que dice: “Haz bien y no sepas a quién”. Seguramente el autor de este adagio no llegó a conocer a Alex Rely» (*Los Sports* 34, 24 de noviembre de 1923, p. 10).

PALABRAS FINALES

El deporte de los puños fue el que le otorgó a Alex Rely la «ciudadanía deportiva». Camuflando su nacionalidad para evitar los ataques de las Ligas Patrióticas en Tarapacá, logra representar a Chile. Sin embargo, en la historia larga de este deporte, Rely es considerado como una extrañeza por su origen peruano y por haberse puesto el cinturón chileno. En los viejos aún perdura la leyenda de esta «estatua de bronce» como lo definió *Los Sports* en una de sus crónicas, exhibiendo su bravuras desde los cuadriláteros de su cuna deportiva, Iquique, hasta el Madison Square Garden, pasando por los rings de Buenos Aires.

La performance deportiva de Rely, además, significó en pleno período de turbulentas relaciones entre Chile y Perú una especie de oasis en el que gracias al deporte se suspendieron, al menos en forma parcial, esas diferencias.

La providencial bajada de Rely en Iquique —iba a Valparaíso— significó hospedarse en una ciudad popular por excelencia. Un puerto y una pampa salitrera en la que los deportes como el fútbol y el boxeo, de gran contacto físico, eran los más populares. Una ciudad abierta al mundo que atraía a hombres y mujeres de todas las partes del mundo. Una región en la que las duras condiciones de vida eran el común denominador.

Su potencia física encontró en el deporte de los hermanos Mosca un buen canal para abrirse paso en una ciudad dominada por la fiebre anti peruana, sobre todo de las clases dominantes. La argucia de presentarse como panameño fue la llave para abrir los corazones de un pueblo y de los seguidores de estos deportes, que terminaron rindiéndose antes su calidad, potencia y simpatía.

ANEXO

Los combates de Rely (1918-1921)

1918 Primera pelea con Jimmy Johnson (inglés), de 76 kilos, a quien ganó por puntos, en un match a diez rounds.

Con Raúl Ansel (americano), de 76 kilos, ganó por K.O. al 2º round.

Con Benjamín Zárate (peso pesado), ganó al 5º round, por K.O.

En la revancha, Zárate fue vencido al primer round, por K.O.

1919 Pelea con Manuel Bastidas, peso medio, profesor Quintín Romero, ganándolo al primer round, por K.O.

William Daly lo vence, por retiro, al 5º round.

En la revancha con Daly, el triunfo fue de Rely, por K.O., al 11º round.

Con Quintín Romero, peso pesado, gana Rely, por K.O., al primer round.

Con Duque Rodríguez, vence Rely, por K.O., al 2º round. Este match se verificó en Iquique.

Con Carlos Lazo, peso medio, empate en un match a 10 rounds.

1920 Con Gumboat Smith, venció este, por K.O., al 7º round.

1921 En febrero de este año se mide por segunda vez con Romero, empatando en un match a 10 rounds.

BIBLIOGRAFÍA

Bahamonde, Mario (1966). *Antología del cuento nortino*. Antofagasta: Universidad de Chile.

González, Renato (1973). *El boxeo en Chile*. Santiago: Editora Nacional Quimantú.

González Miranda, Sergio (2004). *El dios cautivo. Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago: Lom.

Guerrero, Bernardo (2005). *A favor del viento. Maestranza Foot-Ball Club. Historia de un Club Deportivo. 1905-2005*. Iquique: El Jote Errante y Campvs.

Guerrero, Bernardo (2006). Fútbol y nacionalismo en el Norte Grande de Chile. En José Varas Insunza y Rodrigo Herrera Ojeda (comps.), *Fútbol, cultura y sociedad* (pp. 95-110). Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Guerrero, Bernardo (2008). *Más duro que el Tani. Biografía de Estanislao Loayza Aguilar*. Iquique: El Jote Errante y Campvs.

**EL VALS CRIOLLO DEL PACÍFICO.
APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LA INTEGRACIÓN MUSICAL
ENTRE EL PERÚ Y CHILE**

Eligio Ronceros Espinoza

Es un lugar común para muchos historiadores de Perú y Chile el escribir o historiar sobre aquello que ha dividido a nuestros pueblos. Por lo cual, es todo un reto y una gran aventura escribir sobre aquello que nos une y nos ha unido en el presente y pasado. Ahora bien, si lo que se escribe e investiga es la historia de la cultura popular de nuestros pueblos, y los sentimientos y sabores presentes en la vida cotidiana del chileno y peruano promedio, lo investigado cobra especial relevancia.

Comenzaré por mencionar algunos hechos históricos, como la llegada de la zamacueca limeña a Valparaíso con las tropas realistas enviadas por el virrey Fernando de Abascal en 1813-1814 (expediciones de Gavino Gaínza y de Mariano Osorio) y nuevamente con el regreso del Ejército Libertador a Chile en 1824.

La zamacueca se afincó en Chile y evolucionó hacia la cueca, y como tal regresó a Lima con el nombre de «chilena», a partir del amplio comercio existente entre Valparaíso y el Callao antes de la Guerra del Pacífico. En 1872, El chileno José Zapiola escribiría en sus *Recuerdos de 30 años* lo siguiente: «Desde entonces (1823), Lima nos proveía de sus innumerables y variadas zamacuecas, notables e ingenuas por su música, que inútilmente tratan de imitarse entre nosotros» (Zapiola, 1872, p. 54).

Es a partir de 1880 que Abelardo Gamarra «El Tunante» rebautiza el género musical con el nombre de marinera y como tal inicia su evolución a lo que hoy conocemos en el Perú como marinera limeña. Pero no solo en el origen común de la cueca chilena y la marinera peruana encontramos coincidencias. También las hay en los vals criollos y sobre eso vamos a tratar a continuación.

Como sabemos, el vals es de origen europeo y llega a las costas del Pacífico Sur a inicios del siglo XIX. Desde allí, el vals tradicional de tres cuartos va evolucionando en el Perú, incorporando elementos melódicos y rítmicos tanto afro-peruanos como andinos. De esta rica mezcla es que nace el vals criollo del Perú, que va consolidándose como género musical único y propio a partir de 1890 y especialmente desde la primera década del siglo XX.

Este vals, que además de los elementos melódicos y rítmicos ya mencionados tiene una honda raigambre urbano-popular por el origen obrero de la mayoría de sus compositores, tiene una gran influencia en Chile desde la década de 1920 y ha sido cultivado desde la década de 1940 en adelante por grandes cantantes populares chilenos como Lorenzo Valderrama, Ramón Aguilera, Lucho Oliva y la célebre Palmenia Pizarro.

Este vals criollo, mestizo y proletario llegó a Chile con la gira que realizaron entre 1928 y 1929 los músicos peruanos Alejandro Sáez León, Elías Azcuez, Gregorio Villanueva, Jorge Acevedo y Teresa Arce, y posteriormente con el conjunto Los Chalanés del Perú, durante sus giras a este país de 1946 a 1948 y con Luis Abanto Morales y Filomeno Ormeño en la segunda mitad de la década de 1940. Estos dos últimos, además de cantar, grabaron en Chile, Argentina y Perú para la RCA Víctor.

De esta forma, estos vales salieron del Perú en manos de músicos viajantes, pero también en partituras, discos y programas de radio que eran escuchados sobre todo en el norte de Chile. Este vals con sus letras sentidas y su compás sincopado —léase, ya no de tres cuartos sino más bien de seis octavos— se afinó en los puertos del Pacífico Sur desde el Callao hasta Valparaíso.

Sin embargo, el vals criollo no solo se fue de Perú a Chile con los músicos y marinos errantes que iban y venían entre el Callao y Valparaíso. También comenzó a venir del sur hacia acá y por esa vía (Mendoza-Santiago-Valparaíso-Callao) llegaron a nosotros vales de origen argentino como los muy populares «Linda provincianita» y «China hereje», que fueron grabados en el Perú por los mejores conjuntos criollos de los años 40 y 50 del siglo XX, y a los que la creencia popular considera de origen netamente peruano. Otro caso similar es el del vals «Amarraditos», de origen argentino, que fuera grabado por Los Morochucos a fines de la década de 1940.

Así, al ir y venir, el vals criollo como expresión musicalizada de la cultura urbano-popular que le canta al amor, a la vida y a lo cotidiano, se fue arraigando en el sentir y el gusto de chilenos y peruanos, constituyéndose a través de sus sentidas letras en un elemento unificador trasfronterizo.

Un caso notable y precoz de este fenómeno sociocultural es el del cantante popular chileno Lucho Oliva (nacido en 1924). Oliva hizo sus primeras actuaciones cantando vales en 1945 en la célebre quinta de recreo del parque Rosedal, situada en la Gran Avenida de Santiago y en 1950 inició su época de mayor actividad artística cantando en los principales escenarios del Santiago de aquella época.

Las grabaciones de Oliva, de comienzos de la década de 1950, iniciaron la tendencia hacia una interpretación del vals en Chile al modo peruano que luego marcaría el camino para voces tan populares como las de Lorenzo Valderrama y Palmenia Pizarro. Oliva había aprendido el vals peruano de la cantante chilena Mirtha Carrasco, recién llegada de una gira por el Perú, y con el nombre de Lucho Oliva y sus Melódicos grabó vales para el sello RCA desde 1954. Tres discos consecutivos dan cuenta de ese éxito: *Fiesta Limeña* (1959), *Un chileno canta al Perú* (1960) y *Éxitos peruanos* (1961) que incluía el tema «Fina estampa» de Chabuca Granda, junto a composiciones del propio cantante como «Olvida corazón».

En las décadas de 1960 y 1970, Oliva continuó cantando y grabando vales como: «La flor de la canela», «Ódiame», «Nube gris», «El espejo de mi vida», «Limeña» y «El plebeyo». La popularidad que Oliva consiguió cantando vales peruanos es tal que recibió del público chileno el título de: «El Rey del Vals Peruano». Además, cabe mencionar que Lucho Oliva visitó el Perú y cantó con gran suceso en las ciudades de Lima, Trujillo, Arequipa y Tacna en 1969. Ya en las postrimerías de su larga carrera musical, Oliva siguió grabando música peruana y una muestra de ello es el álbum «Vales Peruanos» (2003) donde recopila los mejores vales de Felipe Pinglo, Mario Cavagnaro y Chabuca Granda, los que grabó a lo largo de sus más de sesenta años de cantor popular.

Antes de continuar reseñando a otros cantantes populares chilenos que han hecho suyo el vals peruano, quisiera referirme a cómo el vals criollo está inserto en el imaginario sentimental de la música popular chilena y peruana, a través de las letras de diversos autores y compositores de ambos países.

Un caso especial es el de don Felipe Coronel Rueda, autor y compositor del célebre vals «Estrellita del sur». Felipe Coronel Rueda, nacido en el Callao en 1924 y criado desde los 8 años en la Chacra Colorada en el barrio limeño de Breña, formó parte del conjunto Los Mensajeros del Perú, que conformaban Carlos Dávila, Luis Abanto Morales y el director del grupo, Ramón Urizar. Este conjunto inició una gira artística hacia Chile y Argentina a comienzos de 1948. El viaje empezó en Chile y abarcó una extensa gira por diversas ciudades del hermano país. En el puerto de Iquique Coronel Rueda conoció a una hermosa joven chilena de nombre Mercedes «Meche» Pineda y a ella le dedica el hermoso vals «Estrellita del sur».

En una entrevista concedida en Buenos Aires al periodista Raúl Álvarez Russi, Coronel Rueda le dijo lo siguiente: «Yo tenía 24 años, era un amor de juventud y le dediqué el vals», pero acota que tuvo problemas y fue prohibido en Chile porque por su letra pensaban que era un reclamo de tierras por la Guerra del Pacífico.../No te digo un adiós/ estrellita del sur/ porque pronto estaré/ a tu lado otra vez/

En tiempos recientes, Lucho Coronel Rueda, hermano de don Felipe Coronel, y quien con casi 90 años aún vive en Breña, me confirmó esta versión. «Estrellita del Sur» fue grabado y popularizado en el Perú por doña María de Jesús Vásquez, La Reina y Señora de la Canción Criolla. Este vals, cuya enamorada letra conmueve por igual a peruanos y chilenos, dice así:

*Cuando lejos de ti
quiera penar el corazón
violento en su gemir
recordaré de tu reír
tu vibración que fue
canto de amor himno de paz
ya no habrá entonces dolor
solo será felicidad (bis)
¡No! ¡No!
No te digo un adiós
estrellita del sur
porque pronto estaré
a tu lado otra vez
Y de nuevo sentir
tu fragancia sutil
campanas de bonanza
repican en mi corazón.*

Ahora bien, «Estrellita del Sur» tiene su contraparte chilena en el vals «Peruanita bonita», de don Vicente Bianchi. Vicente Bianchi Alarcón fue un notable pianista y director de orquesta chileno que vivió en el Perú entre 1951 y 1955. Llegó al Perú con el trío Llanquiray, que luego se convertiría en el trío Los Jaranistas, que realizó una importante labor de difusión de la música peruana en Chile. Bianchi tuvo una destacada participación en Lima, donde alcanzó a ser director de la orquesta de radio El Sol. En 1955 Bianchi regresa a Chile y compone el sabroso vals titulado: «Peruanita bonita».

Este vals fue grabado por muchos cantantes y conjuntos criollos en el Perú, pero una versión muy popular es la que grabaron nada menos que Arturo «El Zambo»

Cavero y el maestro Oscar Avilés. Otra versión notable de este vals, por la cadencia de su ritmo, es la que grabó la señora Lucila Campos, gran cantante afroperuana caracterizada por su alegre interpretación:

Peruanita bonita, terroncito de azúcar
peruanita bonita, grano fino de sal
Dame un beso cholita con azúcar y sal
Peruanita bonita, morenita sin par (bis)
Dame de tu azúcar
Dame de tu sal
Negra negrita linda
Yo te quiero amar amar
Negra negrita linda
Ay si tú me das
Muere contigo, cholita, mi soledad (bis)

No hay que ser muy aguzado para encontrar en ambos vales una misma forma de cantarle a la vida y al amor. Existen otros ejemplos, pero los vales de Coronel Rueda y de Bianchi me parecen emblemáticos de un mismo valsecito del Pacífico.

Retomando el tema de los cantores populares chilenos y peruanos que han cantado y popularizado los vales criollos en Chile, quisiera referirme a don Lorenzo Valderrama, Ramón Aguilera, Lucho Barrios, Chabuca Granda y Palmenia Pizarro.

Lorenzo Valderrama, argentino afincado en Chile, comenzó a destacarse desde 1960 con sus versiones de los vales peruanos «El rosario de mi madre» de Mario Cavagnaro Llerena y «Cuando llora mi guitarra», de Augusto Polo Campos. Valderrama alcanzó gran éxito especialmente con el primer vals mencionado, que grabó para el sello EMI Odeón, cuya letra, sentida y llorona, es conocida en Chile como música cebolla o música cebollera, porque hace llorar. El impacto de este tipo de vales en el gusto popular chileno es muy grande y sus letras gozan de gran aceptación.

Pero no solo este tipo de vals cebollero y popular impactó en Chile. También el vals fino, poético y elegante de la señora Isabel Granda Larco, Chabuca Granda, llegó a Chile y se instaló en el corazón popular. En 1959, Chabuca se había presentado con gran suceso en Santiago y continuó con una serie de visitas artísticas que se verían coronadas con su participación en el sexto Festival de Viña del Mar de 1965. En dicho festival Chabuca Granda fue la artista internacional más importante y más aplaudida, y no está demás decir que un año antes, en 1964, el presidente chileno don Jorge Alessandri presidió la ceremonia en la cual el gobierno chileno le entregó la Medalla Chilena de la Gratitude a tan ilustre cantautora.

Ahora bien, al momento de hablar de las voces femeninas que han interpretado vales peruanos en Chile, cabe destacar a doña Palmenia Pizarro. Palmenia del Carmen Pizarro, nació en el pueblito de El Almendral, San Felipe, en 1941. Desde temprana edad creció oyendo vales peruanos, como ella misma cuenta: «Mi padre era admirador de Los Morochucos y había un matrimonio amigo de mi familia en San Felipe que viajaba a Lima de vacaciones todos los años y siempre traían discos de vales peruanos... yo los aprendía y los cantaba, pues siempre me gustó cantar».

Con solo 10 años, Palmenia se presentó a un concurso en radio Corporación y a sus tempranos 15 años ganó un concurso radial llamado: «Así canta el Perú». Desde ese momento inició una carrera musical cantando vales peruanos y, a decir del investigador David Ponce, estudioso de la música popular en nuestro vecino del sur, es la intérprete femenina que con mayor sentimiento y fuerza ha cantado el vals peruano en Chile.

Las interpretaciones y grabaciones que doña Palmenia hizo de vales como «Ódiame», de Rafael Otero López, «Olvidate de mí», de Pablo de los Andes (seudónimo de Pablo Beccaria), «Amarga experiencia», de Ernesto Aroli, «Aún te quiero», de Emilio Peláez Montero y «El rosario de mi madre», de Mario Cavagnaro, son notables. Pero si hay dos temas que marcaron la trayectoria artística de Palmenia Pizarro son los vales del peruano Augusto Polo Campos titulados «Vuelve pronto» y «Cariño malo». Este último vals, que habla de una gran decepción amorosa en sus letras, es emblemático de la música «cebollera» en Chile y se convirtió en el mayor éxito de la gran cantante sureña¹.

Aquí, la letra de «Cariño malo»:

*Hoy, después de nuestro adiós,
hoy volví a verte, cariño malo,
y se ve por tu reír,
que aún no sabes cuánto he llorado
Soy sincero al confesar,
que aún te quiero, cariño malo,
sin embargo por tu error
todo lo nuestro se ha terminado.
Si tú nunca fuiste fiel,
me fingiste aquel amor perverso
ten respeto, por favor
por mi cariño que aún no ha muerto (bis)*

¹ Ponce, 2012. <http://www.emol.com/noticias/magazine/2012/08/18/556298/palmenia-pizarro>

Este vals, grabado por Palmenia Pizarro en 1964, es junto con «La joya del Pacífico», de Víctor Acosta, uno de los más escuchados y queridos por la audiencia chilena en los últimos cincuenta años. Al referirme a este último vals cabe destacar al cantante que lo popularizó, muy querido y excepcional para los chilenos: Lucho Barrios.

Nacido en 1935 en el Callao y criado desde los ocho años en Lima, Luis Barrios Rojas «Lucho Barrios» se formó en el Centro Musical Unión, ubicado en el barrio del Cuartel Primero de Lima, junto con Pedro Otiniano, quien sería otro gran intérprete de los vales y boleros cebolleros. Lucho Barrios destacó cantando boleros y con ellos llegó a Chile en la década de los sesenta. Su versión de la «Joya del Pacífico» es de antología y su manera de interpretar el tema en ritmo de vals criollo caló hondo en el corazón del pueblo chileno y, en particular, de los nacidos en Valparaíso.

Recientemente, en 2010, con la desaparición física de tan notable representante de los boleros y vales criollos en nuestro continente, los homenajes en Chile no faltaron y resultaron admirables las manifestaciones de cariño del pueblo chileno hacia este cantante nacido en el Callao. Pero si Lucho Barrios instauró una forma de cantar cebollera en Chile, no lo hizo solo y tuvo en Ramón Aguilera su par chileno, a decir de muchos, el chileno que ha cantado con más pasión el vals peruano y el bolero. Aguilera se sumó a la tradición del bolero y el vals interpretado con guitarra acústica, marcado por una expresión vocal de llanto y con canciones que expresan tristeza y tragedias al mejor estilo «cantinero». Hijo de un obrero ferroviario, nació en San Antonio en 1939 y creció en la localidad de El Monte. Comenzó a cantar a fines de los años cincuenta e inició su carrera profesional en la radio Portales en 1963.

¿Por qué estos dos cantantes se ganaron el corazón del público chileno? La respuesta es simple: la interpretación de Lucho Barrios y Ramón Aguilera satisface las necesidades expresivas del hombre común, obrero o empleado que lucha día a día, que sueña, sufre y se decepciona y en esto no hay frontera que valga. Ambos le han cantado a la gente de barrio, sea de callejón o conventillo, de una manera muy especial, en una forma, que el investigador Hugo Neyra ha denominado: «la alegría sollozante». que vendría a ser una forma de cantar e interpretar vales de manera muy sentida y sufriente, pero sin perder el sabor del ritmo criollo (Neyra, 2009, II, pp. 557-579).

Hasta aquí, me he referido principalmente a solistas. Pero si hay un dúo chileno que ha destacado en la interpretación y difusión de vales peruanos, ese es el dúo Los Vargas. Se trata de dos hermanos nacidos en San Fernando en 1927 y 1929 respectivamente. Héctor Armando y Santiago Silva Vargas crecieron en la Villa Santa Anita del barrio San Pablo, en Santiago. Hacia 1943, a los dieciocho y diecinueve años ya estaban cantando a dúo, aunque en un principio se les conocía como Los hermanos Silva.

Los Vargas grabaron sus primeros *singles* para el sello Odeón y en 1958 debutaron con los valeses «Nunca podrán», del autor peruano Adalberto Oré Lara, y «Remordimiento», del propio Tito Silva. En 1959 registraron «Ódiame», de Rafael Otero López y «Hermelinda», de Alberto Condemarín. Del gran compositor peruano Felipe Pinglo Alva, grabaron en 1960 los célebres valeses «El plebeyo» y «El espejo de mi vida». También registraron «Como una visión», bello vals del ferreñafano Luis Abelardo Núñez, «Ilusión perdida», de Gilberto Plascencia, «Frivolidad», de Mario Ríos, «Desdén», de Miguel Paz y los tradicionales «El guardián» y «La puerta de oro». Estos dos últimos corresponden al periodo de la denominada «Guardia Vieja», es decir, anteriores a 1920.

En 1962 tuvieron un nuevo éxito con «Nube gris» del autor y compositor chalaco Eduardo Márquez Talledo. El primer *long play*, *Los Vargas cantan valeses peruanos* (1964), reúne varios de sus primeros éxitos entre 1958 y 1962. Futuros discos fueron *Valsecitos pa' mi bailongo* (1966) que contiene «Alma, corazón y vida», de Adrián Flores Albán; *Los Vargas le cantan al Perú* (1970) y *Los mejores valeses peruanos* (1971), que incluye «La flor de la canela», de Chabuca Granda.

En esta estación del camino debemos peruanos y chilenos reflexionar sobre todas las coincidencias y puntos en común que tenemos con respecto a nuestra música popular y comprender que dicha música es la expresión de sentimientos y formas de saborear la vida que son similares para nuestros pueblos a ambos lados de nuestras fronteras. Ese ir y venir del vals criollo entre Perú y Chile continúa, y como ejemplo tenemos la gira que realizó al sur en 2007 la excelente intérprete peruana Marlene Guillén, acompañada por las guitarras de los maestros Víctor Manuel Flores y Gerardo Chauca y la percusión (cajón peruano) de don Pablo Ramírez Valencia.

No quiero dejar pasar la oportunidad de citar el trabajo que realiza la señora Alejandra Ambukka, nacida en el barrio rimense de Malambo, quien se ha especializado en el estudio de la relación musical que existe entre la marinera peruana y la cueca chilena. También es importante el trabajo de investigación de dos notables musicólogas: la chilena Margot Loyola y la peruana Chalena Vásquez, quienes en distintas épocas han coincidido en el estudio de la influencia de la música popular peruana en la chilena y de sus orígenes en común.

También debemos mencionar la labor de la joven artista chilena Carmen Prieto Monreal, quien en 2003 reunió a Los Tres Antonios, un grupo de músicos peruanos radicados en Chile que la acompañan hasta hoy y con los que grabó en vivo en el 2004 el disco *Bienvenido Perú*, subtítulo «Los mejores valsecitos en vivo», para el sello Dicap.

Es importante resaltar lo que la misma artista destaca: «En el sello se interesaron en el concepto del disco por el título, por lo que contiene y por el aspecto integracionista que se le dio de trabajar con músicos peruanos radicados en Chile». Los músicos son Óscar Antonio Álvarez (primera guitarra y arreglos), José Antonio Medina (cajón y voz), Antonio Caballero (segunda guitarra y cajón). Y he aquí el camino por donde creo yo debemos transitar peruanos y chilenos, mirando un presente y futuro común sobre el horizonte del Pacífico Sur. El camino de la integración a partir de todo lo que nos une, sabiendo que tenemos muchos aspectos socioculturales que nos son afines.

A partir de todo lo reseñado y expuesto, podemos afirmar que existe un vals del Pacífico, desde el Callao hasta Valparaíso; y me atrevería a decir que desde Guayaquil hasta Punta Arenas. Este vals, con su compás de seis octavos, su ritmo sabroso y sus letras de excelso sentimiento popular, se ha ido consolidando a través de una historia de experiencias comunes y está inserto en el alma y la vida cotidiana de chilenos y peruanos, siendo este fenómeno socio-cultural un agente propicio de integración. En nuestro continente muchas han sido las experiencias fraticidas y muchos los resentimientos mutuos que estas han dejado, por lo cual desde la música popular podemos comenzar a construir caminos que nos lleven a encontrarnos en un mismo abrazo sincero y fraterno.

Finalmente, si bien el panorama de la música popular y sus expresiones artísticas es amplio y variado en Sudamérica, podemos afirmar que el valsecito criollo del Pacífico ocupa un lugar de jerarquía al lado del tango y el bolero, y constituye un elemento sociocultural de gran arraigo popular y un fenómeno de constante mistura entre nuestras naciones. Hoy que la globalización ha mundializado el mercado y la sociedad de consumo, pero no la justicia social y la unión entre los pueblos, debemos de pensar en el vals del Pacífico como una importante manifestación del alma popular en esta parte de nuestro continente, y tomando unas palabras de José Carlos Mariátegui, podemos afirmar que es creación heroica de nuestros pueblos.

Vaya pues por nuestros vales criollos, un salud con pisco, ese pisco que nos es tan afecto a peruanos y chilenos. Y abrigo la esperanza de que nuestro futuro sea de integración, a partir de un mismo sentimiento y sabor que habita en nosotros, se revuelve en nuestros corazones y no conoce de fronteras políticas.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Nano (1995). *Los ojos de la memoria. 30 años de música popular y folclórica en Chile*. Santiago: Cantoral.
- González, Juan Pablo & Claudio Rolle (2004). *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- Manosalva Oviedo, Luis (1998). *Antología de la canción criolla*. Lima: Parma.
- Neyra, Hugo (2009). *Hacia la tercera mitad. Ensayos de relectura herética*. Tomo II. Lima: Sidea.
- Ponce, David (2012). *Palmenia Pizarro conmemora hoy con una gala cinco décadas sobre los escenarios*. <http://www.emol.com/noticias/magazine/2012/08/18/556298/palmenia-pizarro-conmemora-hoy-cinco-decadas-sobre-los-escenarios.html>
- Santa Cruz Gamarra, César (1989). *El waltz y el valse criollo. Nuevas consideraciones acerca del valse criollo*. Segunda edición. Lima: Concytec.
- Serrano, Raúl & Eleazar Valverde (2000). *El libro de oro del vals peruano*. Lima: Tans Perú.
- Zapiola, José (1872). *Recuerdos de treinta años: 1810-1840*. Santiago: Imprenta de El Independiente.

**LA SOCIEDAD EN LA MESA:
ASPECTOS COMUNES EN EL DESARROLLO DE LA CULINARIA
DE CHILE Y EL PERÚ**

V́ctor Torres Laca

En las últimas décadas se ha producido un florecimiento de publicaciones sobre historia de la cocina en los más diversos países. Una materia que la historiografía tradicional consideraba marginal frente a los grandes temas de la política y la economía ha recibido una creciente atención en diversas partes del mundo. Hoy por hoy se entiende que los hábitos culinarios dicen mucho sobre la naturaleza y características de la sociedad que los practica. En este contexto se inscribe el presente trabajo que busca explicar cómo las gastronomías del Perú y Chile se desarrollaron bajo lineamientos similares desde tiempos prehispánicos hasta el siglo XIX.

El texto se inicia con las formas culinarias prehispánicas y hace énfasis en cómo la chicha y el ají formaron una díada común a toda el área andina. La conquista hispana trajo consigo un cargamento de nuevos ingredientes, costumbres y preparaciones que se mezclaron con las andinas en lo que constituye el momento fundacional de la culinaria chilena y peruana. A continuación se pasa revista a la fuerte impronta medieval de ambas cocinas, tanto en las preparaciones como en las costumbres de la mesa. Finalmente se explica cómo el influjo de la culinaria francesa durante el siglo XIX rompió la unidad de esta tradición al ser adoptada por las élites como elemento de diferenciación social.

Para el estudio de la cocina chilena y peruana de este periodo, una de las principales fuentes son las descripciones escritas por cronistas y viajeros que visitaron la región. Sin embargo, los testimonios brindados por este tipo de fuente no deben ser tomados a ojos cerrados pues, como es natural, encierran las subjetividades, creencias y prejuicios del autor. Por ello, es importante contrastarlos con otras fuentes, por ejemplo, las descripciones de los naturales del país, plasmadas en guías de viajeros y relatos costumbristas. De sumo interés son también los trabajos académicos y las fuentes primarias disponibles para cocinas de otros países, en particular para la España medieval y moderna.

LAS RAÍCES ANDINAS

La región en la que se encuentran Chile y el Perú se caracteriza por una variada y rica oferta medioambiental, principalmente como consecuencia de la presencia de la Cordillera de los Andes. Es natural entonces que ya las evidencias más tempranas de población humana atestigüen una dieta igualmente diversa. En efecto, en uno de los yacimientos arqueológicos más antiguos de las Américas, Monte Verde en el sur de Chile, se han encontrado restos de la amplia gama de especies de animales y vegetales consumidos 10 500 años a.C. Entre ellos se han identificado nueces, bayas, semillas, hojas y tallos comestibles, moluscos de agua dulce, paleo camélidos y mastodontes, así como los restos más antiguos registrados de papa silvestre (Ugent, Dillehay & Ramirez, 1987).

Esta variedad medioambiental generó el desarrollo de distintas adaptaciones culinarias. Hacia finales del Pleistoceno, no mucho después de Monte Verde, los consabidos cazadores de grandes mamíferos eran contemporáneos de comunidades costeras que sobrevivían gracias al consumo masivo de pescados y moluscos provenientes del Océano Pacífico. Aunque desde entonces el aumento del nivel del mar sumergió la mayoría de sus restos, se han encontrado evidencias al respecto en sitios de la costa norte y sur del Perú, así como en el norte de Chile (Sandweiss, 2008, pp. 152-153).

Dado que era explotada a través de la caza y la recolección, esta amplia variedad de recursos constituía una oferta cuantitativamente limitada. Fue solo con la introducción de la agricultura y la ganadería que se pudieron superar estas barreras y permitir un poblamiento intensivo de la región. Los testimonios más antiguos de domesticación de plantas provienen de la costa y sierra del Perú, donde se han encontrado diversos tipos de tubérculos y frejoles, entre otras plantas, que datan de unos 5000 años a.C. La evidencia en Chile es más escasa y parece concentrarse en los oasis de Atacama y los valles de la costa norte (Pearsall, 2008, pp. 110-112). Desde el 2500 a.C se produjo una aceleración en el proceso de domesticación en los Andes centrales, es ahí que aparecen en el registro arqueológico el algodón, el ají, la palta y el camote (Pearsall, 2008, pp. 113, 116).

En el caso de los animales, el primero en ser domesticado fue el cuy; hallazgos en la región de Ayacucho apuntan a una antigüedad quizás mayor a los 3000 años a.C. para este proceso. Desde ahí, este roedor se difundió por toda el área andina, alcanzando por el sur el centro de Chile (Stahl, 2008, pp. 123, 125). Los camélidos, por su parte, fueron domesticados en las punas de Junín hacia el 2500 a.C. Desde ahí se difundieron por toda el área andina, al punto que para el 1700 a.C ya existían sociedades organizadas en torno al pastoreo en la región de Antofagasta (Stahl, 2008, pp. 128-129).

Así, al iniciarse la era cristiana, ya se habían domesticado las especies animales y vegetales que integran la dieta andina. Sin embargo, aún faltaba un componente esencial: la chicha de maíz, que demoró unos siglos más en consolidarse como el alimento principal de los Andes. La evidencia apunta a que fue la civilización Tiahuanaco, entre los años 350 y 600 de nuestra era, la que convirtió a este producto en el centro de la vida social andina, al difundirse la costumbre de convidar chicha para cimentar lazos sociales entre familias y ayllus. Desde el altiplano, estos usos se difundieron a lo largo de la esfera de influencia Tiahuanaco, la cual incluyó tanto el valle de Moquegua en el sur del Perú como en el oasis de San Pedro de Atacama y el valle de Azapa en el norte de Chile (Goldstein, 2003).

Este rol social de la chicha se extendió por toda al área andina, aumentando su importancia con el paso del tiempo. En tiempos del imperio incaico, la producción en masa de chicha y comida, junto con los textiles a cargo de mujeres seleccionadas, las aallas, se convirtió en la base de la hospitalidad estatal. Los grandes festines de chicha y comida ofrecidos por el inca eran la base de un sistema de reciprocidad a través del cual obtenía la mano de obra en la que sustentaba su poder (Bray 2003, pp. 132-133). Así, para cuando llegaron los españoles, la importancia de la chicha se extendía desde las casas más humildes hasta los templos y palacios, tal como lo confirma un observador español de la primera mitad del siglo XVII, el padre Bernabé Cobo, al describir las casas de los indígenas:

La mayor parte de su menaje y alhajas son tinajas y cántaros de barro; no guardan en casa otro licor, ni aun agua, más que su vino o chicha, y esa no les dura mucho tiempo, así la hacen a menudo en cantidades de cuatro o seis arrobas cada vez; y según lo mucho que beben no tiene un hombre con eso más que para una semana, poco más o menos. Para hacer este brebaje, guardarle y beberle, tienen más instrumentos y vasos que para otras comidas (Cobo, 1964[1653], p. 243).

En contraste con la prodigalidad para la chicha, los pobladores andinos parecen haber sido más bien parcios para el comer. De acuerdo con el mismo autor:

Sus viandas y potajes antiguos eran muy pocos: de maíz entero con algunas yerbas y ají hacían cierto guisado llamado motepatasca, cociendo el maíz hasta que revienta; y de la semilla de la quinua, otro, nombrado pisqui. Corresponden estos dos a los que nosotros solemos hacer de arroz, garbanzos y de otras cosas semejantes. Pocas veces comía carne la gente plebeya, y esa solía ser en fiestas y banquetes; más usaban de cecina que de carne fresca [...] Desta cecina, que ellos llaman charqui, y de la carne fresca, no sabían hacer más que una suerte de olla o guisado, llamado locro, con mucho ají, chuño, papas y otras legumbres. El mismo guisado hacían de pescado seco que también lo usaban mucho. En suma sus manjares eran tan rústicos y groseros que no había más que mal cocido y peor asado en las brasas, porque nunca tuvieron uso de asadores (Cobo, 1964[1653], pp. 244-245).

Así pues, la dieta andina parece haber sido en buena medida vegetariana, como suele ser el caso de pueblos agrícolas; por ejemplo, en el antiguo Egipto el consumo de carne era limitado para la mayor parte de la población e incluso para algunos faraones que recibían cerveza y pan a diario pero no carne (Brier & Hobb, 2008, p. 118). Llama la atención la descripción de platos que se conservan hasta la actualidad, así por ejemplo, el pesque de quinua se sigue preparando, solo que hoy en día se le puede añadir ingredientes no conocidos en tiempos prehispánicos como la leche o el queso. El locro florece en el Perú actual en numerosas variantes, entre ellas el locro de zapallo, diferente en sabor del guiso picante descrito por Cobo. Sobre las costumbres en la mesa señala el mismo autor:

Comían dos veces al día: a las ocho o nueve de la mañana y a la tarde con una o dos horas de sol. La mesa era de suelo, sin poner nada debajo, excepto los caciques y gente de cuenta, que ponían por manteles una manta. No sentaban a sus mujeres a la mesa, aunque comían todos juntos, porque la mujer se sentaba a las espaldas del marido, vuelto el rostro al contrario, de modo que venían a caer espaldas con espaldas; y allí tenían los potajes en sus ollas y los servía al marido, y le daba de beber cuando lo pedía, comiendo ella juntamente; y desta manera se sentaban y comían en sus casas y en los banquetes públicos del pueblo (Cobo, 1964[1653], p. 245).

LA ÉTICA DE LA ABUNDANCIA

La conquista española marca el evento central en el desarrollo de la cocina chilena y peruana, pues es de la confluencia de los aportes andinos e hispanos que deriva buena parte de las formas culinarias que se practican hasta la actualidad. Una de las primeras cosas que impactó a los recién llegados fue la riqueza de la tierra, no solo en términos de minerales sino también de su fertilidad. A decir del cronista Pedro Cieza de León:

[...] en algunos lugares de este reino como los llanos y valles de los ríos y la tierra templada de la serranía son muy fértiles, pues los trigos se crían tan hermosos, y dan fruto en gran cantidad: lo mismo hace el maíz y la cebada. Pues viñas no ay pocas en los términos de San Miguel, Trujillo y Los Reyes: y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comienza ya a las haber: y se tiene por grande esperanza de hacer buenos vinos. Naranjales, granados y otras frutas, todas las hay de las que han traído de España como las de la tierra. Legumbres de todo género se hallan. Y en fin gran reino es el del Perú (Cieza de León, 1995[1553], pp. 297-298).

Este tipo de descripciones no son exclusivas de los españoles que vinieron a asentarse en la región, pues fueron compartidas por europeos de otras naciones que ocasionalmente visitaron estas costas. Este fue el caso de los tripulantes de la fragata británica HMS Wager, que naufragó frente a las costas del extremo sur de Chile en 1741. Impedidos de regresar por mar, optaron por adentrarse en el país, el cual fue descrito de la siguiente manera por uno de ellos, Alexander Campbell:

The soil of the country in general is extremely fertile; the husbandmen do no more than open the ground, and sow the wheat, and, without manure, it commonly gives a hundredfold. Their fruit-trees bear when only two years old. The pasture is very good, the cattle fat, and the meat as fine as any in the world, and beef and mutton are here very cheap (Campbell, 2012[1747], IV)¹.

Tal información no parece ser exageración de náufragos desesperados sino que es confirmada más de medio siglo después por el testimonio de William Bennet Stevenson, inglés que recorrió Chile, Perú y Colombia en tiempos de las guerras de independencia:

Nature has been extremely bountiful to this country. Its equable and mild climate and its rich soil produce every fruit pulse and vegetable known in Europe if we except some exotics [...] Horned cattle and horses of an excellent quality are in great plenty. The vineyards are numerous and fertile (Stevenson, 1825, pp. 92-93)².

La fácil adaptación de los principales vegetales y animales que componían la dieta de los conquistadores permitió un feliz trasplante de sus costumbres culinarias pero con una clara influencia andina, tal como se verá más adelante. La cocina española en tiempos de la conquista era a su vez el resultado del mestizaje de tres tradiciones culinarias diferentes: la romana, la germana y la árabe-judía, pueblos todos ellos que ocuparon largo tiempo la Península Ibérica. De los primeros heredaron el énfasis en los cereales, la vid y el olivo; de los segundos el alto valor asignado a la carne pero no así la cerveza o la mantequilla. Con los últimos llegó a la península un fuerte componente de verduras, legumbres y frutas, así como nuevos platillos como la olla (Gázquez Ortiz, 2002, p. 27). De estos alimentos los más apreciados eran el pan,

¹ «La tierra es en general extremadamente fértil; los hombres no tienen más que abrir la tierra y sembrar el trigo, y, sin abono, suele producir gran cantidad. Los árboles dan frutos a los dos años apenas. El forraje es muy bueno, el ganado es robusto y la carne tan buena como la que más, y son aquí muy baratos la carne de res y de cordero». (Traducción del editor.)

² «La naturaleza ha sido extremadamente generosa con estas tierras. Su clima parejo y moderadamente templado y su rica tierra producen cada fruto y vegetal conocido en Europa, aparte de los frutos exóticos [...]. Hay abundancia de ganado astado y caballos de muy buena calidad. Los viñedos son numerosos y fértiles». (Traducción del editor.)

el vino y la carne, considerados fundamentales para el ser humano. Sin embargo, no todos ellos se consumían por igual; mientras que el pan y el vino eran alimentos de consumo masivo aunque de calidad variable, la carne se encontraba fuera del alcance de las grandes mayorías salvo ocasionalmente, en pequeñas porciones y en los cortes de menor calidad (Pérez Samper, 1998, p. 69).

Es clara entonces la existencia de un fuerte abismo culinario entre las clases altas y las clases populares de la sociedad hispánica. Los primeros disfrutaban de una dieta predominantemente carnívora, mientras los segundos eran vegetarianos por necesidad (Pérez Samper, 1998, p. 76). La fertilidad de las tierras americanas, arriba descrita, alteró este balance al permitir hasta a los pobres comer más y mejor que sus pares de la península, tal como queda atestiguado en las descripciones de las abundantes comidas americanas. Así, el marino francés Gabriel-Pierre Lafond, que visitó las costas del Perú y Chile hacia 1822 escribe sobre la alimentación que encontró en este último país:

Las comidas son abundantes. Después de la sopa, viene la olla podrida, plato de un uso universal en todos los países de habla española. La olla podrida se compone de toda clase de carne i de las legumbres de la estación; los garbanzos no faltan tampoco en este plato. Como entradas, las aceitunas, la mantequilla, los rábanos i el atun. Se sirve también el mejor queso de Chanco, lugar situado cerca de Concepción. Como asados ofrecen filetes o lomos de buei, aves, pescado i toda clase de guisos españoles. Pero el defecto capital de esta cocina es que se emplea la grasa de buei que se pega a los labios i desagrada a la persona menos delicada, no acostumbrada a estos usos. En la tarde se come arroz con leche, pasteles i, como postre, frutas de la estación, sandías, higos, uvas, frutillas, todo acompañado de vinos españoles, franceses o del chacoli rosado. Al fin de la comida aparecen las confituras muí azucaradas, frutas, helados, chancaca, alfeñiques del Perú i camotes. Estos dulces preceden a un gran vaso de agua que termina la comida. (Lafond de Lurcy, 1911[1853], p. 38).

El charqui también era consumido por las clases altas, pues la matanza de ganado vacuno era estacional y, en esta era preindustrial, no existían otros métodos para asegurar la preservación de la carne. Así, por ejemplo, la inglesa Mary Graham destaca en su descripción de una invitación a cenar en casa de una vecina no desprovista de medios económicos que el plato central estaba hecho a base de charqui:

Después de este aperitivo, como lo llamarían mis compatriotas, se nos puso delante una gran fuente de charquican. Consiste el charquican en carne fresca de buey muy hervida, pedazos de charqui ó carne seca de buey, rebanadas de lengua seca y tomates, calabazas, pagas y otras legumbres cocidas en la misma fuente (Graham, 1916, p. 251).

Pero lo que es más interesante es que estos mismos recursos permitían a las clases populares comidas menos abundantes pero también contundentes. A decir del mismo Lafond: «Los alimentos de la clase baja, como es natural, son menos variados. Una cazuela hecha de gallina i papas o un asado, forman la comida ordinaria del pueblo» (Lafond de Lurcy, 1911[1853], p. 38).

Testimonio sobre el cual debe notarse que cazuela es el equivalente popular de la olla podrida descrita como el plato central de contextos más refinados. A ello se agrega la gran cantidad de carne consumida por las clases populares según descripción de Stevenson:

The dried meat charqui finds immediate sale at Lima, Arica, Guayaquil, Panama and other places. Besides the large quantity consumed, in Chile it furnishes a great part of the food the lower classes the slaves and particularly the seamen, being the general substitute for salt beef and pork (Stevenson, 1825, p. 96)³.

La misma prolijidad se encontraba en el Perú. Todas las descripciones coinciden en destacar la abundancia de platos que se solía servir, no solo en ocasiones especiales sino también en el día a día. La mejor evidencia de esta afirmación está representada por el plato nacional de aquel entonces, el sancochado, también llamado puchero en las fuentes más antiguas. En la segunda mitad del siglo XIX, el intelectual peruano Manuel Atanasio Fuentes lo describe como compuesto por «carne de vaca gorda, tocino, cecina, coles, camotes, papada de puerco, yucas, plátanos, membrillos, relleno, garbanzos, arroz y por condimento se agrega achiote molido y sal» (Fuentes, 1988[1867], p. 125). El grado de difusión y estima de este plato queda reflejado en las fuertes protestas que presentaron los presos de una carceleta judicial limeña ante el intendente de policía cuando se les dejó de dar sancochado por unos días hacia fines del siglo XIX (Ruiz Zevallos, 2000, p. 1023).

Naturalmente, olla podrida, cazuela, puchero y sancochado eran variantes americanas de la olla española, que a su vez tiene sus antecedentes en un plato de la cocina judeoespañola, la adafina, que se preparaba con garbanzos y carne de cordero o cabrito (Gázquez Ortiz, 2002, p. 93). La olla española también variaba según la región en la cual se preparase, pero por lo general llevaba como base verduras y legumbres en todos los casos. A estas se añadían las carnes: muchas y variadas en el caso de los ricos (gallina, vaca, carnero, cerdo), escasa en el caso de los demás (carnero o tocino). Se espesaba esta preparación con pan, fideos o, en algunos casos, arroz (Pérez Samper, 1998, p. 84).

³ «La carne seca o charqui encuentra un mercado rápido en Lima, Arica, Guayaquil, Panamá y otros lugares. Además de las grandes cantidades que se consumen, en Chile constituye una parte fundamental del alimento de las clases más bajas, los esclavos y especialmente los marineros, siendo el sustituto más común de la carne salada de cerdo y de res». (Traducción del editor.)

En la popularidad de la olla en las Américas se conjugaban dos factores, de un lado la abundancia y bajo precio de la carne y, del otro, el gran valor nutritivo que se le atribuía. En su obra *El clima de Lima*, Hipólito Unanue expresaba una creencia generalizada cuando escribía «El mayor consumo de carnes en Lima ha dado más consistencia á sus habitantes y ha hecho menos molestas algunas enfermedades y convalecencias» (Unanue, 1940[1805], p. 73). Así, toda comida incluía indefectiblemente carne vacuna en cantidades generosas. Incluso se creía que no comer carne por cierto tiempo, como durante Cuaresma, era causa de debilidad y hacía al organismo propenso a contraer enfermedades (Dávalos y Lissón, 1925, pp. 93-94). Se tiene así, a inicios del siglo XIX, ideas que se remontan a la Baja Edad Media, cuando se identificaba a la carne con la nobleza, con la fuerza, la guerra y el valor, por ser el alimento de mayor valor energético (Gázquez Ortiz, 2002, p. 137).

Pero el sancochado no era el único plato acostumbrado. Manuel Atanasio Fuentes menciona entre los otros platos comúnmente consumidos al chupe, la carapulcra, el locro, la quinua atamalada, los chicharrones, los tamales, la sopa teóloga —exquisitez reservada a ocasiones especiales— las torrejas y una gran variedad de picantes, entre los cuales destaca el seviche, escrito con «s» (Fuentes, 1988[1867], pp. 125-129). De esta amplia gama de potajes, que son solo parte de la gran riqueza de la comida criolla, se pueden deducir algunas de las peculiaridades de la culinaria de aquel entonces. En primer lugar, los ingredientes: a la abundancia de carne vacuna debe agregarse el extendido consumo de carne de cerdo, carnero y pescado. En cambio, brillan por su ausencia el pollo y los mariscos. Respecto de los primeros, aunque estaba muy extendido el consumo de huevos, la carne de pollo, gallina para ser más precisos, era una comida generalmente reservada a ocasiones especiales. Los mariscos parecen haber sido evitados por la dificultad de asegurar su preservación.

Pasando a los alimentos de origen vegetal, la impronta andina era bastante fuerte en ambos países. En el Perú la papa y la yuca eran parte del consumo cotidiano en todos los hogares, hecho del cual se asombra Middendorf, viajero alemán que residió veinticinco años en el Perú (Middendorf, 1973[1893], p. 177). Los frijoles eran tenidos en alto aprecio por su valor nutritivo, considerado equivalente al de la carne, por lo cual eran consumidos en grandes cantidades, en especial por los sectores de menos recursos (Stevenson, 1825, p. 342). Esta creencia ha quedado perennizada en la frase «ganarse los frijoles» en el Perú y «ganarse los porotos» en Chile, en la que esta humilde menestra hace de epítome de la comida. El arroz también formaba parte de la dieta, pero solo como parte de algunos platos y no como el acompañamiento generalizado que es en la Lima de hoy. Más frecuente era el camote y el maíz, cocinado no solo en mazorca como parte de chupes y otros potajes sino molido en batán para la elaboración de tamales y humitas.

El pan, elaborado de harina de trigo, era considerado una necesidad elemental, lo que revela la interiorización y continuidad de costumbres europeas medievales e incluso más antiguas (Gázquez Ortiz, 2002, p. 70). Al igual que en el resto de la América Hispanoamericana, el pan de trigo adquirió el rango de alimento superior, casi «civilizatorio», en contraste con las comidas nativas, por lo cual forma hasta hoy parte fundamental de la dieta de países como el Perú que dependen casi totalmente de las importaciones para abastecerse de trigo (Lovera, 1999).

En Chile también se consumían extensamente los frijoles como complemento ideal de la carne: «*Kidney beans are much cultivated in Brazil and Chile: they are, in the latter country, of more importance than maize, and constitute one of the principal articles of food for the poorer classes: some sorts are of an extraordinarily fine taste*» (Schmidtmeiers 1824, p. 37)⁴.

Si bien estas menestras son identificadas como comida de pobres por el viajero alemán, no parecen haber sido tan mal vistos por la población chilena. Puede afirmarse entonces que la abundancia de recursos alimenticios en el país en comparación con su escasa población permitió una suerte de «ética de la abundancia culinaria», es decir, permite una provisión más amplia y, por ende, barata, de alimentos variados para las clases populares que la que podían encontrar sus contrapartes en Europa. En el caso chileno, esta se habría basado en las abundantes cosechas de trigo y también en la gran cantidad de ganado que se criaba en el país. Los animales pastaban a sus anchas con escasos cuidados, puesto que la abundancia de pastos permitía que con una escasa inversión en términos de mano de obra se obtuvieran importantes resultados.

Entre los condimentos, es de notar el elevado consumo de ají entre peruanos y chilenos, haciendo honor a una tradición que se remonta a tiempos prehispánicos. En el caso peruano era el componente principal de los numerosos platos agrupados bajo el nombre genérico de picantes y lo extendido de su consumo es atestiguado por el gran número de picanterías existentes en la ciudad. Sobre la calidad de algunos de estos locales habla Middendorf, quien destaca como «el extranjero se familiariza no pocas veces con el ají (Middendorf, 1973[1893], p. 138). Junto con el ají se hacía gran uso de los ajos y, como base de toda preparación, la manteca de cerdo. Esta última era casi la única grasa empleada en la cocina (Stevenson, 1825, p. 365). También se conocía el aceite de oliva, pero su producción era más bien limitada. La mantequilla tenía un costo comparativamente mucho mayor, por ejemplo, hacia 1898 la libra de mantequilla fresca valía 80 centavos (70 centavos la salada) en comparación con los 24 centavos de la libra de manteca del país (Cisneros & García, 1898, p. 164).

⁴ «Los frijoles rojos se cultivan mucho en Brasil y Chile: en este último país son más importantes que el maíz y constituyen uno de los principales artículos comestibles en las clases más bajas: algunas variedades son de sabor extraordinario». (Traducción del editor.)

En Chile se pueden encontrar descripciones semejantes sobre el uso abundante del ají. Tal costumbre estaba muy extendida en la región andina, y se encuentran descripciones de la misma en los viajeros que visitaron la región desde la conquista hasta por lo menos el siglo XIX. Según John Byron, otro de los náufragos del ya mentado HMS Wager: «Todo lo condimentan tan fuertemente sazonado con ají que los que no están acostumbrados a él sienten desde el primer bocado como un fuego que les queda abrasando el pecho más de una hora» (Byron, 1901, p. 138).

El abundante consumo de ají iba aparejado de un igualmente abundante consumo de chicha en ambos países. En el Perú, la chicha mantuvo su popularidad hacia fines del siglo XIX como elemento indispensable para aplacar los rigores del ají, pero junto con el guarapo y el aguardiente, licores de caña, fueron progresivamente relegados a los estratos medios y bajos de la sociedad (Fuentes, 1988[1867], p. 129-130). El vino era consumido mayormente por estratos medios y altos, estos últimos bien provisionados de productos importados. Así se mantenía una tradición vitivinícola que se remonta hasta el siglo XVI.

Ente las bebidas no alcohólicas, la más popular en el Chile y Perú de inicios del siglo XIX era la hierba mate. Esta era importada en grandes cantidades desde el otro lado de la cordillera de los Andes. Era consumida por todas las clases sociales varias veces al día, una costumbre que en diferentes grados se extendía por la mayor parte de la América del Sur hispana. Se convirtió también en prenda de ofrecimiento para visitantes foráneos, quienes no siempre quedaban encantados con tal invitación, no solo por el sabor de la misma sino por la forma en que era servida. Según Byron:

Hai la costumbre de tomar dos veces al dia el té del Paraguai, que, como ya he dicho, llaman mate: lo traen en una gran salvilla de plata, de lacual se levantan cuatro piés destinados a recibir una tacita hecha de un calabazo guarnecido de plata. Comienzan por echar la yerba en el calabazo, le agregan la azúcar que quieren i un poco de jugo de naranja; en seguida, le echan agua caliente, i lo beben por medio de una bombilla, que consiste en un largo tubo de plata, a cuyo extremo hai un colador redondo, que impide que se pase la yerba. I se tiene por una muestra de cortesía que la señora chupe primero unas dos o tres veces la bombilla i que en seguida se la sirva sin limpiarla al convidado (Byron, 1901, pp. 137-138).

Además del mate era extenso el consumo de chocolate, en particular en el Perú, hacia donde se le traía tanto del Cuzco y Bolivia como de Guayaquil (Tschudi, 1847, p. 147). Este se consumía batido como sobremesa tras la comida. Como refresco se tomaban horchatas, tisanas y helados, expendidos por vendedores ambulantes. Hacia fines del siglo estos se encontraban en proceso de desaparición, fenómeno que contrastaba con el auge de cafés y heladerías. En todo tiempo y ocasión se tomaban grandes cantidades de agua.

Tras la comida venían los postres, siendo particularmente conocida la fama de dulceros de los limeños, una tradición que se remontaba a la introducción de la caña de azúcar durante el período virreinal. La fabricación de dulces había alcanzado el grado de arte, cuyas cátedras se encontraban en los conventos de monjas (Descola, 1962, p. 141). A manera de postres más sencillos y baratos se consumía gran cantidad de frutas. La mayoría de fuentes coinciden en señalar las frutas más apreciadas: paltas, granadillas y, la reina del mundo vegetal, la chirimoya. Incluso Unanue la reconoce como la más grata de todas, aunque no la recomienda para personas de estómagos débiles (Unanue, 1940[1805], p. 75). Otras frutas empleadas eran la guayaba, la manzana, la tuna, las uvas, la lúcuma y el mango, por mencionar unas cuantas.

La debilidad por lo dulce era una herencia peninsular. En la España de los siglos XVI y XVII el azúcar reemplazó progresivamente a la miel como edulcorante principal y adquirió una amplia presencia en la comida española. No existía una separación tajante de lo dulce y lo salado, por lo que ambos sabores alternaban indistintamente en las comidas e incluso se combinaban en un mismo plato (Pérez Samper, 1998, p. 77). Estos usos se heredaron de la cocina árabe y judía, en la cual tienen su origen platos típicos de la cocina peruana de hoy en día, como el arroz con leche o el ají de gallina. En efecto, la preparación de arroz con leche y azúcar corresponde a una tradición oriental; se encuentran recetas similares a las modernas en recetarios de la España morisca como el *Kitab al-Tabij*, que data del siglo XIII (Rosenberger, 1996, p. 37). Por su parte, el ají de gallina tiene su origen en el manjar blanco, preparación hecha con gallina deshilachada, arroz y azúcar, que se ofrecía comúnmente en los conventos de la Lima colonial, solo que la pasión andina por lo picante terminó por convertir el dulce en el potaje actual. Este manjar blanco aparece ya en el recetario catalán *Sent Sovi* de inicios del siglo XIV y tiene sus raíces probables en la harisa, un plato de la cocina árabe elaborado con algún cereal en pequeños grumos y carne picada (Gázquez Ortiz, 2002, p. 91).

En suma, en Chile y el Perú se consolidó una tradición culinaria durante el período colonial en la que confluyeron ideas, ingredientes y preparaciones del Viejo y el Nuevo Mundo. En ambos países se puede encontrar evidencias del fuerte arraigo de las costumbres españolas, como el consumo de pan y vino o la preparación de «ollas», pero también de costumbres andinas, como el extenso uso del ají y la chicha. Lo interesante es que esto se hizo en un contexto de abundancia, pues en estos extensos países la población era aún escasa y los recursos de la naturaleza aparentemente ilimitados, por lo que los precios de los alimentos eran bajos. Gracias a este contexto favorable se redujeron considerablemente las desigualdades culinarias entre ricos y pobres. Como anotaba Middendorf, «ricos y pobres consumen más o menos

los mismos platos, que solo se diferenciaban por la preparación más cuidadosa» (Middendorf, 1973[1893], p. 177). Las diferencias entre las comidas de las élites y las del común eran más de grado que de fondo.

Pero Chile y el Perú no solo compartían una tradición culinaria común; también conformaron un binomio complementario en lo alimenticio. Hasta el siglo XVII, el comercio entre los dos países había sido más bien limitado. Sin embargo, a finales de ese siglo la producción de trigo en la costa central peruana entró en declive. La explicación tradicional para este cambio es que el terremoto de 1687 de alguna manera alteró los suelos perjudicando a esta planta. Parece más probable pensar que el trigo fue reemplazado por cultivos con mayores márgenes de ganancia como la caña de azúcar, la alfalfa para el ganado o el sembrío de maíz, asociado a la crianza de cerdos (Burga, 1987). Sea cual fuera la causa, para el abastecimiento de trigo a las panaderías de Lima se recurrió al grano chileno, al punto que se generó un boom en la navegación entre Valparaíso y el Callao. Al volver para Chile los barcos llevaban telas y, lo que es más importante para nuestra investigación, gran cantidad de azúcar (Schlöpman, 2006, p. 41). La fortaleza de esta relación fue tal que durante la primera mitad del siglo XIX sucesivos gobiernos peruanos se resistieron por todos los medios a ceder a las presiones de los Estados Unidos de convertirse en el nuevo abastecedor de harinas de ese país (Gootenberg, 1989).

EL MUNDO DE LAS IDEAS

Tan importante como lo que se come son las costumbres alrededor de la mesa, es decir los ritos y tradiciones en torno a la alimentación. Quizás la que más llame la atención en ambos países era la costumbre de comer con las manos, predominante durante todo el periodo colonial e inicios de la República. Esta era una costumbre particularmente chocante para los visitantes europeos. En la cena de Mary Graham con su vecina arriba descrita, la autora narra cómo «El primer guiso que apareció fue una pequeña fuente de barro que contenía médula cocida, invitándonos a untar en él el pan que a cada cual se le había dado; la anciana señora dió el ejemplo y aun llegó a pasarle con sus dedos unos pedacitos bien sopeados a miss H., que trató de pasárselos a un perrillo que estaba detrás de ella» (Graham, 1916, pp. 204-205).

Tal costumbre no se limitaba a los aperitivos sino que se extendía a otros platos como el charquicán ya mencionado:

La dueña de casa comenzó inmediatamente a comer en la fuente con los dedos, invitándonos a que hicieramos lo mismo; pero una de sus hijas nos trajo a cada una un plato y un tenedor, diciendo que ella sabia esa era la costumbre nuestra.

Esto no obstante, la buena señora persistió en ponernos en el plato los pedazos más delicados con su pulgar e índice (Graham, 1916, p. 251).

Si esto ocurría en el Chile de comienzos del siglo XIX otro tanto pasaba en el Perú de fines del XVIII. De acuerdo con el autor del poemario satírico Lima por dentro y por fuera:

*Que para comer se meten
Hasta el gaznate los dedos,
Todos untados de grasa
Y de ají que es el pimiento
Que al acabar la comida
(Donde el vino es sacrilegio)
Los dedos todos se limpian,
En el pan que están comiendo.
Que lo arrojan en la mesa
En la que se mira un cerro
De pelotones de pan
Asqueroso, sucio y puerco
Que allí empiezan los cariños
Y los amantes afectos,
Tirándote las pelotas
Del pan pintado y grasiento (Terralla y Landa, 2012[1798], pp. 48-49).*

Acá nuevamente se tienen los síntomas manifiestos de una herencia medieval. En aquella época era costumbre extendida comer de platos comunes y beber de vasos comunes. Cuchillos y cucharas daban vueltas por la mesa pero solo como instrumentos para servir, pues cada quien usaba los dedos para llevarse la comida a la boca y todos metían panes y carne en los recipientes para salsas. Fue recién en los siglos XVI y XVII cuando comenzó a extenderse el uso de cubiertos individuales (Flandrin, 1990, p. 268).

La costumbre de comer con las manos representa una clara continuidad con las tradiciones más antiguas del comer entre los seres humanos. El uso de cubiertos individuales recién se popularizó en Europa durante la Edad Moderna, de manera que lo que llegó a las Américas fue la impronta de la sociedad hispana medieval. En este contexto cultural, la invitación a beber de un mismo vaso o a comer de lo que uno come era considerada un gesto de extrema cortesía y rechazarlo un desprecio inaceptable. De ahí también la extendida costumbre de enviar bocaditos a los invitados

que uno quería agradecer durante la comida. En el caso chileno, esta es descrita por uno de los náufragos del HMS Wager:

I hay, ademas, la costumbre de que a la hora de comer se le presenten a uno dos o tres mulatillas, trayéndole en una bandejita de plata alguno de esos guisos pican-tísimos, con un recado de Doña Fulana, que desea que uno coma un bocadito de lo que ella le manda; i hai que comérselo delante de la mulata, por mas que la mesa sea abundante, porque de lo contrario sería hacerle un gran desaire (Byron, 1901, p. 138).

Lo mismo ocurría aún en las mesas peruanas, según lo cuenta Flora Tristán para el caso de Arequipa:

Es de buen tono hacer pasar en el extremo del tenedor un pedazo tomada de su plato a las personas a quienes se quiere hacer una cortesía. Los europeos se han rebelado de tal modo contra esta costumbre que ahora cae en desuso. Pero hace solo algunos años los pedazos de olla, de pescado, de alas de pollo, goteando salsa, circulaban alrededor de la mesa, llevados por los esclavos en la punta de los tenedores (Tristán, 2003, p. 282)

A diferencia de los horarios, otras costumbres se revelaron profundamente arraigadas. De particular interés son las creencias acerca de las propiedades de los distintos tipos de alimentos y las formas en que estos debían ser cocinados. Ya se ha discutido el enorme valor nutritivo atribuido a la carne vacuna. Además, los limeños estimaban indispensable tomar agua pura al finalizar la comida, pero para hacerlo creían necesario consumir antes dulces, como una saludable recomendación dietética (Tschudi, 1847, p. 149). Estas ideas acerca de los alimentos, que aparecían exóticas a los ojos de viajeros extranjeros, formaban parte de una tradición culinaria común en la mayor parte del mundo hacia el siglo XVI, pero en pleno retroceso para el XIX. Se basaba en la clasificación de las comidas en frías o calientes y húmedas o secas, conformando polos opuestos (Laudan, 2000). Los orígenes de estas ideas se remontan a los trabajos de la escuela hipocrática en la Grecia Clásica, sistematizados por el famoso doctor romano Galeno en el siglo II d.C. y preservados tras las invasiones bárbaras en el mundo islámico y finalmente reintroducidas en Europa hacia el siglo XII.

En la práctica, las ideas sobre oposiciones entre grupos de alimentos se plasman en prácticas culinarias extrañas a un paladar moderno. El objetivo era obtener una comida balanceada en la que no predominara ninguno de los extremos, sino que se asemejara a la naturaleza del cuerpo humano, ligeramente caliente y ligeramente húmedo. Alimentos como el azúcar y las almendras eran los que más se aproximaban a esta tipología, por lo que eran tenidos en gran estima. En cuanto a los demás, debían emplearse en mezclas que los aproximaran a este ideal; en cambio,

aquellas que no lo hicieren, eran evitadas. Estas creencias se extinguieron en Europa Occidental hacia la segunda mitad del siglo XVII, a medida que se difundían las ideas de Paracelso, médico germano del siglo XVI, las cuales revalorizaron el valor de alimentos como los vegetales, frutas, aceites y carnes en detrimento del azúcar y del uso masivo de especias. Las nuevas nociones se expandieron de la mano de los colonialismos franceses e ingleses pero pervivieron por largo tiempo en el mundo islámico y en Latinoamérica.

En el Perú, las ideas culinarias anteriores a Paracelso arribaron junto con la conquista hispana y aún se encontraban en vigencia en pleno siglo XIX. Tschudi escribía que «los peruanos tienen extraños perjuicios sobre la comida. En su opinión, cada alimento es caliente o frío y está en contraste con otro, se opone» (Tschudi, 1847, p. 149). El vino era igualmente tratado para adecuarlo a las teorías de lo frío y caliente, por lo menos en el caso del tinto, pues por ser este normalmente frío y seco se le combinaba con especias y azúcar para balancearlo en un preparado denominado hipocrás. Este era una bebida común en cortes como la inglesa hacia el siglo XVII y existen referencias a su fama entre los limeños hasta bien avanzado el siglo XIX (Olivas Weston, 1999, p. 66). Una bebida similar consumida en gran cantidad por los limeños era el ante con ante, compuesto de vino, almendras, jarabe, canela, limón y rodajas de fruta. La cocina criolla revela así influencia de antiguos cánones culinarios, llegados a través de la conquista. El cambio en este sistema de creencias llegó en el último tercio del siglo XIX, cuando se empiezan a difundir las nuevas ideas sobre la nutrición (Olivas Weston, 1999, pp. 53-54). Entonces aparece la palabra colesterol, se intenta reducir el consumo de azúcar y carne para aumentar el de las ensaladas, pero aún entonces estas novedades solo influyeron a grupos sociales reducidos.

LA IRRUPCIÓN DE LA MODERNIDAD

Esta tradición culinaria colonial experimentó un quiebre tanto en Chile como en Perú durante el siglo XIX con el desarrollo de una cocina de élite a imitación de Francia e Inglaterra y en contraposición a la cocina popular de raigambre española y andina. Este cambio se dio en el marco del esfuerzo de clases altas y medias por adoptar formas de vida que los diferenciaban de las masas populares desde inicios del siglo. En toda Latinoamérica, la emancipación trajo consigo la necesidad de crear una realidad diferente a la española. Los criollos dejaban de ser los «españoles» de la sociedad para convertirse en «peruanos», «argentinos» o «chilenos» y en esta búsqueda de una identidad nacional tenían dos alternativas: o mirar a las masas populares a las que creían inferiores, o imitar a Inglaterra y Francia, países que por entonces eran los centros mundiales de la cultura y las finanzas (Bauer, 2001, pp. 150-152). No es necesario elucubrar mucho para notar que optaron por la segunda opción.

El tránsito hacia nuevas formas culinarias se inició primero en Chile, durante la emancipación, pues este acontecimiento llevó a una verdadera inundación de extranjeros y mercancías europeas, en particular, británicas. La transformación fue más bien abrupta, pues todavía para 1822 Lafond de Lurcy señalaba que las costumbres culinarias francesas o inglesas eran raras en Chile:

La cena en Santiago i el almuerzo son ligeros i se componen de fruta i del chocolate indispensable a todo español. Rara vez se sirve café o té, excepto en las casas donde se observan las costumbres inglesas o francesas. El café no se toma sino después de comer (Lafond de Lurcy, 1911[1853], p. 38).

Sin embargo, un par de años después el viajero alemán Schmidtmeier señalaba que ya era clara la imitación de las costumbres europeas entre las clases altas:

The principal families of Chile very readily admit, in their dress and furniture, the last fashions of Europe with which they are made acquainted, when importations from thence or from Asia, and their fortune, afford the mean to adopt them; so that in parties and public exhibitions, the difference between their appearance and what I had left in Europe, was not so considerable as I had expected to find it (Schmidtmeier, 1824, p. 237)⁵.

Este cambio se explica por el influjo de inmigrantes foráneos, en particular ingleses y franceses. El propio Lafond señala como Valparaíso había aumentado rápidamente de población en tan solo un par de décadas, ahora con un importante componente extranjero:

En 1822 la población de Valparaíso que desde hace veinte años ha aumentado en la mitad, se eleva a 15 o 17 000 habitantes de los cuales había 3000 extranjeros. De éstos, los ingleses i los americanos formaban mas de las tres cuartas partes, el resto se componía de algunos españoles, italianos, alemanes, portugueses i franceses. Hai en la ciudad algunas malas tabernas, dos cafés i un pequeño hotel inglés, el único donde puede uno hospedarse cómodamente. El mercado estaba abundantemente provisto de carne, pescado, aves, legumbres i frutas de todas clases (Lafond de Lurcy, 1911[1853], p. 22).

Es claro entonces que la emancipación representó la ocasión para el inicio de un proceso de europeización en el cual las clases privilegiadas se fueron diferenciando gradualmente de los sectores populares. De acuerdo con un oficial de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, William S. W. Ruschenberger, que visitó Chile

⁵ «Las principales familias de Chile acogen con entusiasmo, en su vestimenta y decoración, la última moda europea que se les presente, cuando las importaciones desde Europa o Asia y sus fortunas les permiten los medios para adoptarlas. Así, en fiestas y eventos públicos, la diferencia entre sus apariencias y aquellas que dejé en Europa, no era tan considerable como lo había esperado». (Traducción del editor.)

entre 1831 y 1832, antes de la revolución todas las clases tomaban mate pero luego de esta su consumo quedó restringido a las «ancianas», mientras que los jóvenes de «gusto más exigente» preferían el té de China (Rojas Piña, 1963, pp. 176-177).

En suma, los chilenos de clase alta se hicieron «semi-europeos» con el proceso de emancipación (Donoso, 2009, p. 91). Pero este proceso de diferenciación fue gradual y prolongado en el tiempo, por cuanto las condiciones detalladas por Goody como necesarias para el surgimiento de una alta cocina tomaron muchos años en aparecer. Para esta época recién se empieza la diferenciación en función a la copia de las costumbres inglesas pero es recién en la segunda mitad del siglo o incluso a fines del mismo, que las diferencias son suficientemente grandes para hablar de un rompimiento de la tradición cultural colonial y su remplazo por un intento de las clases dominantes por controlar lo que veían como exuberancia y exceso popular (Salinas, 2006). Para mayor abundancia se puede citar el menú ofrecido en la recepción en honor a las delegaciones extranjeras celebrada en el Palacio de La Moneda con ocasión del centenario de la independencia, el 17 de setiembre de 1910:

Caviar en block
Potaje Gentilhomme
Langouste Bordelaise
Croustade Périgueux
Selles d'Agneau boutquetière
Punch a la Romaine
Dindon Roti
Salade
Asperge au Beurre
Croutes aux fruits
Bombes Chantilly
Fruits
Café
Champagne
Vinos: Cordon Rouge (1904)
St. Marceaux (1904)
 (Reyes del Villar, 2007, p. 87).

En este menú pueden apreciarse varios ejemplos de lo que por entonces era la culinaria moderna francesa con un claro predominio de las salsas, por ejemplo, la Perigueux hecha con trufas o la Bordelaise con vino tinto. Otro tanto puede decirse de los postres o el *Punch a la Romaine*, bebida que se usaba a mitad de comida para reabrir el apetito gracias a su sabor ácido y fresco.

En el caso del Perú, la adopción de las modas europeas tomó más tiempo, en buena parte debido a la profunda inestabilidad económica y política del país durante la primera mitad del siglo XIX. Aun así, para la década de 1830, Flora Tristán ya podía afirmar lo siguiente sobre la sociedad arequipeña:

Desde hace cuatro o cinco años se han operado grandes cambios en los usos y costumbres del Perú. La moda de París va tomando el cetro y no quedan sino algunas ricas y antiguas familias que se muestran rebeldes a su imperio: viejos árboles a los que la savia abandona y subsisten todavía, como los calabozos de la inquisición, para indicar el punto del que se ha principiado. Las costumbres de las clases altas no difieren en nada de las de Europa (Tristán, 2003, pp. 286-287).

La real consolidación de este proceso llegó a mediados de esta centuria gracias a las ingentes riquezas generadas por el boom guanero. Los nuevos recursos financiaron una rápida alza en las importaciones, tal como se puede ver en el cuadro siguiente:

Años	Importaciones	Participación francesa
1835-1839	73,7	10,2
1840-1844	100,0	14,0
1845-1849	137,7	24,6
1850-1854	216,7	37,3
1850-1854	276,4	48,5

Fuente: Gootenberg, 1917, p. 319.

Destaca el creciente porcentaje copado por las importaciones francesas, pues estas son un buen indicador de la proporción de bienes suntuarios sobre el total. Sin embargo, el proceso de adopción de los usos europeos por parte de la élite se vio interrumpido en la década de 1870 por la crisis económica y la guerra del Pacífico. En el campo de la alimentación, la comida criolla aún mantenía un lugar preponderante, a pesar de que ya Manuel Atanasio Fuentes se quejaba de la introducción de la moda francesa en los convites (Fuentes, 1988[1867], p. 125). Donde sí se apreciaba un claro cambio para los años sesenta y setenta era en la difusión de los buenos modales, en la cual tuvo un papel clave el conocido *Manual de urbanidad y buenas maneras* de Manuel Antonio Carreño (Bauer, 2001, p. 134). Esta obra, publicada inicialmente en 1853, alcanzó un pronto éxito editorial debido a que colmó el deseo de autoafirmación de la «gente decente» en oposición a la «gente del pueblo». Los primeros incluían las clases altas y los sectores medios que buscaban imitarlas, los otros eran la plebe (Parker, 1992, p. 53). Por tanto, para este sector social, el cambio parece haber llegado primero a las formas de comer que a la comida misma.

Tras la Guerra del Pacífico se inició la reconstrucción del país, la cual para finales del siglo había logrado darle una nueva estabilidad e iniciado el desarrollo de una economía de exportación basada en el algodón, el azúcar, los minerales y las lanas. Los sectores burgueses vinculados a esta economía se sentían parte de una burguesía occidental caracterizada como moderna (Bauer, 1999, p. 477). Las décadas finales del siglo XIX estuvieron marcadas por el furor por lo europeo y, en particular, por lo francés, pues la cultura de la *Belle Époque* ejercía una enorme fascinación sobre estas clases.

La comida de la «gente decente» se transformó bajo este influjo. Una forma de rastrear su progresión es a través de los menús servidos en los banquetes. Manuel Atanasio Fuentes describe la comida de los grandes festines criollos de su tiempo de la manera siguiente: «sopa teóloga, puchero, pato en queregue; pavo relleno; gallinas asadas; torrejas; carapulcra; almendrado; pichones y ocho o diez platos más» (Fuentes, 1988[1867], p. 126). En el banquete ofrecido a Miguel Grau en el Club Nacional para celebrar sus éxitos en la guerra del Pacífico (21 de junio de 1879) ya existía un fuerte componente francés y el propio menú estaba escrito en una mezcla de francés y español. Al lado de platos típicos de la culinaria francesa como la sopa Colbert todavía se conservaban varios ejemplos de la cocina criolla como las papas a la huancaína y la macedonia de frutas. Esta es todavía una etapa intermedia en la que se adopta por una cocina mixta, mezcla de tradiciones nativas y foráneas.

Hacia fines del siglo XIX, los banquetes ya habían tomado un carácter decididamente afrancesado, haciendo pocas concesiones a las tradiciones locales. Un ejemplo de ello es el menú de un banquete ofrecido a Manuel Candamo en el Club Nacional con motivo de su elección como presidente de la República el 25 de agosto de 1903. En este caso, el menú está escrito completamente en francés y de todos los platillos listados, el único que recuerda a los antiguos banquetes criollos es el último: *Fruits de la saison*, frutas de la estación. Esta penetración de las costumbres foráneas en la comida se dio incluso en la alimentación diaria. Claro que eran raros los hogares que pudiesen tener este tipo de cenas gourmet a diario, pero aún así, un testimonio de la época menciona cómo «La antigua cocina criolla [...] ha sido reemplazada por una cocina híbrida, mezcla de guisos extranjeros» (Cisneros, 1911, p. 285). La situación peruana no era única, por el contrario, la segunda mitad del siglo XIX fue el momento en que la cocina francesa alcanzó fama universal. En ello jugó un rol fundamental la situación de predominio global alcanzada por Gran Bretaña, pues este país tenía en Francia su modelo culinario por excelencia (Goody, 1998, pp. 131-132). Gracias a ello, lo francés se convirtió en el estándar internacional del consumo burgués, infaltable en los principales hoteles y restaurantes de todo el mundo.

De esta manera, para el cambio de siglo ya se había consolidado en Chile y el Perú una cocina de diferenciada para los estratos superiores de la sociedad. Esta había sido posible gracias al grado de globalización que promovieron los avances tecnológicos del siglo XIX. Europa estaba más cerca de Lima y Santiago que nunca, por lo que era sencillo conseguir productos antes considerados lujosos. Si bien se ha hablado de cómo eran las clases acomodadas las que podían costear el modo de vida europeo, este período también fue testigo de la masificación de los productos alimentarios, gracias a la revolución industrial. Revisando periódicos y revistas de la época, es fácil encontrarse con avisos comerciales de venta de productos enlatados. La industrialización permitía la fabricación masiva de objetos de consumo y tendió a crear en el campo de los alimentos productos de aceptación universal que a menudo desplazaron la producción local. Si bien ejemplos como la leche condensada, la salsa de tomate o el pescado en conserva recién se popularizaron en el mercado peruano en la década de 1930 e incluso 1940, ya se encontraban presentes a inicios de siglo XX.

CONCLUSIONES

Tras este breve y necesariamente incompleto recorrido por la historia culinaria de Chile y el Perú vale la pena insistir sobre las fuertes semejanzas entre ambas tradiciones gastronómicas. Ambas tienen un origen común en el mundo andino, en el cual una variada oferta medioambiental permitió el aprovechamiento de una amplia gama de plantas y animales. De estos, destaca por su importancia social el maíz para la elaboración de chicha y el ají como componente esencial de todo platillo. Aún en el siglo XIX, trescientos años después de la conquista, los viajeros que recorrían estas tierras indefectiblemente anotaban el aguzado gusto por lo picante y el extendido consumo de la cerveza de maíz en los dos países.

Con la conquista se produjo un influjo de nuevas tradiciones y productos alimentarios que lograron adaptarse con facilidad a las nuevas tierras. Esta cultura gastronómica no correspondía a la de la Europa moderna que recién eclosionaba sino a la de la Baja Edad Media y, en particular, a la conjunción de tradiciones romanas, germanas y árabe-judías que fue el medioevo en la Península Ibérica. Así se implantó en Chile y el Perú la olla española como plato principal y el consumo del pan como alimento esencial pero también costumbres como la de enviar bocaditos en la mesa a quienes se quería agradecer. Tales tradiciones se asentaron en la América y combinadas con la herencia andina ya discutida conformaron un panorama culinario muy diferente al que por entonces se desarrollaba en Europa. Así, cuando en el siglo XIX la independencia abrió la región a un fuerte influjo de viajeros franceses e ingleses, estos se mostraron a menudo extrañados por las cosas que veían en la mesa y en sus platos.

Pero fue justamente la independencia la que abrió América del Sur a la influencia material de la Europa Occidental, en particular, después de que se superaron la inestabilidad económica y política de los años iniciales. Francia se convirtió en el modelo a seguir en la mesa para las élites de Lima y Santiago, de manera que se creó un abismo culinario entre estas y las clases populares, que mantuvieron las tradiciones culinarias coloniales. No debe sorprender que para cuando terminaba el siglo XIX los menús de las cenas de sociedad se escribieran en francés y contenían platos que se pueden encontrar en el recetario *Le guide culinaire* (1903) del famoso chef francés Auguste Escoffier. Así, en tradición y evolución las gastronomías de Chile y el Perú siguieron las trayectorias paralelas propias de países hermanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauer, Arnold (1999). *La cultura material*. En Carmagnani, Alicia Hernández y Ruggiero Romano (eds.), *Para una historia de América* (vol. I, pp. 404-497). México DF: El Colegio de México, FCE.
- Bauer, Arnold (2001). *Goods, power, history: Latin America's material culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bray, Tamara (2003). To Dine Splendidly: Imperial Pottery, Commensal Politics and the Inca State. En Tamara Bray (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires* (pp. 93-142). Nueva York: Kluwer, Plenum.
- Brier, Robert & Hoyt Hobb (2008). *Daily Life of the Ancient Egyptians*. Segunda edición. Westport, Conn: Greenwood.
- Burga, Manuel (1987). El Perú central, 1770-1860: disparidades regionales y la primera crisis agrícola republicana. *Revista Peruana de Ciencias Sociales*, 1(1), 5-69.
- Byron, John (1901). *Relato del honorable John Byron, comodoro de la última expedición alrededor del mundo*. Santiago: Cervantes.
- Campbell, Alexander (2012[1747]). *The sequel to Bulkeley and Cummins's voyage to the South-seas*. Charleston: Bibliobazaar.
- Cieza de León, Pedro de (1995[1553]). *Crónica del Perú. Primera Parte*. Tercera edición. Lima: Academia Nacional de Historia, Fondo Editorial de la PUCP.
- Cisneros, Carlos & Rómulo García (1898). *Guía del viajero: Callao, Lima y sus alrededores*. Lima: Imprenta del Estado.
- Cobo, Bernabé (1964[1653]). *Historia del Nuevo Mundo*. En Francisco Mateos (ed.), *Obras del P. Bernabé Cobo* (vol. II, pp. 1-276). Madrid: Atlas.
- Dávalos y Lissón, Ricardo (1925). *Lima de antaño: cuentos y tradiciones, críticas literarias, artículos de costumbres y de índole narrativa, seguidos de un ensayo sobre la literatura colonial del Perú*. Segunda edición. Barcelona: Montaner y Simón.

- Descola, Jean (1962). *La vida cotidiana en el Perú en tiempos de los españoles, 1710-1820*. Buenos Aires: Hachette.
- Donoso, Karen (2009). «Fue famosa la chingana...». Diversión popular y cultura nacional en Santiago de Chile, 1820-1840. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 13, 87-119.
- Flandrin, Jean-Louis (1990). *La distinción a través del gusto*. En Philippe Ariès y Georges Duby (eds.), *Historia de la vida privada* (vol. V, pp. 267-309). Buenos Aires: Taurus.
- Fuentes, Manuel Atanasio (1988[1867]). *Lima: apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. Lima: Fondo del Libro, Banco Industrial del Perú.
- Gálvez, José (1947). *Una Lima que se va*. Segunda edición. Lima: PTCM.
- Gázquez Ortiz, Antonio (2002). *La cocina en tiempos del Arcipreste de Hita*. Madrid: Alianza.
- Goldstein, Paul (2003). From Stew-Eaters to Maize-Drinkers: The Chicha Economy and the Tiawanaku Expansion. En Tamara Bray (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting in Early States and Empires* (pp. 143-172). Nueva York: Kluwer, Plenum.
- Goody, Jack (1998). *Food and Love. A Cultural History of East and West*. Londres: Verso.
- Goody, Jack (1995). *Cocina, cuisine y clase*. Barcelona: Gedisa.
- Gootenberg, Paul (1997). *Caudillos y comerciantes. La formación económica del estado peruano 1820-1860*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.
- Gootenberg, Paul (1989). *Tejidos y harinas, corazones y mentes: el imperialismo norteamericano del libre comercio en el Perú 1825-1840*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Graham, Mary (1916). *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. Madrid: América.
- Lafond de Lurcy, Gabriel (1911[1853]). *Viaje a Chile*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Laudan, Rachel (2000). Birth of the Modern Diet. *Scientific American* 283(2), 76-81.
- Lovera, José Rafael (1999). *Alimentación e historia en la Venezuela colonial: el caso de los panes*. En Marcelo Carmagnani, Alicia Hernández y Ruggiero Romano (eds.), *Para una historia de América* (vol. III, pp. 73-97). México DF: El Colegio de México, FCE.
- Mejía, Adán Felipe (1959[1946-1947]). *Ayer y hoy*. Lima: Tawantinsuyo.
- Meneses, Claudio, Rosario Olivas, Carlos Raffo, Bernardo Roca Rey & Raúl Vargas (1994). La cocina peruana. *Hueso Húmero*, 30, 71-104.
- Middendorf, Ernst (1973[1893]). *Perú: Observaciones y estudios sobre el país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Vol. I. Lima: Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la UNMSM.
- Olivas Weston, Rosario (1999). *La cocina cotidiana y festiva de los limeños en el siglo XIX*. Lima: Escuela Profesional de Turismo y Hotelería de la USMP.

- Parker, David (1992). White-Collar Lima, 1910-1929: Commercial Employees and the Rise of the Peruvian Middle Class. *Hispanic American Historical Review*, 72(1), 47-72.
- Pearsall, Deborah (2008). Plant Domestication and the Shift to Agriculture in the Andes. En William Isbell y Helaine Silverman (eds.), *Handbook of South American Archaeology* (pp. 105-120). Nueva York: Springer.
- Pérez Samper, María de los Ángeles (1998). *La alimentación en la España del Siglo de Oro*. Huesca: La Val de Onsera.
- Portal, Ismael (1919). *Cosas limeñas: historia y costumbres*. Lima: Empresa Tipográfica Unión.
- Reyes del Villar, Soledad (2007). *El centenario de Chile (1910): relato de una fiesta*. Santiago: Globo.
- Rojas Piña, Benjamín (1963). *La sociedad y la educación de Chile según los viajeros del periodo 1740-1850*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Rosenberger, Bernard (1996). Dietética y cocina en el mundo musulmán occidental según el Kitab al-tabij, recetario de la época almohade. En Antono Garrido Aranda (ed.), *Cultura alimentaria Andalucía-América* (pp. 13-55). México: UNAM.
- Ruiz Zevallos, Augusto (2000). Mentalidades y vida cotidiana (1850-1950). En *Historia del Perú Lexus*. Barcelona: Lexus.
- Salinas, Maximiliano (2006). *Comida, música y humor. La desbordada vida popular*. En Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (eds.), *Historia de la vida privada en Chile* (vol. II, pp. 84-117). Santiago de Chile: Taurus.
- Sandweiss, Daniel (2008). Early Fishing Societies in Western South America. En William Isbell y Helaine Silverman (eds.), *Handbook of South American Archaeology* (pp. 145-156). Nueva York: Springer.
- Schlüpmann, Jakob (2006). *Cartas edificantes sobre el comercio y la navegación entre Perú y Chile a comienzos del siglo XVIII*. Lima: BCR, Embajada de Francia en el Perú, IFEA, IEP.
- Schmidtmeier, Peter (1824). *Travels into Chile over the Andes in the years 1820 and 1821: with some sketches of the productions and agriculture*. Disponible en http://www.memoria-chilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0051707 (último acceso: 15 de julio de 2012).
- Stahl, Peter (2008). Animal Domestication in South America. En William Isbell y Helaine Silverman (eds.), *Handbook of South American Archaeology* (pp. 121-130). Nueva York: Springer.
- Stevenson, William Bennet (1825). *A historical and descriptive narrative of twenty years' residence in South America: containing the travels in Arauco, Chile, Peru, and Colombia; with an account of the revolution, its rise, progress, and results*. Londres: Hurst, Robinson & Co.

- Terralla y Landa, Esteban de (2012[1798]). *Lima por dentro y por fuera*. Valladolid: Maxtor.
- Tristán, Flora (2003). *Peregrinaciones de una paria*. Lima: UNMSM, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Tschudi, Johann Jacob von (1847). *Travels in Peru, during the years 1838-1842*. Londres: David Bogue.
- Ugent, Donald, Tom Dillehay & Carlos Ramírez (1987). Potato remains from a late pleistocene settlement in southcentral Chile. *Economic Botany* 41(1), 17-27.
- Unanue, Hipólito (1940[1805]). *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial, el hombre*. Lima: Comisión Peruana de Cooperación Intelectual.
- Vancouver, George (1902). *Viaje a Valparaiso i Santiago*. Santiago de Chile: Imprenta Mejma.

SEGUNDA PARTE
HISTORIAS DE TARAPACÁ Y DE LA FRONTERA

GUILLERMO BILLINGHURST EN TARAPACÁ: LA PRIMAVERA DE UN INTELLECTUAL, EL OTOÑO DE UN PRESIDENTE

Sergio González Miranda¹
Osmar Gonzales Alvarado²

INTRODUCCIÓN

Decir «Guillermo Billinghurst en Tarapacá» parece un contrasentido, porque en realidad nunca fue una visita en esta provincia. Incluso en los momentos cuando sus altos cargos políticos le exigían dedicación exclusiva en Lima encontró las fórmulas de estar presente en su tierra, controlar sus empresas y compartir con sus amigos. Una de esas fórmulas fue detentar los cargos de diputado, de cónsul general del Perú y presidente del cuerpo diplomático, pero su presencia en Iquique fue siempre vista como la de un ilustre vecino que participaba en comisiones diversas de bien común. Por ejemplo, formó parte de la Junta Administradora del Liceo de niñas de la ciudad, también de la Junta de Beneficiencia que se creó para recolectar fondos en pos de la construcción de un nuevo Hospital para Iquique. Cuando en enero de 1887 una epidemia de cólera asoló al puerto, el Círculo Científico y Literario Ateneo se preparó para reunir recursos y apoyar a los enfermos, la comisión estaba presidida por el secretario de ese Círculo: Guillermo Billinghurst Angulo.

Con Billinghurst vale la distinción: «ser de una región» versus «estar en una región». Decir «Guillermo Billinghurst en Tarapacá», sugiere que es un forastero y que «está» en la región y no que «es» de la región. Sin embargo, la identidad tarapaqueña

¹ Agradezco el apoyo de la historiadora Delfina González del Riego, quien me informó del paquete de cartas de Billinghurst existentes en la Biblioteca Nacional del Perú. Asimismo, al director de esta, Ramón Mujica Pinilla, por las facilidades brindadas que permitieron contar con esas cartas. Finalmente, a Cecilia Romero, que me apoyó en la transcripción de las mismas (Osmar González).

² Agradezco al Archivo Regional de la DIBAM, ubicado en la Biblioteca de la universidad Arturo Prat, por el acceso a las cartas personales de Guillermo Billinghurst y al Archivo de Intendencia de Tarapacá (Sergio González).

de Billinghurst fue indesmentible y a toda prueba, y pagó un costo alto por conservarla, especialmente entre los círculos oligárquicos limeños que siempre lo vieron precisamente como un extraño, un forastero, un provinciano, incluso un «achilenado» por su acento y porque, desde el malogrado Protocolo Billinghurst-Latorre, intentó solucionar el conflicto por las provincias de Tacna y Arica entre Perú y Chile. También se le acusó de «populista», perfil político que efectivamente tuvo, pero que hoy podríamos calificar de reformista y democrático en comparación con los actuales gobiernos populistas latinoamericanos.

Todos los calificativos que recibió Billinghurst en Lima fueron, quizás, una excusa para descalificar a un intelectual que no dudaba en su crítica a los círculos limeños desde el gobierno de Manuel Pardo en adelante. Recibió en cambio el apoyo y afecto de los gremios y sociedades mutualistas de la capital del Perú, porque vieron en él una luz de esperanza democratizadora en medio del régimen oligárquico peruano.

Billinghurst alcanzó el poder en el corazón del Perú, Lima, ciudad de la cual llegó a ser alcalde. Su lema para llegar a la presidencia fue «pan grande», y fue apoyado por organizaciones populares, lo que fue notoriamente incómodo para los partidos conservadores de la época. ¿Dónde se ubica a Billinghurst en el mapa político peruano? En Chile se podría comparar a Billinghurst con el Arturo Alessandri Palma de su primer mandato, pero cuando «el León de Tarapacá» llegó a Iquique para levantar su candidatura al senado en 1915, Billinghurst estaba viviendo sus últimos días, posiblemente en su casa de Pica, a unos cien kilómetros del puerto. Fue Alessandri quien se miró en Billinghurst, y no ocultó su admiración por el tarapaqueño.

A pesar de haber interrumpido su formación profesional, Billinghurst fue un ilustrado como pocos. Basadre dice: «Poseyó una cultura seria y variada, a pesar de no haber conocido las aulas universitarias. Su biblioteca fue una de las más ricas entre las de los personajes de aquella época», y agrega: «Había efectuado traducciones directas de algunos pasajes de diversas obras de Shakespeare, descontento con los textos en español y sin ánimo de publicarlas» (Basadre, 1968, XII, p. 223).

La cultura de Billinghurst no es independiente de Tarapacá. En los años de juventud de nuestro protagonista, el puerto de Iquique florecía con actividades, y llegaban los veleros desde los principales puertos del mundo, como Salaverry, Liverpool, Cape Town, New York, Yokohama, Surabaya, La Habana, San Francisco, Durban, Tacoma, Bilbao, Kobe, Hamburgo, Burdeos o La Haya. Iquique en la década de los años ochenta del siglo XIX comenzaba a disfrutar del auge económico que generaba el ciclo de expansión del nitrato, recibía inmigrantes venidos de Europa y Asia, mientras la pampa se llenaba de trabajadores bolivianos, peruanos y chilenos. Poco quedaba de ese puerto menor que vio llegar a la familia Billinghurst en la década de 1850.

En 1885, un viajero inglés, William Mac Coy F. Castle, nos habla de una urbe de 16 000 habitantes, con edificios importantes como

la catedral de la Inmaculada Concepción, la Estación de ferrocarril, los tres clubes existentes: el Iquique, el más antiguo, el Alemán y el Inglés, abierto en agosto de 1885; el Mercado, los Hospitales y la Compañía de Bomberos, la Aduana y Bancos, las Escuelas Públicas, entre las que destaca la Escuela Santa María, diseñada por don Eduardo Llanos quien también construyó la Prisión y el Cuartel de Policía (Bravo-Elizondo & González M., 1994, p. 31).

Esos años que precedieron al cambio del siglo XIX por el siglo XX más la década siguiente, fueron los más interesantes desde un punto de vista cultural. Iquique nunca más volverá a vivir —hasta nuestros días— un auge cultural similar aparejado de un cosmopolitismo en su sociedad y de un auge en su economía. Ya entrado el siglo XX, hacia 1904, Juan de Dios Ugarte Yavar nos dice que había en el puerto

centros de reunión de las diversas colonias, son los Clubes Sociales que llevan sus nombres: Unión (de la sociedad iquiqueña), Alemán, Inglés, Peruano, Italiano, Español, Slavo, Chino [...]. Hace quince años solo existía uno, el Club Iquique, que era Internacional [...], la aristocracia tiene establecida una Sociedad Filarmónica, formada por medio de acciones, donde san tertulias mensuales para los actuados y visitantes Posee un edificio propio situado en e la calle de Tarapacá. Muy bien construido, y cuyos salones se hallan lujosamente amoblados (Ugarte Yávar, 1904, p. 61).

Los patrones asistían al teatro municipal, ubicado frente a la Plaza de Armas, a ver óperas, zarzuelas, comedias, etcétera, mientras los obreros tenían un teatro-circo llamado Nacional, ubicado en la calle Vivar, entre Sargento Aldea y Latorre. La colonia inglesa tenía un club de Cricket y había quince equipos de fútbol. Para no ser menos, la clase obrera, añade Ugarte, «tiene también tres instituciones Filarmónicas: Filarmónica Internacional de Artesanos, Unión y Fraternidad de Obreros y Centro Filarmónico de la Juventud. Estas sociedades celebran academias dos veces por semana en las noches y bailes una vez al mes» (1904, p. 68).

Ese Iquique fue un imán para muchos cronistas, viajeros, científicos, empresarios, etcétera; entre todos ellos Billinghamurst siempre fue una figura destacada. Posiblemente la crónica más completa sobre la ciudad de esos años fue la publicada por Juan de Dios Ugarte Yavar, chileno, conocido con el seudónimo de J. de Duy, titulada Iquique, desde su fundación hasta nuestros días, y editada en la misma ciudad en 1904 por la Imprenta Bini e hijos. Una imagen abre este libro como un notorio reconocimiento al más destacado intelectual de la ciudad, donde se señala simplemente: «Señor G.E. Billinghamurst, geógrafo de Tarapacá». En Iquique nuestro

protagonista fue siempre, en primer lugar, un intelectual y, secundariamente, un político y empresario. En Lima, en cambio, fue sobre todo un político, secundariamente un empresario y, eventualmente, un intelectual.

A partir de 1914, cuando un golpe de estado lo desaloja de la presidencia del Perú, comenzó a tejerse un manto de olvido sobre su nombre, quedando su papel en la política del Perú borrado por el tiempo, mientras sus obras como geógrafo e historiador de Tarapacá eran cada vez más citadas y reconocidas por todos los especialistas nacionales y extranjeros.

Mientras Billinghurst estaba lejos de Lima, es decir, dejaba atrás su quehacer político y llegaba a Tarapacá, emergía el intelectual, el vecino, el amigo y el empresario. Aquí revisaremos todas sus facetas, intentado aproximarnos al tarapaqueño que las historias nacionales de Perú y Chile desconocen y, a través de ese acercamiento, comprender el porqué de su insistencia por hermanar a los pueblos de Perú y Chile.

La primavera de un intelectual

Infancia y juventud

Cuando era un niño y finalizaba la década de los años de 1850, Guillermo Eduardo Billinghurst Angulo se trasladó junto a sus padres desde el puerto de Arica al de Iquique. Esa decisión familiar fue clave, puesto que el viejo puerto de Potosí iniciaba su decadencia, mientras esa pequeña caleta, vinculada a la isla guanera de Cuadros y a la mina de plata de Huantajaya, comenzaba su desarrollo gracias al nitrato de soda. Iquique recibiría en esos años el título de «puerto mayor».

El hogar de los Billinghurst-Angulo estaba en el barrio de La Puntilla, ubicado justo frente a la bahía que se forma naturalmente entre la isla de Cuadros³ y el continente. Ese trozo de mar es conocido como patilliguaje o patiguaje. En La Puntilla se construyeron bellas casas pero también grandes bodegas para depósito de los sacos de salitre que llegaban desde el desierto. Los primeros muelles de embarque también se levantaron en esa playa, los dos primeros fueron erguidos durante el gobierno del Mariscal Ramón Castilla Marquezado, natural de Tarapacá, llamados de Smith y de Corssen⁴. No hay dudas de que el muelle de Smith era de propiedad de George Smith, un pionero del salitre que no solo construyó oficinas salitreras sino también fue un erudito en temas de geografía e historia. Quizás el joven Billinghurst vio en personajes como Smith un modelo a seguir. Además de realizar uno de los primeros

³ Posteriormente esta isla será conocida como Serrano y, desde la década de los años de 1920 fue unida al continente. Allí se encuentra el molo de abrigo del puerto de Iquique.

⁴ Habrá posteriormente otros muelles como los de Zayas, Grace, Granja, Gildemeister, San Jorge, Locket Bros., Buchanana Jones, Lagunas, Lucía, Primitiva, Gibbs, entre otros.

mapas de Tarapacá (encargado por el Mariscal Castilla), Smith realizó un estudio en 1826 sobre la provincia junto con el científico William Bollaert, que fue publicado por la Royal Geographical Society de Londres. Smith nos legó varios dibujos sobre Tarapacá, uno de ellos precisamente de Iquique, dibujado desde la isla de Cuadros, donde se puede observar La Puntilla. Este prohombre de Tarapacá, de origen inglés, falleció en su país natal un 28 de noviembre de 1870, cuando Billinghamurst solo tenía 19 años de edad, y es muy improbable que se hayan conocido.

Para el censo de 1866 Tarapacá tenía 3243 habitantes. En esos datos ya se puede observar la gran variedad de nacionalidades que componían esa población, entre las que figuraban como las tres más importantes la peruana, la chilena y la boliviana. Esta característica marcará todo el ciclo del salitre. Cabe señalar que la población chilena se ubicaba por entonces mayoritariamente en el puerto de Iquique, que para 1862 tenía 2485 habitantes. En el censo de 1876 ya alcanzaba la provincia los 38 226 pobladores, de los cuales 17 013 eran peruanos y 9664 chilenos, pero en Iquique los chilenos llegaban a 6048 y los peruanos a 4429. No es extraño, entonces, que el joven Billinghamurst adquiriera tempranamente el acento chileno en su forma de hablar, lo que en más de una ocasión sería comentado en los círculos oligárquicos de Lima, los mismos que se encargarían de cubrirlo con un manto de olvido en la historia contemporánea del Perú.

Para Guillermo Billinghamurst la presencia de los veleros en la rada de Iquique fue la postal habitual desde su casa de La Puntilla. Recordemos que las casonas iquiqueñas de entonces tenían todas miradores en sus techos para escrutar el movimiento de los *clippers* en la rada. Esa postal desaparecerá a las cinco de la tarde del 13 de agosto de 1868, cuando un terremoto —y posterior maremoto— destruyó la casa familiar y le quitó la vida a su padre. Guillermo Eduardo no vivió ese escenario de terror porque se encontraba en Valparaíso. La casa de los Billinghamurst se trasladaría a la calle Santa Rosa y Vigil, que después de la guerra del Pacífico pasaría a llamarse Esmeralda⁵. Estaba la nueva casa ubicada en una zona más alta y lejos del mar. Un 9 de mayo de 1877 otro sismo de mayor fuerza volvió a sacudir al puerto y también un tsunami inundaría sus costas.

Con la muerte de su padre, nuestro protagonista debió asumir a los 17 años la responsabilidad de toda su familia, compuesta por sus hermanos Celia y Roberto, pues su madre había fallecido en febrero de 1866. Por su personalidad e inteligencia, rápidamente comenzó a destacarse en el ámbito local. Se interesó por el periodismo, la minería, la política y la investigación científica, de la que era su preferida la geografía.

⁵ Esta casa posteriormente pasó a manos del Ejército de Salvación, institución que la demolería para construir su hogar de acogida.

Tenía 21 años cuando fue a Lima en calidad de secretario de un grupo de empresarios del nitrato de Tarapacá, liderados por Juan Gildemeister, interesados en convencer al presidente Manuel Pardo de la inconveniencia del estanco salitrero. Esta frustrada misión le llevó a escribir su «Rápida ojeada a la cuestión del salitre», publicada en Valparaíso en 1875, cuando tenía 24 años de edad. Desde entonces no dejará descansar la pluma ni sus viajes por Tarapacá, hasta que su amor por la política y su país le llevarían primero a ser representante congresal (como diputado y senador), luego a la vicepresidencia del Perú, la alcaldía de Lima y la presidencia de la República. La primavera de este intelectual fue en Tarapacá entre los años 1875 y 1903, lugar y tiempo donde escribió sus principales obras científicas y realizó sus investigaciones históricas y geográficas, aprovechando los recorridos que le exigían sus empresas mineras por todo Tarapacá.

El círculo científico y literario Ateneo de Iquique

En el Ateneo de Iquique desarrolló Billinghurst su faceta de escritor e investigador y fue uno de sus fundadores en 1886. Fernando López Loayza, Fray K. Brito, un conocido cronista del Iquique de la época, de nacionalidad peruana, dice sobre el quehacer del Ateneo:

Iquique tiene su historia literaria. Ha habido trabajadores intelectuales en el campo de las letras, a parte de los que lucen sus dotes en la industria y el comercio que también tienen sus puestos de honor. Estos trabajadores intelectuales, venciendo las dificultades que presentan empresas de esta naturaleza en lugares como el nuestro, poco afectos a los que no está ligado al comercio y el negocio, han conseguido, a pesar de todo, imponerse obteniendo el puesto que han merecido ya sea por el mérito literario, por la utilidad o la novedad que hayan podido ofrecer al público sus producciones (López Loayza, 1907, p. 266).

Por su parte, el chileno Marcial Martínez⁶, describe de este modo al Ateneo:

Responde a todas las necesidades como las nuestras. Es un sitio de tertulia y de buena compañía a toda hora. Allí se dan conferencias o se hacen lecturas públicas, sobre todas las materias, y también se abren cursos de enseñanza libre, sin otro

⁶ Este autor escribió varios ensayos, entre otros, *Cuestión chileno-peruana* (1910). Marcial Martínez le escribió una interesante carta a Billinghurst cuando fue despojado de su cargo de presidente del Perú, en la que le recuerda su amistad que sabemos se hundió los años del Ateneo de Iquique:

Santiago, Febrero 10 de 1914.

Señor Don Guillermo Billinghurst.

Mi apreciado amigo:

Supongo que no habrá inconveniente para que llegue á sus manos esta carta de un viejo amigo.

límite que el que prescriben las buenas costumbres y el orden público, excluyendo por cierto la política militante y la religión (López Loayza, 1907, p. 263).

Allí, nuestro protagonista expuso su Estudio sobre la geografía de Tarapacá ante una audiencia de notables personajes, donde no se diferenciaba por nacionalidades. El libro fue editado en Santiago en la imprenta El Progreso el 14 de octubre de 1886. Leemos en su portadilla que es un «Trabajo escrito para el Ateneo de Iquique por Guillermo E. Billinghamurst, miembro de la indicada institución». Nos dice Billinghamurst en un prólogo titulado «Dos palabras», que un estudio de esta naturaleza no estaría completo «si además de la descripción que he hecho del aspecto físico y topográfico del territorio, no agregara las noticias correspondientes a su demarcación política y administrativa y a las que se refieren a la estadística administrativa y a las que se refieren a la estadística de su población, industrias y producciones...», agregando más adelante que «las presentes no son, pues, sino las primeras páginas de la obra que espero podré terminar antes de mucho tiempo» (Billinghurst, 1886, p. 5). Sabido es de su intención de escribir una historia de Tarapacá, que nunca llegó a terminar o publicar. A pesar del carácter exploratorio que le otorga a su Estudio sobre la geografía de Tarapacá, es una obra muy consultada por los especialistas hasta nuestros días. Su libro La irrigación de Tarapacá, editado en 1893, podría entenderse como una continuación de esta primera obra sobre la geografía de la provincia.

Usted ha podido decir, con más razón que los Romanos, que, al lado del Capitolio, está la roca Tarpeya. Nunca soñé que pudieran realizarse los hechos, que produjeron, en unas cuantas horas, la caída de su gobierno. Creo que es perfectamente legítimo el sentimiento, que esta desgracia ha producido en el ánimo de este viejo amigo.

No estoy en situación de poder juzgar los antecedentes, que han producido ese resultado; y me está vedada toda crítica de ese país de mis afecciones.

Hay que atenerse á los hechos consumados. Lo conozco á usted perfectamente, para asegurar que no hará usted nada, que tienda á contrariar el nuevo orden de cosas. Un hombre de honor, como lo es usted, hará cuanto de usted dependa para consolidar la situación, que se ha creado en su país.- Considero que habría un paso de buena política más sensato que el que podrían dar los gobernantes del Perú, aprovechando de los servicios de usted.- Usted ha probado ser excelente diplomático y excepcional administrador de la Comunidad.

Me ha parecido gracioso el cargo, que le hacen á usted de ser propiciador de cualquier arreglo, que favorezca á Chile, en la cuestión de límites; siendo así que aquí todos se quejan de la tirantez é intransigencia de usted en ese asunto. ¡Así es el mundo!

Hago votos porque usted lo pase lo mejor posible, en este duro trance de su vida.

Le ruego que presente mis cordiales recuerdos á su esposa y familia.- Lo abraza su amigo.

(Firmado).- M. Martínez.

Copia exacta del original en poder de la Señora Viuda del Sr Billinghamurst, Doña Emilia R. P. de Billinghamurst (Archivo Histórico Riva Agüero, Colección Denegri. FDL-0404, fojas 1, 2, 3, 1914).

Al año siguiente de haber publicado su *Geografía*, edita un informe sobre la condición legal de los peruanos nacidos en Tarapacá, documento que elabora en su calidad de Cónsul General del Perú en Chile. También en 1887 publica *El abastecimiento del agua potable del puerto de Iquique*, un hermoso libro tanto por la calidad de su información como por la crítica que realiza a quienes intentan lucrar con el recurso más escaso en un desierto: el agua potable.

Fue, sin embargo, su obra *Los capitales salitreros de Tarapacá*, publicada en Santiago en 1889, la más citada por los especialistas. Su hipótesis plantea que los capitales peruanos y chilenos hubieran podido desarrollar la economía del salitre en conjunto, sin necesidad de recurrir al capital inglés. Esta conjetura fue no solo audaz sino una crítica directa a los estados nacionales y a los empresarios de ambos países que dejaron en manos de europeos, especialmente ingleses, la riqueza salitrera de Tarapacá.

En 1903 publica su *Legislación sobre salitre y bórax*. Esta obra es un aporte significativo al conocimiento de la minería no metálica regional, específicamente salitre y bórax, donde el autor anexa documentos para el estudio de esta industria. En este trabajo es notorio cómo combina su quehacer científico con el empresarial, pues se observa su posición respecto de determinados litigios. Algo similar acontece con su libro *Documentos relativos a la salitrera «Lagunas»* (1889).

Hemos señalado a 1903 como el año que cierra la producción intelectual de Guillermo Billinghurst, sin que ello signifique que haya dejado de escribir en los años posteriores; sin embargo, lo hará más como político que como científico, como su Presidente Billinghurst a la Nación (1915).

Las obras de Billinghurst no fueron casos aislados marcados por lo excepcional, sino al contrario se dieron en un contexto social y cultural muy favorable para la producción literaria y científica en Tarapacá. Imprentas como Bini Hnos., entre otras, editaron, en un Iquique en auge, importantes trabajos de autores que llegarán posteriormente a ser reconocidos no solo por la comunidad local sino también nacional. Por ejemplo, en 1895 se editó *La vida en la pampa o historia de un esclavo* de Mariano Martínez; en 1896 el poema «Las pampas salitreras», de Clodomiro Castro; en 1903 la temida como desconocida novela *Tarapacá* de Osvaldo López y Nicanor Polo, que narraba una cruda crítica social a la sociedad tarapaqueña, cuya primera y única edición fue quemada, aunque se salvaron unos pocos ejemplares. En 1908 se editó *Letras de molde*, una crónica sobre Iquique de Fernando López Loayza, y de este mismo autor en 1913 tenemos *La provincia de Tarapacá. Alrededor de su industria i de Iquique, su principal puerto*. En 1906 Alejandro Escobar y Carballo dio a conocer su famoso poema «Pampa esclava»; al siguiente año apareció la novela *Del natural*, de Eduardo Barrios, quien posteriormente alcanzaría el Premio Nacional de Literatura. Recordemos que en 1907 ocurrió la masacre obrera de la escuela Santa María

de Iquique, donde el poema de Francisco Pezoa, «Canto de venganza», pero más conocido como «Canto a la pampa», ha perdurado en la memoria de todos los tarapaqueños hasta nuestros días. Posiblemente el más importante literato del salitre fue Víctor Domingo Silva, quien escribió en la década de los años 1920 *Pampa trágica* y *Palomilla brava*. Incluso el escritor alemán Theodor Plivier escribió una novela del salitre titulada *Revolt on the Pampas*, publicada en Plymouth, Inglaterra, en 1937.

Vecino, amigo y empresario de Tarapacá

Billinghurst tuvo entre sus amigos a muchos chilenos desde su infancia, y esos lazos se reforzaron aún más cuando su padre lo envió a estudiar al puerto de Valparaíso. Uno de esos amigos fue el prestigioso abogado, político, diplomático y escritor Carlos Walker Martínez, quien, al igual que él, era provinciano (natural de Vallenar) y de origen inglés. Ambos, sin embargo, no dudaron en enfrentar a las poderosas casas británicas Gibbs, Cawley & Co. y Campbell, Outram & Co., con las que el padre de Guillermo realizó actividades comerciales y explotación de guano. Billinghurst ganó esos litigios asegurándoles una fortuna para sus actividades empresariales, especialmente en la minería.

Hemos tenido el fortuito acceso a una treintena de cartas de propiedad de don Juan Dassori, un antiguo y prestigioso vecino del poblado rural de La Huaica, muy próximo al oasis de Pica, a unos cien kilómetros al interior de Iquique, y que una gentil vecina rescató de la destrucción. Ella nos las obsequió y, a la vez, nosotros las donamos al Archivo Regional de Tarapacá, dependiente de la DIBAM. La mayoría de estas cartas tenían por destinatario a Juan Dassori y el remitente era Guillermo Billinghurst, socio y amigo. Hemos escogido solamente algunas para entregar una estampa de Billinghurst como un vecino y empresario de Tarapacá.

En la siguiente carta, nuestro protagonista hace mención a uno de esos juicios que tuvo con las casas comerciales inglesas, a saber:

Iquique, Diciembre 17 de 1904
Señor Don
Juan Dassori
Pica

Estimado amigo:

Ayer, á las tres de la tarde, me llegó la noticia de que la causa que sigo con Gibbs, ha sido fallada en mi favor por la Corte de Tacna.

Ahora queda la Corte de Casación, á la cual ellos apelarán, indudablemente. La tarea, allí, es menos ardua.

Hablé ayer, con Munnerley, y me dijo que Mr. Bennett, le había manifestado que era conveniente tener la escritura lista, y que le telegrafiase á él, cuando la firmásemos.

Yo le contesté que Ud había tenido que ausentarse, pero que vendría a firmarla. Le dije lo que acordamos, respecto de mi conversación con Mr. Bennett, y me dijo que ya Mr. Bennett le había manifestado a él sus temores de que Compañía no querría emprender el negocio de Sagasca hasta no ver el resultado de Huiniquintipa, pero que trabajaría para inducirlos á llevar adelante nuestro negocio.

Sea como fuere, mejor es dejar la escritura así por algunos días, hasta que recibamos carta de Lanbcke. La escritura puede quedar sin firmarse hasta un mes según me parece.

Olvidé decir á Ud que Mr. Bennett Me dijo que se necesitan 4 toneladas de ácido sulfúrico para cada tonelada de cobre, y 1 ½ de fierro para cada tonelada de cobre.

Este dato demuestra que hay que hilar mui delgado en el negocio.

El fierro valor £ 6 ton. y el ácido?

Suyo

GMO. BILLINGHURST

Es muy interesante la referencia que hace Billinghurst sobre «Sagasca», una de las minas de cobre más importantes de Tarapacá. Sagasca, que después tomaría el nombre de «La Cascada», fue la actividad minera que ofreció empleo en la región en los difíciles años de las décadas de los años 1970 y 1980, cuando todavía no llegaba el auge del cobre a Tarapacá con los mega proyectos de Collahuasi, Cerro Colorado y Quebrada Blanca. Parece que no fue fácil para Billinghurst adquirir la propiedad de Sagasca, como lo vemos en una de sus cartas a Dassori.

Iquique, Febrero 15 de 1905

S. D.

Juan Dassori

Pica

Estimado amigo:

Temo que Brain esté intrigando contra nuestro negocio en Sagasca, porque creí que doña (ilegible) y se hace. Aquí hay un gran fervor por las sales potásicas. Hasta hay prisioneros a causa de falsificaciones de documentos. Hablé con Cisterna y me dijo que el Juez no había querido que se extendieran las respectivas escrituras hasta que no se pague la patente actividad. Lo que debemos hacer es pagar la patente en Pica y presentarme al Juzgado, insistiendo en el otorgamiento de la escritura. Corresponde a la ley no hacer exigencias y ó el pago de una contribución y si no está vigente.

Si Zamudio le manda pedir ocho ó diez pesos, hágame el servicio de entregárselos, son para comprarme uvas, porque no puedo conseguir que me mande las que necesito para mis hijos.

Saludos a su familia

SS

GMO. BILLINGHURST

Solía requerir uvas para sus hijos, suponemos que de Pica, Matilla o Canchones, donde eran famosas las vendimias. Aún se conservan varios lugares coloniales donde se producía un vino dulce que dejó de producirse pocos años después de la fecha de esta carta, debido a la extracción de agua para la industria salitrera y el puerto de Iquique. Billinghamurst se rebela en contra de ello, por eso en su *Irrigación de Tarapacá* (1893), criticaba que:

No se explica uno tan pronto, cómo ese interesante llano, donde se han acumulado inmensos depósitos de humus, y donde todavía se encuentran los restos palpitantes de una no remota y vigorosa vegetación, rodeado como está de desiertos áridos e inclementes, lo cual es para su cultura otro poderoso aliciente, no haya sido, de antiguo, abundantemente irrigado; y cómo los poderes públicos no han fomentado la industria privada a este respecto, ni ellos se han preocupado de una manera práctica de llevar a término esa obra que está llamada a asegurar a esta sección territorial, hasta cierto punto, una vida permanente que no se halle sujeta a las alternativas de una industria que tiene sus días contados (1893, p. 6).

Antes, en su *Geografía*, había discutido con detenimiento los diferentes proyectos de irrigación para la provincia de Tarapacá, siguiendo una vieja tradición de geógrafos como O'Brien, y Mendizábal, entre otros, pero se planta críticamente frente al notorio deterioro de la pampa del Tamarugal. Nos dice en una de sus partes:

En una época no remota la pampa del Tamarugal ostentaba una vegetación lozana, llena de vida. Bosques de algarrobos, tamarugos y molles poblaban los puntos llamados Curaña, Iluga, Las Pillallas, La Tirana y La Soledad. La inmensa cantidad de árboles en estado semi fósil que se encuentran diseminados en toda la extensión de la pampa y cubiertos por densas capas de arena, los tamarugos que aún ofrecen sombra protectora á los viajeros, uno que otro molle secular que ha resistido... (1886, p. 31).

Con relación al cultivo de viñas, menciona la extracción de aguas desde la zona de Pica, Matilla y Quisma para el puerto. Señala que no pueden ser más apropiados esos parajes para el cultivo de la viña, pero «desgraciadamente, por causas que no son difíciles de sospechar, tanto la vinificación como la empelografía son ciencias que no se sospechan en esos apartados lugares» (1886, p. 104). Escribe como científico, empresario y vecino de esos «apartados lugares», los mismos que le acogerán en sus últimos días de vida.

Como empresario vemos a Billinghamurst vendiendo leña (de Canchones) en la oficina Cala Cala, de propiedad del español Lorenzo Pérez Roca. Sin embargo, no solo le vende leña, sino también hace negocios con este empresario salitrero para exportar sal a países como Colombia.

Iquique, Julio 16 de 1902

S.D.

Juan Dassori

Guaica

Estimado amigo:

Hablé ayer con el Sr. Pérez Roca, relativamente el negocio de leña. Está listo para contratar con ud todo lo que consume Cala-Cala. Ha estado pagando \$ 6.50.

En cuanto al negocio de la sal, está pronto a dar la (ilegible). Dice que conviene amparar, desde luego, los depósitos. Proceda Ud, pues, a explorar y ver qué cantidad de hectáreas podemos abarcar. Podemos hacer los procedimientos a nombre de Ud, mío, del Sr. Pérez Roca, de Valdivia, y otros.

Dice don Lorenzo que él tiene mercado seguro en Colombia, donde se vende la sal á 4 soles plata qq. (ilegible) tiene barcos que hacen el cabotaje al norte.

Ya decretó el Gobierno el gasto de los \$ 3.000 para el camino de Pintados. Creo que uds forman la (ilegible) deben contratar con don Ángel Bermúdez para que haga la obra.

El químico tiene el (ilegible) y a ensayarla.

Su atto SS.

GMO. BILLINGHURST

Hemos señalado la preocupación de Guillermo Billinghurst por combatir las pestes que asolaron la provincia en esos años de auge del salitre. Con los veleros llegaron también las enfermedades como la bubónica, que Billinghurst vivió de cerca, pues amigos y familiares se enfermaron.

Iquique, Julio 27 de 1903.

Señor Don

Juan Dassori

Pica

Estimado amigo:

No sabemos, todavía, cuando podremos salir. Lo acertado es que le dé á ud., aviso con dos ó tres días de anticipación.

La gran dificultad para nosotros consiste en el envío del equipaje. La peste continúa. La pobre Nicolasa ha estado de malas. Se le murió un nietecito de la peste; y era ella una de las incrédulas.

No tengo tiempo para más.

Suyo

GMO. BILLINGHURST

Iquique, Julio 10 de 1903

S. D.

Juan Dassori

Huaica

Estimado amigo:

Correspondo a su carta fecha 8 del actual.

Conviene que hablemos por teléfono.

Elgen vio a Othemheim para procurar hacer con él un arreglo, por el cual le permiten hacer en grande escala, ensayos en el establecimiento de Sagasca, en principio como que quiso consentir, pero después se negó. Yo le dije a Elgen que Ud podría intervenir con la (ilegible); pero en vista de lo que usted me dice, mejor es aplazar este asunto. Sin embargo, mucho desearía que usted pudiera hablar con el Sr. Elgen. Esto no es químico, pero como es mucho el beneficio del cobre, por los distintos métodos. Creo que usted sacaría mucho tratando el asunto con él, para perfeccionar el sistema que Ud há ideado.

La peste ha disminuido

El papa está agonizando.

Saludos a la familia.

Suyo

GMO. BILLINGHURST

Un personaje como Billinghamurst no podría evitar, incluso en esas cartas tan prácticas como aquellas que le enviaba a don Juan Dassori, hacer breves comentarios, como este de la inminente muerte del Papa (se refería a León XIII), quien falleció precisamente el 20 de julio de 1903 a la edad de 94 años. En estas cartas hemos registrado comentarios similares sobre visitas presidenciales a Iquique, entre otras observaciones.

El año que estremeció a Tarapacá con la huelga que llevó a la masacre obrera más desgarradora en la Historia del Salitre, Billinghamurst supo lo que era estar enfermo:

Iquique, Julio 29 de 1907

Estimado Señor Don Juan:

Bawes me ha manifestado que está pronto para hacer los gastos preliminares de alumbramiento del agua.

Creo haberle oído a usted que Don Ángel podría encargarse de esa labor. Si así fuera, convendría que le dijera Ud que se ponga al habla con Ud y venga enseguida para llevar el dinero que sea preciso.

Yo debía haberme ausentado de este puerto, pero me ha caído la lotería en forma de influenza, y hace varios días que estoy recluso. No sé cuándo podré realizar mi viaje.

Al darle á usted los datos sobre ensayos, olvidé que la muestra de cemento ensayada fue la misma que yo había hecho sacar, previamente, en la Botica.

Su servidor y amigo

GMO. BILLINGHURST

Cuando se desarrollaron los acontecimientos en Iquique, en diciembre, Billinghurst ya había podido hacer ese viaje pendiente y estaba lejos de Iquique. Sin embargo, al año siguiente lo vemos preparándose para viajar al desierto; además, en la carta siguiente vemos que estaba muy al tanto de las innovaciones tecnológicas en la industria del nitrato y del cobre, donde tenía sus principales intereses:

Iquique, Julio 28 de 1908.

Señor Don
Juan Dassori
Pica

Estimado amigo:

Ayer se me presentó Don Pedro Zamudio, y por lo tanto no es posible arreglar el viaje hasta después del 28. Dice que Zegarra alquilará las mulas, las que parece que son buenas. Tampoco habría podido ir, ahora, porque ha llegado el famoso Señor Briones, notable químico chileno, á quien Ud conocerá de nombre, viene á intentar poner en práctica su invento sobre elaboración de salitre. Este es el único invento que me llamado la atención. No he hablado con dicho señor, todavía, pero entiendo que la elaboración se hace en parte por electrólisis, y no precipitado el nitrato por medio de un reactivo.

El señor Wolnitzki que es amigo íntimo del Señor Briones, le dio una muestra del mineral de Sagasca, y Briones se entusiasmó, y dijo que esa clase de mineral buscaba él, para realizar un nuevo procedimiento empleando el yodo que se desperdicia en Tarapacá.

Yo quiero consultar con él, el procedimiento electrolítico que ya conocer Ud ligeramente, tomado del libro francés.

Con cariñosos saludos para su familia, soy suyo,
GMO. BILLINGHURST

El señor Briones al que se refiere Billinghurst posiblemente sea Nicolás Briones Campos, un prestigioso ingeniero y químico chileno; el señor Baldomero Wolnitzky fue director tanto del Liceo de Hombres como del Instituto Comercial de Iquique en sus inicios a comienzos del siglo XX.

Por último, hemos escogido la carta más próxima a su muerte y, también, a su cargo de Presidente del Perú, a saber:

Lima, abril 4 de 1912

S.D
Juan Dassori
Canchones

Estimado amigo:

Por el último cablegrama que há manado Mr. Douglas, comprendo que ha puesto punto final a sus gestiones con Mr. Pisblade o mejor dicho que los capitalistas hablados por este último, se han desalentado y desistido a causa de la demora de las negociaciones.

Lo único sensible, en eso, es que quizás ya Pisblade se desentendió por completo de Sagasca cosa que considero lamentable porque además de ser mui competente es mui honorable.

En vista de esto, como se há dicho ya, lo que conviene es interesar a Mr. Marshall. —Si el procedimiento de concentración es satisfactorio, podría adelantar sobre la propiedad una (ilegible) dada para instalar las máquinas concentradoras. No creo que debamos fijarnos en el primer año, en las pérdidas del metal, con tal que podamos obtener una utilidad sobre cada qq de mineral que se exporta. El aspecto bueno de este negocio es que Marshall pagará el oro y la plata.

Hay que proceder con toda prontitud, se fijará usted que ya soy mui viejo, y usted no es mui joven y que si Sagasca puede explotarse, desapareciendo nosotros, nadie podrá hacerlo valer.

No tenemos asegurado el número de años que hemos de vivir. Ya ve Ud que año 1910 casi me fui al hoyo, Ud es hombre robusto y sano, pero cualquiera enfermedad puede sobrevencerlo.

Necesitamos dar valor a esas propiedades, sobretodo hoy que el precio está tan bueno. Por este vapor va el Letts a visitar Yavricoya y Sagasca oír cuanto de la Devescovi. He quedado en darle una carta para usted, pero creo que no se encontró con usted. Iré a Constanca directamente a esos minerales. Ayer estuve con el Presidente y me dijo que el hombre de la sales potásica se le había vuelto humo.

Yo calculo que dicho hombre vende y el Sr. Leguía va a terminar por entenderse con el sucesor.

Voy a mandar yo una persona a hacer las propuestas.

Con cariñosos recuerdos a su familia, su amigo.

GMO. BILLINGHURST

Resulta llamativo que Billinghamurst tuviera acuerdos comerciales con el presidente Augusto B. Leguía, hombre que estaba en las antípodas de su ideario político, sin bien coincidían en la forma de entender la economía y el desarrollo material del país. Además estudiaron en el mismo colegio alemán en Chile y ambos se opusieron, con estilos diferentes, a las viejas oligarquías.

También es interesante su breve reflexión sobre la muerte que, dice, estuvo muy cerca en 1910. Resulta estremecedor para quienes —con el beneficio de la historia— sabemos que le quedaban años muy intensos por vivir pero breves. Reflexiona sobre Sagasca, se pregunta qué sucederá después de que ellos (Dassori y Billinghamurst) ya no estén, si sabrán valorarla los que vendrán. Efectivamente así fue, las siguientes generaciones de tarapaqueños vieron en Sagasca una de sus principales fuentes de riqueza, cuando la región más lo necesitaba.

EL OTOÑO DE UN PRESIDENTE. SU FACETA POLÍTICA

Un personaje multifacético

Billinghurst también fue un político, pero no uno cualquiera, sino uno deseoso de transformar lo dado. Por ello usualmente participó en revueltas, levantamientos y revoluciones. Dueño de un carácter aguerrido, Billinghurst defendió Lima en la Guerra del Pacífico —para entonces era diputado por Tarapacá—, y alcanzó el grado de coronel y luego el de Jefe de Estado Mayor del Ejército.

Más allá del conflicto armado, Billinghurst siempre destacó como un hombre de cultura y pensamiento, identificado con las personas, especialmente con los más pobres, a quienes buscó de dotar de mejores condiciones de vida: desde bibliotecas hasta salarios más dignos y condiciones de vida adecuadas. En los papeles que le tocó actuar —como personaje público, como cónsul, vicepresidente, alcalde o presidente— su conducta siempre fue la misma. Gran parte del ostracismo al que ha sido sometido en la historia peruana se debe precisamente a su oposición rebelde a las élites oligárquicas. Ahora ya es posible reivindicarlo como el personaje de avanzada que fue.

Billinghurst y Tarapacá

El conflicto armado tendría consecuencias fundamentales en el vínculo de Billinghurst con Tarapacá. En pleno despliegue de la guerra, Billinghurst, con la frialdad de un cirujano, describe el carácter de los tarapaqueños al mismo tiempo que busca razones. En efecto, en carta que envía al entonces dictador Nicolás de Piérola (quien había asumido la conducción del gobierno después de la fuga del presidente Mariano I. Prado) le dice: «La gente de Tarapacá, con raras excepciones, no es patriota; se apega más al dinero y al trabajo que a cualquiera otra cosa. Gente explotada y vejada por los de Lima, gente tiranizada por los gobiernos desde la independencia acá; que guarda profundo rencor contra los de Lima...» (Arica, 30 de noviembre de 1879). En estas líneas Billinghurst hace explícito el resentimiento de los tarapaqueños hacia los limeños, que al final de cuentas también es su propio rencor. Pero es excesivo generalizar, no es contra todos los limeños en forma abstracta, es específicamente contra la élite que domina el país desde sus cómodos sillones de sus amplias casonas. Este es uno de los rasgos fundamentales de Billinghurst, su radical oposición a la plutocracia limeña, antipatriota y además cobarde, y su odio a las oligarquías provinciales y feudales del resto del país, especialmente de las zonas altoandinas. De este modo, no entendía el carácter de «la gente» de Tarapacá como una condición natural, sino como un resultado histórico, por lo tanto, modificable. En un sentido inmediato, Billinghurst

temía que el alejamiento de los tarapaqueños respecto de Lima y los vínculos que iban tejiendo paralelamente con Chile gracias a su «prudente y sabia» administración, los lleve a hacer causa común con el país del sur, lo que —profetiza— sería una condición irreversible.

La finalización de la guerra, luego del Tratado de Ancón (1883) firmado por Miguel Iglesias, sancionó la pérdida por parte del Perú de la región tarapaqueña. Obviamente, Billinghurst era un tenaz opositor a dicho tratado, y proponía otro que contenía —afirmaba— más dignidad. El tenor que ponía a discusión era el siguiente: «El Perú cede perpetuamente el territorio de Tarapacá y transfiere a Chile todos los derechos que pueda tener sobre los yacimientos de nitrato de soda y covaderas de huano, existentes en dicho territorio» (carta a Piérola, Iquique, 16 de marzo de 1884). Este texto, dice nuestro personaje, era una expresión genuina de un pueblo que no tenía otra salida y que honraba sus deudas, diferente a la práctica de los «politiqueros de la capital, nada más hacendera que repudiar la deuda, repudiar los billetes, salvar de la crisis trampeando a todo el mundo».

Dicho año —1884— sería de gran trascendencia por otro hecho político: la fundación del Partido Demócrata, jefaturado por el mismo Piérola. Billinghurst acusa recibo del programa de la nueva agrupación (carta a Piérola, Iquique, 10 de agosto de 1884) y advierte todo lo que aquél expone, pero «la patria es la patria», afirma en el sentido que es necesario un partido diferente al de los oligarcas agrupados en el Partido Civil.

La parte racional: los estudios sobre la realidad tarapaqueña

Paralelamente, Billinghurst emprende su estudio sobre Tarapacá. Según nueva carta a Piérola (Iquique, 22 de enero de 1885), todo el mes de diciembre del año anterior lo había dedicado a tal empresa pensando que sería suficiente para concluir su trabajo, pero el texto creció hasta tener más de 300 páginas. En un primer momento pensó denominar al libro «La guerra del salitre. Apuntes para la historia económica del Perú»; finalmente le dio el nombre de Los capitales salitreros de Tarapacá, publicado en 1889 y reeditado recientemente (2011), lo que demuestra que se trata de una obra importante.

En la misma carta, Billinghurst plantea a Piérola un problema sin solución. Le informa que un grupo de tarapaqueños se le ha acercado para manifestarle su intención de no perder su ciudadanía peruana. Menciona además que el gobierno chileno ha coaccionado a muchos peruanos para que se inscriban como chilenos. Los tarapaqueños, insiste, están desamparados, el gobierno no les ofrece ningún tipo de seguridad.

Billinghamurst no cesa en su búsqueda de información sobre Tarapacá y sus habitantes. En su condición de Cónsul General del Perú en Iquique, elaboró el «Registro de tarapaqueños de la sección de Iquique. Consta de 10 822 personas» (carta a Piérola, Iquique, 23 de abril de 1886). Este estudio le servirá de base para, en 1887, publicar su libro *Condición legal de los peruanos nacidos en Tarapacá*. Si bien entiende que está en una posición importante para ayudar a sus compatriotas, Billinghamurst piensa renunciar a su cargo una vez Andrés A. Cáceres (héroe de la resistencia durante la guerra) asuma la presidencia del Perú, y así lo hizo. Tres veces presentó su dimisión, pero Cáceres nunca la aceptó, a pesar que sabía que Billinghamurst era su adversario político. Ante ello, Billinghamurst ya no quiso insistir en su declinación porque —como se lo dijo al propio Piérola— tiene «temor de que esa renuncia fuera a refluir en contra de Ud., pues nada de extraño sería que la interpretasen como una medida previa a favor de algún movimiento iniciado por y a favor de Ud.» (Iquique, 3 de diciembre de 1889).

Un montonero como vicepresidente

La nacionalidad de los tarapaqueños

Los años de la posguerra fueron hegemonizados precisamente por la figura de Cáceres, luego de que derrotara en una guerra civil a Iglesias y ganara posteriormente las elecciones presidenciales. Cáceres se mantuvo en el poder hasta 1894, sea como presidente o a través de interpósita persona. Si bien trató de reconstruir la vida peruana, sus administraciones estuvieron dirigidas a atender los intereses de las oligarquías provincianas. El héroe de la Breña que organizó a los campesinos en la guerra, en los años de gobierno se olvidó de ellos. A partir de 1894 las huestes pierolistas fueron agrupándose en las provincias con el objetivo de la destitución de Cáceres.

Las famosas montoneras, dirigidas por Piérola, tomaron Lima en el segundo semestre de 1895, momento en el que Cáceres entendió que no tenía ya ninguna oportunidad de seguir en el poder. Piérola, al mando de la «Coalición Nacional», en la que participaron también los civilistas, enemigos del cacerismo (y antes del mismo pierolismo), gobernó el Perú luego de ganar las elecciones, hasta 1899, iniciando un tiempo de modernización del aparato estatal. Su primer vicepresidente fue Billinghamurst, fiel socio que en varias oportunidades no solo secundó los proyectos revolucionarios de Piérola sino también los financió con su fortuna personal.

Como vicepresidente

Al mismo tiempo que fue el primer vicepresidente durante el gobierno pierolista, cargo desde el cual buscó alcanzar una solución armoniosa con respecto al llamado

«problema de Tacna y Arica» mediante el Protocolo Billinghurst-Latorre, Billinghurst también fue elegido senador por Tarapacá, lo que significó la oportunidad de continuar su labor a favor de sus compatriotas.

En nueva carta a Piérola (Iquique, 29 de abril de 1896), informa que el número de peruanos en dicha región es de 18 000 (recordemos que el total de la población en Tarapacá era de 110 000). El problema continuaba siendo la nacionalidad de los tarapaqueños: o eran peruanos (hubieran cumplido o no con su inscripción según la legislación chilena), o eran chilenos naturalizados, por no manifestar a tiempo su voluntad de seguir siendo peruanos. Billinghurst advierte que los omisos pueden haberlo sido por no estar presentes en el momento de la inscripción y no necesariamente porque no querían ya la nacionalidad peruana (Troncoso, 2008).

Un pequeño tema eclesiástico

Billinghurst era un agnóstico, pero ello no significaba que desatendiera asuntos institucionales de la iglesia católica (hegemónica entonces), más aún siendo consciente de la importancia de la fe popular y de la labor humanitaria de aquella. Sobre estos temas gira la carta enviada a Piérola desde Iquique el 11 de agosto de 1896. En ella le informa que el 6 de abril de 1882, «el Delegado Apostólico Moncerri, infringiendo, a mi modo de ver, la neutralidad que en la contienda del Pacífico debía guardar, autorizó al gobierno de Chile para nombrar curas para las parroquias “liberadas” de Tarapacá, ocupadas por las ramas chilenas». Señala, además, que Tarapacá consta de cinco parroquias: Iquique, Pica, Tarapacá, Silaya y Camiña. La preocupación de Billinghurst es regular la administración y jurisdicción eclesiástica de Tarapacá, Camiña y Silaya, «pueblos esencialmente peruanos». Como se puede colegir, detrás de la preocupación administrativa, a Billinghurst lo anima un afán político.

La ruptura Billinghurst-Piérola

En 1898 Billinghurst fue nombrado ministro plenipotenciario ante Chile; ese mismo año el Partido Demócrata y Piérola mismo decidieron apoyar la candidatura presidencial de Eduardo López de Romaña, yendo en contra de lo que parecía obvio: la candidatura de Billinghurst. Dicha decisión significó su apartamiento de su partido y de su antiguo amigo y jefe, pues consideraba que lo legítimo era que este lo apoyara en sus ambiciones políticas. Se abre, entonces, una profunda grieta en la relación entre ambos personajes. Así dejaron constancia las dos comunicaciones enviadas por nuestro personaje desde Iquique el 2 de enero de 1899 a Augusto Seminario Váscones, segundo vicepresidente del Perú y presidente de la Asamblea Demócrata.

Derivada de la anterior es la carta escrita en Tacna el 1 de abril de 1899, dirigida esta vez al mismo Piérola, en la que hace la suma de libras con las que apoyó su campaña política durante 1894-1895, que en total daba 8400 libras. A pesar de los duros términos de la ruptura, pronto hubo gestos para reanudar la amistad, en los que los propios hijos de Piérola tuvieron participación. En efecto, al año siguiente, 1899, volvían las cartas gentiles de Billinghurst, aunque es legítimo dudar que la amistad recuperara los tonos de intimidad y complicidad que había logrado en otros tiempos.

Los primeros años del siglo XX encontraron a Billinghurst alejado de la política nacional, si bien siguió muy activo en el plano regional. Como se observa en su correspondencia con el escritor Ricardo Palma, además de sus preocupaciones políticas y empresariales también estaba interesado en la labor educativo y cultural (Gonzales & González del Riego, 2005). Por un lado, fue un preocupado por fundar bibliotecas, impulsar ediciones y proveer a la Biblioteca Nacional del Perú con libros que ayudaran a su refundación luego de la devastación que sufrió por la guerra; pero al mismo tiempo estuvo atento al impulso educativo que necesitaba su región. En este contexto formó parte, en 1907, de las juntas administradoras de liceos de Tarapacá. Sin embargo, un acontecimiento ocurrido en ese año estaba llamado a remecer las conciencias de su tiempo: la matanza obrera de Iquique de 1907.

Billinghurst, alcalde de Lima y presidente del Perú

Los hechos descritos solventaron un discurso y una prédica nacionalistas del gobierno de Augusto B. Leguía, hasta que en 1909 se produjo una suspensión de las relaciones entre los dos países. En ese mismo año Billinghurst sería elegido alcalde de Lima, desplegando una política basada en la higienización y la atención de las condiciones de vida de los trabajadores. A inicios de 1911 llegarían más repatriados al Perú: en enero desembarcaron 800 tarapaqueños más. Por su parte, Billinghurst siempre estuvo muy atento al problema de los tarapaqueños repatriados. Más aún, en su gobierno, iniciado en setiembre de 1912, los tarapaqueños fueron uno de sus sostenes sociales más queridos y activos. Eran una especie de renovación de sus vínculos con su territorio primero. A diferencia de Leguía, Billinghurst, al final de cuentas, hombre de dos naciones, buscó la aproximación entre Perú y Chile promoviendo las visitas recíprocas de comitivas de trabajadores (Rodríguez, 2012). No obstante, en los momentos finales de su gobierno, interrumpido a los dieciséis meses, cuando se veía la crisis que se aproximaba debido al cercamiento que le hacían las élites oligárquicas, Billinghurst creó el Comité de Salud Pública para perseguir a sus enemigos, compuesto precisamente por aquellos tarapaqueños repatriados (Gonzales, 2005).

RELEGACIÓN Y MUERTE

Billinghamurst fue un hombre adelantado a su tiempo, que nació en el Perú y murió en Chile, pero siempre en el mismo territorio: Tarapacá. La Guerra del Pacífico fue un parteaguas para la historia de ambos países y para él mismo; buscó integrar y no separar, pero no por ello renunció a sus sentimientos nacionales y dejó de levantar reivindicaciones legítimas.

Defenestrado del poder a inicios de febrero de 1914, Billinghamurst fue confinado al oasis de Pica, donde murió el 28 de junio de 1915, a un mes de cumplir los 64 años de edad. Era, en definitiva, a pesar de su intensa vida política, empresarial y ciudadana, un hombre joven que podía seguir prestando servicios a su gente en Tarapacá, a quien la deshonra que vivió en esos días de febrero de 1914, le generó un dolor intenso, pues siempre fue un hombre de honor hasta en los detalles más prácticos. La siguiente carta que le enviara a Juan Dassori expresa en toda su dimensión a nuestro personaje:

Iquique, febrero 20 de 1905

S.D

Juan Dassori

Pica

Estimado amigo:

Correspondo á su carta de 17.

Veo que no me hé explicado bien en mi carta anterior, o que usted no me há comprendido. Le manifesté mis temores de que haya intriga contra Sagasca de parte de los de Huanquintipa, porque es indudable que si M. Bennet reconoce Sagasca se inclinará a favor de nuestro depósito, comparando las cosas de aquella región. La intriga consiste en detener a M. Bennet o impedir su viaje a Sagasca.

No se trata, pues, de que se crea que nosotros vamos a engañar a nadie. En toda negociación hay este género de juegos y es preciso evitarlo o eludirlo —por lo demás, yo no me presto nunca á ser víctima de intrigas y procuraré evitarlas—.

Indíqueme Ud más o menos cuanto es el gasto que debe hacerse en el amojonamiento las sales.

El Presidente subió hoy a la Alianza y regresará esta tarde, para ir mañana a Tocopilla.

A la pobre Doña Luisa le há vuelto a salir el cáncer en el pecho, y hoy se embarca para Lima con David Olcay. Mucho temo que esta enfermedad sea el principio del fin, lo que me tiene profundamente preocupado por el cariño que le tengo.

Suyo,

GMO. BILLINGHURST

Aquí vemos cómo, respecto de la mina Sagasca, enfrentó intrigas comerciales en contra de sus intereses. Su criterio fue evitar o eludir las intrigas, señalando que «procurará evitarlas». La peor de todas las intrigas en su contra, la del coronel Óscar R. Benavides, le fue imposible eludir.

En esta carta, como es su característica, puede estar pensando en asuntos prácticos, como los hitos demarcadores de sus pertenencias en los salares; en cuestiones políticas, como su interés por el recorrido del presidente; y en temas personales, como la enfermedad de la señora Luisa, manifestando su preocupación y cariño por ella.

No es difícil imaginar el dolor que pudo tener esos días de febrero de 1914, posiblemente un sentimiento de incompreensión e injusticia debió embargarlo. Que su casa en Pica⁷, el acogedor oasis de Tarapacá, muy cercano a Canchones, fuera el lugar de destino de sus cartas a Juan Dassori, no es extraño, pues Pica siempre fue un poblado donde la identidad peruano-tarapaqueña prevaleció como en ningún otro lugar de la región. Allí murió en compañía de los más cercanos y lejos de Lima.

Sus amigos chilenos le acompañaron a la distancia, pues ya Iquique estaba dejando de ser ese centro de cultura y de empresas. La crisis del salitre de 1914 fue un antecedente de la que vendría con todo su rigor en la década siguiente. Desde Santiago, su amigo del Ateneo, Marcial Martínez, le escribe a su viuda:

Santiago, Noviembre 10 de 1917.

Señora Doña Emilia R. P. de Billinghurst:

Mi apreciada señora y amiga:

Acabo de recibir la atenta de usted fecha 30 de Octubre último; y me apresuro á contestar á usted que, con el mayor placer, doy á usted la autorización, que me pide, para publicar

⁷ Una referencia a la propiedad de Guillermo Billinghurst en Pica la hemos encontrado en el siguiente extracto de testamento: «En Pica, República de Chile, Circunscripción número tres del Departamento de Tarapacá, a horas seis de la tarde del catorce de Septiembre de mil novecientos ocho. Yo Isabel Lecaros y Bustos de nacionalidad peruana, nacida en [sin transcripción] hija legítima del que fue don José Manuel Lecaros y de doña Ascencia [sin transcripción] de Lecaros, mi edad setenta y [sin transcripción] años, mi estado soltera, dedicada a las labores de mi sexo y mi domicilio en la Avenida Balmaceda número tres [sin transcripción] localidad; deseando hacer estender mi [sin transcripción] testamentaria, vengo en declarar a el Oficial Civil don Isidro Gonzales [sin transcripción] testigos que suscriben lo siguiente. Cuento por mis bienes un terreno en actual cultivo ubicado en la calle Condell por el Oeste, por el Este callejón de la Rinconada, Norte la [sin transcripción] actual propiedad de don Leoncio Beas y por el Sur, finca de la que fue mi hermana María Nieves Lecaros de Jara y un corte de cañas en la propiedad denominada «Las Animas». Item declaro que hacen más de dos años y medio, vendí a don José Manuel Perez por la suma de un mil y cuatrocientos pesos, la mitad del terreno conocido con el nombre del «Chañaral» correspondiente a la parte Norte, ubicado en la localidad; perteneciéndole la otra mitad por la parte Sur, a don Guillermo Billinghurst y que el todo de dicha propiedad tiene por deslindes al Este calle Condell, Oeste callejón de servidumbre a las chacras de Henríquez, al Norte sucesión Olcay, Anjel y Carmela Santos y por el Sur propiedad de don Leoncio Beas...» (Archivo Regional, Fondo Intendencia de Tarapacá, 1911, vol. 824, Subdelegaciones, Fojas 27 y 28).

la carta que escribí á mi lamentado amigo, finado esposo de usted, cuando estuvo él preso en el Panóptico.

Don Guillermo tuvo muchos amigos en Chile, pero creo que sus más íntimos fueron Don Carlos Walter Martínez y yo.

He leído con mucho agrado, su favorecida, porque trae á mi memoria muchos recuerdos.

Mande usted como guste, á su viejo amigo.

(Firmado). M. Martínez.

Copia exacta del original en poder de la Señora Emilia R. P. de Billinghamurst.

Lima, 28 de Marzo 1918

Carlos Paz Soldán.

Los restos de Billinghamurst fueron ubicados al lado de los de su madre, Belisaria Angulo, en el Cementerio N° 1 de Iquique, y estuvieron allí por más de un año, hasta que fueron repatriados el 22 de octubre de 1916. El concepto «repatriación», que está perfecto desde una lógica nacional y de Estado, resulta impreciso desde una lógica regional y social, pues Billinghamurst estaba en el mausoleo de su familia, en la tierra donde vivió y que amó intensamente. Además lo repatriaban los mismos que violentamente lo despojaron del mandato que democráticamente le había entregado el pueblo peruano.

Gestos diplomáticos y de reconocimiento rodearon la partida de Billinghamurst a Lima en el vapor «Iquitos». No podía ser de otro modo. Veamos dos cartas del cónsul de Perú, Santiago Llosa, dirigidas al intendente de Tarapacá, Recaredo Amengual, donde le informa sobre la decisión del Gobierno peruano de repatriar los restos del ex presidente Billinghamurst:

FOJA 76

CONSULADO DE LA REPUBLICA DEL PERU

Iquique, 30 de setiembre de 1916.

N° 9

Señor Intendente:

Me es grato poner en conocimiento de Usted que el Parlamento de mi Patria, junto con disponer la traslación al Perú de los restos del que fue señor Guillermo Billinghamurst, ex Presidente de la República, acordó se le tributasen honores de Jefe de Estado.

Con tal motivo tengo la honra, en nombre de mi Gobierno de invitar a Usted y por su digno conducto a todos los funcionarios civiles y militares de esta Provincia a la traslación de los restos de tan ínclito hombre público, del Cementerio General al muelle de fleteros para ser embarcados, con destino al Callao, en el transporte de la armada peruana «Iquitos», ceremonia que, probablemente, el nueve de octubre próximo a la hora que, oportunamente, indicaré a Usted.

Aprovecho, esta nueva oportunidad, para reiterar a Usted los sentimientos de mi más alta y distinguida consideración.

Santiago Llosa
Cónsul del Perú

Al Señor Recaredo Amengual, Intendente de Tarapacá, Presente.

FOJA 80
CONSULADO DE LA REPUBLICA DEL PERU

Iquique, 10 de octubre de 1916.
N° 10

Señor Intendente:

Tengo el agrado de poner en conocimiento de Usted que, he sido destinado por mi Gobierno para representarlo oficialmente en las ceremonias de la repatriación de los restos del que fue Excelentísimo señor Guillermo E. Billinghurst, exPresidente de la República y, además, honrado con el encargo de conducir esos despojos hasta el Callao, para hacer entrega de ellos a los altos funcionarios y autoridades nombradas al efecto. En consecuencia, para llenar mi cometido, me embarcaré en el transporte de la Armada peruana, «Iquitos».

Mientras dure mi corta ausencia, quedará á cargo de este Consulado el señor Jorge Braihwaite, Cónsul de los Estados Unidos del Brasil. No dudo que, Usted prestará al indicado señor, las facilidades con que siempre distinguió al suscrito.

Al poner los hechos que anteceden en conocimiento de Usted, complázcame en aprovechar la oportunidad para reiterarle, señor Intendente, los sentimientos de mi alta consideración y particular estima.

M. Santiago [apellido sin transcripción]
[Timbre Consulado General del Perú]

Al señor Recaredo Amengual, Intendente de Tarapacá. Presente⁸.

La repatriación de Billinghurst a Lima, posiblemente autorizada por su familia, que también se trasladaría a la capital del Perú, facilitó el silencio en torno a su nombre tanto en ese país como en Chile, pero aún más: en Tarapacá el apellido Billinghurst comenzaría a olvidarse.

⁸ Archivo Regional. Fondo Intendencia de Tarapacá, 1916, vol. 940, Subdelegaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Basadre, Jorge (1968). *Historia de la República del Perú*. 16 tomos. Lima: Universitaria.
- Billinghurst, Guillermo (1886). *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Iquique: El Progreso.
- Billinghurst, Guillermo (1887a). *El abastecimiento del agua potable del puerto de Iquique*. Iquique: Española.
- Billinghurst, Guillermo (1887b). *Condición legal de los nacidos en Tarapacá*. Santiago: El Progreso.
- Billinghurst, Guillermo (1889a). *Los capitales salitreros de Tarapacá*. Santiago: El Progreso.
- Billinghurst, Guillermo (1889b). *Documentos relativos a la salitrera «Lagunas»*. Santiago: El Progreso.
- Billinghurst, Guillermo (1893). *La irrigación de Tarapacá*. Santiago: Ercilla.
- Billinghurst, Guillermo (1903). *Legislación sobre salitre y bórax*. Santiago: Cervantes.
- Billinghurst, Guillermo (1915). *Presidente Billinghurst a la Nación*. Santiago: Diener.
- Billinghurst, Guillermo (2011). *Los capitales salitreros de Tarapacá*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile y Biblioteca Nacional.
- Bravo Elizondo, Pedro & Sergio González M. (1994). *Iquique y la pampa. Relaciones de corsarios, viajeros e investigadores (1500-1930)*. Iquique: Universidad José Santos Ossa.
- González Miranda, Sergio (1999). Guillermo Billinghurst Angulo: una biografía regional. *Dimensión Histórica de Chile*, 15/16, pp. 27-40.
- Gonzales, Osmar (2005). *El gobierno de Guillermo E. Billinghurst. Los orígenes del populismo en el Perú, 1912-1914*. Lima: Biblioteca Nacional.
- Gonzales, Osmar & Delfina González del Riego (2005). *Cartas de Guillermo Billinghurst a Ricardo Palma (1883-1904)*. Lima: Editorial Universitaria.
- Lecaros, Fernando (1983). *La guerra con Chile en sus documentos*. Lima: Rikchay.
- López Loayza, Fernando (Fray K. Brito) (1907). *Letras de molde*. Iquique: Rafael Bini e Hijos.
- Mariátegui, José Carlos (1928). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Minerva.
- Martínez, Marcial (1910). *Cuestión chileno-peruana*. Santiago: Imprenta y Encuadernación La Ilustración.
- Rodríguez, Miguel (2012). «Pragmáticos y rebeldes: el movimiento obrero en el gobierno de Billinghurst (1912-1914)». Tesis para optar el título de Licenciado en Historia, Universidad Nacional Federico Villarreal. Lima.
- Troncoso de la Fuente, Rosa (2008). *Nación, región e integración. El caso de los tarapaqueños peruanos*. <http://www.dislocacion.cl/pdf/Nacion-Region-e-Integracion.pdf>
- Ugarte Yávar, Juan (1904). *Iquique. Recopilación histórica, comercial y social*. Iquique: Imprenta Bini e Hijos.

HERMANOS EN EL TRABAJO: EL INTERNACIONALISMO DEL MOVIMIENTO SOCIAL TARAPAQUEÑO EN LA HUELGA Y MASACRE OBRERA DE 1907

**Pablo Artaza Barrios
Eduardo Godoy Sepúlveda**

Las fuertes tensiones y desavenencias registradas entre los Estados chileno y peruano son de larga data y públicamente conocidas, ya que se remontan a sus respectivos procesos de constitución como Estado-nación. Inmersos en ellos, durante el siglo XIX la definición de sus territorios y fronteras recurrió a los conflictos bélicos, mecanismo que prolongó las consecuencias políticas, territoriales, sociales y económicas y se proyecta hasta la actualidad.

A pesar de estas tensiones y de la recurrente exaltación chauvinista en las discusiones limítrofes, desde fines del siglo XIX los trabajadores organizados de ambas naciones establecieron fluidas redes de contacto, confraternidad y solidaridad, especialmente en aquellas zonas que antes del conflicto bélico estuvieron bajo la jurisdicción del Estado peruano y boliviano: las provincias de Tacna, Arica y Tarapacá, y Antofagasta y el Toco, respectivamente. De hecho, las principales características de las organizaciones obreras tarapaqueñas hacia fines del siglo XIX y al despuntar el siglo XX, como ha sostenido Sergio González, fueron su acentuado internacionalismo y multiculturalismo (pluriétnico y plurinacional), elementos que constituyen la identidad pampina, que se caracteriza por su fuerte sentido identitario refrendado en relación a ese espacio geográfico, que era común al conjunto de sus habitantes (González Miranda, 1991; 1998). Es por esto que es posible sostener que, especialmente en Tarapacá, gracias a la fluidez de las relaciones, se construye un sujeto social popular marcado por un fuerte internacionalismo.

No obstante, es necesario precisar que las relaciones al interior del mundo pampino no fueron estáticas; por el contrario, se caracterizaron por su dinamismo y, en consecuencia, mutaron a través del tiempo. La masacre del 21 de diciembre de 1907

constituye así un trágico y dramático punto de inflexión en el desarrollo de las organizaciones y asociaciones locales (González Miranda, 1991; Godoy, 2009).

Las relaciones sociales y culturales originadas entre los obreros peruanos, bolivianos y chilenos fluctuaron, hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, entre la solidaridad, el apoyo mutuo y la colaboración, en un primer momento; y la xenofobia, la discriminación y el racismo, años más tarde (González Miranda, Maldonado & McGee, 1993). La solidaridad de clase, el discurso y las prácticas internacionalistas que caracterizaron a las primigenias organizaciones de trabajadores, simbióticamente construidas desde las postrimerías del siglo XIX en la provincia Tarapacá como escenario físico, económico y humano de la gestación del movimiento obrero criollo, trasmutó inmediatamente después de la masacre de 1907 en persecución y violencia nacionalista contra los peruanos tarapaqueños, azuzada por las autoridades locales y la prensa conservadora regional y capitalina chilena (Artaza, 2005, pp. 113-148).

De esta manera, la anhelada «chilenización» de las anexadas provincias del norte después de la guerra de 1879 se profundizó en 1907 tras la matanza de la escuela Santa María de Iquique, cuando Tarapacá «ingresó al dominio ideológico inclusivo y excluyente del Estado-Nación chileno» (González Miranda, Maldonado & McGee, 1993, p. 55). Desde ese entonces, el internacionalismo obrero, solidario y clasista, construido históricamente a partir del contacto cotidiano y especialmente en los espacios laborales y el sincretismo cultural ahí surgido, una vez que el Estado chileno arrebató a Perú y Bolivia los territorios salitreros de Tarapacá y Antofagasta comenzó abruptamente a reconfigurarse y, a la postre, resquebrajarse (González Miranda, 1998; Artaza, 1998).

De este modo, el año 1907 no solo conllevó a un repliegue forzoso —desde el punto de vista cuantitativo— del movimiento obrero y popular tarapaqueño —y chileno en general—, que venía in crescendo con altos y bajos desde fines del siglo XIX —como han sostenido numerosos historiadores (Grez, 2001; DeShazo, 2008; Vitale, 1994; Godoy, 2009)—, sino también un retroceso o reflujo desde el punto de vista cualitativo (Artaza, 2006).

Las categorías de «patria» y «nación» en torno a la chilenidad permearon los discursos de los trabajadores salitreros. Así, desplazaron a las antiguas categorías «clasistas» y la rica y sana convivencia construida frente a la adversidad y hostilidad del trabajo obrero en las salitreras dio paso a la disputa violenta por plazas de trabajo entre individuos de diversas nacionalidades. Estas disputas estuvieron atravesadas por un contexto de crisis de la economía salitrera, que se agudizó año tras año a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial hasta su casi completa extinción.

Como ya hemos señalado, la identidad pampina, históricamente configurada en torno a categorías clasistas y obreristas (Artaza, 2005), tuvo su máxima expresión en la solidaridad internacionalista entre obreros de diversas nacionalidades (peruanos, bolivianos, argentinos y chilenos) al fragor de la huelga grande de 1907 en Iquique. Una vez finalizada la huelga esta solidaridad comenzó rápidamente a declinar debido a las consecuencias y proyecciones de la violencia ejercida por los aparatos coercitivos del Estado (Grez, 2001). Desde ese entonces, y coincidiendo con períodos de crisis diplomáticas con el Estado peruano —entre 1907 y 1912 y más tarde entre 1917 y 1922—, surgieron en Chile organizaciones nacionalistas denominadas «ligas patrióticas» (González, 2004), caracterizadas por su férrea hostilidad, racista y discriminatoria, contra los habitantes peruanos.

Las más recalcitrantes se formaron, precisamente, en la ciudad de Iquique y en las oficinas y cantones salitreros circundantes, lugares que constituyeron escenarios de violentos episodios de discriminación hacia los peruanos, los otrora «hermanos de trabajo» en la pampa desértica. Esta situación ofrecía una mayor contradicción debido a la génesis que registraba el mundo popular tarapaqueño, constituido como un crisol de nacionalidades. De hecho, los resultados del censo de 1907 demuestran que la población tarapaqueña estaba compuesta por miembros de 36 nacionalidades. En los puertos de embarque y en las salitreras, según ha señalado Sergio González, se hablaba castellano e inglés y entre grupos más específicos alemán, italiano, croata, quechua, aymara y chino cantonés (González Miranda, 1998, p. 95).

En Tarapacá, el fuerte impacto de las actividades productivas vinculadas al nitrato, que se desplegaban en esta agreste región, y sobre todo sus ingentes requerimientos de mano de obra, determinaron que la población tarapaqueña surgiera sobre la base de la fusión de quienes concurrieron a participar de este desafío, lo que generó un área de poblamiento común de trabajadores especialmente peruanos, bolivianos y chilenos. Esto se vio maximizado por el comportamiento exogámico de estos pobladores, como ha señalado Marcos Calle (2008, pp. 29-59), lo que acentuó la tendencia a conformar una sociedad pluriétnica y multicultural.

Así, para el período que nos ocupa, la presencia peruana tiende a ser inicialmente muy relevante, ya que de acuerdo al censo chileno de población de 1895, de un total algo superior a los 25 500 extranjeros en la provincia, 13 584 habitantes o el 53,2% eran peruanos, seguidos a lo lejos por los 5817 bolivianos, quienes representaban al 22,8% de los extranjeros¹. Para 1907, el total de los habitantes de Tarapacá llegaba a 110 036 habitantes, de los cuales 14 821 eran peruanos, es decir el 54,1%

¹ Censo Chileno de Población, 1895, p. 40.

de los extranjeros, mientras los bolivianos alcanzaban la cifra de 6700². A partir de esa fecha la población peruana inicia un descenso, y hacia 1920 los residentes en los departamentos de Pisagua y Tarapacá representaban una cifra cercana a un tercio de los que había casi tres quinquenios antes, y llegaban apenas a los 4788 habitantes —mientras los bolivianos mantenían su presencia en la región en torno a los 5977 habitantes³. De este modo resulta evidente la manera en que la cosmovisión internacionalista y la solidaridad obrera —fruto de esta diversa composición socio-cultural, pluriétnica y plurinacional—, sufrió una profunda fractura luego de los violentos sucesos ocurridos tras la cruenta represión estatal y patronal de diciembre de 1907.

Como han señalado González Miranda, Maldonado y McGee, el nacionalismo en Tarapacá:

[n]ació de las cenizas de esas organizaciones internacionalistas y se impuso por sobre la mixtura de nacionalidades que convivían en el mismo suelo de Tarapacá. Desde el período de dominio peruano, la clase obrera de Tarapacá fue trinacional al menos, y entre los grupos patronales predominaron las nacionalidades europeas, destacándose ingleses, alemanes, italianos y eslavos, además de chilenos y peruanos que nunca dejaron de tener gran importancia. Los peruanos dejaron de tenerla después de la persecución de la que fueron víctimas a manos de las Ligas Patrióticas (1993, p. 55).

Dichas organizaciones nacionalistas irrumpieron con mayor fuerza en Tarapacá hacia 1911, y el paradigma de la solidaridad y el martirio obrero compartido en la masacre de 1907 transmutó en xenofobia nacionalista, especialmente contra la población tarapaqueña de origen peruano (González Miranda, 1998). Este nacionalismo se potenció a través de los símbolos patrióticos reforzados por la escuela fiscal chilena (González Miranda, 1995).

La excepción a la regla la constituyeron las organizaciones anarquistas y socialistas tarapaqueñas —estas últimas sobre todo en su etapa inicial, antes de participar también del discurso nacionalista en su actividad política (Álvarez, 2003)— las cuales en más de una oportunidad sufrieron los violentos embates de las ligas patrióticas por denunciar, sin claudicar, las cobardías de los nacionalistas criollos.

En 1919 los miembros del periódico ácrata *El Surco* de Iquique, así como los redactores del periódico socialista *El Despertar* de los Trabajadores fueron hostigados, sus locales asaltados y sus imprentas empasteladas (Muñoz, 2011). Esta situación era cotidiana en Iquique desde 1911, y poco a poco comenzaba a naturalizarse e institucionalizarse, especialmente contra la prensa peruana editada en la ciudad-puerto.

² Censo Chileno de Población, 1907, pp. 44-45.

³ Censo Chileno de Población, 1920, p. 290.

De hecho, el día 26 de mayo de 1911, el intendente telegrafió al Ministerio del Interior para indicar que «anoche fue sigilosamente destruida la imprenta del diario peruano La Voz del Perú. [...]. Artículos injuriosos a Chile han originado este suceso»⁴. Esta información fue ampliada posteriormente por el prefecto de policía de Iquique, quien el 31 de mayo hizo llegar a la primera autoridad provincial un extenso informe. En esa oportunidad, el prefecto Almarza, al dar cuenta de lo ocurrido en la ciudad en los últimos días, le indicó con claridad que «el día 19 (de mayo) el administrador de la imprenta La Voz del Perú se había presentado a las 6 a.m. ante el oficial de guardia [...] exponiendo que al abrir la imprenta se había encontrado con las puertas forzadas y 22 cajas de tipos destinadas al trabajo de obras completamente empasteladas y cortadas las correas de la máquina de imprimir». Este ataque produjo solo daños menores que no impidieron que el periódico peruano continuara editándose en Iquique. lo que no debe sino haber causado indignación entre los agresores, quienes deseaban silenciar la prensa peruana en la localidad. La agresividad y persistencia de la actitud chilena, que tendía a silenciar a los órganos de expresión peruanos, se demuestra cuando el 22 de mayo la imprenta del interdiario La Unión Peruana «había sufrido la destrucción de la prensa de imprimir que tenía en la oficina de la calle de Vivar, único objeto que poseía». Hecho del que se tuvo información debido a que el personal policial encontró los restos de la maquinaria a pocas cuadras del lugar. A su vez, solo la vigilancia policial pudo evitar un nuevo ataque a La Voz del Perú, ya que «como medida precautoria» la policía iquiqueña estableció «la vigilancia de la imprenta, lo que se verificó los días 19, 20, 21, 22, 23, 24 y 25 inclusive». Sin embargo, «el día 26 a las 5:30 a.m. se presentó un empleado de la misma imprenta [...] exponiendo que al llegar al establecimiento había encontrado forzadas nuevamente las puertas y esta vez destruidas completamente sus máquinas y empasteladas todas las cajas»⁵.

A partir de 1911 estos sucesos se harían cada vez más cotidianos, e incluso tenderían a incrementarse hasta alcanzar su máxima expresión entre 1917 y 1922, ya que, como señala Sergio González Miranda, el incremento de la tensión entre los habitantes de la provincia se vio explicado por una gran diversidad de factores, entre los que destacaba la correlación entre esta tensión local y el aumento de la temperatura de las relaciones diplomáticas chileno-peruanas, que hacen crisis hacia 1911 en gran medida por el fracaso del protocolo Billinghamst-Latorre (González Miranda, 1998, p. 98).

⁴ «Telegrama del Intendente de Tarapacá al Ministro del Interior. Iquique, 11 de mayo de 1911». Archivo de la Intendencia de Tarapacá (en adelante AIT), 1911, vol. 10. *Copiador de telegramas, años 1909-1910*.

⁵ «Informe del Prefecto al Intendente de la Provincia. Iquique, 31 de mayo de 1911». AIT, 1911, vol. 36. *Notasa de la policía, año 1911*.

Ese documento establecía las bases de un acuerdo que estaba llamado a implementar una de las cláusulas del Tratado de Ancón, en lo relativo a plebiscitar la soberanía definitiva sobre Tacna y Arica, y que fue rechazado por el congreso chileno en 1901. De este modo se bloquea la solución propuesta mediante el protocolo y se desata un conflicto internacional creciente, que con posterioridad a la masacre de 1907 se traducirá en una serie de actitudes y comportamientos abiertamente xenófobos hacia el elemento peruano de la provincia.

Así, como sucediera en 1907 y se profundizara en los años posteriores, las crecientes repatriaciones de tarapaqueños peruanos introdujeron un cambio drástico en la composición social de la provincia. Tal como ha desarrollado Rosa Troncoso, estos movimientos se iniciaron a los pocos días de la matanza y estuvieron vinculados a las gestiones peruanas que tendían a proteger a sus connacionales que habían participado de la huelga. Las repatriaciones de peruanos tarapaqueños se intensificaron en el año crítico de 1911 y muy especialmente entre los primeros meses de 1919, oportunidad en que contando solo los meses de enero y febrero, un periódico de Lima informó de «la llegada de trece vapores procedentes de Iquique con 4449 repatriados» (Troncoso, 1998, p. 332).

Así, la realidad social tarapaqueña se vio profundamente alterada, ya que en un período relativamente breve se transformó tanto el panorama demográfico de la provincia como un sinnúmero de relaciones sociales que se desplegaban entre los habitantes de manera cotidiana, especialmente entre los trinacionales que componían el mundo popular de la provincia. La transformación operada en la región, si bien se explicaba por las variaciones —radicadas a veces muy lejos, en el campo de los vaivenes y tensiones propios de la alta diplomacia de los Estados involucrados—, también tenía un correlato en la cotidianeidad de los habitantes tarapaqueños, de familias divididas o atravesadas por el conflicto internacional, y de hermanos en el trabajo que comenzaron a generar nuevas formas y estrategias para resignificar el internacionalismo. A medida que intervenían nuevos elementos de crisis en la realidad regional, se tendía a establecer más distancia entre la cotidianeidad de esta vivencia popular —prevaliente por lo menos hasta 1907— con una elaboración preferentemente discursiva que a la vez que sofisticaba su contenido se alejaba de la vivencia internacional con que los tarapaqueños abordaban el trabajo y los desafíos colectivos que este le planteaba, pero que no era distinta de la forma en común que utilizaban para ocupar un espacio y constituirse como sujetos en él.

MOVILIZACIÓN SOCIAL Y ASOCIATIVIDAD POPULAR EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CLASE OBRERA TARAPAQUEÑA (1890-1907)

Desde el estallido de la primera huelga general en Chile —registrada en 1890 en Iquique— y con mayor recurrencia a partir de los primeros años de 1900, se verifica una etapa de intensa actividad reivindicativa por parte de las clases trabajadoras del país. Enmarcada dentro de la problemática económica y social que se denominó la «cuestión social» (Morris, 1967; Grez, 1995; Pinto, 1998, pp. 227-312), este período se encuentra signado por profundos conflictos que respondían a una mayor capacidad organizativa de las clases laboriosas, las que hacía años venían experimentando las ventajas de desplegar su acción de manera organizada y colectiva.

Entre los años finales del siglo XIX y primera década del siglo XX, no es solo la acción colectiva orientada hacia la movilización asumida por los sectores populares tarapaqueños el único aspecto que es preciso consignar. Paralelamente la región experimenta una intensa actividad asociativa, la que permite apreciar la forma en que se constituía en Tarapacá una identidad de clase. En este caso, ya sea en su carácter asistencial, propio de las sociedades de socorros mutuos; o más marcadamente sindical como en el de la sociedad mancomunal; o cultural y recreativo, como en las sociedades filarmónicas; el sentido que la asociación popular tiende a desplegar durante este período está profundamente marcado por su apremiante experiencia laboral (Artaza, 2006). Ante todo, la asociatividad popular tarapaqueña tiende a potenciar lo que Eduardo Devés ha denominado la cultura obrera ilustrada, donde el papel que le cabe a los trabajadores como clase es fundamental en la transformación de ellos mismos y de la sociedad local (Devés, 1991).

En Tarapacá, una vez superada la inestabilidad generada en la región por la huelga de 1890 primero, y la revolución de 1891 después, la asociatividad popular redefinió su orientación en un marcado sentido clasista. Al respecto, en el análisis de la actividad societal entre 1880 y 1895, Julio Pinto ha señalado que a partir de 1891:

[...] las asociaciones obreras tarapaqueñas experimentaron un salto exponencial, tanto en calidad como en número. Las pocas sobrevivientes del período anterior alcanzaron niveles inéditos de actividad y autonomía, mientras que en círculos previamente ajenos al espíritu asociativo comenzaron a surgir otras enteramente nuevas [...]. Tal vez más importante aún, el discurso societario ganó en autoridad, seguridad y afirmación de su identidad trabajadora [...] que hizo de las sociedades obreras un actor central de la vida tarapaqueña de los noventa (Pinto, 1994, p. 118).

Dicha constatación lleva a este autor a concluir que la transformación de las sociedades

se expresó en una postura más confiada, auto-afirmativa y clasista [...]. En todos los casos, la identidad de clase pasó a ocupar un papel definitorio y central. Hacia mediados de la década del noventa, el discurso de las sociedades tarapaqueñas era ya decididamente «obrerista» (p. 134).

Esa seguridad alcanzada es la que en 1902 se traduce en manifestaciones de autoafirmación de su identidad clasista, por parte de los trabajadores tarapaqueños, tales como «nos bastamos a nosotros mismos para resistir los avances del capital mal intencionado»⁶. Este discurso, en la coyuntura 1905-1907, potencia la formación de una identidad obrera y se identifica claramente en este contexto de ascenso de los movimientos sociales (Zapata, 2009, pp. 201-210).

El discurso obrero construido en relación a categorías clasistas permitió que las reivindicaciones laborales y la actividad huelguística en Tarapacá, hacia fines del siglo XIX y con más fuerza a inicios del siglo XX, se incrementaran considerablemente.

Desde 1890 y por lo menos hasta 1907, antecedendo el período crítico que se abre en 1905, la provincia venía experimentando una serie de dificultades debido a las duras condiciones de vida y trabajo de los sectores populares. Hasta el momento, la más completa recopilación de información respecto a las movilizaciones populares registradas en el norte grande durante el ciclo salitrero es la realizada hacia mediados del siglo XX por Floreal Recabarren (1954) sobre la base de algunos exponentes de la prensa regional. Ella, a su vez, ha servido de base a prácticamente todos los estudios sobre la movilización popular (Pizarro, 1986). Sin embargo, el recuento realizado por Recabarren adolece de algunas deficiencias que redundan en un amplio sub registro. Es por ello que sobre la base de una recopilación de material de prensa e información más amplia proveniente del Archivo de la Intendencia de Tarapacá y del Ministerio del Interior hemos podido identificar un importante número de movilizaciones que entre 1890 y 1907 se generaron en la provincia tarapaqueña. En ellas resalta el papel central que adquieren las movilizaciones huelguísticas derivadas por la posición que los trabajadores ocupaban en la estructura de clases y, especialmente, por la importancia que adquiere la reivindicación salarial entre los sectores populares de la provincia, transformándose en un elemento aglutinador de este actor social (Artaza, 2006). Ello nos ha permitido, en parte, ir bosquejando cómo se registra en esta provincia salitrera la constitución de una clase social, elemento trascendental que nos permite analizar la hecatombe de 1907.

⁶ «Rumores sin fundamento». *El Nacional*. Iquique, 31 de agosto de 1902.

En el periodo 1890-1907 se verifica un aumento considerable de la actividad huelguística en la provincia de Tarapacá. A partir de la información recopilada podemos sostener que entre 1890 y 1900, esta alcanza su cénit en dos momentos, 1894 y 1898, con diez movilizaciones en cada uno de esos años.

Ya entrado el siglo XX esta situación se profundiza considerablemente, especialmente entre 1900 y 1907. En 1901 se registran once eventos huelguísticos y en 1907, descontando la huelga que deriva en la masacre de la escuela Santa María de Iquique, se verifican 26 paralizaciones obreras, caracterizadas por las tensiones y fricciones suscitadas entre el capital y el trabajo⁷.

De esta forma podemos sostener que la huelga grande de 1907 no fue un hecho aislado sino que, por el contrario, está inserta en un contexto más amplio, nacional y regional: por una parte el intenso ciclo huelguístico verificado en el período 1903-1907, caracterizado por la precarización en las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares y la respuesta política organizada desde estos para hacer frente a su situación de menoscabo; por otra, el incremento del número de movimientos sociales tarapaqueños, expresión de los altos niveles de conciencia y asociatividad alcanzados por los trabajadores salitreros durante la primera década del siglo XX.

A lo largo del territorio nacional, en general, y en la región salitrera de Tarapacá, en particular, las organizaciones obreras no estaban imbuidas aún por las categorías nacionalistas que emergerán con fuerza en torno a la conmemoración del Centenario en Chile (1910), azuzadas por las tensiones y desavenencias limítrofes así como por los resquemores propios suscitados en los espacios de convivencia laboral y social en la región (González Miranda, 1998).

En Chile, a fines del siglo XIX, los conceptos de «patria» y «nación» se utilizaban indistintamente y no necesariamente el primero tenía directa relación con el segundo sino más bien, como señala Viroli (1997), existía una diferencia de fondo, epistemológica e ideológica, que asociaba el concepto de «patria» —y por extensión el de «patriota»— a supuestas cualidades «superiores» relacionadas con la honestidad, la perseverancia y la laboriosidad de los individuos y de los pueblos, como se consigna en la prensa oficial chilena; mientras que el concepto de «nación» tenía, según el autor, una connotación más bien «étnica» que trasmutaba en caso extremo en diferenciación y segregación entre individuos y grupos étnicos, ya que contraponía «otredades» dicotómica y violentamente. El autor señala al respecto que la diferencia está en el énfasis que cada uno le daba: para los patriotas, lo más importante era la república y la libertad que ella otorgaba, mientras para los nacionalistas el valor principal era la unidad espiritual y cultural del pueblo. La patria, en este último caso,

⁷ Ver el cuadro «Huelgas tarapaqueñas 1890-1907» en Artaza, 2006, p. 34.

sería el orden democrático, y la nación propende a la diferenciación por ser más «étnica», con las consecuencias violentas que ello puede acarrear.

En el imaginario identitario de los trabajadores pampinos dicha diferenciación fue variando a lo largo del tiempo y, poco a poco, el «patriotismo benevolente» —si es que pudiera ser denominado de esta forma— dio paso a una violencia nacionalista —incluso en miembros del mundo popular— fuertemente xenofóbica que varió en su intensidad en ciertos contextos específicos hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Según Pinto, Valdivia y Artaza (2003), la identidad nacional pampina se modificó en el contexto de la Guerra del 79 por las condiciones particulares en la que se desenvolvían los trabajadores chilenos. La «categoría» de inmigrantes en un medio hostil habría afianzado los lazos identitarios de los peones chilenos, entre ellos en un primer momento y después con los representantes estatales. Esto, sumado al triunfo en la guerra, los habría hecho más proclives al nacionalismo, lo que se reflejaría, por ejemplo, en los pliegos y demandas obreras posteriores a la guerra, amparados bajo un discurso de «justicia» que la «patria» debía a sus «hijos» por el sacrificio y la sangre derramada (Pinto, Valdivia & Artaza, 2003).

No obstante, es necesario señalar que el discurso y sentimiento nacionalista, cuando lo hubo, fue propio, particular y complejo, ya que no se trataba de la visión tradicional de la historiografía conservadora —que atribuye a los «rotos» un patriotismo inherente— sino que es posible establecer múltiples factores que de una u otra forma incidieron en la «reafirmación popular» desde una perspectiva nacionalista (Valdivia, 2004).

La Guerra del 79 y el recuerdo de la «heroica gesta», la guerra civil de 1891 y la situación irresoluta del problema fronterizo en el norte, actuarían como elementos catalizadores de una especie de «nacionalismo popular» que no estuvo exento de contradicciones, desavenencias y tensiones (Valdivia, 2004); al interior del mundo obrero, por un lado, y entre los trabajadores chilenos y la «nación» —entendida esta como sus representaciones e instituciones—por otro. Esta situación coadyuvó por extensión en la construcción de discursos y prácticas internacionalistas desde fines del siglo XIX entre trabajadores de distintas nacionalidades y grupos étnicos. El internacionalismo y la solidaridad obrera irrumpieron en Chile con el nacimiento del movimiento obrero organizado, específicamente en la provincia salitrera de Tarapacá, y ya venían siendo conceptualizados, desde el punto de vista teórico, desde mediados del siglo XIX, ligados a los planteamientos socialistas —comunistas y anarquistas— en Europa. Al igual que otras corrientes ideológicas, encontraron asidero en un contexto de profundas desigualdades sociales en las organizaciones de trabajadores salitreros.

Como señala Víctor Muñoz —parafraseando a Lewis Lorwin— los trabajadores pampinos asumieron el internacionalismo entendiéndolo como:

[...] la expresión máxima de la sociabilidad obrera cuya meta está orientada a la creación de una sola y gran patria universal. El medio para alcanzar esa gran unión humana estaría en la progresiva toma de conciencia por parte de los trabajadores de que su causa reivindicativa es una y misma en todo el mundo, y que las diferencias nacionales deben ser dejadas de lado en pos de solidaridad revolucionaria de todos los trabajadores del orbe. Pues solo de esta forma, es decir, universal, la Revolución Social puede ser tal (Muñoz Cortés, 2008, p. 17).

Dicho internacionalismo se expresó entre los trabajadores de los distintos oficios y nacionalidades que concurrieron masivamente a la huelga grande de Tarapacá en 1907, en la que asumieron un rol fundamental junto a sus hermanos en el trabajo. Por estas características se le puede considerar una huelga trinacional, ya que junto a los obreros chilenos, los peruanos —y en menor medida bolivianos— adquirieron un rol protagónico en su desarrollo y desenlace, y estaban incluso dispuestos a compartir sus trágicas consecuencias. En síntesis, el 21 de diciembre de 1907 no solo fueron asesinados obreros que reivindicaban derechos socio-laborales en Iquique sino también las prácticas internacionalistas, históricas y culturalmente construidas en la solidaridad y confraternidad del movimiento social tarapaqueño.

EL INTERNACIONALISMO OBRERO EN LA HUELGA GRANDE DE TARAPACÁ, DICIEMBRE DE 1907

Las asociaciones obreras tarapaqueñas, tempranamente politizadas a través de distintas vertientes, alcanzaron en 1907 un protagonismo inusitado (Artaza, 2006; Pinto & Valdivia, 2001), y junto al surgimiento de organizaciones sociales populares que sobrepasaban las prácticas más tradicionales del mutualismo y que llamaban al abierto enfrentamiento clasista con los patrones bajo la consigna de la «emancipación de los trabajadores», provocaron la violenta reacción de las autoridades locales, de los sectores patronales y del Estado, el que intervino preventivamente frente a las reivindicaciones de los trabajadores (Grez, 2001). Durante este periodo, la causa principal de descontento fueron las motivaciones socio-económicas relativas al ámbito laboral (Artaza, 2009, p. 56), lo que demuestra «el deterioro de las condiciones económicas y de subsistencia que comprometió a la sociedad popular al cambiar el siglo» (Garcés, 2003, p. 128).

Efectivamente, en las huelgas suscitadas en diversos puntos del territorio nacional durante el ciclo huelguístico 1903-1907, devenidas en grandes represiones y masacres, fueron recurrentes similares demandas obreras. A decir del historiador

Sergio González, el petitorio presentado en 1904 al presidente Germán Riesco por la Combinación Mancomunal Obrera, dirigida por Abdón Díaz, fue muy similar al presentado por el comité huelguista presidido por José Briggs al intendente don Carlos Eastman en diciembre de 1907 en la ciudad de Iquique (González Miranda, 1998, pp. 7-9).

En un contexto caracterizado por la ausencia de un sistema de regulación en las relaciones entre el capital y el trabajo (Yáñez, 1999) y donde los problemas que aquejaban a los trabajadores —y las huelgas que generaban— tenían directa relación con el empobrecimiento y carestía en sus condiciones de vida y laborales, a contrapelo del contexto global de bonanza y prosperidad para la clase dominante y el Estado (Artaza, 2009, pp. 205-206)—, el 4 de diciembre de 1907 estalla la huelga en la provincia de Tarapacá, inicialmente decretada por más de 300 trabajadores ferrocarrileros.

Frente al encarecimiento de los artículos de primera necesidad debido a la casi constante devaluación monetaria (cuyo tipo de cambio había descendido de 18 a 7 peniques de libra esterlina por peso) y en un escenario de profundas desigualdades y fricciones sociales ascendentes desde antes del cambio de siglo, los trabajadores movilizados exigieron pago en dinero legal (no en fichas); libertad de comercio para evitar abusos en las pulperías; estabilidad en los salarios utilizando como norma el equivalente a 18 peniques; protección en las faenas salitreras para evitar accidentes laborales; establecimiento de escuelas vespertinas financiadas por los patrones y diversos aumentos salariales (Devés, 1989).

Poco a poco, los trabajadores pampinos de diversas oficinas salitreras se fueron sumando a la paralización que iniciaron los ferrocarrileros y portuarios de Iquique. Así, el día 12 de diciembre, cuando la huelga iquiqueña comenzaba a flaquear, ante la negativa patronal frente a sus reivindicaciones los obreros de la oficina San Lorenzo paralizaron sus labores y, en comisión, se dirigieron al cercano establecimiento salitrero de Santa Lucía, donde incentivaron a sus operarios a parar también sus faenas. Esta situación que fue imitada días más tarde solidariamente por otros trabajadores, y la huelga se extendió a diversas oficinas de la árida pampa salitrera. En este contexto, los obreros pampinos concluyeron que para obtener respuesta debían bajar a Iquique, donde se encontraban los representantes de las compañías extranjeras que explotaban la riqueza del nitrato, arrebatada por Chile al Perú y a Bolivia durante la Guerra (Grez, 2001).

El día 15 de diciembre, ya en la ciudad de Iquique, y tras conversaciones con el intendente provisional Julio Guzmán, los trabajadores de la pampa expusieron públicamente sus demandas. En dicha oportunidad, la máxima autoridad regional, representante del Presidente de la República, se entrevistó con los voceros de

los trabajadores y de los patronos salitreros, tratando de conciliar y mediar en el conflicto suscitado. Ante la negativa de los primeros a retornar a la pampa salitrera, el Intendente los alojó en la escuela Santa María de Iquique con el compromiso de que se atenderían sus demandas a través de una «comisión obrera» que permanecería en busca una solución al conflicto.

Frente al ímpetu y decisión manifestados por los obreros de la pampa, los trabajadores de la ciudad les brindaron su apoyo y formaron un comité de unidad el día 16 de diciembre, el que aglutinó a los trabajadores del puerto y del interior en el denominado Comité Central Unido Pampa e Iquique. Esta organización dio acogida a aquellos gremios de trabajadores del puerto de Iquique que se solidarizaron con la paralización obrera pampina y sus demandas (Artaza, 1998, p. 24).

Espoloneado por el flujo de huelguistas casi interrumpido, el mismo día 16 las autoridades locales decretaron el estado de sitio para impedir el arribo a la ciudad de más trabajadores pampinos, que venían marchando desde sus oficinas y cantones salitreros. Paralelamente la ciudad comenzó a ser sitiada por efectivos militares, y fue cuestión de tiempo para que arribara a Iquique a reanudar sus funciones el intendente Carlos Eastman, esta vez acompañado por el general Roberto Silva Renard.

El 19 de diciembre, el intendente Carlos Eastman se entrevistó por separado con los líderes de la huelga y con los dirigentes de la Combinación Salitrera, organismo gremial representativo de la patronal. Aunque los empresarios dijeron estar dispuestos a estudiar las peticiones obreras, se negaron a discutir las bajo la presión que significaba para ellos la presencia de los huelguistas en el puerto, porque declararon: «Si en esas condiciones accedieran al todo o parte de lo pedido por los trabajadores perderían el prestigio moral, el sentimiento de respeto que es la única fuerza del patrón respecto del obrero»⁸.

Al día siguiente el mismo intendente Eastman se encargó de comunicar este planteamiento verbalmente al comité huelguista:

Les manifesté que los salitreros no desoían sus peticiones, pues estaban dispuestos a considerarlas en las mejores condiciones posibles de convivencia y equidad para unos y otros; pero pedían que los trabajadores volvieran á la pampa para que los representara un Comité más o menos numeroso y de la absoluta confianza de los huelguistas⁹.

⁸ «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior. Iquique, 26 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274, doc. 1918. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

⁹ «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior. Iquique, 26 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274, doc. 1918. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

Ante las negativas patronales, que argumentaban que la solución del conflicto no podía —ni debía— reducirse solamente a una cuestión de dinero sino que lo que estaba en juego era el «prestigio moral» y la «autoridad» de los propietarios, los obreros paralizados formularon una nueva propuesta, orientada a buscar una solución pacífica a la huelga. El intendente Eastman, en su informe al ministro del Interior Rafael Sotomayor, relató de la siguiente forma la proposición elaborada por el comité huelguista, el que:

Proponía la idea de que se aumentaran los jornales en un sesenta por ciento durante un mes, tiempo que estimaban suficiente para que el Comité General de los trabajadores estudiara y resolviera con los salitreros la resolución definitiva sobre las diversas peticiones anotadas en el memorial¹⁰.

Pero ya era demasiado tarde y los hechos se precipitaron. Los patrones cerraron filas y se negaron a negociar en tal contexto de presión obrera. El sábado 21 de diciembre, desde temprano, se reanudaron las conversaciones entre las autoridades locales y los representantes de los trabajadores y patrones salitreros, por separado. Los directores de la Combinación Salitrera rechazaron la nueva propuesta obrera, mostrándose inflexibles en su postura. Esta situación radicalizó las posiciones al interior del mundo popular y generó sentidas declaraciones.

Tras las sucesivas negativas de los empresarios, los obreros suspendieron las conversaciones con la autoridad regional y faltando algunos minutos para las dos de la tarde del 21 de diciembre, el general Silva Renard se hizo presente en las inmediaciones de la escuela Santa María de Iquique, describiendo de la siguiente forma el escenario previo a la masacre obrera:

Al llegar a dicho sitio [la Plaza Montt], ví que la Escuela Santa María de Iquique que ocupa toda la manzana sur de la plaza estaba repleta de huelguistas presididos por el titulado Consejo Directivo de la Huelga, instalado en la azotea con frente a la Plaza y en medio de banderas de los diversos gremios y naciones¹¹.

A esta situación también hizo alusión un obrero peruano, actor y testigo de los hechos del 21 de diciembre, de la siguiente forma:

Una vez formados, el general les dirigió una arenga en la cual les manifestó la necesidad de que cada soldado «cumpliera con su deber (!)».

¹⁰ «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior. Iquique, 26 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274, doc. 1918. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

¹¹ «Informe del general Roberto Silva Renard al intendente provisional Julio Guzmán García. Iquique, 22 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

A las voces de mando las tropas se pusieron en marcha hacia la plaza Santa María (*sic*).

En el local de la Escuela flameaban al tope las banderas chilena, peruana y boliviana. Los huelguistas asomaban sus cabezas por las puertas y ventanas y techos del local.

En esos momentos llegaron las tropas. El general de la arenga exigió de los huelguistas el abandono del local y su traslación al hipódromo¹².

Y es que, como hemos señalado, la amplia presencia de trabajadores peruanos, bolivianos y chilenos en Tarapacá era parte fundamental de la composición y configuración sociocultural de la clase obrera de provincia, y sin duda jugaron desde fines del siglo XIX un rol preponderante no solo en el ingente desarrollo de la asociatividad popular local sino también en los movimientos políticos y sociales, en tanto se involucraron activamente en los conflictos entre el capital y el trabajo, solidarizando y haciendo suyas, desde una perspectiva clasista, el conjunto de las demandas obreras. La huelga grande de diciembre de 1907 no fue la excepción, sino precisamente la más clara expresión de esta tendencia.

El informe remitido por Alfredo Syers Jones —administrador del hospital y lazareto de Iquique— al intendente de Tarapacá, el 10 de enero de 1908, indicaba el estado en que se encontraba el conjunto de heridos producto de la represión a la huelga, atendidos por las unidades de su cargo. Las 202 personas eran 62,9% chilenos y 26,7% peruanos, seguidos por un 9,9% de bolivianos y solamente un argentino¹³. Así también quedó consignado en la prensa de la época, tras la masacre (Devés, 1989), ya que como señalara un obrero peruano, testigo de los luctuosos sucesos, al ser entrevistado en la ciudad del Callao:

Minutos antes de comenzar la hecatombe nuestro cónsul les visitó en el local de la escuela Santa María y les invitó a abandonar a sus compañeros; pues las tropas iban a hacer fuego sobre ellos.

— «No les dejaremos en la hora del peligro», le contestaron.

Y se quedaron allí, sabiendo como sabían, que iba a ser la muerte el precio que iba a abonarse a su lealtad.

En el local de la escuela Santa María nuestro pabellón cubría los despojos de nuestros compatriotas¹⁴.

¹² *La Patria*, 9 de enero de 1908. Iquique.

¹³ «Informe del administrador del hospital y lazareto de Iquique al intendente de Tarapacá. Iquique, 10 de enero de 1908». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274. *Varias autoridades, decretos y notas*. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

¹⁴ *La Patria*, 9 de enero de 1908. Iquique.

El cónsul peruano en Chile, Manuel María Forero, rectificando las informaciones aparecidas en *La Prensa* de Lima respecto de su papel y el de sus compatriotas en la huelga, señaló públicamente su versión de los hechos:

Las apreciaciones de ustedes sobre los últimos sucesos, basadas en informaciones erróneas de su corresponsal, han producido dolorosa impresión en Iquique y principalmente en la colonia peruana.

Desde el primer momento obtuve del Supremo Gobierno del Perú todas las autorizaciones que solicité para alivianar la situación de nuestros connacionales. Cinco mil peruanos figuraban entre los huelguistas; pero hay más de nueve mil familias de la misma nacionalidad que residen en Iquique, las que, a su vez, pidieron garantías al cónsul contra la probable cólera de quince mil personas contrariadas en su propósito.

En tal conflicto la conducta del cónsul estaba bien determinada; sin embargo, después de tranquilizar a aquellas con las contestaciones de la autoridad, me impuse la tarea de salvar del conflicto a los mismos huelguistas. Previo el permiso del intendente, me trasladé a la escuela Domingo Santa María, les supliqué depusieran su actitud subversiva, pero fue en vano mi intento, mis reflexiones se estrellaron contra su inquebrantable obstinación.

Nuestros compatriotas quisieron guardar lealtad a sus compañeros hasta el último instante y no aceptaron la autorización de retirarse que, en mi presencia, las concedió el directorio.

Momentos después de recibida mi contestación por el señor intendente, las fuerzas se dirigieron al lugar de la escuela, y durante una hora y tres cuartos, los altos jefes de la marina y del Ejército, hasta el mismo general agotaron todos los medios de persuasión, hasta la súplica; pero todo inútil¹⁵.

El dirigente ácrata Luis Olea Castillo, en un registro diferente, militante y testimonial, en su «Carta Abierta de Luis Olea. Versión autorizada de los luctuosos sucesos del 21 de diciembre», publicada en tres partes en el periódico demócrata *El Pueblo Obrero*, corroborando lo señalado por el cónsul peruano sostuvo:

Se presentó el señor Cónsul del Perú, don Manuel María Forero, quien ofreció sus buenos oficios a los huelguistas, y manifestó que deseaba imponerse de la participación de sus connacionales en el movimiento, para atenderlos como era su deber.

El comité le contestó agradeciéndoles sus oportunos oficios en aquellos momentos de ansiedad, en que temían ser atropellados en el ejercicio de sus derechos,

¹⁵ *El Mercurio*, 5 de enero de 1908. Santiago.

y le rogaron que intercediera ante el señor Intendente para cablegrafiar directamente al Presidente de la República, para que no se atropellarán las leyes, el derecho y la Constitución, a cuyo amparo los obreros ejercitaban sus derechos, y que en cuanto a los datos que deseaba respecto de sus connacionales, podían los peruanos allí presuntos ilustrar mejor que nadie el criterio del señor Cónsul¹⁶.

Acto seguido de la intervención del Cónsul, según el relato del dirigente obrero José Santos Morales, tesorero del comité huelguista, habría sido interpelado por uno de los delegados, quien le expresó:

Señor Cónsul, aquí todos somos obreros y las distintas nacionalidades argentinas, peruanas, bolivianas y chilenas, forman una sola masa, para hacer una petición ordenada y justa. Confiamos en que se nos atenderá debidamente, y no podemos imaginarnos que en centro de una población como Iquique, pueda abusarse con nosotros, cuando secundamos a las autoridades en el sostenimiento del orden público. Pero si las autoridades quisieran acometer contra nosotros, esperamos resignados sus resoluciones y es voz pública entre sus connacionales que están dispuestos a correr con nosotros la misma suerte (citado en Bravo-Elizondo, 2007, p. 220).

Ante la increpación, el cónsul peruano, Forero, habría expresado que le agradaba esa muestra de solidaridad obrera, pero que no obstante cumplía con su deber al dar ese paso y que no dudaba de un arreglo equitativo, dada la justicia del reclamo y el orden en que se conservaban. Añadió que, por su parte, les ofrecía sus buenos oficios y que tendría el mayor gusto en servirlos y atenderlos. A estas palabras siguieron las aclamaciones llenas de entusiasmo, así para el señor Forero, como para los obreros peruanos y bolivianos (Bravo-Elizondo, 2007, p. 221).

Tras la hecatombe, como fue caracterizada la acción represiva de las fuerzas militares comandadas por el general Silva Renard, quien ordenó a la tropa abrir fuego sobre los manifestantes que estaban alojados en las inmediaciones de la escuela Santa María de Iquique y la Plaza Montt, comenzó el éxodo no solo de los huelguistas chilenos, sino también de los peruanos y bolivianos. Este retorno se verificó inmediatamente ocurrida la masacre. Según informó el propio general Silva Renard, el 21 de diciembre de 1907 «numerosos ciudadanos chilenos se han presentado también a los consulados argentino, peruano y boliviano, solicitando pasajes para dirigirse a esas repúblicas» (Bravo-Elizondo, 2007, p. 164). Esta expatriación forzosa no estuvo exenta de duras críticas, como se puede apreciar en el poema titulado «Sin patria y sin bandera», de Arturo Segundo Encalada, delegado de la Oficina

¹⁶ *El Pueblo Obrero*, 7 de abril de 1908. Iquique.

Santa Ana y partícipe de la huelga, publicado en el periódico *El Pueblo Obrero* unos meses más tarde:

*De esta nación sin honor
tendrán todos que emigrar,
para poder protestar
del gobierno y el rigor
en el arte de matar,
por lo cual declaro al mundo que ya estoy desengañado,
y contra la patria airado
digo con odio profundo
de ti me voy expatriado.
Pues, mi patria y sus leyes
Solo son ardid y engaño
Con q' el burgués a su amaño
Nos explota como bueyes
En sometido rebaño;
Yo invito a la rebeldía
A la república entera,
Para que adjure sincera
De su torpe idolatría
Renegando la bandera¹⁷.*

Para el caso de los huelguistas de nacionalidad peruana, Silva Renard señaló: «En el tren de hoy subieron a la Pampa 580 ciudadanos peruanos, a quienes les dio pasajes el señor cónsul del Perú. Se cree que muchos regresarán con sus familias para dirigirse a su patria» (Bravo-Elizondo, 2007, p. 164). Un mes después de los luctuosos sucesos de Iquique, se informaba en el periódico *El Pueblo Obrero*:

Sin lugar á duda, es casi seguro que dentro de pocos meses más las oficinas salitre-ras atravesaran por uno de los períodos más críticos desde su existencia, á causa de la escasez de brazos.

Los trabajadores bolivianos y peruanos están dispuestos á irse todos á sus patrias respectivas, por más que ahora se les alague y se les ofrezca como siempre, este mundo y el otro.

Hay oficinas que antes elaboraban 10 y 15 fondadas diarias, hoy día no alcanzan á elaborar ni la mitad, pues el reducido número de trabajadores con que cuentan por más que revienten no dan á decir más.

¹⁷ *El Pueblo Obrero*, 16 de abril de 1908. Iquique.

Los pueblecitos de la pampa están totalmente arruinados, las casas de comercio que habían en ellos soportan una crisis tremenda, insostenible que obligará también a muchos propietarios de ellos a emigrar a otra parte.

Así es que el malestar general, por más que se quiera ocultar, lleva visos de seguir adelante y con caracteres más apremiantes para la provincia y principalmente para la Nación, pues, no tardará mucho en que las crecidas sumas que se percibían por exportación de salitre, se reducirán a menos de la mitad¹⁸.

De esta forma la provincia de Tarapacá, otrora crisol de nacionalidades, desde 1907 comenzó a expulsar a los obreros peruanos y en menor medida a los bolivianos. Desde ese entonces y con mayor fuerza desde 1911, la chilenuzación compulsiua comenzó a instalarse como discurso y como práctica (González Miranda, 2004), mientras que el internacionalismo y la solidaridad obrera mutaron en un discurso más que en su vivencia práctica.

EL IMPACTO DE LA MASACRE DE LA ESCUELA SANTA MARÍA DE IQUIQUE: ENTRE EL TÉRMINO Y LA REORIENTACIÓN DEL INTERNACIONALISMO OBRERO

La masacre de la escuela Santa María de Iquique evidenció las precarias condiciones de vida y laborales de la sociedad popular tarapaqueña al despuntar el siglo XX, así como la indiferencia de las clases dominantes y del Estado, que se limitaron ciegamente en sus funciones, procurando mantener el orden social solo a través de la represión a los trabajadores, acallando por la fuerza sus justas peticiones y negando el papel de la sociedad popular en tanto sujetos políticos. Paradojalmente, su misma brutalidad permitió un viraje por parte del Estado en el tratamiento de la problemática situación de la cuestión social, en tanto su impacto provocó una «aceleración en el diseño e implementación de nuevas políticas de la clase dirigente», la que en lo sucesivo tendió a consensuar un esfuerzo encaminado hacia la integración o la cooptación del mundo del trabajo por medio de mecanismos como la asistencialidad y la incipiente legislación social (Grez, 2001, pp. 279-280).

Como ha destacado ampliamente la historiografía (DeShazo, 2008, caps. 4-5; Recabarren, 1954, pp. 232-296; Ortiz, 1985, p. 197; Salazar, 1994, p. 70; Artaza, 2006, pp. 145-148), la violenta reacción de las autoridades nacionales y provinciales tras los acontecimientos huelguísticos iquiqueños sumió al movimiento popular en un oscuro letargo, desarticulándolo y fragmentándolo a través de la persecución de sus principales líderes y sus organizaciones, y generando su debacle a nivel nacional hasta los primeros años de la década siguiente. Según Vitale, «la masacre de Iquique

¹⁸ *El Pueblo Obrero*, 30 de enero. Iquique.

abrió un período transitorio de retroceso en la lucha proletaria» que varios investigadores «estiman que esa fase se prolongó hasta 1915 aproximadamente», aunque para él, y sin precisar con exactitud, ese retroceso sería menor (Vitale, 1994, p. 101). En todo caso, y gracias a las informaciones de Jorge Barría, revisando someramente las cifras de movimientos populares, sean estos huelgas, mítines, manifestaciones obreras, etcétera, es claro que con posterioridad a los sucesos de Iquique se genera un relativo repliegue del movimiento popular y de sus manifestaciones. Según estos datos, entre 1900 y 1912 se percibe un primer aumento fuerte en las manifestaciones obreras que tendrá su cima en 1907 para caer drásticamente en los años siguientes y reactivar esa tendencia solo hacia 1911 (Barría, 1953).

Luego de esta constatación intentaremos precisar las características complejas y a veces contradictorias en que la matanza constituyó un punto de inflexión respecto de la práctica y, especialmente, de la vivencia del internacionalismo entre los otrora hermanos del trabajo, ya que con posterioridad a estos luctuosos sucesos se introdujeron profundas modificaciones en el comportamiento de las organizaciones obreras de la provincia y del movimiento popular en general. Estas se dieron en un contexto de profunda polarización de las relaciones internacionales, que en la zona se vieron acompañadas del proceso de chilenización compulsiva que durante la década de 1910 coincidió además con un acrecentamiento paulatino de las crisis salitreras que además de reducir un mercado laboral característicamente expansivo, prefiguraban la crisis final de la industria (González Miranda, 2004).

Este contexto adverso redundó en una profunda transformación de la sociedad tarapaqueña en su conjunto, pero especialmente de sus sectores populares, ya que como lo demuestran los datos censales del año 1920, la magnitud de las sucesivas repatriaciones de peruanos tarapaqueños y el menos significativo pero importante retorno de bolivianos, determinaron que la chilenización implicara una drástica disminución de la presencia extranjera en la provincia, o lo que es lo mismo, una merma en lo que otrora fue la base de su riqueza multicultural. Ello se tradujo en una caída de la participación peruana y, en menor medida boliviana, tanto en la composición del mundo popular tarapaqueño como de su participación en las organizaciones internacionalistas de trabajadores, lo que redundaba a su vez en una chilenización de la vida cotidiana de la provincia. Bajo esta situación, así como la trinacionalidad en la composición del mundo obrero de Tarapacá dejaba de ser una realidad, la chilenización compulsiva la volvía un mal recuerdo.

Adicionalmente, y en lo que respecta al internacionalismo obrero tarapaqueño, lo anterior tiende a desplegarse en un doble proceso: por un lado, la penetración de un nacionalismo popular entre los miembros chilenos de la sociedad regional.

Esto explica la participación de este sector en episodios como los ocasionados por las ligas patrióticas, puesto que los sectores populares de la provincia comenzarían a fluctuar entre una mayor o menor radicalidad —chauvinista o xenófoba—; de otro lado, el incremento en la politización popular, especialmente en las organizaciones de trabajadores, lo que significa una transformación en las formas de entender el sentido y dirección de la acción colectiva tarapaqueña. Ya se ha insistido en la forma en que la matanza de Santa María de Iquique actuó —a pesar del repliegue posterior del movimiento social provincial— como un estímulo poderoso al reforzamiento de su politización (Artaza, 2006), pero ahora importa destacar que este proceso popular se desarrolló, probablemente sin desearlo, sobre la base del cambio registrado en la composición social de la clase obrera que transitaba este camino a la politización y el redireccionamiento que implicaba aceptar participar de un sistema político construido exclusiva y excluyentemente para los miembros del Estado nación chileno. Esto implicaba una compleja reelaboración del rol del internacionalismo dentro de las estrategias adoptadas por la politización de la clase obrera chilena, la que tendía a distanciarse crecientemente de la vivencia trinacional que caracterizó anteriormente a la sociedad popular tarapaqueña.

Los únicos elementos del movimiento popular que no comulgaron con la politización enmarcada en parámetros institucionales, electoralistas y exclusivamente nacionales, que emergen con fuerza tras la masacre de la escuela Santa María de Iquique, fueron los anarquistas, quienes desde fines del siglo XIX —a nivel nacional y en la región salitrera— habían desarrollado una forma de hacer «política» marcadamente supranacional y antiestatal, operando desde fuera de las lógicas de la representatividad democrática y de los límites nacionales. Tempranamente, y por largo tiempo, propugnaron un acentuado internacionalismo obrerista que no solo practicaron a nivel discursivo y organizativo sino también desde el punto de vista de las redes de solidaridad y hermandad que tejieron entre individuos de indistintas nacionalidades, más allá de las fronteras del Estado-nación chileno, que poco a poco y pese a sus ácidas críticas se fue consolidando. Dentro de sus concepciones, la revolución debía inexorablemente ser universal, en tanto el régimen capitalista oprimía por igual a chilenos, peruanos y bolivianos. La nacionalidad era lo de menos. Según los anarquistas se debía avanzar orgánicamente por la constitución de un discurso marcadamente obrerista e internacionalista. Para ello, la solidaridad y la unión clasista, sin distinción de nacionalidad, eran fundamentales para que los oprimidos se emanciparan. Consideraban además que las fronteras de los Estados nacionales no eran más que artificios creados por las clases dominantes para mantenerlos segregados de sus hermanos de sufrimiento. De este modo, las fronteras debían ser eliminadas

y la humanidad unida en un solo y cohesionado bloque lograría vencer a los pilares que sustentaban al sistema de dominación, caracterizado fundamentalmente en la política electoralista, uno de sus principales enemigos. Para los anarquistas, la idea de la «gran patria universal» alentaba a los obreros a hermanarse con los desheredados, sin importar su nacionalidad. No obstante, y a pesar de su majadera insistencia, la politización popular siguió otros derroteros y los planteamientos internacionalistas anarquistas fueron marginales y minoritarios pero no por eso menos consecuentes.

El gran desafío popular luego de la masacre consistió en forjar una nueva unión obrera, la cual debía fortalecerse sobre la base de la articulación de clase, pero la que, dada la nueva composición social en la provincia y el impacto de la chilenización en la zona, era cada vez más excluyentemente chilena. Como señalara claramente el periódico demócrata *La Reforma* al preguntarse cómo proceder en este nuevo escenario:

¿Debemos entonces apelar a los comicios públicos...? ...¡No y siempre no, ni lo pensemos! Pobre de nosotros si tal hiciéramos...!! Allí estarían las puntas de los sables y la boca de los cañones, para acallar nuestra osadía y acallar nuestra justa y santa protesta, por orden de nuestros gobernantes seríamos asesinados como lo fueron nuestros hermanos del norte. ¿Qué debemos hacer? ¿Implantar la revolución social a que nos obligan? No, porque sería desastroso para nuestra santa causa; ellos tienen todas las armas y garantías para combatir... No pensáis que sería más noble, más fraternal aunar nuestros esfuerzos en bien de la unificación obrera del país, formando un solo partido capaz de contrarrestar a los partidos burgueses que se han entronizado en el poder y por este medio poder algún día no lejano implantar el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, o sea, la representación genuina de los obreros. ¿Por qué no dejamos de un lado los antagonismos que han sido y son los principales causantes de nuestras desgracias y que nos llevan a la ruina y nos esforzamos por formar un partido poderoso... ya se llame partido obrero, demócrata o socialista, o como quiera llamársele, que el nombre poco importa siempre que formen parte de él todos los obreros que deseen el bienestar en clase?¹⁹

Este llamado a la unión proletaria no solo provino de los sectores demócratas. Las dos fracciones en que estaba dividida la democracia y la mayor parte del movimiento mancomunal buscaron un estrechamiento de los vínculos entre los trabajadores chilenos. En abril de 1908, *El Trabajo* de Iquique convocaba a sus compañeros señalando: «Acudid, pues, sin excepción, todos los compañeros a impulsar la obra de la Unión, a fortalecer la voz de *El Trabajo*, para que ella se mantenga potente en defensa

¹⁹ *La Reforma*, 18 de enero de 1908. Santiago.

de los comunes intereses de los que trabajan y producen»²⁰. Con ello quisieron mostrar que a partir de estos sucesos los sectores populares ven la necesidad de articular la unidad del proletariado nacional, que comienza a dar frutos con relativa rapidez ya que en 1912 logra constituirse en Tarapacá, tradicionalmente sindicada como expresión de madurez del movimiento obrero chileno, el Partido Obrero Socialista, una organización política de clase que adquirirá un fuerte protagonismo a nivel nacional (Ramírez, 1984; Grez, 2011).

Es así como a medida que avanzamos en los años iniciales del siglo XX, los distintos patrones adoptados por la politización popular, tanto en su vía orientada a la negociación e integración como en la vía rupturista, tienden crecientemente a participar y referenciarse dentro de un registro nacional (Pinto & Valdivia, 2001, pp. 10-11). Si la huelga iquiqueña de 1907 pudo ser una acción popular trinacional, lo fue porque se situaban colectivamente, como hermanos en el trabajo, frente a un actor común. Hasta esa ocasión, el enemigo de la clase obrera trinacional eran los patrones, el capital. Posteriormente, bajo las pautas predominantes de la rearticulación del movimiento obrero chileno, que avanzaba en su politización, el enemigo preferente que había que derrotar gracias al apoyo ciudadano y electoral, sería el Estado-nación, dentro del cual peruanos y bolivianos dejaban de ser hermanos para pasar desgraciadamente a ser un otro.

BIBLIOGRAFÍA

- AIT-Archivo de la Intendencia de Tarapacá, Iquique (1911a). Copiador de Telegramas, Años 1909-1910, «Telegrama del Intendente de Tarapacá al Ministro del Interior», Iquique, 26 de mayo de 1911. AIT, vol. 10.
- AIT-Archivo de la Intendencia de Tarapacá, Iquique (1911b). Notas de la Policía, Año 1911, «Informe del Prefecto al Intendente de la Provincia», Iquique, 31 de mayo de 1911. AIT, vol. 36.
- Álvarez Vallejos, Rolando (2003). ¡Viva la revolución y la patria! Partido Comunista de Chile y nacionalismo! (1921-1926). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 2(7), 25-44.
- ARNAD FMI Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio del Interior (1907a). «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior», Iquique, 26 de diciembre de 1907. Volumen 3274, Documento 1918.

²⁰ *El Trabajo*, 4 de enero de 1908. Iquique.

- ARNAD FMI Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio del Interior (1907b). «Informe del general Roberto Silva Renard al Intendente Provisional Julio Guzmán García», Iquique, 22 de diciembre de 1907. Volumen 3274.
- ARNAD FMI Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio del Interior (1908). Varias autoridades, Decretos y Notas, «Informe del Administrador del Hospital y Lazareto de Iquique al Intendente de Tarapacá», Iquique, 10 de enero de 1908. Volumen 3274.
- Artaza Barrios, Pablo (1998). El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá. *Cuadernos de Historia*, 18, 169-227.
- Artaza Barrios, Pablo (2004). Del internacionalismo clasista a la xenofobia nacionalista. Participación popular en las Ligas Patrióticas de Tarapacá en 1911. *Dimensión Histórica de Chile*, 19, 113-148.
- Artaza Barrios, Pablo (2006). *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*. Concepción: Escaparate.
- Artaza Barrios, Pablo (2008). Movilización y asociatividad popular: dos facetas del papel de la clase en la configuración de la identidad pampina (Tarapacá, 1890-1907). *Travesía, Revista de Historia Económica y Social*, 10/11, 45-72.
- Barría Serón, Jorge (1953). *Los movimientos sociales a principios del siglo XX*. Santiago: Universidad de Chile.
- Bravo Elizondo, Pedro (2007). *Santa María de Iquique. 1907: documentos para su historia*. Iquique: Campvs.
- Calle Recabarren, Marcos (2008). Peruanos, bolivianos y argentinos en Tarapacá según sus pautas matrimoniales: ¿pluralismo cultural o crisol de razas? 1885-1910. *Revista de Ciencias Sociales* 21, 29-59.
- Comisión Central del Censo (1908). *Censo de la República de Chile levantado el 28 de noviembre de 1907*. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- DeShazo, Peter (2008). *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile, 1902-1927*. Santiago: Dibam.
- Devés Valdés, Eduardo (1989). *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907*. Santiago: Documentas.
- Devés Valdés, Eduardo (1991). La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico. *Mapocho*, 30, 127-136.
- Dirección General de Estadística (1925). *Censo de población de la República de Chile levantado el 15 de diciembre de 1920*. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

- Garcés Durán, Mario (2003). *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago: Documentas y ECO.
- Godoy Sepúlveda, Eduardo (2009). 1907 (Iquique) y 1913 (Valparaíso): Debacle y rearticulación. Dos hitos en la historia del movimiento obrero-popular chileno. En Pablo Artaza Barrios, Sergio González Miranda y Susana Jiles Castillo (eds.), *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique* (pp. 253-270). Santiago: Lom.
- González Miranda, Sergio (1991). *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el Ciclo del Salitre*. Iquique: Taller de Estudios Regionales.
- González Miranda, Sergio (1995). El poder del símbolo en la chilenización de Tarapacá. Violencia y nacionalismo entre 1907-1950. *Revista Ciencias Sociales*, 5, 43-58.
- González Miranda, Sergio (1998). De la solidaridad a la xenofobia: Tarapacá 1907-1911. En Pablo Artaza Barrios y otros, *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 93-118). Santiago: Dibam, Lom, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Arturo Prat.
- González Miranda, Sergio (2004). *Dios cautivo: las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá, 1911-1922*. Santiago: Lom.
- González Miranda, Sergio, Carlos Maldonado Prieto & Sandra McGee Deutsch (1993). Las Ligas Patrióticas. *Revista de Ciencias Sociales*, 2, 54-72.
- Greztoso, Sergio (1995). *La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago: Dibam.
- Greztoso, Sergio (2001). La guerra preventiva: Santa María de Iquique. Las razones del poder. *Mapocho*, 50, 271-280.
- Greztoso, Sergio (2011). *Historia del comunismo en Chile: la era de Recabarren (1912-1924)*. Santiago: Lom.
- Morris, James (1967). *La elite, los intelectuales y el consenso*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Muñoz Cortés, Víctor (2008). «Guerra y patria obrera: trabajadores, nacionalismo e internacionalismo en los conflictos fronterizos de Chile con Argentina y Perú (1898-1922)». Informe de Seminario de Grado. Licenciatura en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Muñoz Cortés, Víctor (2011). *Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Reboisio (1914-1920)*. Santiago: USACH.
- Oficina Central de Estadística (1900). *Séptimo Censo Jeneral de la población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895*. Valparaíso: Imprenta El Universo.
- Ortiz Letelier, Fernando (1985). *El movimiento obrero en Chile, (1891-1919). Antecedentes*. Madrid: Michay.

- Pinto Vallejos, Julio & Verónica Valdivia Ortiz de Zárate (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago: Lom.
- Pinto Vallejos, Julio (1994). En el camino de la Mancomunal: organizaciones obreras en la provincia de Tarapacá, 1885-1895. *Cuadernos de Historia*, 14, 45-72.
- Pinto Vallejos, Julio (1998). *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. Santiago: USACH.
- Pinto Vallejos, Julio; Verónica Valdivia Ortiz de Zárate & Pablo Artaza Barrios (2003). Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890). *Historia*, 36, 275-332.
- Pizarro Contador, Crisóstomo (1986). *La huelga obrera en Chile*. Santiago: Sur.
- Ramírez Necochea, Hernán (1984). *Origen y formación del Partido Comunista (Ensayo de historia del Partido)*. Moscú: Progreso.
- Recabarren Rojas, Floreal (1954). *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta (1884-1913)*. Memoria inédita.
- Salazar Vergara, Gabriel (1994). Luis Emilio Recabarren y el Municipio en Chile (1900-1925). *Revista de Sociología*, 9.
- Troncoso de la Fuente, Rosa (1998). Peruano en Tarapacá y chileno en Lima: el caso de los tarapaqueños peruanos repatriados, 1907-1920. En Pablo Artaza Barrios y otros, *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 329-336). Santiago: Dibam, Lom, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Arturo Prat.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (2004). Por los fueros de la patria: ¿qué patria? Los trabajadores pampinos en la época del Centenario. *Si Somos Americanos*, 5.
- Viroli, Maurizio (1997). *Por amor a la patria. Un ensayo sobre el patriotismo y el nacionalismo*. Madrid: Acento.
- Vitale Cometa, Luis (s/f). *Interpretación marxista de la historia de Chile*. Volumen V. Santiago: Lom.
- Yáñez Andrade, Juan Carlos (1999). Antecedentes y evolución histórica de la legislación social en Chile entre 1906 y 1924. *Revista de Estudios Histórico Jurídicos*, 21, 203-210.
- Zapata Schaffeld, Francisco (2009). La coyuntura de 1905-1907 y la formación de la identidad obrera. En Pablo Artaza Barrios y otros, *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique* (pp. 201-210). Santiago: Lom.

**¡CONTEMPLAD VUESTRA OBRA!
VOCES DE LA MASACRE DE SANTA MARÍA DE IQUIQUE
EN LA PRENSA ANARQUISTA PERUANA**

Juan José Rodríguez Díaz

Nada tan hermoso como derribar fronteras i destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades par'hacer (sic) de la Tierra un solo pueblo i de la Humanidad una sola familia.

Manuel González-Prada

El 21 de diciembre de 1907 es una fecha que debe ser recuperada para la clase obrera mundial como uno de los acontecimientos más excelsos de solidaridad proletaria. Las miles de personas que se parapetaron en la escuela de Santa María de Iquique nos hacen recordar a otro grupo de mártires de la lucha social, quienes también cayeron bajo la metralla y los cañonazos al grito de: *Vive la Commune!*¹ A pesar de no implicar la acción programática de una cuajada postura de línea política², el principismo con el que llevaron su protesta hasta las últimas consecuencias y la dignidad de su lucha consecuente se convirtió en un gran hito de la lucha social del pueblo de Chile. La sangre derramada en Iquique no fue en vano, porque los pueblos chileno y latinoamericano tuvieron un ejemplo para las generaciones futuras de inquebrantable lucha por las causas sociales.

Décadas después de este acontecimiento otra imagen pasa por nuestra memoria, el 11 de setiembre de 1973, tan glorioso para la historia chilena por la heroica resistencia del presidente Allende y sus más cercanos colaboradores, como oprobiosa página de su historia por la actitud de los que bombardearon La Moneda para sacar al presidente, consecuente con sus ideas.

¹ El lema se refiere a la Comuna de París, nombre dado a la primera experiencia histórica de gobierno proletario (de la clase obrera francesa), ocurrida entre marzo y mayo del año 1871 en Francia.

² Los dirigentes eran anarquistas confesos pero no lo eran todos los huelguistas.

Pero regresando a los sucesos en Iquique, ¿este acontecimiento fue conocido y en qué momento por sus pares peruanos? ¿Qué impresión dejó la matanza de Santa María de Iquique en los sectores populares del Perú? ¿Se mantuvo vigente el recuerdo de este episodio de historia compartida en la memoria colectiva de los peruanos? Estas son las interrogantes que provocan este trabajo, con el cual pretendo rastrear el recuerdo de un episodio de la historia social americana³ y sus proyecciones al futuro.

LAS PRIMERAS VOCES DE LA MATANZA DE SANTA MARÍA DE IQUIQUE EN EL PERÚ

El movimiento sindicalista peruano en los primeros años del siglo XX estaba en condición auroral⁴. Eran los años de un reacomodo de accionar desde el tradicional mutualismo, característico de las asociaciones de artesanos, a nuevas formas de acción como el sindicalismo. Paralelamente, la lucha obrera en Chile de comienzos del siglo XX era indudablemente mucho más orgánica, ya que sus experiencias e influencias se remontaban al siglo XIX, antes de la Guerra del Pacífico⁵. En esos primeros años la voluntad férrea de algunos trabajadores peruanos hizo germinar en letras de imprenta la voz de los oprimidos, los hambrientos, los parias de esta tierra. Así, con esos sentidos nombres bautizaban a sus periódicos para poner bien en claro y a primera vista el carácter social de sus escritos⁶. Los editores y articulistas eran con frecuencia obreros, pero también participaban intelectuales como Manuel González-Prada.

Todo hace pensar que en el Perú la matanza de Iquique fue divulgada masivamente recién en días muy posteriores a los acontecimientos⁷, ya que la prensa obrera no había alcanzado aún la continuidad de publicación que en años siguientes veremos en el periódico *La Protesta*⁸.

Uno de los problemas de los editores era el reducido presupuesto de estos periódicos, cuyos fondos provenían de las contribuciones o erogaciones que a veces no eran tan puntuales como los editores de los periódicos hubieran deseado. Esta situación originaba que la periodicidad de las publicaciones llegara a una máxima entrega de un ejemplar mensual.

³ Quisiera agradecer a los camaradas anarquistas Miguel Det y Víctor Hugo por su invaluable ayuda en esta investigación y a Sandra Masías por la labor de transcripción de los documentos.

⁴ Para conocer los primeros años de la lucha obrera en el Perú resulta fundamental Sulmont, 1977. Un muy bien logrado resumen de sus trabajos se encuentra en Gonzales Casanova, 1984.

⁵ Hemos tomado como referencia para la historia del movimiento obrero chileno uno de los trabajos pioneros de Ramírez Necochea (1956). Es importante también Bergquist (1988).

⁶ Para el análisis y seguimiento bibliográfico de la prensa obrera peruana ver Sánchez (1987).

⁷ Al menos en el caso de la prensa obrera las primeras noticias de los sucesos en Iquique fueron publicadas en enero de 1908, aproximadamente a un mes de la matanza.

⁸ Dos jóvenes investigadoras, Mary Ortiz y María Aguirre, han desarrollado para sus trabajos de tesis sobre el movimiento obrero peruano un cocienzudo seguimiento de la prensa obrera, y han aportado valiosos datos a este trabajo.

Hemos revisado las publicaciones anarquistas de la época de la matanza obrera en Iquique y podemos concluir que el mundo obrero de Lima, o al menos el anarco sindicalista, tuvo una idea muy clara de lo que pasó y lo reivindicó inmediatamente como una gloriosa gesta del pueblo a la vez que lo denunció como el acto más genocida que la élite chilena pudo perpetrar.

GONZÁLEZ PRADA Y LA MATANZA DE IQUIQUE

Para los periódicos obreros *Los Parias*, *El Hambriento* y *El Oprimido*, la longevidad fue tan modesta como su presupuesto. Sus redactores, de extracción obrera, mostraban exacerbados ánimos y pretensiones de divulgar el ideario anarcosindicalista en sus inicios, con estoica vehemencia, pero chocaban con el gigantesco muro de la escasez de fondos para darle continuidad y eso originaba que la difusión de noticias fuera tan poco periódica como incompleta. A pesar de todo, el espacio de crítica y reflexión atraía a intelectuales progresistas como don Manuel González Prada, por lo que estos periódicos se beneficiaron desde el primer momento con la colaboración continua y aguerrida de este pensador, que se perfilaba como el adalid de los anarquistas en el Perú.

Sabido es el periplo intelectual de González Prada en cuanto a la evolución de su pensamiento, desde la postura radical hasta la incorporación de la ideología anarquista en su práctica política. Sus inclinaciones hacia esta ideología se iniciaron en los primeros años del siglo XX, y sus discursos y escritos poco a poco lo convirtieron en el pensador anarquista más influyente del Perú.

En los tiempos de la matanza este reconocido pensador dirigía el periódico anarquista *Los Parias*, pero el director formal era un viejo obrero llamado Pablo Astete, cuya tesonera labor de hacer el seguimiento de la edición y recolectar el dinero para la siguiente era recompensada con su nombre puesto en letras de molde (Vernuille, 1947). De este periódico, que fue su refugio intelectual, Alfredo, el hijo de Manuel González Prada, y Luis Alberto Sánchez recogieron dos de los trabajos que con el título de *La anarquía* salieron a la luz en su primera edición por Ercilla en Chile en 1936, pero fue en el periódico *El Hambriento* donde se publicó por primera vez el ensayo titulado «Primero de mayo»⁹ y otro más relacionado con el tema en estudio: «Las dos patrias». Este pensador, con la crudeza que lo caracteriza, recoge en el primer caso a modo de ejemplo de la conducta represiva de los poderosos y de la injusticia de las autoridades serviles a los patronos, los hechos de Iquique. En el segundo, de una manera descarnada, arremete contra el patriotismo, asumiendo una postura de clase ante las luchas sociales.

⁹ Los más importantes apuntes biográficos sobre González Prada están en Sánchez, 1959.

«EL PRIMERO DE MAYO» Y «LAS DOS PATRIAS» EN *EL HAMBRIENTO*¹⁰

González Prada, atento escudriñador de información del acontecer nacional y mundial, era uno de los anónimos colaboradores de este periódico obrero, vocero de las primeras inquietudes de lucha sindical de los trabajadores peruanos¹¹. En «Primero de mayo» empieza con una exaltación de la actitud de lucha sin cuartel en los sucesos de Iquique, convirtiendo así a esa jornada, momento icónico de la lucha de la clase obrera, en un pretexto para hablar de su parecer frente a los execrables acontecimientos de Iquique:

Si hoy, 1º de mayo, recordamos la inexcusable matanza de Iquique es para manifestar a los proletarios que en la lucha con los capitalistas no deben esperar justicia ni misericordia. Para el negro de las haciendas había el cepo y el látigo; para el trabajador de las fábricas o de las minas hay el rifle y la ametralladora.

Todo hace pensar que González Prada conocía hasta los móviles directos de la huelga y cómo esta se había llevado a cabo sin provocaciones: «Se organizan pacíficamente y se dirigen a una población, no para buscar en ella una fortaleza o plaza militar, sino para tener un centro donde reunirse con el fin de acordar la mejor manera de solucionar la espantosa crisis económica».

Por conducto propio, aprovechando los canjes entre periódicos libertarios¹², y al estar muy interesado en conocer la realidad social de entonces, tuvo conocimiento del hecho desde los primeros momentos: «En el presente caso, los sucesos comunicados por el telégrafo a las pocas horas de realizados, fueron más graves y revistieron caracteres más brutales de lo que se había creído en la primera información». Con estas palabras González Prada expresa también su indignación ante la crueldad con que fueron reprimidos los mártires de la lucha obrera latinoamericana. En otro párrafo informa a los lectores obreros el grado de ferocidad con el que las fuerzas represivas habían actuado, «revistiendo los caracteres de una hecatombe»

¹⁰ Hemos revisado *Los Parias* del momento en que sucedieron los hechos de Iquique y podemos constatar, como mencionábamos líneas arriba que en dicho periódico no fueron publicados estos dos artículos sino más bien en *El Hambriento*. Al parecer por la familiaridad con *Los Parias*, por un lado, y por trabajar directamente con los originales de González Prada, como menciona Sánchez en su biografía del pensador peruano, se consideró que todos esos artículos fueron publicados en dicho periódico.

¹¹ *El Hambriento* fue un periódico libertario que se publicó entre 1905 y 1910. Tuvo 57 números y fue casi mensual. El primer artículo apareció en el N° 36, del 1º de mayo de 1908, y el segundo en el N° 33, de febrero de 1908.

¹² Los canjes eran intercambios de publicaciones realizados entre los editores de la prensa obrera a nivel nacional e internacional. En el caso de los periódicos libertarios chilenos, en poder de la redacción de *Los Parias* estaban: *El Pueblo Obrero*, *Luz Austral*, *Arte y Vida*, *La Palanca*, *El Paladín* y *Luz y Vida*.

y con el saldo de cientos de muertos: «Es cosa probada, fuera de la menor duda, que pasa de mil el número de los peones matados por la tropa, sin que hubiese habido ninguna provocación ni amenaza por parte de los huelguistas». Por último, enfatiza el accionar pacífico de los reunidos y denuncia el porqué de una represión tan brutal y carnicera: «Jamás huelga alguna presentó carácter menos belicoso. Entonces, ¿por qué tanta inhumanidad para sofocarla? Porque se deseaba hacer un escarmiento; porque se quería enseñar al trabajador que debe obedecer y callarse».

El segundo trabajo, «Las dos patrias», es una apología al internacionalismo que debe primar en la clase obrera. Se enfoca directamente en poner como espejo la situación social de Chile, donde se puedan reflejar los oprimidos del Perú, pues en ambos países la élite opta por un desinterés del bienestar social y un desprecio por el otro, tanto cultural como socialmente: «Pero en ninguna de las antiguas colonias españolas resalta más que en Chile esa división de la sociedad en ricos y pobres: en ninguna parte el hombre de levita ve con más desprecio ni trata con mayor inhumanidad al hombre de blusa o de poncho; en pocas es más dura la dominación».

Destaca el carácter reaccionario de la clase media de origen plebeyo, considerándola como principal enemiga de los sectores populares, por su intento de apartarse y distanciarse de su origen, y la compara con su par en el Perú en tanto su profundo desprecio a los pobres: «Se igualan en el olvido de su origen y en el poco amor a la clase de donde provienen. Así, Vicuña Mackenna, que fue un mestizo de anglosajón y araucano, llegó a decir que el roto chileno lleva en su sangre el instinto del robo y del asesinato».

Por último, toca el tema del patriotismo poniendo como ejemplo lo sucedido en Iquique, donde «en algunas de las salitreras, a raíz de la horrorosa carnicería, los trabajadores chilenos pisotearon, escupieron y quemaron la bandera de Chile». González Prada en este momento asume claramente la postura internacionalista, demostrada en los sucesos de Iquique y llevada a la práctica por los que murieron en la escuela y por los sobrevivientes. Sus palabras llaman al lector obrero a reflexionar sobre no ceder en las pretendidas guerras su sangre a los miembros de la élite, y «no dejarse alucinar por la grosera farsa del patriotismo y a reconocer que en el mundo no hay sino dos patrias, la de los ricos y la de los pobres». Llama al militante a no dejarse seducir por los llamados de la patria que le es esquiva en prodigarles bienestar y concluye que si los soldados tuvieran conciencia social «cambiarían la dirección de sus rifles: proclamarían que sus verdaderos enemigos no están al frente».

OTRAS VOCES LIBERTARIAS EN EL PERÚ ACERCA DE LOS HECHOS EN IQUIQUE

A partir de enero de 1908, los periódicos anarquistas se encuentran rebosantes de información sobre la matanza de Iquique, aunque algunos con más profusión y detalle que otros. En las páginas del periódico *El Oprimido*¹³ de febrero de 1908 las noticias sobre la masacre de obreros ocuparon la primera plana bajo el título «¡La matanza de Iquique!». Desde las primeras líneas el autor, M.E. Mendiola, expresa su consternación y evoca dantescas imágenes que podrían emocionar al más duro: «Ayes de dolor, imprecaciones furibundas, alaridos de muerte, estertores de agonía; envueltos y apagados por el humo de la pólvora y el horrisono ruido de la metralla». El relato llega tener ribetes de obra de terror con la descripción de: «cuerpos mutilados, miembros palpitantes de débiles ancianos», resaltando el nivel inhumano de devastación e iniquidad donde ni siquiera se respeta a los más débiles e indefensos como «mujeres que cayeron procurando de escudar con su cuerpo al tierno niño que llevaban en sus brazos». En la página final del número hay una curiosa advertencia a los emigrantes para que eviten llegar a Iquique por lo que «se suplica la reproducción de este suelto en la prensa obrera para bien (*sic*) trabajadores que intenten entrar a ese país gobernado por asesinos».

En el aniversario de la matanza de Iquique este periódico publicó en la tercera página del número de enero de 1909 un artículo sobre la gran romería realizada por el pueblo de Iquique para conmemorar a los caídos. A través de un corresponsal anónimo se relatan con dedicación todos los aspectos de dicha ceremonia con respeto y admiración. En ella se dieron encendidos discursos sobre la cuestión social, como forma de difusión pública de las ideas libertarias. En la última página, con el título «¡Abajo la esclavitud!», se recuerdan los sucesos de Iquique y la situación de explotación que obliga a seguir el accionar de estos mártires y continuar su lucha. Finalmente comienza una serie que, bajo el título «El concripto chileno», describe con lujo de detalles la situación servil en que los jóvenes chilenos son arrancados de sus hogares y llevados al servicio militar.

LAS VOCES DE LA MATANZA DE IQUIQUE EN *LOS PARIAS*

Un par de los trabajos sobre anarquismo de González Prada publicados póstumamente en *La anarquía* habían sido considerados como escritos para el periódico *Los Parias*. En nuestra investigación pudimos rescatar un artículo de este periódico que habla sobre la matanza de Iquique y que no es atribuido a González Prada,

¹³ Fue publicado desde abril de 1907 hasta marzo de 1909. Se desconoce el nombre del editor y fue uno de los más nombrados en su época.

pero cuyo estilo se asemeja mucho al de este pensador. En el artículo «La Huelga de Iquique» se maneja un lenguaje duro pero elegante que muestra con claridad los sucesos con un sentido de denuncia: «Trabajadores chilenos, bolivianos y peruanos han sido indistintamente barridos por las ametralladoras de la nación, puestas al servicio del salitrero; prueba segura de que por gobernantes y especuladores hay en todo huelguista un extranjero, un enemigo, una fiera digna de ser cazada y aniquilada». Nuestra mayor sospecha sobre la autoría de González Prada reside en el enfoque muy sentido sobre el significado de la Guerra del Pacífico, denunciándolo como un despojo al Perú, cosa que no concuerda con el ideario anarquista, donde el comercio o el capital son los únicos verdaderos vencedores y estos no tienen patria. Tal vez por esa incongruencia en el discurso este artículo nunca quiso mostrarlo como suyo. Su discurso de denuncia no se enfoca en el martirologio obrero sino en el cuestionamiento de ser partícipes en el saqueo del Perú: «Entre los miles de hombres tan inhumanamente abaleados en Iquique hay tal vez algunos que lucharon y hasta vertieron su sangre para que el gobierno de Chile arrebatara las salitreras al Perú. Fueron ayer el arma o el brazo del ladrón para desvalijar al vecino; hoy son víctimas de ese mismo ladrón que no les otorga ni el derecho a la vida».

Aun así no fuera de la pluma de González Prada el artículo encierra un pesimismo sobre el futuro, en el que los obreros chilenos podrían volver a ser usados como carne de cañón y como verdugo para el pueblo peruano y que nuevamente serán burlados por los burgueses y «¡esos mismos desgraciados, esas mismas víctimas, volverán a servir de arma o de brazo para consumir iguales robos y obtener la misma recompensa!»

En una postura totalmente anti chauvinista, el autor plantea una reflexión sobre la ubicación social como principal ingrediente de la sociedad y no de la patria. Llama a entender que los intereses de los propietarios en cualquier parte son más afines entre sí que con el pueblo que trabaja para ellos: «Las muchedumbres no acaban de ver que el negocio no tiene patria, que a pesar de Alsacia y Lorena, el francés rico es hermano del capitalista alemán; lo mismo que a despecho de Tacna y Arica, el azucarero peruano es amigo y compatriota del chileno acaudalado».

VOCES CERCANAS EN *EL HAMBRIENTO*

Hemos dejado para el final el análisis de este periódico por dos razones. En primer lugar por la cantidad de material vinculado a la matanza de Iquique y en segundo lugar por las razones que al parecer originan ese gran interés por esta.

Desde el número de enero de 1908 hasta marzo de ese mismo año hay una continua crónica de los hechos en Iquique que muestra en sus páginas el respeto y admiración por los masacrados en Iquique y el desprecio por el gobierno chileno.

En el número de enero de 1908 el tema ocupa la primera plana de este periódico; el título del encabezado es más que elocuente:

¡Contemplad vuestra obra!

Asesinos patentados de Iquique Montt Sotomayor Silva-Renard

El artículo del periodista libertario peruano y miembro del grupo de *El Hambriento*, Ricardo Castañeda Pozo, abría así el tema con un sentido relato de los hechos en Iquique, seguido por un conjunto de artículos afines.

En el siguiente artículo, «Maldición y gloria», uno de los sobrevivientes, Sixto Rojas, que a la sazón se incorporaba a la redacción de este periódico, descarga su ira contra los asesinos y en especial contra Silva Renard, que para este librepensador y dirigente obrero «no fue mujer la que (te) llevó en su seno, fue alguna especie de animal, que no ha sido hiena, porque una hiena se creería ofendida al decirle que tú eras hijo de ella».

Dado que este periodista era un sobreviviente de la matanza y que aún estaba fresco el recuerdo de esos terribles hechos, su furia se desboca y la muestra sin pudor durante todo el artículo. En una parte de este artículo maldice a Silva Renard diciéndole:

Con cuanto placer te vería despedazado; no por las ruedas de una maquinaria que te ennoblecería. No, despedazado por una mano proletaria, que despiadada te cortara en pequeños trozos y que siempre te dejara con vida, para que así sufrieras, no como aquellos a quien tu zaña hiriera, porque ellos con mayor dolor sufrían sus heridas y sus lumbres; quiero que sufras mucho, pero no encuentro el medio, quisiera verte como el Dante a su conde Hugolino, roer hambriento el cráneo de tus hijos.

En la siguiente página aparece un artículo muy interesante que pone de relieve el carácter inútil de las guerras para el obrero. Hay un interés de los anarquistas de no pasar por alto el hecho de que este mismo pueblo fue años atrás usado por esos mismos empresarios y por la élite en general para enfrentarse con el pueblo peruano por intereses mezquinos de sus respectivas burguesías:

No hacen aún veintisiete años que las salitreras de Tarapacá, Antofagasta, Tocopilla y todo ese litoral desde el puerto de Caldera hasta Arica, eran regados con sangre proletaria, con huesos de trabajadores, que enarbolaron los trapos de nacionalidades, se asesinaban defendiendo la mentira de una Patria. En aquella guerra del año 1879, fomentada, iniciada y sostenida por las burguesías peruana, chilena y boliviana, los trabajadores de estos tres países, cual locas fieras, se daban la muerte más triste é inhumana, que trae aparejada toda la barbarie internacional, que se le llama guerra.

En los siguientes números comienza una participación continua de tres personajes reconocidos de la lucha obrera que llevó a los luctuosos sucesos en la escuela Santa María: José Briggs, Luis Olea y Sixto Rojas¹⁴. Estos luchadores libertarios se incorporaron inmediatamente a la causa obrera en el Perú. El «rucio Briggs», como era conocido en Perú este luchador obrero, se incorporó al grupo de *El Hambriento* junto con Olea y Rojas, y en el N° 39, del 30 de junio de 1908, son presentados públicamente en la primera plana del periódico del mismo nombre. Ellos decidieron quedarse en el país y con el pueblo que los acogió. En 1910 el gobierno chileno, en conmemoración del Centenario, decidió otorgar la amnistía a los dirigentes encarcelados y a los que escaparon con vida. Tanto Olea como Briggs se encontraban en el Perú y prácticamente rechazaron esta amnistía, pues nunca volvieron al país. Luego del cierre de *El Hambriento* siguieron trabajando en la prensa anarquista en *La Protesta*, bajo la dirección del reconocido dirigente Delfín Lévano. Como era de esperarse, estos librepensadores hicieron que el recuerdo de los hechos se mantuviera vigente como ejemplo de lucha.

En diciembre de 1908 se publicó un extenso número especial con páginas de papel satinado y gran número de imágenes. En la primera hoja se muestran las fotos de los dirigentes obreros en Iquique refugiados en Perú. Estos, como era natural, llenan de testimonios muy detallados las páginas del periódico, aprovechando su papel de redactores. El primero es de José Briggs, dirigente principal de la huelga. Es muy elocuente el final de su artículo, donde muestra todo su desprecio por las autoridades asesinas: «Montt, Sotomayor, Eastman y Silva Renard, ¡Yo os saludo! Habéis cumplido con vuestro deber, podéis ir ahora orgullosos y rojos de sangre vuestros colmillos de chacales, a lamer la mano de vuestro GRAN AMO el CAPITAL».

En la página siguiente se encuentra un relato muy pormenorizado, bajo el título «Relación exacta de los sucesos de la Huelga de Iquique desde su principio hasta los temibles 21 y 22 de diciembre», escrito por Sixto Rojas. Este artículo era tan voluminoso que fue publicado en dos entregas. En la siguiente hoja se encuentra la reproducción de un telegrama enviado por Briggs y Olea al presidente Montt, donde se le dice: «Sobrevivientes de la matanza de Iquique recuerdan luctuoso día».

¹⁴ «En las primeras horas de la mañana, recibimos la visita de tres miembros del directorio de la huelga de Iquique, el presidente don José Brigg, el secretario don Sixto Rojas y el pro-secretario Ladislao Córdova. Los dos primeros habían llegado en unión de 78 compañeros a bordo del vapor Mapocho que fundeó hoy en el Callao. El presidente del comité directivo de los huelguistas, don José Brigg es de nacionalidad norteamericana. Bastante joven, se expresa correctamente en castellano.[...] Él, como muchos de sus compañeros, resultó herido en la pierna. Se apoya en un bastón y camina lentamente por causa de la herida. Trabajaba en la Oficina Santa Ana» (*La Prensa* de Lima, enero 9 de 1908, p. 1). Citado de un artículo publicado en el periódico *Acción Directa* N° 1, 2011, pp. 5-7.

Este mensaje provocador al presidente genocida es seguido por un artículo de Olea titulado: «Reme morando», en el que señala cómo la justicia chilena aún no da explicaciones sobre la matanza:

(prostituida al oro salitrero) se empeña en buscar requisitos que le permitan siquiera en apariencias legalizar o atenuar el nefando crimen del asesino; con lo cual acaba de quedar más demostrado todavía que al pueblo chileno no le queda amparo alguno en la defensa de sus derechos y que su soberanía ciudadana es solo un ropaje que disimula su esclavitud; y la ley y la constitución una cruel ironía que decora su librea.

Este especial culmina con las colaboraciones de Rosa B. León y Tomas Pardal, que en clave literaria hacen alusión a la matanza de Iquique; por un lado una interesante ficción libertaria y por el otro un descarnado relato de los acontecimientos en muy buena prosa.

En enero de 1909 vemos los últimos artículos que se publican en referencia a este acontecimiento. Destaca un documento redactado en los momentos culminantes de la huelga de Iquique que es presentado en dos entregas, que pude ser de interés para los estudiosos de dicho tema.

LOS RUMORES DE LA GUERRA Y EL INTERNACIONALISMO: ECOS DE LA MATANZA DE IQUIQUE

Entre 1909 y 1929, año en que se firmó el Tratado de Lima, que puso fin a la cuestión de Tacna y Arica, los rumores de guerra en ambos países fueron constantes. Estos originaron una serie de expresiones y acciones en la población de los países en conflicto, desde el antibelicismo internacionalista hasta el odio chauvinista. Era de esperarse que las organizaciones obreras, tanto las anarcosindicalistas como las emergentes comunistas, tomaran una postura internacionalista que concordase con sus principios políticos. Es así que en 1909 podemos ver en «El Socialista» de Santiago:

Si la guerra de Perú y Chile se declara, no permitáis que os lleven a cavar vuestra propia tumba defendiendo intereses que no son vuestros, ni matéis a vuestros hermanos, víctimas como vosotros de injustas leyes. Unámonos todos en un solo haz y luchemos por emanciparnos del yugo capitalista, repitiendo la frase del inmortal Marx: «Proletarios de todos los países uníos». Esta es la misión del proletariado ante la guerra. ¡Muera la guerra, viva la paz y muera el imperio del capital! ¡Viva la internacional! (citado en Ramírez Necochea, 1965).

En la prensa anarquista peruana contemporánea, el más claro ejemplo de cómo los ecos de la matanza de Iquique inspiraron y sirvieron de ejemplo a seguir en el internacionalismo proletario fue un artículo publicado en *La Protesta* en diciembre de 1911, en el cuarto aniversario de la matanza de Iquique. En ese escrito, con respecto al patriotismo exaltado del momento opina el articulista Oscar Galli: «Frente al desborde de patriotería churriguerresca de que se hace gala en las provincias limítrofes del sur, podemos nosotros presentar el hermoso ejemplo de confraternidad de los trabajadores de Iquique, peruanos, bolivianos y chilenos».

El mencionado autor trata de dar una perspectiva de clase frente a los agitadores de la burguesía que intentan encender pasiones patrióticas y poner como enemigo al pueblo chileno, planteando que: «No son los hechos últimos, por cierto, obra de esa gente que riega su sudor en las salitreras tarapaqueñas; en ellos solo intervienen los jugadores de la política del país con el solo objeto de servir a sus planes particulares, políticos».

Por último, en este artículo hace un saludo al compañero Olea, ya fallecido, «aquel buen amigo que fue parte principal de esa odisea y errante vino hasta nosotros trayendo el afecto de su gran espíritu», uno de los pocos dirigentes que se le puede seguir el rastro pues murió de fiebre amarilla en Guayaquil. Todos ellos participaron hasta el final en la lucha social en América.

Dos años después, en 1913, tuvo lugar uno de los episodios de importantes acercamientos entre los luchadores obreros peruanos y chilenos. Los anarquistas se pronunciaron sobre la falsedad del evento de confraternidad organizado por los gobiernos de turno, con delegados obreros vivando al Perú y a Chile. Los chilenos Eulogio Otazú, Delfín Lévano, Pedro Cisneros y el argentino Daniel Antuñano condenaron la guerra y el patriotismo junto con sus compañeros. Lo mismo se hizo en el sur. Tan fuertes fueron los lazos que estrecharon los camaradas ácratas que Eulogio Otazú llegó a formar pareja con Emma Aranda, una libertaria santiaguina¹⁵.

Ya en años muy posteriores, la acción conjunta se expresa claramente con el caso del catalán Ramón Rusignol, detenido en 1919 por repartir en el poblado de Caleta Buena unos manifiestos contra la guerra enviados por *La Protesta* de Lima.

En 1920 Nicolás Gutarra, conocido luchador libertario, participó en una gira con la sección chilena IWW (Industrial Workers of the World). Al igual que Otazú, fue expulsado por el Estado chileno.

¹⁵ Ver, en este libro, «El movimiento de confraternidad obrera peruano-chilena y el final del gobierno de Guillermo Billinghurst», de Miguel Rodríguez.

VIENTOS DE GUERRA Y SOLIDARIDAD PROLETARIA

En 1920 el internacionalismo afrontará un gran reto. Con los rumores de que Perú y Bolivia orquestaban una guerra, se ordenó movilizar quince mil reservistas a la frontera norte («Guerra de Don Ladislao»)¹⁶ y las organizaciones obreras se negaron al llamado belicista, apelando al internacionalismo y a la paz entre los pueblos.

Entre 1924 y 1925 aún se sienten los rumores de guerra en ambos países por la cuestión de Tacna y Arica. Es así que los libertarios de Chile y Perú instan a sus compañeros a recordar sus principios internacionalistas de cara al conflicto provocado por el interés de un Estado que les es esquivo y ostenta valores patrióticos que no concuerdan con el ideario anarquista.

El Obrero Textil recibe en canje prensa libertaria chilena y en palabras de su colaborador, Octavio Carbajo, habla de la situación política y social que atraviesa Chile y que preocupa solidariamente a sus pares peruanos¹⁷. Vemos un acto de confianza en el internacionalismo de parte del autor y de respaldo a los «camaradas del sur» con respecto a la actitud que van a tomar hacia el gobierno de turno en su llamado a la clase obrera a apoyar el régimen: «Pero creo que esto no lo conseguirá seguro, el iluso militarote, porque nuestros camaradas del sur se dan cuenta de que están frente a un bicho peligroso, y más aún del momento histórico que atraviesa».

Este mismo colaborador, en un artículo publicado en enero de 1924¹⁸ nos habla de la postura internacionalista, al encontrarse en peligro algunos de sus compañeros deportados por el régimen autoritario de Leguía, acusados de ser espías del gobierno peruano¹⁹. El autor ataca las maledicencias de la prensa reaccionaria y de sus dueños burgueses chilenos:

Los capitalistas chilenos según su estrecho criterio ven en cada uno de nuestros camaradas a un peligroso enemigo que atenta contra su bienestar porque, al contacto con el pueblo oprimido como nosotros, les inyecta el germen fecundo de la unión internacional entre los de su misma clase, y el odio a muerte a todos los que solo mirando en sus mezquinos y estúpidos sentimientos de explotación, lanzan a los pueblos hermanos para que se destrocen saciando al mismo tiempo su sed sanguinaria de monstruos malvados.

¹⁶ Las actitudes chauvinistas de un sector chileno son estudiadas por González Miranda, 2004.

¹⁷ *El Obrero Textil*. Segunda quincena de octubre de 1924, año 3, N° 70, p. 2. Lima.

¹⁸ «Las calumnias de la burguesía internacional: nuestros compañeros deportados últimamente son acusados en Chile como espías del gobierno peruano». *El Obrero Textil*, enero de 1925.

¹⁹ A comienzos de octubre de ese año 1923, Haya fue detenido y confinado a prisión. Pocos días después debía partir al exilio con muchos líderes estudiantiles más. Tuvo que soportar ocho años en el destierro.

En 1925 Víctor Raúl Haya de La Torre se encontraba desterrado en Londres por obra del dictador de turno Augusto B. Leguía. Haya de La Torre aún no había dado su viraje a la derecha, y mantenía su ideario internacionalista. Los libertarios de América lo respetaban por ser considerado un discípulo del viejo González Prada. Como mencionábamos líneas arriba, los rumores de guerra iban creciendo a medida que la crisis económica se hacía más fuerte. El joven socialista de entonces recordaba las expresiones de solidaridad con los reclamos peruanos para recuperar las provincias cautivas de Tacna y Arica que le manifestaron en 1922 los estudiantes chilenos. En 1920 estos habían sido duramente reprimidos por el dictador de turno, e incluso fue asesinado el joven poeta chileno José Domingo Gómez Rojas, que con otros muchos jóvenes progresistas fueron acusados de «vendidos al oro peruano». Haya de La Torre no quiso quedarse indiferente ante el peligro de una conflagración entre Chile y el Perú. Por esta razón desde su destierro escribió una carta pública en la que trata de conmover y concientizar al soldado chileno:

Como en 1879, los hijos del pueblo chileno, envenenados por la propaganda patriótica que hacen las oligarquías gobernantes, se lanzarían a asesinar a los hijos del pueblo del Perú, y entonces se repetirían crímenes y abusos como los que sufrió hace cuarenta años el pueblo del Perú, no los ricos sino los pobres de mi país.

Para ser más explicativo, rememora su estadía en Chile, donde pudo apreciar por sí mismo la condición social de los trabajadores chilenos y pudo constatar que los pobres que fueron a la guerra solo heredaron a sus hijos su miseria: «Los pobres de Chile que lucharon, mataron y murieron en la guerra quedaron tan pobres como antes. Yo he visto en Santiago, en 1922, veinte mil obreros sin trabajo de las salitreras de Tarapacá, desfilando por las calles pidiendo pan». La parte más impactante es en la que Haya insta al soldado chileno a la desertión como única forma de que sus esfuerzos no vayan a parar a cebar la codicia de los ricos y que sirvan a la gente de su propia condición social, de sus mismas aspiraciones, y que afronta los mismo problemas:

Piensa, soldado, que en tu mismo cuartel tienes el espejo de tu país. De un lado los altos jefes del Ejército, los grandes oficiales, llenos de dinero, con sueldos magníficos, propietarios de fincas, comiendo y viviendo como príncipes; de otro lado, tú, el soldado miserable, el soldado esclavo de su Jefe, el soldado que gana unos cuantos centavos de salario, que sufre la disciplina terrible del cuartel, que come mal, que duerme mal, que siente a cada rato el pie insolente del amo sobre su cabeza.

Finalmente, el autor de esta carta trata de convencer al soldado chileno de que solo será un instrumento para que los ricos sean más ricos y los pobres como él sigan estando en la misma condición, en la misma penuria. Que Tacna y Arica no pasará

al pueblo de Chile sino que será repartido entre unas cuantas familias, tal como ocurrió en la guerra del 79: «[...] ¿a quiénes defiendes tú? ¿A los ricos o a los pobres? No vayas a la guerra porque Tacna y Arica no le dará nada a los pobres, sino a los ricos, a cuatro o cinco o diez familias ricas que quieren tener esas provincias en su poder como tienen todo tu país».

CONCLUSIONES

Los sucesos de la matanza en Iquique fueron conocidos, o al menos pudieron ser conocidos por los sectores populares del Perú. En aquellos tiempos no todos tenían la posibilidad de leer de corrido, porque la proletarización del Perú fue muy lenta. Desde el siglo XIX los sectores populares ágrafos se ingeniaban para acceder a la información a través de la comunicación verbal: si bien el tiraje de estos periódicos anarquistas no era grande, la reproducción de la información corría a cargo de la solidaridad y el interés de compartir. Podemos concluir entonces que gracias a la prensa obrera se pudo obtener una visión «desde abajo» de los hechos en Iquique y esta pudo llegar a los pares sociales peruanos de los caídos en esta lucha social.

Nunca podremos saber qué tanto conmovieron al común de los sectores populares las sentidas palabras de los articulistas libertarios. Tampoco podemos decir que su labor de divulgación de este excelso momento de la lucha obrera haya llegado a costal roto. Pero sí podemos afirmar que las organizaciones obreras en pleno denunciaron y condenaron este hecho sangriento y lo hicieron sentir como suyo. Las voces de los muertos en Santa María de Iquique se dejaron escuchar a través de sus hermanos sobrevivientes y de sus compañeros peruanos, animándolos a seguir en la lucha. Los esfuerzos de concientización hacia la solidaridad proletaria y de lucha contra el chauvinismo emprendidos por estos luchadores sociales no fueron en vano. Los ecos de la lucha social y las banderas clasistas que enarbolaron los que murieron en Iquique se hicieron sentir «espontáneamente», porque sus continuadores siguieron el camino de la vindicación clasista y rechazaron el patriotismo falso de los burgueses. Los que murieron en Iquique murieron juntos por una identidad obrera. Esa misma identidad de peruanos y chilenos, al ser instigados a enlistarse en el ejército de sus opresores inspiró a rechazar de plano luchar contra sus hermanos obreros. Lamentablemente esos ecos ahora son muy tenues. En la escuela peruana actual el recuerdo de la matanza es inexistente, tal vez para borrar de la memoria colectiva del pueblo del Perú esa gesta en que chilenos y peruanos tuvieron solo una ideología: la solidaridad entre los pobres, nacieran donde nacieran.

ANEXO DOCUMENTAL

La huelga de Iquique²⁰

Pocas veces se ha visto en los países sudamericanos una fiereza tan salvaje como la desplegada por las autoridades para sofocar la huelga de Iquique. El ordenador de la carnicería halló ejecutores dignos de él; y si el zar del Mapocho es tan felino como el zar de Neva, el soldado chileno nada tiene que decir al cosaco ruso. Para un Montt, un Silva Renard, con sus caníbales uniformados.

Trabajadores chilenos, bolivianos y peruanos, han sido indistintamente barridos por las ametralladoras de la nación, puestas al servicio del salitrero; prueba segura que par gobernantes y especuladores hay en todo huelguista un extranjero, un enemigo, una fiera digna de ser cazada y aniquilada.

Entre los miles de hombres tan inhumanamente abaleados en Iquique hay tal vez algunos que lucharon y hasta vertieron su sangre para que el gobierno de Chile arrebatara las salitreras al Perú. Fueron ayer el arma o el brazo del ladrón para desvalijar al vecino; hoy son víctimas de ese mismo ladrón que no les otorga ni el derecho a la vida. El salitrero, ese rapaz e insaciable explotador que vende en oro y paga en moneda depreciada; sintiéndose apoyado por el gobierno, se encara al peón y le dice: muere de hambre, si te resignas; de bala si te sublevas.

Y ¡pensar que si mañana la codicia del bien ajeno vuelve a inflamar el corazón de Chile, esos mismos desgraciados, esas mismas víctimas, volverán a servir de arma o de brazo para consumir iguales robos y obtener la misma recompensa! Las muchedumbres no acaban de ver que el negocio no tiene patria, que a pesar de Alsacia y Lorena, el francés rico es hermano del capitalista alemán; lo mismo que a despecho de Tacna y Arica, el azucarero peruano es amigo y compatriota del chileno acaudalado. Todos los grandes ladrones constituyen una masonería internacional, forma una casta esparcida en el globo pero estrechamente unida y juramentada para luchar con su enemigo común – el proletario. Nosotros no lanzaremos protestas o descargas verbales que solo arrancan una sonrisa a los poderosos y a los ricos; tampoco haremos únicos responsables de la matanza a los viles instrumentos de una orden dictada por elevadísimos personajes, interesados quizás en la explotación del salitre; nos limitaremos a desear que el delito no quede impune, que los verdaderos autores sufran las consecuencias, que la acción individual responda energicamente a la barbarie colectiva.

Donde florecen los Cánovas y los Humberto, deben surgir los Angiolillo y los Bresci.

Lima Diciembre de 1907

²⁰ Publicado en *Los Perias* 39, de enero de 1908 (anónimo).

Maldición y Gloria²¹

Humeante está todavía la sangre vertida por las víctimas que hizo el más infame de los hombres, del asesino Roberto Silva Renard.

El 21 de Diciembre de 1907 vino á agregar otra nueva página de sangre en la Historia del Proletario. No están aún saciados los instintos salvajes de la canalla y criminal burguesía, no está satisfecha en sus criminales designios, y estoy seguro que después de haber hecho más de dos mil víctimas, está ansiosa de más sangre obrera.

Y tú. Infame asesino, has demostrado con tus hechos, no haber nacido de las entrañas de mujer.

¡Nó!

No fue mujer la que te llevó en su seno, fue alguna especie de animal, que no ha sido Hiena, porque una Hiena se creería ofendida al decirle que tú eras hijo de ella. TE HAS HECHO CÉLEBRE POR TUS CHANDES HAZAÑAS, MATAS OBREROS INDEFENSOS; pero no dudes que día llegará en que las víctimas inmoladas por ti en homenaje a la burguesía de quien eres esclavo y al mismo tiempo sostenedor, se levantarán amenazadoras pidiéndote cuenta de sus vidas, pidiéndote estrecha cuenta de las lágrimas y hambres sufridos por sus madres, esposas e hijos.

¿Has pensado alguna vez que los victimados en Valparaíso, Taltal, Tocopilla, Antofagasta e Iquique, se levanten de sus tumbas exigiéndote estrecha cuenta de tus crímenes?

No, no lo has pensado, porque con toda la sangre podrida canalla y criminal de tu raza no alcanzas a pagar la vertida de uno solo de los que tu bestialidad sacrificara.

Con cuánto placer te vería despedazado; no por las ruedas de una maquinaria que te ennoblecería, no, despedazado por una mano proletaria, que despiadada te cortara en pequeñas trozos y que siempre te dejara con vida, para que así sufrieras, no como aquellos a quien tu zaña hiriera, porque ellos con mayor dolor sufrían sus heridas y sus lumbres; quiero que sufras mucho, pero no encuentro el medio, quisiera verte como el Dante a su conde Hugolino, roer hambriento el cráneo de tus hijos, quiero verte reír con risa histérica al ver el adulterio de tu mujer.

¡Ah maldito! Tu nombre de asesino, causará asco y terror a la Nueva Humanidad.

Maldito, maldito mil veces en nombre de las madres que dejaste sin hijos, de las viudas y huérfanos, que hizo tu crimen horrendo.

Las lágrimas derramadas por tus víctimas deben de caer sobre ti como ascuas candentes y hacinarte, y con la sangre de los sacrificados debe de escribirse en caracteres indelebles tu eterna maldición.

¡Llor á los mártires! A los que noble y con justicia reclamaban sus derechos, a los que tú asesinaste con toda la alevosía de tu alma de canalla.

²¹ Publicado en *El Hambriento* 19, enero de 1908.

Llor a esos paladines del trabajo, que abandonando todo fueron a buscar un mendrugo más, y a quienes con la cobardía más infame, tu les pusistes tus ametralladoras y tus rifles; llor a ellos, víctimas de tu canibalismo.

Nadie creía, que hubieras asesinado a tanto ser indefenso, jamás pensaron que tuvieras un alma tan criminal capaz de cometer tan gran crimen; pero los que te hacían el honor de creerte mejor, hubieron de convencerse de que eras más bestia que los tigres y las hienas.

Torquemada y Loyola, han quedado pálidos ante tus hechos; ellos asesinaban en nombre de una religión y su avaricia; tu asesinastes obreros indefensos para saciar tu ferocidad.

La Humanidad, lo que hay de honrado y bueno en ella se siente herida y humillada al verte formar parte de ella. Los ladrones y asesinos vulgares son víctima la mayoría de las veces de su ignorancia. ¿Y tú? Tu diste paso a tu inclinación malvada, tú no ignorabas que era criminal tu instinto y tu designio; lo hiciste; pues bien, recibe de este tu casi víctima, a nombre de la Humanidad, a nombre de todas tus victimas la más eterna maldición.

¡Maldito seas asesino del obrero!

¡Maldito tu que sacrificas al pueblo!

¡Maldito tu que has renegado hasta de tu padre!

Que también le alcance esta maldición a tu soldadesca brutal e ignorante y al

MIL VECES BESTIA Y CANALLA CARLOS EASTMAN, INTENDENTE DE TARAPACÁ.

Reciban al mismo tiempo llor y gloria, los sacrificados el 21 de Diciembre.

¡Gloria a ellos ¡Honor a los mártires del TRABAJO!

SIXTO ROJAS.

Lima, 14 de Enero de 1908.

Ironías del régimen²²

No hacen aun veintisiete años que las salitreras de Tarapacá, Antofagasta, Tocopilla y todo ese litoral desde el puerto de Caldera hasta Arica, eran regados con sangre proletaria con huesos de trabajadores, que enarbolaron los trapos de Nacionalidades, se asesinaban defendiendo la mentira de una Patria.

En aquella guerra del año 1879 fomentada, Dictada y sostenida por las burguesías peruana, chilena y boliviana. Los trabajadores de estos tres países cual locas fieras se daban la muerte tan triste e inhumana, que trae aparejada toda la barbarie internacional, que se le llama guerra,

En aquellos años los capitalistas de Chile codiciaban las riquezas comerciales de sus compinches, los explotadores peruanos y bolivianos; consecuencias de aquellas ambiciones surgió la lucha entre las mencionadas naciones; triunfantes los capitalistas chilenos, quedaron vencidos los burgueses peruanos y bolivianos; entre ellos hicieron sus arreglos

²² Publicado en *El Hambriento* 19, enero de 1908.

y concesiones mutuas para no hacer morir más obreros uniformados que los necesitaban para explotarlos, puesto que la guerra había concluido.

Preguntamos nosotros los anarquistas ¿qué ha ganado el obrero chileno siendo vencedor? ¿Qué ha ganado el obrero peruano y boliviano, siendo vencidos?

¡Nada, nada, absolutamente!

¡Nada!

Los obreros en Chile mueren de hambre, porque los burgueses, son los ladrones de la tierra y de la herramienta.

Los obreros en el Perú están en las mismas condiciones que los trabajadores de Chile y Bolivia; en cambio los burgueses capitalistas, los parásitos militares y los zánganos religiosos, viven, explotan, roban y asesinan, cuando ven que su edificio social carcomido por las injusticias, tiende a desbaratarse, solo con la presencia inamovible de quince mil huelguistas, en Iquique, con doce días de un paro pasivo, de un cruce de brazos, la burguesía gubernamental de Chile perdió la cabeza con un miedo embrutecido, que la convirtió en tigre sanguinario.

Las tres burguesías, ante sus intereses comerciales, han sido solidarias, ninguna se ha dado por apercebida. ¡Cuán diferente hubiera sido si una a otra pretendían robarse o darse el asalto del bandido! ya entonces los grandes rotativos de la nación agredida con grandes letras de molde dirían ¡La Patria está en peligro! hoy que se masacran mil quinientos obreros y quedan en el campo dos mil heridos, y que gran parte de ellos son repasados por las tropas, entonces no hablan de la patria, todo es igual son obreros, es la canalla, es la escoria; es este maldecido régimen de autoridad que nos trae este cortejo de crímenes y miserias, los trabajadores conscientes no debemos de tener Patria, cumpliendo la conclusión de una foii-a-mo del Congreso Anarquista de Ámsterdam ¡Ni un hombre, ni un céntimo para el militarismo!

El Hambriento, Lima, enero 1908.

Sin patria y sin bandera²³

*¡Adiós! zona salitrera,
¡adiós país desgraciado,
de ti me voy expatriado
renegando la bandera.
Clamando contra el infierno
de la explotación mezquina
más salvaje y asesina,
el obrero, ante el gobierno
reclamó contra la ruina,*

²³ Publicado en *El Hambriento* 34, marzo de 1908.

*y éste los mató en montón
con más zaña que una fiera,
probándoles, que es tontera
ampararse en la razón,
¡Adiós zona salitrera.
El general sanguinario
Con zaña y alevosía,
Hizo la carnicería,
Entre el pueblo proletario,
Probándose no existía
Constitución ni derecho,
ante la razón de Estado
de proteger al malvado,
por lo cual quita mi pecho
¡Adiós! país desgraciado.
De esta nación sin honor
Tendrán todos que emigrar,
Para poder protestar
del gobierno y su rigor
en el arte de matar,
por lo cual declaro al mundo
que ya estoy desengañado,
y contra la patria airado
digo con odio profundo
de ti me voy expatriado.
Pues mi patria y sus leyes
solo son ardid y engaño
con que el burgués a su amaño
nos explota como bueyes
en sometido rebaño
yo invito a la rebeldía
a la república entera
para que abjure sincera
de su torpe idolatría
renegando la Bandera*

Arturo 2° Encalada, Lima, enero de 1908

La hecatombe de Iquique en su primer aniversario

«Ha surgido un nuevo monarca— del cual los emperadores y presidentes son sus más humildes vasallos: el Comercio.....»

Palabras de Echenique en el Club de la Unión en Santiago de Chile.

«El comercio ó más bien dicho aún el capital, del cual somos sus humildes lacayos ha ordenado vuestra matanza» debió habernos dicho Silva Renard, ese memorable día y no gastar esas frases huecas de “que la patria lo exige por la tranquilidad.....»

Preferible hubiera sido que poniéndose a la altura de Echenique, el ministro chileno en el Perú hubiera empleado esa frase real y positiva del mando del capital ó comercio sobre sus hombros de gran lacayo.

Hace un año justo hoy y al recordarlo guardo vivísima la impresión del más degenerado felino, Silva Renard, y pienso si comprendería este hombre que al buscársele para consumir semejante carnicería, pensó, un momento siquiera que se le seleccionó porque le conocían los instintos del chacal y la perfidia del asesino a paga.

Al principio de nuestra peregrinación siempre me imaginaba que esa burguesía asesina no tendría ningún reparo en convencer al pueblo que él era el culpable «por su desmedida exigencia y el peligro que envolvía tanto número de obreros en Iquique» y efectivamente así ha sido; pero el pueblo ¿podrá creerse tamaña felonía sabiendo ahora y oyéndolo de labios de un caracterizado burgués que los «presidentes son humildes vasallos del capital» y sabiendo que Montt, el presidente de la república de Chile es un humilde abogado de la compañía salitrera de «Agua Santa» y Sotomayor de la «Casa Granja» y que por esto eran dos veces vasallos del capital?

¿Digan, los patriotas chilenos amaban más al oro a la patria, los Montt, los Sotomayor, y los Silva Renard al matar centenares de sus conciudadanos por defender el Capital?

Hoy después de un año; el recuerdo vivo de aquel horrendo cuadro, de cráneos rotos, brazos quebrados, sangre coagulada, salpicaduras de sesos y al reconstruir aquella escena de agonía, de puños crispados, ojos blanquecinos y dolorosos quejidos, no puedo menos que comprender que estamos cerca de otra terrible pero necesaria destrucción de vidas, y esa ha de ser la vindicadora porque ya los obreros estamos hartos de sacrificio y es necesario que como una monstruosa ola rodemos sobre esta sociedad fácil y corrupta y arrollemos como ella a la inmundicia y la dejemos fuera de la playa donde su podre sirva para fundar la arena de tantos siglos de estéril lucha. Sí; ya es necesario que cual nuevo Atila, aselemos las Roma do se ostenta soberbio, el capital, la religión y la milicia, Es necesario que nosotros destruyamos a los lobos y lobeznos, a los tigres y sus hembras; y de sus guaridas formemos una laboriosa colmena igualitaria donde no hayan lacayos de la religión ni del oro.

Dejar correr sangre estérilmente es un sacrificio bárbaro, es el salvajismo de un Abraham bíblico ofreciendo la sangre de su hijo a un dios sediento de ella. Por eso los obreros no olvidemos estos ejemplos y si esta es la primera hecatombe Sudamericana, por su magnitud sírvanos ella de recuerdo para comprender que la burguesía sabe muy bien olvidar el amor a la patria por obedecer al capital y por esto nuestros labios deben decir: ¡Patria, Religión y Capital yo os maldigo, por defensa personal!

Los que hemos sido actores de este drama, hablamos de corazón a los obreros del universo, reconocemos que todos somos hermanos y sin reconocer fronteras convencionales, lidiamos para aunar la fuerza, en esta lucha en tantos siglos empeñada y que hoy gracias al libro que ilumina los cerebros oscurecidos va cual poderosa antorcha reemplazando la sombra por la luz.

En todas partes existe la lucha y la indiferencia egoísta y eso es el mejor medio para castigar a un pueblo en nombre del capital, el gran monarca.

Un año hace y todos los trabajos o banderas convencionales, de Chile, Argentina, Perú y Bolivia fueron arrolladas a balazos a nombre del dios capital y ¡cosas del destino! la roja, la proletaria tremolaba incólume, sostenida por las manos de un muchacho que estaba boca abajo sobre el globo que representa el universo, en la “Escuela Santa María.” ¿No será acaso este el anuncio de la desaparición de los trapos fronterizos que dan que comer a los logreros y su reemplazo por la roja que quedó sobre el globo en manos de un hombre del mañana?

Montt, Sotomayor, Eastman y Silva Renard, ¡Yo os saludo! Habéis cumplido con vuestro deber, podéis ir ahora orgullosos y rojos de sangre vuestros colmillos de chacales, a lamer la mano de vuestro gran amo el CAPITAL.

José Briggs

Ex presidente de la huelga

Lima, Diciembre 21 de 1908

BIBLIOGRAFÍA

Bergquist, Charles (1988). *Los trabajadores en la historia latinoamericana*. México DF: Siglo XXI.

Gonzales Casanova, Pablo (coord.) (1984). *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México DF: Instituto de investigaciones sociales de la UNAM, Siglo XXI.

González Miranda, Sergio (2004). *El dios cautivo: las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago de Chile: Lom.

González Prada, Manuel (1940). *Anarquía*. Santiago de Chile: Ercilla.

Machuca Castillo, Gabriela (2006). *La tinta, el pensamiento y las manos: la prensa popular anarquista, anarcosindicalista y obrera-sindical en Lima 1900-1930*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.

- Ramírez Necochea, Hernán (1965). *Origen y formación del Partido Comunista de Chile* (ensayo de Historia del Partido). Santiago de Chile: Austral.
- Ramírez Necochea, Hernan (s/f). *Historia del movimiento obrero en Chile*. Concepción: LAR.
- Sánchez, Guillermo (1987). *La prensa obrera peruana*. Lima: Barricada.
- Sánchez, Luis Alberto (1959). *Don Manuel*. Lima: UNMSM.
- Sulmont, Dennis (1977). *Historia del movimiento obrero peruano*. Lima: Tarea.
- Vernuille, Adriana (1947). *Mi Manuel*. Lima: Cultura Antártica.

**FIESTAS RELIGIOSAS E IDENTIDADES NACIONALES:
LA PERUANIDAD RITUALIZADA EN EL DESIERTO CHILENO
(SIGLO XX)***

**Alberto Díaz Araya
Alejandro Málaga Núñez**

En el poblado de Usmagama, en la precordillerana de Tarapacá, el 25 de julio se festeja en honor a San Santiago. Esta celebración, que comienza el 23 y termina el 27 de julio, antiguamente se extendía un día más por la celebración del Día De la Independencia del Perú. Pero debido a la llegada de los chilenos, esto ya no fue más posible. Sin embargo, el nacimiento de una niña cambiaría las cosas. La pequeña Faustina Taucare tuvo la ocurrencia de venir al mundo el día 28 de julio de 1904 y se transformó en la excusa perfecta para que, a partir de aquel año, la comunidad festejara anualmente ese nacimiento, logrando encubrir así el festejo del día patrio peruano.

A pesar que el acontecer político cambió, y pasaron los años, este festejo se mantuvo y fue celebrado por sus hijos, amigos y nietos, hasta el día que esta niña, convertida ya en mi bisabuela, falleció, en 1992.

Yéliza Gajardo Carvajal, Comunidad Indígena Aymara de Chusmiza-Usmagama

INTRODUCCIÓN

La Guerra del Pacífico es el punto de inflexión de la historia de la sociedad regional del actual norte chileno junto con los posteriores tratados internacionales que han matizado, con fricciones diplomáticas de por medio, el pulso de las identidades nacionales entre las gentes del desierto.

La llegada del Estado chileno, con sus agencias y agentes, trajo consigo un aparato administrativo que intentó reproducir en una zona que antes fue el sur peruano, una hegemonía política donde, como era de suponer, no existirían los espacios para las diferencias, caracterizando al otro, al distinto (o al indígena peruano), como un sujeto

* Artículo resultado del Proyecto FONDECYT 1110965 y del Proyecto de Investigación Mayor de Ciencia y Tecnología de la Universidad de Tarapacá, n° 5732-12. Asimismo, se agradece el apoyo del Convenio de Desempeño Universidad de Tarapacá-Mineduc.

que debía ser civilizado y nacionalizado bajo el *ethos* de la chilenidad. Así, cualquier indicio de peruanidad debía ser invisibilizado o suprimido por las agencias gubernamentales instaladas en la zona, y en algunos casos, con actos violentos y xenofóbicos (González, 2004; 2006).

Pese a este panorama adverso, tal como se recrea en el relato del pueblo andino de Usmagama, las poblaciones locales buscaron estrategias no solo para redimir el fervor a los santos patronos sino simultáneamente revestir sus ceremonias de los sentimientos patrióticos peruanos. Buscando analizar cómo las poblaciones andinas manifestaron sus lealtades nacionales en un escenario sociopolítico complejo, como el vivido en Arica y Tarapacá durante las primeras décadas del siglo XX, este trabajo examina cómo las adscripciones identitarias republicanas se expresan en las performance ritual que las festividades religiosas poseen, toda vez que las celebraciones, con las implicancias sociales que estas contienen, permiten articular una serie de prácticas devocionales que se nutren de símbolos para reactualizar la memoria peruana al interior de una sociedad panóptica y chilenizadora (Díaz, 2011).

VIGILAR Y FESTEJAR

A inicios del siglo XX, tanto los obreros de la pampa salitrera como los comuneros andinos se desplazaban entre los oasis o pueblos precordilleranos para celebrar las fiestas religiosas (Núñez, 2004). Los primeros acudían al santuario de la Virgen del Carmen de La Tirana, tal como antes lo realizaban en los santuarios marianos chilenos de Andacollo, Lo Vásquez, entre otros, reproduciendo ahora su religiosidad en la pampa del Tamarugal. Los segundos se congregaban ritualmente en las aldeas serranas para conmemorar a sus santos patronos, a Cristo o a la Virgen del Rosario o Santa Rosa de Lima. Igualmente, para la fiesta del Espíritu Santo en Mamiña, las autoridades chilenas pretendían reglamentar dichas ceremonias debido a los actos poco piadosos que practicaban los lugareños a ojos de la autoridad. Al respecto, el Vicario castrense de Tarapacá instruyó que:

[...] procuraremos tener de acuerdo con nosotros y de que en cada pueblo hubiese un guardián hacia mirar con más respeto a la religión.

¡Lástima que no haya recursos para dotar cada capilla con lo necesario para que los párrocos celebren las fiestas y nos libraríamos de esa plaga de alfereces que son el mismo demonio vendiendo cruces! Pero sin la solemnidad que sus festividades despreciarían las iglesias y capillas, jamás asistirían a ellas pues dirían que los Chilenos les quitaban sus devociones¹.

¹ Archivo Obispado de Iquique (en adelante AOI), Correspondencia de Mamiña, 6 de julio de 1900.

El alférez corresponde a un cargo religioso vinculado a las antiguas cofradías coloniales, el cual se focaliza en la organización de las festividades, cubriendo todos los gastos que esta requería (comida, bebidas, pago a los músicos, etcétera). A su vez, el cargo de alférez tenía (y aún mantiene) prestigio social, articulando dinámicamente a la comunidad al ser rotativo y congregando incluso a personas que habían abandonado la localidad al trasladarse para trabajar en las oficinas salitreras de la pampa (Díaz, 2009).

De la misma forma, los dispositivos de la vicaría colisionaron con el sistema de cargos religiosos instalado siglos atrás en los Andes, desconocidos por los sacerdotes chilenos en cuanto a su funcionalidad y significación, lo que habría generado relaciones asimétricas entre clérigos y comuneros andinos. Un dato no menor, lo constituye el hecho que la percepción de los agentes del Estado era que ellos estaban frente a prácticas incivilizadas, las cuales debían normar y disciplinar con una apuesta que exploraba canales para reproducir los valores y principios de la cultura chilena. Un documento de la época lo atestigua:

La casi totalidad de los habitantes de esta región son peruano de nacionalidad i otro mestizos de boliviano y peruano.- de ahí que por consideraciones que no escaparan a la consideración de U. S. las autoridades de esta región tienen que imponerse una ruda labor tratando de implantar las Leyes y Costumbres del país. Chilenos propiamente dicho no hay más que el Señor Subdelegado i el infrascrito. Existen algunos elementos jóvenes, nativos de la región que no sustentan ni el más pequeño espíritu de patriotismo nacional; todos creen que estos territorios son del Perú país al que se estiman ligados por razones de Nacionalidad de sus padres i además por que parece que nunca se ha preocupado persona alguna, con la atención que la cosa merece, de atender este rincón de Chile que representa una de las paginas gloriosa de la Historia Patria².

Como dictaba el informe, la «Historia Patria» debía ser un ingrediente fundamental para «implantar las leyes y costumbres» chilenas en un territorio donde pervivía en el imaginario colectivo de los «nativos» su vinculación soberana con el Perú. A nuestro entender, estas impresiones estaban condicionadas por el ímpetu de los cargos religiosos y la circulación de símbolos e imaginarios nacionales durante las fiestas, lo cual era peligroso para las autoridades. Años más tarde, esta percepción aún se mantenía entre las autoridades chilenas. Por ejemplo en Arica, para la fiesta en el Santuario de la Virgen de Las Peñas:

[...] se venera una imagen de la Virgen del Rosario, cincelada en la peña, para cuyo culto sus devotos han edificado un valioso templo de tres naves. Allí acudía mucha gente de Tacna, Arica y Tarapacá, en su mayoría peruanos, que engalanaban

² Archivo Intendencia de Tarapacá (en adelante AIT), Subdelegados, Vol. 11, Foja 32, 16 de agosto de 1919.

la iglesia con banderas nacionales; entre los asistentes se veían grupos de devotos, llamados *morenos*, vestidos de príncipes y señores medievales, que al son de aires populares y cantos patrióticos, danzaban típicamente en la procesión.

Estos *morenos*, cruzábanse bandas con los colores de la bandera peruana, pedían en sus cantos a la Virgen la libertad de las tierras cautivas, siendo ésta la causa de que las autoridades chilenas de Arica, prohibieran esas romerías anuales, valiéndose de diversos pretextos, como por ejemplo de que la aglomeración de fieles, desarrollaba las epidemias y enfermedades contagiosas³.

Para el caso del Santuario de San Lorenzo de Tarapacá, la situación era similar:

Tarapacá, Junio 3 de 1926.

Tengo el honor de exponer en conocimiento de U.S. de que a raíz de un viaje de inspección a algunos pueblos y caseríos de la Subdelegación a mi cargo, he podido observar de parte de sus habitantes el empeño en mantener latente costumbres y tradiciones del tiempo de la dominación peruana⁴.

La documentación revela la dicotomía existente al interior de la sociedad regional, debido a las impresiones que los agentes chilenos elaboraban en torno a las prácticas de culto de los comuneros. Al respecto, es posible insistir en la posibilidad de que las costumbres materializadas en las festividades constituían sinónimos de la «peruanidad», y a la inversa, lo «moderno» y civilizado correspondería —en teoría— a los atisbos de la «chilenidad», según los discursos de quienes ostentaban el poder y manipulaban la información.

Sobre las costumbres religiosas de los «nativos», algunos clérigos las describieron como una serie de prácticas y tradiciones «antiguas», tal como puede leerse:

Lima, 16 de Diciembre de 1896

Ilustrísimo y Reverendo Monseñor Juan Guillermo Carter

Obispo Titular de Antédone y Vicario Apostólico de Iquique

Ilustrísimo Señor:

Unos Señores vecinos del pueblo de Guaviña se han presentado personalmente en este Delegación á fin de quejarse del Cura Sr. D. Amador Mujica porque, no solo reivindica para sí el derecho de guardar los ornamentos y vasos sagrados de aquella Iglesia, según lo ha ordenado V.S.I. en su decreto de fecha 14 de Agosto último, sino que aun pretende servirse de dichos objetos e otros pueblos de su jurisdicción,

³ José Vitaliano Berroa: «El problema religioso durante la ocupación chilena de las parroquias irredentas de la Diócesis de Arequipa (1899-1926)». Lima, Talleres Gráficos «La Confianza». s/f.

⁴ AIT, Subdelegados e ingenieros de provincia, Vol. 3, foja 42, 3 de junio 1926.

conforme lo expresa claramente en una carta de 6 de Novbre. dirigida á un tal Sr. Eugenio Castilla y que yo tengo á la vista.

Esta cuestión entre pueblos y Curas, al menos en el Perú, es antigua y común; y reconoce una doble causa:

1° la tradición de los muchos abusos cometidos por los Ser. Curas, los que con frecuencia se han adueñado de las cosas de sus Iglesias, llevándolas en sus traslaciones y aun vendiéndolas ó legándolas a sus parientes en caso de muerte;

2° los celos de pueblos con otro, no gustando al uno el que el disfrute de objetos que han sido comprados con [...] y para distinta Iglesia.

Conviene pues arreglar las cosas de manera (que) quede conciliado el derecho de la Parroquia y el Cura con estas susceptibilidades, hasta cierto p(unto) justas, de los feligreses.

Así lo recomiendo á V.S.I...

Afmo Servidor

José Arzob. de Lima⁵

El arzobispo limeño a fines del siglo XIX explica con claridad a su par del vicariato castrense de Tarapacá, que los sacerdotes chilenos no están respetando las costumbres locales debido a que los vecinos habían custodiado los bienes de los templos, las chacras, las ornamentaciones de los santos y los objetos sagrados para la liturgia (en algunos casos de oro y plata) desde la época colonial; incluso con cargos religiosos como los mayordomos y fabriqueros, quienes cuidaban de la «fábrica» o bienes de las capillas respectivamente (Díaz, 2009). Las acciones de los sacerdotes chilenos vulneraban las susceptibilidades, generando pugnas con los comuneros y los cargos religiosos que poseían desde lejanos tiempos.

Dicho cuadro se mantuvo entrado el siglo XX, y las costumbres manifestadas en las festividades generaron indagatorias que exploraban no solo lo estereotipado como profano de la piedad religiosa y popular andina, sino que requerían visualizar en el despliegue ceremonial la existencia de ciertos signos de evidencia de la peruanidad. Justamente, observamos hacia 1926:

Puedo agregar a U.S. de que las fiestas religiosas que se celebran en esta subdelegación fronteriza, *son pretextos para organizar verdaderas orgias* y con el respeto que nos merece la iglesia y credo religioso de cada uno de nuestros gobernados, estimo que procediese a impedir de una vez por todas, que a sombra de esas festividades de la iglesia, quieran los organizadores de ellos u otras personas interesadas, en esas actividades.

⁵ AOI, Libros Varios, 16 de diciembre de 1896.

El punto más grave aún, es el que gravita en las actuales circunstancias intencionales sobre la conciencia ciudadana, pues no hay duda alguna de que estas fiestas son verdaderos *pretextos para mantener o despertar, en especial en los niños, sentimientos de adhesión al Perú* y de encubierta hostilidad para Chile⁶.

El espíritu festivo y la alteración del orden público demandaban de la institucionalidad la implementación de un aparato político para vigilarlas, y ahí las subdelegaciones rurales, los carabineros y la vicaría castrense actuaron mancomunadamente para regimentarlas, sobre todo porque desde «tiempos inmemoriales los elementos peruanos que ahí residen y de los alrededores, celebran con mucho entusiasmo sus fiestas». A saber:

El 9 al 12 del próximo mes de Agosto, celebrarán en el Tarapacá, las fiestas de «San Lorenzo» y de la de Nuestra Señora «La Asunta».

De tiempos inmemoriales los elementos peruanos que ahí residen y de los alrededores, celebran con mucho entusiasmo estos días en el pueblo citado, realizando actos religiosos, procesiones y otras ceremonias análogas⁷.

En dichas festividades se configuraba un clima eufórico, razón por la cual las autoridades consideraban: «las costumbres usadas en la celebración de las fiestas son tan arraigadas, que no hay razonamiento ni consejo que valga para hacer que no trasnochen, con la música y tamboreos monótonos y las bebidas que acostumbran»⁸, situación que debía ser controlada y reprimida.

La intendencia programó la intervención de las festividades y la vigilancia del actuar de los parroquianos, tal como se revela en un oficio confidencial:

Iquique, 17 de Junio de 1926.

Esta Intendencia ha tenido conocimiento de que, con motivo de la celebración de festividades religiosas, algunos habitantes de los poblados ubicados en las cordilleras del interior de la provincia, ejecutan actos, *exhibiendo emblemas o realizan otras demostraciones destinadas a mantener o despertar entre los pobladores, y en especial en los niños, sentimientos de adhesión al Perú y de encubierta hostilidad para Chile*.

Estos actos o demostraciones y que van en desmedro del sentimiento patriótico nacional, deben ser reprimidos con prudencia pero con energía, procurando no herir susceptibilidades de carácter religioso, a los cuales los propagandistas peruanos pretenden ligar sus actitudes.

⁶ AIT, Subdelegados, Vol. 2, foja 51ª, 1927. El subrayado es nuestro.

⁷ AIT, Subdelegaciones, Vol. 2, Foja 224, 28 de Julio de 1928. El subrayado es nuestro.

⁸ AOI, Visitas Pastorales a las parroquias de Tarapacá (1922-1926).

Los dirigentes o promotores de dichas festividades y las personas que intervienen en la organización y desarrollo de ellas, deben ser prevenidas oportunamente de que se aplicarán medidas severas contra todo aquel que ejecute cualquier acto o demostración que lleve envuelto un desmedro, menosprecio, o una falta de respeto a la soberanía o el sentimiento nacional.

Las autoridades de esos puntos deberán dar cuenta a esta Intendencia de los casos que ocurrieron. Ruego a Ud, poner lo anterior en conocimiento de los jefes de Tenencias y puestos, para los efectos indicados en esta comunicación.

Saluda atte. a Ud.⁹

Las celebraciones, a decir de los agentes chilenos, fueron consideradas una excusa para promover los sentimientos de adhesión al Perú, y eran la oportunidad precisa para que brotaran durante el fragor del festejo las manifestaciones pro peruanas, con proclamas antichilenas y discursos identitarios nacionales. Tal como hemos sostenido, la asociación que surge entre fiestas religiosas y peruanidad era indiscutible:

Entre estas costumbres, es mi obligación señalar a U.S. la forma intermitente con que estos pueblos celebran algunas fiestas religiosas, lo cual nada tendría de particular, si centro de ellas no se desarrollaran actos reñidos con nuestro estado de civilización y lo que es peor, que van en desmedro de nuestro sentimiento nacional.

Me he formado verdadero concepto que el espíritu que anima a los organizadores de estas continuas fiestas, es de mantener latente las costumbres peruanas y que los niños vivan y se desarrollen al calor de esas costumbres¹⁰.

En el informe citado son denostadas las ceremonias religiosas de los lugareños, no solo en las expresiones vinculadas al «sentimiento nacional», sino que destacan ciertos «actos reñidos con nuestro estado de civilización» que impregnan los discursos e imaginarios de la chilenidad de los oficiales. Así, desde la perspectiva de la inspección del quehacer festivo, se buscó condicionar y fiscalizar todas las acciones o manifestaciones que menoscabaran los valores patrios, aunque dichas celebraciones tuvieran un carácter religioso. Sobre estos tópicos, podemos subrayar que:

No es el ánimo del infrascrito herir susceptibilidades religiosas, por el contrario, es mi deseo de no permitir que se continúe a la sombra de la Iglesia que nos merece respeto y tolerancia desarrollando a que encierran una burla a nuestras leyes y a la soberanía nacional, y, de los que se aprovechan predicadores de todo lo que implica odio a nuestra (ilegible).

⁹ AIT, Oficios generales, Vol. 14, foja 425, 17 de junio de 1926. El énfasis es nuestro.

¹⁰ AIT, Subdelegados, Vol. 3, foja 42, 1926. El énfasis es nuestro.

Finalmente doi cuenta a U. S. de que mientras esa Intendencia resuelva lo que estime el caso he ordenado la prohibición de todo acto de sospechosa normalidad o de dudoso patriotismo que se quieran ligar a las festividades de la iglesia Católica, tratando de no herir por ninguna circunstancia susceptibilidades religiosas¹¹.

Con el ánimo de vigilar las festividades religiosas, porque se constituían como el foco para que brotara o se fortaleciera la identidad peruana, se buscó controlar todo el despliegue festivo que permitía activar los imaginarios nacionales que circulaban por el norte chileno. En tal sentido, la celebración de la independencia peruana (28 de julio) y la festividad de San Lorenzo (10 de agosto), cercanas en fechas, fueron cuidadosamente supervisadas por los carabineros, indagando cualquier brote que actualizara los símbolos del patriotismo peruano, como puede verificarse en el siguiente texto:

Tarapacá 13 de Julio 1911

Nº 103

En vista de los sucesos ocurridos en Iquique y Huara se susurra en este pueblo que varios peruanos residentes en esos lugares piensan venir a festejar en este los días 28 del pte. y 10 de Agosto, fiesta de San Lorenzo.

Como el día lunes cumplí mi periodo de Subdelegado quedando el pueblo sin autoridad y para garantía de las dos familias chilenas que hay acá: solicito de US el establecimiento de un retén de policía permanente o si no que vengán fuerza por los días citados con el fin de evitar los desmanes y desordenes que pudieran ocurrir¹².

Las medidas adoptadas apuntaban a un compendio de prohibiciones:

En vista de las fiestas de San Lorenzo, la Subdelegación hace presente las prohibiciones siguientes de la ordenanza de policía, del 16 de Marzo de 1896.

Art. 17. Ninguna persona podrá abrir cafés, salones, cantinas, fondas, etc.: sin dar aviso á los Subdelegados rurales.

Art. 53. Es prohibido enarbolar estandartes nacionales ó extranjeros, en los edificios particulares.

Art. 56. Se prohíbe las canchas de gallos, los juegos de azar y de envite, bajo apercibimiento de multa de veinte á cuarenta pesos.

Y

Vistos los antecedentes de otros años, en virtud de las facultades que me concede la Ley del R. I., para conservar el orden público y evitar que se altere: he acordado

¹¹ AIT, Subdelegados, Vol. 2, foja 51ª, 1927. El subrayado es nuestro.

¹² AIT, Subdelegados, Vol. 47, foja 140, 13 de julio de 1911.

y decreto: *Se prohíbe: á las Bandas de música que concurran á las fiestas, tocar hymnos nacionales extranjeros; lo mismo que gritos de viva ú otros patrióticos, bajo apercibimiento de Ley* (Art: 495, inc. 1 del C.V.) Anótese comuníquese y dese parte. Mauricio Reynand Subdelegado. Tarapacá, 7 de Agosto de 1911¹³.

Estas disposiciones acentuaron la prohibición de los símbolos nacionales de otros países; además, las melodías interpretadas por las bandas de músicos, principalmente agrupaciones de laquitas (zampoñeros) o bronces, no podían contener fragmentos de cánticos, marchas o himnos extranjeros, lo que restringió el repertorio musical de las comparsas, orquestas y cantores (Díaz, 2009). Frente a estos dispositivos, algunos comuneros solicitaron:

[...] permiso legal para celebrar dicha fiesta en la fecha antes nombrada; —Me es grato contestar á Ud. y demás persona, que no hay para mi ningún inconveniente sujetándose Ud.: y demás comitentes á las reglas de orden siguientes que me están dictadas por los acontecimientos por los que pasa la Provincia.—Siendo la fiesta de San Lorenzo, fiesta religiosa, Ud.; y demás comitentes, *evitarán, todas manifestaciones políticas o nacionales ú otros lugares; que las bandas toquen canciones ó hymnos nacionales de cualquiera clase que sean; y gritos de viva ú otros;* quedando, Ud.: y demás comitentes, responsables de las infracciones á dicha orden.—Por lo demás ó sea: fuegos artificiales, música, procesión, parabién etc.: tienen todo permiso. — Ud.: comprenderá el objeto de mi prohibición; es mejor precaver que castigar¹⁴.

De esta manera, todo vestigio de nacionalismo peruano materializado en cánticos, melodías, emblemas y prácticas de piedad religiosa estaba prohibido, so pena de castigos o encarcelamiento. El objetivo era múltiple: vigilar las festividades, en tanto costumbres incivilizadas que contenían signos que apelaban a la peruanidad, en un escenario de relaciones sociales e identitarias complejas, donde las celebraciones eran los dispositivos que generaban catarsis colectiva, y voces disonantes, ante una institucionalidad panóptica.

Las medidas para resguardar la exaltación de los emblemas patrióticos intentaron ciertamente no desmantelar la tradición devocional de la feligresía regional, por lo cual se quiso regular dichas fiestas intentando posicionar la presencia del Estado chileno, sus símbolos y el orden público y moral en la población local.

¹³ AIT, Subdelegados, Vol. 47, foja 154, 7 de agosto de 1911. El subrayado es nuestro.

¹⁴ AIT, Subdelegados, Vol. 47, foja 159, 3 de agosto de 1911. El subrayado es nuestro.

PERMISOS Y FIESTAS

Tal como habíamos problematizado en torno a los cargos religiosos de origen colonial, como los alféreces y mayordomos, estos permitían congregarse ritualmente en torno a las festividades a los comuneros andinos, como también a peregrinos provenientes de latitudes diversas y nacionalidades distantes. En un escenario complejo en materia diplomática y de permanentes disyuntivas identitarias como lo era el nuevo norte chileno, el cargo de alférez, conjeturamos, se reconfiguró mucho más allá de su funcionalidad ligada al culto al santo patrono, en un actor notable que articuló el fervor religioso con los agentes sociopolíticos que imperaban en la región. Fue un personaje central en el entablado de las relaciones que la institucionalidad chilena imponía y requería (Díaz, 2009).

Si la fiesta era una actividad sociocultural que desde la Colonia hispana tenía un espacio y tiempo que la población reconocía, y era un evento arraigado en los Andes y entre Arequipa y el río Loa, entonces no fue fácil disciplinarla e imponer los símbolos chilenos, como las marchas militares para las procesiones o la entonación del himno patrio o el de Yungay para recibir, saludar o despedir la imagen de Cristo, la Virgen o los santos protectores. Las fiestas contenían mucho del espíritu devoto, pero a su vez eran el momento propicio para reactualizar la memoria social, donde la peruanidad poseía un sitio relevante que se matizaba en el acto piadoso. Por ejemplo:

En el presente mes se celebran las fiestas religiosas de «San Antonio», «San Juan» y otras, las que se verifican con todo alboroto, contrastando este entusiasmo con el poco interés que se demuestra para la celebración de las fiestas Patrias.

Salvo mejor resolución de US. estimo que debe cesar este estado de cosas, sin que ello signifique impedir a los habitantes que practiquen sus ideas religiosas, dentro del terreno que corresponde y que todos respetamos.

También puedo agregar que tengo conocimiento de que uno de los «alférez» o encargado de la próxima celebración de una de estas fiestas, es Benigno Viguera, peruano de nacionalidad, que tiene su residencia y hogar en el pueblo de Huara y que fue llevado a Iquique, últimamente, por disposición de la oficina plebiscitaria, sin duda motivada por algún denuncia sobre sus actividades peruanas.

En vista de estas consideraciones, solicito a US. se sirva, si lo tiene a bien, indicar al infrascrito la norma de conducta que se impone adoptar para esta clase de fiestas, máxime en los actuales momentos y dada la situación internacional por que atraviesa nuestra patria¹⁵.

¹⁵ AIT, Subdelegaciones, Vol. 3, foja 42, 3 de junio de 1926.

No cabe ninguna duda de que el fervor religioso era más significativo a nivel local que la lealtad a la patria chilena, reflejada en la ritualidad cívica que engalanaba los desfiles y fiestas patrias. Eran, entonces, despliegues rituales que entraban en colisión al interior de la sociedad regional, y entre agentes y pobladores.

Sobre el uso comunitario del formato de solicitudes como práctica sociopolítica, los indígenas del valle de Quisma expusieron al subdelegado en 1927 que:

Los abajo suscritos, vecinos del valle de Quisma venimos en rogar a usted se sirva otorgarnos permiso para desarrollar un programa de fiestas públicas, con motivo de celebrarse el día 30 del presente mes el día de la patrona de este pueblo, «Santa Rosa».

Prometemos por la presente a usted someternos y acatar la ordenes que existan de parte del gobierno del país y las autoridades con respeto a la forma en que deben de efectuarse esta clase de fiestas.

Por tanto:

A usted suplicamos se sirva darnos el permiso correspondiente.

Firmado. Andrea M. viuda de Garate. Eulalia Morales. Asencio Núñez. Pabla n. de Morales¹⁶.

La petición conlleva también una promesa: el sometimiento a las órdenes entregadas por las autoridades, celebrando según las pautas oficialmente aceptadas por la institucionalidad. Aunque el documento no especifica a qué tipo de ordenanzas se refiere, la respuesta de la subdelegación hace hincapié en resguardar siempre el sentimiento nacional chileno:

Pica, 26 de Agosto de 1927

Ante esta Subdelegación se ha presentado una solicitud pidiendo permiso para celebrar reuniones públicas en el Valle de Quisma con motivo de la celebración de las festividades de «Santa Rosa», patrona de ese pueblo.

En cumplimiento de las disposiciones superiores que existen en poder de esta Subdelegación, se previene a los solicitantes del permiso, *que todo acto que resulte contra la seguridad o sentimiento nacional serán responsabilizados los organizadores de la fiesta.*

En consecuencia, se da el permiso solicitado, no permitiéndose el uso de bebidas embriagantes en los distintos actos de las fiestas, como asimismo espectáculos que no estén debidamente autorizados por la autoridad como tanto.

Póngase en conocimiento de carabineros de Pica el presente permiso¹⁷.

¹⁶ AIT; Subdelegados, Vol. 2, foja 91, 1927. El énfasis es nuestro.

¹⁷ AIT, Subdelegados, Vol. 2, foja 92, 26 de agosto de 1927. El énfasis es nuestro.

Las acciones coercitivas de las autoridades, con el claro propósito de terminar con las manifestaciones de adhesión al Perú, son erogaciones que al mismo tiempo restringen los cultos tradicionales a nivel local. El sentimiento nacional chileno tenía que estar salvaguardado en las festividades religiosas; en caso contrario se responsabilizaba a los alferces ante cualquier desacato de dichas ordenanzas. Consignemos que la hipótesis de que el sistema de cargos permite la congregación ritual de los diversos integrantes de la comunidad, pese a la migración, los cambios identitarios y las condiciones sociales a lo largo del siglo XX, y posee una profundidad histórica en el norte de Chile que se reactualizó con los imaginarios de la ritualidad peruana frente a la chilenidad instrumentalizada.

REFLEXIONES FINALES

La fiesta popular contiene atributos de sublimación que implican la liberación de energías mediante el cántico, la sátira o el disfraz del danzante, que en el ambiente cotidiano son retenidas y reprimidas (Bajtin, 2002). La trasgresión a lo impuesto utilizando el vehículo de la festividad releva el fenómeno de liberación de las energías y atribuye a la celebración la posibilidad de alterar los cánones sociales y estatales disciplinadores (Ginzburg, 2010), cuyo poder coactivo se refleja en las acciones sociopolíticas con el propósito de imponer la chilenidad en una zona donde la religiosidad y las costumbres son acondicionadas por la población como recursos mnemotécnicos de la peruanidad.

De igual forma, la fiesta puede entenderse como un «pararrayos» para los diferentes tipos de tensiones y rencillas sociales (Scott, 2000). El cántico o la danza consiguen mostrar en lo oculto del rito, el descontento comunitario frente a los mecanismos de vigilancia promovidos por las agencias y agentes del Estado chileno y la vicaría castrense. Del tal manera, el uso popular de la religión es modificado de acuerdo a realidades regionales, reorientando los significados espirituales, ideológicos o sociopolíticos que emanan desde la curia, reactualizándolo mediante los usos locales implicados en la fiesta.

Como colofón, las festividades que congregaban ritualmente a indígenas peruanos a inicios del siglo XX, paulatinamente, con el paso de los años y la propagación de los símbolos patrióticos chilenos, se concentrarán en los santuarios promovidos por la vicaría castrense, donde múltiples cofradías de peruanos, bolivianos, mineros chilenos y obreros de nacionalidades diversas ahora se reunirán para venerar entre danzas, cánticos y melodías a la Virgen del Carmen de la Tirana, patrona del ejército chileno y de la pampa del Tamarugal (González, 2006; Díaz, 2011).

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtin, Mijail (2002). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza.
- Berroa, José Vitaliano (s/f). *El problema religioso durante la ocupación chilena de las parroquias irredentas de la Diócesis de Arequipa (1899-1926)*. Lima: Talleres Gráficos «La Confianza».
- Díaz Araya, Alberto (2009). Los Andes de bronce. Conscripción militar de comuneros andinos y el surgimiento de las bandas de bronce en el norte de Chile. *Historia*, 42(2), 371-399.
- Díaz Araya, Alberto (2011). En la pampa los diablos andan sueltos. Demonios danzantes de la fiesta del santuario de La Tirana. *Revista Musical Chilena*, LXVI/216.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- González, Sergio (2004). *El Dios cautivo. Las ligas patrióticas en la chilenización de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago: Lom.
- González, Sergio (2006). La presencia indígena en el enclave salitrero de Tarapacá: Una reflexión en torno al fiesta de La Tirana. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 38(1), 35-49.
- Núñez, Lautaro (2004). *La tirana del Tamarugal*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México DF: Era.

**CONFLICTOS ENTRE EL CETRO Y LA ESPADA:
LAS MISIONES PROTESTANTES EN LAS REGIONES DE FRONTERA
ENTRE PERÚ Y CHILE (1868-1929)**

Miguel Ángel Mansilla
Juan Fonseca

INTRODUCCIÓN

El protestantismo ya es una religión histórica en Chile y Perú. Ciertos rezagos del discurso nacional católico, así como la poca atención que este movimiento religioso ha tenido en la academia histórica de ambos países, han alimentado la idea de que el protestantismo es una corriente religiosa aislacionista y desvinculada de los procesos históricos que configuraron al Estado y la sociedad. No obstante, esta situación está cambiando progresivamente a partir de estudios que constatan la presencia protestante en diversas coyunturas¹. Asimismo, las investigaciones sobre el protestantismo histórico, muchas de ellas realizadas por los mismos protestantes, están superando el enfoque intrarreligioso y hacen esfuerzos por vincular la evolución del protestantismo con procesos generales de la historia chilena y peruana.

Bajo estas premisas, es interesante comprobar que los estudios históricos sobre el protestantismo chileno y peruano no hayan abordado todavía con profundidad su relación con uno de los procesos centrales en el discurso histórico nacional de ambos Estados: la Guerra del Pacífico. Aunque puede haber muchas explicaciones para esto, es evidente que es un tema que merece mucha mayor atención por parte de los científicos sociales, especialmente los historiadores. Asimismo, la evolución del protestantismo en las regiones afectadas de manera directa por las secuelas políticas de la guerra, básicamente el sur peruano y el Norte Grande de Chile, tampoco ha recibido demasiada atención.

¹ Los trabajos de Fernando Armas (1998) y Juan Fonseca (2002), para el caso de Perú y Luis Orellana (2006), Juan Sepúlveda (1999) y Florrie Snow (1999) para el caso de Chile.

Una de las causas que explica este olvido está en los límites temporales y espaciales que los estudios sobre el protestantismo han planteado hasta hoy². Para el caso del Perú, a partir de los límites temporales, se ha establecido como fecha inicial de la presencia protestante a 1888, año en el cual Francisco Penzotti, misionero metodista ítalo-uruguayo, llegó al Perú y estableció de manera permanente la primera congregación protestante formada por fieles peruanos³. Bajo ese paradigma se ha construido un discurso que deja de lado o coloca como «proto-historia» del protestantismo peruano a todo lo que ocurrió antes. Y evidentemente ocurrieron muchos acontecimientos antes. Por otro, desde el enfoque espacial, pareciera que el discurso historiográfico sobre el protestantismo ha quedado dependiente de las transformaciones que tuvieron lugar en los límites del territorio del Perú republicano. Así, los procesos ocurridos en regiones antiguamente peruanas han quedado olvidados en los estudios historiográficos del país. Eso es lo que ha ocurrido con la historia de las misiones protestantes en el sur peruano. Lo que ocurrió en Tarapacá y Arica antes de la Guerra del Pacífico, pareciera que entró al limbo del discurso histórico peruano, y dentro de ello lo que ocurrió en las misiones protestantes.

Para el caso chileno las pocas investigaciones sobre el protestantismo en estos territorios se debe a que el crecimiento del protestantismo ha sido muy lento y nunca ha superado el promedio estadístico nacional, como sí lo han sido el centro y sur chileno y por lo tanto son los que más atención ha recibido. En segundo lugar, la sociología y la antropología ha sido las disciplinas en las que ha habido una mayor preocupación por estudiar el protestantismo y el pentecostalismo; la disciplina histórica ha estado ausente. Por lo tanto en este sentido han importado más las regularidades y generalidades que las particularidades que presenta el protestantismo en sur del Perú y el Norte Grande de Chile. En tercer lugar, ha sido el pentecostalismo el que ha acaparado las investigaciones, dejando de lado el protestantismo histórico.

Por otro lado, existen escasas investigaciones comparativas entre Chile y Perú, como sí las hay entre Chile y Brasil (Wheeler & otros, 1926; Willems, 1963a, 1963b, 1967). Los escasos trabajos que existen entre Chile y Perú vienen de la teología (Browning & otros, 1930; Kessler, 1967). Desde la teología el trabajo más importante es el libro de Juan Kessler, *A study of the older Protestant missions and churches in Perú and Chile. With special reference to the problems of division, nationalism and native ministry*, es un excelente trabajo histórico; una investigación minuciosa y concienzuda que logra no solo describir, sino también analizar y comparar las problemáticas propias del protestantismo en cada país, así como sus obstáculos y deficiencias.

² Ver las periodificaciones planteadas sobre el protestantismo en Fonseca (2002, pp. 14-17).

³ Comprendemos el término «congregación» en el sentido de comunidades locales de fieles que son parte de una estructura denominacional mayor.

No obstante Argentina, Chile y Perú, en los inicios de sus periodos republicanos, comparten una historia común con respecto a los comienzos del protestantismo, sobre todo de la mano de James Thomson ideólogo del sistema lancasteriano de educación. Thomson es un protestante patrocinado por San Martín en 1820 en Argentina, en 1821 es invitado por O'Higgins para implementar el sistema lancasteriano en Chile y luego invitado por San Martín al Perú en 1822 (Armas, 1998; Martínez, 2010; Fonseca, 2001).

En este breve artículo procuraremos plantear algunas ideas y datos para proponer líneas de investigación que ayuden a superar esas carencias.

INMIGRANTES Y MISIONEROS. LOS PROTESTANTES EN EL SUR PERUANO (1868-1877)

Durante todo el siglo XIX, la costa sur fue una región con una economía muy dinámica. A partir de la década de 1850, Tacna fortaleció su importancia como gran centro urbano del sur del Perú gracias, principalmente, a tres factores: el establecimiento del ferrocarril Tacna-Arica en 1856, el mejoramiento urbano y la puesta en marcha de proyectos de irrigación (Seiner, 2007, pp. 882-884). La ruta comercial que permitía a Bolivia y al sur andino peruano importar y exportar hacia el exterior pasaba por el eje Tacna y Arica. De acuerdo con Seiner, «si por Arica ingresaba toda la mercancía que circulaba hacia Bolivia, era en Tacna donde se registraba el control de la misma. Y todas las instancias administrativas del Estado, políticas, fiscales y judiciales, emanaban de Tacna» (Seiner, 2007, p. 882). Una interesante complementariedad económico-administrativa que fue desarticulada con la Guerra del Pacífico.

Esta situación favoreció la llegada masiva de inmigrantes europeos a la región, atraídos por las oportunidades comerciales de la zona. Así, ingleses, alemanes y norteamericanos, muchos de ellos protestantes, se establecieron en Tacna y apellidos como Campbell, Hay, Outram, Zibold o Tornley prosperaron en rubros como la importación mercantil, la construcción, la banca, la fotografía o la relojería. La presencia inmigrante se intensificó con la inauguración del ferrocarril Tacna-Arica en 1856. El proyecto fue encargado al británico José Hegan y su compañía The Arica & Tacna Railway Company (Oviedo, 1861, VI, pp. 143-145), y su construcción efectiva estuvo a cargo del ingeniero norteamericano Walton Evans (Basadre, 2005, VI, p. 65). Años después, en 1868, llegó a Arica el misionero J.W. Sloan, de la South American Mission Society (SAMM), una agencia misionera de la Iglesia de Inglaterra. Sloan aprovechó la influencia de la comunidad británica para obtener pases libres para trasladarse en el ferrocarril. Además, la compañía ofreció el salón de espera de la estación del tren como capilla, lugar donde Sloan celebró servicios religiosos durante ese año (Bahamonde, 2003, p. 99; Maldonado, 2011, p. 40).

La presencia de inmigrantes extranjeros en Tacna no solo fue importante en el aspecto económico sino también en el político. Algunos de ellos, como Juan Campbell y Guillermo MacLean, hijo de un inmigrante británico, llegaron a ser alcaldes de Tacna. MacLean era alcalde cuando Tacna fue ocupada por el ejército chileno durante la Guerra del Pacífico. La presencia de estos inmigrantes en puestos claves de la administración pública y su capacidad de influencia política facilitaron la posterior expansión de las primeras misiones protestantes. Así lo relata Wenceslao Bahamonde:

La obra fue iniciada en Tacna y Arica por el Rev. J. W. Sloan, quien llegó a Arica el 9 de marzo de 1868. La mayoría de los miembros de la comunidad inglesa habían mostrado un interés especial en los servicios religiosos cuando el Dr. Hume, el representante de la Sociedad hizo una encuesta de las necesidades religiosas de los residentes ingleses. Encontró que el Alcalde de Arica era un súbdito inglés y el hombre más rico de la ciudad. Con su ayuda y la de otros prominentes hombres de negocios, el Sr. Hume recorrió la ciudad recolectando las suscripciones por trescientas setenta y cuatro libras peruanas para el establecimiento de la obra, la mayoría de las cuales se cancelaron inmediatamente. Tal era el ansia de la gente por tener un ministro. De la cantidad mencionada, doscientas libras peruanas habían sido ofrecidas por los ingleses y ciento setenta y cuatro por otros extranjeros, principalmente alemanes y norteamericanos. [...]. Los servicios se iniciaron pronto con el Rev. Sloan a bordo de los barcos que llegaban al puerto de Arica. En Tacna, las salas de algunas residencias inglesas se usaron para los servicios (Bahamonde, 2003, p. 99).

De esa manera, a partir de la apertura de oportunidades económicas, los inmigrantes anglosajones lograron acceder a ciertas oportunidades políticas que, indirectamente, abrieron las posibilidades para el desarrollo misionero protestante inicial en el sur peruano. Esto tenía también que ver con el trasfondo ideológico de la época.

A lo largo del siglo XIX, maduró en el Perú una corriente liberal, minoritaria pero importante, que influyó en las políticas pro-inmigración anglosajona en el país. Esto se intensificó con la hegemonía que logró el positivismo en los medios intelectuales y políticos peruanos en el último tercio del siglo. Bajo la perspectiva liberal positivista, la inmigración anglosajona era una fuerza codiciada por su aporte efectivo para el progreso y la modernización del país en términos étnicos y culturales. Como muchos de esos inmigrantes eran protestantes, los políticos liberales vieron con simpatía la tolerancia religiosa a fin de que tuvieran las mayores facilidades para su establecimiento en el país. Así, el ideólogo liberal Juan Francisco Pazos afirmaba:

No hay duda alguna de que perteneciendo el inmigrante, en la mayoría de los casos, á esas naciones (protestantes), el Estado, si quiere atraerlos para que estos

fijen su residencia en su seno formando familias y aumentado así la población, debe darle todo género de facilidades y derechos, tanto para él como para sus hijos (Pazos, 1891, p. 57).

Los sectores hegemónicos de la sociedad peruana construyeron así una asociación progreso-inmigración anglosajona-modernidad, dentro de la cual lo protestante estaba incluido, no necesariamente por interés en su contenido religioso sino básicamente por su supuesto potencial «civilizador-modernizador». Esto se vio con claridad en las políticas educativas, tanto las proyectadas como las aplicadas (Espinoza, 2005; Sobrevilla, 2003), así como la buena recepción que tuvieron las escuelas fundadas por inmigrantes anglosajones. Eso ocurrió en Tacna, por ejemplo, con el Colegio Alemán, fundado en 1868 por Eugenio von Boeck, pedagogo protestante, quien también fundó escuelas en Valdivia (Chile) y Cochabamba (Bolivia). Sobre esta base se desarrollaron las primeras incursiones misioneras protestantes en el sur peruano.

LAS INCURSIONES MISIONERAS PROTESTANTES

En el periodo previo a la Guerra del Pacífico (1879-1883), los esfuerzos misioneros articulados en el sur peruano estuvieron a cargo de misioneros anglicanos británicos y metodistas norteamericanos. Así, anglicanismo y metodismo, las dos expresiones predominantes de la religión protestante anglosajona en la era imperial, fueron las primeras en llegar a las costas surperuanas, ambas aprovechando las posibilidades que ofrecían las nutridas comunidades inmigrantes anglosajonas en la región.

Es importante destacar que, en ese entonces, Chile, Perú y Bolivia eran conocidos como la región Costa Oeste de América del Sur. Por ello en sus itinerarios los misioneros ingleses, escoceses y norteamericanos solían considerar a los tres países como una región, especialmente Chile y Perú. Su ruta usual pasaba por el Cabo de Hornos, Valparaíso e Iquique y luego El Callao y Lima.

Las misiones anglicanas llegaron a través de la SAMM, una sociedad misionera fundada en 1844 por Allen Gardiner, un misionero anglicano, bajo el nombre de Misión de la Patagonia. Luego de su épica muerte en la Tierra del Fuego, la sociedad tomó el nombre de South American Mission Society en 1852 (Every, 1915). Los objetivos de la misión estaban dirigidos básicamente a la evangelización de los indígenas y a la atención espiritual de las comunidades británicas inmigrantes. Esto fue el reflejo del modelo misionero anglicano, que consideraba que las poblaciones de confesión católica (criollos y mestizos básicamente) no podían ser parte de sus esfuerzos misioneros, pues sería una forma de proselitismo agresivo hacia otra confesión cristiana, en este caso la católico-romana. Esta perspectiva fue la que finalmente se impuso, décadas después, en la Conferencia Misionera Mundial en Edimburgo (1910),

pues la Iglesia de Inglaterra impuso su peso institucional para excluir a las misiones protestantes que ya trabajaban entre la población criolla y mestiza latinoamericana, nominalmente católica (Piedra, 2000).

La SAMM logró establecerse en El Callao en 1864 y alcanzó un éxito relativo dentro de la comunidad británica residente en el puerto peruano. La escuela que se fundó junto a la capilla llegó a contar con un alumnado de ochenta niños, veinte de los cuales eran peruanos. A partir de allí, la SAMM extendió su labor hacia otros puntos de la costa peruana: las islas guaneras de Chincha, y Tacna y Arica. Como ya hemos mencionado, la misión en estas dos últimas ciudades se inició bajo la dirección del misionero J. W. Sloan en 1868. Sloan, además de su labor pastoral con los inmigrantes británicos, se preocupó por compartir el mensaje protestante a los peruanos a través de la literatura: biblias, himnarios, porciones de los evangelios e incluso el *Libro de Oración Común* en español. Esto contradice la comprensión tradicional que se ha tenido con respecto a las misiones protestantes entre poblaciones inmigrantes en el siglo XIX: muchas de ellas sí desarrollaron iniciativas de incidencia en la población nativa.

No obstante, dos eventos catastróficos interfirieron seriamente la actividad misionera protestante en la región: el terrible terremoto de 1868 y la epidemia de fiebre amarilla de 1869. El terremoto ocurrió poco después de que Sloan y su familia se instalaran en Tacna, pero la catástrofe, en palabras de Bahamonde:

...proporcionó lo mismo que a otros miembros de su iglesia (de Sloan) una oportunidad para demostrar el espíritu cristiano y caritativo y organizaron el trabajo de socorro para todos los que habían sufrido daños materiales o pérdidas personales. Esta ayuda indudablemente fue recibida con mucho agradecimiento por los peruanos (Bahamonde, 2003, p. 101).

Sin embargo, el golpe de la epidemia del año siguiente fue mucho más devastador para la misión. Decenas de miembros de la congregación protestante, incluyendo a la esposa de Sloan, murieron. El propio Sloan estuvo afectado, pero logró sobrevivir. La descripción del misionero sobre los efectos de la epidemia es espeluznante:

La fiebre amarilla no da señales de detenerse; de una población de alrededor de cinco mil (el resto de la gente de Tacna huyó apenas la enfermedad empezó a expandirse), dos mil han muerto. [...] A todos ellos (los miembros de su iglesia muertos) los he atendido desde el primer brote hasta que mi presencia era inútil ante la completa inconsciencia de los pacientes. He celebrado servicios fúnebres ante sus tumbas. Tal es el horror experimentado por los amigos y parientes de aquellos que mueren de esta enfermedad que no van al cementerio, y en la mayoría de los entierros he tenido alrededor mío a los peones que cavan las fosas.

Además, el camino del pueblo al cementerio es muy desagradable; se podrían contar doscientos o trescientos montículos de ceniza, algunos aún humeantes y emitiendo olores desagradables de los restos de colchones y muebles de dormitorio en los que la gente murió (Bahamonde, 2003, p. 101).

Meses después de que la epidemia amainó, Sloan fue trasladado a otro puesto misionero en Chile. Las congregaciones protestantes de la SAMM en Tacna y Arica, con los pocos miembros que les quedaban, subsistieron algunos años más, hasta su cierre definitivo en 1877.

Ese mismo año, llegó al Callao el misionero metodista norteamericano William Taylor, con la intención de abrir estaciones misioneras autosostenidas en las ciudades costeñas de Perú y Chile, entonces consideradas un sola gran región dentro de la cartografía misionera protestante. Al año siguiente, en 1878, viajó al sur, buscando contactos con las comunidades inmigrantes anglosajonas en Mollendo, Arica y Tacna para establecer una congregación que no dependiera financieramente del extranjero sino de los aportes de los fieles locales. En Arica no tuvo mucho éxito, pero sí en Tacna, donde logró que algunos empresarios británicos y norteamericanos se interesaran en invertir en el mantenimiento de una escuela inglesa. Entre otros, figuraban personalidades como Joseph Outram, uno de los dueños de la salitrera San Antonio en Tarapacá y presidente del Banco de Tacna; los ricos comerciantes George y William Hellman (Maldonado, 2012, p. 48); y el empresario Guillermo MacLean, alcalde de Tacna. El colegio se denominó Escuela Americana, y tuvo un inicio auspicioso bajo la dirección del misionero A. P. Stowell, nombrado por Taylor para esa función (Arms, 1921, p. 38). No obstante, Stowell cayó prontamente enfermo y su esposa falleció, por lo que la dirección de la escuela quedó a cargo de los misioneros Cora Benson y Fletcher Humphrey, quienes trataron de llevar adelante la iniciativa. El 1 de marzo de 1879 se abrieron las clases y recibieron más de setenta estudiantes. No obstante, el inicio de la guerra obligó el prematuro abandono del proyecto y poco antes del inicio de la campaña del sur los misioneros salieron rumbo a Chile.

Además de Tacna, Taylor logró abrir escuelas e iglesias en Mollendo e Iquique, ciudades portuarias entonces todavía en territorio peruano. Todas ellas también tuvieron que ser abruptamente abandonadas luego del inicio de la guerra. Varios de los misioneros se trasladaron a ciudades chilenas, incluyendo al propio Taylor, quien se estableció en Valparaíso. Así, a raíz de la guerra llegó a su fin este primer ciclo de intentos de establecimiento de obras protestantes en el sur peruano. Luego del fin del conflicto pasarían algunos años para que nuevas organizaciones misioneras incursionaran por aquellas ciudades, que ya no eran peruanas sino chilenas.

LA IGLESIA METODISTA EN CHILE

La Iglesia Metodista (Episcopal) ha sido una de las denominaciones protestantes más importantes y significativas de Chile, pese a no ser relevante en términos estadísticos. El metodismo ha sido importante en Chile por tres motivos:

1) La generación de líderes relevante para la identidad protestante en Chile. En primer lugar encontramos William Taylor, iniciador del modelo misionero independiente, modelo que seguirá el movimiento pentecostal. También encontramos a Canut de Bon, primer predicador callejero de donde viene el apodo peyorativo de los protestantes en Chile llamados «canutos». Ira La Fetra fue quien inició la frase «Chile para Cristo» que posteriormente popularizarán los pentecostales. También podemos citar a Adelaide Whitefield, quien fundó el Santiago College y Lelia Waterhouse, fundadora del Concepción College. Encontramos igualmente a Willis Hoover, el iniciador de la obra pentecostal en Chile, y al pastor Mora, iniciador de la Misión Wesleyana Nacional, agrupación pentecostal que comenzó en 1928 en la ciudad de Lota, cuando un grupo de 43 personas debieron abandonar la Iglesia Metodista Episcopal por causa de la experiencia pentecostal. En el año 1929 se une a ellos el Pastor Mora. Esta es una misión que tiene un fuerte compromiso social y político, tanto es así que en el año 1933 el Pastor Mora fue uno de los fundadores del Partido Socialista en la zona minera, y más adelante, en 1936, estuvo preso durante ocho meses por defender la causa de los obreros mineros, debido a que la Compañía Lota Alto abusaba de sus derechos. El año 1940 Mora es elegido regidor por Coronel (Ossa, 1990, p. 49).

Pese a que los dos últimos líderes fueron expulsados o forzados a salir del metodismo, no obstante fueron formados por ellos con una mentalidad y un liderazgo distintivo que marcó el pentecostalismo chileno.

2) La labor y compromiso social y educativo. Como destaca el sacerdote católico Ignacio Vergara: «la Iglesia Metodista, a diferencia de casi la mayoría de las otras organizaciones protestantes, ha demostrado desde sus inicios sus preferencias por las obras educacionales y sociales» (Vergara, 1962, p. 64). Incluso algunas personas de la Iglesia Metodista fueron reconocidas por el Gobierno de Chile por su trayectoria de la Orden del Mérito. Ese fue el caso de Elizabeth Mason, condecorada por el gobierno de Chile con la Medalla de Gran Oficial. En 1960 también fueron condecorados con la medalla al mérito Bernardo O'Higgins, Florence Prouty y Elizabeth de Elphik (p. 69).

3) Participación política. El actuar de la Iglesia Metodista tuvo desde un comienzo un fuerte compromiso político. Por ejemplo, la primera alcaldesa de Santiago (y de Latinoamérica) fue la metodista Graciela Contreras, designada por el presidente Pedro Aguirre Cerdas en 1938. Del mismo modo, el ministro metodista Antenor Vidal

Guerrero fue un activo participante del partido socialista y posteriormente parte del movimiento «Cristianos para el Socialismo». En el año 2001, el entonces Presidente de la República Ricardo Lagos, nombró como capellán de la Casa de Gobierno, La Moneda, al obispo metodista Neftalí Aravena Bravo. Durante el mandato de la presidenta Michel Bachelet, en 2007, se nombró por primera vez a una mujer como capellán protestante de La Moneda: la pastora, también metodista, Juana Albornoz.

Así que a pesar de que la Iglesia Metodista es una iglesia minoritaria, su influencia en Chile ha sido destacada y notable. De igual forma, desde sus inicios ha sido notable su capacidad de escribir y publicar sus diversas reuniones y accionar en la revista *El Cristiano*. Esto permite que hoy podamos conocer algunos aspectos inéditos de la Guerra del Pacífico.

LOS EFECTOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO EN LAS CONGREGACIONES DE ARICA Y TACNA DE LA IGLESIA METODISTA EPISCOPAL ENTRE 1879 Y 1929

Como ya se ha visto, el protestantismo estuvo presente desde antes de la guerra del Pacífico en los territorios en disputa. Debido a la guerra, los misioneros protestantes debieron hacer abandono de su actividad religiosa y educativa: «El gobierno chileno tomó el edificio de la escuela (1880) y lo transformó en una barraca para soldados. La obra de Tacna, Arica, Iquique y Antofagasta quedó suspendida por la guerra» (Snow, 1999, p. 140).

En relación a las tres ciudades en conflicto, Iquique, Arica y Tacna, en las dos últimas se expresaron las mayores disputas y niveles de violencia, algo que se hizo patente en los relatos religiosos. Pero no era violencia en sí misma, sino dolor e impotencia que manifestaba la población peruana al ver que sus territorios todavía seguían ocupados y sin resolverse definitivamente:

La chilenización es temida y odiada en Tacna. En Arica han tenido que soportar los mismos inconvenientes que Tacna. La importancia de Arica y Tacna está vinculada a la suerte de los tratados. En la semana pasada el Gobierno, en consejo de Gabinete, ha estado tomando medidas conducentes a la chilenización de Tacna y Arica. Entre estas medidas figura el estudio de un ferrocarril de Tacna a La Paz, y a declarar puerto franco a Arica (*El Cristiano*, 4 de julio de 1904).

Como destaca Sergio González (2008), hay que hacer una diferenciación entre chilenización y desperuanización. El clima de desperuanización consiste más bien en actos de la población chilena más extremista que, como diría Althusser, pretende erradicar los aparatos ideológicos como diarios, escuelas e iglesias peruanas. La chilenización en cambio es un acto desde el Estado. Estos conflictos políticos y territoriales llegaron hasta los mismos espacios sagrados de los protestantes.

Pese a que el protestantismo era una propuesta religiosa más comunitaria, de igual forma el conflicto fronterizo se extendió hasta sus estrados y altares.

Tacna ha sido la manzana de discordia entre el Perú y Chile por años... El tema dominante de la conversación y de la prensa versa sobre el porvenir de las provincias cautivas, como los Peruanos llaman a Tacna y Arica. Los últimos desacuerdos han causado grande alarma en ambos países, las pasiones bélicas, apagadas ya por tantos años, se han vuelto a inflamar, y por doquiera se oyen exclamaciones de odio y de venganza. En medio de este clamor y confusión se ha dejado oír la suave voz del Evangelio anunciando la paz tanto a los peruanos como a los chilenos. Las congregaciones de Arica y Tacna se componen de miembros de ambas nacionalidades, sin embargo, se arrodillan lado a lado, escuchan la misma Palabra, entonan los mismos himnos y se llaman hermanos. Los que se aborrecían han sido hecho uno en Cristo Jesús. Cuán fácilmente se arreglarían todas las contiendas internacionales si todos los hombres estuvieran poseídos del mismo espíritu que hubo también en Cristo Jesús (Actas de la Conferencia Anual de Chile de la Iglesia Metodista Episcopal, 1909).

El dolor y la impotencia frente a la indefinición de los territorios en pugna se manifiesta en la imagen de «ciudades cautivas», algo que también se hace eco en las reuniones religiosas. El protestantismo, al igual que el catolicismo, predicaba el encuentro, el perdón y el olvido, pero la guerra tiene efectos devastadores en la población civil: se hacen acuerdos de paz, pero no hay paz. En el relato de la revista se recurre al mito grecorromano de la manzana de la discordia, para referirse a la ciudad de Tacna. Ya se iban a cumplir tres décadas del inicio de la guerra del Pacífico, y los miedos, venganzas y nacionalismos se encendían. Frente a ello el protestantismo intentó anunciar la paz, aunque las rivalidades y fronteras territoriales se intensificaron en los altares.

Los conflictos políticos y territoriales afectaron de manera disímil el catolicismo y el protestantismo. Por ejemplo, una noticia en 1908 señala:

A Arica y Tacna los peruanos le llaman «las provincias cautivas». Los últimos desacuerdos han causado grandes alarmas en ambos países, las pasiones bélicas, apagadas ya por tantos años, se han vuelto a inflamar, y por doquier se oyen exclamaciones de odio y venganza (Snow, 1999, p. 143).

Los efectos de las guerras son semejantes a los de los movimientos telúricos: los nuevos remezones generan los miedos de un nuevo y más devastador sismo:

En 1909 el pastor William Standen ha anunciado el Evangelio de Jesús un año más a la mezclada población de Tacna, en medio de la inacabable controversia internacional que tanto ha preocupado los ánimos y enconado las pasiones de estos dos pueblos. Las puertas de la Iglesia han estado constantemente abiertas al público, lo que no ha sucedido en las iglesias católicas, que han sido clausuradas

por las autoridades chilenas [...]. El hermoso templo católico en Arica ha permanecido cerrado y vigilado por guardias casi todo el año. Nuestra modesta capilla ha sido el único recinto de culto religioso que ha tenido abiertas sus puertas al público. En Arica se ha notado más movimiento que en Tacna, a causa del ferrocarril a La Paz, que está en construcción (Actas de la Conferencia Anual de Chile de la Iglesia Metodista Episcopal, 1910).

El protestantismo, dado su carácter de misionero y extranjero, mantuvo una cierta neutralidad frente a los efectos bélicos y disputas territoriales. No obstante, los sacerdotes católicos, por ser de nacionalidad peruana, manifestaban su abierto rechazo a los procesos chilenizadores. Frente a esto los templos católicos fueron cerrados. A esto se debió el reemplazo de los curas peruanos y la expulsión de los primeros tarapaqueños, de origen peruano, por las Ligas Patrióticas en 1909, a raíz de lo cual el gobierno del Perú rompió relaciones diplomáticas con Chile en marzo de 1910 (González, 2008). Esta expulsión trajo una cierta tregua a la competencia religiosa, que aparentemente favoreció al protestantismo.

Nuestras iglesias en Tacna y Arica tienen una importancia especial. Cuando las iglesias católicas han sido cerradas, las nuestras han estado siempre abiertas y por muchos años se ha predicado allí el evangelio con toda libertad y con buenos frutos. Aunque no se ha tenido progreso especial, estas dos iglesias han mantenido regularmente bien y nuevos discípulos han venido al Señor, para reemplazar en parte a los que se han ido a otras partes y a los que han perdidos y primer amor (Actas de la Conferencia Anual de Chile de la Iglesia Metodista Episcopal, 1914).

Aunque el protestantismo mantuvo una cierta imparcialidad frente a los conflictos bélicos, ante la expulsión de los sacerdotes católicos y el cierre de sus templos más bien manifestó su apoyo al gobierno chileno. «¿Puede y debe expulsar curas revoltosos? Claro que sí. De estos hechos se desprende lógicamente la idea de la separación de la Iglesia del Estado» (*El Cristiano*, 21 de marzo de 1910).

¿Cuáles son los argumentos que presentaron los medios protestantes para apoyar la expulsión de los sacerdotes católicos y el cierre de sus templos? Lo hicieron en función del argumento de separación de Iglesia y Estado, pero ¿la religión debe callar frente a los efectos de la guerra? ¿Los pastores y sacerdotes deben guardar silencio frente a los efectos políticos, económicos, sociales y territoriales de postguerra?

En Iquique se celebró un *meeting* para pedir al Gobierno la clausura de los diarios y escuelas peruanos que allí existen. El domingo 28 de mayo se celebró un gran *meeting* al que acudieron más de diez mil personas. Entre las conclusiones se pide la expulsión de Tarapacá de todos los peruanos, por considerarlos una amenaza para la soberanía chilena. (*El Heraldo Evangélico*, 1 de junio de 1911).

A la iglesias de Arica y Tacna, especialmente, asistían conversos peruanos. El problema que debían enfrentar los protestantes es cómo resignificar, a través del discurso religioso, el hostigamiento que los residentes peruanos enfrentaban desde Antofagasta hasta Tacna. El peligro latente era el de ser acusado de «properuano» o «prochileno» ¿Cómo manifestarse frente a la violencia contra la población peruana? ¿Cómo reunir a los funcionarios del Estado chileno, vistos como usurpadores, y personas de la población civil peruana en una misma congregación?

En Antofagasta hubo desórdenes contra los peruanos. Fueron reprimidos por la policía. Se anuncia en Iquique que los principales peruanos residentes allí envían a su país telegramas inexactos destinados a producir conflictos. El pueblo de Iquique clavó con herraduras las puertas del Club Peruano. El cónsul se dirigió a Callao (*El Heraldo Cristiano*, 28 de noviembre de 1918).

Las guerras son decisiones de Estados y presiones de intereses económicos, no obstante es la población quien debe enfrentar sus efectos devastadores por años, incluso por siglos, siempre alistándose en uno u otro bando.

Arica y Tacna aunque se encuentran bajo soberanía de Chile, son realmente peruanos, y la constante rivalidad y odio de estas nacionalidades constituyen un obstáculo en la propagación del Evangelio. Tacna es el centro del Gobierno de Chile. La congregación se compone de casi puros chilenos, varios de ellos empleados de la cárcel, y soldados, lo que parece alejar a los peruanos (Snow, 1999, p. 142).

En ambas ciudades los asistentes a las congregaciones protestantes eran peruanos, no obstante los chilenos que asistían eran funcionarios del gobierno chileno. De ahí que sean entendibles las dificultades que existían al interior de los templos para vivir un acercamiento entre invadidos e invasores u oprimidos y opresores. Pero también sería interesante preguntarse cómo veía el resto de la población chilena y peruana estas reuniones y encuentros religiosos chilenos-peruanos en templos protestantes. ¿Sufrirían algún tipo de persecución? Si el protestantismo era una religión minoritaria concebida como herejía en la tradición católica, ¿cómo se catalogaba a los protestantes peruanos-chilenos? ¿Quizás los protestantes chileno-peruanos, pese a sus dificultades de acercamiento, sufrían de las mismas acusaciones y discriminaciones?

En 1910 el pastor de Tacna es William Standen y ayudante y predicador local es el hermano Arturo Mendoza. La antigua querrela internacional sigue entorpeciendo la obra del Evangelio entre el elemento peruano, que es el más numeroso en Tacna. Durante 1910 la odiosidad se hizo más intensa por la expulsión de los curas peruanos. Las iglesias de toda la provincia permanecen clausuradas, y los oficios religiosos se efectúan solamente por los capellanes del ejército en las capillas

de los hospitales. ¡Gracias a Dios! Las puertas de nuestros locales han estado siempre abiertas, y se ha invitado constantemente al público a oír la Palabra de Dios. A este llamamiento está acudiendo día por día un creciente número de soldados de la guarnición, y de la guardia nacional (Actas de la Conferencia Anual de Chile de la Iglesia Metodista Episcopal, 1911).

¿A qué se debe a que las congregaciones protestantes sean visitadas por funcionarios del gobierno de Chile? Los mismos relatos le dan su interpretación. «Somos visitados con regularidad por muchos soldados de línea debido a que nos encontramos en la proximidad de algunos cuarteles. Los servicios las iglesias de Tacna y Arica» (*El Heraldo Cristiano*, 30 de diciembre de 1915).

La asistencia de soldados chilenos a los templos protestantes se podría interpretar también como prochileno en ciudades como Arica y Tacna, de alta presencia de población de peruanos. No obstante también podría decirse que ante la asistencia de mayor población de peruanos que chilenos, los funcionarios chilenos podría asistir como observadores o vigilantes de las prédicas religiosas.

En 1913 la ciudad de Tacna no deja de ser un centro de gran importancia. Es un verdadero oasis en medio del desierto. Las chacras producen con abundancia y surten de víveres a toda la provincia. Nuestras iglesias en Tacna y Arica tienen una importancia especial. Cuando las iglesias católicas han sido cerradas, las nuestras han estado siempre abiertas y por muchos años se ha predicado allí el Evangelio con toda libertad y con buenos frutos. No deja de ser un campo de trabajo muy difícil porque casi todos nuestros miembros son de nacimiento y simpatías peruanas (Actas de la Conferencia Anual de Chile de la Iglesia Metodista Episcopal, 1914).

Como dice la canción del argentino Leon Gieco, «La guerra es un monstruo grande y pisa fuerte». Es un monstruo que impacta todas las instituciones, incluso las que predicán la paz. «La obra se ha hecho tanto más difícil y ha requerido especial precaución de parte del pastor para sobreponerse a toda rivalidad y apaciguar los ánimos exaltados» (Snow, 1999, p. 144).

Finalmente, para evitar sospechas, las congregaciones protestantes de Tacna ya no dependerán de autoridades chilenas sino peruanas, y en Arica de autoridades chilenas aunque seguían siendo misiones norteamericanas. Así lo expresa el siguiente relato:

En 1926, los campos metodistas de Tacna y Arica pasaron por varias tribulaciones debido que en ese año comenzó el plebiscito que determinaría la nacionalidad definitiva de ambas ciudades. En ambas iglesias había miembros peruanos y chilenos. El nacionalismo racial trajo intranquilidad a las congregaciones. Durante el tiempo que duró esta situación conflictiva, ambas iglesias paralizaron sus actividades y sus congregaciones fueron muy disminuidas debido a los desmanes y asaltos

a centros de reuniones. El Rvdo. Benedicto García, asignado por la Conferencia para hacerse cargo de la Iglesia de Arica ese año, no pudo viajar desde Iquique hasta el mes de mayo a raíz de la negativa de la Comisión Plebiscitaria de Iquique para otorgarle el permiso para viajar. Al resolverse el conflicto Arica-Tacna en 1929, las iglesias se separaron.

Los metodistas siempre asumieron una posición abolicionista, así como posturas de templanza y abstencionistas frente al alcohol. Entre 1914 y 1917 hicieron suya una posición abiertamente pro-paz y en contra de que Estados Unidos se sumara a la Primera Guerra Mundial. Previo a la Segunda Guerra Mundial también apoyaron una política aislacionista de Estados Unidos. Luego en la década de 1960 y 1970 asumen una postura en defensa de los derechos humanos y un abierto enfrentamiento con las dictaduras militares.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el periodo auroral de las misiones protestantes en nuestros países, la interacción entre los actores religiosos con los económicos y políticos fue sumamente clara. Antes de la guerra, los misioneros encontraron una oportunidad en la importante inmigración anglosajona en Tacna y Arica, construida sobre la base de las oportunidades económicas brindadas por el modelo económico exportador y la relativa apertura comercial en el entonces sur peruano. Además, la simpatía mostrada por los sectores hegemónicos en la época hacia la influencia cultural anglosajona también fue un factor utilizado conscientemente por los primeros misioneros protestantes, ávidos de encontrar espacios para la difusión de su mensaje religioso. Luego de la guerra, con Tacna y Arica bajo la administración chilena, estos dos factores, el económico y el cultural, continuaron siendo importantes, junto a uno nuevo: el político. Los sentimientos nacionalistas contrapuestos entre las comunidades peruana y chilena, así como la vigilancia de las autoridades del Estado chileno, provocaron que las comunidades protestantes se convirtieron en una especie de laboratorios de convivencia en medio de las complejidades que vive todo conjunto social luego de un conflicto bélico.

Con el tiempo, la presencia misionera protestante, básicamente anglo-americana en sus inicios, se tornó cada vez más autóctona y, por ello, más involucrada con la dinámica interna de la región. Esto implicó que en las congregaciones protestantes la responsabilidad de asumir el reto de construir la compleja convivencia peruano-chilena esté progresivamente más en manos de los propios peruanos y chilenos, y menos del misionero «gringo». Esta situación se ha consolidado con el tiempo, pues en nuestros países las iglesias siguen siendo esos espacios de convivencia, diversidad y pluralismo, pero frente a nuevos conflictos.

BIBLIOGRAFÍA

- Armas, F. (1998). *Liberales, protestantes y masones. Modernidad y tolerancia religiosa. Perú, siglo XIX*. Lima: Centro «Bartolomé de Las Casas», Fondo Editorial PUCP.
- Arms, G. (1921). *History of the William Taylor self-supporting missions in South America*. Nueva York: The Methodist Book Concern.
- Bahamonde, W. (2003[1952]). *El establecimiento del cristianismo evangélico en el Perú 1822-1900*. Lima: Iglesia Metodista del Perú.
- Basadre, J. (2005[1939]). *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Vol. 6. Lima: El Comercio.
- Browning, W; J. Ritchie & K. Grubb (1930). *The West coast republics of South America. Chile, Peru and Bolivia*. Londres: World Dominion Press.
- Espinoza, A. (2005). Moldeando a los ciudadanos del mañana: el proyecto educativo disciplinador en Lima, entre 1850 y 1900. En P. Drinot y L. Garofalo (eds.). *Más allá de la dominación y la resistencia. Estudios de historia peruana, siglos XVI-XX*. Lima: IEP.
- Every, E.F. (1915). *The Anglican Church in South America*. Londres: Society for Promoting Christian Knowledge.
- Fonseca, J. (2001). Sin educación no hay sociedad: las escuelas lancasterianas y la educación primaria en los inicios de la República (1822-1826). En Scarlett O'Phelan (comp.), *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar* (pp. 265-288). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero.
- Fonseca, J. (2002). *Misioneros y civilizadores. Protestantismo y modernización en el Perú. 1915-1930*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- González, S. (2008). *La llave y el candado: el conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica, 1883-1929*. Santiago: LOM.
- Kessler, J. (1967). *A study of the older Protestant missions and churches in Perú and Chile. With special reference to the problems of division, nationalism and native ministry*. Goes: Oosterbaan & le Cointre N.V.
- Maldonado, N. (2011). *Inmigración protestante e inicios del protestantismo en Tacna (1866-1878)*. Lima. Tesis inédita.
- Martínez, C. (2010). *James Thomson, un escocés distribuidor de Biblias en México, 1827-1830*. México D.F.: Cajica.
- Orellana, L. (2006). *El fuego y la nieve. Historia del movimiento pentecostal en Chile 1909-1932*. Concepción: Ceep.
- Ossa, M. (1990). *Espiritualidad popular y acción política. El pastor Víctor Mora y la Misión Wesleyana Nacional. 40 años de historia religiosa y social (1928-1969)*. Santiago: Rehue.

- Oviedo, J. (1861). *Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta 31 de diciembre de 1859*. Vol. 6. Lima: F. Bailly.
- Pazos, J. F. (1891). *Tesis sobre la Inmigración en el Perú sustentada por [...] en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas para la colación del grado de Bachiller*. Lima: Imp. y Lib. de Benito Gil.
- Piedra, A. (2000). *Evangelización protestante en América Latina*. Quito: CLAI-UBL.
- Seiner, L. (2007). Un caso de complementariedad económica: Tacna y Arica (1536-1879). En: Academia Nacional de Historia (comp.). *Pueblos, provincias y regiones en la Historia del Perú* (pp. 869-888). Lima: Academia Nacional de Historia.
- Sepúlveda, J. (1999). *De peregrinos a ciudadanos. Breve historia del cristianismo evangélico en Chile*. Santiago: Fundación Konrad Adenauer, FET y CTE.
- Snow, F. (1999). *Historiografía de la Iglesia Metodista de Chile (1878-1918)* Tomos I y II. Concepción: Ediciones Metodista.
- Sobrevilla, N. (2003). *Ideas europeas en la educación a mediados del siglo diecinueve en el Perú y su repercusión política*. Dallas: Ponencia presentada en el Congreso de LASA.
- Vergara, I. (1962). *El protestantismo en Chile*. Santiago: Pacífico.
- Wheeler, W.R; R.G Mcgregor; M.M. Gilmores; A.T. Reid; R.E. Speer (1926). *Modern Missions in Chile and Brazil*. Filadelfia: Westminster.
- Willems, E. (1963a). Culture change and the rise of Protestantism in Brazil and Chile. En Shmuel N. Eisenstadt (ed.), *The Protestant Work Ethic and Modernization* (pp. 184-210). Nueva York: Basic.
- Willems, E. (1963b). Protestantismus und Kulturwandel in Brasilien und Chile. Protestantism and culture change in Brazil and Chile. En R. König & J. Winckelmann (eds), *Max Weber zum Gedächtnis. Materialien und Dokumente zur Bewertung von Werk und Persönlichkeit. Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie, Sonderheft 7* (pp. 307-333). Köln & Opladen: Westdeutscher.
- Willems, E. (1967). *Followers of the new faith. Culture, change and the rise of protestantism in Brazil and Chile*. Nashville: Vanderbilt University Press.

GILDEMEISTER Y COMPAÑÍA: UNA EMPRESA DE ORIGEN ALEMÁN EN TARAPACÁ (1854-1940)

Marcos Agustín Calle Recabarren

1. INTRODUCCIÓN

Durante las últimas décadas, la historia de la empresa en América Latina ha evidenciado un gran ímpetu, aunque su desarrollo es todavía incipiente si lo comparamos con la trayectoria norteamericana o europea. Particularmente, el estudio de casos de las firmas comerciales nos permite profundizar sus trayectorias, diversificación y su inserción dentro de los ciclos económicos.

La historiografía chilena que trata el tema empresarial nos remite a Fernando Silva Vargas, quien plantea la hegemonía económica de comerciantes extranjeros, puesto que ellos dieron nuevas fuerzas y ritmo a las gestiones económicas por sobre los hacendados, mineros y comerciantes criollos que carecían de un espíritu capitalista y estaban acostumbrados a la rutina económica sin proyecciones. Por su parte, Sergio Villalobos se refiere a los industriales mineros extranjeros como una burguesía en ascenso que destacó en la minería del guano, el salitre y la plata en el norte de Chile y conjuntamente se ligaron a la sociedad chilena (Silva Vargas, 1997; Villalobos Rivera, 2006, pp. 51-52).

Desde la vereda del frente, Gabriel Salazar plantea una «burguesía que no fue», y caracteriza al empresariado decimonónico, nacional y extranjero, como híbrido y dependiente, que supo convivir armónicamente y para mutuo beneficio (Salazar & Pinto, 2002, p. 78).

En un estudio específico, Juan Ricardo Couyoumdjian (2000) señala que entre 1880 y 1930 las grandes casas comerciales extranjeras operaban en un espacio geográfico expedito y eficaz —también llamado *West Coast*—, desde Panamá hasta Valparaíso. En ese ámbito, los comerciantes extranjeros de distintas nacionalidades, ya sea que terminaran por quedarse en Chile o que regresaran a su patria, tendían a asociarse para sus negocios con personas de su misma nación. Además, los negocios

de estas firmas abarcaban los más diversos rubros, primero combinando la importación de diversas mercaderías con la exportación de minerales y más tarde el salitre con frutos del país. En consecuencia, este tráfico bilateral les permitía remitir el producto de sus ventas cuando aún no existían bancos dedicados al comercio exterior. Los broches que cerraban estos collares de representaciones extranjeras eran las agencias de compañías navieras y de seguros. El caso de las compañías alemanas es el más evidente: la casa Vorwerk actuaba para la Kosmos Linie de Hamburgo desde 1872, que era su socia fundadora; mientras que las otras dos líneas principales, la Hamburg Amerika Linie y la Roland Linie, estaban a cargo de Weber & Cía., que representaba además a los veleros salitreros de F. Laeiz.

Relacionado con lo anterior, el estudio de los emprendedores económicos nos fuerza a pensar en las aportaciones teóricas para el estudio de notables, liderazgos migrantes y étnicos. Desde una perspectiva historiográfica, John Higham empieza por dar una definición de líder que, aunque genérica, tiene la virtud de la polivalencia: líder sería simplemente toda aquella persona que ejerce una influencia decisiva sobre los demás coterráneos inmigrados en un contexto de obligaciones e intereses comunes. A partir de ahí, este autor elabora una tipología del liderazgo que consiste en tres modelos, de acuerdo tanto con la jerarquía interna del grupo inmigrante como con la percepción que de él tiene el mundo exterior: se trataría del liderazgo *recibido*, del liderazgo *interno* y del liderazgo de *proyección*. El primero (recibido) sería un liderazgo característico del periodo formativo de las comunidades, preexistente y trasplantado al país de destino: sus fuentes de poder o legitimación provendrían del Viejo Mundo y hallarían continuidad con las pertinentes adaptaciones en el Nuevo Mundo. El segundo tipo de liderazgo es el interno, que nace dentro del grupo y se desarrolla en su interior a partir de individuos que, teóricamente, llegan al nuevo continente en una situación social relativamente similar. Finalmente, el liderazgo de proyección se refiere a aquellos individuos surgidos del grupo étnico que adquieren superioridad frente al grupo con el que son identificados, y que de hecho se mueven en los márgenes de él o, simplemente, mantienen una vinculación débil y una implicación meramente simbólica. En lo que se refiere a su situación central o periférica respecto del grupo, los líderes de proyección pueden situarse en los márgenes del grupo y estar dispuestos a abandonarlo «bajo una delgada capa de lealtad», mientras que a su lado se situaría un liderazgo «más positivo y dinámico orientado hacia el centro del grupo. Se incluye dentro de este último liderazgo a los grandes hombres de negocios, políticos, militares, deportistas y demás (Núñez Seixas, 2006, pp. 21-22). Podríamos decir que el liderazgo migrante y étnico de proyección es el que más se asemeja con los socios de la firma Gildemeister y su trayectoria empresarial y organizacional, tanto en Perú como en Chile.

A un nivel microhistórico, pretendemos, pues, estudiar la experiencia comercial de la firma del siguiente modo: cómo se organizó y quienes la componían; el funcionamiento del establecimiento mercantil; el tipo de operaciones comerciales en que participaban; la mentalidad de dicho sector; los montos de capitales y cómo los mantenían e incrementaban.

El estudio de una casa comercial como Gildemeister nos permite analizar las amplias posibilidades que tuvieron sus vinculaciones comerciales y la eficacia en la acción de una de sus sucursales o agencias, representada por su fundador el alemán Juan Gildemeister, conectadas entre sí a través de una fuente común de capitales, provenientes de Bremen y Lima, hacia Iquique y posteriormente a Valparaíso, Santiago y Concepción.

Para historiar las sociedades comerciales e industriales es indispensable utilizar como fuente los registros de conservadores de comercio y bienes raíces y los archivos notariales. En los registros de comercio se inscribían todas las sociedades formadas por escritura pública, especificando la razón social, el tipo de sociedad (fuesen colectivas, en comandita, de responsabilidad limitada o sociedades anónimas), la individualización de los socios, el monto del capital (pormenorizando el aporte de cada socio), prórrogas, modificaciones y disoluciones de las sociedades. En los archivos notariales se encuentran los poderes, otorgados por firmas o empresarios individuales a sus representantes para operar en otras plazas o en funciones específicas. En los registros de bienes raíces se inscribían las compraventas, interdicciones y prohibiciones, hipotecas y gravámenes.

La historia de la firma Gildemeister y Cía. se inserta dentro de procesos económicos de larga duración acaecidos en Perú y Chile entre 1830 y 1930. No obstante la ubicación distante de Chile y Perú con respecto al circuito comercial Atlántico, estuvieron fuertemente influidas por la fuerza del capitalismo mundial. Este sistema económico se expresó de dos maneras: una a través de los comerciantes, financistas y cónsules europeos que lideraban la vanguardia capitalista, y otra por medio de los aparatos estatales locales, que demandaban ingresos tributarios para su consolidación que solo podían provenir del comercio exterior o los empréstitos extranjeros. La exportación de materias primas y el sistema tributario, con las ganancias dejadas directa o indirectamente, marcaron el rumbo de la evolución económica de ambas naciones (Contreras & Cavieres, 2005, p. 169).

De este modo se consolida el modo de producción capitalista en torno a las actividades salitreras del Norte Grande: se realizan inversiones masivas de capitales en el sector, se concentran grandes masas de mano de obra en sus faenas, se incorpora tecnología de punta para modernizar la producción y se organiza y planifica la actividad productiva a gran escala (Goicovic & Jaramillo, 2005, p. 299). Pensamos que los capitales Gildemeister y Cía. entraron en sus fases de expansión y diversificación en ese contexto.

2. EL CAPITAL INICIAL Y SU INGRESO AL MERCADO SALITRERO

Juan Gildemeister nació en Bremen el 16 de junio de 1823, hijo de Martín Gildemeister Wilkens y Louise Henriette Evers. A los veinte años, en calidad de marino mercante, arribó a Río de Janeiro, donde trabajó durante dos años como empleado en una tienda de comercio. Al poco tiempo Gildemeister pudo reunir cierto capital que invirtió en la compra de un velero de 180 toneladas, con el fin de traer un cargamento de madera y venderlo en Valparaíso. En 1848 Gildemeister no solo vendió la madera sino también el barco, y se trasladó a Lima para invertir su capital en una sociedad comercial colectiva cuyo giro eran las importaciones de mercaderías europeas (Bermúdez, 1963, p. 267; Novak, 2004, p. 46)¹.

Los orígenes de la casa comercial Gildemeister en la provincia de Tarapacá se remontan hasta 1854. Juan Gildemeister decidió enviar a Fernando Corssen a Iquique con el fin de facilitar las compras de salitre que la empresa requería para sus plantaciones de caña de azúcar, y al mismo tiempo evaluar la posible instalación de una filial. Al respecto Corssen señalaba que:

Después de alquilar una bodega para el salitre, haber encomendado trabajo a algunas personas y tras haberme alquilado un lugar para vivir en la casa de un peruano soltero, fue que los cimientos de una nueva filial se convirtieron en una realidad que contaba con la envidia de muchos de mis vecinos. Nuestro recién instalado negocio fue en su comienzo muy modesto y tenía sus límites, por lo que pasado un tiempo tuve que comenzar a buscar nuevos proveedores a los cuales debía pagar sumas adelantadas de dinero, para asegurar las cargas de salitre o simplemente organizaba financiamiento para que algunos calicheros locales instalaran lugares de producción y así escapar a la competencia de mis vecinos (Hüttertort, 1913, p. 10).

¿Cuáles fueron los mecanismos de inserción económica al circuito salitrero utilizados por Gildemeister y Cía.? La información la entrega Fernando Corssen:

En lo que se refiere a la compra y negocio del salitre, este se basaba en las antiguas usanzas y costumbres españolas lo que significaba que un negocio o trato era impensable, sin antes entregar pagos por adelantado [...] Después de adquirir un caballo me dediqué a recorrer la zona salitrera y contacté algunos calicheros quienes se mostraron dispuestos a trabajar conmigo y enviarme sus cargas, a cambio de entregarles un mejor pago que el dado por la competencia (Hüttertort, 1913, p. 7).

La experiencia de la compra o adquisición de salitre mediante la entrega de adelantos a los proveedores, según las usanzas españolas, demostraría a Corssen que esa

¹ Mayores informaciones acerca de la trayectoria empresarial de Juan Gildemeister en Perú en Miranda Costa (1993) y Centurión Herrera (1924).

no era una buena forma de hacer negocios. Las entregas de salitre eran a menudo inseguras e irregulares y muchas veces influidas por la competencia de los precios de un mercado interno demasiado informal. Esta situación llevó a Corssen a tomar la decisión de estructurar y organizar su propia producción salitrera, por lo que adquirió primero la oficina Andorra y tiempo después la oficina Hansa.

Tres años después de los comienzos de Gildemeister y Cía. como habilitador de salitreros, Fernando Corssen nos describe cómo se instalaron con vivienda y edificio propio:

Ahora quiero recordar algunos eventos importantes [...] sobre la residencia en ese El Dorado (Iquique). En los años 1857 y 1858 hice construir y levantar una casa imponente en comparación a lo acostumbrado en Iquique. Se construyó en el mismo terreno que aun hoy pertenece a los Sres. Gildemeister & Co. Lamentablemente en 1865, esta linda casa fue víctima de un incendio, las llamas se propagaron con tal rapidez que todos sus habitantes nos consideramos afortunados de haber escapado de ella a medio vestir (Hüttertot, 1913, p. 14).

Dijimos que los inicios de Juan Gildemeister como «habilitador» de pequeños empresarios salitreros que tenían oficinas de «paradas» fue una experiencia necesaria y que no se equivocaba al elegir el sistema de «habilitación», pues era el mecanismo favorito de conexión económica entre los sectores comercial y minero durante el siglo XIX. Estas inversiones fueron además idóneas para generar mayores utilidades que inyectaron crecimiento económico a nivel nacional. Las habilitaciones que realizaba Gildemeister junto a sus primos en Lima, consistían en adelantar mercaderías y enseres a productores que no disponían de medios suficientes para iniciar sus propias empresas. Este negocio le permitió establecer relaciones con distintos empresarios salitreros y le reportó importantes ganancias (Bermúdez, 1963, p. 267).

Transcurridos cinco años desde que comenzara a funcionar la filial de Iquique, los Gildemeister eran propietarios de las oficinas Hansa, Argentina, San Pedro y Paposo. Diez años después las mismas oficinas, excepto Paposo, producían 650 000 quintales españoles anuales. La oficina Hansa, situada en el cantón de Cocina, cuyo funcionamiento era con máquinas a vapor y estaba administrada por Fernando Corssen, era la más antigua y de menor capacidad productiva. La oficina San Pedro estaba situada en el mismo cantón, en terrenos donde años atrás Pedro Gamboni había levantado la tercera oficina de «máquina». En 1874, Juan Gildemeister y Cía., compró la oficina San Juan, que producía 360 000 quintales españoles por año.

Las oficinas salitreras de Gildemeister y Cía. desde un comienzo funcionaron con el sistema de «vapor abierto» creado en 1852 por Pedro Gamboni. En ese sentido, los socios Gildemeister eran conscientes de que la demanda mundial de salitre superaba la capacidad máxima del sistema de «oficinas de paradas», pues su productividad

se ubicaba por lo general bajo las mil toneladas anuales. En consecuencia, era primordial aumentar la producción, reducir costos y procesar caliches de más baja ley (Bermúdez, 1963, p. 266 y ss.).

Por iniciativa de Fernando Corssen, a partir de un modelo de máquina de origen inglés como la Blacks- Stonebreakers, utilizada para moler caliche, decide enviar un bosquejo con algunos cambios a la firma Waltjen (tiempo después la A. G. Weser). Los cambios ideados por Corssen y manufacturados por Waltjen la convirtieron en una nueva máquina que desplazó el trabajo manual por mayor eficiencia en la producción de las salitreras Gildemeister, y además vendieron con éxito las Blacks-Stonebreakers a muchas oficinas (Hütterot, 1913, p. 15).

Las oficinas salitreras de Gildemeister y Cía. instalaron un nuevo tipo de estanque que, por su forma, fueron conocidos como «los huevos de don Fernando». Sobre ello escribió Corssen en sus memorias:

Para esa nueva oficina planifiqué un sistema totalmente nuevo. Este sistema fue aplicado durante varios años en la oficina San Pedro y también en las oficinas cercanas [...]. Aún soy de la opinión, que los calderos en forma de huevo todavía hoy podrían ser ventajosos, en especial para el tratamiento de costras y masas más resistentes. Dos razones tengo para eso, por un lado porque el caldo se cocía en estos huevo bajo altas temperaturas de vapor de agua lo cual disuelve rápidamente la costra y, por otro lado, porque este tipo de calderos era de fácil desrripiado (Hütterot, 1913, p. 14).

En cierto modo, una de las razones de la eficiencia de las salitreras Gildemeister no solo fue la introducción del sistema ideado por Gamboni, con modificaciones, sino que, como innovadores del sistema de producción, la empresa trajo ingenieros químicos con el fin de producir a bajos costos. Por ejemplo, en la oficina San Juan, la lixiviación de los caliches y desrripiadura —extracción del ripio— se realizaba en carros fabricados de planchas perforadas, los que cargados con el material, se introducían en las cámaras para disolver. Estas quedaban herméticamente cerradas, y la masa de caliche y agua depositada en ellas se sometía a una calefacción bajo presión. Una vez terminada la elaboración, el carro que llevaba el ripio era transportado al cerro de los desmontes y reemplazado por otro (Bermúdez, 1963, p. 267).

El terreno de la oficina Argentina además de salitre poseía abundante yodo. En consecuencia, por recomendación de Fernando Corssen y Juan Gildemeister, decidieron traer desde Bremen al doctor en química Georg Langbein para trabajar en Iquique. La misión de Langbein era encontrar una fórmula propia y diferente para producir yodo. Luego de varios experimentos, Langbein produjo yodo y, sin demora, los productores embarcaron las primeras producciones en barriles hacia Europa, lo que les reportó elevadas utilidades (Hütterot, 1913, pp. 38-39).

La producción y los negocios de la firma Gildemeister tuvo un giro importante con la construcción y funcionamiento del ferrocarril salitrero. En diciembre de 1870, con el término de la instalación de las primeras líneas férreas para conectar Iquique con la estación Santa Rosa en la pampa de Tarapacá, la empresa ordenó la construcción inmediata de una barraca-bodega para almacenar maderas y mercaderías y un corral para mulas. Con estos establecimientos comenzó un fluido transporte de salitre desde las oficinas a esta estación y desde allí en tren hasta Iquique, al tiempo que productos importados llegaban desde el puerto hasta la estación Santa Rosa y seguidamente al interior (Hüttert, 1913, p. 42).

Consideramos que durante las décadas de 1860 y 1870, la compañía J. Gildemeister logró consolidar una posición que le valió ser una de las empresas más influyentes en capitales y producción de salitre, junto a la Compañía de Salitres de Tarapacá, de propiedad de Guillermo Gibbs y Cía., filial de Anthony Gibbs and Sons de Londres, y Folsch y Martin (Bermúdez, 1963, p. 329).

Hasta aquí hemos descrito el origen y ascenso económico de los señores Gildemeister. Sin embargo, como todo emprendimiento no estuvieron exentos de problemas. Entre los más relevantes podemos mencionar el terremoto de 1868, la política salitrera del presidente peruano Manuel Pardo, la guerra del Pacífico, la gran guerra de 1914-1918 y la crisis de 1929.

¿Qué efectos tuvieron el terremoto y tsunami del jueves 13 agosto de 1868 en los establecimientos comerciales Gildemeister? Desde el punto de vista material las mayores pérdidas materiales las sufrieron los establecimientos salitreros de mayor envergadura de aquella época, fundamentalmente las sucursales de las casas Gibbs y Gildemeister en Iquique. Esta última perdió la casa habitación y las bodegas; 55 000 quintales de salitre en cancha; 2500 toneladas de carbón de piedra (inglés y chileno); bodega para maderas (chilena y californiana); todo tipo de alimentos y heno; bodega para cargas de metal; artículos y materiales (sacos, cemento); daños en su muelle particular; dos lanchas destruidas. El total en pérdidas alcanzó a 1 600 000 marcos alemanes (Hüttert, 1913, p. 31).

Manuel Fernández Canque, al referirse a los 55 000 quintales de nitrato de sodio, ensacados y puestos en cancha, afirma que Juan Gildemeister sacó ventaja de su desgracia, pues al percatarse de la incomunicación cablegráfica con el resto del mundo montó de inmediato una operación de especulación con el salitre. A sabiendas de que el desastre provocaría una repentina reducción de la oferta de salitre en los crecientes mercados internacionales, despachó apresuradamente a uno de sus empleados a Hamburgo con instrucciones para acaparar la mayor cantidad de salitre disponible en aquel mercado, todavía con precios normales. El enviado logró llegar antes de que la noticia del terremoto y tsunami se difundiese en los mercados y acumuló existencias

que más tarde subieron considerablemente de precio, acrecentando de un modo apreciable la fortuna de sus patrones (Fernández Canque, 2007, p. 106).

Es bien sabido que durante el gobierno peruano del presidente Pardo, en enero de 1873, se aprobó una ley para la creación de un monopolio del gobierno para las ventas del salitre, lo que transformó al gobierno en el único exportador de salitre. Una tenaz oposición hizo que el gobierno dejara la ley temporalmente en suspenso mientras alzaba el derecho de exportación del mineral y así conseguía el mismo fin que pretendía con el monopolio. Pero en 1875 Pardo tomó la decisión de expropiar a los capitalistas extranjeros y reglamentó la transferencia de las oficinas al gobierno. A los productores se les pagaría en certificados que el gobierno rescataría luego de dos años y que devengaban un interés anual del 8%. Los bonos eran al portador, pero el Perú jamás los pagó, ya que no logró obtener el préstamo para rescatarlos (Blakemore, 1977, p. 28).

Estos acontecimientos provocaron la desconfianza de la firma Gildemeister, ya que desde un comienzo el gobierno de Pardo ordenó requisar el salitre que se encontraba en las oficinas de J. Gildemeister y Cía. Los administradores de la firma expresaron su malestar al cónsul del Imperio alemán con copia a las autoridades chilenas:

Habiéndose hecho cargo el gobierno de Chile de los contratos pendientes con el Perú, esto significa una garantía plena para el industrial, pero tal garantía se hace ilusoria, se desvirtúa, pues la variación rápida a que está sujeto el billete, hace ilusorio todo cálculo por el industrial que debe cubrir con moneda esterlina las fuertes importaciones que le son indispensables para la elaboración del salitre.

Gildemeister insistía en que «el Supremo Gobierno cumpla con el tenor del indicado artículo de nuestro contrato». En otra presentación que hizo a la jefatura política, puntualizó algunas divergencias entre el gobierno y los contratistas por las medidas adoptadas por aquel. La resolución gubernativa de pagar el salitre elaborado en moneda corriente, calculando al cambio del día de la operación el tipo de cambio de la libra esterlina era contradictoria, según el tenor del artículo que especificaba que «el pago debía hacerse en buenas letras sobre Londres» (Bermúdez, 1963, p. 101).

A comienzos de 1879 estalló la guerra del Pacífico e inmediatamente se produjo una situación muy confusa en Tarapacá. Por un lado, los agentes del gobierno peruano trataban de influir sobre los productores de salitre para que mantuvieran paralizadas las faenas, y —como informaba en esos días al gobierno de Chile el delegado Antonio Alfonso— la posibilidad de un cambio en las operaciones militares favorable al Perú alentaba todavía a la población tarapaqueña. Por otro, las autoridades militares estaban informadas de que se proyectaba formar montoneras con el objeto probable de dañar las instalaciones salitreras, por lo que la comandancia

adoptó medidas de seguridad, entre otras la de prohibir que se internaran víveres desde las salitreras de La Noria, Pozo Almonte, Ramirez y Dolores. El delegado Alfonso dirigió una nota a la firma Gildemeister señalando que veía «con sentimiento la perturbación sufrida en la principal industria de este territorio con la presencia de los ejércitos beligerantes...» (Bermúdez, 1966, pp. 134, 142).

En cuanto a la influencia que trataron de ejercer los emisarios del gobierno peruano sobre los salitreros, parece no haber sido muy efectiva. Al respecto, Federico Corssen, en su calidad de representante de la firma en cuestión, señalaba que:

Desafortunadamente en cuanto a sus negocios, poca suerte tuvo la firma Gildemeister, pues el gobierno peruano había prohibido la producción y exportación de salitre bajo severas sanciones. Teniendo Gildemeister la oficina central en Lima, fue la única casa que debió obedecer las restricciones impuestas por los peruanos [...] (Bermúdez, 1966, pp. 134-135).

Y continúa: «La firma se encontraba amenazada con la prohibición de producción [...] situación que se prolonga durante todo un año. Finalmente, al ser derrotado Perú en todas las direcciones, llegó para nosotros la hora de la redención» (Hüttertöt, 1913, pp. 52-53).

En junio de 1881 el gobierno chileno tomó una medida decisiva para la reconstitución de las salitreras de propiedad privada en Tarapacá, cuando promulgó el siguiente decreto:

Los establecimientos salitreros de [...] Tarapacá comprados por el gobierno del Perú, y por cuyo precio éste había expedido certificados de pagos no cubiertos, serán devueltos provisoriamente y sin perjuicio del derecho de terceros a los que depositen por lo menos las tres cuartas partes de los certificados emitidos [...] por el valor de cada salitrera y enteren, además, en una tesorería fiscal en moneda una suma igual al precio de la otra cuarta parte, cantidad que será devuelta al interesado cuando entregue todos los certificados emitidos por el valor de la respectiva salitrera (Blakemore, 1977, pp. 30-31).

El decreto de 26 de diciembre por medio del cual el gobierno de Chile impuso un gravamen de \$1,50 al quintal de salitre exportado fue dado a conocer en Iquique por bando de esa fecha que expidiera Patricio Lynch en su calidad de intendente y comandante general de armas. En ese momento se inició la resistencia de los salitreiros, especialmente ingleses y alemanes. Se calculaba que el costo del salitre elaborado y puesto al costado de la lancha era por término medio de \$1,72. La notable disminución de las exportaciones debido al bloqueo determinó un alza extraordinaria del precio del salitre en Europa, pero existía la creencia, justificada más tarde, de que este precio de 18 chelines no podía mantenerse y los contratistas, en resguardo

de sus intereses, se resistieron a reanudar los trabajos a menos que el gobierno chileno redujera el impuesto de \$1,50 a \$1,0 por quintal. La firma J. Gildemeister y Cía., y la Compañía de Salitres de Tarapacá, dirigida por Gibbs —que eran los contratistas más poderosos durante la época peruana—, tomaron la iniciativa (Bermúdez, 1963, p. 139).

A raíz de los sucesos descritos, Juan Gildemeister viajó a Iquique a fines de 1883 para interiorizarse de la situación de sus empresas. Al mismo tiempo Juan Gildemeister, junto a su gerente Herman Schmidt, decidieron comprar al antiguo salitrero Simeón Castro una oficina con 162 estacas de calicheras en 30 000 libras esterlinas. Seis años después terminaron de construir la oficina salitrera más importante de la firma, «Rosario de Huará», mediante la creación de una sociedad anónima cuyo capital alcanzaba 1 250 000 libras esterlinas, cifra sin precedentes en las inversiones salitreras (Pinto & Ortega, 1990, pp. 42-43).

La Gran Guerra (1914-1918) sin duda afectaría los intereses económicos de las compañías salitreras alemanas establecidas en Chile. En enero de 1916 el ministro británico Francis Stronge, en Santiago, sugirió incluir a las compañías salitreras alemanas en una lista negra. Encabezaban la lista los señores Gildemeister & Cía., Folsch & Cía., Sloman & Cía., Vorwerk & Cía. y Weber & Cía. Las grandes casas comerciales y salitreras alemanas estaban entre los primeros nombres en la lista negra para Chile, seguidos después por las tres firmas productoras alemanas: la Compañía Salitrera Alemana de Taltal, la Cía. Salitrera H. B. Sloman de Tocopilla y la Salpeterwerke Gildemeister AG., de Iquique. Al comienzo los productores alemanes no tuvieron dificultades en vender su producción a los norteamericanos a un precio levemente menor, pero el gobierno británico ejerció presión sobre gente como Dupont y Grace para que cortaran sus relaciones con las firmas en la lista negra. Más efectivo para obligar a las oficinas alemanas a cerrar sus puertas fue el sistema de control de las importaciones de sacos de yute, usados, entre otras cosas, para envasar salitre. Estos venían principalmente de la India y se embarcaban a través de la Bank Line William Kenrick, socia de la firma Geo. C. Kenrick, los agentes de la Bank Line. Este sistema de restringir los embarques solamente a importadores previamente calificados logró un control bastante efectivo de los suministros (Couyoumdjian, 2000, p. 24).

Los aliados controlaban también la provisión de petróleo. Dos compañías británicas, Williamson, Balfour & Co. y Duncan, Fox & Co., eran los agentes de las dos compañías petroleras controladas por capitales norteamericanos que servían a la industria salitrera. A mediados de 1917 el gobierno británico canceló las autorizaciones otorgadas a aquellas firmas para vender a compañías enemigas, lo que llevó a los señores Gildemeister y Sloman a entablar un juicio contra la primera de aquellas firmas por incumplimiento de contrato.

El gobierno chileno intervino para tratar de acordar un arreglo amistoso y evitar un trastorno de la industria salitrera. Sin embargo, las negociaciones resultaron infructuosas y las compañías consiguieron una orden judicial para embargar el petróleo. Este se llevó a cabo en Iquique el 10 de julio de 1918 y trajo como consecuencia la suspensión del suministro de petróleo a las oficinas y obligó al ferrocarril salitrero a suspender el tráfico, a excepción de pasajeros y alimentos. Temiendo que se embargaran los nuevos envíos y también como una forma de ejercer presión, el gobierno norteamericano suspendió los permisos para embarcar petróleo a Chile. Stronge recibió instrucciones de presentar una nota bastante dura y agregar verbalmente que «estamos obligados a intervenir, muy a pesar nuestro, solo después que se ha dado toda oportunidad y amplio plazo al gobierno chileno para poner término a esta situación insostenible por su cuenta». Juan Luis Sanfuentes intervino personalmente para arreglar con las firmas alemanas el levantamiento del embargo y consiguió que los ingleses retiraran la intempestiva nota. Pronto se reanudaron los embarques de petróleo, mientras el juicio siguió su curso (Coyoumdjian, 2000, p. 25).

Es factible pensar que la decadencia de las salitreras Gildemeister tenga su origen en la crisis de 1926, y junto con ello quedaron en evidencia las debilidades estructurales de la organización salitrera de la cual ellos eran parte interesada. Entre 1924 y 1926, aunque hubo una mayor producción de salitre se registró una disminución en la exportación, ventas y consumo. Por consiguiente, los stocks aumentaron, lo que coadyuvó al cierre de muchas oficinas. En el caso específico de Gildemeister, en 1928 amalgamó todos sus negocios salitreros con la Compañía Comercial y Salitrera de Tarapacá, pensando que la convertiría en una poderosa organización con el aumento del capital de la referida sociedad anónima a £980 000 equivalentes a 980 000 acciones de valor nominal de una libra esterlina cada una, las que se entenderían pagadas con el aporte del activo y pasivo de la sociedad Gildemeister y Cía., que consistía en las oficinas salitreras Peña Chica, San José, San Pedro con San Vicente y San Carlos, los terrenos de la ex oficina La Hansa, los terrenos salitrales Peña Grande (lote sur), todas ubicadas en el departamento de Tarapacá (Soto Cárdenas, 1998, pp. 316 y ss.)².

3. COMPOSICIÓN SOCIETARIA, GIROS Y CAPITALS

A partir de las escrituras notariales, en especial los registros de comercio y bienes raíces, constatamos que la sociedad comercial se mantuvo bajo el control de descendientes y familiares de los fundadores, conservando su nombre original, si bien la incorporación de terceros a la firma fue produciendo cambios tanto en la propiedad como en la razón social. También observamos cómo la firma Gildemeister adoptó

² Archivo Nacional de Chile, Registro de Bienes Raíces, n° 27, vol. 99, fs. 13-14. En adelante RBR.

cuatro tipos de organización de sociedad: habilitaciones, colectivas, en comandita y sociedades anónimas. Las habilitaciones actuaban como una especie de sociedad en comandita en donde uno o más capitalistas invertían en una actividad determinada por un tiempo limitado. La sociedad colectiva eran empresas en las cuales dos o más socios aportan capital y al mismo tiempo participan de la administración de la compañía con responsabilidades ilimitadas. La sociedad en comandita se definía como la asociación hecha entre una o más personas que se comprometían a participar con ciertos aportes al fondo social y una o más personas dispuestas a administrar la sociedad, personalmente o a través de representantes bajo su propio nombre. Finalmente, las sociedades anónimas eran aquellas corporaciones cuyo capital se forma a través de acciones.

A continuación historiamos la dilatada trayectoria de la casa comercial Gildmeister y Cía., especialmente la sucursal de Iquique, desde su composición societaria, rubros y capitales.

En cuanto a la composición societaria de la firma J. Gildmeister y Cía., en 1882 estuvo integrada por Johann Matthías Gildmeister, residente en Bremen, Juan Gildmeister en Lima y Heinrich August Gildmeister, domiciliado en Iquique como administrador de la firma. Se producía entonces, una red comercial que partía desde Alemania, conectando Lima e Iquique. El giro de la firma era «administración y agencias de oficinas salitreras propias y ajenas o de otras empresas de carácter comercial, industrial, minero o naviero; sobre la compra e internación a comisión o por cuenta propia de toda clase de mercaderías, productos y minerales y venta de las mismas; sobre la compraventa de salitre y en especial de los productos de las oficinas o empresas que administren o de que sean agentes; sobre toda clase de desembarques y embarques o exportaciones de salitre y yodo u otros productos, de cuenta propia o a comisión; sobre fletes de buques y despacho, giro de letras, descuentos, créditos y habilitaciones; sobre adquisición de toda clase de bienes muebles e inmuebles, salitreras, mineras, industriales, urbanas o rurales, ventas de estas mismas propiedades en los precios que tenga a bien fijar». El capital social de la compañía estaba constituido principalmente por las oficinas salitreras San Juan, Argentina, San Pedro y Hansa o San Antonio, avaluadas en 1 250 000 soles; terrenos y edificios en Iquique, más 20 000 libras esterlinas. El total del capital está aportado en la siguiente forma: 50% por Juan Gildmeister, 30% por Johann Matthias Gildmeister y 20% por Heinrich August Gildmeister³. Al respecto, J. R. Couyoumdjian afirma que en el caso de firmas que tenían su casa matriz y socios principales en el extranjero, era habitual que consideraran las perspectivas de los negocios en términos de libras esterlinas,

³ Archivo Nacional de Chile, Registro de Comercio (R.C.), 1882, n° 7, vol. 55, f. 5. En adelante R. C.

marcos alemanes o dólares. Esta tendencia se fue acentuando en la medida que el peso chileno perdía valor en relación con las monedas convertibles en oro. La libra esterlina se usaba con frecuencia para las grandes transacciones comerciales como una forma de resguardarse contra el efecto de la inflación, y varias empresas, no solo extranjeras, solían expresar su capital en esta moneda. El empleo cada vez más generalizado de la libra esterlina en la forma de letras a noventa días giradas sobre Londres contra bancos y firmas de primera clase, reforzó la preeminencia de las casa comerciales extranjeras, puesto que tenían mayores facilidades para girar letras directamente contra un aceptante en Inglaterra (Couyoumdjian, 2000).

Con el término de la sociedad J. Gildemeister y Cía. y el retiro de su fundador en 1895⁴, se debió cambiar la razón social a Gildemeister y Cía. Continuaban Johann Matthías Gildemeister y Heinrich August Gildemeister e ingresaba Carlos Wilhelm Fritz, los dos primeros residentes en Bremen y el último residente en Iquique. El capital había ascendido a 55 000 libras esterlinas, 25 000 libras esterlinas cada uno de los Gildemeister y 5000 libras esterlinas aportadas por Carlos Fritz, siendo el aporte de los primeros en oficinas salitreras, bienes raíces, dinero, créditos y demás valores⁵. En 1899 Heinrich August Gildemeister, de tránsito en Iquique, y Johann Matthías Gildemeister, formaron una nueva sociedad con un capital de 50 000 libras esterlinas, aportados en partes iguales en oficinas salitreras, bienes raíces, dinero, créditos, mercaderías y demás valores del activo líquido de la extinguida sociedad⁶. En 1909, Johann Matthías Gildemeister y los nuevos socios Segismundo Gildemeister y Hansigne María Amalia Moller de Gildemeister, formaron una sociedad comercial en comandita para girar el rubro de la antigua sociedad. El capital ascendía a 120 000 libras esterlinas en dinero efectivo, créditos, bienes raíces, minas y mercaderías⁷. En 1921, Siegfried Theodor Gildemeister, residente en Iquique, Friedrich August Gildemeister y un comanditario, ambos domiciliados en Bremen, bajo la misma razón social incrementaron nuevamente su capital de 120 000 libras esterlinas a £ 350 000, en dinero efectivo, bienes raíces y muebles, minas, mercaderías, créditos y demás valores. En 1925 los mismos socios, más Enrique Emilio Gildemeister, residente en Ámsterdam, continuaron con la sociedad y mantuvieron el capital anterior en dinero efectivo, bienes raíces y muebles, minas, mercaderías, créditos y demás valores⁸.

⁴ Juan Gildemeister, después de su retiro de la sociedad comercial, pudo vender sus intereses salitreros a una firma británica y cambió de giro adquiriendo inmensas propiedades agrícolas en el valle de Icaza. Una de las más importantes fue la hacienda Casagrande, que llegó a tener 300 000 hectáreas (Núñez Carvallo, 1997).

⁵ R.C., 1895, n° 106, vol. 172, f.110.

⁶ R.C. 1899, n° 54, vol. 234, fjs. 56-57.

⁷ R.C. 1909, n° 133, vol. 513, fjs. 150-151.

⁸ R.C. 1925, n°, vol. 82, fjs. 68-70.

4. FUNCIONAMIENTO INTERNO

Una de las típicas formas de operar de la firma Gildemeister, que constatamos en las fojas de los registros de comercio, son las inscripciones de numerosos poderes que conferían amplias atribuciones, otorgados por socios residentes en Lima, Bremen y Valparaíso. A continuación ejemplificamos mandantes y mandatarios y los distintos tipos de delegación, entre 1883 y 1930. En Lima (15 de mayo de 1883) Juan Gildemeister, propietario, residente en Lima, socio fundador en representación de la sociedad mercantil J. Gildemeister y Compañía, otorgó poder a Martín Hermann Gildemeister para que administre el negocio en Iquique. El administrador tenía, entre otras facultades, que efectuar compras, ventas, consignaciones, seguros, fletes y cualquier otro contrato sobre las mercaderías de la casa comercial; entender en todo lo relativo a despachos de aduana en Iquique y al embarque y desembarco de mercaderías de cabotaje y del extranjero; girar, aceptar y endosar letras, cheques u otras obligaciones mercantiles; y, en fin, asumir su representación en los asuntos judiciales que le sobrevinieren. Poderes de este tipo solo podían ser entregados a funcionarios de mucha confianza y es por ello que en su mayoría eran alemanes o descendientes. Como ejemplo mencionamos el poder especial y general otorgado por Juan Gildemeister (8 de abril de 1886) a Hermann G. Schmidt y Cornelio Dreier; y a Guillermo Fritze (13 de abril de 1893), para que entable demanda judicial contra Carlos Wuth⁹.

Desde Bremen (15 de junio de 1899), Johann Matthías Gildemeister, alemán, casado, 65 años de edad, comerciante, otorgó poder a Carlos Hutterott «para que a nombre del otorgante acepte y ratifique el convenio celebrado con Carlos Guillermo Fritze sobre retiro de este de la sociedad Gildemeister y Compañía»; amplió poder a Johann Carl Meincken y Carl Wilhelm Fritze (23 de agosto de 1892)¹⁰. Nuevamente (24 de octubre de 1895) Johann Matthías, esta vez con Enrique Augusto Gildemeister y Carl Wilhelm Fritze, residente en Iquique y transeúnte en Bremen, confirieron poder a Carlos Meincken¹¹ (10 de abril de 1901); «compareció Johann Matthías Gildemeister y Heinrich August Gildemeister, 60 años de edad, casado, comerciante, residente en Bremen, como únicos dueños de la casa de comercio establecida en Iquique, entregaron poder general a Hermann G. Schmidt, residente en Berlín, para que junto a los actuales mandatarios Carlos Meincken y Carlos Hutterott representen

⁹ R.C. 1883 Lima, n° 18, vol. 57, fj. 12; n° 8, vol. 57, fs. 26-27; n° 9, vol. 57, fs. 27-29; n° 90, vol. 150, fs. 232-234.

¹⁰ R.C. n° 59, vol. 234, fs. 62-63; n° 56, vol. 138, fs. 140-141.

¹¹ R.C. n° 104, vol. 172, fs. 108-109.

a la firma Gildemeister y Cía., en Iquique»¹²; en 1902, los socios nombrados otorgaron poder general a Johann Heinrich Sigmund Gildemeister, residente en Iquique. Siete años después Johann Heinrich Sigmund Gildemeister, estaba radicado en Bremen y «confirió poder general administrativo y judicial conjunta y separadamente a Ernst Hofrichter y Siegfried Theodor Gildemeister, residentes en Iquique». En Berlín el 24 de enero de 1917, comparecieron Mathtías Gildemeister, Hansigne Marie Amalie Möller viuda de Heinrich August Gildemeister y Alberto Schnelle en representación de Siegmund Gildemeister, confirieron poder a Guillermo Braundt, residente en Iquique, «para firmar la prolongación de la sociedad que habían formado el 28 de noviembre de 1911»¹³.

Desde Valparaíso (15 de febrero de 1917), uno de los principales socios y representantes de la casa Gildemeister en Chile, Siegfried Theodor Gildemeister, alemán, soltero, comerciante, vecino del puerto, otorgó los siguientes poderes: a Federico Branmüller y Carlos Gerardo Dauelsberg, como representantes de la compañía en Iquique; en 1919 les fue renovado el poder y en el mismo carácter se entregó un poder general, administrativo y judicial a Fritz Schaeffer; en 1920 «confirió poder general administrativo y judicial a Heinrich August Thiermann, residente en Iquique, para que pueda administrar las sucursales que la sociedad comercial tiene establecidas en Iquique, Valparaíso, Santiago y Concepción»; en 1923, nuevamente Siegfried Gildemeister confirió poder a Hans A. Bobsin, Augusto Schroder y Ricardo Schumann para que representen a la compañía Gildemeister en «todos los asuntos que tuviere en la provincia de Tarapacá, especialmente en Iquique»; en 1925, otorgó poder amplio a Fritz Schaeffer y Otto R. Witt, «para que administren la empresa en Tacna, Arica e Iquique. Algunos meses después, S. T. Gildemeister, confirió poder general a Hans A. Bobsin y Ricardo Schumann; en 1927, confirió poder a Carlos Droste Eisele, para que «represente a la firma establecida en Iquique en las provincias de Tarapacá y Tacna»; en marzo, entregó un poder general a Hans A. Bobsin; en diciembre, un poder general a Wilhelm Schimdt Wendt y a Carlos Droste Eisele¹⁴.

¹² R.C. n° 42, vol. 259, fs. 84-86.

¹³ R.C. 18 de abril de 1902, n° 35, vol. 271, fs. 26-27; 5 de julio de 1911, Iquique, n° 74, vol. 552, fs. 92-93; 11 de julio de 1917, n° 68, vol. 4, fs. 83-85.

¹⁴ R.C. 22 de febrero de 1917, vol. 4, fj. 12-13; 11 de febrero de 1920, n° 19, vol. 35, fs. 27-32; 12 de junio de 1921, n° 80, vol 43, fs. 61-66; 26 de febrero de 1923, n° 27, vol. 60, fs. 26-30; 26 de mayo de 1925, n° 70, vol. 82, fs. 71-74; 26 de mayo de 1925, n° 71, vol. 82, fs. 74-77; 16 de enero de 1928, n° 9, vol. 102, fs. 9-12; 4 de abril de 1927, n° 52, vol. 95, fs. 63-66; 16 de enero de 1928, n° 10, vol. 102, fs. 12-14; 16 de enero de 1928, n° 9, vol. 102, fs. 9-12.

Un destacado representante y hombre de confianza de la firma en Valparaíso, Augusto Thiermann, alemán, casado, comerciante, vecino del puerto, otorgó los siguientes poderes: a Richard Schumann, para que «en nombre de la firma comercial, pueda hacer toda clase de operaciones bancarias y aduaneras, de preferencia en Iquique a contar de octubre de 1927; y en 1930, en el mismo carácter confirió poder especial a Hermann Gropp¹⁵.

Se advierte que la variedad de mandatos y poderes quedó entregada a un creciente número de profesionales de la gestión empresarial, especialmente alemanes y descendientes. Este fenómeno se explica por la expansión y multiplicidad de actividades de Gildemeister y Cía. como agentes de comisión, importadores y exportadores, agentes de embarques y comerciantes banqueros, prestamistas nacionales e internacionales y transportistas de ultramar. Por consiguiente se requería cubrir los puestos intermedios y de alta dirección con representantes idóneos. Relacionado con lo anterior, atinadamente Guillermo Billinghurst destacaba la eficiente administración de la firma Gildemeister y otras de origen británico en los siguientes términos: «Han alcanzado el grado de prosperidad en que actualmente se encuentran porque han tenido el tino de confiar en la administración de sus oficinas a personas competentes a quienes han interesado de una manera permanente en el éxito de sus explotaciones salitreras» (Cavieres, 1988, p. 135).

Al tenor de los ejemplos citados, los socios no siempre podían desplazarse continuamente de ciudad en ciudad para hacer nuevos negocios, supervisar por sí mismos los contratos en vigencia, controlar el volumen y calidad de la producción pactada, embarcar o recibir mercaderías en diferentes puertos, efectuar pagos o exigir el pago de deudas. Ante ello era usual que la firma Gildemeister, en un sistema económico moderno, organizara una red de relaciones personales (Bremen-Valparaíso-Iquique) sustentada en funcionarios, administradores y gerentes alemanes o descendientes que tuvieron bastante movilidad geográfica en el Norte Grande.

Profundizando en el análisis, estos funcionarios solían ingresar a las firmas en empleos modestos y luego escalaban posiciones hasta ocupar altos cargos administrativos, incluso algunos consiguieron independizarse. Ilustrativos son los casos de Carlos Droste Eisele, nacido en Hamburgo, quien ingresó en 1916 a la casa Gildemeister y Cía. de Valparaíso; en 1923 fue trasladado a Iquique, donde se desempeñó como jefe de la firma y gerente de la Compañía Comercial y Salitrera de Tarapacá, cargo que ocupó hasta mediados de 1931. En octubre de 1934 fundó su propio negocio de representaciones, maquinarias y artículos para fábricas, minas,

¹⁵ R.C. 17 de octubre de 1927, n° 138, vol. 95, fs. 193-195; 16 de diciembre de 1930, n° 160, vol. 115, fs. 445-446.

construcciones, agricultura. Federico Schaeffer B., nacido en Bremen, ingresó como empleado en 1903 a la firma Gildemeister y algunos años después ascendió a jefe de las oficinas salitreras en Tarapacá y Antofagasta. También era posible, pues, para aquellos empleados que más destacaban, lograr la calidad de socio. Es el caso de Augusto Thiermann Grovermann, que comenzó como empleado en 1906 en la casa Gildemeister y años después llegó a ser gerente general hasta adquirir la categoría de socio junto a Sigfried, Enrique y Augusto Gildemeister (Empresa Periodística de Chile, 1938).

5. OPERACIONES COMERCIALES VERTICALES Y HORIZONTALES

Otro tema de importancia que debe ser considerado aquí son los instrumentos usados por la casa Gildemeister y Cía. para impulsar su crecimiento económico. En ese sentido se estructuraron una serie de relaciones financieras interconectadas denominadas «Horizontales» y «Verticales». En primer lugar, las «horizontales», tenían como base contratos de compra y otros de carácter financiero (adelantos de dinero, préstamos) entre comerciantes, agricultores y mineros locales u otros de diversos tipos entre mineros y financistas, formando un sistema crediticio perteneciente a un ámbito esencialmente regional. Inserto, pero sobre este nivel, los contratos entre inversionistas y mineros lugareños con inversionistas y comerciantes chilenos o extranjeros conectaban los diferentes planos de la economía chilena a los mercados internacionales y a los sectores financieros de Londres a través de un tipo de relaciones «verticales». En la última situación, el crédito y el dinero londinense venían a Valparaíso y desde allí seguían hacia los productores de las zonas mineras, mientras que en sentido inverso, los aumentos de capital y las utilidades volvían desde los mineros más débiles, a través de las casas comerciales intermediarias o de prestamistas privados radicados en las jurisdicciones mineras, hacia el sector financiero de Valparaíso y finalmente a los mercados externos, en particular a Londres (Cavieres, 1988, p. 143).

En las páginas que siguen pretendemos describir y explicar un concierto de ejemplos que detallan las diferentes estructuras del sistema crediticio, así como su carácter siempre cambiante y complejo tanto en términos del control financiero del capital sobre la producción, y del control del grupo Gildemeister sobre chilenos y otros.

Como ejemplos de relaciones «horizontales» (o contratos financieros al interior de la economía local o regional), tenemos los siguientes casos: Rita Ríos, viuda de Neira (2 de noviembre de 1886) se obligó con Gildemeister y Cía., en mutuo por \$4500 y en garantía hipotecó su propiedad ubicada en Sotomayor/Vivar; el decano salitrero peruano Genaro Canelo (17 de octubre de 1895), representado por su hijo

Nemesio Canelo se constituyó en deudor de Gildemeister y Cía. por \$10 000 en cinco pagarés de \$2000 cada uno, pagaderos el primero el 10 de noviembre, y así sucesivamente e hipotecaron una finca ubicada en calle Sotomayor; Elisa Llanos (propietaria) viuda de Bagioli (italiano), residente en Iquique, el 25 de abril de 1914, solicitó \$15 000, por el término de seis meses a un interés de 8% anual, y para garantizar el pago hipotecó dos propiedades, una ubicada en Tarapacá/Serrano y otra en Amunátegui; María Vivanco de Kuck (propietaria), con la autorización de su esposo, Enrique Kuck, residentes en Iquique, el 13 de enero de 1916, solicitaron un préstamo de \$1000 a Gildemeister y Cía. por el término de un año, abonando el interés de 8% y en garantía hipotecaron a favor de la sociedad un extenso sitio y edificio ubicado en Riquelme/José J. Pérez/Arturo Fernández/Juan Martínez; Guillermo A. Fletcher, casado, comerciante, residente en Antofagasta, en 1921 reconoció deber \$8809 a Gildemeister y Cía., y para garantizar la deuda hipotecó una propiedad compuesta de terreno y edificios de dos lotes, ubicado en Aníbal Pinto n° 66-68 y en Wilson n° 104¹⁶.

Una firma local como Sotomayor Carrasco y Cía., que operaba través de sus socios Guillermo Fritz, Hermann Schmidt, Juan Vernal y Castro y José Benito González, español (El Godo) y Fernando Dams y la sucesión de Daniel Carrasco Albano, todos residentes en Iquique, solicitaron en 1894 un préstamo de 30 000 libras esterlinas a Gildemeister y Cía., y para garantizar el saldo hipotecaron el establecimiento de beneficio en Cerro Gordo de 2 250 000 metros cuadrados¹⁷.

A partir de 1912, la casa Gildemeister de Iquique mantenía una relación directa con la recién creada sucursal de Valparaíso a cargo de Augusto Thiermann, quien estuvo en esa posición por muchos años dirigiendo la firma junto a Sigfried T. Gildemeister. Los vínculos eran operaciones financieras y compra de materiales para trabajos propios de las salitreras, tales como maquinarias, hierro y cemento. Por otra parte, la sucursal de Concepción, a través de la compañía molinera establecida en Tomé, demandaban salitre para distribuirlo en toda la región (Estrada, 2005, p. 118; Mazzei, 1990, p. 39).

Como ejemplo de una conexión financiera y comercial típicamente «vertical», podemos mencionar al Banco Nacional Alemán (enero 1913), con sucursal en Iquique, abriendo un crédito en la cuenta corriente de la Compañía Anónima Salitrera Gildemeister por cinco millones de marcos, al 5,5% anual, por medio de la emisión de mil bonos de 1000 marcos cada uno. La compañía Gildemeister hipotecó a favor

¹⁶ R.B.R. n° 355, vol. 166, f. 105; n° 130, vol. 632, fs. 90-91; n 111, vol. 88, f. 66; 1916, n° 55, vol. 680, f. 34; n° 315, vol. 42, fs. 153-154.

¹⁷ RBR 14 de agosto de 1894, n° 273, vol. 166, fs.79-80.

del Banco Nacional Alemán por 5 150 000 marcos sobre la totalidad de su propiedad en terrenos salitreros en Peña Chica, San José, San Pedro, La Hansa, Santa Clara, incluyendo los edificios, máquinas e instalaciones¹⁸. La deuda contraída por Gildemeister y Cía. en 1913 fue totalmente pagada el 1° de abril de 1920, y junto con ello se alzó la hipoteca que recayó sobre las oficinas salitreras¹⁹. Sin duda que la firma Gildemeister tenía facilidades para conseguir dineros y a las menores tasas de interés vigentes en los circuitos comerciales del mundo.

En Iquique, el 1° de setiembre de 1912 un grupo destacado de empresarios extranjeros (a veces se individualizaban como mineros y comerciantes) tales como Adela Vargas, peruana, viuda de José Devéscovi (italiano); Santiago y Ernesto Devéscovi; Nicolás Zanelli, italiano; Leopoldo Ottenhein y Ricardo Tenaud, todos domiciliados en París a excepción de Adela Vargas, residente en Lima, tomaron un préstamo de 80 000 libras esterlinas para seguir invirtiendo en sus yacimientos mineros y casas importadoras y exportadoras. El crédito fue otorgado por el Banco Alemán Transatlántico y Gildemeister y Cía., pagaderos en letras de 1ª clase, a noventa días vista sobre Londres al interés del 7% anual que se abonarán al 30 de junio y 31 de diciembre de cada año, incluyendo comisiones, gastos de cobranzas y demás obligaciones. Los deudores hipotecaron la oficina salitrera Constancia situada en el cantón de Huara, con todos sus terrenos, maquinarias, edificios, carretas, animales, herramientas, muebles, enseres, mercaderías, salitre en cancha, en bodega o en viaje al puerto, o en consignación, exceptuándose las existencias en yodo en manos de la Casa Gibbs. La oficina Constancia comprendía 199 estacas peruanas²⁰.

Después de 1924, Gildemeister y Cía. se convirtió en el principal proveedor de capitales para los salitreros Marinkovic Hnos., pues necesitaban reforzar la actividad salitrera que mantenían en Tarapacá. En su calidad de socio y representante, Pablo Segundo Marincovik recibió en mutuo hipotecario (4 de marzo) 40 000 libras esterlinas a un interés de 8% anual sobre el total de la deuda y 0,5% de comisión semestral sobre el saldo mayor que arroje cada seis meses el debe y un 2,5 por mil de provisión. El pago total del préstamo, intereses, comisiones y demás gastos que se ocasionaran debía hacerse en un plazo de tres años. En tanto, los hermanos Marinkovic hipotecaron su oficina salitrera San Enrique, con todos sus terrenos, casas, maquinarias,

¹⁸ El número de estacas sirve para formarnos una idea del tamaño de los terrenos salitrales y su capacidad productiva. Una estaca equivale a un millón de metros cuadrados (un kilómetro cuadrado): la oficina Peña Chica tenía 849 estacas, San José 136 estacas, San Pedro formada por San Vicente y San Carlos, tenía 235,5 estacas y La Hansa con San Pedrito de 57 estacas, Santa Clara compuesta de dos lotes distintos y los terrenos de Peña Grande. RBR n° 161, vol. 609, fs. 100-101.

¹⁹ RBR 20 de enero de 1913, n° 164, vol. 609, fs. 102-104.

²⁰ RBR n° 42, vol. 588, fs. 28-29.

existencias y enseres de toda especie. En 1927 los hermanos Marinkovic solicitaron un nuevo crédito por 17 000 libras esterlinas. Bajo los mismos términos del anterior, a excepción del plazo de un año y medio, evidenciaba un creciente endeudamiento y decadencia²¹.

6. INVERSIONES INMOBILIARIAS Y MINERAS

A lo largo de los años la firma Gildemeister acumuló numerosas propiedades (terrenos, casas, edificios) que significan un porcentaje importante de su patrimonio. La inversión se presentaba como un buen espacio de inversión, poco riesgo y rentabilidad alta en el mediano y largo plazo, al diversificar su capital. Además, las propiedades podían servir como garantía hipotecaria para préstamos que fuera necesario pedir.

A continuación presentamos las principales inversiones inmobiliarias realizadas por la firma Gildemeister en la provincia de Tarapacá. En efecto, una vez más es necesario examinar la situación a través de algunas historias de casos particulares.

Sus propiedades se pueden dividir en dos áreas: las primeras corresponden a propiedades para uso de la empresa y las segundas a inversiones inmobiliarias.

Las propiedades de uso de la empresa se remontan a la época peruana; en una primera etapa, entre 1859 y 1870, adquirieron tres bodegas. A medida que los negocios se expandían, entre 1880 y 1924, eran dueños de nueve bodegas, tres casas con oficinas, una fundición de metales y por concesión administraban dos muelles, uno en El Morro y otro en La Puntilla, más un varadero de lanchas en la península Cavanha. Durante el mismo periodo, entre los bienes activos podemos mencionar la fundición Iquique, las oficinas salitreras Peña Chica, San José, San Pedro con San Vicente y San Carlos y Peña Grande (sur)²².

Respecto de la inversión inmobiliaria, Gildemeister se concentró en la venta de propiedades. Ahora bien, la información disponible nos indica que entre 1901 y 1920 vendieron seis propiedades, que desglosamos así: un sitio, tres casas habitación y dos bodegas²³. En 1922 retrovendieron a Nemesio Canelo y sus hermanos Francisco e Ignacio las siguientes propiedades: tres sitios con casa habitación ubicados en Iquique; un fundo con casa, rancho y corrales ubicado en los márgenes del río Loa en el valle de Quillagua. La extensión del predio era de 770 131 metros cuadrados y se dividía en Cerco Grande, Cerco Monte de Oro, Cerco Rita y una casa habitación, rancho y corrales. Además, la hacienda Montes de Oro, ubicada en el mismo valle

²¹ RBR n° 55, vol. 70, fs. 50-51; n° 313, vol. 94, fs. 213-214.

²² RBR n° 37, vol. 40, fs. 24-29; n° 300, vol. 78, fs. 275-284; n° 89, vol. 86, fs. 66-67.

²³ R.B. R. n° 508, vol. 252, f. 170; n°479, vol. 608, fs. 381-382; n° 378, vol. 607, fs. 319-320; n° 135, vol. 67, fs. 60; n° 376, vol. 356, f. 267.

de 56 hectáreas. El precio de venta del conjunto de las propiedades era \$30 600, con intereses del 6% anual. Ese mismo año vendió por expropiación al fisco chileno un terreno con edificio a \$2688, para uso del ferrocarril longitudinal. Tres años después vendieron dos propiedades al contado, una a Moisés González en \$25 000 y otra a John Murray en \$15 000, ambas ubicadas en la calle Barros Arana. Un año después, la firma Wacholtz y Hermanos compró una propiedad raíz compuesta de terreno y edificio, ubicada en calle Sotomayor, en \$25 000, abonando \$10 000 en efectivo y el saldo con amortizaciones mensuales de \$800 cada una, sin intereses y sujeta a gravamen. En 1927 vendieron a la Compañía de Alumbrado Iquique una propiedad conocida como Fábrica y Fundición del Morro en \$40 000 al contado²⁴.

La inversión inmobiliaria de la casa Gildemeister se vio drásticamente afectada a consecuencia de la gran depresión de 1929-1931, pues en 1930 la firma alemana vendió a la Compañía Comercial y Salitrera de Tarapacá un número importante de sus bienes, entre ellos once bodegas, una casa habitación y las instalaciones del muelle La Puntilla en 130 000 libras esterlinas, de las cuales 50 000 correspondieron a mercaderías importadas. Un año después vendieron a Enrique Brenner y Oscar Goich, residentes en Iquique, dos propiedades, una de 1940 metros de superficie y la otra de 4283 en \$5000, y ese mismo año vendieron a la firma Kulenkampff y Knoop una propiedad de 400 metros cuadrados en \$20 000 al contado²⁵. El importante número de ventas realizadas por Gildemeister, tanto de bienes de uso como propiedades destinadas al negocio inmobiliario, no produjo el cierre total de la sucursal de Iquique, pues siguió operando como casa comercial importadora.

A partir de 1941, desde Santiago continuaron Siegfried T. Gildemeister Moller, chileno, casado, comerciante y Juan Gildemeister Moller, peruano, casado, agricultor, por sí, ambos en representación de Gildemeister y Compañía Limitada, establecían una sociedad anónima, para explotar las siguientes minas de plata: Hilda, Punta Froilana, Arena, Hospital, Éxito, Rosario, Constancia, Buena Esperanza, Alida, Lolón, Erna, Carla, Corneta 1^a, 2^a, 3^a, 4^a, Palermo, San Félix 1^a y 2^a, Marina, San Ambrosio, Central, Carmela, Carmelita y Panchita, todas ubicadas en el cerro Challacollo; minas de cobre: Cometa III, Punta, Bellavista y Bellavista 2^a; y los yacimientos de cal Calixto y Calixema²⁶.

²⁴ R.B.R. n° 531, vol. 48, fs. 375-377; n° 300, vol. 47, fs. 193-194; n° 339, vol. 79, f. 319; n° 340, vol. 79, fs. 319-320; n° 130, vol. 86, f. 100; n° 550, vol. 100, fs. 378-379.

²⁵ R.B.R. n° 366, vol. 111, fs. 280-283; n° 207, vol. 117, fs. 181-182; n° 111, vol. 117, f. 98.

²⁶ Archivo Nacional de Chile, Registro Conservador de Minas: n° 1, vol. 252, fs. 1-3; n° 10, vol. 181, fs. 17-19; n° 2, vol. 125, fs. 4-7.

7. CONCLUSIÓN

No ha sido el propósito de este estudio ofrecer conclusiones generales sobre un caso empresarial, sino más bien, con los datos presentados, demostrar que Gildemeister y Cía. fue una de las prominentes casas comerciales extranjeras cuyo capital de origen se formó en América, y su primera casa matriz en Lima rindió las ganancias necesarias para expandirse primero a Iquique y seguidamente a Valparaíso, Santiago y Concepción, superando los cien años de existencia. En ese sentido advertimos que sus socios fundadores desarrollaron un espíritu innovador y audaz, que uniendo sus esfuerzos y recursos monetarios en función de optimizar utilidades, supieron mejor que otros aprovechar las condiciones creadas primero por la economía peruana y posteriormente el ciclo salitrero chileno, aunque no exento de dificultades. Aquello se vio reflejado en la expansión de inversiones en diferentes sectores de la economía nacional, lo que a su vez requirió de mayores exigencias en su constitución legal para garantizar tanto capitales como inversiones.

BIBLIOGRAFÍA

- Bermúdez Miral, Oscar (1963). *Historia del salitre. Desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Tomo I. Santiago: Universidad de Chile.
- Bermúdez Miral, Oscar (1966). El salitre de Tarapacá de Tarapacá y Antofagasta durante la ocupación militar Chilena. *Anales de la Universidad del Norte*, 5, 129-182.
- Bermúdez Miral, Oscar (1984). *Historia del salitre. Desde la guerra del Pacífico hasta la revolución de 1891*. Santiago: Pampa Desnuda.
- Blakemore, Harold (1977). *Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896: Balmaceda y North*. Santiago: Andrés Bello.
- Cavieres, Eduardo (1988). *Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880: un ciclo de historia económica*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Centurión Herrera, Enrique (1924). *El Perú actual y las colonias extranjeras: la realidad actual y el extranjero en el Perú a través de cien años 1821-1921*. Bergamo: Instituto Italiano D'Arti Grafiche.
- Contreras C. Carlos & Eduardo Cavieres F. (2005). Políticas fiscales, economía y crecimiento. En Eduardo Cavieres y Cristóbal Aljovín de Losada (comps.), *Chile Perú, Perú-Chile: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Couyoumdjian, Juan R. (1974). El mercado del salitre durante la primera guerra mundial y la postguerra, 1914-1921. Notas para su estudio. *Historia*, 12, 13-55.

- Couyoumdjian, Juan R. (2000). El alto comercio de Valparaíso y las grandes casas extranjeras en Valparaíso, 1880-1930: una aproximación. *Historia*, 33, 63-99.
- Empresa periodística de Chile (eds.) (1938). *Diccionario Biográfico de Chile, 1937-1938*. Segunda edición. Santiago: Universo.
- Estrada, Baldomero (2005). La colectividad alemana de Valparaíso durante la primera mitad del siglo XX. *Historia*, 15, 65-91.
- Fernández Canque, Manuel (2007). *Arica 1868, un tsunami y un terremoto*. Santiago: Dibam.
- Goicovic D. Igor & Miguel Jaramillo (2005). Región y nación en los espacios del norte. Desarrollos económicos y sociales en fases de transición. Extremo norte peruano y norte chico chileno. En Eduardo Cavieres y Cristóbal Aljovín de Losada (comps.), *Chile Perú, Perú-Chile: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Hüttertort, Carlos (1913). *Geschichte des Hauses Gildemeister Co. in Iquique*. Bremen: Guthe. Traducción de B. A. Torres Baquedano.
- Novak Talavera, Fabián (2004). *Las relaciones entre el Perú y Alemania (1828-2003)*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Núñez Carvallo, Rodrigo (1997). Un tesoro y una superstición. El gran terremoto peruano de 1868. *Historia y desastres en América Latina*. Vol. 2. Lima: Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel (2006). Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1870-1940). En Alicia Bernasconi y Carina Frid (eds.), *De Europa a la Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*. Buenos Aires: Biblos.
- Mazzei, Leonardo (1990). *Sociedades comerciales e industriales y economía de Concepción, 1920-1939*. Santiago: Universitaria.
- Miranda Costa, Juan (1993). *Apuntes sobre cien familias establecidas en el Perú*. Archivo Luis Lasarte Ferreyros. Lima: Rider Ediciones Nacionales.
- Pinto Vallejos, Julio & Luis Ortega Martínez (1990). *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)*. Santiago: Salesianos.
- Salazar, Gabriel & Julio Pinto (2002). *Historia contemporánea de Chile*. Tomo 3. Santiago: LOM.
- Silva Vargas, Fernando (1997). Comerciantes, habilitadores y mineros: una aproximación al estudio de la mentalidad empresarial en los primeros años de Chile republicano (1817-1840). En Escuela de Negocios de Valparaíso (eds.), *Empresa privada*. Valparaíso: Escuela de Negocios.

- Soto Cárdenas, Alejandro (1998). *Influencia británica en el salitre. Origen, naturaleza y decadencia*. Santiago: Universidad de Santiago.
- Villalobos Rivera, Sergio (2006). *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Quinta edición. Santiago: Universitaria.

GUSTO Y CONVIVENCIA COMENSAL EN LA SOCIEDAD SALITRERA (1880-1910)

Rigoberto Sánchez Fuentes

La sociedad salitrera organizó hombres y mujeres que migraron desde distintas latitudes, impulsados por las noticias de trabajo y fortuna que la prensa, los «enganchadores» y el relato familiar difundían con entusiasmo cuando el salitre instaló a Tarapacá en la geografía mundial del capitalismo. Se verificó un intercambio «virtuoso», pues mientras desde Iquique, Caleta Buena, Junín y Pisagua, instalado en la bodega de vapores y veleros, el salitre respondía a la expansión de la productividad agrícola en los mercados mundiales, afluían, en tanto, hacia la provincia conquistada, burgueses y trabajadores de múltiples nacionalidades que en las oficinas, los puertos, aldeas y pueblos, contuvieron la diversidad étnica y cultural que caracterizó el medio siglo salitrero.

La liberalización de la economía salitrera mediante el decreto publicado el 28 de mayo de 1882 por el gobierno del presidente Domingo Santa María, constituyó el impulso modernizador que transformó y perfeccionó la arquitectura peruano-colonial de organización del espacio y las actividades socioproductivas, aventando a Tarapacá en el vértigo del proceso global de industrialización, sustentado en la «competitividad» de sus recursos y en la protección de las inversiones nacional y extranjera por el sistema político:

El Jefe Político de Tarapacá procederá a otorgar títulos de propiedad definitiva a las personas que en virtud del decreto de 6 de Septiembre de 1881, estuviesen en la tenencia provisoria de establecimientos salitreros de aquel territorio y hubiesen enterado en áreas fiscales el total de los certificados o vales provisionales emitidos por el Gobierno del Perú, en representación del precio de venta de los referidos establecimientos.

El mismo título de propiedad será otorgado a las personas que, dentro del término de 90 días, contados desde la fecha del presente decreto entregaren cancelados al Fisco todos los certificados o vales referentes al establecimiento salitrero cuya propiedad solicite (Bermúdez, 1984, p. 175).

Surgió una «sociedad de producción» capitalista (Bauman, 2006, p. 106) cuyos flujos, en procura de los objetivos estatales y empresariales, vinculaban las actividades económicas locales con el sistema económico mundial. Tarapacá era un lugar en el mundo, mientras el mundo estaba presente en sus estructuras. Para gobernar esta nueva sociedad se estableció un «pacto» según el cual el Estado garantizaba la gobernabilidad mediante una organización territorial-administrativa que facilitaba la rentabilización de las inversiones realizadas en los distintos espacios económicos del territorio tarapaqueño. Las compañías salitreras, por su parte, establecían la articulación de Tarapacá con la dinámica económica mundial, administrando el comercio internacional de salitre y yodo, la captación de capital para la constitución de nuevas compañías o la expansión de las existentes, el perfeccionamiento tecnológico de los procesos productivos y la promoción de las bondades del nitrato entre los productores agrícolas en los principales mercados de consumo.

La capital geográfica de las relaciones de producción estaba en Iquique, cúspide del sistema provincial de asentamientos que reunía entre sus viviendas y ámbitos de trabajo a un total de 40 171 habitantes que constituían el 80,2% de la población urbana de la provincia. En la conmemoración del centenario de la independencia, el editoria- lista de *El Tarapacá* describe los factores que explican la capitalidad del puerto mayor:

Siendo Iquique, puede decirse, el cerebro de la industria, pues en él se hallaban los directorios i agencias de las empresas salitreras, á la vez que es el asiento de las autoridades en los principales ramos de la administración pública, el de las instituciones sociales que forman la vida de los grandes centros civiles i políticos de este pueblo, constituyéndose en una especie de maquinaria que imprime vida, calor i movimiento á esa inmensa factoría que son las oficinas; Iquique, repetimos, la gran colmena del trabajo, la gran colaboradora de la industria...¹.

En resumen, Tarapacá participaba en el sistema económico internacional y el mundo se incrustaba en su estructura económica, demográfica, de producción cultural y, por supuesto, en la cocina, pública y privada. Los mercados consumidores de salitre, convencidos de sus cualidades y favorecidos por el precio del quintal o, también, curiosos, motivados por las imágenes, los experimentos y consignas de la Asociación Salitrera de Propaganda, retribuían con la moneda del Imperio Británico, libras esterlinas, el esfuerzo productivo realizado. Retribuían, además, los mercados consumidores, con la migración de la población, productos alimenticios, recetas y nuevos estilos culinarios, conocimientos y tecnologías domésticas que se incorporarían y contribuirían a recrear la sociedad tarapaqueña, signándola con los contenidos de la modernidad capitalista.

¹ *El Tarapacá*, 18 de setiembre de 1910.

SOCIEDAD SALITRERA MULTINACIONAL

En Tarapacá convivían y trabajaban hombres y mujeres de 32 nacionalidades reconocidas por el censo de población de 1907. Los habitantes de la provincia registrados alcanzaban a 110 036 personas, 64 915 varones y 45 121 mujeres. En términos residenciales, 50 053 personas (45,4%) correspondía a población urbana y 59 983 a población rural (54,5%). De esta población, el departamento de Pisagua, en el extremo norte del territorio, concentraba 27 910 personas, mientras el departamento de Tarapacá reunía un total de 86 126 habitantes, que representaban el 74,6% de la población de la provincia. En este conjunto, la población chilena se había tornado mayoritaria: 66 262 residentes de los cuales 36 192 eran varones y 30 070 mujeres, y representaban el 60,2% de la población total de la provincia.

Chilenos y nacionales extranjeros se distribuían por los espacios geoeconómicos obedeciendo a sus propios mandatos y aquellos que surgían del capital, el trabajo y la familia. Estaban los nacidos y los allegados; los tarapaqueños de raigambre peruana y los nacidos bajo el incipiente dominio chileno; y la multitud inmigrante. Era por eso Tarapacá un territorio convergente, en movimiento, no solo por el incesante desempeño de las máquinas, del ferrocarril y de las naves que zarpaban sino también por el incesante desplazamiento de su múltiple población.

Esta diversidad nacional se reunía dispuesta a ser organizada por los patrones de reproducción capitalista en un régimen laboral y en un sistema sociocultural que «naturalizaba» las desigualdades y exaltaba la hegemonía de las formas burguesas de sociabilidad. Trabajo, capital, saberes e ideologías fueron movilizados por hombres y mujeres de procedencia multinacional, reproduciendo y diseñando patrones de dominación y resistencia, tejiendo las redes de la sociabilidad tarapaqueña donde habrían de encontrar lugar las experiencias gastronómicas de sus habitantes.

Tarapacá era un «territorio multinacional» de burgueses y trabajadores convocados a manifestar sus cualificaciones en la estructura socioeconómica local, cooperando en la política de «construcción de Estado» y de rentabilización del capital. En retribución, los extranjeros quedaron sujetos al principio de «comunidad de fortuna» (Bendava, 1989, p. 187) de la población local, según el cual el gobierno garantizaba el mismo trato jurídico que brindaba a sus nacionales. El capitalismo salitrero requería para su reproducción de múltiples talentos y cualificaciones que la población tarapaqueña y los residentes chilenos no eran capaces de procurar, y la sociedad estaba compuesta por individuos de diversas naciones, entre ellos ingleses, franceses, italianos, dálmatas, eslavos, griegos, turcos o chinos, además de peruanos y bolivianos (Ovalle, 1908).

Sus conocimientos, capitales y habilidades eran requeridos para dinamizar las actividades productivas, de servicios y de gestión. Esta diversidad étnica y cultural se conjugaba con el desempeño regular de sus profesiones y oficios unidos por la lógica de la ganancia, expresada en la renta, el interés o el salario. El espacio salitrero, instalado en el imaginario de los inmigrantes por la acción de la propaganda de la Comisión Salitrera y de los relatos familiares, de los paisanos y periódicos, formaban parte de la red mundial de puertos y de centros productivos mineros. En ellos se cumplían las oportunidades para la generación de ingresos, el consumo, el ahorro y la remesa.

La transnacionalización del puerto y de la pampa salitrera cobijó la reproducción de diversas prácticas culturales en el ámbito doméstico y en el espacio público. Mientras los empleos se ejecutaban bajo la norma prescrita de calidad y eficiencia, en la vivienda o en la pieza-habitación se ejercía el diálogo con el hogar lejano mediante el habla vernácula y la ejecución de los ritos cotidianos. «Nombrar» las cosas, adorar sus deidades, contar hechos memorables de antepasados, instruir a los hijos en modos de servir y servirse los alimentos, constituían algunos de los momentos de reencuentro de esta población extranjera con su memoria y lugares primigenios. En el espacio público, en cambio, los residentes extranjeros fundaron instituciones, clubes sociales, logias masónicas, clubes deportivos y sociedades de socorros mutuos destinadas a desempeñar funciones prioritarias de representación, sociabilidad y solidaridad mediante las cuales participaban en la sociedad tarapaqueña y se relacionaban con el Estado.

El viajero francés André Bellessoet, que recaló en Iquique en un periplo por América del Sur, describió en 1897 la sociabilidad de los clubes de las colonias residentes poniendo el acento en la comentada afición por la bebida que caracterizaba a los varones de las distintas nacionalidades. Los ritos cotidianos y las formas de diversión que los clubes, sociedades de socorros mutuos y logias organizaron para sus nacionales, fueron luego difundidas y reproducidas por vastos sectores de la sociedad tarapaqueña, haciéndose parte de las prácticas identitarias que acompañarían el siglo XX. La ingesta de té, de hoja y en tetera de loza, la guarnición de arroz, el ceviche, el picante, el consumo de whiskey y la práctica del fútbol se originaron en esta convivencia multinacional.

Esta ciudadanía multinacional contribuyó a la ejecución de la estrategia de dominación del Estado chileno, de rentabilización del espacio tarapaqueño y de transformación de la estructura demográfica heredada de la Guerra del Pacífico. Objetivos estratégicos e intereses de la población extranjera se conjugaron para habitar el territorio urbano y rural, siguiendo las necesidades que la reproducción del sistema socioeconómico señalaba.

PERUANAS Y PERUANOS EN TARAPACÁ

Los residentes peruanos eran 23 564 personas (13 928 varones y 9646 mujeres) que representaban el 39,7% de la población total de la provincia y el 53,8% de la población extranjera. De acuerdo a la división administrativa de la provincia, en el departamento de Pisagua y en el departamento de Tarapacá habitaban 8753 y 14 821 ciudadanos peruanos respectivamente.

Este colectivo tenía un doble origen, estaban los «peruanos tarapaqueños», nacidos tanto durante el dominio peruano como después de 1879 pero habían mantenido la nacionalidad de sus ancestros. En efecto, el gobierno del presidente Domingo Santa María, en el artículo 14 del cuerpo legal que organizaba la provincia de Tarapacá, publicado el 31 de octubre de 1884, ofreció a los ciudadanos peruanos acceder a la nacionalidad chilena o permanecer como peruanos, quienes al manifestar esta voluntad quedaban excluidos de la ciudadanía electoral:

Se declara que son chilenos naturalizados los nacidos en el territorio de Tarapacá i actualmente residentes en él, salvo aquellos que en el término de un año, después de promulgada la presente lei, manifiesten ante la Municipalidad respectiva su deseo de ser considerados como peruanos.

Sin embargo, cuando algún individuo comprendido en la disposición del inciso precedente solicitare en conformidad al artículo 16 el ser inscrito en los registros electorales, adquirirá por este solo hecho, el carácter de ciudadano chileno².

En 1886, en virtud de esta ley, en las municipalidades de Iquique, Pisagua y San Lorenzo habían manifestado su voluntad de mantener la nacionalidad peruana 14 068³ personas, dejando consignada su decisión ante las autoridades chilenas.

El segundo colectivo lo conformaban aquellos «enganchados» en las levassalitreras, que entusiasmados con el trabajo y los ingresos, prometidos o imaginados, migraban temporalmente hacia el territorio salitrero. Los antecedentes censales no permiten establecer una distinción numérica, pues en la memoria del censo se consigna como innecesario preguntar por la localidad de origen de la población extranjera.

Es posible hipotetizar que el colectivo mayoritario de la población peruana que respondió a los empadronadores del censo estaba conformado por los «peruanos tarapaqueños», origen que permitiría explicar el significativo número de mujeres (40,9%), situación que difiere en los demás colectivos migratorios en los cuales la población femenina es significativamente menor.

² Diario Oficial, 31 de octubre de 1884.

³ www.peruan-ita.org, peruanos que optaron por mantener su nacionalidad.

Esta población, sin duda, permite afirmar la vigencia de una vasta red de familias peruanas, cuya decisión identitaria, de fidelidad política y filiación territorial se expresaba en la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos y en el Club Peruano, cuyos ritos y celebraciones contribuyeron forjar la singular sociabilidad tarapaqueña que acompañó los procesos de explotación económica. Como fue característico de las colectividades nacionales, la institución mutual se manifestaba en el ámbito de la educación, a través del Colegio Peruano para Señoritas y en solidaridad ciudadana, mediante la organización de una compañía de bomberos, conocida como la Bomba Peruana N° 10.

En una ciudad donde los incendios iban detrás de terremotos y maremotos en cuanto a destrucción, la compañía de bomberos, fundada a iniciativa del empresario salitrero Juan Vernal y Castro el 16 de noviembre de 1895, distinguía a la comunidad peruana en la multinacional sociedad salitrera. La celebración del aniversario de esta institución en diciembre de 1907 fue ocasión para escenificar el apego nacional y las relaciones de cooperación entre los integrantes de la «aristocracia iquiqueña»:

Con una fiesta brillante y en la que todos los asistentes hicieron lujo de un entusiasmo patriótico, la Compañía de Bomberos Peruana N° 10 celebró el domingo último el 12° aniversario de su fundación.

A las dos de la tarde los voluntarios de esta simpática Compañía, en traje de parada y en correcta formación, se dirigieron al cuartel de la Bomba N° 7 para invitar personalmente a sus compañeros de labor. De ahí ambas compañías se encaminaron hacia el cuartel de la Iberia para invitar, también, a los voluntarios de la N° 1, bomba madrina de la 10°, a un lunch preparado ex profeso. Minutos antes de las tres, las puertas del cuartel de la «Peruana» se abrían para dar paso a las instituciones nombradas y a numerosas personas.

El director de la 10° Alfredo Syers Jones⁴ abrió la sesión solemne, pronunciando en seguida el secretario señor Santiago Ustaris un magnífico discurso en que hizo apología de esa Compañía. Al concluir recordó el nombre de los fundadores y a su memoria formuló un voto de gratitud por haber sido ellos los que echaron los primeros cimientos para fundar esta institución, que hoy descansa en base sólida y segura.

Vino después lo más interesante de la fiesta, la nota culminante, por decirlo, así de esa manifestación. El director de la compañía Tarapacá N° 7 señor Belarmino Arancibia, pide la palabra y dice más o menos: «Señor Cónsul del Perú, señor

⁴ Nacido en Pisagua en 1866, cónsul de Argentina en Iquique, director suplente de la Asociación Salitrera de Propaganda en 1907, comandante general del Cuerpo de Bomberos de Iquique entre 1912-1918.

Director de la Peruana, señores: Cábeme la íntima satisfacción de saludar á los voluntarios de la 10^o en el día de su 12^o aniversario. La compañía que represento hace un deber en enviaros este fraternal saludo y como testimonio de cariño que os profesa me encarga ponga en vuestras manos este presente.»

Al instante es desenvuelta en la mesa una fina tela bicolor que representaba la bandera del Perú. Un aplauso unísono y vivas al Perú y Chile atronó en el recinto. Como valor intrínseco, continuó el señor Arancibia, no es nada; pero créanme, no hemos encontrado un presente más hermoso y...más grande. Sé que para vosotros, como dice el vulgo, este obsequio, «valdrá un Perú»...

Al descubrirse la hermosa y venerada bandera de nuestra patria, sintetizada en el artístico obsequio de la séptima, la banda ejecutó la Canción Peruana.

Habló a continuación el señor Braulio Castro. Basándose en las palabras que monseñor Jara, pronunciara en el templo vicarial á su paso por este puerto, dijo estaba seguro que no tardaría mucho en que peruanos y chilenos se confundirían en un solo abrazo de amistad sincera, eterna.

Aquí fue, el punto final de la grandiosa fiesta, agradeciendo el señor Syers Jones la presencia de todos. El lunch fue espléndido y los licores de las mejores marcas⁵.

La Sociedad Peruana de Socorros Mutuos cumplía tres funciones fundamentales: permitía la vigencia de una autoridad social peruana elegida por sus compatriotas que participaba en las actividades locales representando los intereses y necesidades materiales de sus compatriotas; integraba una comunidad de personas que se reconocían peruanos y compatriotas, afirmando su identidad frente al Estado chileno, en convivencia con las diversas nacionalidades que compartían el territorio; finalmente, era una institución solidaria, que practicaba la ayuda caritativa con los socios apremiados por enfermedades, desgracias económicas o desempleo.

Dadas estas funciones, la Sociedad de Socorros se expandía por el territorio departamental mediante filiales organizadas en las más importantes oficinas salitre-ras, pueblos y aldeas agropecuarias, donde un «delegado», representaba a la directiva asentada en Iquique. De acuerdo a esto, los peruanos residentes estaban organizados en las siguientes localidades: Estación Central, Alto San Antonio, Salitrera Alianza, Oficina Camiña, Oficina San Jorge, Oficina Santiago, Oficina Tres Marías, Oficina Zapiga, Oficina Virginia, Oficina Cóndor, Oficina Santa Lucía, Oficina Peña Chica, Oficina Lagunas, Negreiros, Huara y Caleta Buena.

⁵ *El Nacional*, 10 de diciembre de 1907.

La Sociedad de Socorros Mutuos tenía en Pica una institución de características singulares: la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos de Señoras de Pica, presidida por Laura B. de Morales Bermúdez:

Falta hacía en Pica una institución de señoras, que procurara la armonía, la unión entre las familias de este pueblo. Felizmente ya existe y en un pie bastante halagador para nuestro patriotismo.

Al formarla, su fin ha sido desterrar la miseria de los hogares pobres, y se ha conseguido probar, que no solo los pueblos grandes son capaces de sostener instituciones benefactoras; también en Pica con ser tan pequeño puede con el esfuerzo de sus hijos, mantener asociaciones que son un timbre de orgullo para nosotros, y gloria para nuestra recordada patria⁶.

Ambas ramas, masculina y femenina, desplegaban actividades sociales y culturales en las aldeas agropecuarias, oficinas salitreras y el mineral de Collahuasi, mediante las que se manifestaban en el espacio público, la «peruanidad», vocación identitaria que se rebelaba a sucumbir, que sostenía vivencialmente a la sociedad del oasis, a la mayoría de los habitantes de la subdelegación. Las funciones ejecutadas por la Sociedad alcanzaban una dimensión superior en el espacio salitrero y en las aldeas agropecuarias, en donde la autoridad del Estado era precaria y «policializada».

La Sociedad de Socorros Mutuos ejercía para sus integrantes las funciones básicas del Estado. Mediante ella se reconocían, formando parte y siendo acogidos, representados y auxiliados por un sujeto colectivo que significaba el bien común, que encarnaba la patria que los vinculaba con la biografía de las familias tarapaqueñas, originadas en la Colonia, insertas en la historia del «espacio peruano». La actividad simbólica más importante era la conmemoración del día de la Independencia, el 28 de Julio, ocasión en que se desplegaban las estrategias de construcción de la identidad nacional, donde la palabra expresada en discurso y poesía era el vehículo de reconstrucción de la comunidad política y de manifestación de emociones filiales.

Otras de las actividades importantes eran las erogaciones voluntarias, mediante las cuales empresarios, profesionales y trabajadores peruanos colaboraban en las campañas de solidaridad que se realizaban en el Perú. Los «pesos y chauchas» recaudados eran el medio para demostrar la fidelidad a la patria, la voluntad de perseverar en la vigencia de la comunidad peruana tarapaqueña. Era un medio para insistir en que se consideraban parte integrante de la sociedad peruana. Un ejemplo de estas iniciativas y de sus contenidos ideológicos es la colecta que realizaron las mujeres peruanas tarapaqueñas en 1903, destinada a reunir dinero para contribuir a la compra de una nueva embarcación para la Marina de Guerra.

⁶ *La Voz del Perú*, Iquique, 1 de mayo de 1907.

En el acto de conmemoración de la independencia, César Bernales Lastaunau, presidente de la Junta Patriótica, señalaba en su discurso:

Apenas se lanzó en el Perú, hace pocos años la patriótica idea de coleccionar fondos para una nave de guerra que viniese á aumentar nuestra pequeña escuadra, le correspondió a la provincia de Tarapacá acogerla preferentemente; y bien sabeis la admiración que causó en todo nuestro país, cuando se supo que el donativo de esta provincia superaba en gran cantidad á los obtenidos en el Perú entero.

Doble mérito lleva, pues, á lima el óvalo coleccionado por las compatriotas del Mariscal Castilla. Ellas, dejando a diario las labores domésticas; dando tregua á los cuidados del hogar, del que son ángel custodio y timbre que le honra, mostrándose diligentes, activas y abnegadas, han colaborado á la grande obra con una decisión y constancia que las enaltece y enaltecerá siempre á los ojos del país todo (Sánchez, 2006, p. 25).

La sociabilidad de las antiguas familias de Pica se verificaba en torno a la mesa y sus preparaciones, según el calendario civil, religioso o familiar. Entonces, la producción doméstica y los productos importados se reunían en los platos y bebidas de la culinaria tarapaqueña para solemnizar el agasajo.

Cuentan que cada 28 de julio se reunían los varones de las familias patricias en casa de los Olcay, los Loayza, los Arroyo y los Ceballos. Concurrían vestidos de gala: sombrero y cuello duro, corbata de seda y bastón. Previo, temprano por la mañana, con recogimiento y orgullo altanero habían izado en el frontis de la casa familiar el pabellón tricolor que, solemne, velaba el transcurrir de la jornada conmemorativa.

Los peruanos de Pica se congregaban para celebrar una eucaristía laica, de comida criolla, bebidas espirituosas y estudiantina. En la casa celebrante, según la preferencia culinaria, se cocinaba para servir a los invitados el plato totémico familiar. En la residencia de la familia Olcay, situada en las alturas de «El Resbaladero» se preparaba «puchero». La antigua y vigente pertenencia se agasajaba trayendo a la mesa la carne tierna, papa, cebolla, zapallo, choclo, zanahoria, porotos verdes, y la col, que en porciones generosas se servían fríos junto a una guarnición de arroz hervido, coronado por una estela cremosa de ají amarillo y cebolla, mientras se brindaba con vinos y licores fabricados en los lugares familiares del oasis. Cuentan que al atardecer, cuando los caballeros volvían a sus moradas reconfortados con los platos y libaciones se oía por las calles y entre los callejones de las chacras, ¡Viva el Perú!, afirmativo e identitario.

El día de San Andrés, Santo Patrono de Pica, era también ocasión para la reunión de las familias en torno a los platos predilectos, expandiéndose el menú cotidiano, consistente en sopa y segundo, gracias a la ensalada fresca que abría el almuerzo

y el dulce postre, arroz con leche, leche nevada o maicena acanelada con fruta de la estación que culminaba el disfrute. Mientras en el parabién del pueblo, en los términos de la banda, el alférez ofrecía a la multitud reunida chicha de maíz, cuyo «destape» en los días anteriores a la fiesta ya auguraba las bondades del brebaje preparado por la familia y amistades del alferazgo.

Antes de comenzar a brindar por San Andrés, la alegría señorial del cachimbo y el garbo de los danzantes habían señalado el inicio de la celebración que renovaba el lazo ideológico que había forjado la comunidad de Pica en la fase temprana del coloniaje.

LA PROVISIÓN DE ALIMENTOS

El sistema alimentario proveerá de productos naturales y elaborados a las diversas cocinas, públicas y privadas, que mediante complejos o burdos procedimientos satisficieron los múltiples estilos culinarios que convivían en la sociedad salitrera para que el apetito de los comensales fuera atendido en las diferentes jornadas ordinarias o en los días de fiesta, en el banquete burgués o en la conmemoración de las asociaciones obreras.

Un cronista colonial, Antonio Álvarez y Jiménez, en 1792, y el naturalista inglés Charles Darwin, en 1835, habían observado la dotación de recursos y la estructura económica local, concluyendo que el abastecimiento externo determinaba la seguridad alimentaria de los habitantes de Tarapacá, relación que se mantendrá durante el ciclo salitrero. Quizás la extensa travesía en el «Beagle» condiciona la comparación de Iquique que el científico inglés describe en su obra:

Sus moradores viven como si se hallaran a bordo de un navío; todo hay que hacerlo venir de una gran distancia; se trae el agua, en buque desde Pisagua, situada a unas 40 millas (64 km.) al Norte y se vende a 4 chelines y 6 peniques el tonel de 18 galones...De igual modo se está forzado a importar la leña y asimismo todos los alimentos...⁷

Siendo de este modo, el abastecimiento indispensable para satisfacer el gusto de la multitud comensal se originaba en seis mercados de producción, que al igual que el sistema de explotación salitrera articulaban los procesos económicos locales con el flujo internacional del comercio y las dinámicas globales del capitalismo:

- Las aldeas agropecuarias de la provincia, especializadas en la producción de hortalizas y frutas y bebidas alcohólicas.

⁷ www.memoriachilena.cl/mchilena, Charles Darwin: Viaje de un naturalista alrededor del mundo. 01//temas 20.05.08.

- La industria alimenticia provincial, proveedora de bebidas alcohólicas, gaseosas, farináceas y productos azucarados.
- El litoral de Tarapacá, cuyos pescadores contribuían con peces y mariscos.
- El mercado urbano y agropecuario de la zona centro-sur de Chile, que aportaba principalmente alimentos cárneos, lácteos, bebidas alcohólicas, farináceas y grasas.
- El mercado sudamericano de productos alimenticios que exportaba a Tarapacá alimentos cárneos, farináceas, azucarados, especias y productos estimulantes.
- El mercado europeo, exportador de productos agroindustriales, cárneos, lácteos, bebidas alcohólicas, farináceos, grasos, alimentos azucarados, especias, condimentos, salsas, aderezos y vinagres.

Esta identificación de los centros de abastecimiento nos revela, también, el destino de parte de los excedentes que generaba el esfuerzo productivo de la provincia, que mediante el consumo se distribuían favoreciendo a los productores locales, agrícolas e industriales, y a los terratenientes de las provincias agrarias que habían conquistado un mercado cuyas conductas culinarias predominantes podríamos calificar de «voraces» y «sedientas».

De igual modo, la riqueza generada permitía establecer circuitos alimentarios, marítimos y terrestres que contribuían a dinamizar los emprendimientos que se verificaban en los países sudamericanos. Finalmente, las importaciones de alimentos manufacturados desde los almacenes de ultramar, permitía incrementar la «captura europea» de la renta salitrera, la inserción del consumo alimentario tarapaqueño en el flujo mundial de productos alimenticios que dominaban las casas exportadoras de Londres, Barcelona, París, Hamburgo y Milán.

Para los efectos de este trabajo comentaremos solamente las características de las aldeas agropecuarias y del mercado sudamericano por su relevancia para considerar la relación comensal entre chilenos y peruanos.

LAS ALDEAS AGROPECUARIAS

La cultura tarapaqueña de raigambre colonial se manifestaba en las aldeas y caseríos de la pampa del Tamarugal, la sierra y el altiplano, desde donde se concurría al mercado urbano y salitrero aportando mano de obra, productos agrícolas y ganaderos, procesos que permiten la redistribución departamental de una porción de la riqueza generada en la explotación minera. Eran también centros de reposo y conexión

de las vías terrestres internacionales, por donde afluían, con el mismo destino, los hombres y las mujeres «enganchados» en las ciudades y caseríos agrícolas bolivianos, en los valles calchaquíes de Salta y Jujuy y desde Arequipa. Con ellos, marchaban y circulaban por estas aldeas la hoja de coca, las manufacturas, el robusto vacuno argentino y el ganado caprino de los pastores bolivianos.

Estos residentes manifestaban la pervivencia de la población tarapaqueña originaria, cuyos antecedentes parentales se asentaban en la sociedad colonial en un proceso de mestizaje verificado en torno a la producción agropecuaria y minera, la oración devota, el tráfico intervecinal de productos y los generosos mostos de San Antonio de Matilla. Eran los herederos de una tradición productiva que tenía en Basilio de la Fuente, el más importante empresario tarapaqueño del siglo XVIII, hacendado, minero y autoridad política, uno de sus más destacados exponentes, quien junto a sus pertenencias en Huantajaya poseía tierras de «pan», viñas e importantes planteles frutales que revelaban la temprana presencia de estos cultivos en el tráfico mercantil y en la dieta tarapaqueña:

El geógrafo chileno Enrique Espinoza incorpora la provincia conquistada al territorio intelectual del Estado chileno, informando minuciosamente de la dotación de recursos naturales, actividades productivas y comerciales que se desarrollaban en las distintas «zonas» que distingue en el territorio tarapaqueño, situando las actividades agrícolas entre los contrafuertes cordilleranos y la Pampa del Tamarugal: la agricultura está reducida a los pequeños sembrados en puntos donde se dispone de terreno vegetal, principalmente en los pueblos situados en las quebradas de la cordillera; pues en las de Camarones, Camiña, i Aroma, se hacen sembrados de trigo, alfalfa, cebada, maíz, papas, verduras. Se produce también, algodón, i la caña de azúcar... (Espinoza, 1897, p. 751).

El estudio que realiza este autor permite distinguir la producción principal de viñas viníferas, árboles frutales (mangos, granados, higueras, guayabas, peras, membrillos), alfalfa, maíz, trigo y verduras. Mientras, en el altiplano la economía campesina aimara se orientaba hacia una ganadería extensiva de camélidos que participaba del proceso económico predominante. A esta producción agropecuaria se agregaba la industria vitivinícola, cuyas plantaciones de la uva se extendían en 3700 hectáreas, según describe Guillermo Billinghurst:

La vid es el principal y casi único cultivo de Pica y de Matilla. Las pequeñas haciendas de ambos lugares producen anualmente de 10 000 á 12 000 botijas de vino generoso, muy parecido al vino de oporto. Los terrenos secos, ligeros y areniscos de Pica y sus alrededores no pueden ser más apropiados para el cultivo de la viña (Billinghurst, 1886, pp. 103-104).

Esta producción era mayoritariamente transformada en vino mediante un rito de canto y brinco, acompasado o frenético, inaugurado durante la dominación colonial y vigente durante los años salitreros. Según describe el arqueólogo Lautaro Núñez Atencio, luego de tres años de crecimiento soleado, las parras viníferas eran cosechadas en el mes de febrero, mientras que en mayo y junio se hacía con aquellas destinadas a la fabricación de oporto. El proceso de elaboración comenzaba depositando los racimos sobre esteras para que el peso hiciera efecto, destruyendo los granos y permitiendo escurrir el primer caldo o lagrimilla. Luego, se iniciaba la pisa:

con cuadrillas que se sometían a las órdenes de un ingenioso Guayruro, quien con una vara de granado en mano improvisaba los versos y cantos del lagar. Comenzaba con un cadencioso y suave canto de Yajalayajai, para apurar con guaynito y finalmente un ritmo brincador que aceleraba el escurrimiento y las caídas de aquellos que no se tomaban de las manos.

Era solo un día de fiesta plena, en donde toda la tradición valletera salía también a borbotones, como los caldos del lagar a la piquera menor, acumulándose una gruesa masa que rodeaba con cimba de paja trenzada, hacia donde descendía la viga que, como gran palanca, apretaba hasta el orujo. Los caldos del lagar y de la piquera seguían a la piquera más baja, desde aquí a las botijas hechas allí, en la antigua Botijería de los Morales, con sus inscripciones de santos populares y años coloniales. Así, a boca abierta fermentaban entre 8 a 10 días, para luego sellarlas con tiza y breá... Se debía esperar cerca de dos meses para su apertura y trasvasije en barriles, aunque se mantenía en fudre y botijas. Si el sello era un rito de esperanza, el destape y la prueba era el himno de la consumación que se compartía entre todos... (Núñez Atencio, 1985, p. 160).

EL MERCADO SUDAMERICANO

Las economías vecinales reaccionaron también a los estímulos que generaba el incremento de la demanda de productos alimenticios en el mercado urbano y pampino. Nuevamente la concentración poblacional, los ingresos monetarios y la diversidad de estilos culinarios provocada por la explotación minera reactivaban los flujos comerciales inaugurados cuando las minas de plata de Cerro Rico en Potosí determinaron el comportamiento de las actividades económicas virreinales. Los sistemas de interacción mercantil y de transportes que habían construido el «espacio peruano», nuevamente operaban para articular la circulación de capitales financieros y productos que por vía marítima o mediante el arrieraje abastecían desde San Paulo, Guayaquil, Cochabamba, Arequipa, Tacna, Salta y Tucumán.

Los sistemas productivos regionales de Perú, Bolivia, Argentina, Ecuador y Brasil se habían integrado en la economía mundial mediante la exportación de productos agropecuarios, principalmente, café, bananas, cacao, caucho, azúcar, trigo y ganado vacuno. Como en el salitre, el crecimiento de los estados capitalistas centrales condicionaba la «articulación subordinante» de estos países con las «economías atlánticas» (Halperin, 2002, p. 55), proceso en el cual las exportaciones se habían convertido en la fuente principal del crecimiento de la renta nacional. En este contexto, desde las haciendas de productos tropicales y las estancias ganaderas y cerealeras, una fracción menor de la agricultura comercial de los países vecinos se orientó hacia el mercado salitrero, que experimentaba la expansión de los comensales y la constitución de una masa monetaria que permitía sufragar los costos del tráfico comercial.

El sistema alimentario heredó los centros tradicionales de abastecimiento que operaban durante la soberanía peruana del territorio tarapaqueño, cuyas relaciones de intercambio se reestructuraron cuando las oportunidades de negocio se mostraron gananciosas. Desde Chiclayo, el Consulado de Chile informa al Ministerio de Relaciones Exteriores el movimiento comercial que se registraba en la «ciudad heroica», destacando las exportaciones a Iquique de 147 280 kilos de arroz y 13 000 toneladas de azúcar, realizadas entre el 1 y el 30 de abril de 1906⁸. Por su parte, desde el puerto de Eten, en Lambayeque, en 1906 se embarcaron 243 650 kilos de arroz y 621 de maní⁹. En el límite septentrional y provisorio, el Resguardo de Frontera de Sama registraba el ingreso de ganado, alcanzando en 1907 un total de 3546 vacunos machos con destino a los mataderos y camales de la provincia salitrera. Tacna, entonces regida por la administración político-militar chilena, contribuía con la remesa de cigarros, indispensable asistente en el aperitivo y la sobremesa, de copas en el Club, la Filarmónica o la cantina, entre las damas o de juerga, cuando fumar era un placer:

Los flujos del comercio marítimo permitían también que desde el puerto de San Salvador de Bahía, en el noreste de Brasil, las haciendas tropicales embarcaran hacia Iquique cacao, café y cigarros, según comunicaba el Consulado en diciembre de 1906¹⁰. El diario «La Patria» informaba en 1910 el expendio de café, «Brasileña», valorados en el aviso como: «entre los mejores del mundo». Regocijo provocaba en el bebedor, la taza de café, negro o con leche, al iniciar la jornada, luego del almuerzo o cena, mientras, en la diestra, quizás, un puro ascendía convertido

⁸ Diario Oficial, N° 8.744, 8 de marzo de 1907

⁹ Diario Oficial, N° 8.870, 8 de agosto de 1907.

¹⁰ Diario Oficial, N° 8.864, 1 de agosto de 1906, Informe del Ministerio de Relaciones Exteriores, Consulado de Chile en Bahía.

en humo. El chocolate, hijo del cacao, caliente y oloroso al desayuno, en días hábiles o festivos, era una ofrenda en la celebración navideña y aliado del regocijo infantil, cuando: «... en la mañana al levantarse, tienen ellos el chocolate servido en la mesa, acompañado de sus indispensables juguetes»¹¹.

Las vinculaciones comerciales y sociales con territorio noroeste argentino practicadas durante la explotación de los yacimientos de plata de Huantajaya¹² se revitalizaron cuando la demanda de carnes rojas y frescas de los comensales tarapaqueños arribó hasta las haciendas ganaderas de Salta y Jujuy, especializados en la «producción de ganado vacuno gordo y con pezuñas endurecidas» (Conti, 2002, p. 121), lo que permitía su exportación en pie por los pasos escabrosos de la Cordillera de los Andes. La Superintendencia de Aduana informa que en 1907, este tráfico, según el Resguardo de Frontera de San Pedro de Atacama, registraba el ingreso en múltiples arreos, de 19.604 machos vacunos¹³, con destino a Tarapacá para beneficio, comercialización y deleite.

La estructura económica organizada en los valles de Cochabamba durante las últimas décadas del siglo XIX orientó la circulación de sus productos transables a través de circuitos mercantiles que le permitían competir gracias a su oferta de harina de trigo, harina de maíz, maíz en grano y frutas, además de azúcar y arroz originarios de Santa Cruz de la Sierra, en los mercados de Oruro, La Paz, el sur peruano y la Provincia de Tarapacá. En el desempeño del comercio exterior boliviano, Tacna ejercía como un nodo, cuya burguesía comercial procesaba los requerimientos de los mercados de vertiente suroccidental, serrana y costera, vinculándolos con la oferta de productos agrícolas y manufactureros de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz. Los lazos sociales y mercantiles y la administración de las vías de transporte altiplánico le permitían desempeñar esta triangulación comercial, mediante la cual se abastecían también los comerciantes de Tarapacá.

Las casas comerciales de Iquique y los pueblos de la pampa, que albergaban el mundo en sus escaparates, eran el destino final del comercio global alimentario, que ofrecía sus productos a la multitud diversa de clientes, cuyo apetito y costumbres nutritivas transformarían en comidas frías o calientes, desayuno almuerzo, *lunch*, cena o banquete.

¹¹ *El Nacional*, Iquique, 25 de diciembre de 1900.

¹² El padre del Mariscal Ramón Castilla y Marquezado, nacido en San Lorenzo de Tarapacá, era originario del Virreinato del Plata.

¹³ Superintendencia de Aduanas. Estadística comercial correspondiente al año 1907.

LAS CADENAS DE DISTRIBUCIÓN DE LOS ALIMENTOS

El territorio tarapaqueño estaba estructurado mediante una red jerarquizada de asentamientos industriales, portuarios, residenciales y de servicios, conectados mediante vías de transportes y comunicaciones que enhebraban los espacios geoeconómicos de la provincia y facilitaban la circulación de flujos de cargas, pasajeros y productos culturales. Por su parte, la interacción con los mercados mundiales y la zona central de Chile se verificaba a través del «movimiento continuo de modos de transportes y el accionar de operadores de comunicaciones» (Solari, 1985, p. 15), los cuales contribuían a garantizar la reproducción de las actividades económicas y el sistema de gestión gubernamental.

La distribución física de los productos alimenticios se realizaba mediante un sistema logístico que procuraba optimizar la movilización y almacenamiento de las cargas en el espacio internacional, nacional y provincial, desde los centros de compra hasta el lugar de consumo. El principio que guiaba este movimiento, según enseña el ingeniero peruano Alberto Rubial Handabaka, era «transportar el producto adecuado en la cantidad requerida al lugar acordado y al menor costo posible» (Rubial, 1994, p. XIII), mediante la interrelación de los modos de transporte marítimo, ferroviario y carretero.

Los operadores logísticos principales en el territorio de Tarapacá eran las grandes bodegas importadoras, que realizaban las actividades de compra y distribución, mediante las cuales gestionaban los flujos físicos y de información acerca de los mercados, situación que les permitía planificar y ejecutar los aprovisionamientos y transportes, almacenaje, organización de los pedidos y el transporte de distribución dirigido al cliente final. El *Anuario* de 1907, publicado por la editorial Zig-Zag, reconocía en Iquique veinticinco «casas importadoras» que gestionaban los instrumentos del comercio exterior, vinculando mediante sus operaciones logísticas los requerimientos locales y la oferta global de artículos alimenticios (p. 357). Entre estas casas comerciales destacaban Juan Brain, Tomás Capella, Manuel Chinchilla y Compañía, Gildemeister y Compañía, Lockett Bros. y Compañía, Inglis, Lomax, Wing Chong Tay, Macchiavello, Harrington Morrison Mitrovich, Malinarich Hermanos, Enrique Zanelli, Clarke, Bennet y Schiavetti Hermanos, entre las más relevantes. El cronista Juan de Dios Ugarte nos informa al respecto:

La distribución de los productos continuaba desde los almacenes de la pampa, en proporción directa a la concentración de la población y la complejidad de las funciones político-administrativas de las localidades. En estos mostradores reposaban los artículos, ordenados según la voluntad del propietario, después de sus diversos viajes, listos para ser transferidos al comerciante, mayorista, minorista o al consumidor, que había depositado el valor establecido en dinero de curso legal

o mediante ficha pulpera. Entre cuyos propietarios destacaban inmigrantes españoles, croatas, italianos, chinos y antiguos tarapaqueños que habían encontrado una oportunidad de inserción en la economía salitrera mediante el negocio de la compra y venta de alimentos, bebidas, vestuario y utensilios domésticos.

De este modo, se manifiesta la relevancia del comercio detallista en el sistema alimentario de Tarapacá, fenómeno que se inscribe en el proceso que Jack Goody (1995) caracteriza como la «revolución del mercadeo» (p. 21), verificado en las economías capitalistas y asociado a la industrialización de los alimentos. Estos almaceneros fueron responsables de la distribución masiva y doméstica, facilitando el acceso de los comensales a los productos esenciales y suntuarios. Importante es el desempeño de este comercio en facilitar el acceso de la clase obrera a los productos alimenticios manufacturados, nacionales e importados, así como a las prendas de vestir, telas y artículos para el hogar. Instalados en las esquinas del barrio, en Iquique, o en la calle principal de la estación de ferrocarril, del pueblo salitrero y aldeas agropecuarias, facilitaron la adquisición y modificación de los hábitos alimentarios. Capturaron y procesaron la demanda, poniendo a su disposición una canasta multinacional de productos para comer, beber, fumar, vestir, alhajar. Para «ser reconocidos», «marcar pertenencia» y «darse el gusto».

Los hechos revelan que el sistema alimenticio cumplía la función que permitía, en medio de alzas de precios y bajas del cambio, el abastecimiento regular de las casas comerciales, pulperías y cooperativas. Sin embargo, los trabajadores pampinos sentían amenazada la provisión cotidiana de los alimentos indispensables, no por la falta de empleo o interrupción de las cadenas logísticas de abastecimiento, sino por la codicia rapaz de los empresarios salitreros, tanto en el sueldo, reducido, en las faenas, acechados por la muerte y en la pulpería, donde peligraba la regularidad y la sustancia de las cuatro comidas diarias.

LOS ESTILOS CULINARIOS

Los habitantes de Tarapacá, en el ámbito privado, sostenían el esfuerzo cotidiano mediante la ingesta de alimentos, locales, nacionales y extranjeros, a través de la ejecución de procedimientos diversos de preparación, conservación y consumo que manifestaban las distintas pertenencias culturales, los diversos orígenes territoriales y de clase social. Estos comensales establecían relaciones con los alimentos condicionadas por su formación culinaria y estilos de convivencia y de socialización prevalecientes en los espacios geoeconómicos de asentamiento. La disponibilidad, frecuencia o elección de los productos naturales o manufacturados reflejaba la cultura originaria y la posición en la estructura social de la sociedad salitrera.

Al respecto, el filósofo Humberto Giannini sostiene que la comunidad humana ocurre en la «comunidad de una lengua»...en la entrega de un mundo a través de los significados que transitan y se modifican en la circulación cotidiana de las palabras». En la cocina interactuaban los significados culinarios, los aromas y sabores de las sociedades históricas. Mientras se preparaban los alimentos, en la habitación acondicionada, el rincón de la pieza, o en el lugar común del conventillo, junto al fuego propicio, las madres, abuela o la tía criadora instruían a las nuevas tarapaqueñas en los hábitos y prácticas gastronómicas, cancelando en esta práctica la «deuda de humanidad» con la generación que adviene, ejercicio indispensable para la continuidad de las comunidades históricas (Giannini, 2007, p. 58). En dicho proceso se «templaba la mano» y se instruía el olfato de las cocineras que sostendrían con su talento y «buen gusto» las múltiples trayectorias vitales de los comensales tarapaqueños.

Las cocinas nacionales convivían como un elemento de funcionalidad fisiológica y social, por cuanto representaban valores y costumbres, junto con cuestiones morales de prestigio y poder social que permitían la inserción de los distintos colectivos en la sociedad de producción capitalista. La olla era un catalizador que contribuía a la reunión de los iguales en tierra extranjera, posibilitando el diálogo y la cooperación entre los paisanos mientras se mantenía la comunión con la patria lejana. Generaba, puertas adentro, vigor identitario y fuerza física para participar en el escenario multicultural: ¿Y cómo no ser una ciudad admirable cuando en ella imperan las costumbres peruanas y las de los elementos europeos que la invade? ¿Cómo no ser ciudad singular para nuestros dignos connacionales venidos de Santiago y otros pueblos? (Ovalle, 1908, p. 16).

En la pluralidad cultural de la sociedad salitrera, reconocida por el cronista Francisco Javier Ovalle, destacaban la cocina francesa y las vertientes culinarias de los colectivos nacionales principales, chilenos y peruanos, mayoritarios en los puertos, oficinas y pueblos de la pampa. En dichas vertientes se alojaban las cocinas territoriales, cuya pluralidad contribuye a explicar la diversidad de los abastecimientos y de las preparaciones servidas en la mesa pública y privada y consumida según reglas prescritas de comportamiento.

LOS CHILENOS EN LA MESA

Antes que la bandera y la soberanía política, expresada en normas jurídicas y control estatal, fue la comida el primer producto cultural chileno implantado en Tarapacá. Los gustos y hábitos alimenticios viajaban en la memoria y el paladar de los peones y proletarios que habían decidido emigrar hacia la provincia peruana de Tarapacá, superando el territorio boliviano de Antofagasta, para incorporarse a la construcción

de los ferrocarriles, faenas salitreras, actividades portuarias y extracción del guano. Junto a su vocación de aventura y sus escasos bártulos, portaban también las formas de cocinar y degustar que se reproducían entre los pobres del «valle central de Chile». Habían abandonado la sujeción de la hacienda o patronal, pero no dejaban atrás ni la cazuela, la chicha, el charquicán o el puchero.

De este modo, el sustento alimentario, que enclavaba sus orígenes en la sociedad colonial, fue decisivo en el proceso de formación y desarrollo de la clase obrera, y en la proletarización de los pobres del campo y de las villas urbanas que vinieron al norte enganchados, reclutados por el ejército o como inmigrantes solitarios decididos a ganarse la vida en el territorio extranjero que años más tarde devendría en nueva frontera. El historiador Diego Barros Arana caracteriza la condición física de estos proletarios comparándola con la reciedumbre del material que sostenía la cultura industrial dominante: «Los trabajadores chilenos establecidos en la provincia peruana de Tarapacá, i en todo el sur de esta república, eran en su mayor parte trabajadores de una constitución de fierro...» (Barros Arana, 1979, p. 70).

La construcción del Estado chileno en el territorio conquistado provocaría la migración organizada y voluntaria de tecnoburócratas y profesionales que administrarán los servicios públicos y los cuerpos legales que sustraerán a Tarapacá de la tradición jurídico-política peruana, para instalarla como «caja fuerte de la República» al servicio de la acumulación y el despilfarro oligárquico. Este contingente urbano, ilustrado y «aspiracional», en el que participarán también comerciantes y artesanos, incorporará nuevos hábitos y recetas al repertorio alimentario originado en los salones, bares, restaurantes, salones de té y banquetes de la sociedad porteña y santiaguina. De este modo, las distintas corrientes migratorias de peones y tecnoburócratas trajeron la cocina chilena del siglo XIX, cuyas vertientes originarias identifica el historiador Eugenio Pereira Salas:

La cocina chilena es el resultado de tres tradiciones culinarias que se funden y dan vida a la llamada «cocina criolla». Son estos aportes: la tradición indígena, que se hizo sentir en las materias primas aprovechadas; la herencia española, es decir los hábitos gastronómicos, y los usos y costumbres que trajeron los conquistadores; y por último, la influencia extranjera, en especial, la influencia de la maestra suprema de este arte como ha sido Francia (Pereira, 1977, p. 14).

En la mesa de los proletarios los alimentos convocaban ingredientes y preparaciones de las matrices indígena e hispana, cuyos platos preferidos y recurrentes eran cazuela, charquicán, porotos guisados y el puchero. Estos platos, surgidos durante la convivencia colonial, expresaban la predilección por lo cocido en la cocina criolla, en cuyos recipientes compartían la cocción productos vegetales y cárneos: papa, zapallo,

cebolla, poroto verde, frejoles, choclo, junto a diversos cortes de vacuno, cordero o charqui. Siempre estaba el ají o el rocoto para sazonar y acentuar la fortaleza gustativa de las preparaciones. En ellos predominaban los componentes desmenuzados, en trozos pequeños o tiras, el aroma dulzón y los colores ocre y claros.

Un poeta anónimo publicó en el periódico *El Pueblo*, en marzo de 1900, bajo el seudónimo de «El Chilenito», la «Oda a los porotos», cantando alabanzas a sus bondades alimenticias justamente apreciadas por los obreros y censurando el rechazo aristocrático de su ingesta. Divertido ante el ocaso, manifestaba su preferencia por abandonar el mundo junto y a causa de los porotos:

*Suculento poroto,
Alimento eficaz del pobre roto
¿Pensaste tu algún día
Que un vate, aunque infeliz, te cantaría?
Nadie, nadie de ti se compadece,
¡Oh, ingratitude traidora!
Ningún poeta su laúd te ofrece
Y hasta el menor hambriento te devora;
Mas, yo cantarte quiero,
Aunque este de las musas maldecido.
Los porotos, señores
Según lo afirmo yo y otros doctores
Son el plato preciso y necesario,
Del gañán, del obrero
Que sandio y altanero
Desprecia el opulento millonario.
¿Qué fuera de los rotos
Si acaso no existieran los porotos?
(González, Illanes & Moulián, 1998, p. 77)*

El bistec representaba la preeminencia de la carne de res en la dieta proletaria, como aspiración y materialización de un buen pasar. Esta preferencia se habría originado en las haciendas dieciochescas, cuando las exportaciones de cuero, sebo y cordobanes aumentó la oferta de carne en las haciendas ganaderas del Reino de Chile, generándose las condiciones para la masificación del consumo entre los sectores subalternos de la sociedad colonial. Hermanada junto a los vegetales, en preparaciones complejas, era parte integrante del «plato de fondo», cuya ausencia reiterada era señal de que la carestía se había instalado en la mesa. Más simple en la preparación, el bistec, trozo fresco, asado o frito en aceite o grasa, que podía emanar

aromas de ajo y cebollas, servido en plato grande, demostraba con su tamaño la abundancia, que se podía sufragar en efectivo o mediante ficha.

Compañeros indispensables de los platos eran las bebidas alcohólicas y aromáticas, servidas en la mesa, compartidas en la cantina, filarmónica, en la casa o pieza donde los varones y damas se reunían en tertulia. El vino, chicha, cerveza, té, hierba mate y el café, sin olvidar las agüitas de hierbas, formaban parte de los actos alimenticios y de juerga. Los días de pago eran especialmente propicios para gastar en comida, bebida y sexo, también en juegos, en un singular universo de sociabilidad entre fiesta y pendencia.

Instalados en Tarapacá los agentes del Estado, profesionales y empresarios experimentaron un ascenso social respecto del lugar que ocupaban en la estructura social en Santiago, Valparaíso y otras ciudades agrarias. Seguían gestionando sus conocimientos y administrando capitales reducidos, pero en Iquique los puertos y pueblos salitreros se incorporaron en la dirección de la sociedad salitrera, puesto que con su desempeño garantizaban el funcionamiento de la máquina estatal y de las funciones socioeconómicas que posibilitaban los negocios. Las fiestas cívicas, competencias deportivas, junto a la convivencia en el club y en los banquetes escenificaban la interacción subalterna de esta clase media con la aristocracia que administraba la acumulación salitrera. En los eventos públicos compartirían los usos y los estilos de los que dictaban; también lo que se debía comer y beber en la sociedad local, mientras en sus residencias se imponía el repertorio criollo, con insumos de mejor calidad, de preparación cuidada, acompañada de vinos de familia, y licores importados. Pescados, mariscos y aves de corral se incorporaban en la dieta, difiriendo al respecto con el menú primordialmente de tierra de los proletarios.

Los periodistas iquiqueños Osvaldo López y Nicolás Polo publicaron en 1903, bajo el seudónimo de «Juanito Zola», la novela *Tarapacá*, en cuyas páginas describen y critican la sociabilidad dominante de la aristocracia salitrera, mientras exaltan la germinal voluntad de organización reivindicativa de los trabajadores. En el esfuerzo por manifestar las injustas diferencias que sustentaban la estructura de poder, los autores destacan la abundancia en la mesa burguesa, ejemplificada en el servicio de almuerzo que el abogado Carlos Baeza ofrecía a Luis Mollo, sobrino emigrado desde Santiago en busca de fortuna, luego de una entusiasta noche de copas en el Club de La Unión:

Sobre el blanco mantel, se veían las suculentas viandas con que los aristócratas regalan ese exigente caballero llamado paladar. Lenguas de erizos, amarillas y bien gordas: rabanitos de la «Quinta Rojas»; queso Gorgonzola, de rojas cáscara; anchoas al natural, apio pelado, mantequilla, camaroncitos iquiqueños, jaivas sancochadas y otros platos y manjares más o menos esquisitos. No faltaban tampoco,

las botellas de vino Zavala, un frasco pequeño de champaña y una frutera, pletórica de plátanos, uvas y ciruela»...»Accedió Luis, á las insinuaciones de su tío y, con gran contento, vió que no iba mal, pues al terminar de engullirse la jaiva, le había desaparecido el mareo y se encontraba dispuesto á acometerle á la cazuela, el pescado, el *beefsteak* y el vino (Zola, 2006, pp. 70-71).

La descripción de Juanito Zola permite distinguir los productos y preparaciones consumidos en el comedor de una familia burguesa chilena, recorriendo las mismas estaciones culinarias que caracterizarán el menú de celebraciones y banquetes.

LA COCINA FRANCESA EN TARAPACÁ

La cocina y la denominación francesa de los platos se impusieron en la mesa pública de la burguesía salitrera y del alto funcionariado que administraba los negocios del Estado y de las diversas compañías industriales, comerciales, navieras y de la banca establecidas en el departamento. Esta predilección confirma que el mundo se había asentado en Tarapacá, provocando la contemporaneidad de sus principales procesos socioeconómicos con aquellos que se verificaban en las sociedades capitalistas centrales. Los gustos, las modas y las maneras que dominaban la esfera pública tenían por referente aquello que se había impuesto en la capital mundial del gusto burgués. El recurrente descorchar del champagne en los eventos sociales y en las cenas elegantes eran expresión de la fidelidad al «buen gusto» francés.

En la recreación imitativa de las normas culinarias, la sociedad iquiqueña se integraba a la «civilización» gobernante. Tenían los méritos para aquello, pues se encontraban gestionando una industria de vocación mundial, cuyos productos se exportaban a los principales mercados, en una constelación de transacciones mercantiles que los vinculaban con Londres, Liverpool, París, Le Havre, Hamburgo, Madrid, Berlín y Nueva York. Correspondía, entonces, exhibir y disfrutar los productos culturales que se instauraban en los clubes, restaurantes y banquetes de dichas ciudades mundiales. Este consumo podía ser financiado, puesto que la venta de salitre y el pago de los derechos de exportación permitían a los propietarios y administradores salitreros, así como a los burócratas encumbrados en la dirección político-administrativa, disponer de los ingresos suficientes para vestir como *gentleman* y comer cual *gourmet*.

Los antecedentes analizados permiten establecer dos fuentes principales para la difusión de la cocina francesa en la sociedad tarapaqueña. En primer lugar, los inmigrantes franceses, cuya participación en las actividades provinciales se sitúa en los últimos años de la dominación peruana, los aristócratas chilenos asentados en Iquique luego de la Guerra del Pacífico y durante los meses de la instalación de la Junta

de Gobierno en 1891 y en tercer lugar, los escasos ciudadanos catalanes y españoles de prosapia burguesa, dedicados a los negocios salitreros, industriales y comerciales. El censo de 1907 establece que en el departamento de Tarapacá habitaban 218 súbditos franceses, 172 varones y 46 mujeres, concentrados mayormente en las localidades urbanas de Iquique, Huara y Pozo Almonte. El viajero y diplomático francés André Bellesort, residente en Iquique durante el verano de 1897, describe el origen y las relaciones que sostenían sus connacionales:

Entre nuestros compatriotas que viven en Iquique, los unos emigrantes, fueron empujados por las decepciones de su primer embarco en Valparaíso, los otros, antiguos colonos de Lima, a causa de la ruina del Perú. Estos últimos se rememoran con tristeza la dulzura de la vida pasada. La Guerra del Pacífico los echó del paraíso terrenal y olvidaron la bancarrota pública, la hora siniestra en la que el papel moneda no valía nada y los billetes de cinco francos se compraban a seis centavos. Solo quieren acordarse de la hospitalidad que allí recibieron, de la amabilidad de las cosas y de la gente. La mayor parte de ellos busca la compañía peruana (Bellesort, 1897, p. 29).

Este colectivo, cuya importancia demográfica disminuía al comenzar el siglo XX, habría practicado en sus residencias las cocinas territoriales originarias, en cuya preparación se imponían diversos ingredientes: mantequilla, crema de leche, manzana, aceite de oliva, *foie gras*, setas, aceituna, hierbas aromáticas, tomate, carne de cerdo, cerveza, tocino y salchicha. Al mismo tiempo, la predilección ciudadana y los imperativos del negocio suponían la presencia de cocineros formados en los conocimientos y habilidades que requerían la preparación minuciosa de múltiples recetas. Serían, posiblemente, un recurso escaso y bien remunerado, en el contexto de la tacañería que caracterizaba el pago por el trabajo realizado. Conociendo el gusto y dominando el arte, suponemos, un maestro cocinero francés, *de premier ordre* ofrecía sus servicios mediante aviso, en español e inglés, en *El Nacional*, cuya redacción permite conocer dónde se encontraba la clientela demandante: «Uno bastante competente ofrece sus servicios para la preparación de comidas, para banquetes especiales en casas particulares, y también, para el servicio culinario de administraciones de oficinas salitreras»¹⁴.

Cuando la gastronomía francesa dominaba el buen comer de la élite, el ciudadano Evaristo Duclos promovía las iniciativas «civilizadoras» de la Alianza Francesa, cuyo Consejo Superior residía en París, mientras sus adherentes tarapaqueños habitaban en Iquique, Oficina San José, San Pablo, Santa Ana, Agua Santa, Argentina, Gallinazo y Estación Central. Esta obra de propaganda intelectual y moral perseguía

¹⁴ *El Nacional*, 8 de agosto de 1902.

los siguientes propósitos educacionales, según explicaba Duclos a José Dolores Caviedes, vecino del pueblo de Huara:

Propaga en las colonias i en las naciones extranjeras la lengua de la madre patria. La Alianza Francesa llena su misión, fundando i sosteniendo escuelas en las cuales se enseña el idioma francés, justamente con los otros conocimientos que constituyen la institución primaria.

No se trata de una obra egoísta i exclusiva de nacionalidad propia, sino también de una obra de beneficencia i de educación á los extranjeros que merece acogida benévola de todos los espíritus amantes de la instrucción del pueblo. Un bello programa i una gran conquista para la civilización¹⁵.

Sin duda, la aristocracia salitrera consideraba su gusto por la comida, vinos, quesos y el champagne francés como una demostración de civilización, de la contemporaneidad de sus hábitos con las pautas de consumo conspicuo que se imponían donde habitaba el capital burgués. Francia fue el referente en las ideas políticas, arquitectura, mobiliario, sistema educativo, vestuario femenino y apreciación musical, aprendizaje e imitación facilitados por la circulación de libros y revistas, las pasantías de intelectuales franceses y el conocimiento del idioma entre los miembros de la clase dirigente.

Los banquetes de la élite dirigente se organizaban mediante un menú donde destacaban platos, postres, vinos y licores de origen francés, como *Filet Mignon la Richelieu*, *Petit Filet Peringord*, *Asperges Sauce Gascogne*, *Cailles a la Chasseur*, *Voul-au-vent*, *Glacé aux Anandes*, *Bombée Glacé*, *Chateaux Margaux*, *Bordeaux Buorgogne*, y *Champagne Metropole*. Dichas preparaciones constituían el plato principal de la celebración, el momento culminante del disfrute gastronómico, quizás cuando la conversación sobre negocios salitreros y política se acallaba para facilitar la comunión de los sentidos ante el espectáculo de aroma, texturas y colores puesto en la mesa, mientras en la copa reposaba el vino indispensable, auténticamente francés.

Con el gusto y el paladar educados en París, en los restaurantes santiaguinos y en las mesas opulentas, decididos a construir el Estado nacional en el territorio conquistado, un colectivo destacado de la oligarquía se instaló en Iquique para dirigir el proceso de deconstrucción del sistema sociocultural peruano y la instalación de una nueva comunidad política y de negocios destinada a garantizar la expansión del capitalismo salitrero y los ingresos fiscales mediante el cobro de los derechos de importación y exportación desde los puertos de la provincia. Los Intendentes de Tarapacá (1880-1890), José Alfonso, Francisco Valdés Vergara, Gonzalo Bulnes Pinto y Guillermo Blest Gana, posiblemente contribuyeron a difundir en la sociedad

¹⁵ *El Nacional*, 18 de enero de 1897.

local el estilo culinario francés, disfrutado en sus viajes y residencias en la capital de la moda y el *bon manger*. Posteriormente, la organización de la Junta de Gobierno, 12 de abril de 1891, presidida por el capitán de navío Jorge Montt e integrada por Waldo Silva Algue, presidente del senado y Ramón Barros Luco, presidente de la Cámara de Diputados, sus ministros y asistentes, habrían robustecido la preferencia francesa en la mesa, elegante y refinada, de los principales de la sociedad salitrera.

Entre los políticos «sublevados» se encontraba el ministro de Relaciones, Justicia, Culto e Instrucción Pública Isidoro Errázuriz, quien no solo destacaba en el Congreso Nacional, sino que era también un *gourmet* excepcional, cocinero y literato. Tradujo el *Gran Diccionario de la Cocina* de Alejandro Dumas, quien, según afirma Hernán Eyzaguirre, «le enseñó a comer y moldeó su refinado paladar» (Eyzaguirre, 1986, p. 81). Guiado por su vocación gastronómica y dado que el gusto no se abatía en las contiendas, es posible suponer que entre la sociedad iquiqueña, mayoritariamente afín al bando antibalmacedista, Errázuriz haya proseguido comentando y cocinando según los dictados del maestro Dumas.

La adopción de las formas francesas constituyó un marcador de pertenencia y diferenciación en la sociedad salitrera. Desde la élite dirigente este influjo cultural permeaba las capas medias urbanas, alejándolas de la clase obrera. Sin embargo, en las filarmónicas, la música y los bailes de origen francés, cuadrillas y lanceros, animaban, sin distinción, el divertimento de los trabajadores y administrativos congregados en la noche, en el salón urbano o pampino, para remediar, en la confraternidad festiva, el fragor del trabajo.

LA COCINA CRIOLLA TARAPAQUEÑA

En la mesa de las familias peruanas, la cocina tarapaqueña alimentaba las nostalgias y reafirmaba la voluntad identitaria. Era una gastronomía que desplegaba sus cualidades en el espacio privado, practicada por las mujeres de la familia o por el personal doméstico en las residencias y establecimientos gastronómicos.

Preparar los platos y bebidas era un ejercicio de neta peruanidad, un acto de pertenencia que vinculaba a los comensales con sus ancestros coloniales, con los hombres y mujeres asentados en San Lorenzo, San Andrés de Pica, San Antonio de Matilla, Santo Tomás de Camiña y San Salvador de Huatacondo y el Puerto Mayor, desatando la impronta española sobre las heredades desérticas. En el fogón colonial se cocinó la reunión y la mezcla entre la mestiza olla española y la culinaria mestiza indígena. Más tarde, los esclavos africanos incorporaron sus gustos y sazones. En esta diversidad se acuñó la cocina tarapaqueña, integrante de la matriz socioeconómica del sur desértico del virreinato.

El cocinero Gastón Acurio expone en un notable párrafo el origen de la cocina criolla, proceso que estimamos, también, se verificó en las residencias tarapaqueñas durante el largo ciclo colonial, puesto que habitaban los mismos sujetos y sus respectivas memorias alimentarias:

[...] nuestra cocina criolla está plagada de ejemplos en que los ingredientes de aquí y de allá de pronto se dieron un abrazo definitivo y contundente, el cual dio origen a todos los platos que hoy la conforman y lo que es más fascinante aún es que en ningún caso podemos afirmar que unos ingredientes pretendieron ser más importantes que otros, sino que poco a poco fueron ubicándose de forma casi melódica en torno de una receta a la que el tiempo y la sabiduría popular fueron dándole sus propia partitura (Acurio, 2006, p. 22).

La cocina tarapaqueña, hija del mestizaje de cocinas mestizas, anclaba sus preparaciones en los productos de la despensa andina —papa, maíz, ají, huacatay, cuy— fusionados con los ingredientes de la olla española, en donde predominaba la carne de res, cerdo, cordero, las legumbres, junto a las aves de corral, gallinas, patos, pollos y pavos. Los insumos se acrecentaban con la participación de los productos lácteos, leche, mantequilla y quesos, que aumentaban la dotación de proteínas e hidratos de carbono en la dieta regional. En ella, destacaban también pescados, mariscos y algas que el litoral proveía, mediante recolección en la rompeola o mar adentro en la pesca de bote. Todos ellos, según la ocasión, inmersos y acogidos en adobos de orégano, pimienta, ajo, laurel, huacatay, comino y el culantro fresco.

En esta cocina diversa convivían lo cocido y lo crudo, cuyas expresiones características eran el puchero y el ceviche, cuyas bondades señalaban, además, el universo de recetas calientes y frías que era posible degustar, del modo en que lo hacían la cazuela y el puchero. Las carnes asadas o fritas eran un repertorio espléndido de aromas y sabores, bistec, chicharrones y anticuchos afirmaban la predilección por las carnes, destacando las distintas preparaciones del cuy. Desde el mar, la corvina, el lenguado, el dorado, la albacora, el congrio rojo o negro¹⁶ eran invitados recurrentes sea frito, sudado o en escabeche. Destacaba lo picante aportado por el ají y el rocoto, que daban nombre y definición masculina a las preparaciones: picante de conejo, picante de gallina, picante de guata con pata, mientras que en los puertos y aldeas costeras, el picante de mariscos, el picante de loco y picante de lapa demostraban la principalidad de estas preparaciones en el buen comer de los tarapaqueños, cuya expresión culminante se encontraba en la papa a la huancaína, cremosa y picante, guarnición indispensable de diversos platos de carnes y pescados.

¹⁶ Francisco Vidal, 1880, pp. 17-18.

La papa desmenuzada, carne o marisco en trozos pequeños, constituían la mezcla de claros tonos, receptora de lo picante que otorgaba personalidad a los ingredientes, provocándolos para que revelaran sus aromas, favoreciendo la síntesis que desvelaba el sabor. La guarnición de arroz, graneado y blanco, estaba siempre presente para atemperar el furor de la mezcla. El vino de Matilla, del Valle Central de Chile o la cerveza fresca, importada o nacional, eran compañeros inseparables de estos platos opulentos. La limonada, la sangría, el mote eran las bebidas refrescantes para superar la calor, al decir de los antiguos tarapaqueños. Por supuesto, siempre al alcance de los comensales la chicha de jora y de algarroba.

La fusión originaria se extendió a la repostería, imponiéndose el azúcar de caña, destacando la chancaca como ingrediente principal de las elaboraciones que remataba el almuerzo o la cena, antes del licor y el cigarro, cuando los ingresos lo permitían. El arroz con leche, al parecer de antecedente árabe, el suspiro limeño, bizcochos de canela y los picarones, entre otras exquisiteces, demuestran el abrazo enjundioso de estilos e ingredientes, bajo la mano hábil y el gusto delicioso de las mujeres tarapaqueñas. El alfajor de ancestros moros fue asimilado y redefinido en la cocina provincial, alcanzando su preparación en Matilla, Pica y San Lorenzo, calidades de sabor y textura que se incorporaron definitivamente a la dimensión dulce de la gastronomía provincial.

LA MULTICULINIARIEDAD EN LA COCINA PÚBLICA

Gracias al menú, el placer se iniciaba con la lectura atenta, provocando en el conocimiento o la ignorancia de las preparaciones la imaginación o la reminiscencia de aromas y sabores que predisponían la emoción y al cuerpo para el disfrute. Era una carta que cuando se desplegaba en la mesa invitaba a distintos viajes, según las preferencias del cliente, sea hacia la tierra de las carnes rojas, hacia las playas de peces y mariscos, o hacia el reino de las aves, siendo más habitual, que el periplo recalara en cada territorio alimenticio tomando porción de sus delicias. Viajes alternos que culminaban en los dulces postres, en las mezclas fragantes del té o café de grano, mientras un oloroso cigarro despedía en sus volutas el agradecimiento del comensal satisfecho. Siempre la travesía era acompañada, cual estiba indispensable, por vinos y licores nacionales e importados.

La presencia de menú en la industria gastronómica tarapaqueña puede considerarse una respuesta organizada ante la abundancia relativa de provisiones, garantizada por la cadenas logísticas de abastecimientos y frente a la diversidad de tradiciones alimenticias que manifestaba la multitud residente. Acogían y manifestaban la tendencia hacia la homogeneización de los gustos culinarios en la escena pública, mientras en la mesa familiar pervivían las preparaciones originarias, que sustentaban el carácter multiculinario de la sociedad salitrera.

La oferta gastronómica de los distintos comedores, difundida también a través de los periódicos, contribuía a remontar las fronteras culinarias que separaban a la poblacional multinacional (Arnaiz, 2002, p. 16), facilitando la integración de insumos, preparaciones, sabores y aromas en la mesa pública. La incorporación de platos de origen francés, italiano, español, peruano y chileno, entre los principales, de fiambres y bebidas alcohólicas, fue la estrategia utilizada, sin antecedentes de un concierto previo de los agentes de la industria para incorporar las diversas culturas en una carta plural, donde podían reconocer y reconocerse las distintas funciones dietéticas, identitarias, políticas y morales asociadas al hecho alimentario. Por ello, en esta esfera eran más significativas las distinciones de clase que las surgidas de la pertenencia nacional.

De este modo, la cocina pública y el menú que la organizaba exhibían el nuevo orden alimentario que surgía en la sociedad tarapaqueña, interactuando con el proceso de industrialización de la explotación salitrera y la expansión de la urbanización portuaria y pampina, junto a las transformaciones del mercado del trabajo provocado por la irrupción de los diversos colectivos nacionales. De este modo, el inventario de los comportamientos alimentarios de los comensales tarapaqueños se inscribía en el complejo sistema sociocultural de la sociedad tarapaqueña. Así lo pregonaba Justo Pastor Peralta, propietario del Gran Restaurant Siglo XX:

*Si te gusta á la francesa
la comida bien servida
y que te alargue tu vida
por comer siempre decente
acudid al Siglo XX.
Si un picante a la peruana
te pide el gusto algún día,
acuérdate que á porfía
te lo ofrece competente
el dueño del Siglo XX
Si te agrada á la italiana
Una comida pessata,
Y con ella no revientas
O no cantas la Traviata,
quedarás siempre contenti
acudiendo al Siglo XX¹⁷.*

¹⁷ *Almanaque comercial del Pueblo de Iquique*, 1900.

El orden alimentario construido mediante la interacción de culturas alimentarias y la imitación creativa de procedimientos y preparaciones —particularmente francesas, peruanas, italianas y españolas— se manifestaba en la selección de los productos, las formas de elaboración y composición de los platos, los horarios de las comidas, las reglas de urbanidad y el presupuesto invertido por el establecimiento, así como por el comensal adquiriente. Entonces, la carta ofertante contenía el debate que habitaba en la industria gastronómica, en tensión ante los ejes respuesta-propuesta ante los factores que intervenían en la constitución de la demanda alimenticia pública. La selección y elaboración de los platos replica, entonces, las preferencias conocidas y estimadas de los comensales, al mismo tiempo que instalará en el imaginario nuevas recetas tomadas de la oferta culinaria multinacional, las cuales definirán aquello que se considerará distinguido, saludable, nutritivo, fresco y gustoso.

Sin duda, los periódicos locales contribuyeron a fundar y reproducir el espacio público alimentario mediante la publicidad comercial y cobertura de los eventos sociales. La propaganda fue un factor decisivo en el proceso de estructuración de la demanda alimenticia y en la definición de las preferencias individuales y colectivas, puesto que junto con informar, en primer lugar, de las provisiones en los almacenes, permitía difundir el relato acerca del origen y calidad de los productos, generalmente garantizados mediante certificados, medallas o diplomas de instituciones y eminencias científicas, generalmente francesas y alemanas. De este modo, la prensa escrita ejerció de mediadora entre los comensales y la industria gastronómica, difundiendo mensajes portadores de innovación alimentaria, así como de aquellos que saludaban la conservación de las antiguas costumbres. En este contexto los redactores comprendieron la condición cosmoculinaria de la sociedad regional y la pretensión aristocratizante de la élite dirigente, estimulando la imitación de los gustos y preparaciones extranjeras.

Las preferencias de los comensales, fundadas en sus distintas adscripciones culinarias, constituyen el primer factor para la organización del menú, tanto en su estructura como en el contenido de los platos. Estos tarapaqueños tenían una escala de preferencias donde concurrían las carnes rojas, pescados, mariscos y verduras, frescos o conservados. Ingredientes básicos que recibirán distintas preparaciones, según recetas de diversos orígenes territoriales, que serán nombrados y reconocidos en francés, español o inglés, según la calidad del convite y del recinto alimentario. La valoración nutricional de los ingredientes constituía un factor decisivo de selección. Las carnes rojas eran el eje de la alimentación social, en torno a cuyos platos se organizaba el menú y el acto comensal. El abordaje con tenedor y cuchillo era el momento estelar del almuerzo, cena o banquete.

Si bien es posible estimar la predilección de la carne entre clases y nacionalidades, su consumo y su aporte nutricional estaba condicionado por los ingresos de los comensales. La estructura de remuneraciones de la economía tarapaqueña permitía financiar el crecimiento del consumo de carne per cápita, haciendo posible el aumento promedio de las proteínas animales en la alimentación general. Sin embargo, la élite dirigente obtenía de la provisión cárnica una fracción más elevada de proteínas, calorías y grasas en comparación a los trabajadores manuales, que complementaban su dieta con la ingesta mayor de legumbres.

Junto a la saciedad que provocaba frita, asada o cocida, con guarnición, salsa o desnuda y apetitosa sobre el plato, la carne era considerada un alimento masculino, cuya ingesta renovaba la fuerza y reafirmaba la virilidad, adquiriéndose el vigor del animal sacrificado, del toro, macho y reproductor. Los varones, junto a las opuestas idealidades socioeconómicas, habían sostenido un ideal de nutrición que les garantizaba buena salud y reciedumbre física, y facilitaba la regeneración de la vida, agotada cotidianamente en el esfuerzo fabril, los negocios públicos o el cálculo cotidiano de la ganancia.

En las tradiciones culinarias predominantes —francesa, chilena, peruana—, la dulcería era un ingrediente indispensable que acompañaba, como postre, la ingesta de carnes, verduras, pescados y mariscos. Indispensables en la hora del té, en la fiesta infantil, en las tertulias o las visitas de cortesía a que acostumbraban las familias burguesas y de la variopinta clase media local. La repostería peruana, heredera del sabor y de la imaginería gastronómica colonial, donde convergía el mestizaje hispano-andaluz, se ofrecía a los comensales a través de las creaciones de la Pastelería del Buen Gusto, satisfaciendo la demanda del indispensable sabor dulce y, quizás, la voluntad identitaria de los antiguos tarapaqueños, que en la población salitrera mantenía vigencia: «En esta acreditada pastelería se elabora toda clase de dulces y bizcochos de uso en Lima; comprometiéndose a dejar satisfecho el gusto más exigente. Contando la casa con un competente operario de la Pastelería Bejarano en Lima»¹⁸.

La posición en la jerarquía social, los recursos monetarios atesorados y el tiempo disponible como dominio o sujeción, constituirán indicadores de los perfiles de comensalidad que se distinguían en la escena pública. Por una parte, el consumo alimentario conspicuo, devoto de los sabores franceses, practicado en restaurantes y banquetes cuya carta estaba formada por platos y alimentos de distintas nacionalidades y procedencias, nombrados preferentemente en francés, en cuya preparación participaban diversos tipos de carnes y verduras con abundantes salsas y acompañamientos, servidos con vino y champaña, significando distinción y poder. Por su parte

¹⁸ *El Oasis*, 9 de enero de 1895.

el consumo proletario tenía lugar en cantinas y fondas, combinaba la provisión de carnes rojas, legumbres y cereales en platos de fácil y rápida preparación, destinados a saciar la demanda fisiológica y de convivencia masculina.

La construcción identitaria constituye un factor relevante a considerar en el proceso de confección del menú, por cuanto los comensales afirmaban su pertenencia de clase o nacional manifestando sus preferencias alimentarias frente y entre los demás. Por lo tanto, la comida que se oferta y adquiere posibilita la inclusión y la exclusión social. No había obreros entre los comensales de los banquetes del Club de La Unión o en aquellos realizados en los restaurantes de Cavancha o los hoteles de Huara; tampoco administradores y propietarios concurrían hasta las fondas y cantinas que frecuentaba la multitud obrera para su alimentación. El lugar manifestaba los distintos menús, síntesis dinámica de las preferencias culinarias de los grandes bloques identitarios.

La demanda alimenticia de la población local y aquella que provocaba la corriente de viajeros chilenos y extranjeros y los visitantes de las oficinas y pueblos de la pampa, generaron las condiciones para el desarrollo de la industria gastronómica, cuyos establecimientos principales se encontraban en Iquique, Huara, Pisagua, Caleta Buena y Pozo Almonte. La competencia entre hoteles y restaurantes al parecer fue intensa, pues los diarios locales, anuarios y almanaques editados en la provincia llevaban en sus páginas *reclamee* o avisos que destacaban la calidad del servicio, la cantina abastecida de vinos y licores de las mejores marcas y los módicos precios que ofrecían estos establecimientos. Es ilustrativa, por cuanto expresa la voluntad de satisfacer la demanda multiculinaria, la presentación del Restaurante Español, propiedad de Cosme Barnés, publicada en *El Nacional*, en agosto de 1895:

Pongo en conocimiento del público que me he establecido en este puerto y he abierto un resturant a media cuadra de la plaza Prat, donde puedo ofrecer á mis favorecedores; comida á la Española, Chile, Francesa, Italiana y servir lunch y cenas a todas horas del día y de la noche.

Una bien provista cantina con toda clase de licores del país y extranjeros, especialidad de ponche de leche, chicha de uva y de manzana, cerveza inglesa, Santiago, Concepción, Valdivia, cigarros, puros y cigarrillos. Champagne, Oporto, Jerez, legítimos y demás vinos de mesa de las más acreditadas marcas. Se sirve á la carta, y se recibe pensionistas; precios módicos y esmerado servicio. La cocina está a cargo de un excelente cocinero¹⁹.

¹⁹ *El Nacional*, 10 de agosto de 1895.

La lectura de una selección de menús ofrecidos por los diversos restaurantes y de aquellos que fueron servidos en algunos importantes banquetes organizados por la clase dirigente de Iquique, permite distinguir el predominio del modelo francés, cuya estructura estaba formada por los siguientes elementos: entrada, sopa, pescado, ensaladas, carne asada, postre, en torno a los cuales se organizara la confección de los distintos platos. Así, el diseño del menú permitía utilizar variados alimentos, alternar los ingredientes básicos empleados en los platos y utilizar distintos tipos de cocido, garantizando en el proceso constructivo la correcta secuencia gustativa ofrecida al paladar, cuya deriva permitía viajar desde los sabores suaves hasta los más fuertes, culminando en el dulce del postre o del licor. Los alimentos empleados permiten reconocer la relativa abundancia y diversidad de provisiones de que disponían los cocineros tarapaqueños para elaborar los distintos platos y postres que ofertaba la industria gastronómica.

Recogiendo el clamor de las tradiciones culinarias principales, los platos tenían por compañero indispensable la provisión adecuada de vino, champaña y licores, servidos y consumidos en riguroso orden durante la excursión gastronómica. La sociedad salitrera era un concierto de bebedores²⁰, también jerarquizada según la graduación alcohólica ingerida, origen y frecuencia del consumo. Quizás los lectores del periódico *El Oasis*, editado en Iquique, valoraron más aún los caldos que disfrutaban al leer el artículo redactado por el poeta Rubén Darío, publicado por un medio iquiqueño, quien exaltaba las cualidades del vino tinto y la champaña, embajadores principales de los mostos de Francia en la mesa tarapaqueña:

El vino tinto es buen compañero viejo, reconfortante, jovial, caballero francés de nobleza roja; sabe de cuadrillas y galopas y dá los besos en plena mejilla, á las mujeres descotadas: el vino tinto es sangre embotellada: va acompañado al guisado, y arrastra su manto de púrpura. Este vino rey que busca las venas y el cerebro, lleva la nota entusiasta en las comidas... El francés ama el vino como el chino el té. El champaña viene después: mujer desnuda y blanca con cabellera de oro. Llega derramando perlas, el gentil Buckingham de los vinos, el preferido de los labios rojos, que produce las argentinas carcajadas. El champaña da audacia, vivacidad, lujuria...²¹.

En Iquique y las oficinas salitreras, los banquetes, el *lunch* y los bailes sociales eran acciones colectivas, constructoras y reconstructoras de comunidad, de pertenencia de clase y de adhesión nacional, y expresaban identidad y diferenciación entre los colectivos sociales. En la mesa, las preferencias culinarias, los modales, los modos

²⁰ La denuncia del alcoholismo en Tarapacá fue una actividades realizadas por el dirigente político Luis Emilio Recabarren y por dignatarios de la Iglesia Católica.

²¹ *El Oasis*, 9 de febrero de 1895.

de servir y los actos verbales permitían reconocerse como semejantes y diferenciarse, en consecuencia, de los otros. Los códigos procedimentales y de comportamiento expresaban la jerarquía entre los comensales y la distinción entre los iguales, facilitando la escenificación del poder de la élite dirigente. Dichos actos constituían momento y lugar en que se manifiestan, enhebraban y reforzaban las relaciones entre los segmentos salitreros, tecnoburocráticos y mercantiles de la sociedad tarapaqueña. Ellos eran quienes ejercían el mando de las compañías salitreras, comerciales y financieras y gestionaban la maquinaria del Estado.

El banquete ofrecido por la comunidad peruana en el restaurant Cathey de la península de Cavancha el 22 de diciembre de 1904 al ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Javier Prado Ugarteche reprodujo cada uno de los ritos que caracterizaban la comensalidad de la burguesía tarapaqueña:

Ayer pasó por este puerto, en viaje de regreso a su patria, el ex Ministro del Perú en Buenos Aires y actual Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, don Javier Prado y Ugarteche, uno de los diplomáticos más jóvenes y prestigiosos de la vecina República del Norte.

En la tarde el señor Prado fue obsequiado en el Restaurante Cathey con un espléndido banquete por varios de sus compatriotas de la colonia peruana. Ofreció la manifestación en cortas pero elocuentes frases el señor Eduardo Muecke (cónsul interino del Perú) contestando Prado con frases de agradecimiento.

La fiesta terminó a las 11 p.m. dirigiéndose los manifestantes al Club Peruano, donde se bebió la última copa de champagne por el feliz viaje de señor Prado a quien acompañaron hasta el muelle donde lo despidieron.

La convivencia de estos comensales se agregaba como dispositivo de poder a la constelación que formaban el capital, las normas jurídicas, las fuerzas armadas y el conocimiento tecnológico y mercantil que favorecían la reproducción del capitalismo salitrero. De este complejo sistema de sociabilidad comensal y poder participaron y fueron actores destacados los destacados burgueses peruanos de Iquique.

LA MESA DE LOS TRABAJADORES

El sistema alimentario debía responder a los requerimientos del sistema productivo, anclado en el esfuerzo muscular de los trabajadores en las faenas mineras, urbanas y portuarias. Esta fuerza, sometida a extenuantes jornadas laborales, encontraba en el trozo de vacuno, cordero, cerdo o aves de corral, la provisión de proteínas, calorías y grasas, indispensables para la garantizar la formación y regeneración de la constitución física del trabajador, sin las cuales la inversión capitalista se tornaba estéril.

La reproducción de la fuerza de trabajo exigía generar en el comensal, luego de abandonar la mesa, la convicción de saciedad, de haber ingerido lo suficiente y necesario para volver a la calichera, al muelle, al ferrocarril o perseguir la veta mineral; también a las cuentas, a expender artículos o dirigir los negocios.

La pensión, fonda o cantina proveían de alimentación a los obreros, antes, durante y tras finalizar la jornada laboral. Estos negocios familiares constituían un refugio de lo femenino, donde las habilidades socialmente consideradas de la mujer se esmeraban en la preparación y en el servicio cotidiano de los platos y bebidas. Por ello, los afanes comenzaban de madrugada, hacia las cinco de la mañana, cuando el ajeteo de ollas, servicios y manipulación de las viandas anunciaba la preparación del desayuno, contundente y reparador: bistec con cebollas y un jarro de té, dulce y oloroso. Había quienes llevaban el desayuno en su lonchera, llevando a las faenas calicheras un trozo de asado, pan y la infaltable botella de té.

El menú del almuerzo revelaba el predominio de la culinaria popular chileno-peruana. Cuando en los mesones la fraternidad masculina y obrera devoraba los platos, las cocineras y asistentes preparaban el *lunch* que los operarios llevarían hasta sus lugares de faenas para degustarlo cuando el apetito resurgía. Entonces, según cuenta la señora Betty Mondaca, cuya madre daba pensión en la Oficina Santiago, extraían de sus bolsas, salpicón de pata con cebolla, pan y una botella pisquera o de vino en donde reposaba la infusión de té, la única bebida cuya ingesta diaria compartían obreros y propietarios. Luego de esta alimentación *in situ*, volvían los operarios a la pensión o cantina, aproximadamente a partir de la siete de la tarde, para ser atendidos y degustar el menú de la comida, que la testigo recuerda, consistía muchas veces en sopa de pata y bistec o carne asada junto a la irremplazable guarnición de arroz.

Los antecedentes aportados por la señora Mondaca son reafirmados por el informe de la comisión parlamentaria de la Cámara de Diputados, que visitó las oficinas salitreras en octubre de 1913, constatando la rutina alimentaria de los obreros de la pampa:

En cuanto a la alimentación, he aquí las comidas y las horas en que se distribuyen: Desayuno, a las 6:15 am; un churrasco, es decir, un bistec con huevos, o con papas, o con cebollas, café y pan; almuerzo, a las 11; chupe, es decir, una carbonada o cazuela abundante, un segundo platos de porotos bien guisados y pan; a las 2 ½, lunch igual al desayuno; sustituyéndose el café por un vaso de chicha de jora o un vaso de vino; comida a las 7, igual al almuerzo. Esto es lo habitual y vale en la fonda o en la cantina particular de setenta y cinco a noventa pesos mensuales.

Las familias comen más o menos lo mismo, preparando ellas sus comidas, pues la carne y el pan son muchos más baratos en la pampa que en cualquiera ciudad del centro o sur del país.

La comensalidad pública de los trabajadores de la pampa se organizaba según los requerimientos productivos impuestos por la compañía salitrera, que extendía mediante este expediente su pretensión de dominio. Sin embargo en el menú se manifestaba la vocación identitaria de los «gañanes», cuya vertiente culinaria enraizada en el mestizaje colonial de hispanos y mapuches o en las tradiciones de la cocina criolla peruana, representada en este menú por la chicha de jora, se imponía sobre los gustos de los obreros bolivianos, italianos y españoles, cuyas preferencias solo podían manifestarse en la mesa privada. De este modo, en la mesa pública de la pampa salitrera la gastronomía y el gusto mestizo de los gañanes determinaban los contenidos del menú proletario.

CONCLUSIÓN

Los nexos entre Tarapacá y el Valle Central de Chile forjaron sus primeros antecedentes durante la invasión de los súbditos de Castilla cuando el encomendero de Tarapacá, apropiador de Huantajaya y de las tierras feraces de Arequipa, el extremeño Lucas Martínez de Vegazo, financió la empresa de conquista de Pedro de Valdivia, quien si bien no temía a la muerte, como rezaba el blasón familiar, sí temía al fracaso del empeño y la multiplicación de las deudas. Los caudales acumulados mediante la desposesión de los hombres y la tierra de las minas de plata en la vertiente oceánica del territorio contribuyeron a pagar la violencia del conquistador y la fundación de Santiago.

De este modo se fueron ocupando las tierras indígenas y los baldíos del desierto, de los valles y las espesuras de la selva, bajo la común obediencia al Rey y al dinero generado por el trabajo de los otros. Así comenzó la relación que hemos explorado en su vertiente comensal.

Ambos territorios compartían marginalidades. Tarapacá era el término de los dominios de la blanca ciudad del Misti, sin más recursos que el esfuerzo de las comunidades de indios y criollos, sujetos al reventón de la plata, pero carentes de recursos oportunos de agua para maximizar la ganancia. El valle central, situado en los confines del espacio colonial de Tierra Firme reunido en la seguridad autoritaria de las haciendas, era devoto del trigo, cuya venta segura en el espacio peruano facilitaba la reproducción económica de la capitánía general, y reducía la tristeza del confín. Ambas lejanías tornaban la mirada hacia el norte en procura de decisiones y ventura, hacia Lima, capital virreinal, y Arequipa, destino del menguado excedente tarapaqueño y de las familias principales asentadas en Camiña, San Lorenzo, Matilla y Pica.

La memoria regional señala que patriciado agrario-minero de Tarapacá, encabezado por Basilio de la Fuente, recurrió a la oligarquía agrario-mercantil del valle central para garantizar el aprovisionamiento del sistema alimentario que favorecía la ejecución de las faenas mineras en Santa Rosa y Huantajaya a fines del siglo XVIII. Valparaíso e Iquique, el puerto de los comerciantes de Santiago y la modesta caleta de pescadores y guaneros se entrelazaron mediante navíos de cabotaje que manifestaban en sus cargas la mutua conveniencia de la relación mercantil.

Mientras estos afanes del negocio se hacían a la mar articulando los territorios marginales del sur, en los fogones y cocina se fue verificando el mestizaje de las preparaciones, de los sabores y aromas. En Tarapacá la despensa andina, la cocina mestiza española y la culinaria de los afrotarapaqueños se reúnen y funden para constituir la cocina y el gusto criollo, practicado cotidianamente en los asentamientos de oasis y quebrada. En el valle central, entre tanto, se forjaba el mestizaje veloz que devenía en una nueva olla alimenticia que atenuaba la frontera étnica construida por el poder colonial.

Fue la inteligencia gastronómica de las mujeres del valle central y del desierto la que gestionó el mestizaje, acogiendo en cazuelas recetas distintas, creando novedosas preparaciones con las nuevas despensas puestas a su disposición, en la escasez y la abundancia, dándoles a probar y estableciendo dominio gustoso sobre los comensales reunidos y garantizando con su faena la reproducción de la vida y del trabajo.

Los gañanes que abandonaron las haciendas, el vagabundeo y las minas de Copiapó para instalarse en el desierto, guiados por la ilusión de un mejor salario, sin azotes y libres, fueron portadores de los platos y del gusto de factura colonial. También migraron, en la memoria, los burócratas y los señores, operarios y representantes del Estado y el capital. Al parecer, sin temor, esta multitud en la precariedad y opulencia de las oficinas, pueblo y puerto se dejó acoger por la cocina tarapaqueña, constituyéndose el encuentro en el fundamento alimentario de la sociedad salitrera y de la convivencia multicultural entre multinacionales.

En nuestro trabajo hemos propuesto las características principales del sistema alimentario que permitió, en el ciclo ascendente de la sociedad salitrera, la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo, fundamento junto al capital de la sociedad de producción que el capitalismo estableció en Tarapacá en los años posteriores a la guerra del salitre.

La interacción de mercados de producción, cadenas logísticas, casas importadoras, comerciantes minoristas y pulperías habilitó el arribo de los diversos alimentos que hicieron posible la multiculturalidad que caracterizó el consumo doméstico de los diversos comensales. Mientras puertas adentro la cocina era memoria y afirmación territorial, en el espacio público era construcción identitaria y futuro común.

La desigualdad inherente al sistema social capitalista se manifestaba por tanto también en la mesa. En ella los comensales desplegaban sus respectivos instrumentos identitarios; unos buscando asegurar y reproducir su dominio social, mientras los más aspiraban a conquistar un lugar en el banquete de la vida. Por esta razón, la sociabilidad alimentaria, constructora de comunidad y pertenencia, expresó la voluntad de convivir de distintos iguales que se reconocían antagónicos en el conflicto socioeconómico.

La decisión de los obreros peruanos en la tarde del sábado 21 de diciembre de 1907 de no abandonar la escuela Domingo Santa María, a pesar de la certeza del castigo del Estado mediante la represión militar y participar del destino con chilenos y bolivianos con quienes habían compartido el mismo rancho constituye prueba de dicha convivencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Acurio, Gastón (2006). *La cocina criolla*. Lima: El Comercio.
- Arnaiz, Mabel Gracia (2002). *Somos lo que comemos*. Barcelona: Ariel.
- Barros Arana, Diego (1979). *Historia de la Guerra del Pacífico*. Santiago: Andrés Bello.
- Bauman, Zygmunt (2006). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benadava, Santiago (1989). *Derecho internacional público*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Bellessort, André (1897). *Joven América, Chile-Bolivia*. París: Perrin et Cie.
- Billinghurst, Guillermo (1886). *Geografía de Tarapacá*. Santiago: El Progreso.
- Conti, Viviana (2002). *Una tierra y tres naciones. El litoral salitrero entre 1830*. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Espinoza, Enrique (1897). *Geografía descriptiva de la República de Chile: arreglada según las últimas divisiones administrativas, las más recientes exploraciones i en conformidad al censo general levantado el 28 de noviembre de 1895*. Santiago: Imprenta Encuadernación Barcelona.
- Eyzaguirre, Hernán (1986). *La cocina chilena*. Santiago: Andrés Bello.
- Feliú, Eugenio (s/f). «Las ciudades del salitre. Un estudio comparativo de los modelos de asentamiento en la Región de Antofagasta (Chile). El caso de las oficinas María Elena y Pedro de Valdivia». Tesis doctoral de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Barcelona.
- Giannini, Humberto (2007). *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*. Santiago: Catalonia.

- González, Sergio (1991). *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el ciclo del salitre*. Iquique: Taller de Estudios Regionales.
- González, Sergio, María Angélica Illanes & Luis Moulián (1998). *Poemario popular de Tarapacá, 1899-1910*. Volumen X de las «Fuentes para el Estudio de la República». Santiago: Lom, DIBAM.
- Goody, Jack (1995). *Cocina, cuisine y clase*. Barcelona: Gedisa.
- Halperin Donghi, Tulio (2002). *Historia económica de América Latina*. Barcelona: Crítica.
- López, Fernando (1913). *La provincia de Tarapacá 1912-1913*. Santiago: Librería Camilo Henríquez.
- López, Osvaldo (2006). *Tarapacá*. Iquique: Campvs.
- Núñez Atencio, Lautaro (1985). «Recuérdalo. Aquí estaba el lagar». La expropiación de las aguas del valle de Quisma. *Chungará*, 14, 157-167.
- Ovalle, Francisco Javier (1908). *La ciudad de Iquique*. Iquique: Imprenta Mercantil.
- Pereira Salas, Eugenio (1977). *Apuntes para la historia de la cocina chilena*. Santiago: Universitaria.
- Prado, Alberto (1906). *Anuario Prado Martínez 1904-1905*.
- Rubial, Alberto (1994). *Gestión logística de la distribución física internacional*. Cali: Norma.
- Sánchez Fuentes, Rigoberto (2006). *Iquique en el siglo XX*. Santiago: Universidad Bolivariana.
- Sánchez Fuentes, Rigoberto (2008). *El recuento de los vivos. La población de Tarapacá en 1907*. Santiago: Universidad Bolivariana.
- Solari, Osvaldo (1985). *Geografía de los transportes y las comunicaciones*. Santiago: Instituto Geográfico Militar.
- Vidal, Francisco (1880). *Estudio sobre el puerto de Iquique*. Santiago: Imprenta Nacional.
- Zig-Zag (1908). *Anuario 1907. Guía de Chile*. Santiago: Zig-Zag.
- Zola, Juanito (2006). *Tarapacá*. Iquique: El Jote Errante.

NOTAS DE UNA FAMILIA TRANSFRONTERIZA

Juan Arturo Podestá Arzubiaga
Juan José Podestá Barnao

I

La fotografía se tomó, casi con seguridad, en el transcurso de 1908, más o menos. En ella aparecen el matrimonio italiano compuesto por Aurelio Podestá y Luisa Cassanello, y a los lados, sentados en inmensa banca, los hijos: los mayores, Juan José y Enrique, de siete u ocho años, aproximadamente, y luego los más pequeños, Margarita, Vittorio y Pedro. Es la casa que la familia Podestá-Casanello compró en Tacna, ciudad peruana que recibió a mis tatarabuelos italianos y sus hijos en 1900. Si bien es en blanco y negro, puede adivinarse el gran patio, el verde, los árboles y la multitud de piezas.

Pero esto lo sabremos más adelante, cuando mi padre, el sociólogo Juan Arturo Podestá Arzubiaga, y yo, Juan José Podestá Barnao, periodista y poeta, viajemos a rastrear el arribo de nuestra familia al Perú desde Europa.

Nuestro viaje va de Iquique a Arica, y de ahí a Tacna. Luego de vuelta.

II

Jueves 27 de setiembre de 2012, siete de la mañana, frontera Arica-Tacna

Estamos llegando al centro aduanero Santa Rosa, en Perú, y hace frío. Sin embargo mi papá y yo sabemos que el calor será intenso en unas horas más, cuando en Tacna estemos realizando las primeras pesquisas para dar con los datos exactos de la llegada de los Podestá Casanello al Perú.

Nos demoramos poco: son 45 kilómetros entre Arica y Tacna (en definitiva entre Perú y Chile), poco más de media hora de viaje, y ambos centros aduaneros pueden mirarse mutuamente. Pero nada dice el kilometraje cuando lo que se pretende buscar fue hace más un siglo.

En Arica planificamos lo que sería la búsqueda familiar de una manera flexible, sin tener más datos que el que nos proporcionó el hermano de mi viejo: Ítalo Podestá. Él nos dijo que en el cementerio tacneño existe el mausoleo de la familia, y que quien nos podría ser de mucha ayuda era Reginaldo Podestá («Picho»), primo de Juan, Ítalo, Roxana y Aldo, mis tíos, hijos de Juan Podestá Rimassa, que a su vez es hijo de Juan José Podestá Cassanello, hijo de Aurelio, el *pater familias*.

En Arica Ítalo nos contó que el segundo apellido de Aurelio era Devotto, sin embargo después sabríamos que no es así. Pero también relató hechos que dan cuenta de la vida de una familia proveniente de Italia, que buscó destino en una ciudad que fue peruana hasta 1879, y que luego, en 1929, volvió a dominio peruano. Pienso que palabras como dominio, dueños o propiedad jamás abarcarán la experiencia de familias que dejaron todo atrás —amigos, costumbres, romances, comida y ropa— para instalarse en un país al que asumieron como propio, y aprendieron a querer, a pesar de todo, a pesar de pasaportes, de nacionalidades, guardias de fronteras y documentos civiles.

Ítalo nos relató que en Tacna, allá por los años sesenta del siglo pasado (qué lejano suena), solían pasar vacaciones y temporadas relativamente largas. «Mis relaciones con los primos tacneños son excelentes, nos reímos de los conflictos militares entre uno y otro bando» nos narró Ítalo. Se acordó también que «tengo la sensación de haber conocido Tacna desde que nací, con mis padres y hermanos viajábamos constantemente, casona grande, con muchas nanas, desayunos con leche y nata, pollos envueltos en papel mantequilla y pan con jengibre. Mi madre era peruana y formaba parte de la rutina de esa casa tacneña. Nací en Arica, pero tengo la sensación de haber nacido en Tacna. A mí nunca me discriminaron, por lo menos no que me acuerde, pero a mi hermano Juan y mi papá le decían cholos».

Pero hay un hecho que Ítalo quizás no recordó, más mi papá sí. Como es el mayor de los hermanos atesora mayor cantidad de recuerdos. En la reunión en Arica, la noche antes que los dos tomáramos el taxi Ford Taurus para ir a Tacna, relató: «Esto ocurrió cuando Ítalo tenía como quince años, en los sesenta. Fue designado portaestandarte de la Escuela 14, y los ensayos para el desfile del siete de junio duraron muchos días. Un día antes del desfile, a mi hermano le negaron llevar la bandera. Se puso a llorar cuando supo la razón: la mamá pertenecía a una familia peruana. Mamá fue a reclamar pero en la escuela le dieron la misma razón».

La madre de los hermanos Podestá Arzubíaga se llamaba Olga Arzubíaga Fowler, es peruana y es mi abuela. Nunca la conocí porque murió de cáncer poco antes que yo naciera, en 1979.



Fotografía del *pater familias*, Aurelio Podestá, que aparece acompañado de su esposa e hijos.

III

Jueves 27 de setiembre, mediodía, Club de la Unión de Tacna

Nos reunimos con Reginaldo Podestá Bernal, «Picho», tacneño de pura cepa, amante de la buena vida y hombre de humor despiadado. Luego de varias horas de conversación lo único que sacamos en claro es que debemos ir al cementerio de Tacna, para despejar todas las dudas de una sola vez.

Tacna es una ciudad hermosa. Sus estrechas y adoquinadas calles evocan tiempos coloniales, y su gente es atenta. En cambio, el ritmo de los automovilistas es infartante, pero una mano mágica hace que los choferes se movilizan sin estar chocando a cada momento.

El 28 de agosto de 1929 Tacna es reincorporada al Perú luego de intensas negociaciones, luego que Chile la haya tomado en posesión junto con Arica una vez finalizada la Guerra del Pacífico, en 1879. Arica por su parte quedó para Chile.

Esa fecha en Perú se llama Día de la Heredad Nacional y los tacneños la celebran con gallardía. No mucho antes, en 1909, el gobierno de Chile impulsaba la Ley de Colonización de Tacna, donde «... concedía terrenos a población chilena con la finalidad de establecer soberanía fortaleciendo la presencia física de chilenos en estos territorio».

Pero estamos muy lejos de todo aquello. En la actualidad, esta hermosa urbe de más de 300 mil habitantes recibe a cientos de turistas chilenos cada día, que llegan a comer como los dioses y pasarla como nunca. Es más, más de cuatro mil chilenos con diversas patologías se atendieron en el Hospital de la Solidaridad de Tacna durante 2011. Qué duda cabe que entre Chile y Perú hay más de una relación de vecinos cordiales.

Mi papá, «Picho» y yo tomamos un taxi y llegamos al cementerio de Tacna: es fantástico, un sitio que atesora historia en cada centímetro. Recorriendo mausoleos y sectores, vemos la gran cantidad de apellidos italianos: Cuneo, Bacigalupo, Gianelli, Bancharo, Canepa, De Ferrari, Parodi, Rossi y Raitieri. Gran parte de ellos provenían de Génova. Mi familia también. Silvio de Ferrari, italiano amigo de mi abuelo Juan Podestá Rimassa, una vez dijo: «Todo circulaba entre el Staglieto y el Caplina». Uno es el río de Génova. El otro, de Tacna.

Dato captado al vuelo en alguna parte del cementerio: hacia 1910 en Tacna había alrededor de siete mil italianos.

Nos enteramos por medio de una inscripción cerca del mausoleo Podestá, que para la Primera Guerra Mundial 27 jóvenes italianos de Arica y Tacna viajaron para pelear por la que seguían considerando su Madre Patria.

La inmigración italiana en Chile y Perú fue potente. En 1889 los italianos de Tacna (los primeros arribaron aproximadamente en 1840, según el cronista tacneño Fredy Gambetta) forman, como una manera de ayudarse y, si se quiere, protegerse, la Societa di Beneficencia Italiana. A los meses otros formaron la Societa Italiana di Socorro Mutuo. En 1930 la colonia creó el Colegio Italiano Santa Ana. Al año siguiente, los inmigrantes emplazaron La Casa Degli Italiani.

Para qué nos vamos a detener en la cantidad de pizzerías y «ristoranes» en la ciudad peruana. El aporte ha sido fructífero, ya que se extiende no solo al área de la gastronomía, sino al comercio, panadería, vitivinicultura, textilera. Si se permite una reflexión: eso es en un lado del espiral. Por el otro, las recíprocas influencias entre Perú y Chile son notorias a cada momento. Pienso que estos países nunca volvieron a ser lo mismo luego de la inmigración. Y aquellos que llegaron dejaron muchas cosas atrás, ganaron otras tantas. Una eterna comunicación. Hoy los flujos culturales entre Arica y Tacna son potentes y sistemáticos, abarcando el diseño urbano,

la economía regional, familias que transitan las fronteras, influencia musical y literaria y, por cierto, la gastronomía.

En Arica la presencia italiana también fue notoria (el historiador Vicente Dagnino dice que ya en el siglo 17 había «tanos» o «bachichas» en Arica), pero en Iquique es donde quedó más evidencia, por la cantidad de negocios que emprendieron. En 1882, en Iquique, salitreras y caletas se formó la Sociedad de Beneficencia y Socorros Mutuos Fratellanza Italiana, así como la Compañía de Bomberos Bomba Pompa Ausonia.

Llegamos al mausoleo, que dice «Podestá-Arismendi». En él están enterrados prácticamente todos mis antepasados, los de mi padre y el «Picho». Tras este recinto hay otro mausoleo —que solo dice «Podestá»— que está desocupado, y que, inevitablemente, albergará a los Podestá que fallezcan.

Somos dos chilenos y un peruano en un mausoleo italiano al interior del cementerio tacneño.



Reunión constitutiva de la Casa Degli Italiani y en la que aparecen representantes de familias italianas radicadas en Tacna.

IV

Viernes 28 de setiembre, seis de la tarde, pieza de hotel Los Robles, Tacna

Luego de la visita al mausoleo, estoy en condiciones de contar la historia de la familia Podestá, desde Italia hasta Tacna. No es fácil desmadejar la historia, cruzada por idas y venidas, desapariciones y datos erróneos. De muestra un ejemplo: el segundo apellido de mi tatarabuelo no era Devotto, sino Botto. Y este es solo un aspecto de la enredada historia.

Acá vamos: Aurelio Podestá Botto nació en 1868 en la isla Santa Margarita, en Génova, región de la Liguria. No hay más datos, pero lo cierto es que en 1898 instaló en Santa Margarita una empresa de pompas fúnebres, aprovechando su oficio de ebanista para elaborar féretros. A los 32 años y buscando —como muchos compatriotas—, un mejor futuro, decide emigrar a Latinoamérica. Sabemos por el pasaporte que partió en julio de 1900 junto a su esposa Luisa Cassanello, sus hijos Giuseppe y Enrico, y dos familiares enigmáticos: un hermano menor de Aurelio del que solo se sabe que murió en alguna parte del océano Atlántico, y una mujer enterrada en el mausoleo de Tacna, llamada Margheritta R.V. Cassanello. Con mi papá y «Picho» creemos que pudo ser la hermana mayor de Luisa o la mamá, que murió a los pocos años de llegar.

El barco, cuyo nombre no pudimos conseguir, zarpó desde Génova con destino a Buenos Aires, Argentina. El viaje duraba a lo menos dos meses. De Baires la nave enfiló rumbo a Valparaíso (tres meses más vía Estrecho de Magallanes o Cabo de Hornos), y luego a Santiago, donde la familia vivió un tiempo del que no tenemos referencias, pero que según cálculos no debería haberse extendido por más de un mes. Posteriormente fueron por mar hasta Arica y de allí por ferrocarril (construido en 1857) hasta Tacna. Lo cierto es que antes de acabar 1900 ya estaba allí.

En medio, una anécdota: por arte del birlibirloque burocrático, el apellido de mi tatarabuela Luisa pasó de Cassanelli a Cassanello. No sabemos en qué punto del largo trayecto sucedió, pero era común que funcionarios de las aduanas y registros civiles confundiera los apellidos de aquellos que llegaban de países lejanos.

Ya en Tacna, Aurelio dio curso rápidamente a su negocio de ataúdes, abasteciendo de éstos al sur de Perú y norte de Chile. Sabemos que a inicios de siglo 20, epidemias como la malaria y viruela hacían de las suyas en ambos países: es singular pensar que en cementerios peruanos y chilenos hay esqueletos que reposan en cajones hechos por mi tatarabuelo. En fin.

La empresa se instaló en calle San Martín, en una casona con quince piezas y tres pisos. Hoy ya no está allí, sino que en calle Bolívar, pero todavía hay un Podestá a la cabeza de la empresa: Orlando Podestá Vizcarra, bisnieto de Aurelio. Ya lo conocerán.

Lo cierto es que en Tacna nacieron Margarita, Vittorio y Pedro. Aurelio ya se había encargado de castellanizar el nombre de Giuseppe a Juan José, y el de Enrico a Enrique.

Los años pasaron. Pedro era un aventurero, que alguna vez subió a su vehículo y llegó en improvisado rally hasta Buenos Aires. En su paso por Valparaíso conoció a una mujer de apellido Bernales, y se casaron. Ambos murieron muy jóvenes en la década del cincuenta, en Tacna, debido a enfermedades, por lo que fue Enrique, casado con Amanda Arizmendi (de ahí la seña del mausoleo) el que asumió el cuidado de los seis hijos de su hermano, a quienes crio con mano dura: Duillo, imprentero; Pedro, taxista; Luis Aurelio, funcionario público en Chile; Anita, fallecida a los catorce años; y Orlando y Reginaldo, continuadores del negocio mortuario. Del matrimonio entre Enrique y Amanda no hubo hijos, pero amaron a sus sobrinos como tales.

De los otros hermanos hijos de Aurelio y Luisa: Margarita se casó con un Juan Tara, y falleció en Iquique en 1925. Yace en el cementerio iquiqueño.

Juan José Podestá, mi bisabuelo tocayo y del que nunca se supo cómo se ganó la vida, se casó en Tacna en 1919 con Mary Rimassa Rivera, dejando cuatro hijos: Yolanda, Luisa, Mario y Juan, mi abuelo, al que alcancé a conocer un poco en mi niñez. Juan José murió en Arica en 1952. Mi abuelo Juan en 1992, también en Arica. Mi abuelo nació en Perú y se casó con mi abuela Olga siendo ambos bastante jóvenes. Vivieron gran parte de su vida en Arica, pero nunca dejaron de visitar a sus respectivas familias: él a Tacna y ella a Lima.

Vittorio falleció en Tacna en 1934 de alguna enfermedad repentina, y solo meses antes de la muerte del pater familias, Aurelio, a los 66 años. Laura, mi tatarabuela, había muerto en 1932.

V

Sábado 29 de setiembre, onces de la mañana, Club de la Unión de Tacna

Conversamos «Picho», mi papá y yo sobre la dureza de la inmigración, sea donde sea, sea quien sea. Salen a relucir varios temas.

Cuando Tacna vuelve a ser peruana en 1929, hubo muchas familias que se dividieron trágicamente, pero en el caso de la nuestra solo se generó lo que podría llamarse una suerte de amplitud territorial, transitando todos de un país a otro, entre Perú y Chile. Coincidimos todos en que fue duro el llegar de los Podestá a Tacna,

y que probablemente hubo momentos en que no la pasaron nada bien, y que luego incluso en ese posterior tránsito Tacna-Arica o viceversa debe haber algún componente de peleas o lejanías. Nunca se sabrá bien qué motivó que algunos hijos de Aurelio hayan dejado Tacna, y hayan muerto lejos de su núcleo familiar: el amor en algunos casos, la soledad en otros. Ese lugar opaco de los secretos familiares nunca será develado, y está bien que así sea. Los Podestá Cassanello no compartieron dos países, sino tres: una patria originaria conflictuada por guerras intestinas, un país que los recibió y otro que después les volvió a abrir los brazos, permitiendo que otros dejaran su semilla. Italia, Perú y Chile: una madre-padre y dos hermanos. Triángulo perfecto, o casi.

Compartimos en la charla algunos adjetivos: tierra nueva, sacrificio, trabajo, discriminación, ser diferente.

¿Por qué algunos europeos deciden venir a probar suerte?, nos preguntamos, mientras suena de fondo el vals «Estrellita del sur».

Si debemos echar mano a la historia, Héctor Maldini, autor de «Historia de los migrantes italianos en Chile» (valga para Perú), señala: «Después de catorce siglos de sufrir invasiones depredadoras, fraccionamientos internos, dominaciones foráneas, intrigas y guerras fratricidas, con la ocupación de Roma en 1870 los italianos lograban rehacer una patria común. En 1871 Roma será declarada ciudad capital de país».

Volvemos a coincidir los tres: los italianos llegan a construir un nuevo país, mientras que Italia también continuaba construyéndose.

Los Podestá llegaron cuando Italia era una sola, pero en su niñez Aurelio debe haber vivido episodios de violencia. Lo mismo Luisa.

«Picho» nos recuerda que los primeros italianos trabajaron de aguateros, panaderos, tenderos y comerciantes. Cuando lograban cierta «fortuna» traían a su gente. De esta forma se establece una cadena migratoria familia, y eso los marcó para siempre. Pero asimismo los viejos italianos tenían un dicho: «En vez de artillar las fronteras hay que abrirlas y comerciar». Profetas, a su modo.

VI

Sábado 29 de setiembre, cinco de la tarde, Archivo Histórico de Tacna

Durante la tarde, y después de almorzar pescados y mariscos en el «Manglar de Fidel», en calle San Martín, fuimos al Archivo Histórico de Tacna, y damos en una especie de semanario con un dato bastante interesante, por decir lo menos: el 26 de mayo de 1889 Rafael Rossi, José Fetta, Juan Gabba, Tomás Machiavello, y otros italianos más fueron duramente agredidos por unos chilenos, ya que los «tanos» simpatizaban

con Perú luego de la Guerra del Pacífico. El acto fue denunciado por el embajador de Italia en Lima, para que autoridades peruanas intercedieran ante sus colegas chilenos. Revisando más documentos nos enteramos que la Guerra del Pacífico fue una tremenda incomodidad para la colonia italiana tanto en Chile como en Perú. Incluso el ministro plenipotenciario de Italia en Lima llamaba a la neutralidad. Sin embargo hubo italianos (de Arica y Tacna) que apoyaban a Perú y otros a Chile, aportando con dinero, inclusive. Luego de 1879, los italianos fueron perseguidos por el Ejército chileno en Tacna. Pero antes, cuando la ciudad estaba bajo dominio peruano, algunos hacendados italianos fueron acusados de prochilenos y de negar ayuda financiera al Ejército peruano. Es decir, dejaron una patria convulsionada para llegar al centro de una guerra, que todavía hoy es tema para historiadores de ambos países.

Los Podestá llegaron cuando las cosas estaban calmas, pero me imagino que esas historias llegaron a sus oídos. No sabían si esos hechos bélicos podrían repetirse. Vivieron con miedo, por su condición de extranjeros. Quién sabe cuánto afectaría aquello a su vida pública y privada.

Todas estas son reflexiones que escribo para tratar de entender algo de este fenómeno de viajes, fracturas familiares y hostilidades entre ciudadanos.

Pienso que los Podestá son una familia que vivió mucho tiempo la experiencia del límite, la frontera, el borde. Y eso no deja inmune a nadie. Probablemente todavía quede mucho de eso.

Ya en la noche, descansando en el hotel, conversamos mi padre y yo que en realidad el viaje ha sido más agotador de lo que pensamos, y que ir tras las huellas y orígenes de la familia puede ser también una experiencia límite: absorber sucesos que datan de décadas y tratar de darles orden, cabida en la historia personal. Armar un rompecabezas donde faltan piezas, y cuyo resultado final puede ser muy distinto al que uno elaboró en la cabeza.

VII

Domingo 30 de setiembre, mediodía, Servicios Funerarios Podestá, Tacna

En calle Bolívar 698 está ubicada hace unos años la dependencia de los Servicios Funerarios Podestá.

Quien lleva las riendas del negocio es Orlando Podestá Vizcarra, hijo de Orlando Podestá Bernal, hermano de «Picho», como ya señalamos. Es un hombre moreno y relativamente alto, que debe estar llegando a la cuarentena. Es afable y, al parecer, trabajólico. El cargo que ostenta es el de gerente general y vendría siendo mi primo en segundo grado.

Antes, la funeraria estuvo en calle San Martín, en la inmensa casona ya descrita que ahora cobija exclusivamente a la familia de Orlando Bernaldes.

En la fachada se lee que la funeraria funciona desde 1898, es decir, de cuando estaba en Italia. Pero en Tacna se instaló en 1900 (lo que denota una increíble rapidez de Aurelio para iniciar labores, a meses e inclusive semanas de su llegada, no sabemos con certeza).

En el lugar, a pesar de ser domingo, se ve bastante movimiento: auxiliares limpiando baños, secretarias atentas a llamados y el mismo Orlando atendiendo asuntos por teléfono, en su oficina. Es en ella donde está la fotografía que describo al inicio de esta crónica. Calculo que fue tomada en 1908, porque Juan José y Enrique se ven quinceañeros, es decir, si llegaron a los ocho años en 1900, la suma es relativamente correcta. Ambos tienen bigotes y se ven tan serios y solemnes como el padre. Los otros hermanos se ven muy pequeños. Fue tomada en la casona de San Martín, donde todos los Podestá de Tacna vivieron gran parte del siglo 20.

Mientras recorro con mi vista la oficina de Orlando doy con un documento enmarcado, que es nada más y nada menos que el pasaporte de Aurelio, mi tatarabuelo. Se le describe como un hombre de metro setenta, pelo negro, nariz y mentón normal. Mira a la vieja cámara fotográfica con la seriedad de un hombre que a los 32 años —un año menos que los que yo tengo ahora— había conformado familia y se había hecho cargo de un destino incierto: emigrar a una tierra lejana. El pasaporte además nombra Luisa y los dos hijos. También se cita a Valparaíso como destino final.

Orlando maneja la funeraria, pero el que controla todo es su padre. Nos cuenta algunas historias del lugar, y nos lleva al hall, donde se exhiben diez o quince fotografías de la Tacna de inicios del siglo XX.

En una de ellas se observa la casona de San Martín de manera borrosa. Coronaba una calle que antes era de tierra y evidentemente rural, y que hoy es una de las zonas más concurridas de la ciudad peruana.

En otra está Pedro Podestá, padre de «Picho» y Orlando, junto al vehículo que lo llevaría a Buenos Aires, en un viaje que duró un año. Es una de las pocas fotografías de Pedro, quien viajó con un grupo de amigos. El hijo de uno de esos amigos vive en un balneario muy cercano a Tacna, llamado Boca del Río. Dicen que tiene fotos de ese enigmático viaje, pero aquello sería tema de otra investigación.

Hay una última fotografía que me llama la atención: aparecen varios caballeros de la colonia italiana en Tacna, y es inevitable preguntarse qué historias guardaban esos rostros, qué batallas íntimas dieron para lograr la anhelada felicidad en tierras tan distantes de las suyas, qué llantos y alegrías dejaron perdidos en algún rincón de la casa que los acogió, cuando ni siquiera sabían pronunciar el nombre de la ciudad

a la que llegaban. Puede que aún llevaran en su caminar el vaivén del barco que los trajo a América. Construyeron una nueva lealtad patria, y vivieron demediados, partidos por la mitad o en tres partes, como el personaje de la novela de Ítalo Calvino, el tremendo escritor italiano.

Conversamos un momento con Orlando, anda apurado y tiene que cerrar un trato. Es dueño de una historia singular: fue miembro del Ejército peruano en los noventa, hecho que queda confirmado por una fotografía suya en la oficina, donde aparece en la clásica posición castrense, dura y recta. Pues bien, luego de unos años de vida en regimientos Orlando se dio de baja. Lo siguiente que hizo fue ir a estudiar ingeniería comercial un poco más allá de la frontera: Arica. Una vez titulado regresó para hacerse cargo del centenario negocio familiar, de 102 años. Idas y vueltas, fronteras a tiro de piedra. Tránsitos perpetuos. Una familia en tránsito.

«Los Podestá siempre estuvimos con un pie en Perú y otro en Chile, aún lo estamos», señala en medio del trajín de la funeraria.

Una infidencia de parte de Orlando: los ataúdes ya no se fabrican «en casa», sino que son importados. «La globalización ha hecho lo suyo», añade mi padre.

Luego nos vamos. Abrazos entremedio.

Esa noche nos despedimos de «Picho», porque al día siguiente nos vamos a Arica, y de allí a Iquique.

VIII

Domingo 30 de setiembre, diez de la noche, pieza de hotel Los Robles, Tacna

En mi pequeño *netbook* adjunto la siguiente reflexión escrita por el otro autor de este texto (interesado hace años en el tema de las migraciones y las relaciones fronterizas) unos días antes, y que parece acertada: «Desde el punto de vista sociológico los inmigrantes italianos tenían tres características: la primera es que se trata de una forma de resolver los problemas de la sobrevivencia, acosados en países que bregaban entre la tradicionalidad rural y la modernidad industrializante. En segundo lugar, el soporte del tema migracional italiano es una concepción dinámica del grupo familiar, viajaban padres, hijos, tíos y abuelos, portando una visión de mundo, prácticas laborales, disciplina familiar y expectativas de vida compartidas, todo en el marco de la austeridad. En tercer lugar, los migrantes buscan construir el futuro, miran la historia no hacia atrás sino hacia delante. Los migrantes, italianos en este caso, son constructores de economías y también de culturas. Aurelio Podestá, su esposa Luisa y sus hijos Enrique y Juan José son el resultado, parcial por cierto, de todo lo antes de dicho».

IX

Lunes 1 de octubre, dos de la tarde, bus a Iquique, desierto de Chile

Sentados uno junto al otro, en silencio, meditamos con mi viejo cada uno a su manera sobre el viaje.

El desierto funciona como anestesia para los trabajos mentales, y si debemos sacar una conclusión, ésta es que más que llegar a resultados, síntesis o resúmenes de biografías familiares como una manera de atar cabos, lo importante es comprender que el propio gesto de la búsqueda de un origen es ya un diálogo con otros, porque inevitablemente te lleva a otros mundos, otras vidas, otras experiencias. Y como todo diálogo, lo importante es que se mantenga, aunque no vislumbremos el final.

Además, no puedo dejar de esbozar una sonrisa cuando recuerdo que la calle donde vivo en Iquique se llama Obispo Labbé, pero que hasta 1929 tenía por nombre Tacna.

SOBRE LOS AUTORES

Pablo Artaza Barrios (Chile)

Magíster en Historia por la Universidad de Santiago; se desempeña como profesor de Historia y Geografía por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Se desempeña como profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile.

Marcos Agustín Calle Recabarren (Chile)

Magíster en Historia, por la Universidad de Concepción. Se desempeña como Profesor de Historia y Geografía en dicha universidad.

Alberto Díaz Araya (Chile)

Doctor en Antropología y Magíster en Antropología Social por la Universidad Católica del Norte. Se desempeña como catedrático, Académico e investigador en la Universidad de Tarapacá.

Juan Fonseca Ariza (Perú)

Es Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es especialista en la historia del movimiento evangélico.

Milton Godoy Orellana (Chile)

Doctor en Historia por la Universidad de Chile; Magíster en Ciencia Sociales por FLACSO, Ecuador. Se desempeña como Profesor de Estado en Historia y Geografía, y catedrático en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano e Investigador Asociado en el Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat.

Osmar González Alvarado (Perú)

Doctor en Ciencia Social por el Colegio de México y Maestro en Ciencias Sociales por Flasco, México. Actualmente es Agregado Cultural de la Embajada del Perú en Argentina.

Bernardo Guerrero Jiménez (Chile)

Sociólogo por la Universidad Libre de Ámsterdam. Se desempeña como profesor en la Universidad Arturo Prat.

Eduardo Godoy Sepúlveda (Chile)

Licenciado en Educación con mención en Historia y Ciencias Sociales por la Universidad de Santiago de Chile. Se desempeña como profesor en Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Católica Silva Henríquez.

Sergio González Miranda (Chile)

Compilador chileno de la presente publicación. Doctor en Educación por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Se desempeña como director ejecutivo del Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat, es docente por la misma universidad.

Alejandro Málaga Núñez (Perú)

Magister por la Universidad Andina Simón Bolívar y Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de San Agustín. Se desempeña como profesor y Director de la Escuela Profesional de Historia de dicha Universidad.

Miguel Ángel Mansilla (Chile)

Doctor en Antropología y licenciado en Sociología por la Universidad de Tarapacá. Se desempeña como Académico-Investigador en el Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat.

Fabio Moraga Valle (Chile)

Doctor en Historia por El Colegio de México, Maestro y Licenciado en Historia por la Universidad de Chile. Es Investigador Asociado de Tiempo Completo por el Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es especialista en historia intelectual de América Latina contemporánea.

Scarlett O'Phelan Godoy (Perú)

Doctora en Historia (Ph.D.) por la Universidad de Londres, con post-doctorados en la Universidad de Colonia, Alemania, y en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, España. Es Profesora Principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Academia Diplomática del Perú. Es miembro de número de la Academia Nacional de la Historia del Perú.

Juan Luis Orrego Penagos (Perú)

Doctor en Historia por la Universitat Jaume I de España y Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se desempeña como profesor en dicha universidad.

Aldo Panfichi Huamán (Perú)

Doctor (Ph.D.) en Sociología por el New School for Social Research de New York y Master en Sociología por la Pontificia Universidad. Es Jefe del Departamento de Ciencias Sociales de dicha universidad.

Daniel Parodi Revoredo (Perú)

Compilador peruano de la presente publicación. Magíster en Humanidades por la Universidad Carlos III de Madrid y Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se desempeña como profesor de Historia de la República del Perú en dicha casa de estudios y en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Es especialista en relaciones peruano-chilenas.

Juan Arturo Podestá Arzubiaga (Chile)

Sociólogo por la Universidad Católica del Norte, con estudios de postgrado en la Universidad de Leiden, Holanda. Investigador especializado en el tema fronterizo peruano-chileno.

Juan José Podestá Barnao (Chile)

Periodista titulado en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y diplomado en Periodismo Cultural y Crítica Literaria de la Universidad de Chile.

Patricio Rivera Olgún (Chile)

Magíster en Integración Sub regional de la Universidad Arturo Prat y Máster en Investigación en Didáctica de las Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de Barcelona. Se desempeña como profesor de la Universidad de Tarapacá y de la Universidad Arturo Prat.

Juan José Rodríguez Díaz (Perú)

Licenciado en Historia y Geografía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es egresado de la Maestría en Educación por dicha universidad.

Miguel Rodríguez Hernández (Perú)

Nacido en Montevideo, Uruguay, Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Se desempeña como profesor de historia en dicha universidad.

Eligio Ronceros Espinosa (Perú)

Eligio Ronceros Espinoza. Historiador por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es investigador especializado en la cultura popular limeña del siglo XX.

Claudia Rosas Lauro (Perú)

Doctora en Historia por la Universidad de Florencia, Magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde se desempeña como profesora del Departamento de Humanidades y coordinadora de la especialidad de Historia de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Rigoberto Sánchez Fuentes (Chile)

Magíster en Integración Subregional por la Universidad Arturo Prat. Se desempeña como Profesor de Historia y Geografía en la Universidad de Tarapacá.

Víctor Torres Laca (Perú)

Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se desempeña como docente en dicha casa de estudios y en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.

Rosa Troncoso de la Fuente (Perú)

Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es investigadora especializada en Historia Oral institucional de dicha universidad.

Hugo Vallenás Málaga (Perú)

Doctor en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y por la Universidad de París. Es Presidente de la Red Virtual «Ojo Izquierdo» (Lima) y del Instituto de Historia «Blas Gregorio de Ostolaza» de la Universidad Peruana Antenor Orrego de Trujillo.

Se terminó de imprimir en
los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro en 11 puntos
para el cuerpo del texto
marzo 2014 Lima - Perú